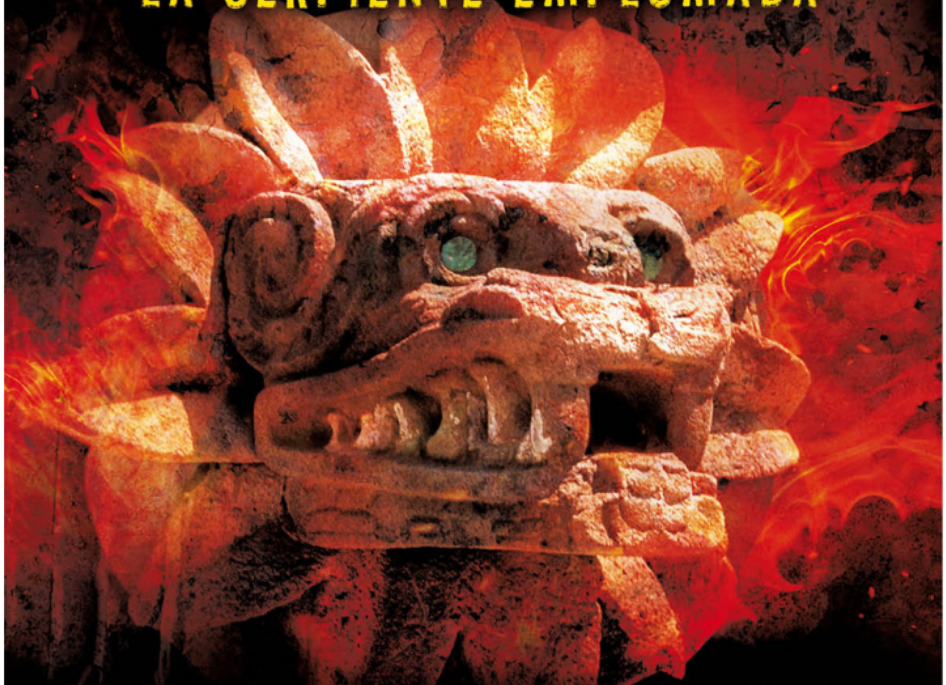
EL DIOS DE LA GUERRA II

EL REGRESO DE LA SERPIENTE EMPLUMADA



GRAHAM HANCOCK

El dios de la guerra II

El regreso de la Serpiente Emplumada

Graham Hancock

Traducción de Paula Vicens

Título original: *War God. The Return of the Plumed Serpent*
Traducción: Paula Vicens
1.ª edición: noviembre 2016

© Graham Hancock, 2014
© Ediciones B, S. A., 2016
para el sello B de Blok
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-578-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidasen el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
PRIMERA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
SEGUNDA PARTE
23
24
25
26
27
28
29
30
31
TERCERA PARTE
32
33
34

35
36
37
38
39
40
41
Marco temporal, localizaciones principales y lista de personajes
El dios de la guerra y la historia
Agradecimientos
Notas

Para Santha

PRIMERA PARTE

20 de abril de 1519 - 12 de mayo de 1519

1

Golfo de México, martes, 20 de abril de 1519, en alta mar

—Este perro se está volviendo peleón —dijo Telmo Vendabal.

—Así es —convino Pepillo.

—Parece fuerte. ¿Qué le das de comer?

—Cuando me lo dieron, leche de cabra; ahora las sobras.

—¿Cómo se llama?

Pepillo cambió el pie de apoyo, incómodo.

—*Melchor*, señor —murmuró.

—¿*Melchor*? ¿Por ese amigo tuyo negro que se hizo matar?

—Sí, señor. —Se mordió el labio y añadió—: Era valiente, señor.

—Sí, bastante, supongo, pero negro como el demonio.

Los ojillos de Vendabal, un jorobado fornido y despiadado, jefe adiestrador de perros de la expedición, brillaron calculadores.

—¿Te parece que *Melchor* también es valiente?

Pepillo notó que la frente se le perlaba de sudor, y no a causa del sol.

—No estoy seguro. Lo trato como a un animal de compañía.

—Animal de compañía, ¿eh? ¡Y qué más! En una

expedición no hay sitio para las mascotas.

Vendabal torció la boca y se arrodilló junto al perro, un cruce de lobero y galgo, lo sujetó por la mandíbula inferior, le alzó el labio y le examinó la dentadura blanca de cachorro. *Melchor* gimoteó ansioso y trató de retroceder, volviendo los ojos ambarinos de mirada inteligente hacia Pepillo en una súplica muda, como si supiera que estaba atrapado.

—Tranquilo, chico —le dijo Pepillo—. ¡Quieto!

Era evidente que *Melchor* no estaba cómodo, pero Pepillo lo estaba entrenando para que fuera obediente y se mantuvo quieto mientras Vendabal le examinaba la boca y le pasaba un sucio pulgar por las encías. Sin embargo, cuando el jorobado deslizó la otra mano hacia los cuartos traseros y trató de agarrarle los testículos, el gemido nervioso del cachorro se convirtió en un gruñido amenazador y sus dientes destellaron en un repentino intento de mordérsela. Soltando una retahíla de juramentos, Vendabal apartó la mano y le propinó un golpe en la cabeza tan fuerte que mandó al animal gimiendo y dando tumbos por la cubierta. Luego se le acercó y le dio una patada en las costillas, arrancándole otro agónico gañido.

Instintivamente, Pepillo saltó cuando el adiestrador estaba a punto de propinarle un segundo puntapié; le puso una zancadilla y lo derribó. De inmediato se congregó un grupo de veinte o más tripulantes y soldados junto a los mástiles para observar la escena entre gritos y mofas, mientras otros se encaramaban a las jarcias para ver mejor. Rojo de ira y jadeando, Vendabal se levantó, alzó a Pepillo por las solapas y le echó una vaharada de aliento fétido a la cara.

—¡Pedazo de mierda, tu perro es mío! —le gritó—. En la próxima batalla será el primero en enfrentarse al enemigo.

—No, por favor, señor —rogó Pepillo—. *Melchor* no es un perro de combate. Ni siquiera viviría de ser por vos. Cuando su madre murió en la batalla de Potonchán, ordenasteis a vuestros hombres matar a toda la camada. Dijisteis que era demasiado engorroso alimentar cachorros. Don Bernal Díaz me lo dijo, señor. Fue él quien salvó a *Melchor*.

—Díaz, ¿eh? ¿Y dónde está ahora que lo necesitas?

—En la nave de don Pedro de Alvarado, señor, como bien sabéis, pero cuando lleguemos a tierra responderá por mí. *Melchor* fue un regalo suyo. ¡No podéis quitármelo! —insistió Pepillo con terquedad, notando una rabia creciente a pesar de

no tocar el suelo con los pies y estar indefenso en manos del jorobado.

—¿Que responderá por ti? —vociferó Vendabal—. ¿Que responderá... por ti? ¡Yo te enseñaré lo que es responder por ti! —Cogió impulso, sin dejar de sujetarlo por las solapas con la mano izquierda, y le estampó la derecha en la cara, una, dos, tres veces.

Al cuarto golpe, Pepillo, a pesar de que le pitaban los oídos, oyó un gruñido y vio pasar como un rayo una bola de pelo manchado: era *Melchor*, que se lanzó sobre Vendabal y le hincó los dientes en el brazo robusto y profusamente tatuado. De inmediato soltó las solapas de Pepillo, que cayó sobre la cubierta con un ruido sordo y vio, aturdido, cómo Vendabal se sacudía de encima a *Melchor*, tiraba al suelo al cachorro y se abalanzaba sobre él con intenciones asesinas.

—¡Alto ahí! —tronó una voz que se impuso a los gritos exaltados de los espectadores y detuvo de golpe a Vendabal—. ¡He dicho que alto!

Todos se volvieron hacia el puente, donde estaba Hernán Cortés, capitán general de la expedición, que había salido de su camarote. Desde la masacre de los mayas chontales en Potonchán,[1] su cólera se había vuelto legendaria, y a Pepillo, que lo conocía mejor que nadie, no le cupo duda de que su amo estaba de mal humor. Despertarlo de su acostumbrada siesta no era nunca conveniente, pero hacerlo sin miramientos era arriesgarse a sufrir su ira.

Cubierto con solo una colorida tela de fabricación local enrollada a la cintura, Cortés se acercó descalzo a la barandilla del puente de mando para asomarse a la cubierta principal y ver a Pepillo y a Vendabal.

—¿Qué significa esto? —les preguntó.

—Este chucho bastardo me ha mordido —se quejó Vendabal, indicando a *Melchor*, que con el pelaje erizado y enseñando los dientes parecía dispuesto a lo peor.

De pronto, sorprendentemente, Cortés sonrió.

—Y supongo que vuestras blandas carnes jamás habían probado los dientes de un can, ¿verdad, don Telmo? Seguro que las cicatrices que lucís os las infligieron las garras de vuestras amantes celosas.

Vendabal parecía confuso.

—Pues claro que me han mordido otras veces —refunfuñó

con truculencia—. ¡Un centenar! Pero ningún perro que lo haya hecho se ha librado de una paliza. Tiene que saber quién manda.

—Ya le habéis pegado a *Melchor* —objetó Pepillo. Se había agachado al lado de su mascota—. Ya ha aprendido la lección. Mirad, está temblando.

Cierto, *Melchor* temblaba, «pero no de miedo», pensó Pepillo. Un gruñido vibraba en su garganta y parecía dispuesto a saltarle otra vez encima a Vendabal.

—¿Que ha aprendido la lección? ¡Y un cuerno! —rugió este—. Este perro necesita una azotaina. Luego se unirá a los demás y se entrenará para el combate.

—¡No! —gritó Pepillo—. ¡Es mío! No podéis quedároslo.

Cortés observaba la escena desde el puente de mando. Sus facciones denotaban una extraña y cruel diversión.

—El perro se queda con mi paje, de momento —dijo por fin. Les dio la espalda y se acercó a la puerta abierta de su camarote antes de añadir, volviendo la cabeza—: Pero azotadlo, Vendabal. Por supuesto, azotadlo.

2

Tenochtitlán (Ciudad de México), miércoles, 21 de abril de 1519, última hora de la tarde

Cuauhtémoc dio un ágil salto con elegancia y estilo, y la hoja del arma de Comehombres silbó inofensivamente bajo la planta de sus pies. Entonces, con el mismo movimiento suave, el apuesto príncipe mexica[2] descargó la suya sobre la coronilla de su contrincante, deteniendo el golpe a menos de un dedo de su objetivo.

—Estás muerto, Comehombres —dijo Cuauhtémoc, muy ufano—. Te he partido en dos el cráneo. Creo que eso tan escaso que hay en el polvo, entre nosotros, son tus sesos.

Comehombres era un mal perdedor. Era la cuarta vez que le ganaba en menos de una hora de entrenamiento, así que rugió y atacó nuevamente, su espada convertida en un borrón dada la rapidez del movimiento, demasiada para el ojo humano. Sin embargo, de algún modo Cuauhtémoc la evitó, balanceando el cuerpo delgado, con cicatrices y musculoso, y agachando la cabeza mientras eludía la furiosa embestida, hasta que, de repente, sin que Tozi lo viera venir, giró, dejó pasar a su oponente y le golpeó la nuca con la hoja, reduciendo la fuerza del impacto, pero no tanto como para que no produjera un ruido sordo y derribara a su amigo, que cayó de bruces sin sentido.

Invisible, insustancial como el aire, capaz de pasar inadvertida donde y cuando lo deseara, Tozi era la silenciosa espectadora del combate. De hecho, llevaba observando a Cuauhtémoc desde que Moctezuma tramara envenenarlo, y había usado hechicería para salvarlo y que sanara de las terribles heridas recibidas en la batalla contra los tlaxcaltecas.[3]

Era, tenía que admitirlo, un inconveniente haberse enamorado de aquel noble príncipe, sobrino de Moctezuma, ese ser nocivo que durante los quince años de vida de Tozi había ocupado el trono del malvado Imperio mexica. Una vez aceptado lo que sentía, sin embargo, suponía que le sería más fácil lidiar con sus sentimientos.

En todo caso, cualquier tipo de relación era impensable.

Cuauhtémoc era de sangre real, mientras que ella era bruja e hija de bruja. Él era su enemigo y sobrino de su enemigo, además. Debía usar su magia y sus artimañas para ponerlo en contra de su tío y del dios de la guerra Huitzilopochtli, el Colibrí, a quien Moctezuma servía. O eso, o traerle a Cuauhtémoc la misma ruina que planeaba traerle a Moctezuma.

Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, dios de la paz, viejo enemigo del Colibrí, estaba de camino y llegaría como estaba profetizado aquel año de Ce Ácatl, el año 1-Conejo,[4] para derrocar a un rey cruel y abolir para siempre el vil culto de los sacrificios humanos al dios de la guerra. Tozi tuvo una breve sensación de remordimiento: por sus poderes mágicos y especialmente por su capacidad para hacerse invisible, había sido elegida nada menos que por el Colibrí cuando estaba ante su altar sacrificial. Su amiga Malinali,[5] que había permanecido a su lado aquella noche de hacía dos meses y a la que habían liberado con ella gracias a la intervención del Colibrí, lo consideraba un gran peligro. Si el Colibrí las había librado del sacrificio a manos de su marioneta Moctezuma, eso significaba sin duda que el dios de la guerra tenía un plan para ellas y que, puesto que era un ser de pura maldad, consecuentemente solo podía salir maldad de todo aquello.

Tozi había descartado aquellas preocupaciones cuando envió a Malinali a la costa para que fuese a esperar a Quetzalcóatl. Había un plan, desde luego, un gran plan, pero no era del Colibrí. Y sin duda ella y Malinali tenían un papel en él. Tozi recordó lo que le había dicho a su amiga para

tranquilizarla:

—También Moctezuma juega su papel en esto, e incluso el dios malvado y equivocado al que sirve cumplirá con el suyo.

—No sé —había respondido Malinali—. No entiendo nada.

—No necesitas entenderlo, bella Malinali. Este es el año de Ce Ácatl y solo tienes que hacer lo que te corresponde. ¿No ves que no es casualidad que tú seas maya chontal y que quienes vinieron para proclamar el regreso de Quetzalcóatl aparecieran por primera vez en la tierra de tu pueblo, en Potonchán, la ciudad donde naciste? Nada de esto es por casualidad, Malinali. Por eso ahora tienes que volver a Potonchán, sin tardanza. Tienes que partir hacia allí inmediatamente.

De este modo había mandado a Malinali en un peligroso viaje hasta su tierra natal, de vuelta con su familia, que la había vendido anteriormente como esclava a los mexicas. La había mandado a buscar al dios de la paz que regresaba. La magia de Tozi era fuerte, más fuerte que nunca, pero, aun así, no tenía ni idea de lo que le había sucedido a su amiga durante los más de sesenta días transcurridos desde entonces. Solo podía suponerlo, solo tener la esperanza de que estaba bien y de que había llevado a cabo con éxito su misión de encontrar a Quetzalcóatl y acompañarlo hasta la ciudad de Tenochtitlán para derrocar a Moctezuma.

Entretanto, el trabajo de Tozi estaba allí, con Cuauhtémoc.

Conseguir que se uniera a la causa de la Serpiente Emplumada sería una gran victoria, pero Tozi apenas podía confiar en sí misma para acercársele. De hecho, desde la última vez que se le había mostrado en su disfraz de Temaz, diosa de la medicina y la curación, el mero hecho de pensar en él la mareaba. En aquella ocasión, el príncipe la había tomado en sus brazos y la había besado en la boca. Habían probado el sabor de sus lenguas. Incluso ahora, observándolo desde el refugio de su invisibilidad, aquel recuerdo le quitaba el aliento.

Cubierto con un taparrabos de algodón blanco, Cuauhtémoc se había estado entrenando con su amigo Tecuani, al que apodaban Comehombres, en el gran patio de su casa del barrio real de Tenochtitlán. Ambos iban armados con *macuahuitl,* espadas de madera a las que, para entrenarse aquel día, habían quitado los filos de obsidiana, y estaban cubiertos de sudor. Sin embargo, Cuauhtémoc permanecía de pie mientras que Comehombres yacía de bruces en el suelo, con un bulto

amoratado en la nuca, donde el príncipe lo había golpeado.

—Vamos —dijo Cuauhtémoc, arrodillándose a su lado—. No te he dado tan fuerte.

Silencio.

Cuauhtémoc suspiró.

—Sé que puedes oírme, Comehombres. Sé que solo finges estar muerto.

Silencio.

Cuauhtémoc se preocupó de verdad y sacudió a su amigo por los hombros, sin obtener respuesta.

—¡Despierta, Comehombres!

Cuauhtémoc se le acercó más, y entonces Comehombres, un noble fuerte y fornido de treinta años, guerrero Jaguar[6] pero con la cabeza afeitada y el mechón lateral que lo identificaba como miembro de la formidable casta guerrera *cuahtxic*,[7] atacó. Se puso encima del príncipe, al que sujetó con la espalda contra el suelo.

—¡Ríndete, Cuauhtémoc! —le gritó—. ¡Ha llegado tu hora!

Cuauhtémoc soltó una carcajada.

—Difícilmente, querido amigo, puesto que he derramado tus sesos y te he cortado la cabeza. No creo que estés en condiciones de aceptar mi rendición.

—Pues lo consideraremos un empate —replicó Comehombres tras una breve reflexión—. Tienes que admitir que te he engañado.

—¡Que sea un empate! —dijo Cuauhtémoc, soltando otra carcajada, y los dos se levantaron y se palmearon los hombros como dos escolares después de una pelea de patio.

Todavía oculta por su invisibilidad, Tozi observaba. Las cuchilladas que Cuauhtémoc había recibido en el vientre, el cuello y el brazo hacía dos meses estaban curadas casi por completo. ¡Gracias a su magia, la de Tozi! Y había recuperado la vitalidad. ¡También gracias a su magia! Y, a fuerza de mucho ejercicio y determinación, también había recuperado la fortaleza.

Sin embargo, Tozi decidió que pronto tendría que revelarse a él de nuevo, en la figura de la diosa Temaz, la única forma en que la conocía, y a lo mejor incluso compartir de nuevo la dicha, la agitada calidez, la eterna promesa de un beso...

¡No! ¡Eso no! Aunque notara un dulce calor en las entrañas, no le permitiría tocarla. No caería en el mismo error dos veces.

No habría ningún contacto entre ellos, solo palabras.

A lo mejor aquella misma noche, cuando Comehombres se hubiera marchado y los criados se hubieran acostado, podría estar a solas con Cuauhtémoc y sumarlo a su causa.

3

Tenochtitlán, miércoles, 21 de abril de 1519, en el crepúsculo

Moctezuma, sentado para la cena, escogía con desgana un bocado de aquí y otro de allá de los más de cien platos que tenía delante. Las imágenes que se agolpaban en su mente eran de las *tzitzimime*, las demoníacas estrellas de la oscuridad, esas monstruosas arañas que atacaban el sol al final de una era mundial, lanzándose contra él desde el cielo.

El roce prácticamente inaudible de unos pies calzados con zapatillas sobre el suelo de caoba pulida del comedor, junto con una débil perturbación del aire, anunció la llegada de su lúgubre administrador, Teudile, el séptimo señor en importancia del Imperio mexica.

Alto, demacrado, de mejillas hundidas, con las sienes y las cejas afeitadas y la melena gris sujeta en un moño, su preciada dignidad personal, incrementada por la túnica tachonada de estrellas que solo a él le estaba permitido llevar en presencia del Gran Orador, Teudile era el responsable de todas las cuestiones relativas al funcionamiento de la casa real. Durante la cena, tenía el privilegio y el honor de describirle al orador los platos y servirle lo que le apeteciera, pero esa noche, como desde hacía ya muchas, Moctezuma había prescindido de ese servicio y, sin preocuparse por las delicias del menú, había preferido comer y

rumiar a solas.

—Señor, con mis humildes disculpas...

—¡Vete, Teudile! Te arriesgas al molestarme.

Con el rabillo del ojo, Moctezuma vio que el administrador se estrujaba las manos de dedos largos y finos.

—Perdonadme, señor, pero temo vuestra cólera si no consigo que prestéis atención a este asunto... —Siguió estrujándose los dedos—. Sería mejor que lo decidierais vos mismo.

La furia de Moctezuma iba en aumento, no en vano su nombre significaba «Señor Enojado». Sin embargo, se sentía aprensivo, de hecho intuía una catástrofe inminente.

—Está bien —dijo sin alzar la voz, cosa que casi nunca hacía—. Háblame de ese asunto.

El miedo de Teudile se hizo palpable.

—Señor —dijo—, en la puerta hay un *pochtecatl* llamado Cuetzpalli.[8] Le habría echado a golpes, pero lleva vuestro sello y asegura que le dijisteis que obtuviera cierta información para vos. Dice estar en posesión de dicha información y que está seguro de que querréis oírla.

Moctezuma se puso lívido. El año anterior había convocado al tal Cuetzpalli a una reunión privada en el palacio, poco después de los primeros avistamientos de seres de piel blanca, con aspecto de hombres pero dotados de poderes sobrenaturales, que habían llegado procedentes del océano oriental en barcos que se movían solos, sin remos. Moctezuma tenía razones para temer aquellas noticias. Había muchos indicios de que aquellos seres habían venido a preparar el camino para el retorno de Quetzalcóatl, el dios de la paz, que, según la profecía, lo sacaría del trono del Imperio mexica, acabaría con los sacrificios humanos rituales que él dirigía y daría un vuelco al orden mundial existente.

El joven mercader Cuetzpalli, miembro de un poderoso gremio, el de los *pochtecas*, viajaba y comerciaba por el territorio maya chontal de Yucatán, en cuyas tierras aquellos seres habían pasado una corta temporada. Por tanto, estaba en una situación inmejorable para vigilar cualquier señal de su reaparición. Antes de mandarlo a Yucatán, le había dicho a

Cuetzpalli: «Si se les vuelve a ver, recoge información y házmela llegar prontamente. Puedes reunirte conmigo a cualquier hora del día o la noche. No hay información más importante para la seguridad de nuestro reino.»

—Has hecho bien en molestarme. —Moctezuma suspiró, sacando a Teudile de su aprensión—. Recibiré al *pochtecatl* en la Casa de las Serpientes. Antes de llevarlo allí, sin embargo, llama a Namacuix y dile que me harán falta dos cautivos, ambos varones, jóvenes, para el sacrificio.

Puesto que la manifestación más conocida de Quetzalcóatl era en forma de serpiente emplumada, a Moctezuma le pareció apropiado estar entre esas criaturas para recibir, como mucho se temía, noticias del regreso de aquel dios.

La Casa de las Serpientes formaba parte del zoo real y, allí, en los fosos y los estanques que rodeaban la galería principal, había serpientes de todos los tamaños y colores, desde las más sosas de cascabel hasta las más esplendorosas corales y culebras-perico. La colección incluía *Lachesis*, nauyacas, crótalos cornudos, pitones enanas, *Thamnophis*, víboras ratoneras, corales ratoneras, boas y muchas otras especies, entre ellas varias serpientes acuáticas.

El enorme patio vallado para exponer aquellos monstruos estaba parcialmente abierto a las estrellas e iluminado de manera suplementaria por las noches con antorchas, a cuya luz revivían los murales con representaciones de serpientes dispuestas geométricamente. Ichtaka, el cuidador del zoo, y su joven ayudante todavía se afanaban por encender las antorchas cuando llegó Moctezuma. Inmediatamente se postraron, como correspondía en presencia del Gran Orador, pero este les indicó con gestos que se levantaran y les ordenó que terminaran su tarea y se retiraran.

Namacuix, el delgado fanático de mirada abrasadora, recientemente nombrado sumo sacerdote tras la misteriosa desaparición de su desleal predecesor Ahuízotl, llegó poco después, acompañado por cuatro ayudantes vestidos con túnicas negras que transportaban una plataforma de ejecución. La dejaron en el suelo, en el centro de la galería. Con ellos, custodiados por seis soldados, iban dos jóvenes cautivos tlaxcaltecas en taparrabos y con el cuerpo cubierto de tiza. Aunque drogados y dóciles, su mirada estaba cargada de miedo y horror.

Finalmente entró Teudile con un criado que llevaba dos taburetes, uno alto para que se sentara Moctezuma y uno mucho más bajo para el *pochtecatl*.

—¿Traigo al mercader, señor? —preguntó el administrador.

En uno de los fosos, una sinuosa boa se estaba tragando un agutí de gran tamaño. Contemplando tristemente la escena, Moctezuma captó su simbolismo. La serpiente tenía que ser Quetzalcóatl, mientras que el agutí, convertido en un bulto en el esófago de la constrictor, tenía que ser el propio Moctezuma.

—Sí —repuso—. Tráelo.

Era muy inusual que cualquiera, y menos aún un *pochtecatl* sucio por el polvo del camino y agotado, se sentara en presencia del Gran Orador, pero la misión de Cuetzpalli justificaba aquel honor.

Cuando el mercader hubo terminado de hacer reverencias, Moctezuma le indicó el taburete y fue directo al grano.

—¿Han vuelto los seres de piel blanca? —le preguntó.

—Lo han hecho, mi señor —dijo Cuetzpalli—. Vinieron, como la vez anterior, por el océano oriental, en barcos enormes que se mueven solos, sin necesidad de remos.

Moctezuma asintió lentamente. «Así pues —pensó—, como predijeron las antiguas profecías, mi ruina está próxima.» Le hizo una seña a Namacuix y, rápidamente, sin ceremonias, tendieron a los dos jóvenes tlaxcaltecas boca arriba sobre la plataforma, les abrieron el pecho y les arrancaron el corazón. Hecho esto, el sumo sacerdote hundió los dedos en su cavidad torácica, se acercó a Moctezuma y a Cuetzpalli y los roció abundantemente de sangre.

Siguió un breve intervalo mientras retiraban los cadáveres. Con las partes no aptas para el consumo alimentarían a los jaguares y otros carnívoros del zoo.

Los sacerdotes ayudantes y los soldados se marcharon. Solo se quedaron Namacuix y Teudile, de pie, uno a cada lado de su rey.

—Muy bien —le dijo Moctezuma al *pochtecatl*—. Adelante.

—Sois muy amable, señor —repuso el mercader—, pero antes de empezar tengo el deber de deciros que los sucesos que

voy a contaros tuvieron lugar hace veintisiete días.

Moctezuma frunció el ceño.

—¿Veintisiete días?

—Sí, gran señor. Las tierras de los mayas chontales están muy lejos de aquí. He viajado deprisa, a marchas forzadas, durmiendo poco y sin detenerme ni para comer. Me he adelantado mucho a mi caravana, avanzando únicamente con mis guardias *cuahtxics* para protegerme. Aun así, hemos pasado veintisiete días en el camino.

Aunque Moctezuma intentaba mantenerse tranquilo e impasible, el corazón le martilleaba en el pecho. Si habían visto a los seres de piel blanca en las tierras de los mayas chontales hacía veintisiete días, quién sabía dónde podían estar ya. Si eran verdaderos dioses, como sospechaba él, era probable que viajaran mucho más rápido que un simple mortal, en cuyo caso podrían estar cerca incluso ya de Tenochtitlán.

Esa perspectiva, ya de por sí aterradora, se volvió más horrible e inminente para Moctezuma a medida que el *pochtecatl* le fue contando su historia, ilustrándola con dibujos detallados hechos por su propio artista durante una gran batalla, una batalla que había tenido lugar hacía veintisiete días, en la que los mayas chontales habían tratado sin éxito de obligar a los seres de piel blanca a retroceder hacia el océano.

Moctezuma sabía que los mayas eran fieros luchadores; de hecho, su fiereza era una de las razones por las que los mexicas nunca habían intentado obligarlos a ser súbditos del imperio y rendirle tributo. Además había tantos como moscas en verano y por eso podían llevar ejércitos nutridos a la batalla; conquistarlos habría sido costoso, tanto que sus generales le habían aconsejado siempre no intentarlo.

Sin embargo, los seres de piel blanca, que no eran más de quinientos, según Cuetzpalli, ¡habían derrotado y destruido en un solo día un ejército de cuatro mil mayas chontales! Particularmente significativo era el hecho de que lo habían hecho usando *xiuhcoatl*, serpientes de fuego.[9] El dios de la guerra Huitzilopochtli, el Colibrí, se le había aparecido a Moctezuma en sus visiones para advertírselo: los que buscaban su ruina irían armados precisamente de aquella manera.

Los jefes mayas, prosiguió Cuetzpalli, estaban absurdamente convencidos de que aquellos seres no eran dioses y de que sus *xiuhcoatl* no eran sino ingeniosas armas fabricadas

por hombres. Después de verlos en acción, sin embargo, el *pochtectl* estaba seguro de que obraban poderes sobrenaturales.

—Sus serpientes de fuego rugían —dijo—, y su ruido resonaba como el trueno, tan fuerte como para robar la fuerza de un hombre y dejarlo sordo.

Además, los seres poseían no solo una sino hasta tres clases de tales armas milagrosas. La más pequeña mataba a uno o dos hombres de una sola vez, las medianas mataban con facilidad a quince, y las más grandes, a cientos.

—La descarga de la *xiuhcoatl* grande es terrorífica, señor. —Por el modo en que lo dijo, Cuetzpalli estaba maravillado—. Sale disparada de sus entrañas una cosa parecida a una bola de metal, acompañada de fuego y chispas abrasadoras, que viaja por el aire hasta una gran distancia. Cuando cae al suelo, rebota y rueda matándolo todo a su paso, destrozando hombres y haciéndolos desaparecer como si nunca hubieran existido. El humo es fétido, como de cieno putrefacto. Se huele desde lejos; te envuelve la cabeza y penetra incluso hasta el cerebro.

Moctezuma tenía la abrumadora sensación de que el gran peligro que llevaba años acosándolo estaba, lenta y amenazadoramente, cumpliendo su temible promesa.

Primero habían sido las señales y los augurios, las apariciones inexplicables, incoherentes y confusas, aunque no por ello menos aterradoras, desde hacía una década o más incluso. Luego, dos años antes, habían traído un extraño pájaro a su palacio. Tenía un espejo en la cresta, y en aquel espejo Moctezuma había visto criaturas de piel blanca y pelo dorado con armadura de metal, algunas con aspecto humano y otras medio humanas medio huemul, que corrían a gran velocidad. Después, hacía menos de un año, le habían llegado informes procedentes de las tierras de los mayas chontales según los cuales unos seres exactamente como aquellos que él había visto en el espejo habían aparecido en Yucatán. Más tarde, el Colibrí le había dado más noticias de ellos y le había dicho que eran maestros en metales desconocidos y que en la batalla bestias salvajes luchaban por ellos.

—Algunas criaturas los llevan más rápido que el viento, otras tienen unos dientes monstruosos y unas mandíbulas con las que despedazan a los hombres.

Ahora, testigo de la batalla que había tenido lugar hacía apenas veintisiete días, Cuetzpalli le traía dibujos de aquellas

bestias salvajes, de «huemules que los llevaban sobre el lomo, a la altura de un terrado», y de otros monstruos del tamaño de jaguares a los que solo había visto de lejos pero que corrían por el campo de batalla en gran número, atrapando y devorando a los soldados mayas. Ambos tipos de bestias se desplazaban a una velocidad aterradora, sobrenatural, sobrevolando el suelo y saltando por el aire, y ambos, como los propios seres de piel blanca, llevaban armaduras de un misterioso metal reluciente como la plata pero tan fuerte que ningún arma maya era capaz de atravesarlo.

—Sus arreos y sus armas están hechos de ese mismo metal —dijo Cuetzpalli—. Lo visten y se cubren con él la cabeza. Sus espadas son de metal, sus arcos son de metal, sus escudos y sus lanzas son de metal.

El dibujante había plasmado imágenes sobrecogedoras de los seres de piel blanca con sus extrañas bestias y su terrorífico traje de guerra. Mientras Moctezuma estudiaba los dibujos y escuchaba el relato de Cuetzpalli, cuajó en él la sospecha de que aquellos seres tenían que ser dioses como aquellos con los que trataba desde siempre. Aunque Cuetzpalli no había tenido ocasión de acercarse mucho a ellos y había presenciado la batalla desde la cima de una colina, le había preguntado a un jefe maya que había negociado con ellos durante varios días antes de que empezara el combate. Aquel jefe, llamado Muluc, se los había descrito como «muy blancos». «Tienen la cara blanca como la tiza y el pelo amarillo, aunque el de algunos es negro. Llevan barbas largas y amarillas, y bigotes amarillos», le había dicho.

La descripción encajaba perfectamente con los testimonios previos acerca del dios barbudo y de piel blanca Quetzalcóatl, cuya vuelta, profetizada hacía mucho, tendría lugar aquel mismo año, el año de Ce Ácatl. De hecho, el nombre completo de Quetzalcóatl era Ce Ácatl Quetzalcóatl. Además, según la venerable tradición, «los años del Pedernal vienen del norte, los de la Casa, del oeste; los del Conejo, del sur, y los de la Caña, del este». Los de la Caña, es decir, los de Ce Ácatl. Por tanto, tenía sentido que aquellos dioses de piel blanca, cuya descripción encajaba tanto con la de Quetzalcóatl, hubieran llegado a Yucatán procedentes del este, cruzando el océano oriental. Además, el sitio al que habían llegado y donde habían hecho aquella imponente demostración de sus poderes

sobrenaturales era Potonchán, el lugar exacto desde el cual se decía que Quetzalcóatl había partido muchísimos años antes y al que había prometido regresar para derrocar a los devotos del Colibrí, el dios de la guerra que lo había expulsado.

«¡Quetzalcóatl ha vuelto! —pensó Moctezuma—. ¡Ha vuelto! Vendrá aquí, a Tenochtitlán, donde están su trono y su dosel, tal como prometió cuando se fue.»

Según la profecía, en el año de Ce Ácatl un rey sería destronado y esclavizado.

Plenamente convencido ya de que ese rey tenía que ser él, a Moctezuma le costaba cada vez más disimular el espantoso temor que le nublaba la mente y le revolvía las entrañas como una maldición mortal, encogiéndole el corazón y aflojándole las rodillas.

Aquel mismo temor, inspirado por los primeros augurios, lo había empujado hacía sesenta días a ofrecer a dos mil mujeres en holocausto en la pirámide. El sacrificio había producido el efecto deseado. El Colibrí se le había aparecido y le había prometido luchar a su lado. En compensación, Moctezuma había jurado al dios de la guerra un sacrificio incluso mayor, únicamente de vírgenes. Confiaba en poder mantener su palabra porque Coaxoch, su principal general, estaba en campaña al mando de todo un ejército complementado con cuatro regimientos de ocho mil hombres cada uno, con la única finalidad de apresar a un gran número de víctimas.

Lo que Moctezuma no sabía esa noche, sin embargo, lo que no podía siquiera imaginar, era que el ejército de treinta y dos mil guerreros de Coaxoch sería aniquilado a la mañana siguiente por una fuerza superior de tlaxcaltecas, tan completamente destruido por el rey guerrero Chicotenga, que solo tres mil desmoralizados supervivientes regresarían a duras penas a Tenochtitlán. Tampoco podría haber previsto Moctezuma la escalada de violencia que hubo poco después, mucho más cerca de Tenochtitlán, en la lucha con las fuerzas rebeldes dirigidas por Ixtlil, el desleal príncipe de Texcoco.

Este estallido había preocupado tanto a los cinco restantes ejércitos mexicas, que las incursiones en busca de más víctimas sacrificiales habían sido escasas.

En lo profundo de sus revueltas entrañas, Moctezuma sabía que no necesitaba buscar más para explicar por qué, a pesar de todos sus esfuerzos y su desesperada necesidad de

seguridad y asesoramiento, el Colibrí no había reaparecido ni le había enviado ninguna señal inequívoca.

Evidentemente, el dios de la guerra se mantendría alejado hasta que recibiera el gran número de vírgenes que le había prometido. A partir de aquel momento, decidió, dedicaría cuatro regimientos de sus mejores hombres a esa sagrada tarea.

Cuando Cuetzpalli terminó su relato, Moctezuma fue amable con él.

—Has pasado fatigas —le dijo—. Estás agotado por el largo viaje, así que deberías ir a descansar. Cuando te necesite te llamaré. Pero tienes que saber una cosa: lo que me has dicho y me has mostrado esta noche es un secreto. No se lo cuentes a nadie. —Tras mirar a Teudile y a Namacuix prosiguió con severidad—: Nadie hablará de esto. Nadie dejará que salga de sus labios. Si alguno de los presentes cuenta algo, morirá; su viuda será ahorcada; sus hijos, despedazados contra los muros de su casa, y esta será quemada hasta los cimientos.

Cuando se levantaba para marcharse, vio la boa en el foso. Notó con interés que no había conseguido engullir al agutí, que debido a su gran tamaño le había reventado la garganta.

Ambas criaturas yacían sin vida.

4

Miércoles, 21 de abril de 1519, por la noche

Cuauhtémoc estaba solo, sentado en la terraza ajardinada de su casa del barrio real de Tenochtitlán, contemplando el cielo estrellado. En la oscura profundidad de la medianoche, Mamalhuaztli, la constelación de las siete brillantes estrellas, la de los palos de fuego,[10] estaba entrando en su período de invisibilidad y no volverían a verla hasta finales de verano.

Era extraño, pensó, el modo en que las estrellas iban y venían, dejándose ver ahora sí, ahora no, tan inescrutables y misteriosas como Temaz, la diosa de la curación y las medicinas, a quien él debía su asombrosa recuperación, tanto de las terribles heridas que le había infligido dos meses antes Chicotenga, el rey de la batalla de Tlaxcala, como por el *cotelachi*, el veneno mortal que le habían administrado mientras yacía convaleciente en el hospital real. Su tío Moctezuma, por supuesto, había negado cualquier implicación en el complot y había ordenado despellejar al médico real, Mecatl, por envenenarlo, tras lo cual le había entregado la piel a su sobrino como muestra de respeto. A pesar de ello, Cuauhtémoc y su padre, Cuitláhuac, cuya lealtad hacia Moctezuma había sido firme hasta la fecha, sabían perfectamente que era el Gran Orador quien estaba detrás del asunto.

Ah, Temaz, Temaz... Cuauhtémoc no podía creer lo enamorado que estaba. ¡Si estaba sentado allí fuera, suspirando bajo el cielo nocturno! La echaba de menos, anhelaba su dulce tacto, recordando el extraordinario calor curativo que le derramaba con los dedos en las heridas, devolviéndolo a la vida. Habían pasado más de cincuenta días desde su primer encuentro en el hospital real, cuando se le había aparecido para exponerle el complot de Moctezuma. Luego, cuando lo habían puesto a salvo en la hacienda de su padre, en Chapultepec, se había materializado en otras tres ocasiones para curarlo y hablarle de cosas imposibles: del retorno de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, dios de la paz, quien, según ella, derrocaría a Moctezuma. Incluso en ese momento, tantos días después y a pesar de que no había vuelto a verla desde aquella última noche extraordinaria, sus palabras resonaban en los oídos de Cuauhtémoc.

—No debes, no debes de ningún modo oponerte a Quetzalcóatl. Se avecina una guerra y tienes que estar en el bando correcto. Tienes que estar de parte de la paz.

—¿La paz? —Cuauhtémoc se había quedado sinceramente desconcertado—. Soy un guerrero, mi señora. No puedo estar nunca de parte de la paz... Además, para empezar, ¿qué clase de dios de la paz recurriría a la guerra? Seguramente si desea librar al mundo de Moctezuma encontrará una manera de lograrlo por medios pacíficos.

—Moctezuma es malvado —había insistido Temaz—, y a veces el mal supera al bien. Cuando eso sucede, no es posible ignorarlo pacíficamente. Hay que combatirlo y detenerlo, y para eso ha vuelto Quetzalcóatl.

—Pues entonces Quetzalcóatl también es un dios de la guerra, como el Colibrí, nuestro dios de la guerra.

—No... ¡Sí!

—¿Qué es, mi señora? ¿Es ese Quetzalcóatl vuestro un dios de la paz o es un dios de la guerra? ¡No puede ser ambas cosas!

—¡Entonces es un dios de la guerra! Sin embargo, lucha contra el Colibrí, el gobernante malvado y la autoridad del mundo invisible que contamina cuanto toca con el mal y la oscuridad, cuya marioneta es Moctezuma; igual que Mecatl, el médico, fue la marioneta de Moctezuma en el complot para envenenarte... La pregunta que debes hacerte, Cuauhtémoc, es si

vas tú también a ser una marioneta del Colibrí en el gran conflicto que se avecina, o si vas a luchar del lado del bien y la luz.

—Temaz, mi señora —le había dicho Cuauhtémoc—, si me pedís que luche contra Moctezuma, entonces os digo que estoy dispuesto a hacerlo. ¡Es un loco enclenque y, además, ha intentado asesinarme! Pero si me pedís que combata contra el Colibrí, mi señora..., bueno, eso es una cosa muy distinta y en absoluto tan fácil.

—Llegará el día, príncipe, en que tendrás que decidir. Solo espero que escojas sabiamente.

Cuauhtémoc recordó cómo, una vez más, había vuelto a presionarle las heridas del vientre desnudo con los dedos, imbuyendo en su cuerpo calor curativo.

—Volveremos a vernos —le había dicho, irguiéndose y rompiendo el contacto con él.

Y entonces...

Bueno, la había besado. Había sido un beso apasionado, profundo y ávido, por parte de ambos, que solo podía saciarse de un modo, que tendría que haber sido saciado de ese modo, pero en aquel preciso instante Temaz se había convertido en humo entre sus brazos y había desaparecido. Se había quedado abrazando el aire.

«¿Qué acaba de pasar? —recordó que había pensado—. ¿Quién es? ¿Es una diosa, como asegura, u otra cosa?»

Había vuelto a tocarse los labios, inflamados, vivos, cosquilleantes. Cuando los había apartado, sin embargo, tenía los dedos teñidos de rojo.

Había fruncido el ceño. ¿Qué era aquello? ¿Sangre? Se los había lamido. ¡No, no era sangre! Era otra cosa, algo que le resultaba familiar.

Se había mirado en un espejo de obsidiana. Aquella cosa roja, fuera lo que fuese, no solo le teñía los labios sino el contorno de la boca. Volvió a probarlo y, de repente, cayó en la cuenta. ¡Tintura de cochinilla! ¡Carmín! Raro y exótico, sí, pero pintura de labios de mujer sin duda alguna.

«¿Para qué le hace falta a una diosa el carmín?»

Se lo había preguntado entonces, y continuaba preguntándoselo, pero no había llegado a ninguna conclusión. Seguía siendo factible que lo hubiera curado una diosa, aunque intuía otra posibilidad incluso más extraordinaria: que la diosa

Temaz hubiera sido desde el principio una mujer disfrazada. Una bruja, tal vez, con algún extraño poder de volverse invisible o visible a voluntad.

Cuauhtémoc volvió a suspirar. La idea de que hubieran podido engañarlo lo habría enfurecido en cualquier otro caso, pero no en aquel, curiosamente. La única e irrefutable verdad era que aquella Temaz, fuera quien fuese, tanto si era una diosa como una mujer, un fantasma o una bruja, había obrado en él el milagro de la curación y le había salvado la vida.

Se relamió los labios. Incluso ahora, después de tanto tiempo, a menudo imaginaba que notaba su dulzura y su calor, la húmeda calidez de su lengua contra la suya.

Y a veces no sabía si eran imaginaciones suyas o algo más, intuía su presencia, observándolo en silencio, invisible. Se le erizó el vello de la nuca. ¿Era esa una de aquellas ocasiones?

—Temaz —susurró—, dulce diosa, mostraos ante mí.

¿Qué había sido eso? Allí. Una perturbación en el aire. ¿El indicio de una forma emergiendo de la oscuridad? ¿Era esa noche aquella en que la diosa volvería a él? Cuauhtémoc se inclinó ansioso hacia delante, escrutando la oscuridad.

—¿Estáis ahí? —preguntó, y le sorprendió que le temblara la voz. Se puso de pie, caminó inseguro hacia donde creía haberla visto y estiró los brazos—. Os he deseado —dijo, pero al punto se sintió como un tonto ya que no obtuvo respuesta y el aire nocturno volvía a estar tranquilo y la oscuridad era solo oscuridad, vacía de sustancia.

¡Ya basta! Se estaba comportando como un joven imberbe.

Era hora de dejar atrás aquel sinsentido. Al día siguiente, decidió, volvería a involucrarse en los asuntos de Estado. Moctezuma se resistiría, pero sus días estaban contados. Si Quetzalcóatl estaba a punto de regresar, entonces un verdadero guerrero debía dar un paso al frente para enfrentarse a él.

En cuanto a las mujeres... Bueno, había tantas como peces en el mar. Cuauhtémoc ya se había mantenido apartado de ellas bastante tiempo por su absurda lealtad a Temaz.

¡Bien podía haber sido leal a un sueño!

Estaba dispuesto a seguir adelante.

5

Jueves, 22 de abril de 1519

El gran señor llamado Cortés, con la reluciente chaqueta de metal que los españoles llamaban coraza, estaba sentado bajo un tendal en la misma voluminosa e ingeniosa silla que Malinali le había visto usar para su encuentro diplomático con los derrotados jefes mayas chontales.

Había pasado tiempo desde entonces, y los hombres que hoy estaban delante de Cortés, sentados en el suelo sobre una esterilla con las piernas cruzadas, y por lo tanto obligados a mirarlo desde abajo, desde una posición de inferioridad, no eran mayas.

Allí estaba un simple noble de rango medio mexica, un hombre robusto llamado Pitxatzin, a quien Moctezuma había nombrado gobernador provincial de la ciudad costera de Cuetlaxtlán. En los cinco años que llevaba siendo esclava sexual de los mexicas, Malinali había asistido a varias cenas en Tenochtitlán en las que había participado Pitxatzin antes de ser enviado a ocuparse de aquel puesto de avanzada del imperio. No obstante, como su rango entre los *pipiltzin*, la nobleza, era demasiado bajo para que se la asignara siquiera como amante, no era seguro que se acordara de ella. Por la misma razón, no conocía a ninguno de los otros cinco nobles de relativo bajo

rango de su séquito, obligados por falta de espacio a estar de pie fuera del tendal, a pleno sol de la tarde. Además, Pitxatzin traía un artista que permanecía también al sol, en cuclillas, trabajando afanosamente en una serie de dibujos.

Formaban el séquito de Cortés el barbirrojo Puertocarrero, a quien Malinali conocía demasiado bien, y los señores Alvarado, Escalante, Ordaz y Montejo, cuyos nombres había memorizado.

Aunque estaban de pie, se habían colocado todos a la sombra del tendal. Pepillo, un chico que solo se separaba de Cortés para cuidar de su perrito herido, estaba sentado en el suelo con pluma y papel, listo como siempre para tomar nota de cuanto hacía su amo. Estaba asimismo presente el intérprete, Aguilar; sin embargo, poco podía hacer, pues solo hablaba castellano y maya, mientras que Pitxatzin y los suyos, como la mayor parte de los mexicas, hablaban náhuatl. Resultaba evidente, por el uso repetitivo de signos y las sonrisas de frustración, que los dos grupos no se entendían demasiado bien.

Espiando la reunión por encima del vapor de las ollas, entre las animadas sirvientas de la improvisada cocina del campamento español, Malinali vio por primera vez la oportunidad de demostrar su valía a Cortés.

En su primera visión extraordinaria de los hombres blancos a caballo, hacía veintiocho días, había mirado a los ojos a Cortés mientras pasaba por su lado, cubierto por la brillante armadura de metal, para unirse a la gran batalla de Potonchán. Al día siguiente, Muluc, su padrastro, rey de Potonchán, que por supuesto había sobrevivido a la lucha en la que tantos miles de mayas chontales habían perecido, se la había entregado a Cortés como ofrenda de paz, junto con pieles de jaguar, piezas de ricas telas, un cofre lleno de objetos de precioso jade, gemas, joyas de oro y plata y otras diecinueve mujeres, todas ellas, como la propia Malinali, ofrecidas como esclavas para que los españoles las usaran como les conviniera.

—Dijiste que volvías con nosotros para conocer a los hombres blancos —le había recordado Muluc—, y ahora verás cumplido tu deseo... y en buena hora. Espero que les causes tantos problemas como me has causado a mí.

Su madre, Raxca, había llorado pero no había puesto objeciones a que su repulsivo marido se librara definitivamente de Malinali, aplacando al mismo tiempo a un enemigo poderoso.

—Mato dos pájaros con la misma flecha —se había regodeado Muluc.

A Malinali le había costado disimular su alegría. Tras escapar por los pelos con su amiga Tozi de ser sacrificada por el propio Moctezuma, había caminado desde Tenochtitlán hasta allí para conocer a aquellos supuestos dioses blancos, pero Muluc la había apartado de su búsqueda. Sin embargo, el destino se había confabulado para convertirlo en el instrumento mismo que la pondría en manos de aquellos hombres. Por un momento, pareció que todo avanzaba suavemente hacia su conclusión prevista, pero, poco después de volver de la capital regional, Cintla, a Potonchán, y ser entregada a los españoles, la sensación que tenía Malinali de ser arrastrada dentro de algún esquema divino se vio bruscamente destrozada. La conexión especial que había sentido con el jefe español al verlo cabalgar hacia la batalla, el modo en que había vuelto su cara barbuda hacia ella, el modo en que la había mirado dejándola petrificada, la había llenado de esperanza y anhelo. Pero cuando en Potonchán la habían llevado ante él, la había aceptado como un regalo de Muluc de menos valor que el jade, el oro y las joyas, que tampoco le habían gustado demasiado; no le había prestado atención, había rechazado el intento de Malinali de hablar con él, utilizando a Aguilar como intérprete y, por último, se la había entregado a su amigo Puertocarrero.

Después, durante los veintitrés días que los españoles habían permanecido en las tierras de los mayas chontales, había visto poco a Cortés, que pasaba casi todo el tiempo lejos de Potonchán, con frecuencia en compañía de su cruel pero atractivo lugarteniente, Pedro de Alvarado.

No tardó en enterarse, por las sirvientas que Muluc había enviado a trabajar para ellos en el palacio, de que los españoles saqueaban todos los pueblos de la región. Por lo visto, estaban tan obsesionados por el oro como los mexicas, al revés que los mayas, a quienes interesaba poco. Se decía incluso que habían torturado a Muluc y al jefe supremo, Ah Kinchil, para que entregaran las reservas de oro que los hombres blancos creían que habían ocultado, aunque por supuesto no tenían nada que entregar. Malinali no sabía ni le importaba si aquellos informes eran ciertos; los dos jefes habían conspirado para arruinarle la vida y, en su opinión, merecían cuantas calamidades les sucedieran.

Cuando no rapiñaba oro, Cortés tenía otra afición a la que se dedicaba a fondo: destruir los ídolos de los templos y predicar a la gente de Cintla y Potonchán su extraña e incomprensible religión. Como todos le tenían pavor, conseguía muchos conversos.

Malinali le había pedido varias veces ayuda a Aguilar para acercarse a hablar con Cortés en las ocasiones en que este no estaba ocupado con aquellas actividades. Desde el primer día, sin embargo, el intérprete español había sido con ella poco servicial. Malinali quería que comprendiera que hablaba con fluidez no solo el maya sino también el náhuatl, la lengua de los mexicas, pero, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, el hombre estaba decidido a no permitirle hablar con Cortés.

Luego se enteró del porqué.

Una noche, Cortés había hecho un anuncio a su ejército. Le había pedido a Aguilar que tradujera para las veinte esclavas que acompañarían a los hombres. Había dicho que los españoles habían terminado en las tierras de los mayas chontales y que no tardarían en marchar hacia las de los mexicas. Irían primero en barco hasta la ciudad costera de Cuetlaxtlán (todos tenían que estar listos para embarcar al cabo de tres días) y, desde allí, tierra adentro, hasta Tenochtitlán, la capital mexica. La tomarían, apresarían a su emperador Moctezuma, «vivo o muerto», y se apoderarían de la enorme reserva de oro que su imperio supuestamente había amasado.

«¿Supuestamente? —había pensado Malinali, con el corazón acelerado—. ¡Supuestamente!» Si le hubieran permitido hablar con Cortés, le habría dicho hacía semanas que no era una cuestión de suposiciones. Los mexicas eran el pueblo más rico del mundo. Tenochtitlán rebosaba de oro y los tesoros de Moctezuma estaban repletos de él.

Era evidente que Aguilar se había comportado de una manera tan extraña porque sabía que Malinali hablaba náhuatl con fluidez, mientras que él no sabía ni una palabra de aquella lengua, y además veía que estaba aprendiendo castellano. El infeliz temía sin duda, puesto que era inevitable que tarde o temprano la codicia por el oro condujera a los españoles hasta los mexicas, que ella usurpara su lugar de privilegio al lado de Cortés. Aunque no le mentía directamente a su jefe sobre la fabulosa riqueza de Tenochtitlán, el intérprete había hecho todo

lo posible por retrasar el darle esa información tan importante y, así, evitar que Cortés descubriera lo indispensable que podía ser Malinali para la causa española.

A lo mejor Aguilar tenía incluso la esperanza de que dejaran a las esclavas cuando prosiguieran su viaje. Sin embargo, ni Puertocarrero ni ninguno de los oficiales a los que habían concedido mujeres iban a renunciar en modo alguno a sus cocineras, limpiadoras y compañeras de cama. Además, Cortés había dejado claro que acompañarían al ejército en su avance hacia Tenochtitlán.

Malinali se dio cuenta de que, una vez más, se había reunido con su destino. Faltaba muy poco para que Cortés se encontrara con los señores de los mexicas y se viera incapaz de hablar con ellos. Entonces, hiciera lo que hiciera Aguilar para impedírselo, ella ocuparía el lugar que le correspondía en la historia.

Al cabo de tres días, como había prometido Cortés, dejaron Potonchán. Siguió un viaje por mar en la gran nave llamada *Santa Luisa*, propiedad de Puertocarrero, mucho más larga y ancha que cualquiera de las que había visto o en las que había podido soñar Malinali. Al principio la había intimidado, incluso le había dado un poco de miedo, tanto por su enorme tamaño como por el modo en que sus alas de tela atrapaban el viento haciéndola avanzar entre las olas espumosas.

Además, la *Santa Luisa* era solo una de las once naves similares que comandaba Cortés, de las cuales la suya, la *Santa María*, era la más grande y magnífica.

Todas las naves habían viajado juntas siguiendo la costa de Yucatán desde Potonchán, pero como no iban en la misma, Malinali tampoco había podido hablar con Cortés. Lo que no tardó en quedarle claro, sin embargo, fue que viajaban más rápido de lo que un hombre podía caminar y que mantenían esa velocidad hora tras hora, día tras día y noche tras noche, dejando atrás el territorio maya y acercándose al poblado gobernado por los mexicas.

Finalmente, la mañana del cuarto día, Cortés ordenó a la flota echar el ancla en la costa, a unos kilómetros al norte de Cuetlaxtlán, e inmediatamente hizo desembarcar al grueso de su ejército. En cuestión de horas habían instalado el campamento en las dunas de arena. Pitxatzin y su séquito habían llegado para ver qué pasaba y se habían encontrado, para su frustración, con

la infranqueable barrera del lenguaje. Malinali, esclavizada con las ollas, había visto su oportunidad de atraer nuevamente la mirada de Cortés, como el día de la gran batalla de Potonchán.

Entonces, cuando había pasado ruidosamente a caballo, todavía podrían haberla persuadido de que tanto él como sus compañeros españoles eran dioses, pero ahora sabía más. De hecho, había bastado con el olor de las ventosidades de Puertocarrero para convencerla de que trataba con hombres iguales que cualquier otro, con todas las debilidades, locuras y estupideces propias del sexo masculino.

Sí, no se parecían a los mayas ni a los mexicas, ni por su aspecto ni por su lengua, que Malinali empezaba a dominar y que no se parecía en absoluto a ninguna otra que ella hubiera oído. También, tenía que reconocerlo, sus costumbres y su conducta eran extrañas. Aunque la mayoría nunca se lavaba, por lo que hedían e iban asquerosos, eran inusualmente disciplinados y resueltos, y sus armas, animales domesticados y naves eran extraordinarios. Aun así, a fin de cuentas, eran hombres y nada más que hombres, y como tales, por miedo que infundieran y por extraños que pudieran parecer, era posible entenderlos, controlarlos y manipularlos.

Malinali volvió a ocuparse de las ollas. El estofado estaba listo. Sirvió dos generosas raciones en los cuencos que ofrecería a Cortés y Pitxatzin, dijo a las otras que sirvieran a los demás y se acercó por la arena a su destino.

—El mexica y el maya deben parecerse en algo, ¿no? —le dijo Cortés a Aguilar—. Algo habrá que podáis usar para comunicaros con estos salvajes.

—No, Hernán —repuso Aguilar—. Sus lenguas no son como el francés y el italiano, que comparten muchas palabras. Son completamente distintas. No consigo hacerme entender en absoluto.

—Entonces tenemos un problema. Si no podemos hablar con los mexicas, no podremos negociar con ellos ni impresionarlos con nuestros argumentos ni enterarnos de lo que piensan. Nos costará más derrotarlos.

—¡Bobadas! —exclamó Alvarado, que estaba de pie con Puertocarrero al lado de Cortés—. El lenguaje de la espada es

claro. Solo tenemos que usarlo con ellos y nos entenderán perfectamente.

Cortés rio sin ganas.

—Ojalá fuera tan sencillo, Pedro, pero sé por experiencia que la lengua es un arma tan poderosa como la espada.

Mientras lo decía, Cortés vio a la hermosa y alta maya que había entregado a Puertocarrero acercándose por la arena con dos cuencos del estofado humeante que él había ordenado preparar para la comida. Había visto a aquella notable criatura por primera vez el día de la gran batalla de Potonchán, de pie, entre un grupo de curiosos, en la cima de uno de los cerros desde los que podía contemplarse la llanura, y la había reconocido a la mañana siguiente, cuando el bárbaro Muluc se la había entregado como tributo. La chica había hecho un vehemente intento de hablar con él, pero Aguilar lo había convencido, en contra de lo que le dictaba su instinto, de que la ignorara. Ahora, fijándose nuevamente en su elegante caminar y sus curvas seductoras, Cortés se dijo que tendría que habérsela quedado para él. Sin embargo, se estaba gestando una rebelión de los velazquistas, como él llamaba a la facción de los conquistadores aún leales a su rival Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, al que había traicionado navegando desde Santiago sin permiso dos meses antes. Sus propios partidarios superaban en número a los velazquistas, pero había que tenerlos contentos, y aquella hermosa esclava sexual había sido una manera fácil de satisfacer a Puertocarrero, a quien le gustaban las mujeres por lo menos tanto como el oro.

La joven se detuvo bajo el tendal, ignoró la mirada lujuriosa de su amo y le entregó un cuenco a Cortés, mirándolo a los ojos. Había inteligencia en los ojos de aquella mujer, y algo más, una necesidad, un intento de comunicarse; parecía querer transmitirle un mensaje.

—¡Dios santo! —le susurró Montejo a Puertocarrero—. Sois afortunado de llevárosla a la cama.

—Su lengua se esfuerza con mi verga todas las noches —convino Puertocarrero.

Hubo un estallido general de risas entre los españoles, al que Cortés se abstuvo de unirse. Notaba que la mujer, de algún modo, sabía que se burlaban de ella.

Malinali se volvió hacia Pitxatzin y le ofreció la segunda escudilla. Luego, cuando el mexica la cogió, le habló en lo que

parecía ser su propia lengua. Cortés abrió mucho los ojos y apretó los labios. Tras un instante de silencio, Pitxatzin le respondió, a Cortés le pareció que con rabia. La mujer volvió a hablarle. Tenía una voz ronca, profunda y rica en matices, pero al mismo tiempo tranquilizadora y dulce. Pitxatzin se relajó y esbozó una sonrisa. Siguió hablando con la mujer, que le respondió con una risa melodiosa.

Cortés se volvió hacia Puertocarrero.

—Por lo visto, vuestra mujer es buena diplomática —le comentó—. ¿Cómo se llama?

Puertocarrero se encogió de hombros.

—Malinali... o algo parecido.

—¿Y esta tal Malinali es maya? —preguntó Cortés a Aguilar—. ¿Habla la lengua maya?

—Es maya —repuso, un tanto evasivo—. Llegó con las otras esclavas mayas. Recordaréis sin duda que montó una escena cuando la trajeron. Desde ese día ha pedido varias veces hablar con vos, de alguna tontería sobre que sois un dios, pero me ha parecido que no querríais que os molestara una sirvienta con sus historias.

—Eso ha sido un error —le espetó Cortés, tajante como un filo de acero—. ¡No volváis a tomar tales decisiones por mí jamás!

Aguilar se amilanó.

—Sí, don Hernán. Lo siento.

—Parece que habla la lengua de esos mexicas —comentó Cortés—. Si es realmente así, enteraos de si lo hace con fluidez y dónde la aprendió.

Se inclinó hacia delante. Los mexicas también observaban impacientes, viendo y escuchando a Aguilar y Malinali conversar animadamente.

—¡Desembuchad, hombre! —le dijo Cortés a Aguilar en cuanto dejaron de hablar, incapaz de reprimir la impaciencia y el nerviosismo.

—Es maya chontal —dijo Aguilar—, pero asegura que domina la lengua mexica, según ella llamada náhuatl. Dice que ha vivido cinco años en la capital mexica, esa Tenochtitlán de la que tantos nos han hablado, donde la aprendió. —Mirando al suelo, añadió—: Dice también que sabe mucho de los mexicas y que puede seros útil...

—Cosas de las que podría haberme enterado hace semanas

si hubierais hecho bien vuestro trabajo...

—Sí, don Hernán. No puedo hacer otra cosa que disculparme...

Cortés asintió.

—Muy bien, pero vamos a aprender de esto. De ahora en adelante, me contaréis todo lo que ella diga. —Se levantó, salió al sol y se paseó nervioso—. Los dos trabajaréis juntos —le dijo a Aguilar—. Cuando los mexicas hablen, Malinali traducirá sus palabras al maya, y vos, del maya al castellano para mí, sin dejaros nada. Cuando yo hable, le traduciréis mis palabras al maya y ella las traducirá del maya al náhuatl. ¡Decídselo! Decidle que ese es el plan. Decidle que, si acepta, no cocinará más. Ocupará un lugar de honor entre nosotros.

—¡Pues claro que acepta! —rugió Puertocarrero—. Le daré una buena tunda si no.

—¡Ni hablar, Alonso! Eso no será necesario. Evidentemente es una mujer inteligente de buena cuna. ¡Cualquier estúpido lo vería! Preferiría que trabajara con nosotros de buen grado, por su propia voluntad.

Mientras Aguilar y Malinali hablaban, Cortés los estuvo observando con atención y se alegró de ver la amplia sonrisa de la chica y de oírla reír. ¡Dios! Aquella joven tenía algo que lo conmovía.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Dice que sí, que claro —repuso Aguilar—. Se sentirá honrada de serviros de la manera que os plazca.

Hechas las presentaciones gracias a Malinali, Cortés supo mucho mejor con quién estaba tratando. Pitxatzin servía a ese poderoso rey o emperador Moctezuma, de quien los mayas chontales hablaban con tanta reverencia y que ostentaba el título de Gran Orador.

Al parecer, el tal Moctezuma gobernaba un extenso territorio y a una población numerosa desde su espléndida capital, la ciudad de Tenochtitlán, situada en una isla lacustre, a menos de trescientos kilómetros tierra adentro del lugar donde acampaban entonces los españoles. Cortés no lo dudaba: tenía que ser la misma ciudad de oro que san Pedro le había prometido en sueños como recompensa por haber castigado a

los mayas chontales en Potonchán. En cuanto a Pitxatzin, Moctezuma lo había nombrado un año antes gobernador de Cuetlaxtlán, ciudad de buen tamaño, situada a unos kilómetros más al sur siguiendo la costa e identificada como tal por Juan de Escalante en una expedición previa. Cortés se enteraba ahora de que Cuetlaxtlán había sido conquistada y ocupada hacía más de setenta años por la gente de Moctezuma, los fabulosos mexicas, acerca de cuya enorme riqueza en oro y tesoros tanto había oído hablar. Sin embargo, la mayoría de los habitantes de aquella zona eran los totonacas, súbditos de los mexicas, a quienes rendían tributo.

Por boca de Malinali, Pitxatzin le preguntó luego a Cortés qué querían los españoles, por qué habían cruzado el océano en sus naves y qué intenciones tenían.

—Hemos venido porque la fama de vuestro emperador, el gran Moctezuma, nos ha llegado al otro lado del océano —mintió Cortés—. Deseo verlo y comerciar con él. Con tal fin me propongo marchar dentro de poco con mis hombres hacia el interior de vuestro país y llegar hasta Tenochtitlán.

Pitxatzin repuso que eso no sería prudente sin el permiso de Moctezuma, que comandaba un ejército de más de doscientos mil hombres.

—Permitidme mandar un mensaje a mi emperador —sugirió. Con palabras educadas en las que subyacía una amenaza evidente, le aconsejó a Cortés que los españoles se quedaran en su campamento hasta que recibieran la respuesta.

—Si Tenochtitlán está a trescientos kilómetros —objetó Cortés—, el intercambio de mensajes llevará mucho tiempo.

—No tanto —dijo Malinali.

Sin repetir nada que hubiera dicho Pitxatzin, la joven explicó que los mexicas tenían muy buenas carreteras, por las que el viaje podía realizarse en seis días o incluso menos a una buena marcha. Sin embargo, los mensajes viajaban mucho más rápido. Había puestos de relevos a lo largo de las rutas, a intervalos de siete kilómetros. Un mensajero partiría inmediatamente corriendo a toda velocidad. Cuando se cansara, entregaría el mensaje a otro corredor, que haría lo mismo en el siguiente puesto de relevo, y así sucesivamente. De ese modo, el mensaje de Pitxatzin sería llevado rápidamente a Moctezuma y le sería entregado en menos de veinticuatro horas.

—Entonces, ¿podremos tener la respuesta dentro de dos

días y dos noches? —inquirió Cortés.

Malinali se lo preguntó a Pitxatzin.

—Sí —dijo este—. Dentro de dos días y dos noches tendréis la respuesta del Gran Orador.

—Si vamos a esperar —dijo Cortés—, mis hombres van a necesitar comida, agua y un cobijo mejor. ¿Podéis proporcionarnos todas esas cosas?

—El Gran Orador es generoso con sus huéspedes —repuso Pitxatzin—. Me ocuparé de que tengáis todo lo necesario.

Pitxatzin fue fiel a su palabra. A las pocas horas de su partida, llegaron cientos de porteadores con ingentes cantidades de alimentos frescos y bebidas y la promesa de que, al amanecer del día siguiente, enviarían a un grupo de hombres para construir viviendas temporales para los españoles.

Entretanto, aunque plagado de enjambres de pequeños insectos que picaban y lejos de ser cómodo, el campamento de las dunas ocupaba un posición fácil de defender. Francisco de Mesa, el canoso jefe de artillería, sumamente competente, ya había rodeado de cañones el perímetro como precaución ante un ataque por sorpresa.

A fin de cuentas, decidió Cortés, las cosas podrían haber sido mucho peores.

Ya bien avanzada la noche, despidió a sus capitanes y, a pesar de las protestas de Puertocarrero, convocó a Aguilar y Malinali en su tienda para una reunión. Si iba a asumir el poder militar del Imperio mexica, entonces la fuerza bruta con que había ganado sus batallas contra los mayas chontales no sería suficiente. Si iba a vencer a Moctezuma, lo que más necesitaba era conocer sus puntos débiles, e intuía que el cielo le había enviado a Malinali para ayudarlo en ese propósito.

Había sido un día largo para Pepillo, un día emocionante que parecía sacado de las páginas del *Amadís de Gaula*, el fabuloso libro de caballerías, de valientes caballeros y monstruos y de reinos salvajes y exóticos, que Cortés guardaba en su biblioteca de viaje y le había permitido leer. El embajador mexica y los de su séquito, tan coloridos, tan bárbaros, con sus mantos de plumas y tocados, con sus discos labiales de turquesa, con finos aros de oro y jade en los lóbulos de las orejas y la

nariz, con sus extrañas armas de madera, pedernal y obsidiana, y su lengua que fluía como el agua de un río sobre los cantos rodados y la brisa suspirando entre los árboles, le habían parecido indeciblemente extraños, más incluso que los mayas, como si fueran criaturas no de este mundo sino de otro completamente distinto. Qué maravilloso que la esclava Malinali no solo hablara maya sino también náhuatl, la lengua de los mexicas, y por tanto pudiera colaborar con Aguilar para permitir la comunicación entre Cortés y los peligrosos salvajes en cuyas tierras tenían intención de adentrarse muy pronto.

—Tienes que irte, muchacho —le había dicho Cortés a Pepillo, haciendo pasar a Aguilar y Malinali a su tienda para conversar con ellos toda la noche.

Y Pepillo, a pesar de la curiosidad que sentía, había estado bastante contento de tener aquel momento de libertad. El pobre *Melchor* todavía sufría por los latigazos que le había dado Vendabal en alta mar. Tenía las heridas abiertas, en carne viva. De hecho, desde aquel día a bordo del buque, Pepillo temía por la vida del animal, así que corrió en la oscuridad hasta el refugio detrás de las cocinas donde guardaba el cachorro, se acuclilló a su lado y aflojó la cadena que lo mantenía atado.

—Vamos, chico —le dijo—. Ve a hacer ejercicio.

Melchor salió, entumecido, sosteniéndose a duras penas, y empujó con el hocico la mano de Pepillo. Allí, al lado de la cocina, se alimentaba bien con las sobras y estaba ganando peso, pero las heridas le dolían. Antes de llevárselo a las dunas para que estirara las piernas, Pepillo le quitó las vendas ensangrentadas del día anterior, le limpió las heridas, se las untó con cuidado con la pomada de manteca de cerdo con hierbas que el doctor La Peña le había dado y volvió a vendárselas.

Era una noche hermosa, sin nubes. Las estrellas titilaban; la luna, un poco menos que llena, brillaba en el cielo con su luz pálida, y una suave brisa traía del océano el sonido de las olas que lamían la playa. Pepillo le quitó a *Melchor* la correa y caminaron juntos. El perro se paraba de vez en cuando a olfatear la arena o para levantar una pata y orinar en una mata de hierba.

Antes de que Vendabal lo azotara, el cachorro era pura energía, imparable, lleno de entusiasmo y curiosidad, pero ahora se comportaba con cautela, vacilaba. No con temor

exactamente, porque Pepillo no creía que *Melchor* tuviera miedo como lo tenía él, sino con una mejor comprensión de la crueldad indiscriminada y la maldad del mundo.

Al cabo de un rato llegaron al límite de las dunas, al océano iluminado por la luna. El océano, una extensión ininterrumpida que abarcaba las islas de Cuba y La Española hasta las costas de la lejana África y de España.

África, de donde Melchor, su mejor amigo, había sido traído como esclavo para acabar muriendo en el Nuevo Mundo, en aquella última gran batalla contra los mayas.

Y España, donde había nacido él, pero que apenas recordaba ya. Solo sabía, de un modo un tanto vago, que se había quedado huérfano, se habían hecho cargo de él los dominicos y lo habían llevado al otro lado del océano para empezar la nueva vida que finalmente lo había conducido hasta aquel momento y aquel lugar.

Acarició las orejas blandas de *Melchor* y le rascó la cabeza. Su nuevo Melchor, que nunca podría reemplazar al gran amigo perdido, pero que se había convertido en su única compañía verdadera en aquel extraño y terrible mundo.

De pronto, el animal irguió las orejas y gruñó. A lo lejos, en el corazón del campamento, se oían perfectamente los gruñidos y los gemidos de dos perros peleándose. Seguramente eran dos de los canes de guerra de Vendabal, a los que habían azuzado para que lucharan entre sí en un hoyo y los hombres apostaran.

Muy pocas veces se permitía a los animales luchar hasta la muerte en aquellas peleas, y Cortés las toleraba, según decía, porque Vendabal lo había convencido de que fortalecían a los perros, pero casi siempre los separaban antes de que se hicieran demasiado daño. Al fin y al cabo, eran unas armas valiosas e irreemplazables. No había que echarlos a perder a la ligera.

Pepillo suspiró. Ya durante el viaje desde Potonchán notaba la mirada malévola de Vendabal puesta en *Melchor*. Que Cortés se hubiera negado a dárselo para que formara parte de la jauría solo había servido para atraer más su indeseable atención.

¿Cuál sería la siguiente jugada?

Pepillo se estremeció y volvió a suspirar. *Melchor*, partícipe de su tristeza, lo acarició con el hocico.

6

Viernes, 23 de abril de 1519, por la noche

Tras la marcha de Cuetzpalli de la Casa de las Serpientes, Moctezuma dio instrucciones estrictas a Teudile de que, si se sabía cualquier cosa más acerca del paradero de los seres de piel blanca, le fuera comunicado inmediatamente.

—Dímelo aunque esté durmiendo —insistió.

Aquella noche no durmió. Pasó el día y una segunda noche en vela y otro día más. El Gran Orador se hundía cada vez más en la desesperación. Vagaba atormentado por los pasillos de su palacio, suspirando, hablando consigo mismo, diciéndose: «¿Qué va a ser de nosotros? ¿Quién sobrevivirá a esto? ¡Ah, en otra época yo estaba satisfecho y ahora llevo la muerte en el corazón! Mi corazón se quema y sufre como si lo tuviera sumergido en agua helada. ¿Adónde puedo ir?»

Le ofrecieron comida pero no tenía apetito. Llegó la hora de su siesta, pero cuando cerró los ojos lo asaltaron visiones de caras blancas y barbudas, de armas relucientes de metal y bestias temibles, y no consiguió conciliar el sueño. Sumido en la más honda desesperación, apenas probó la cena. Ni siquiera los platos más delicados, de los que antes tanto disfrutaba, despertaron sus sentidos. Le trajeron una pipa de tabaco. Cuando inhaló el humo, le pareció oler las emanaciones

sulfurosas de serpientes de fuego y el vómito le subió a la garganta.

Por fin se retiró a su habitación, donde lo recibieron cuatro mujeres desnudas de su harén. Eran jóvenes y bellas, temblaban de temor, y cuando las tocó se les humedeció el *tepilli*, pero no consiguieron que su blando e inservible *tepulli* reaccionara lo más mínimo. Triste y abatido, las despidió, decidido a afrontar la noche solo.

Al menos durmió, pero le pareció que había pasado solo un momento cuando volvió a despertar y vio a Teudile de pie, inclinado sobre él, con un farol. En el cadavérico rostro del administrador había una expresión de profunda ansiedad.

—Señor —dijo con voz temblorosa—. Perdonadme por interrumpir vuestro descanso, pero lo hago en cumplimiento de vuestras órdenes. Los mensajeros de relevos han corrido una noche y un día enteros para traeros un informe de vuestro siervo Pitxatzin, gobernador de vuestra ciudad de Cuetlaxtlán, en los territorios conquistados a vuestros súbditos los totonacas. Por lo visto, las naves de los dioses llegaron allí ayer y los seres de piel blanca desembarcaron e instalaron su campamento en tierra. Pitxatzin se reunió con ellos para hablar. Quieren conoceros, señor, y con ese propósito han declarado su intención de venir a Tenochtitlán...

Con un espantoso gemido, Moctezuma se sentó en la cama. Estaba tan aterrorizado que creyó que iba a morirse de miedo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para serenarse.

—Reúnete conmigo en el salón de audiencias —le dijo a Teudile—. Estudiaremos el mensaje de Pitxatzin juntos y decidiremos qué hacer.

Protegida por el hechizo de invisibilidad, Tozi había estado siguiendo durante horas a Moctezuma por el palacio. La capacidad de aumentar los temores de los demás le había sido concedida la noche del holocausto en la gran pirámide, cuando sus otros poderes de bruja habían mejorado también misteriosamente. Durante los sesenta días transcurridos desde entonces le había mandado temor a Moctezuma con bastante frecuencia, para hundir al matón asesino y socavar su determinación.

Había riesgos.

Huicton, su amigo y aliado, que se paseaba por Tenochtitlán disfrazado de mendigo ciego, aunque en realidad no era ni ciego ni mendigo, sino un espía de Ixtlil, enemigo de Moctezuma y líder de la facción rebelde del estado vasallo de Texcoco, le había advertido que unos magos poderosos protegían el palacio y planteaban un serio peligro para ella en cuanto pisara sus salones.

—Si te topas con uno de ellos en estado de invisibilidad —le había dicho Huicton—, pueden apagarte como se apaga la llama de una lámpara, o encerrarte en algún reino de brujería del que nunca puedas escapar.

—Su fuerza no es comparable a la mía —le había dicho Tozi, sin fanfarronear. Simplemente, expresaba con sinceridad que confiaba en sus poderes mágicos.

Huicton la había mirado con desaprobación.

—Nunca estés demasiado segura de ti misma. En este mundo de lo fuerte y lo débil, siempre hay alguien más fuerte que uno.

Tal vez lo que el sabio y viejo espía había dicho fuera cierto, pero Tozi juzgó que valía la pena asumir el riesgo para llenar las noches de Moctezuma de sueños pavorosos y sus días de innumerables temores, minando gradualmente su confianza y llenándolo de inseguridad. Su propósito era debilitarlo, volverlo tímido e ineficaz, que fuera incapaz de luchar llegado el momento, o sea, pronto, del regreso de Quetzalcóatl, el dios de la paz, que marcaría el inicio de una época sin sacrificios humanos, sin torturas, sin esclavitud, sin dolor, sin sufrimiento.

Ahora, en su primera visita al palacio desde hacía cinco días, escuchó con creciente emoción las noticias que Teudile le daba a Moctezuma en su dormitorio, noticias lo bastante importantes como para despertarlo de su sueño atormentado. Sus sentidos se agudizaron cuando oyó hablar al administrador acerca de «naves de los dioses» y «seres de piel blanca». Además, viendo la reacción de Moctezuma, y sin dejar de alimentar en ningún momento su temor, supo que había llegado la hora.

Poco después Moctezuma se había vestido y los dos hombres volvieron a reunirse en el salón de audiencias, donde hablaron de otras informaciones que Tozi desconocía hasta el momento, principalmente de que había tenido lugar una gran batalla cerca de la ciudad maya de Potonchán. ¡La ciudad natal

de su amiga Malinali! Eso había sido hacía menos de treinta días. Dado que los seres de piel blanca iban armados con *xiuhcoatl*, serpientes de fuego, las armas típicas de los dioses, y que, como a estos, los servían criaturas salvajes amaestradas, era evidente para Tozi que podían ser más que el propio Quetzalcóatl y sus divinos compañeros. ¡No era extraño que hubieran salido victoriosos!

Una vez vencidos los mayas, se habían trasladado en sus grandes naves a Cuetlaxtlán, donde Pitxatzin se había reunido con ellos.

Como muchos documentos oficiales mexicas, el informe de Pitxatzin estaba ilustrado con dibujos detallados, que Moctezuma y Teudile escrutaban atentamente en ese momento. Sin que notaran su presencia gracias al hechizo de invisibilidad, Tozi también estudió las ilustraciones.

La primera era del jefe de los *tueles*, los dioses, como Tozi aseguraba que eran. Su aspecto era humano: muy guapo, de piel blanca, con barba larga y ojos brillantes de distinto tamaño; llevaba una chaqueta reluciente de metal.

—¡Este tiene que ser el dios Quetzalcóatl! —exclamó Moctezuma—. Ha venido a arrebatarme el reino.

Tozi estuvo de acuerdo. Miró embelesada el dibujo y no tuvo ninguna duda. Era un retrato de Quetzalcóatl, que regresaba a la tierra para dar comienzo a una nueva era de paz y armonía, durante la cual ya no serían ofrecidos en sacrificio a los dioses seres humanos sino que solo recibirían como ofrenda frutas y flores.

Luego Teudile pasó la página y apareció otra persona: una mujer cuya espesa melena negra había sido mucho más larga y cuya belleza brillaba como el sol. A Tozi le costó no jadear de alegría al reconocerla. De nuevo, no cabía duda. El artista era experto y aquella mujer, de pie al lado de la manifestación humana de Quetzalcóatl, no era otra que Malinali...

Moctezuma se quedó con la boca abierta.

—La conozco —dijo. Parecía aturdido, conmocionado, incapaz de apartar los ojos del dibujo—. Su rostro me persigue en sueños...

«Porque te hago soñar con ella —pensó Tozi—. Porque he hecho que vuelvas a verla una y otra vez, tendida ante ti sobre la piedra sacrificial. Porque te he obligado a recordar cómo te viste obligado a liberarla. Porque es la escogida por los dioses

para destruirte...»

Teudile leía los pictogramas.

—Es una mujer de nuestra tierra —le dijo a Moctezuma, que seguía mirando fijamente la imagen como si estuviera viendo un fantasma—. Se llama Malinali y es maya chontal, pero resulta que habla nuestra lengua náhuatl. A través de ella, dice Pitxatzin, pudo comunicarse con los de piel blanca, entre los cuales hay varios que hablan el idioma de los mayas.

—La conozco —repitió Moctezuma—. ¡Y tú también, Teudile! ¡Tú también la conoces!

—Perdonadme, señor, pero no lo creo.

Moctezuma frunció el ceño.

—Tienes razón —dijo—. Aquel día te había mandado a cumplir una misión en Azcapotzalco. Si hubieras estado presente, las cosas quizás hubieran ido de otro modo. Fue el año pasado, Teudile, el año 13-Conejo. Se convocó a Malinali para que tradujera para mí cuando recibí el mensaje de los mayas chontales acerca de la primera aparición en sus tierras de varios de esos seres de piel blanca. Naturalmente, cuando hubo terminado su tarea, y puesto que el asunto era delicado, ordené que la estrangularan, pero Ahuízotl me engañó. Cuando salí de la sala, se la llevó para que fuera una de sus cautivas de Tlatelolco. Ahora ya conoces la historia.

—Sí, señor. Lamento no haber estado aquí para impedir su traición.

—No es culpa tuya, Teudile. Por lo visto los cielos favorecen a esa Malinali. Cuatro meses después de que Ahuízotl desobedeciera mi orden de ejecutarla, porque supongo que estaba harto de ella, la puso bajo mi cuchillo en la piedra sacrificial, pero el mismísimo Colibrí intervino y ordenó su liberación. Obedecí, y ahora vuelve a aparecer como la lengua del dios Quetzalcóatl, que ha venido a cumplir la profecía y reclamar su reino. Noto la mano de la fatalidad sobre mí, Teudile, y quiero que hagas lo siguiente: Tienes que ir a Cuetlaxtlán. ¡Inmediatamente! No pierdas ni un momento. Póstrate ante el dios Quetzalcóatl. Llévale regalos magníficos. Dile: «Vuestro delegado Moctezuma me envía. Aquí están los regalos con los que os da la bienvenida a vuestro hogar, México.»

El administrador se quedó horrorizado.

—Mi señor —dijo—, ¿me permitís que os advierta algo?

Para sorpresa de Tozi, Moctezuma accedió.

—Siempre me has aconsejado bien, Teudile —le dijo con un hilo de voz—. Habla con libertad.

—Señor, no sabemos con seguridad que esos extranjeros de piel blanca sean dioses. Sería sabio por vuestra parte enteraros de más cosas acerca de ellos antes de darles la bienvenida a vuestras tierras.

—¿No nos contó lo bastante Cuetzpalli hace dos noches? ¡Tienen serpientes de fuego! Vencen ejércitos de decenas de miles de hombres. ¡Las bestias salvajes obedecen sus órdenes! Y una mujer de nuestra tierra ha sido salvada de la muerte dos veces para convertirse en su voz. ¡Por supuesto que son dioses!

—Parecen dioses, señor. Es muy probable que lo sean, pero todavía no es seguro. Dejad que vaya a su encuentro como me habéis pedido. Estudiaré de cerca lo que comen, lo que visten, su modo de obrar, sus armas, sus bestias salvajes, y os entregaré un informe detallado. Luego podréis decidir...

Moctezuma tardó bastante en contestar.

—Muy bien —dijo por fin, asintiendo despacio—. Tienes razón. —Volvió a inclinarse sobre el códice y pasó a la página anterior para ver la barba y la piel blanca del jefe de los *tueles* —. Preséntate ante él, Teudile, y determina con absoluta seguridad si es realmente nuestro antepasado Quetzalcóatl. Según los relatos históricos, fue expulsado de esta tierra, pero juró que él o sus hijos volverían para reinar en este país y recuperar el oro, la plata y las joyas que habían escondido en las montañas. Según las leyendas, se apoderarán de toda nuestra riqueza. Debes ordenar al gobernador de Cuetlaxtlán que les proporcione toda clase de comida, aves y caza mayor cocinada. Que les dé también toda clase de pan horneado, además de fruta e infusión de chocolate. Dadle todo eso para que tanto él como sus compañeros lo coman. Comprueba si él se lo come o no. Si come y bebe lo que le deis, seguro que es Quetzalcóatl, porque eso demostrará que está acostumbrado a la comida de estas tierras, que ya la había comido y que ha vuelto para saborearla de nuevo. Luego dile que me permita morir. Dile que, tras mi muerte, puede venir aquí y tomar posesión de su reino. Sabemos que lo dejó para que lo vigilaran mis antepasados, y siempre he considerado que mi dominio era solo un préstamo. Que me permita terminar mis días aquí y podrá volver a disfrutar de lo que es suyo.

Siguió una pausa durante la cual el administrador guardó silencio, observando expectante a su rey.

—No vayas con ansiedad ni miedo a morir en sus manos, porque juro honrar a tus hijos y darles riqueza y nombrarlos miembros de mi consejo —añadió por fin Moctezuma—. Si por casualidad desea comer carne humana, Teudile, y quiere comerte, permítele hacerlo. En tal caso, te aseguro que me ocuparé de tu esposa, tus amigos y tus hijos...

Teudile parpadeó.

—¿Debo dejar que me coma, señor?

—Sí, Teudile. Ese es mi deseo.

«Muy típico de Moctezuma —pensó Tozi—. El cobarde no duda en exponer a otros a la muerte por él, pero tiembla y llora como un niño asustado cada vez que imagina cualquier amenaza contra su persona.»

El administrador estaba tranquilo.

—Sea vuestra voluntad, señor. Estoy dispuesto a ofrecerme... pero si me come no podré traeros ningún informe. Por tanto, en lugar de eso, ¿puedo proponeros tomar cautivos en la costa y sacrificarlos allí, en presencia de los seres de piel blanca, y ofrecerles su carne y su sangre?

El Gran Orador recibió con alegría la sugerencia.

—¡Ah, sí, claro! Muy bien, Teudile. Que sea como sugieres.

—En cuanto a los regalos, señor, aunque el jefe de esos extranjeros sea un dios, no podemos estar seguros de que se trate de Quetzalcóatl. Quizá sea el señor Tezcatlipoca encarnado o Tlaloc, por ventura. Por tanto, además de muchos otros regalos de valor, permitidme coger de la casa del tesoro las mejores galas de cada uno de esos dioses y veremos cuál escoge.

—Buen plan, Teudile. Me aconsejas sabiamente.

—Y una sugerencia más, señor. Permitidme llevar a unos cuantos de vuestros grandes hechiceros para someter a los extranjeros a un examen...

Moctezuma se animó aún más.

—Me aconsejas bien, Teudile. Con ayuda de nuestros hechiceros, nos enteraremos de qué clase de seres son en realidad esos extranjeros.

Tozi observaba al Gran Orador atentamente y vio la astucia en sus ojitos penetrantes.

—A lo mejor no son más que hombres, después de todo —

masculló, levemente esperanzado—. Solo hombres con barba y de piel blanca... Así que llévate a Tlilpo, Cuappi, Aztatzin y Hecateu. Deja que prueben su brujería con los extranjeros, a ver si son capaces de lanzarles una maldición: quizá puedan conseguir que se queden dormidos o aterrorizarlos con visiones o dirigir contra ellos un viento pernicioso, o serpientes, escorpiones, arañas y ciempiés para que los muerdan y piquen, o que les salgan úlceras, o dañarlos de alguna otra manera para que caigan enfermos, o mueran o se marchen por donde vinieron. Mientras tú finges que te has reunido con los extranjeros únicamente para servirlos, ¡que nuestros hechiceros usen todo su poder para matarlos!

—Se hará como ordenáis, señor. Iniciaré los preparativos de inmediato, aunque tardaré un poco en reunir a los hechiceros y los cautivos y las galas de los dioses, así como en disponerlo todo para el viaje.

—Trabajarás toda la noche, Teudile, y partirás de nuestra ciudad no más tarde del mediodía de mañana. Cuetlaxtlán no está tan lejos. ¿Cuánto crees que durará tu viaje?

—A toda velocidad, señor, creo que puede hacerse en cinco días y cinco noches.

—¡Nuestros corredores recorren la misma ruta en un solo día y una sola noche, Teudile! Entiendo, por supuesto, que tú no puedes correr, que transportaréis mucha carga... Sin embargo, espero que llegues a Cuetlaxtlán dentro de cuatro días y cuatro noches, o te haré despellejar.

—Sí, señor.

—Cuando llegues, pasa un día y una noche con los extranjeros y descubre si son dioses u hombres. Luego vuelve aquí y preséntame un informe.

—Todo se hará como ordenáis, señor.

El administrador ya retrocedía para salir del salón de audiencias, haciendo una reverencia a cada paso, arrastrando por el suelo los bajos de la túnica tachonada de estrellas, cuando Moctezuma lo detuvo, señalándolo con el índice.

—Otra cosa, Teudile —le dijo—. Si una sola palabra acerca de la victoria de los extranjeros en Potonchán, o de su actual presencia en Cuetlaxtlán, o de tu misión para enterarte de la verdad acerca de ellos, llega a oídos de cualquiera de nuestra ciudad, aunque sea a los más nobles, te enterraré bajo estos pasillos, matarán a tu esposa y tus hijos, a tus padres y

allegados, y tu casa será arrasada hasta los cimientos.

—Como deseéis, mi señor —repuso Teudile, con el rostro ceniciento.

Silenciosa e invisible, Tozi lo siguió desde el salón de audiencias y corrió hasta donde la esperaba su amigo Huicton.

Su deber era revelar el secreto que quería guardar Moctezuma.

7

Lunes, 26 de abril de 1519, por la tarde

De no haberlo visto con sus propios ojos, Chicotenga, el rey de la batalla de Tlaxcala, no se lo habría creído.

Un pequeño ejército de hombres barbudos de piel blanca había instalado un campamento en las dunas, a cuatro kilómetros y medio al norte de la ciudad costera mexica de Cuetlaxtlán, la ciudad a la que había ido para hacer un reconocimiento y que esperaba destruir pronto.

—¿Qué son, en nombre de los dioses? —murmuró Chipahua, tumbado a su lado, a cubierto detrás de la hierba de una duna. Observaba desde lejos a los extranjeros boquiabierto de asombro, enseñando los incisivos mellados dos meses antes por el golpe de una maza mexica.

—¿Los dioses? —aventuró Ilhuicamina, con marcas en la cara de muchos encuentros con el enemigo. En su caso, tenía una larga cicatriz del golpe de un *macuahuitl*, con la parte más horrorosa de la herida cubierta por una nariz postiza de pequeñas teselas de jade.

—Entonces, ¿eso qué son? —inquirió Acolmiztli, un hombre flaco y siniestro de cuarenta y dos años, el más viejo del pelotón pero el guerrero más formidable que jamás hubiera tenido Tlaxcala. Señalaba hacia una manada de bestias

extraordinarias, altas como casas, que acababan de salir por detrás de una duna.

Su parte inferior era de bestias parecidas a huemules, aunque mucho más grandes que cualquiera de los que Chicotenga había cazado, pero ¡del centro del lomo les salía la parte superior del cuerpo de hombres barbudos de piel blanca! ¿Qué explicación tenía eso? ¿Eran hombres montados en huemules, tal vez, o un tipo completamente desconocido de ser híbrido? Cualquier cosa era posible aquel día de milagros y maravillas.

Otra cosa rara era que los hombres que estaban con las dos piernas en el suelo, algunos muy ocupados con varias tareas y otros paseando tranquilamente alrededor, iban cubiertos de plata reluciente que destellaba al sol.

Aquellos formidables hombres-bestia, también vestidos de plata, echaron a correr subiendo una duna empinada y desaparecieron por el otro lado en dirección a la playa.

—Llevan una especie de armadura de metal —dijo Árbol. El hombretón fruncía el ceño, beligerante. Tenía una cara ancha y estólida. Se acuclilló y sacudió la cabezota, con la melena enmarañada cayéndole sobre los poderosos hombros—. Yo digo que cojamos a uno o dos y averigüemos qué clase de criaturas son y si se puede luchar contra ellas.

—No tengas tanta prisa —siseó Chicotenga, obligando de nuevo a su amigo a agacharse—. Quiero vigilarlos uno o dos días, tomarles la medida, ver cómo los tratan los mexicas...

—Les lamen el culo —espetó secamente Chipahua—. ¡Mira ahí! —Indicó el espacio entre las dunas donde trabajadores y carpinteros totonacas estaban levantando cabañas de madera bajo la atenta mirada de supervisores mexicas armados. El ruido de los martillos y las sierras se oía débilmente y reinaba una atmósfera de frenética actividad.

Muchos de los hombres barbudos de piel blanca, si de hecho eran humanos, se limitaban a observar, aparentemente en buenos términos con los supervisores mexicas. Poco después apareció una larga fila de porteadores totonacas con cestas de comida en la cabeza, que entregaron como si fueran ofrendas sagradas.

—Les están dando cobijo —dijo Chipahua—, los están alimentando, han puesto a sus vasallos totonacas a su disposición... O sea, los tratan como a reyes.

—O como a dioses —sugirió Ilhuicamina.

Chicotenga se quedó meditando. El mes anterior, el viejo Huicton, espía y emisario del líder rebelde Ixtlil de Texcoco, lo había visitado en Tlaxcala para ofrecerle una alianza contra los mexicas. Chicotenga había rechazado la oferta, arguyendo que acababa de destruir todo un ejército mexica de más de treinta mil hombres, y que era improbable que Moctezuma volviera a molestarlo durante una buena temporada.

Sin embargo, Huicton se había mostrado en desacuerdo con él.

—Lamento mucho decirte que tu victoria no zanjará el asunto. Hay otro factor en juego, uno del que puede que no seas consciente, pero tengo razones para creer que tú y tu pueblo os enfrentaréis en los próximos meses a más ataques, y no pocos, de los mexicas. Lo mismo, por desgracia, le sucederá a la gente de Ixtlil y a muchos otros. Así que, a pesar de tu encomiable orgullo y tu actitud independiente, la verdad es que nunca ha habido un momento en que una alianza pudiera ser más valiosa y conveniente para Tlaxcala que este.

Luego Huicton había procedido a contarle una historia increíble. Por lo visto, Moctezuma estaba convencido de que el barbudo Quetzalcóatl, el dios de piel blanca, la fabulosa Serpiente Emplumada, estaba a punto de volver por mar para derrocarlo y abolir el culto de sacrificios con el que los mexicas honraban al Colibrí, su dios de la guerra. Y no lo estaba solo porque aquel era el año de Ce Ácatl, desde hacía mucho señalado por las profecías como el del retorno de Quetzalcóatl; había habido indicios de peor agüero unos meses antes: la aparición en Yucatán de un grupo de extranjeros barbudos de piel blanca con las armas y los atributos de los legendarios semidioses de Quetzalcóatl. Los mayas chontales de esas tierras los habían echado a un elevado coste, pero, al parecer, Moctezuma estaba convencido de que volverían con fuerza, dirigidos por el propio Quetzalcóatl. El único objetivo del Gran Orador, por tanto, era reunir víctimas, por algún motivo solo vírgenes puras e inmaculadas, con el fin de ofrecérselas en un espectacular festival de sacrificios humanos al Colibrí, para alimentarlo, adularlo y persuadir al dios de la guerra de que luchara con los mexicas para derrotar a Quetzalcóatl.

Aunque no entendía aquel especial interés por las víctimas vírgenes, Chicotenga tuvo que admitir que la historia de

Huicton no carecía por completo de fundamento. También él había oído rumores acerca del avistamiento de unos barbudos extranjeros de piel blanca en grandes naves, frente a la costa de México, pero se negaba a creer que se tratara del dios Quetzalcóatl o que este fuera a regresar alguna vez.

—Con todos mis respetos, señor Chicotenga —había argumentado Huicton—, lo que tú creas o dejes de creer no importa. Lo que importa es lo que cree Moctezuma. Está loco, ya lo sabes, así que por favor créeme cuando te aseguro que, de hecho, está convencido y teme en lo más hondo de su negro corazón demente que el retorno de Quetzalcóatl es inminente. Para impedirlo, no dejará que nada se interponga en su camino. Sacrificará a miles de vírgenes, a decenas de miles si puede, tlaxcaltecas, totonacas, rebeldes de Texcoco y a cualesquiera otras que caigan en sus manos. Por esa razón te ruego, antes de que cause más daño y sufrimiento, que aceptes la alianza que mi señor Ixtlil te ofrece y unas tus fuerzas a las suyas para obligar a Moctezuma a hincarse de rodillas.

—Dile al señor Ixtlil —había dicho Chicotenga— que le agradezco su oferta y que lo considero enemigo de mi enemigo y, por tanto, amigo mío. Sin embargo, nosotros los tlaxcaltecas siempre hemos seguido nuestro propio camino y no recurrimos a alianzas ni a intrigas. Así pues, dejadnos continuar combatiendo a Moctezuma por nuestra cuenta. Los texcocanos de Ixtlil por su lado y los tlaxcaltecas por el nuestro. Así obligaremos a ese loco a dividir sus fuerzas y combatir en dos frentes. Si los dioses están con nosotros, será derrotado.

Había sido una declaración orgullosa de la independencia de Tlaxcala, pero Chicotenga había tenido ocasión de reflexionar a fondo sobre el asunto durante el mes siguiente. La advertencia de Huicton se había demostrado sorprendentemente precisa. Cierto que Chicotenga había destruido un ejército mexica formado por cuatro regimientos completos, pero otros cinco ejércitos del mismo tamaño, veinte regimientos con ciento sesenta mil hombres en total, seguían en pie de guerra y parecía que al menos uno de esos ejércitos se dedicaba exclusivamente a capturar víctimas para el sacrificio, tal como había predicho Huicton.

También había acertado acerca de los ataques a Tlaxcala. Lejos de cesar, se habían intensificado. De hecho, había sido en un intento de crear una distracción que alejara las fuerzas de

Moctezuma de las tierras altas de los tlaxcaltecas cuando Chicotenga había concebido su plan para atacar y destruir la ciudad costera de Cuetlaxtlán.

Aquel puesto de avanzada del Imperio mexica, tan importante para el próspero comercio con Yucatán, había sido tomado por los totonacas unos sesenta años antes. Los propios totonacas eran ahora vasallos de los mexicas. Chicotenga había pensado que, si podía hacerse con Cuetlaxtlán y masacrar a sus habitantes mexicas, podría convencer a los totonacas de que se rebelaran contra sus amos.

Por eso estaba allí ahora, con sus cuatro lugartenientes de más confianza, en aquella misión de reconocimiento para planear un ataque a gran escala. En lugar de eso, se había encontrado con un campamento militar de extranjeros barbudos de piel blanca, vestidos con armaduras de metal, aliados con extrañas bestias, a quienes los vasallos totonacas de los mexicas, evidentemente cumpliendo órdenes de estos últimos, trataban como a dioses.

Así que Huicton había acertado al predecir que la gran victoria de Chicotenga del mes anterior no sería el fin de la campaña mexica para atrapar víctimas sacrificiales y, de un modo escalofriante, parecía que también había acertado en lo referente al retorno de Quetzalcóatl, o en todo caso de seres que tenían el aspecto de Quetzalcóatl.

No obstante, lo más extraño era que Quetzalcóatl resultaba enemigo de Moctezuma y enemigo del Colibrí, el dios vil al que este servía. Así que, si los extranjeros tenían algo que ver con Quetzalcóatl, entonces, ¿por qué los mexicas los alimentaban y les daban cobijo? ¿Y por qué acampaban los dioses en aquellas dunas pestilentes, barridas por el viento e infestadas de moscas?

La situación era un enigma envuelto en un acertijo encerrado en una adivinanza.

—Quiero apresar a uno —insistió Árbol con tozudez—. Quiero atrapar a uno y matarlo esta noche.

Chicotenga se lo pensó.

Tal vez Árbol tuviera razón. Cuando uno se enfrentaba a algo que no entendía, lo mejor era acercarse a ello todo lo posible.

De ese modo la verdad saldría a la luz.

8

Lunes, 26 de abril de 1519, por la noche

Pepillo se señaló.

—Yo soy un chico —dijo, y volvió a señalarse—, «chico». —Señaló a Malinali—. Tú eres una mujer. —Extendió las manos y la miró expectante.

Era el turno de Malinali, que se señaló.

—*Ne cihuatzintli.* —Señaló a Pepillo—. *Titelpochontli.* —Con más suavidad, añadió—: *Noquichpiltzin* —que no solo significaba «eres un chico» sino más bien, como una madre le habría dicho a su hijo, «mi querido niño».

Pepillo era dulce, inocente y estaba solo. A ella le daba pena, porque comprendía, como había sabido el día anterior, que había perdido a su mejor amigo en la batalla de Potonchán, un amigo llamado Melchor. Por eso le había puesto aquel nombre a su mascota.

El muchacho señaló hacia el cielo.

—Cielo.

Malinali miró hacia arriba, preguntándose si se referiría al cielo. Hizo un gesto amplio hacia él con ambas manos y arqueó las cejas inquisitivamente.

—*Ilhuicac?* —¿O se refería a una estrella en concreto? Eligió la más brillante, se la señaló y dijo—: *Citlalin.*

Pepillo asintió, captando la diferencia. Le indicó la misma estrella y dijo «estrella», luego imitó su gesto amplio y repitió la palabra «cielo».

Era una noche sin nubes y estaban los dos solos, sentados en la zona iluminada por los faroles, delante de la cocina. Después de la cena, todos los hombres se habían dispersado. Malinali ya no trabajaba con los pucheros, pero Cortés le había ordenado al chico que le enseñara castellano. Ella, por su parte, tenía que enseñarle náhuatl. Pepillo había escogido aquel lugar para las lecciones porque así tenía cerca a su querido *Melchor*.

El Caudillo, título del jefe militar, como enseguida había aprendido Malinali, era un hombre que comprendía el poder del lenguaje. Estaba contenta de que le hubiera puesto como instructor a su joven paje en lugar de a Aguilar, aquella serpiente envidiosa con quien se veía obligada a trabajar todos los días.

Delegaciones de mexicas iban y venían entre el campamento español y la ciudad de Cuetlaxtlán. Su trabajo era llevar las constantes demandas de más comida, más agua potable, más porteadores, más trabajadores, más carpinteros, más sirvientas y esclavas sexuales, ¡más de todo!, de Cortés al agotado y sobrecargado de trabajo gobernador Pitxatzin y volver con las respuestas de este. Solían ser afirmativas, pero siempre con puntualizaciones, pequeños inconvenientes, excusas y evasivas. Así que era una tarea tediosa y engorrosa. Primero tenía que escuchar a Aguilar traducir las palabras del Caudillo al maya, luego Malinali las traducía al náhuatl para los mexicas y, por último, traducía lo que decían los mexicas al maya para que Aguilar se lo tradujera al castellano a Cortés.

Además, los celos de Aguilar eran un factor que lo complicaba todo. Estaba resentido por la posición de privilegio que Cortés había otorgado a Malinali, quien empezaba a darse cuenta de que actuaba movido por ese resentimiento. Cometía a propósito errores de interpretación que creaban confusiones y malentendidos que luego le achacaba a ella. Como el Caudillo seguía favoreciéndola, a Malinali le gustaba pensar que veía las artimañas de Aguilar. A pesar de todo, era perturbador y la obligaba a estar constantemente en guardia. ¡Cuánto más fácil hubiera sido todo de haber podido quitar de en medio a Aguilar!

Afortunadamente, Malinali tenía un don para los idiomas y siempre los había aprendido deprisa. De hecho, su

supervivencia y su éxito durante los años que había pasado entre los mexicas habían dependido en la misma medida de esa capacidad suya que de su pericia en la cama.

Aprender castellano le resultaba fácil, aunque esa noche recibía solo la segunda clase oficial. Por supuesto, había aprovechado cualquier oportunidad para aprender todo lo posible desde que la habían entregado con las otras mujeres después de la batalla de Potonchán. Siempre escuchaba atentamente, observaba y aprendía vocabulario y retazos de conversaciones. Ahora, en su nuevo papel de intérprete, cada minuto le ofrecía una nueva oportunidad mientras luchaba contra los subterfugios de Aguilar, prestando mucha atención a las palabras que él y Cortés intercambiaban.

Era asombroso de qué modo el peligro y la incertidumbre ocupaban continuamente su mente, pero Malinali tenía grandes esperanzas de que su trabajo con Pepillo le permitiera aprender más rápido aún la nueva lengua, y se alegraba de los progresos logrados desde la primera lección de la tarde anterior. Contribuían a ese progreso la naturaleza dulce de Pepillo y el hecho de que tenía tantas ganas de aprender náhuatl como ella castellano, así que los dos se dedicaban a la tarea con entusiasmo, como si fuera una especie de juego, más una diversión que un objetivo, e incluso reían.

Templaba su risa la profunda tristeza que Malinali notaba en Pepillo. Como su amiga Tozi, que era más o menos de la misma edad, porque el chico no llevaba más de quince años en este mundo, y parecía que había visto demasiadas crueldades y se había hecho mayor antes de tiempo. Como Tozi, tenía buen corazón y era un espíritu generoso. A diferencia de su amiga, sin embargo, el muchacho no tenía poderes mágicos, ni un propósito ineludible, ni sed de venganza. Era simplemente amable, decente y bueno... y estaba herido. Casi más importante que su papel de maestro de lengua era otra lección que le había enseñado: que aquellos españoles, por muchos poderes formidables que tuvieran, eran exactamente iguales que los demás hombres: vulnerables, necesitados de amor e incluso capaces, a su manera, de darlo.

—Puertocarrero —dijo de repente Pepillo.

Malinali alzó la barbilla. No soportaba a la ruda, bárbara y maloliente criatura a la que Cortés la había entregado como esclava sexual. Entonces, Pepillo dijo algo más, pronunció una

serie corta de palabras que ella desconocía. Se lo quedó mirando, desconcertada.

—Puertocarrero —repitió él, poniendo al mismo tiempo cara de haber olido algo desagradable.

Malinali lo entendió de golpe. Pepillo intentaba decirle que sabía que a ella no le gustaba Puertocarrero. Repitió lo que le había dicho antes.

—No te gusta, ¿verdad?

—No —repuso ella, y en un castellano vacilante añadió—: No gusta. No gusta Puertocarrero.

Mucho más tarde, cuando Malinali ya se había retirado con una mueca a la choza de Puertocarrero, Pepillo desató a *Melchor* y lo llevó más allá de los centinelas, a las dunas. Estaba contento de que el cachorro siguiera recuperándose de la azotaina que Vendabal le había propinado hacía seis días; cada vez menos rígido por las heridas, recuperaba la fuerza y su espíritu exuberante día a día.

Pepillo deseaba a menudo ser un perro, vivir el presente, reaccionar de manera inmediata a todo y olvidar rápidamente el dolor y las aflicciones, lo que por desgracia a él no le resultaba tan fácil. Lo peor era que no podía olvidar. De hecho, se juró, nunca olvidaría a Melchor, el original, su mejor y único amigo. Tampoco olvidaría que ambos habían seguido a ese malvado fraile asesino, Gaspar Muñoz, por el bosque de la isla de Cozumel, ni lo que había sucedido después: la captura de ambos amigos, su cuasi asesinato y su rescate en el último momento por Bernal Díaz, Francisco Mibiercas y Alonso de la Serna. Pepillo se estremeció cuando otras imágenes recorrieron su mente: el hacha en sus propias manos cuando le había asestado un hachazo en el cráneo a Muñoz; su participación en la eliminación del cadáver del fraile y, un mes más tarde, la lucha desesperada en la cima de la gran pirámide de Potonchán, el guerrero maya de pelo largo sentado a horcajadas sobre Melchor, apuñalándolo brutalmente con una hoja de pedernal; la muerte de Melchor al cabo de pocas horas, su entierro y, por último, el simpático regalo de Bernal Díaz, el perrito, el nuevo Melchor, que en aquel momento exploraba animadamente las dunas.

Pepillo se situó donde acostumbraba, mirando el océano. Se sentó para contemplar la luz de las estrellas y de la luna menguante que rielaba en el mar, para escuchar el suave sonido de las olas que lamían la playa y sentir la refrescante brisa del sur en el pelo. *Melchor* se alejaba más y más cada noche, pero tarde o temprano siempre volvía, apareciendo como un fantasma salido de la oscuridad, y Pepillo se contentaba con esperarlo allí, pensando en sus cosas y repasando sus recuerdos.

Habían dado un gran rodeo al campamento y se acercaban a él desde la playa, moviéndose tan silenciosamente como espectros en la oscuridad. Chicotenga había escogido aquella ruta porque soplaba un viento favorable del sur que alejaría su olor de las extrañas bestias parecidas a huemules que algunos pieles blancas montaban. Habían descartado la idea de que las criaturas pudieran ser híbridos cuando habían visto desmontar a varios pieles blancas, pero tenían que continuar siendo extremadamente precavidos hasta que entendieran mejor la naturaleza de aquellos extranjeros y sus animales.

Chicotenga dirigió la subida por la ladera de las dunas desde la playa. Al igual que él, todos sus hombres eran expertos en luchar de noche; para ellos la oscuridad no albergaba ningún terror. Habían luchado juntos en tantas ocasiones que no les hacía falta plan alguno, ni siquiera hablar: cada movimiento, cada acción era para ellos una segunda naturaleza, estaban tan perfectamente coordinados que eran más una sola criatura, unidos en intención como una sola mente, que cinco hombres.

Ya casi en la cima de la colina, Chicotenga notó algo y se quedó inmóvil. Detuvo con una mano a Acolmiztli, que iba justo detrás de él, y todo el grupo se paró sin hacer ruido.

Había alguien a menos de diez pasos.

Un piel blanca estaba sentado contemplando el océano.

Chicotenga se llevó un dedo a los labios. «¡Silencio!» A Acolmiztli le indicó por señas: «Ve por ahí, dando la vuelta»; y a Ilhuicamina, «tú por ahí, por el otro lado, rodéalo». A Chipahua y a Árbol les indicó que lo siguieran.

Ninguno dudó. Acolmiztli e Ilhuicamina desaparecieron por la izquierda y por la derecha respectivamente en la oscuridad. Chicotenga contó hasta cinco y dio los pocos pasos

que le quedaban para coronar la duna, se abalanzó sobre el piel blanca desprevenido, lo derribó de espaldas y dejó que Árbol le tapara la boca con su manaza para que no gritara. Sucedió todo en cuestión de segundos. Chipahua, Acolmiztli e Ilhuicamina no tuvieron que hacer nada más que mirar.

Silencio... solo silencio. Mentalmente, Chicotenga contó hasta cien. No apareció ningún otro piel blanca y, mientras, nadie dijo ni una palabra, porque tenían mucha práctica en tales menesteres. Todavía con la mano sobre la boca del prisionero, que se debatía, Árbol fue el primero en hablar.

—Entonces, ¡no son dioses! —susurró—. Vamos a llevarnos a este bastardo a dos o tres kilómetros de aquí y veremos si es capaz de luchar.

9

Lunes, 26 de abril de 1519, por la noche

Antes de su partida de Tenochtitlán, Tozi y Huicton habían buscado a todos y cada uno de los miembros de su banda de mendigos, descontentos, ladrones, mirones y espías, y recorrido la ciudad para susurrar a algunos de los miembros más respetables de la sociedad mexica, gente a la que Huicton había captado y que también apoyaba de manera encubierta la insurrección. Se lo habían contado todo, tanto la espectacular victoria de los extranjeros barbudos de piel blanca sobre los mayas chontales en Potonchán como su llegada a Cuetlaxtlán, y les habían encargado que difundieran el rumor de que Quetzalcóatl había vuelto para derrocar a Moctezuma y dar comienzo a una nueva era.

Solo entonces iniciaron el viaje de dos noches y casi tres días que los había llevado hasta el campamento de Ixtlil, el patrón de Huicton, jefe de la facción rebelde de Texcoco, el estado vasallo de los mexicas. A su llegada al campamento, se habían visto obligados a superar una carrera de obstáculos de funcionarios y personal de protección antes de ser finalmente conducidos a la tienda de mando de Ixtlil, una estructura imponente de fibra blanca de maguey estirada sobre un marco de grandes postes, equipada con esteras, taburetes y mesas para

los mapas, e iluminada por antorchas.

El año anterior, tras la muerte del rey Neza de Texcoco, Moctezuma había intervenido en la sucesión y colocado en el trono al obediente y adulador hijo menor de Neza, Cacama, en lugar de al hijo mayor, Ixtlil, independiente y librepensador. Acostumbrado a salirse con la suya, Moctezuma había supuesto que Ixtlil aceptaría aquel arreglo, pero, en cambio, este había tomado el control de las provincias de la sierra de Texcoco y se había declarado en rebelión, dejando solo la propia ciudad de Texcoco y las provincias de su valle en manos de Cacama.

Huicton había trabajado anteriormente como espía para el viejo y astuto Neza, de mente independiente; tras la muerte de este, viendo la debilidad de Cacama, había entregado su lealtad a Ixtlil. Desde entonces, Ixtlil había librado una sangrienta guerra contra las tropas de Cacama y Moctezuma, sirviéndose cada vez más de Huicton, no solo como jefe de sus espías en Tenochtitlán sino como embajador para negociar en secreto con los tlaxcaltecas y otros pueblos sometidos a la tiranía mexica. Ahora, con Tozi sentada a su lado en una estera, Huicton la alabó diciendo que era su mejor espía, la única capaz de infiltrarse en el palacio de Moctezuma, y luego, lenta y cuidadosamente, ella expuso a su amo la información que había reunido sobre los extranjeros con aspecto de *tueles*.

Ixtlil era un hombre grande, de rasgos toscos, moreno, de cejas gruesas y una nariz grande y deforme, rota años antes en alguna batalla, y una melena negra, espesa y grasienta recogida en una coleta. De unos cuarenta años, tenía el aspecto y las manos callosas de un campesino, pero su voz y su altivez eran de aristócrata y sus astutos ojos hundidos parecían no perderse nada. Volvió aquellos ojos hacia Tozi.

—Es una información interesante, muchacha, pero ¿por qué estás tan segura de que esos extranjeros blancos son *tueles*?

Huicton se enorgulleció al ver que Tozi ni siquiera pestañeaba bajo el escrutinio del texcocano.

—El mensajero de Pitxatzin entregó a Moctezuma un informe por escrito de su reunión con esos «extranjeros» —repuso.

«Por los dioses —pensó Huicton—, ¿se está arriesgando esta chica a ser sarcástica?»

—Los dibujos eran de un artista del propio Pitxatzin —prosiguió Tozi—, que estuvo presente para ilustrar su reunión

con los «extranjeros».

«Otra vez ese rastro de sarcasmo...»

—Pude mirar los dibujos por encima del hombro de Moctezuma —continuó, sacando el labio inferior, un signo de tozudez que Huicton conocía demasiado bien—, y estoy segura de que los «extranjeros» representados por el artista son *tueles*. Su jefe presenta el aspecto de un hombre, pero tiene barba y la piel blanca, como todas nuestras leyendas describen al señor Quetzalcóatl. Viste una chaqueta de metal brillante. Tanto él como sus compañeros van armados con serpientes de fuego y otras armas de los dioses.

—¿Y Moctezuma? —apuntó Ixtlil—. ¿Cómo reaccionó a esa noticia?

—Con temor, señor Ixtlil. Cuando vio el dibujo del jefe, supo la verdad. «Este tiene que ser el dios Quetzalcóatl», dijo. «Ha venido a arrebatarme el reino.»

De repente, Ixtlil se levantó y se acercó a Tozi de una sola zancada, cerniéndose sobre ella.

—Si me estás diciendo la verdad —le dijo—, entonces la causa de Quetzalcóatl y la mía son la misma y debería unir mis fuerzas a las suyas. Pero ¿cómo sé si estás diciéndome la verdad? ¿Cómo sé que no te estás inventando todo esto solo para impresionarme o quizás incluso para engañarme? Tal vez trabajas para Moctezuma. ¿Cómo puedo saberlo? ¿Eh? ¿Cómo puedo saberlo?

—Mi Tozi siempre dice la verdad —terció Huicton—, y nadie odia a Moctezuma más que ella. No se está inventando nada.

—Si voy a basar mi política en su palabra, necesito estar seguro —refunfuñó Ixtlil—. Pero ¿cómo puedo estar seguro de que esta niña espió a Moctezuma como ella asegura? —Clavó su mirada en Tozi—. ¿Eh, niña? ¿Cómo puedo saberlo? Cuentas una historia descabellada. ¿De verdad esperas que crea que has podido estar tan cerca del Gran Orador como para ver los dibujos por encima de su hombro sin que notara tu presencia?

Huicton se rebulló, incómodo.

—Ya te he explicado antes, señor, que esta muchacha tiene poderes.

—¡Ja! ¡Poderes! Cualquiera puede decir que tiene poderes. Necesito pruebas.

Huicton miró a Tozi y arqueó enigmáticamente una ceja.

—¿Estás dispuesta a enseñarle al señor Ixtlil de lo que eres capaz, querida?

—¿A qué te refieres? —susurró Tozi.

—A hacerte invisible. Entonces te creerá.

—No soy una saltimbanqui, yo no actúo —siseó Tozi—. Yo soy bruja.

—¿Bruja? —exclamó Ixtlil, alzando la voz—. ¿La chica es bruja?

—Tiene poderes —repitió Huicton. La reunión estaba tomando un peligroso derrotero. Ixtlil era un buen hombre, a su modo, mucho mejor que su hermano Cacama, pero muy supersticioso, y además compartía el prejuicio común contra las brujas, que había llevado a Tozi a la jaula de engorde de Tenochtitlán y casi a ser sacrificada a manos de Moctezuma. De hecho, las supuestas brujas eran ofrecidas a menudo en sacrificio por los texcocanos al igual que por los mexicas—. No le hagas caso a esta tonta —dijo Huicton—. Se cree bruja pero lo cierto es que los dioses le han otorgado un don, un don para ayudarnos en nuestra guerra contra Moctezuma.

Ixtlil caminaba por la tienda de mando, con la cara iluminada por la luz fluctuante de las antorchas.

—¡Pues enséñame ese don! —estalló—. ¡Enséñamelo! Decidiré yo mismo si es una niña tonta, en cuyo caso sería un loco si confiara en ella, o si es una bruja, o una mentirosa, o si tiene un don de los dioses como tú afirmas.

Huicton le dio un codazo a Tozi.

—Ahora sería un buen momento para que desaparecieras, Tozi.

—Supón que no quiero.

—Entonces nos meterás a los dos en un buen lío.

Tozi se encogió de hombros y se puso a cantar, primero bajito y cada vez más fuerte, hasta que su voz fue casi un rugido, furioso y salvaje.

En los rasgos toscos de Ixtlil apareció una expresión de leve sorpresa, a continuación de miedo y, por último, para asombro de Huicton, de terror. Conocía al texcocano desde que era un niño y nunca lo había visto asustado. Ahora, jadeando, Ixtlil cayó de rodillas, con los ojos desorbitados.

—¡Tozi! —exclamó Huicton—. En nombre de todos los dioses, ¿qué haces?

—Le demuestro al señor Ixtlil de lo que soy capaz, como

me has pedido.

—Te he pedido que te volvieras invisible.

—Pero puedo hacer mucho más que eso. —Tozi esbozó la sonrisa de una calavera—. Ixtlil te ha asustado con sus amenazas. Y ha intentado asustarme a mí... Así que alimento su miedo.

—No nos ha amenazado...

—Sí que lo ha hecho. Ha dicho que iba a decidir si soy bruja. Tú tenías miedo de lo que pasaría si decidía que lo soy...

Ixtlil se agarraba el cuello, con jadeos y gorgoteos horribles.

—¡Para! —le pidió Huicton a Tozi—. Para ahora mismo. Si sigues, sus guardias entrarán y nos matarán.

—A mí no —dijo Tozi. Había en sus ojos un brillo de malicia—. No me atraparán. Puedo volverme invisible, ¿recuerdas?

Huicton la miró con dureza. Su pequeña protegida, la chica a la que había rescatado de la turba hacía tantos años... ¿qué había sido de ella? Apenas la reconocía ya.

—¡Deja a Ixtlil, Tozi! Libéralo antes de que sea demasiado tarde. Te lo ordeno.

—¿Me lo... ordenas?

—Te lo pido. ¡Te lo ruego! Libéralo.

—Muy bien, pues —dijo Tozi—. Lo haré.

Susurró unas palabras en una lengua extraña que Huicton nunca había oído, apretó los puños y volvió a abrirlos, extendiendo los dedos hacia Ixtlil y, de repente, el líder rebelde texcocano quedó liberado. Se derrumbó, con la cara pegada a la alfombra profusamente bordada que cubría el suelo de su tienda de mando. Goteaba saliva de sus labios flojos y tenía el pecho agitado, la respiración entrecortada como si hubiera corrido mucho. Por fin, todavía arrodillado, irguió el torso y miró fijamente a Tozi.

—Tú... —dijo—. Tú...

Huicton sabía lo que pasaría a continuación.

El aire titiló apenas y Tozi se desvaneció.

10

Lunes, 26 de abril de 1519, por la noche

Pedro de Alvarado había ido caminando por las dunas hasta una distancia de unos pocos tiros de arco del campamento para mantener una reunión clandestina con dos de los cabecillas velazquistas, como él y Cortés llamaban a la facción grande y poderosa de conquistadores que se mantenían leales a Diego de Velázquez, gobernador de Cuba.

—Seguramente veis, don Pedro, que vuestro autoproclamado Caudillo ha perdido el juicio...

Quien así hablaba era Juan Escudero, un hombre que llevaba mucho tiempo odiando y envidiando a Cortés, y a quien este detestaba y despreciaba en igual medida. Unos años antes, recordó Alvarado, Escudero había disfrutado mucho arrestando a Cortés y arrojándolo a la cárcel por orden de Velázquez. La acusación de traición, que implicaba la pena de muerte, se la había inventado Velázquez porque Cortés había dejado preñada a la sobrina favorita del gobernador, Catalina, y se había negado a casarse con ella.

Tras ocho meses pudriéndose en prisión, con la idea de que iban a colgarlo y descuartizarlo, Cortés había aceptado por fin casarse con aquella perra del demonio y reconocer a su hijo. A cambio, el gobernador lo había readmitido en su círculo

íntimo y, en su momento, le había dado el mando de la expedición al Nuevo Mundo. Sin embargo, antes de que la flota zarpara de Cuba, Velázquez había empezado a sospechar de Cortés, temiendo con razón que tuviera intención de declarar suya la expedición cuando llegara a su destino, y nuevamente había dado órdenes de arrestarlo.

El propio Alvarado había traído la noticia de las intenciones del gobernador y, en la tormentosa noche del 18 de febrero de 1519, apenas unas horas antes de que lo detuvieran, Cortés había convencido a los otros capitanes de la flota para zarpar, consiguiendo el apoyo de incluso los más ardientes velazquistas con la falsa información de que una expedición rival partiría de Jamaica para tomar el control de las nuevas tierras.

—Si no les ganamos por la mano —había argumentado—, no quedará premio que podamos ganar.

La codicia había persuadido a la mayoría de los capitanes, por lo que, a la postre, Escudero fue el único velazquista que creía que el asunto debía remitirse al gobernador. Una vez más, Alvarado acudió al rescate, incitando a Escudero a desenvainar la espada y dándole a Cortés la excusa que necesitaba para meter a su antiguo enemigo en el calabozo esa noche. Escudero fue liberado al día siguiente y la flota navegó lejos del alcance de Velázquez.

Sin embargo, el resentimiento de Escudero era un problema desde entonces. Desde el momento en que la expedición llegó a las nuevas tierras, había trabajado sin descanso contra los intereses del Caudillo, presionando e inflamando a los otros leales a Velázquez e instándolos a encarcelar a Cortés y regresar a Cuba.

La incitación al motín, porque evidentemente era eso, consiguió cada vez más apoyos conforme pasaban las semanas y se hacía evidente que la flota rival no existía. Luego tuvo lugar la terrible batalla contra los mayas en Potonchán. Solo cuatro españoles habían perdido la vida en la contienda, sí, pero cerca de una docena murió posteriormente a causa de las infecciones, y más de ochenta, algunos con tremendos dolores, seguían sufriendo por las heridas recibidas.

A pesar de todos los esfuerzos de Cortés, el estado de ánimo de la expedición empeoraba.

De pie con Escudero y Alvarado, fuera de la vista del

campamento y a resguardo del viento, en un hueco entre las dunas, estaba Juan Velázquez de León, el primo de Diego de Velázquez, un hombre fuerte como un toro, de barba espesa y negra, mentón agresivo y ojos verdes que brillaban de ira a la luz de la luna. Obligado como estaba por razones de sangre con el gobernador de Cuba, era velazquista; pero su ambición era tal que no habría costado sobornarlo si hubiera habido oro con que hacerlo. Como no había, porque resultó que los mayas chontales apenas tenían, Velázquez de León estaba cada vez más abiertamente de parte de Escudero y se había reunido con él varias veces para pedirle que la expedición volviera a Cuba.

—Libramos esa condenada batalla contra los mayas —se quejó a Alvarado—, ¿y qué obtuvimos a cambio? ¿Oro? No. ¿Joyas? No. ¿Honor? No. ¿Ventajas comerciales? No. Y ahora estamos aquí, acampados en estas dunas asquerosas, sin ver todavía el oro y sin perspectiva alguna de verlo. La pura verdad es que llevamos en campaña más de dos meses, gastando dinero, gastando vidas, ganándonos la antipatía del gobernador, y todo por...

—Todo por nada —terminó por él la frase Escudero. Cerró la mandíbula como si fuera una trampa y volvió a abrirla para decir—: O más bien, todo para satisfacer el orgullo de Cortés. Yo digo que ya basta. Uníos a nosotros, Pedro. Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero siempre he reconocido vuestras cualidades y, con vos de nuestra parte, nadie osará interponerse en nuestro camino.

A pesar del hecho de sobra conocido de que él y Cortés eran amigos, Escudero y los otros velazquistas nunca cesaban en sus intentos de que Alvarado se uniese a su causa. ¡Y él sabía perfectamente por qué! En primer lugar, y ante todo, porque habían sido testigos de cómo Cortés lo reprendía y abochornaba en la isla de Cozumel, el primer puerto de escala de la expedición; y en segundo lugar, porque la pasión de Alvarado por el oro era legendaria y suponían que la falta del preciado metal lo tenía tan inquieto como a ellos.

Tenían parte de razón en ambas cosas. Alvarado seguía dolido por el varapalo de Cortés en Cozumel, que lo había obligado a devolver los escasos y miserables trofeos que les había quitado a los asquerosos indios de la isla. Y Potonchán, sobre la que Cortés había despertado tan grandes expectativas, había resultado una tremenda decepción.

Quince mil pesos en oro era todo cuanto los mayas chontales les habían entregado tras la batalla, y el mes entero que habían pasado después saqueando la región les había aportado poco más.

Así que, sí, ¡desde luego que Alvarado estaba insatisfecho!

No obstante, eso no implicaba que estuviera dispuesto a traicionar a su amigo. Seguía confiando en Cortés y creía que, tarde o temprano, haría realidad sus promesas de riquezas que ni siquiera podía soñar. De hecho, Cortés le había confiado a Alvarado que eso era precisamente lo que esperaba obtener de los mexicas, gobernantes de la ciudad de Cuetlaxtlán, a las afueras de la cual estaban acampados. Por lo visto, su nueva intérprete, Malinali, había vivido entre los mexicas cinco años y, según ella, eran tan ricos como Creso.[11] Por tanto, solo era cuestión de paciencia.

Entretanto, Alvarado no veía inconvenientes sino ventajas en seguirles el juego a los velazquistas. Si Cortés seguía fracasando, podría cambiar de bando sin problemas. Si Cortés tenía éxito, entonces lo que supiera sobre los planes de los amotinados tendría sin duda su valor.

—¿Quién está con nosotros y quién en contra? —le preguntó a Escudero, como si ya se hubiera unido al motín.

—Un centenar de buenos hombres, seguro —repuso confiado el cabecilla—, y otro centenar que no ven mal nuestra causa.

«¡Doscientos!», pensó Alvarado. Si aquello era cierto, eran malas noticias para Cortés. Sin embargo, se mantuvo impávido.

—¡Bah! No me interesa la chusma, solo los capitanes y los oficiales, los hombres de mi clase. ¿Cuántos son?

Escudero y Velázquez de León intercambiaron una rápida mirada antes de volverse de nuevo hacia Alvarado, pero sin decir nada.

—¿Francisco de Montejo? —aventuró Alvarado—. Sé que siempre ha sido leal al gobernador, a pesar de todo el dinero que le ha prestado Cortés... —Tras una pausa, se volvió hacia Velázquez de León—: Creo recordar que vos también estáis en deuda con Hernán, ¿verdad, Juan? ¿Qué han sido esta vez? ¿Dos mil pesos de oro, más o menos, para reparar esa carcomida carabela vuestra...?

—Eso es irrelevante —farfulló Velázquez de León—. Me opongo firmemente a Cortés y apoyo firmemente a mi primo el

gobernador.

—Oh, sí, sí, claro —repuso Alvarado—. Firmemente. No lo he dudado ni por un momento. Sois firmes en vuestras lealtades; Escudero, aquí presente, es firme. Si tengo razón, también Diego de Ordaz lo es...

—Su excelencia lo asignó a la expedición precisamente para vigilar a Cortés —dijo pomposamente Escudero—. No dudará en declarar a nuestro favor, llegado el momento.

—Y Cristóbal de Olid, supongo.

—Sin duda podemos contar con él —aseguró Velázquez de León—. Olid era el administrador del gobernador. Su lealtad a nuestra causa es indudable.

—¿Y quién más? ¿Con quién más podemos contar?

Escudero y Velázquez de León intercambiaron otra rápida mirada.

—¡Vamos, caballeros! —los instó Alvarado—. Si voy a unir mi suerte a la vuestra, por lo menos necesito saber quiénes serán mis aliados.

Otra vez aquella mirada.

—La cuestión, Pedro —dijo por fin Escudero—, es si estáis o no con nosotros. Si lo estáis, entonces os pondremos al tanto de nuestros planes y os daremos los nombres de todos nuestros principales, pero mientras quede alguna duda...

—Mientras quede alguna duda —lo interrumpió Velázquez de León—, ya os hemos dicho demasiado.

—Parece ser, caballeros, que hemos llegado a un *impasse*. Queréis que me comprometa con vuestra causa por completo, sin pleno conocimiento de con quiénes me estoy comprometiendo. Yo, por mi parte, exijo saberlo para estar dispuesto a com...

—¡Maldita sea, Alvarado! —bramó Escudero—. Estoy harto de dilaciones.

—¿Dilaciones? Si voy a volverle la espalda a mi amigo de la infancia y arriesgarme a que me cuelguen por amotinado, quiero saber que lo estoy haciendo por hombres a los que respeto y en quienes puedo confiar. Olid, Ordaz, Montejo, Velázquez de León, vos... nada nuevo hasta ahí. Cualquier tonto puede adivinar de qué parte está cada uno. Pero debéis confiarme otros nombres si queréis que confíe en vos.

Escudero cogió del brazo a Velázquez de León y se alejaron unos pasos.

«Esto es ridículo —pensó Alvarado—. ¡Son como niños!» Observó incrédulo cómo los dos hombres mantenían una acalorada conversación en susurros.

—Pensaremos en lo que nos pedís, don Pedro —dijo Escudero cuando volvieron—. Entretanto, juradnos que guardaréis silencio. La reunión de esta noche...

—¿Qué reunión? —dijo Alvarado.

Velázquez de León rio incómodo.

—¡Exacto! —dijo—. Nunca ha tenido lugar.

Dicho esto, los dos le dieron la espalda y volvieron rápidamente al campamento, dejando a Alvarado solo bajo las estrellas.

«Estúpidos —pensó—. Todavía no se dan cuenta de que se la estoy jugando. —Luego se dijo—: Pero no puedo seguir con esto mucho más.»

En cierto modo era un milagro, debido en parte a su superior capacidad de negociación y de disimulo, que se las hubiera arreglado para tener tanto tiempo en el anzuelo a los conspiradores. Sin embargo, a menos que algo cambiara, y que lo hiciera radicalmente, no tardarían en verle el plumero.

A menos que, al final, se uniera a ellos.

Silbando alegremente, se aflojó el cinto con la vaina del florete de Toledo y caminó por las dunas hacia la playa. Estaba completamente despierto, lleno de planes. Antes de irse a la cama, decidió, caminaría media hora, disfrutando de la brisa del sur que alejaba el hedor agrio de Velázquez de León y Escudero de sus narices.

11

Lunes, 26 de abril de 1519, por la noche

Esforzándose todavía por recuperar el aliento, Ixtlil se puso de pie, agarrándose la garganta, con la cara roja.

—¡Un demonio! —jadeó—. ¡Tu chica es un demonio! Ningún humano es capaz de hacer lo que me ha hecho. Ningún humano puede desaparecer así.

—Es humana, señor —dijo Huicton. Tozi estaba conmovida por la mirada de preocupación de su mentor—. Es una muchacha como cualquier otra. Una muchacha dulce. Una buena muchacha de buen corazón, pero los dioses la han bendecido con poderes para que contribuya a nuestra causa.

Oculta por el hechizo de invisibilidad, Tozi había permanecido en la tienda. De hecho, no se había movido en absoluto, y tampoco se movió ahora que Ixtlil se le acercó dando manotazos en el aire, frente a sí. Cuando se volvía invisible, su relación con la materia cambiaba, se volvía más complicada que cuando tenía forma física. La ropa y lo que llevaba en los bolsillos desaparecían con ella, y había aprendido que, concentrando su voluntad, podía extender el campo mágico a otras cosas y a la gente de alrededor. Podía coger objetos y usarlos si quería, pero también era capaz de volverse tan insustancial como el pensamiento y fluir incluso a través de la

materia sólida, o permitir que las cosas sólidas la atravesaran a ella. En todo caso, había descubierto que las claves para el control eran el enfoque y la atención, así que ahora se centró, mientras las manazas de Ixtlil le atravesaban el cuerpo, en no darle ninguna pista de su presencia. El líder rebelde texcocano recorrió entonces la tienda, de un modo cómico en opinión de Tozi, con los brazos estirados, tanteando sin encontrar nada.

—¿Se ha ido o sigue aquí? —preguntó al final.

—Bueno, mi Tozi tiene eso... —contestó Huicton en voz muy baja—. Cuando es invisible nunca sabes dónde está.

—Por eso es tan buena espía —masculló Ixtlil. Empezaba a calmarse.

Tozi le leyó el pensamiento y no encontró rabia contra ella, ni sospechas de brujería como antes, solo sorpresa, un poco de temor y... y... ¿Qué era aquello? ¿Codicia? ¿Astucia? Se dio cuenta de que la reacción de Ixtlil le recordaba más el placer oportunista de un vendedor ambulante que acabara de hacer un trato ventajoso. Calculaba cómo servirse de ella. Tozi vio confirmadas sus sospechas cuando se volvió hacia Huicton.

—¿Qué tal si hacemos que esa Tozi tuya asesine a Moctezuma? —le dijo al viejo espía—. Puede entrar en su habitación sin que nadie la detecte, rajarle la garganta y marcharse sin más.

—Con todos mis respetos, señor, ya hemos pensado en eso y lo hemos descartado.

—¿Lo habéis descartado? —Ixtlil se horrorizó—. ¿Por qué?

—Ten en cuenta, señor, que Moctezuma es el Orador más débil e incompetente que han tenido los mexicas desde hace un siglo. Si Tozi lo matara, como sugieres, cualquier otro que pusieran en el trono, Cuitláhuac o quizá Cuauhtémoc, lo haría mejor que él. Si de verdad queremos poner fin al poder de los mexicas, la mejor manera de hacerlo puede que sea dejando vivir a Moctezuma y aprovechar sus defectos y errores, sus supersticiones y miedos... De hecho, señor, es lo que hemos estado haciendo, y con mucho éxito. Tozi tiene el poder, como creo que te ha demostrado hace un momento, de incrementar los temores de un hombre...

—¡Ja! ¡Bien que me lo ha demostrado! —Ixtlil echó otro vistazo alrededor—. ¡Muchacha! —llamó—. ¿Estás aquí? ¿Nos estás espiando?

Tozi no respondió. Que Ixtlil siguiera en ascuas.

—Si no le cortas el gaznate a Moctezuma —dijo entonces el líder rebelde, hablando con el aire—, ¿qué tal si se lo cortas a Cacama? ¿Qué dices a eso, muchacha? ¿Harías eso por mí?

«No soy una asesina —pensó Tozi. Sin embargo, recordó cómo había asesinado al sumo sacerdote corrupto Ahuízotl a orillas del lago la noche que ella y Malinali se habían librado de ser sacrificadas, y se dijo—: ¿Por qué no?»

Huicton habló de nuevo.

—Si matas a Cacama, señor, te arriesgas a que ocupe el trono de Texcoco un líder que se oponga a ti con más eficacia. Cacama y Moctezuma son muy estúpidos y ambos sirven a nuestra causa mejor vivos que muertos.

A Ixtlil se le iluminó la cara.

—¡Ja! Supongo que tienes razón —dijo sonriente—. El sabio Huicton. ¿Qué haría yo sin ti?

Ambos pasaron al asunto de la estrategia. Por lo visto, Ixtlil ya no necesitaba que lo convencieran de la información que había traído Tozi. Una fuerza nueva había llegado a sus tierras, tal vez el dios Quetzalcóatl y sus divinos compañeros. Por tanto, Huicton iría a la costa donde aquellos *tueles* habían instalado su campamento y trataría de hablar con su jefe para ofrecerle el apoyo de Ixtlil a fin de acabar con la tiranía mexica.

—De paso ve a Tlaxcala —añadió Ixtlil—. Intenta de nuevo forjar una alianza con Chicotenga. Con la perspectiva de tener a un dios de nuestro lado, tal vez reconsidere nuestra oferta.

Tozi tenía el corazón henchido de alegría. ¡La costa! ¡La costa! Viajaría con Huicton, podría reunirse con su querida amiga Malinali y vería el rostro del mismísimo Quetzalcóatl.

Estaba tan emocionada que no podía quedarse quieta. Salió precipitadamente de la tienda para correr a oscuras hacia donde las huestes comandadas por Ixtlil cenaban alrededor de las hogueras. Se estaba congregando un gran ejército para derrocar el mal y dar comienzo a una nueva era, así que ¡por supuesto que aquel tozudo Chicotenga querría formar parte de él! Cuando ella y Huicton lo convencieran de la verdad acerca de Quetzalcóatl, cualquier otra cosa sería impensable.

12

Lunes, 26 de abril de 1519, por la noche

Lo que sentía era terror. Lo había sentido antes, cuando estuvo a punto de caer por la borda durante la gran tormenta que había dispersado la flota, la noche que habían zarpado hacia Cuba. Y había vuelto a experimentarlo cuando yacía en el suelo del bosque, en la isla de Cozumel, mientras el padre Muñoz iba y venía, despotricando como un loco. Pero esta noche, el terror de Pepillo había alcanzado una nueva cota cuando un musculoso indio había interrumpido de golpe sus reflexiones de cara al océano derribándolo de espaldas mientras otro le tapaba la boca, ahogando sus gritos de alarma. Había olido el aroma almizclado de sus atacantes mientras lo arrastraban por las dunas hasta la arena dura de la playa, alzándolo cuando perdía el equilibrio, llevándoselo secuestrado no sabía adónde ni por qué, a una velocidad asombrosa.

Supuso que eran cuatro o cinco; con las prisas y la confusión no estaba seguro. Hablaban poco, pero cuando lo hacían le parecía entender algo de lo que decían. Su lengua era el mismo náhuatl que Malinali había empezado a enseñarle, o algo muy similar, pero aquellos hombres parecían más salvajes, mucho más que los semicivilizados y entrometidos mexicas, a los que Pepillo se había ido acostumbrando a ver por el

campamento, y temía que fueran a matarlo.

—Soltadme —barbotó—. ¿Qué os he hecho yo?

Se lo dijo en castellano, así que no podían entenderlo, pero, aunque por algún milagro sus secuestradores hubieran hablado castellano, aquella manaza inflexible que le tapaba la boca no le dejaba emitir otra cosa que gruñidos y sollozos.

Perdió pie y lo levantaron del suelo, arrancándole casi la cabeza de los hombros, cuando se oyó un gruñido amenazador y su cachorro *Melchor* salió disparado de la oscuridad, como una bala de pelo, dientes y furia, y mordió aquella mano que lo ahogaba y obligó a su dueño a apartarla, arrancándole un bramido de puro horror. Entonces Pepillo pudo gritar a todo pulmón.

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por Dios!

Entonces *Melchor* soltó la mano y hundió los colmillos en el tobillo del otro atacante. Otro alarido y, de repente, Pepillo era libre. Se puso de rodillas y luego se levantó y corrió, sin dejar de gritar pidiendo ayuda. La brisa seguía soplando y arrastraba sus gritos lejos del campamento, que estaba a centenares de pasos más al sur, de modo que había pocas posibilidades de que lo oyeran. Sin embargo, era lo único que podía hacer.

Mientras Alvarado bajaba por las dunas hacia la playa, se le erizó el vello de la nuca. Algo iba mal. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Hacía tiempo que había aprendido a confiar en su instinto, pero al principio no estuvo seguro de qué lo inquietaba, excepto tal vez la sensación de que algo se movía, de agitación, no demasiado lejos. Luego oyó el gruñido de un perro y un grito de sorpresa seguido por la voz aguda de un chaval que gritaba aterrado: «¡Ayuda! ¡Ayuda, por Dios!»

Alvarado desenvainó su acero y echó a correr. En cuestión de segundos había llegado a la arena llana. Justo delante de él, a menos de cincuenta pasos y escasamente iluminadas por la luna, vio varias siluetas. Por su aspecto eran indios, desnudos, cubiertos únicamente por un taparrabos y plumas. Luego vio una figura pequeña soltándose, oyó de nuevo aquella aguda petición de ayuda y reconoció a Pepillo, el paje de Cortés, que corría a trompicones pidiendo auxilio, aparentemente sin saber

que le había sido concedido su deseo. Perseguían al chico dos de sus atacantes, mientras que los tres restantes parecían ocupados con un perro, poco más que un cachorro, que no los dejaba en paz, gruñendo, tratando de morderlos y consiguiéndolo a veces.

Alvarado cambió de dirección, aceleró y se acercó al chaval al tiempo que uno de los sucios salvajes que lo perseguían lograba atraparlo.

—No tan deprisa —dijo, golpeando con el filo del florete el brazo del indio y notando satisfecho cómo se hundía en la carne—. ¿Por qué no atrapas a alguien de tu tamaño?

El segundo pagano se abalanzó hacia él con un alarido espantoso, empuñando una de aquellas palas de madera con bordes afilados de obsidiana que los indios usaban como espadas. Alvarado bloqueó el golpe, pero la hoja del florete quedó hundida en la madera del arma de su oponente; no pudo sacarla inmediatamente y, de repente, se vio rodeado de apestosos indios que lo empujaban con sus primitivos cuchillos de piedra. ¡Menos mal que se había puesto la coraza! Notó que los cuchillos se rompían contra la armadura, se agachó para esquivar la maza sibilante que le lanzaban a la cabeza. Sacó la daga toledana, la hundió en una pierna aquí y un torso allá y fue recompensado por gritos de dolor. Los hombres que lo rodearon se apartaron de golpe. En ese momento, liberó de un tirón el estoque y se puso en guardia, sosteniendo la fina hoja ante sí con la empuñadura baja, cerca de su centro de gravedad, y la punta hacia arriba, y girando en redondo para determinar de dónde venía la siguiente amenaza.

Miró a Pepillo. El muchacho seguía con él, seguía vivo.

—Lo has hecho bien, chico —le dijo—, pero ahora quiero que corras. Vuelve corriendo al campamento, sin dejar de gritar tan fuerte como puedas. Consigue ayuda. Yo mantendré entretenidos a estos bastardos.

—No, señor. Con todos mis respetos, señor, no veo a mi perro.

—Al carajo tu perro. El perro sabe cuidarse solo. Corre a menos que quieras que acabemos los dos en la cazuela.

—Muy bien, señor. Como digáis, señor...

Pero ya era demasiado tarde. Los atacantes los habían rodeado y era imposible que el chico pudiera atravesar el cerco. Alvarado le puso una mano enguantada sobre el hombro.

—Cambio de planes —le dijo—. No te apartes de mí.

Guárdame las espaldas. Cuesta creerlo pero parece que estos indios saben combatir. —Luego gritó—: ¡Vamos, bárbaros sin Dios! ¡Atrapadme si os atrevéis!

Chicotenga empezaba a preguntarse si los barbudos hombres de pelo dorado y piel blanca a los que se enfrentaban no serían, al fin y al cabo, alguna clase de *tuele*. Eran cinco contra uno, y los cinco la flor y nata de los guerreros tlaxcaltecas. Su oponente ya debería estar tirado en la arena, desangrándose, pero seguía allí de pie, burlándose de ellos, al parecer ileso y protegiendo al chico al que habían secuestrado. El muchacho era humano, de eso no cabía duda, pero aquel hombre, si era un hombre, parecía dotado de poderes sobrenaturales. Chicotenga le había lanzado un golpe directo al corazón, un buen golpe, un golpe fuerte, pero su cuchillo de guerra se había roto contra la coraza metálica del extranjero.

Seguramente era cosa de brujería, de magia, porque mientras que el de piel blanca seguía ileso, Chipahua tenía una profunda herida en el antebrazo que lo obligaba a usar el *macuahuitl* con la mano izquierda, Árbol había sido apuñalado en el muslo e Ilhuicamina entre las costillas.

¿Y qué era aquel animal monstruoso que se les había acercado y luego había desaparecido? Chicotenga se miró el tobillo. Sangraba profusamente donde le había clavado los colmillos. ¿Era una especie de lobo lo que los pieles blancas habían encantado para que los sirviera? ¿Y dónde estaba? Esperaba que no hubiera ido a buscar a otros como él.

Miró a sus hombres. Todos seguían peleando sin quejarse, pero estaban perdiendo sangre y tiempo. Solo Acolmiztli seguía ileso.

—Puedo con él —siseó—. Dame la oportunidad, Chicotenga. Será un gran honor para mí abatirlo.

—A la mierda el honor —refunfuñó Árbol—. Yo digo que nos echemos sobre él y lo aporreemos en el suelo...

Acolmiztli no escuchaba. Enarboló con ambas manos el *macuahuitl* y, profiriendo un grito de batalla, avanzó.

Aullando, Árbol lo imitó.

Indicando por gestos a Chipahua e Ilhuicamina que se quedaran atrás, porque las heridas los hacían inútiles en una

pelea con un oponente tan hábil, Chicotenga rodeó en silencio al piel blanca para situarse a su espalda.

Sumida en un claustrofóbico sueño en el que un demonio la perseguía por estrechos corredores y pasadizos, Malinali oyó gimoteos y que rascaban la puerta de la cabaña de madera que compartía con Puertocarrero. Se despertó de inmediato. Pensaba rápido, intuyendo problemas. Saltó de la cama y corrió desnuda hasta la puerta. Cuando la abrió se encontró con *Melchor*, el perro de Pepillo, tembloroso y ensangrentado. En cuanto la vio, se giró y corrió un corto trecho, después se volvió a mirarla y le ladró.

Malinali supo perfectamente lo que quería. Pepillo debía de estar en grave peligro.

—¡Puertocarrero! —chilló—. ¡Despierta!

Se dio cuenta de que lo había dicho en castellano. Corrió a la cama, apartó las sábanas y sacudió al peludo durmiente. ¡Nada, ninguna reacción! Ya estaba poniéndose una túnica y los mocasines; luego, gritándole otra vez a Puertocarrero, salió corriendo en la oscuridad hacia el vecino pabellón de Cortés con *Melchor* pisándole los talones.

Los centinelas dormían en el pórtico, y Malinali irrumpió sin miramientos.

—¡Caudillo —llamó—, despierta! Problemas. Peligro.

Cortés se incorporó en la cama. La tenue luz de las velas reveló a la regordeta totonaca que lo acompañaba. Malinali sintió una punzada de celos porque aquel tendría que haber sido su lugar, pero descartó la idea.

—¡Caudillo, Caudillo! Ven deprisa. ¡Pepillo! ¡Gran peligro!

Melchor hacía ochos entre sus pies, ladrando, y Cortés se levantó enseguida, con el *tepulli* erecto oscilando de lado a lado y los *ahuacatl* grandes y pesados. A toda prisa se puso los pantalones y las botas y se ciñó la espada. No hizo preguntas, simplemente salió en tromba, golpeando a los centinelas en la cabeza. En cuestión de segundos hubo una docena de hombres a su alrededor, todos armados, algunos con teas, y todos corrieron por las dunas hacia la playa siguiendo a *Melchor*.

—¡Vendabal! —gritó Cortés por encima del hombro—. ¡Seguidnos con los perros!

Mientras los dos indios cargaban contra él, uno pequeño y nervudo, el otro grandullón y muy musculoso, con la melena enmarañada, pareció que el tiempo corría más despacio, como solía pasar durante una batalla, y Alvarado tuvo un momento para desear haber traído su pesado bracamarte aquella noche en lugar del florete fino y elegante que sujetaba con la derecha. El florete era una arma muy buena, sin duda, obra del gran forjador de espadas Andrés Núñez de Toledo, pero no muy adecuada para luchar contra salvajes. El modo en que había quedado atrapado al primer envite, por ejemplo... ¡Mala cosa! ¡Muy mala cosa! Tendría que asegurarse bien de que no volviera a pasarle o darían buena cuenta de él. De haber empuñado el bracamarte habría partido en dos aquella espada de madera y hecho picadillo a su oponente. Pero, bueno, no tenía el bracamarte, así que tendría que sacar el mejor partido del florete.

El primer hombre lo atacó con otra de aquellas infernales espadas de madera, pero puesto que el golpe iba dirigido a su pecho, la coraza lo protegió bien y notó cómo se hacían añicos las hojas de obsidiana sin causarle ningún daño. Giró hacia un lado y dejó que el impulso del indio lo desestabilizara. Esquivó la maza de otro atacante que pasó silbando, apartó a Pepillo y, con la rodilla derecha flexionada y la pierna y el brazo izquierdos estirados casi en línea recta hacia atrás, descargó una estocada. La larga hoja del florete avanzó y su punta afilada buscó carne que perforar, órganos vitales que pinchar.

Sin embargo, el indio nervudo de la espada era rápido, condenadamente bueno, de hecho. Giró para esquivar la estocada y golpeó por segunda vez inútilmente la coraza de Alvarado mientras el otro atacaba chillando con su enorme maza. Creían que ya lo tenían. Alvarado lo notaba por el brillo de sus ojos. Sin embargo, el español era un atleta; dio una voltereta hacia atrás, un truco que le había salvado la vida más de una vez en combate, aterrizó sobre los pies y se lanzó al contraataque, cortando con el borde afilado de la daga que sostenía en la mano derecha la mejilla del indio de la maza y arrancándole un jirón de piel para después dar un gran salto y ensartar al otro.

«¡Sí! ¡Sí!»

La punta del florete le entró justo por debajo de la nuez de Adán y le salió por la espalda, causando terribles destrozos.

Alvarado ya le había sacado el florete antes de que sus pies tocaran el suelo y, como el gigante de la maza lo atacó de nuevo, le atravesó el vientre, no por el centro, como habría querido, sino por un lado, causándole una herida que no era mortal pero que seguramente lo derribaría.

El más pequeño de los dos atacantes había caído de rodillas y emitía los gorgoteos de un hombre que se ahoga en su propia sangre. Alvarado estaba a punto de darle el golpe de gracia al gigante cuando, para su desconcierto, lo aferraron del brazo con que empuñaba la espada y tuvo que soltar el florete.

¿Dónde demonios estaba Pepillo? El chico tendría que haberle avisado, pensó furioso mientras se cambiaba la daga de mano y se disponía a encararse con el nuevo atacante.

Sorprender al chico no le fue difícil. Pepillo no hizo ningún ruido cuando Chicotenga le dio un puñetazo en un lado de la cabeza, lo dejó sin sentido y se abalanzó para agarrar el brazo del arma al guerrero de pelo dorado justo a tiempo de impedirle matar a Árbol. Aprovechando la ventaja de la sorpresa, Chicotenga le quitó la extraña arma de metal de la mano, pero no estaba acostumbrado a su manejo, así que la tiró al suelo y se enfrentó al piel blanca a punta de cuchillo. Con el rabillo del ojo vio que Árbol avanzaba, con la cara, el costado y el muslo sangrando abundantemente, y que Ilhuicamina y Chipahua también se acercaban.

—¡Atrás! —les ordenó—. Es mío.

Todo en la postura del piel blanca, la calma, la mirada fija de sus ojos claros, la forma relajada en que se movía, ligero de pies, equilibrado, mortal, le decía a Chicotenga que se enfrentaba a un hombre experto en la lucha con cuchillo, a un asesino como él. No iba a tenerlo fácil y la coraza de plata que le cubría el torso se lo pondría todavía más difícil.

No tenía sentido que intentara atravesarle otra vez el corazón. Chicotenga sabía que si quería matar a su enemigo tendría que darle en las piernas desprotegidas, en la garganta o la cabeza, mientras que él seguiría vulnerable a un golpe en el torso durante todo el combate.

Seguían moviéndose en círculos, buscando ambos un hueco en la defensa del otro, atacándose con el cuchillo, estudiándose, sin arriesgarse aún a un ataque definitivo, cuando Chicotenga vio algo que le heló la sangre: hombres que llevaban teas encendidas en alto y corrían hacia ellos por la playa desde

el campamento. Detrás de ellos, una masa de siluetas oscuras, de entre las cuales surgían los terribles aullidos de aquellos lobos de los pieles blancas.

Chicotenga tomó una decisión. Aunque era inmoral, tendrían que abandonar el cadáver de Acolmiztli. No sabía lo rápido que podían correr los animales de guerra de los pieles blancas, pero los tlaxcaltecas, incluso heridos, eran los corredores más veloces del mundo, y el viento alejaría su olor de las bestias en lugar de empujarlo hacia ellas.

Dio la orden, dejó de combatir e inclinó la cabeza ante su oponente.

—Esto no se ha terminado, piel blanca —le dijo—. Volveremos a vernos. —Y echó a correr. Volvió la cabeza, vio el pelo dorado del hombre que brillaba a la luz de la luna y lo oyó gritar en su lengua extranjera. No entendió lo que decía, pero su tono de burla era inconfundible, y a Chicotenga le ardieron las mejillas de vergüenza.

13

Miércoles, 28 de abril de 1519

Después del intento de secuestro de Pepillo, que Alvarado (y *Melchor*) habían frustrado de manera tan espectacular, muchos españoles quisieron atacar la ciudad de Cuetlaxtlán esa misma noche, matar al gobernador Pitxatzin y acabar con la gran guarnición mexica allí acuartelada.

Qué bien para Pitxatzin, se dijo Malinali, que Alvarado hubiera matado a uno de los secuestradores, cuyos taparrabos, peinados y tatuajes no dejaban lugar a duda, como ella misma podía asegurar, de que era un guerrero tlaxcalteca, enemigo jurado de los mexicas. Resultaba por tanto impensable que los mexicas fueran responsables de los actos del guerrero tlaxcalteca y, al final, cuando ella le hubo explicado esto a Cortés por boca de Aguilar, se impuso la sensatez. No es que a ella le importara mucho que los españoles cayeran sobre los mexicas de Cuetlaxtlán, aunque, en definitiva, ella iba detrás de Tenochtitlán y de Moctezuma, no de una ciudad de provincias y de su pobre y acosado gobernador.

No tardaron en abandonar la persecución de la pequeña partida de guerreros tlaxcaltecas. De alguna manera habían escapado al abrigo de la oscuridad, incluso se habían zafado de los sabuesos de Vendabal, y ya debían de estar de camino hacia

su fortaleza en las montañas. Para empezar, no estaba claro por qué los habían atacado, pero Malinali sospechaba que tenía que ver con la estrecha cooperación que parecían mantener los españoles y los mexicas. Los dos mil trabajadores totonacas, metidos en cintura por supervisores mexicas y muy ocupados con la construcción de la ciudad de madera en las dunas, los equipos de porteadores que traían alimentos y otros suministros desde Cuetlaxtlán, las mujeres enviadas como esclavas sexuales, incluso las frecuentes visitas del propio Pitxatzin al campamento, todo tenía que resultarles muy significativo.

Quizá los tlaxcaltecas hubieran oído los rumores que corrían por la zona acerca del retorno de Quetzalcóatl, pero nada de lo que pudieran haber visto los habría convencido de que los españoles estaban allí para derrocar la tiranía mexica. Al contrario. Presenciando toda aquella actividad, solo podían haber llegado a una conclusión: que los extranjeros no eran dioses sino hombres poderosos y que los mexicas estaban forjando una sólida alianza con ellos que, tarde o temprano, se volvería en contra de Tlaxcala.

Incluso viendo con sus propios ojos la verdad, Malinali no podía ignorar por completo el sorprendente parecido de Cortés, con su llamativa piel pálida y su hermoso rostro con barba, con Quetzalcóatl y el cumplimiento de la profecía de su regreso.

No se trataba solo de una cuestión de apariencia, ni de que él y sus compañeros hubieran llegado en grandes naves que avanzaban sin remos en el año de Ce Ácatl, ni de ninguna de las demás misteriosas coincidencias. Fuera por pura casualidad o por obra de algún designio sobrenatural, Cortés compartía también quizá la más importante y más distintiva característica legendaria de Quetzalcóatl. Malinali apenas empezaba a entender la fe cristiana que el Caudillo profesaba, su reverencia por el dios-hombre torturado que representaban clavado en una cruz y los sermones frecuentes que, traducidos por Aguilar, le dedicaba a ella. Una cosa estaba clara, sin embargo: que aborrecía los sacrificios humanos de los mayas, los totonacas y especialmente de los mexicas, para quienes, como ella misma le había contado, se habían convertido en una obsesión nacional y pasaban a decenas de miles de personas por el cuchillo cada año.

Ahora, dos días después del intento de secuestro de Pepillo, Malinali estaba sentada con Cortés en su recién

construido pabellón de madera, techado con fina tela proporcionada por Pitxatzin. El Caudillo escuchaba absorto y horrorizado, haciendo de vez en cuando algún comentario para calificar los hechos de «repugnantes», «viles» y «abominables», mientras Malinali le contaba cómo había escapado por los pelos del altar sacrificial en Tenochtitlán aquella terrible noche de hacía unos meses, en que les habían arrancado el corazón del pecho a dos mil mujeres. El interior del pabellón olía a madera de pino, refrescado por la brisa suave de la mañana que soplaba desde el océano y agitaba el dosel bajo el que se encontraban, mientras Malinali recordaba aquellas horas de horror, olía de nuevo el espantoso río de sangre que bajaba por los escalones de la pirámide y le parecía oír el redoble del tambor de piel de serpiente y el ulular de la caracola. Hablando despacio, dándole tiempo a Aguilar para que la entendiera bien en maya y tradujera sus palabras al castellano, y escuchándolo atentamente mientras lo hacía, para aumentar su cada vez más rico vocabulario de aquella extrañamente suave y cadenciosa lengua que hablaban los españoles, explicó cómo la habían encerrado en la jaula de engorde con su amiga Tozi, cómo ambas habían subido los escalones con las demás y cómo, en el último momento, las habían liberado gracias a la intervención de Huitzilopochtli, el Colibrí, el dios al que se ofrecían los sacrificios.

Ya entendía lo bastante bien la lengua castellana para darse cuenta de que Aguilar se mostraba despectivo con ella mientras traducía para Cortés, sugiriendo de hecho que se inventaba aquella historia. La ira se apoderó de ella.

—¡No! ¡No invento! ¡Verdad! ¡Todo verdad! —exclamó en castellano.

El destello de una sonrisa iluminó el rostro de Cortés, que le dijo algo a Aguilar acerca de que era una «mujer inteligente, muy inteligente», aunque Malinali no fue capaz de entender el resto. Luego le planteó directamente una pregunta a ella y esperó para ver si lo había entendido, cosa que no logró. Al final, Aguilar se la tradujo.

—¿Puedes explicar por qué ese malvado Colibrí a quien los mexicas rinden culto pudo querer liberaros?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Quién entiende a los dioses y los demonios? —Se le ocurrió una idea que le pareció que convencería a

Cortés, así que, mirándolo a los ojos, dijo—: Creo que tal vez fuera porque tu dios, el dios de los cristianos, es más poderoso que el Colibrí. Creo que hizo que Moctezuma nos soltase para que pudiéramos ayudarte a derrotarlo.

Cortés admitió que aquello era de hecho posible, porque Malinali ya lo había ayudado mucho describiéndole durante días la inmensa riqueza de los mexicas y sus casas del tesoro, llenas de oro, plata y joyas. Con semejantes descripciones y sus relatos sobre esa religión vil y diabólica, y sobre la adicción a los abominables sacrificios humanos, que Cortés como cristiano debía suprimir, Malinali había conseguido que estuviera más decidido que nunca a visitarlos. Por añadidura, había aprendido mucho gracias a ella acerca del tamaño, las armas y la disposición de los ejércitos mexicas, y ahora era consciente de que tenía que proceder con cautela y contundencia. En todo aquello, dijo, podía ver la mano de Dios y de la divina providencia.

Llegados a ese punto, Aguilar, que a Malinali ya no le gustaba porque con sus celos la había mantenido innecesariamente apartada de Cortés durante mucho tiempo, objetó primero en castellano y luego en maya para que ella lo entendiera, que la presencia de Malinali en Potonchán en el momento de la llegada de los españoles parecía más una pura coincidencia que un plan dirigido por una divinidad. También quería saber por qué consideraba importante a esa supuesta «amiga» que ni siquiera estaba allí.

Siguió una larga conversación entre los dos españoles, durante la cual el Caudillo se expresó con aquella cadencia melodiosa que Malinali había notado que usaba para los sermones.

—¿Hablo ahora? —le preguntó en castellano cuando le pareció que él había terminado de hablar.

Cortés, con otra de aquellas sonrisas que a ella tanto le gustaban, le indicó por gestos que prosiguiera.

Volviendo a hablar en maya, se dirigió entonces a Aguilar.

—Esto es importante —le dijo—. Por favor, intenta traducir con cuidado y exactitud lo que digo, porque tu idea acerca de una casualidad es errónea y os diré por qué tú y el Caudillo necesitáis saber que lo es.

Aguilar la miró con el mismo desagrado que ella sentía por él. Debía su posición a que era, o había sido, el principal

intérprete de Cortés y, ahora que habían salido de las tierras mayas y se habían adentrado en territorio gobernado por los mexicas, cuya lengua y cuya cultura desconocía, temía no tener ya un papel.

Pues bien, ¡estaba en lo cierto! Malinali había tenido siempre oído para los idiomas y ya sabía más castellano de lo que él creía. Sin embargo, de momento todavía lo necesitaba, así que le dijo lo que tenía que decir en maya y escuchó con mucha atención su traducción al castellano, no solo para adquirir vocabulario sino también para asegurarse de que no engañara al Caudillo.

—Hay algo que ni tú, Aguilar, ni mi señor Cortés sabéis, y se refiere a un dios al que los mexicas temen y respetan casi tanto como al demonio Colibrí. Os hablaré de este dios, que se llama Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, no solo porque lo que tengo que decir de él demuestra que lo que me trajo aquí no fue una coincidencia, sino también porque, armados con ese conocimiento, los españoles tendréis más fácil aplastar a los grandes ejércitos de los mexicas, destruir sus poderosas ciudades, quedaros con sus riquezas y terminar para siempre con su reinado cruel y malvado en estas tierras.

Luego les contó toda la historia de Quetzalcóatl y su manifestación humana, tan parecida a los españoles, en forma de hombre con barba, de piel pálida, que detestaba los sacrificios humanos. Les habló de la antigua profecía acerca de que el dios y sus compañeros volverían aquel mismo año en grandes naves procedentes del este y que avanzaban sin remos. Por último les habló de la promesa que se decía que había hecho Quetzalcóatl de acabar con el malvado y sanguinario culto al Colibrí y reemplazarlo por una religión de paz y amor como la fe cristiana, de la que Cortés le había hablado tantas veces.

Cuando Aguilar hubo traducido todo esto al castellano, el Caudillo se inclinó hacia delante en la silla, mesándose la barba con la mano izquierda, y los dos españoles conversaron otra vez animadamente varios minutos. Luego Cortés hizo que Aguilar le explicara a Malinali en maya que, en su opinión, era posible que un santo llamado Tomás hubiera visitado aquellas tierras muchos años antes para predicar la fe cristiana y que fueran su recuerdo y la promesa que sin duda había hecho de volver lo que recogía la historia de Quetzalcóatl. Entonces invitó a

Malinali a continuar. Ella dijo que, fuera o no Quetzalcóatl ese santo Tomás, todos los mexicas creían en la profecía de su vuelta, sobre todo el Gran Orador, a quien aterrorizaba lo que podía representar para él. Describió cómo la llamaron al palacio de Tenochtitlán hacía un año para traducir, cuando le habían entregado a Moctezuma un mensaje de los mayas chontales concerniente a la primera visita a aquellas tierras de unos extranjeros de piel blanca y barba. No eran tantos como Cortés y sus hombres, pero, sin embargo, habían derrotado a un ejército maya diez mil veces más fuerte.

Cortés se palmeó el muslo cuando Aguilar se lo tradujo y dijo algo en castellano acerca de un capitán llamado Hernández de Córdoba.

Después de aquello, prosiguió Malinali, había asaltado a Moctezuma el terrible presentimiento de que aquellos extranjeros que habían llegado a finales del año 13-Conejo del calendario mexica, lo habían hecho para anunciar el retorno de Quetzalcóatl, a quien se esperaba según la antiquísima profecía para el presente año, el año de Ce Ácatl. Loco de miedo de estar a punto de perder su trono, Moctezuma había empezado un nuevo ciclo de sacrificios con la intención de fortalecer al Colibrí mediante los corazones y la sangre humanos y, así, ganarse el apoyo del dios de la guerra para devolver a Quetzalcóatl y sus compañeros al mar.

Malinali repitió que ella y su amiga Tozi habrían sido sacrificadas por esa causa, de no ser por la misteriosa intervención del propio Colibrí, seguramente forzada por el único y verdadero dios de los cristianos.

Cuando las habían soltado del altar sacrificial, le contó a Cortés, ella y Tozi habían prometido hacer cuanto estuviera en su mano para que Moctezuma fuera destronado y terminaran los sacrificios humanos. Con ese fin, Tozi se había quedado en Tenochtitlán para hacerle todo el daño posible al Gran Orador, mientras que Malinali había hecho el largo viaje hasta Potonchán, su lugar de nacimiento, para reunirse con Quetzalcóatl en cuanto apareciera y ayudarlo entonces a recuperar su reino.

—No creo que seas Quetzalcóatl —le dijo a Cortés—, ni creo que seas un dios, pero es muy raro que tengas el aspecto que tienes y que hayas venido del este en el año de Ce Ácatl. Me parece que ahora entiendes que Aguilar se equivoca al creer que

fue por casualidad que llegué a Potonchán en el preciso momento de tu llegada.

Después de oír todo aquello, había una extraña luz en los ojos de Cortés. Su voz volvía a tener aquella melodiosa cadencia y, como hacía a menudo, le pidió a Aguilar que tradujera al maya un versículo de los textos sagrados de su religión. Este decía: «Tú eres el Dios que hace maravillas; hiciste notoria en los pueblos tu fortaleza.»

—¿Qué significa? —preguntó Malinali.

—Significa —le explicó Aguilar— que Dios obra de maneras misteriosas para realizar sus maravillas. El Caudillo es de la opinión, que yo no comparto, de que el Señor de todas las cosas creadas ha optado por obrar a través de ti y a través de esa profecía acerca de Quetzalcóatl para fortalecer nuestro brazo y ponernos en la senda de la victoria.

Cortés tomó de nuevo la palabra. A Malinali le pareció que sus ojos la quemaban.

—El Caudillo pregunta cómo te parece que puede sacar más ventaja de la profecía —tradujo Aguilar—. ¿Debe hacerse pasar por Quetzalcóatl? Dice que encuentra la idea repugnante y contraria a la fe cristiana.

—No hace falta que finjas ser nadie —repuso Malinali. Le devolvió la mirada a Cortés mientras hablaba—. No serviría a tus intereses afirmar algo que al final se demostrara que es falso. Te aconsejo que siempre digas la verdad sobre quién eres, como me la has dicho a mí. Así que, cuando te lo pregunten, di que no eres más que un hombre, un español, de una tierra que está al otro lado de los mares, y que sirves al gran emperador que gobierna esa tierra y muchas otras. Tienes que saber que, aunque digas eso, los mexicas creen que sus dioses son embusteros, engañosos, deshonestos, grandes amantes de máscaras y disfraces, que les gusta fingir no ser lo que son. Digas lo que digas, sus imaginaciones convencerán a muchos, sobre todo al estúpido y cobarde Moctezuma, de que eres un verdadero dios. Tienes naves, armas, acero, caballos, perros de guerra. Todas esas cosas les parecerán maravillas. Así que di que eres un hombre pero compórtate como un dios. Ese es mi consejo.

—¿Lo ves? —le dijo Cortés a Aguilar en tono triunfal—. ¡Ya te había dicho yo que era inteligente!

Hacía varios minutos que oían un clamor de gritos en el

campamento, cuya intensidad aumentó de repente. Cuando Cortés se levantó de la silla para ir a ver qué pasaba, Alvarado apareció en la puerta.

—Tenemos visita —dijo sonriente—. Hay toda una delegación de notables mexicas con túnica y plumas en la puerta principal. ¿Qué hacemos con ellos?

Malinali lo entendió y se volvió hacia Aguilar.

—Que esperen —le dijo en maya—. Díselo al Caudillo. Déjame ver primero quiénes son y luego os aconsejaré.

Con Malinali a su derecha, Aguilar a su izquierda y sus capitanes detrás, muchos con armadura completa, Cortés se sentó de cara a la playa en la duna más alta, bajo un tendal más grande que el que había usado unos días antes para reunirse con Pitxatzin. La tela fina se la había proporcionado el gobernador de Cuetlaxtlán junto con otros regalos útiles que había entregado en el campamento español desde aquella reunión, y los postes de pino que la sostenían los había levantado a toda velocidad, especialmente para la ocasión, una cuadrilla de obreros totonacas. Los doscientos soldados más aptos y fuertes del ejército de Cortés se dispusieron en derredor, armados hasta los dientes con espadas, lanzas y hachas de guerra, escudos, ballestas y arcabuces.

Los demás preparativos, todos orquestados por consejo de Malinali, estaban en marcha en el campamento entero. Ella había predicho que los delegados mexicas ya habrían oído hablar a Pitxatzin de los caballos, que pedirían verlos y se asustarían fácilmente con ellos. Para este fin, habían atado una yegua en celo durante una hora cerca del tendal que ahora se llevaban de allí. Cuando la reunión hubiera empezado, el plan era traer a *Bucéfalo*, el semental de Alvarado, y dejarlo en el mismo sitio en que esa había estado. Podían confiar en que el olor persistente de la yegua en el suelo bastaría para embravecerlo. Mientras el resto de la caballería se preparaba para una gran demostración más abajo, en la arena firme de la playa, los ayudantes de Telmo Vendabal ponían la armadura a cincuenta de los perros más feroces, y los tres esclavos taínos de Francisco de Mesa tiraban de las bombardas para colocarlas cerca del tendal, donde las cargarían con balas de cañón de ocho kilos y gran cantidad de pólvora.

Cortés hizo un gesto de asentimiento hacia los delegados mexicas.

—¿Los dejamos acercarse? —le preguntó a Malinali. Había sido idea de ella, una buena idea en opinión de Cortés, hacerlos esperar al sol en una depresión entre las dunas, cercana a las letrinas del campamento, donde había siempre enjambres pestilentes de moscas e insectos que picaban.

La joven achicó los ojos.

—Sí —le comunicó a través de Aguilar—. Déjalos venir.

Ella ya le había señalado la figura alta y delgada de un hombre de edad madura, vestido como un antiguo mago con un gorro cónico y una larga túnica negra bordada de estrellas plateadas. Era el jefe de la delegación. Lo había reconocido por las veces que había estado en la corte de Tenochtitlán, dijo, pero no lo conocía personalmente. Se llamaba Teudile y era el administrador de Moctezuma, el séptimo hombre en importancia de aquellas tierras después del propio Gran Orador.

Pitxatzin avanzó al lado de Teudile, y un grupo de otros cinco nobles mexicas vestidos con túnicas color carmín los rodeaban.

—No son importantes —dijo Malinali—. Ni siquiera Pitxatzin. Solo Teudile importa.

Formaban parte de la delegación cinco artistas equipados con papel, pinturas y pinceles, varias docenas de porteadores que llevaban todo un surtido de cestas y cajas, y una guardia de honor de veinte soldados de aspecto imponente de la casta guerrera *cuahtxic*. Aquellos hombres, explicó Malinali, eran los más formidables y diestros guerreros mexicas. Excepto por el mechón atado con un lazo rojo que llevaban encima de la oreja izquierda, iban con la cabeza afeitada y cubierta de pintura brillante, roja la mitad izquierda y azul la derecha. Vestidos únicamente con taparrabos y sandalias, exhibían unos cuerpos muy musculosos, soberbios, e iban armados con largas espadas de madera que sujetaban con ambas manos, con filo de obsidiana, contra las que los españoles ya habían combatido en sus enfrentamientos con los mayas.

Había además cuatro hombres con exquisitas capas de plumas de colores vivos. Tres de ellos eran viejos arrugados de pelo gris, mientras que el otro era joven y llevaba media cabeza afeitada con una curiosa cresta de pelo en medio. Todos llevaban las uñas de las manos excepcionalmente largas y un sonajero que sacudían de vez en cuando mientras caminaban. Repetían frases rítmicas en voz baja y miraban alrededor con el

ceño fruncido, lanzando miradas hostiles de desconfianza. Aquellas curiosas criaturas, dijo Malinali, eran los hechiceros de la corte de Moctezuma, y los habían enviado allí para lanzarles conjuros malignos y hacer daño a los españoles con sus quehaceres de brujería. Ella parecía creer que en realidad eran capaces de hacer eso, pero Cortés le aseguró que la idea era ridícula.

—Estamos protegidos por Dios Nuestro Señor —le dijo.

Los últimos componentes de la delegación que se estaba acercando por la ladera hacia ellos eran igualmente raros. Dos eran cautivos, con la cabeza gacha y las manos atadas a la espalda. Uno era un chico de catorce o quince años, más o menos de la edad de Pepillo, flaco, con el pecho hundido y un flequillo de basto cabello lacio y negro sobre la frente cubierta de acné. Sollozaba sin parar mientras caminaba; las lágrimas le resbalaban por las mejillas y moqueaba. El otro, que se dirigía al primero con dureza de vez en cuando, como si lo regañara, era mayor, de hombros anchos y fornido, con la melena trenzada y la piel cobriza marcada por cicatrices, algunas antiguas y otras todavía recientes y azuladas en el pecho y los brazos. Llevaba la cara tatuada con líneas en zigzag y volutas, y los lóbulos de las orejas y el labio inferior estirados y dilatados con grandes discos de hueso. Habían untado a los dos prisioneros con algún tipo de pintura blanca. Iban descalzos y con taparrabos que parecían de papel. Cinco hombres de aspecto feroz, con el pelo enmarañado y apelmazado, vestidos con asquerosas túnicas negras, los conducían tirando de las cuerdas que llevaban atadas al cuello.

—¿Quiénes son? —preguntó Cortés.

—Sacerdotes del Colibrí, el dios de la guerra —repuso Malinali.

—¿Y sus prisioneros?

—Totonacas. Los han preparado para el sacrificio. Parece que tienen la intención de ofrecértelos a ti.

—¡Por Dios! —exclamó Cortés—. Aquí no van a sacrificar a nadie.

Teudile era un saco de huesos cetrino, de mejillas marcadas, cuyos ojos hundidos brillaban con una mezcla curiosa de inteligencia, malicia y miedo cuando se sentó delante de

Cortés con las piernas cruzadas sobre una estera en el suelo, flanqueado por Pitxatzin y los demás mexicas. Habló para decir su nombre y enseñó un anillo de oro con una piedra preciosa grabada. Aquello era, por lo visto, el sello de Moctezuma. Malinali tradujo las palabras de Teudile al maya, y Aguilar del maya al castellano.

—Ruego que el dios nos oiga. Su lugarteniente Moctezuma, a cuyo cargo está Tenochtitlán, la ciudad de México, nos manda para rendirte homenaje...

—¿Ya se dirige a mí como si fuera un dios? —preguntó Cortés.

—Da por supuesto que eres Quetzalcóatl —le contestó Malinali a través de Aguilar—. Es el modo de obrar más seguro para él por ahora, pero recuerda lo que te he dicho. Tú no afirmes que lo eres. Di que eres un hombre pero impresiónalo, alimenta sus supersticiones, que siga haciendo suposiciones.

—Dile que aceptamos su homenaje y pregúntale si quiere algo en particular de nosotros —dijo Cortés.

—Deseo saber cosas de este dios —repuso Teudile—, por qué ha venido aquí, adónde va y qué busca.

—Dile que he venido a saludar a su rey Moctezuma y que pretendo ir a la ciudad de Tenochtitlán para hacerlo.

—El señor Moctezuma quedará muy complacido de oír esto —dijo Teudile—. Sin embargo, te pide que retrases tu viaje y lo dejes en paz hasta la hora de su muerte. Después podréis viajar y seréis bienvenido en Tenochtitlán, donde podréis recuperar el reino tal como lo dejasteis hace tanto tiempo. Entretanto, desea que disfrutes después de tu largo viaje. Te manda comida y fruta de esta su tierra natal para que te recuperes.

Teudile hizo entonces señas a varios porteadores, que se descolgaron de la espalda las grandes cestas ribeteadas de madera y las pusieron sobre las alfombras que habían desplegado en la arena, bajo el entoldado. Las cestas estaban llenas de paquetes de tela, de los cuales surgía el rico aroma de las carnes cocidas; cuando los abrieron cuidadosamente, quedó al descubierto un suntuoso banquete.

Mirándolo, con Alvarado y los otros capitanes haciendo lo mismo por encima de sus hombros, Cortés pensó fundamentalmente en dos cosas. Primera: ¿estaba envenenada la comida? Segunda: si bien el pan, los huevos, la verdura, las

guayabas, los aguacates y las peras eran obviamente inofensivos, ¿no podría haber carne humana entre las muchas diferentes carnes cocidas e imposibles de reconocer que le ofrecían? Las sabrosas salsas podían ocultar multitud de pecados.

—Pídele que describa los platos —le dijo Cortés a Malinali.

Con cierto orgullo y aparente deleite, tomándose su tiempo para explicar cómo habían sido cocinados y las salsas que los acompañaban, Teudile fue indicando platos de perdiz, pavo, pato y otras aves, varias clases de pescado y también pecarí, huemul, monos, liebres y perros.

—¿Aquí hay perros? —preguntó sorprendido Cortés, un poco preocupado, porque a los mayas, para ventaja de los españoles, los habían aterrorizado los sabuesos de guerra, al parecer porque no entendían qué clase de criaturas eran.

Malinali explicó que eso era porque los perros de los conquistadores eran mucho más grandes y tenían un aspecto muy distinto. Los animales que los mexicas llamaban *itzcuintli*, y que también conocían los mayas, eran pequeños, sin pelo, no ladraban y los criaban casi exclusivamente para la cocina, aunque a algunos los tenían como mascotas. Sin embargo, ella había tenido ocasión de estudiar los perros españoles durante las pasadas semanas y había confirmado que de hecho pertenecían a la misma tribu que los *itzcuintli*.

—Su carne es buena —dijo—. Pruébala. Te gustará.

Cortés asintió. No tenía ningún inconveniente en comer perro.

—Pregúntale si hay carne o sangre humana en alguno de estos platos —pidió—. Interrógalo a fondo. Asegúrate de que dice la verdad.

En cuanto le formuló la pregunta, Teudile se levantó con cara de preocupación.

—Lo siento, pero no, *tuele* —dijo. Cortés entendió el término mexica «dios»—. Pero estamos dispuestos a servirte. —Mientras lo decía, sacó un cuchillito de un bolsillo de la túnica y se hizo un corte en el lóbulo de la oreja izquierda.

—¡Voto a Dios! —exclamó Cortés—. ¿Qué hace?

—Cree que estás enfadado porque no te han traído carne humana —dijo Malinali—, así que te ofrece un poco de la suya.

Uno de los sacerdotes de túnica negra se adelantó con una

copa de plata que colocó bajo la oreja de Teudile para recoger la sangre que manaba del lóbulo. Luego se acercó a Cortés e intentó presionar la copa llena contra sus labios, pero este la apartó enfadado y le dio al sacerdote varios golpes en las nalgas con la espada. El hombre saltó y gritó de dolor. Expulsado a patadas del entoldado, el sacerdote se refugió al sol, detrás de la escolta de guerreros *cuahtxics* formados en dos filas de diez, mientras fruncía el ceño y hacía muecas a los españoles.

A Cortés se le ocurrió una idea y se volvió furioso hacia Teudile.

—Dile esto —le ordenó a Malinali a través de Aguilar—. Dile que no me gustan los sacrificios humanos y que no los permitiré. —Indicó a los dos cautivos totonacas que permanecían de pie, rodeados por los otros cuatro sacerdotes cerca del entoldado—. Dile que libere a esos hombres. Es mi deseo. Yo lo ordeno. Dile que debe hacerlo ahora mismo.

—Pero, señor —objetó Teudile—, tu lugarteniente Moctezuma ordenó que los sacrificaran para ti y que preparáramos su carne para ti mientras estuviera fresca y que te la ofreciéramos para comer.

—¡Lo que me propones es una abominación! —gritó Cortés—. ¿Me has oído? Es abominable. Suelta a esos hombres inmediatamente. —Se acercó a Alvarado, que lo observaba todo divertido—. Ha llegado el momento de traer a *Bucéfalo* —le dijo guiñándole un ojo—. Id a buscarlo.

Al cabo de un momento, mientras Malinali seguía enzarzada en lo que parecía una acalorada discusión con Teudile, oyeron fuertes relinchos cuando el palafrenero de Alvarado subió con *Bucéfalo* la cuesta y ató al voluminoso animal cerca del entoldado, allí donde poco antes había estado la yegua.

El semental, con su armadura completa de acero reluciente, se puso a piafar y bufar amenazadoramente. Por dos veces se encabritó, golpeando el aire con los cascos, para consternación de los mexicas. Los formidables *cuahtxics*, que estaban cerca de él, retrocedieron horrorizados, y Teudile se lo quedó mirando desde debajo del entoldado, con la cara pálida y los ojos desorbitados. Solo los artistas tuvieron el valor de no dejar de dibujar y pintar ni siquiera cuando, en medio de todo aquello, apareció Telmo Vendabal con cinco de sus loberos más grandes, también ataviados con armadura. Cuando olieron a los

delegados mexicas, se pusieron a gruñir y ladrar y a tirar de la correa intentando acercarse a ellos.

—Como ves —le dijo Cortés a Teudile—, nuestros animales de guerra están enfadados contigo por culpa de los sacrificios. ¿Ahora vas a obedecerme y soltar a tus dos prisioneros?

—No es lo que mi señor el Gran Orador desea —insistió Teudile con tozudez.

—Pero es lo que deseo yo —dijo Cortés—, y ¿no te ordenó mi lugarteniente Moctezuma que me complacieras?

Teudile ladró una orden a los sacerdotes. Cortaron las ataduras de los prisioneros y estos corrieron por el campamento.

—Bien —dijo Cortés—. Estamos progresando.

—¿Comerás los otros platos que te han preparado? —le preguntó Malinali.

—¿Crees que debería?

—Sí. Te lo aconsejo. Seguramente es alguna clase de prueba. Si eres Quetzalcóatl que ha vuelto, esperarán que disfrutes con la comida de tu tierra natal. —Muy bien. Comeremos —dijo Cortés—. Pero temo que esté envenenada. Diles que, si comemos, ellos tienen que comer de los mismos platos.

Malinali sonrió.

—La comida no estará envenenada —dijo.

—Aun así, que coman con nosotros.

Tras una pausa durante la cual esperaron a que Teudile y Pitxatzin probaran todos los platos, Cortés convenció a sus capitanes de que se unieran al banquete. No tardó en haber buena atmósfera y ambas partes charlaron un poco de cosas nimias. Resultó que la comida era excelente y lo último que les sirvieron, calabazas llenas de una bebida oscura que llamaban *xocolatl*, obtuvo los mayores elogios de los españoles.

—El embajador se disculpa —dijo Malinali a Cortés cuando retiraron los platos—. Dice que dudaba de las antiguas tradiciones acerca de Quetzalcóatl y su odio por los sacrificios humanos, pero que ahora sabe que era cierta hasta la última palabra.

Mientras la joven hablaba, Teudile había indicado a unos porteadores que se adelantaran y estos dejaron tres cestas grandes delante de Cortés.

—Son regalos para ti —le explicó Malinali después de que

Teudile hablara—. Los manda el propio Moctezuma. Desea que escojas el que más te guste y que entregues el resto a los dioses que han venido contigo.

Las cestas estaban llenas hasta arriba de tela doblada y cosas fabricadas con plumas. Encima del montón de la primera había un yelmo cónico de oro, que atrajo poderosamente la atención de Cortés. Encima de la segunda, un elaborado tocado adornado con plumas verdes. Encima de la tercera, una máscara en forma de cabeza de serpiente, un pectoral tejido con un pequeño disco de oro en el centro y aretes con colgantes de oro.

—Escoge la cesta de la máscara de serpiente —le aconsejó Malinali a través de Aguilar.

—Prefiero el yelmo —dijo Cortés—. Tiene más oro.

—El impacto será más fuerte si escoges la cesta de la máscara de serpiente. Es la que contiene las galas de Quetzalcóatl.

Cortés escogió siguiendo el consejo de Malinali, y Teudile, que parecía bastante impresionado, insistió en ponerle la vestimenta de la cesta. Cortés accedió a ello, examinando las piezas a medida que se las ponían. Para su decepción, había poco oro.

—¿Es todo lo que tiene para mí? —preguntó, quitándose la máscara de serpiente y dejándola—. ¿Es este su regalo de bienvenida? ¿Así es como el gran Moctezuma recibe a sus visitantes?

Teudile dio órdenes a sus subordinados, que dejaron muchas más cestas de regalos sobre las alfombras del entoldado.

—Por fin llegamos a alguna parte —dijo entusiasmado Alvarado, abriendo una tras otra las cestas—. ¡Dios mío! ¡Esto es el rescate de un rey! —Encantado, cogió un plato de oro macizo y se colgó un pectoral de oro. Entretanto, Puertocarrero había cogido un par de copas de oro en forma de águila con las alas extendidas y las estudiaba con avidez. Cortés se dio cuenta de que Juan Escudero, el velazquista más fanático, lo sopesaba todo, sin duda calculando el valor de aquel tesoro para informar a su maestro Diego de Velázquez tan pronto como volviera a Cuba. Había collares de oro que valían miles de pesos, pendientes de oro, incluso sandalias de oro. Había montones de piedras preciosas. Había hermosas estatuillas de pájaros y bestias y extrañas criaturas míticas, todas de oro y plata, algunas con los ojos de esmeraldas. Había también montones de

telas y curiosas piezas de plumas de colores vivos, algunas en forma de escudo, otras en forma de capa y de sombrero. A estas últimas no les hicieron caso; fue alrededor de los objetos de oro que los españoles se apiñaron ansiosos.

Teudile observaba con los ojos brillantes.

—Veo que a los *tueles* os gusta mucho el oro —dijo.

—Nos hace falta —repuso Cortés francamente. Luego recordó su conversación con el salvaje jefe maya Muluc a orillas del río, en Potonchán, y añadió con cara seria—: Muchos de nosotros padecemos una enfermedad del corazón que solo el oro puede curar... Dime, ¿qué reservas de este metal tenéis en vuestro país? ¿Tenéis minas o traéis el oro de otras partes para trabajarlo?

—Nuestra tierra es rica en oro —dijo Teudile con orgullo —. Lo encontramos en los ríos. Lo encontramos bajo la tierra.

«¡Estúpido! —pensó Cortés—. Yo en tu lugar no habría dado esa información.»

Sin embargo, el embajador ya le estaba prestando atención a otra cosa. Había visto a Bernal Díaz que, con la herida de la pierna que le habían infligido en Potonchán ya curada, llevaba, como solía, un golpeado y medio herrumbrado morrión.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Cortés. Llamó por señas a Díaz—. ¿Os importa si su excelencia le echa un vistazo a vuestro yelmo, Bernal? Por lo visto se ha encaprichado con él.

—Adelante —convino Díaz con su cara grande y honesta iluminada por una sonrisa, pasándole el morrión—. Me encantaría cambiárselo por uno de oro de los suyos.

Teudile, Pitxatzin y el resto de los delegados mexicas examinaron el yelmo, dándole vueltas, exponiéndolo a la luz y mirando su interior.

—Se parece muchísimo a un yelmo que nos dejaron vuestros antepasados —dijo finalmente Teudile—. Lo guardamos en el templo del Colibrí, nuestro dios de la guerra. ¿Puedo llevarme este cuando vuelva a Tenochtitlán? Estoy seguro de que mi señor Moctezuma querrá verlo.

—¿Tenéis algún inconveniente, Bernal? —preguntó Cortés.

Otra vez la sonrisa de granjero de Díaz.

—Decidle que me lo devuelva lleno de oro —repuso.

«Buena idea —pensó Cortés—. Así podré determinar si realmente tienen minas o si solo alardean.»

—Verás, Teudile —le dijo—. Siento curiosidad por saber si el oro de tu país es el mismo que el que encontramos en nuestros ríos y nuestras minas. Como tú, sirvo a un gran señor que gobierna muchas tierras, así que, ¿puedo sugerirte que cuando hayas enseñado el yelmo a tu emperador nos lo devuelvas lleno de pepitas de oro como regalo para el mío?

—Así se hará —dijo receloso Teudile—. Pero, si eres un dios, ¿por qué sirves a un gran señor?

—No soy un dios —dijo muy serio Cortés—. Soy un hombre igual que tú.

—Mi señor Moctezuma dice que eres Quetzalcóatl que ha venido para reclamar su reino...

—¡Te aseguro que tal cosa no es cierta! Me llamo don Hernando Cortés. Sirvo a un gran emperador de allende los mares que reina en mi país, llamado España. Tanto mi emperador como yo veneramos al único Dios que hay en el cielo y gobierna en la tierra, cuyo hijo es Jesucristo, y aparte del cual no hay ningún otro.

Teudile lo miraba desconcertado.

—Dime, entonces, dios u hombre o lo que seas, ¿por qué has venido a nuestra tierra? ¿Qué quieres de nosotros?

Cortés dijo que estaba allí porque su religión, el cristianismo, era la única fe verdadera y que era su deber como cristiano dársela a conocer a otros pueblos del mundo. En particular, debía enseñar a los que vivían en la ignorancia de Cristo a abandonar sus falsos dioses, como aquel Colibrí a quien adoraban los mexicas, que en realidad no era un dios sino un demonio, enviado para engañar a la humanidad y condenar las almas de sus seguidores a arder en el infierno por toda la eternidad.

A Teudile se le ensombreció el rostro cuando Malinali le tradujo todo eso al náhuatl. Luego preguntó otra vez por qué Cortés había escogido viajar a las tierras de los mexicas en lugar de a otras. Eso, mintió Cortés, era a causa del emperador al que servía, don Carlos, el mayor señor de la tierra, que tenía muchos grandes príncipes vasallos y sirvientes.

—Incluso al otro lado del océano han llegado rumores a mi señor acerca de tu tierra y tu emperador, y por eso me envía para conocer al gran Moctezuma y establecer una amistad con él y llevarle la fe cristiana y contarle muchas cosas que le encantarán cuando las sepa y entienda.

Con este fin, añadió Cortés, tenía intención de viajar hasta el lugar donde estaba Moctezuma para reunirse con él lo antes posible.

—Acabas de llegar —farfulló Teudile, con cara de asombro —. Admites que eres un hombre y no un dios, ¿y todavía deseas hablar con nuestro emperador?

—Eso deseo y esa es mi intención —dijo Cortés.

—Aunque fueras un dios, esa reunión no se celebraría —repuso Teudile—. Nuestro Gran Orador no es menos monarca que ese don Carlos tuyo, y es asimismo un poderoso señor a quien sirven señores menores. No obstante, iré a enterarme de lo que le complacería en este caso y volveré con una respuesta. Mientras —indicó los regalos que los españoles seguían examinando con avidez—, te pido que disfrutes de estos presentes, que te han sido entregados en nombre de Moctezuma.

Cortés se frotó las manos.

—Embajador Teudile —dijo—, me alegro de que nos entendamos tan bien. Y a cambio de los regalos que nos has traído, también tenemos presentes para ti. —Se volvió hacia una caja que habían colocado antes al lado de su silla y sacó de ella unas cuentas de cristal de colores que, con mucha ceremonia, le ofreció—. Por favor, enviadlas a vuestras ciudades y animad a sus habitantes para que comercien con nosotros, porque tenemos muchas más cuentas bonitas que nos gustaría intercambiar por oro.

Teudile, hierático, le dio las gracias y pasó las cuentas a un criado. Entonces Cortés indicó a dos de sus soldados que trajeran más cuentas de vidrio, collares y pulseras, perlas, una capa de seda, espejos, tijeras, cinturones, correas, camisas, pañuelos, un sillón con adornos de marquetería parecido al suyo y un gorro carmesí con una medalla de oro acuñada con la imagen de san Jorge a caballo matando al dragón.

Eran, le dijo, regalos para el gran Moctezuma, e iba a gustarle que Moctezuma se sentara en el sillón y se pusiera el gorro carmesí cuando él fuera a visitarlo.

—En los templos donde guardáis los ídolos que consideráis vuestros dioses —añadió—, deseo que pongáis la cruz de Cristo y una imagen de Nuestra Señora con su precioso hijo en brazos. Si lo hacéis, tendréis prosperidad.

Teudile se horrorizó.

—Eso es imposible —repuso, categórico.

—Aun así, ten la amabilidad de transmitir mis deseos a tu señor Moctezuma. Estoy seguro de que accederá y, cuando lo haga, lo dispondré todo para que estos objetos sagrados le sean enviados o se los llevaré personalmente. —Cambió repentinamente de tema—. Ahora háblame, por favor, embajador Teudile, del gran Moctezuma. ¿Qué clase de hombre es? ¿Es joven, maduro o viejo? ¿Es un hombre anciano, con el pelo blanco? Y, si lo es, ¿sigue siendo capaz o está incapacitado y enfermo? Por favor, descríbeme su aspecto para que tenga una idea de cómo es cuando me encuentre con él, lo que con toda seguridad sucederá.

Cuando Malinali le planteó aquellas preguntas en náhuatl, Cortés se dio cuenta de que todos los delegados mexicas prestaban mucha atención y que los cuatro hechiceros hacían curiosos signos con las manos y murmuraban ferozmente entre dientes.

—Nuestro Gran Orador es un hombre maduro en la flor de la vida —respondió por fin Teudile—. No es grueso sino esbelto, y va erguido. Es vigoroso y fuerte en el combate. Ha llevado a nuestros ejércitos a muchas victorias sobre nuestros enemigos... —Tras una pausa, añadió—: Hemos oído que vosotros, los *tueles* o españoles, o como os refiráis a vosotros mismos, sois también poderosos guerreros. Nos han contado que derrotasteis a un gran ejército de mayas chontales en Potonchán. ¿Es eso cierto?

—Lo es —admitió Cortés.

Teudile miraba a *Bucéfalo*, que, ya más tranquilo, seguía atado al lado del pabellón.

—Hemos oído que vuestros animales tuvieron un papel decisivo en vuestra victoria —dijo.

Cortés pensó que jamás había visto a un hombre más ávido de sacarle a alguien información militar.

Como había predicho Malinali, el administrador pidió una demostración de la destreza de los caballos y los perros.

—Por supuesto —dijo Cortés—. Nada me complacería más. Dad un momento a mis hombres para que se preparen. —Se volvió hacia Puertocarrero, Ordaz, Olid, Escalante, Morla, Montejo, Dávila y los demás que había escogido para cabalgar aquel día y les dijo tranquilamente—: Ya sabéis lo que hacer.

Los caballos estaban ensillados fuera de la vista, al pie de la siguiente duna y, cuando los caballeros se alejaron rápidamente para montar, Cortés se quedó mirando

afectuosamente a Malinali, tratando de que entendiera lo agradecido que le estaba por su inteligencia en adivinar de antemano las necesidades y deseos de Moctezuma y por haber trazado aquel plan para impresionar e intimidar a su embajador. Desde siempre era de la opinión de que conociendo al enemigo se tenía más de la mitad de la batalla ganada, así que Malinali le estaba haciendo un servicio de inestimable valor al mostrar a los españoles cómo ver más allá del sobrecogedor aspecto de los mexicas y hacer que entendieran los primitivos temores, supersticiones y la ignorancia que impulsaban sus pensamientos y sus actos. Sí, Cortés y sus conquistadores habían entrado en el núcleo del poder de Moctezuma; sí, aquel salvaje emperador sería capaz de mandar contra ellos a centenares de hombres, ¡a millares de hombres incluso!, cuando la guerra estallara, lo que sin duda sucedería, y sí, sus guerreros tendrían muchas ventajas dado que conocían el terreno y disponían de recursos y refuerzos prácticamente ilimitados. Sin embargo, Cortés confiaba en que su colaboración con Malinali para socavar la moral de Moctezuma y debilitarlo mentalmente, antes incluso de que los ejércitos del emperador se congregaran en el campo de batalla, en última instancia, haría suya la victoria.

Era indudable que aquella mujer tenía carisma y se debía, pensó, a algo más que al encanto de una gran y noble belleza. Tenía profundidad y un misterio que lo conmovía e inflamaba su alma. Cuando la joven le devolvió la mirada, sintió otra vez aquella comunión especial que había crecido entre ellos, así como una punzada de rabia porque ella seguía obligada a volver a la cama de Puertocarrero todas las noches después de sus tareas como intérprete. Cortés había querido asegurarse de que el hombre fuera su amigo y un aliado útil e importante, sí, pero ¿en qué pensaba cuando le había entregado tan alegremente aquel tesoro?

Alvarado estaba de pie a su lado. A una señal de Cortés, salió del entoldado sonriendo de oreja a oreja, desató a *Bucéfalo* y montó de un salto. El enorme semental piafó, relinchó, dio dos vueltas y se encabritó levantando una lluvia de arena antes de que Alvarado lo pusiera al galope por las dunas. Con la coraza reluciente y el pelo rubio al viento, parecía de hecho un dios, pensó Cortés; miró la cara de asombro de los delegados mexicas y vio el espantoso miedo que tenían mientras susurraban entre sí.

—¿Qué dicen? —le preguntó a Malinali a través de Aguilar.

—Lo llaman Tonatiuh —explicó ella—. Significa «el sol». Creen que es el dios sol encarnado. Es un gran cumplido.

Alvarado, que había desaparecido, reapareció al cabo de un momento con una lanza. Los demás caballeros, igualmente armados, iban al trote detrás de él. Tenían una estampa imponente, con la armadura que reflejaba el sol mientras bajaban por las dunas, y los centenares de campanitas que Malinali había sugerido que ataran a las bardas de los caballos tintineaban melodiosamente mientras avanzaban hacia la ancha extensión de playa. Formaron un fila y, poniendo las monturas al galope, al grito de «¡Santiago, y a ellos!», cargaron con las lanzas a una velocidad tremenda.

—¿Quieres verlo de más cerca, embajador Teudile? —preguntó Cortés—. A lo mejor podemos caminar un poco y ponernos al sol para ver mejor la exhibición.

Malinali tradujo la proposición y todos los delegados mexicas, junto con los hechiceros, sacerdotes, artistas y los veinte *cuahtxics*, siguieron a Cortés hasta el final de la duna, donde habían colocado las bombardas en los carros apuntando hacia tierra, hacia un bosquecito de pinos que crecían en el suelo arenoso situado a poco más de medio kilómetro.

Los tres pesados cañones estaban cargados y preparados para ser disparados, con sus respectivos artilleros, comandados por Mesa, de pie a su lado con candelas encendidas.

—Vuestros animales de guerra son muy rápidos —comentó Teudile observando la hilera de jinetes.

—Tan rápidos como el viento —dijo Cortés.

De pronto, Teudile se fijó en la flota de grandes carabelas y carracas ancladas en la bahía.[12] Aunque se veían desde el entoldado, era como si solo entonces hubieran atraído su atención. Él y los demás delegados se quedaron mirándolas y hablando entre sí en voz baja.

—¿Qué dicen? —le preguntó Cortés a Malinali.

—Se preguntan si vuestros barcos son vuestros templos —respondió ella, y nuevamente Cortés tuvo la impresión de que con la mirada le comunicaba algo personal y privado—. Les interesan las velas porque Quetzalcóatl es un dios del viento.

A un kilómetro y medio, en la playa, la caballería se dividió con elegancia en dos filas que, efectuando una maniobra

militar clásica, giraron doblando a derecha e izquierda en semicírculo para formar de nuevo una sola hilera y volver a la carga.

Los mexicas apartaron los ojos de los barcos y se quedaron mirando boquiabiertos a los jinetes que galopaban hacia ellos. Los cascos retumbaban en la arena compactada y húmeda, las campanillas tintineaban, las lanzas y armaduras destellaban al sol. Cortés esperó hasta que la tropa hubo pasado y le hizo una señal a Mesa. Inmediatamente, él, Malinali, Aguilar y los otros españoles que había cerca se taparon los oídos. Los indios estaban tan absortos en el espectáculo que no se dieron cuenta de nada hasta que las tres bombardas dispararon a la vez con un estruendo ensordecedor, vomitando fuego por la boca, soltando nubes de humo tóxico mientras las tres pesadas balas silbaban por el aire.

A Cortés, la reacción de los mexicas le pareció cómica. Tuvo que esforzarse para dejar de reírse a carcajadas cuando todos, incluso los *cuahtxics* con la cabeza pintada, se echaron al suelo chillando y gritando de terror, rodando por la arena y gimiendo. Su dura experiencia todavía no había terminado. Teudile trataba de levantarse y recuperar cierta dignidad cuando Cortés hizo otra seña y cincuenta mosqueteros avanzaron, apuntaron hacia unos blancos de madera que habían colocado a treinta pasos de distancia y dispararon por encima de las cabezas de los indios, provocando más gemidos y alaridos de terror. Con un grito desesperado, Teudile se echó otra vez boca abajo en la arena.

Y otra vez Cortés se fijó en que solo los artistas mantuvieron cierto dominio de sí mismos y volvieron rápidamente a sus pinturas y pergaminos para dibujar con todo detalle los cañones, los mosquetes y la caballería al galope.

Durante las siguientes dos horas, con cara de asombro y suspiros de admiración, los indios vieron las dianas astilladas y rotas e inspeccionaron los pinos destrozados y caídos en el bosque bajo el impacto de los cañones. Les dejaron ver otra vez cómo disparaban las bombardas y los mosqueteros les hicieron otra demostración de puntería. Luego trajeron los cincuenta perros a los que Vendabal y sus ayudantes habían puesto la coraza para que desfilaran ante ellos y soltaron a media docena de los más grandes, a los que habían alimentado hasta la saciedad, para evitar que hubiera algún accidente grave entre

los delegados. Caminaron a su alrededor amenazadoramente, olfateándoles los pies y gruñendo. Un mastín tiró al suelo a un sacerdote, le plantó las patas delanteras en el pecho y le enseñó los colmillos babeándole la cara hasta que un ayudante lo apartó con un látigo. Un galgo levantó la pata y orinó en la capa de plumas del hechicero joven.

La última maravilla a la que invitaron a Teudile, Pitxatzin, uno de los delegados con capa carmín, dos sacerdotes y los cuatro magos, fue a ir en falúa a visitar la *Santa María,* que cabeceaba anclada en la bahía. Malinali le había aconsejado que no permitiera subir a bordo a ningún hechicero, pero Cortés la había convencido de que tanto él como sus hombres y sus naves eran invulnerables a los hechizos.

—Que hagan lo que puedan —se había burlado—. No les servirá de nada.

Los mexicas se quedaron mudos de asombro, boquiabiertos, cuando les enseñaron la gran carraca, llevándolos por cubierta y bajo cubierta e incluso al camarote del capitán. Luego, como soplaba una buena brisa, Cortés ordenó a la tripulación poner la nave a toda vela, lo que provocó suspiros y exclamaciones de asombro infantil en los visitantes, que iban con precaución de un lado para otro, y se asomaban a las barandillas para ver las olas espumosas mientras navegaban por la bahía. Al cabo de poco, sin embargo, estaban todos mareados, un problema que Malinali, que había demostrado ser una buena navegante, había dejado de tener desde su segundo día en el mar. Así que se tumbaron en cubierta, gimiendo y sujetándose la tripa, hasta que la pequeña excursión terminó y la *Santa María* echó el ancla. Entonces Cortés trajo dos grandes jarras de un tinto peleón que guardaba bajo llave en su camarote.

—Diles que esta medicina los ayudará —le dijo a Malinali con un guiño.

La joven sirvió copas para los delegados, que al principio bebieron con desconfianza y después con entusiasmo. No tardaron en recuperarse.

—Puesto que hemos tomado vuestra comida —le dijo Cortés a Teudile—, quiero que ahora comáis algo de la nuestra, aunque es muy diferente. —Les ofreció galletas, tocino y carne seca, regados con tanto vino que no tardaron en estar borrachos y ponerse contentos y sentimentales. Pitxatzin los dirigió interpretando varias canciones mexicas de amor para los

españoles, y el hechicero más viejo llegó a besarle las manos a Cortés y a decirle que nunca había disfrutado de una bebida tan buena. Incluso Teudile admitió que la medicina le había alegrado el corazón.

Cuando anocheció, la fatiga se apoderó de los delegados y se les cerraban los párpados. Cortés les ofreció llevarlos de nuevo a tierra, pero Teudile, que se había tendido cuan largo era en la cubierta, rechazó la oferta.

—Dormiremos aquí —dijo con lengua de trapo, y se puso a roncar.

Cortés le sonrió a Malinali.

—Hoy lo has hecho muy bien —le dijo—. Te lo agradezco.

—No ha sido nada —repuso ella en castellano, porque lo había entendido y era capaz de responderle sin ayuda de Aguilar.

—Vos también lo habéis hecho bien, Jerónimo —dijo Cortés a este último, palmeándole el hombro—. Un buen día de trabajo. Sin embargo, creo que la dama y yo podremos ocuparnos de estos compadres hasta mañana. —Indicó con la cabeza a los indios dormidos—. Volved en falúa a la orilla; enviad a recogernos al amanecer.

—¿No me necesitáis aquí? —Aguilar llevaba escrita en la cara la fea envidia que sentía.

—¿Esta noche? No.

—¿Y Puertocarrero? ¿No va a necesitar a su mujer?

—Os estáis metiendo en asuntos que no son de vuestra incumbencia, Jerónimo. Volved a tierra. Nos veremos por la mañana.

14

Jueves, 29 de abril de 1519

Cubierta por el polvo del camino, con los pies doloridos y ofendida, Tozi llegó a Tenochtitlán la tarde del tercer día tras su partida del campamento de Ixtlil. Estaba profundamente herida, porque Huicton no le había permitido acompañarlo en su viaje a Tlaxcala para proseguir las negociaciones con Chicotenga y a continuación hasta la costa para entregar el mensaje de este a Quetzalcóatl.

—Esto es diplomacia y tu presencia no sirve de nada —le había dicho el anciano sin tapujos—. Donde te necesito es de vuelta en Tenochtitlán, invisible, espiando a Moctezuma y manteniéndonos al corriente de sus planes y manejos, no a mi lado a plena vista en las cortes de hombres poderosos.

—Pero puedo ayudarte —protestó ella—. Sé hacer magia. Puedo conseguir que vean las cosas como las vemos nosotros, hacer que Ixtlil esté de acuerdo con nosotros, ¿no?

—Por lo visto, no te das cuenta de lo cerca del desastre que hemos estado con Ixtlil —replicó Huicton muy serio—. Tu actitud temeraria nos ha puesto a los dos en grave peligro. No estoy dispuesto a correr el mismo riesgo con Chicotenga, y mucho menos con ese extranjero acampado en Cuetlaxtlán, que tú insistes en que tiene que ser Quetzalcóatl.

Tozi dio una patada.

—¡Es Quetzalcóatl! Estoy llamada a servirlo.

—Puede que lo sea y puede que lo estés —dijo Huicton—, pero también puede que no. Sea como sea, no te quiero allí.

—No puedes detenerme —dijo Tozi, enfurruñada—. Me volveré invisible. No me verás hasta que quiera mostrarme. — Incluso mientras lo decía se daba cuenta de lo infantil que se sentía y parecía de repente.

Huicton suspiró. Fue el suspiro débil de un hombre muy muy viejo.

—Querida —le dijo—, confío en ti para que hagas lo que sabes hacer, y lo que mejor sabes hacer es espiar, pero confía tú en mí para que haga lo que se me da mejor. Llevo media vida siendo diplomático y negociador. Debo mantener esa reunión con Chicotenga a solas y el primer encuentro con Quetzalcóatl, si lo es realmente... Bueno, también tengo que ir a verlo solo. No te mantendré alejada de él mucho tiempo, lo prometo, pero ahora no es el momento de que te reúnas con él. Además, sé lo que me digo, Tozi, tu lugar está en Tenochtitlán. Observa a Moctezuma. Sigue socavando su confianza y su juicio, trabaja en la destrucción de su mente. Para eso hacen falta tus habilidades.

Pero ahora, tras entrar en la capital mexica por la calzada de Azcapotzalco, recorrer la bulliciosa plaza del mercado de Tlatelolco al sol de última hora de la tarde y acercarse al sagrado recinto situado a la sombra de la gran pirámide, ahora que tenía ante sí las puertas del palacio real, Tozi se dio cuenta de que no era en Moctezuma en quien se centraban sus pensamientos.

¡Una mujer! ¿Qué era aquello? ¿Cómo se atrevía?

Para horror de Tozi, cuando entró protegida por su invisibilidad en el dormitorio de Cuauhtémoc aquella noche, se lo encontró acompañado.

En la habitación iluminada por la luz fluctuante de las antorchas, estaba desnudo con una muchacha llamada Icnoi, de cintura fina, pecho abundante y nalgas generosas. La conocía porque formaba parte del harén de Moctezuma. En la cama del Gran Orador, sin embargo, gracias en buena parte a sus propios esfuerzos, Tozi nunca había visto el efecto que una mujer

madura y dispuesta podía causar en un hombre. Por mucho que Icnoi u otra mujer del harén se esforzara, Moctezuma tenía el *tepulli* siempre blando y delgado como un gusano repugnante. En el caso de Cuauhtémoc, la cosa era distinta. Tenía el *tepulli* largo, grueso y rodeado de venas palpitantes. En aquel momento empujaba vigorosamente, entrando y saliendo de Icnoi, a cuatro patas delante de él como un animal, con los labios del *tepilli* hinchados y brillantes. La penetraba hasta el fondo y se retiraba hasta sacar casi todo el *tepulli*, mientras ella meneaba el trasero a la vez que emitía gruñiditos y jadeos de placer.

Él le agarraba los pechos y se los estrujaba, luego las nalgas y se las separaba, o se echaba hacia atrás hasta oprimirle los talones, o le acariciaba la negra melena que le caía sobre la cara, húmeda de sudor. Era una escena íntima inquietante, repugnante..., aunque Tozi no podía dejar de mirar y notó que se le humedecía la entrepierna mientras observaba, fascinada, durante lo que le parecieron horas.

Por fin, cuando terminaron, se quedaron tendidos, agotados, con las piernas y los brazos entrelazados, suspirando y acariciándose. Después, y fue peor en cierto modo que todo el resto, Cuauhtémoc se puso encima de Icnoi y acercó la boca a la suya y se besaron, una y otra vez, moviendo la lengua, sorbiendo y chupando e intercambiando saliva.

«Horrible —pensó Tozi—. ¡Verdaderamente espantoso!» No se lo podía creer. ¡Cuauhtémoc era suyo! Se había jurado ser suya y allí estaba él, completamente entregado a otra.

Al final dejaron de besarse y ambos, todavía abrazados, se quedaron dormidos. Icnoi roncaba suavemente. Cuauhtémoc se tumbó boca arriba y su respiración se volvió pesada y regular. Silenciosa, invisible, insustancial como el aire, Tozi los observó. Su intención había sido aparecérsele aquella noche al príncipe. Había muchas cosas que quería decirle. En vez de eso, había presenciado aquella escena tan perturbadora y escandalosa.

¡Y no se había acabado! Poco después, la pareja se agitó, Cuauhtémoc metió una mano entre los muslos de Icnoi y ella gimió y se retorció y lo envolvió con su cuerpo.

Incapaz de soportarlo ni un minuto más, Tozi huyó de la habitación y salió a la oscuridad.

15

Viernes, 30 de abril de 1519

Antes de que amaneciera, Icnoi despertó y se vistió, temerosa de que la pillaran.

—No te preocupes —la tranquilizó Cuauhtémoc, desperezándose y bostezando—. Moctezuma tiene... ¿Cuántas? ¿Cincuenta concubinas, un centenar?

—Tiene más, gran señor —repuso la joven—, cerca de doscientas.

—Bueno, pues ahí lo tienes. De doscientas, no creerás que vaya a notar la ausencia de una, ¿verdad? —Metió una mano por debajo de la túnica de Icnoi y le acarició la suave cara interna del muslo—. Aunque eso sí —añadió—: Tú eres un poco especial, tengo que admitirlo.

Icnoi rio disimuladamente.

—El gran señor me halaga.

—Es solo lo que mereces —dijo Cuauhtémoc.

El día anterior se había cruzado con ella en un pasillo del palacio real. Le había llamado la atención, así que la había seguido hasta uno de los jardines privados, donde los árboles frutales les daban intimidad, y le había hecho una proposición, porque si no pruebas suerte nunca obtienes nada en este mundo. Para su sorpresa, ella había aceptado escabullirse aquella noche

para visitarlo en su casa de la ciudad.

¡Y menuda noche! Le había contado que Moctezuma, que nunca había sido muy aficionado al sexo, era impotente desde hacía varios meses, lo que quizás explicaba la disposición de la joven a correr el increíble riesgo de ponerle los cuernos al monarca. Se había metido en la cama de Cuauhtémoc con un entusiasmo y una pasión verdaderamente desatados. Lo que habían hecho era peligroso para ambos, pero Cuauhtémoc no estaba preocupado. Al contrario, más bien pensaba probar suerte con varias mujeres más del Gran Orador. Ahora que sabía que eran unas pobres criaturas necesitadas, habría sido poco caritativo por su parte no ofrecerles el mismo consuelo que a Icnoi.

Sin molestarse en vestirse, la acompañó hasta la entrada de servicio, que daba discretamente a un callejón poco transitado, la besó ardorosamente, le dio una palmadita en el trasero y la observó alejarse en la oscuridad cubriéndose la cabeza con un chal. Al este, por donde no tardaría en salir el sol, una pincelada rosada teñía el cielo. El aire matutino era fresco. Cuauhtémoc inspiró hondo una vez y luego otra. ¡Por todos los dioses del décimo tercer cielo, se alegraba de estar vivo!

Demasiado despierto para volver a la cama, hizo sus abluciones, llamó al mayordomo para que le sirvieran el desayuno y salió al patio para despertar el apetito con una hora de duro ejercicio.

A media mañana, lo visitaron sus mejores amigos: Comehombres, Coyote que Ayuna, Cara Velluda, Gran Dardo y Cabeza de Barro. Vástagos de alta cuna de las cinco familias más nobles, ricas y poderosas de Tenochtitlán, guerreros Águila y Jaguar todos ellos, eran los capitanes de diversos grupos de guerreros de elite. Ellos habían sido quienes habían puesto a salvo a Cuauhtémoc después de que Chicotenga lo diera por muerto la noche de la gran batalla contra los tlaxcaltecas. De no ser por la actuación decisiva de aquellos cinco, seguramente Cuauhtémoc, que estaba a las puertas de la muerte, habría perecido cuando el ejército mexica, formado por más de treinta mil hombres y comandado por el general Coaxoch, había sido dividido en dos por la estratagema de Chicotenga y luego masacrado con tanta eficacia que apenas tres mil hombres desmoralizados habían regresado con vida a Tenochtitlán.

Sin embargo, había sido un contratiempo, no una

completa derrota. La nación mexica era populosa, sus recursos inmensos, y aunque un ejército hubiera sido destruido, otros cinco del mismo tamaño seguían intactos y preparados para vengarse y juntar víctimas para el sacrificio. Cuatro regimientos de ocho mil hombres por ejército, sumaban un total de ciento sesenta mil soldados regulares, y eso sin contar los cien mil auxiliares procedentes de los estados vasallos, ni los cincuenta mil mercenarios otomíes y chichimecas que había contratado recientemente Moctezuma. En definitiva, la enorme maquinaria de guerra mexica superaba la de cualquier otra nación y era lo suficientemente grande como para machacar Tlaxcala hasta hacerla papilla; lo suficientemente grande para aplastar a Ixtlil como a un insecto; lo bastante poderosa, pese a los últimos contratiempos, para imponer y mantener la hegemonía mexica en el mundo durante mil años.

Eso en caso de que, y ese era el meollo de la cuestión, hubiera voluntad de que así fuera.

—Pedimos, de hecho exigimos e insistimos en que seas nombrado comandante en jefe de los cinco ejércitos —le dijo Comehombres a Cuauhtémoc.

Eso era lo que Cuauhtémoc quería; para conseguirlo, había empezado a moverse y sus amigos y las poderosas familias a las que estos pertenecían tenían un papel fundamental en su estrategia. No obstante, lo primero era eliminar los obstáculos que había en su camino. El principal, que nadie pudiera ser nombrado comandante en jefe a menos que fuese miembro de los Treinta, el Consejo Supremo que aconsejaba a Moctezuma en asuntos de Estado. El problema no era la sangre de Cuauhtémoc; como sobrino del Gran Orador, difícilmente podía ser cuestionado. Tampoco era su edad, porque hombres más jóvenes de excepcional valía habían formado parte de los Treinta en reinados anteriores. No. El fondo de la cuestión era que todos los puestos del consejo ya estaban cubiertos por nobles cuyo estado de salud era bueno. Para que se incorporara Cuauhtémoc, debía producirse una vacante.

—Está el problema de los Treinta —dijo como quien no quiere la cosa.

—Ya hemos pensado en eso —repuso Nezahualcóyotl, cuyo nombre, Coyote que Ayuna, era más que apropiado, puesto que era pequeño, rápido y esbelto y tenía los ojos marrones y las orejas un tanto prominentes.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado? —preguntó Cuauhtémoc.

—He tenido una visión —dijo Coyote que Ayuna con cara seria—. El espíritu de la profecía vino a mí y me reveló que mañana los Treinta se habrán convertido en los Veintinueve. El consejero Tototl tendrá esta noche un trágico accidente.

—Entiendo —dijo Cuauhtémoc, y sonrió—. ¿Te parece que la profecía se cumplirá?

—Estoy seguro. Lo cual significa que, en estos tiempos revueltos, habrá que nombrar inmediatamente un nuevo consejero. Nuestros padres están con nosotros en esto. Le plantearán el asunto a Moctezuma cuando se reúna el consejo mañana. Deberías pedirle a tu padre que haga lo mismo.

El padre de Cuauhtémoc, Cuitláhuac, era el hermano menor de Moctezuma y a la sazón el segundo señor más poderoso de los mexicas desde la humillante muerte de Coaxoch a manos de Chicotenga. Cuitláhuac era muy purista con los trámites. Tres meses antes no habría habido ninguna posibilidad de que apoyara el nombramiento de su hijo como miembro de los Treinta y como comandante en jefe de todos los ejércitos de la nación. Sin embargo, desde el cobarde intento de Moctezuma para envenenar a Cuauhtémoc las cosas habían cambiado.

—Dadas las circunstancias, puede que nos apoye con su influencia —convino Cuauhtémoc.

—Es lo más urgente —dijo Cuatálatl, al que desde niño llamaban por su apodo, Cabeza de Barro, aunque nadie recordaba por qué—. Moctezuma está perdiendo garra. Todos lo sabemos.

Tan fuerte que podía llevar a una docena de hombres en brazos y a hombros, Cabeza de Barro era no obstante muy inseguro. En aquel momento miró a los demás en busca de apoyo, como si temiera haberse pasado de la raya y haber hablado demasiado.

Ixtomi, Cara Velluda, sonrió. Llevaba una barba desordenada que intentaba, sin éxito, que le creciera tupida desde que era adolescente.

—¿Perdiendo garra? —repitió—. Yo diría que la perdió hace mucho. No sirve para gobernar esta nación. Si nos enfrentamos a una crisis, tal como sugieren los rumores, tendremos que tomar nosotros mismos cartas en el asunto.

—Te necesitamos sin falta en los Treinta, Cuauhtémoc, y

también al frente de nuestro ejército —dijo Huciimuh, Gran Dardo.

Era guapo, de nariz larga y ojos inusualmente redondos, pómulos altos y barbilla firme. Debía su apodo al enorme tamaño de su *tepulli*, que, como solían bromear, podía usar como arma en una batalla para que los enemigos huyeran.

—Creo que los rumores son ciertos —añadió—, y me parece que estamos a punto de pasar por una difícil prueba. Lo intuyo. Debemos situarnos en una posición que nos permita apartar a Moctezuma cuando se presente la necesidad. Si no lo conseguimos, llegará el día en que todo estará perdido.

Los rumores preocupaban mucho a Cuauhtémoc, mucho más de lo que permitía que sus amigos vieran, ya que encajaban con todas las advertencias acerca del retorno de Quetzalcóatl que Temaz, si era en realidad una diosa, le había hecho. Pero no sabía qué hacer exactamente. Solo sabía que desde hacía días corrían por Tenochtitlán alarmas acerca de extranjeros barbudos de piel blanca, quizá dioses, que habían aniquilado un enorme ejército maya en Potonchán, y desde entonces estaban en Cuetlaxtlán, dentro de las fronteras del imperio. Corrían por todas partes rumores de destrucción que minaban la moral de la población. A pesar de que las normas civiles prohibían que se congregaran más de veinte personas en un mismo lugar, había en todas las esquinas reuniones de veintenas e incluso centenares de personas que hablaban de la inminente destrucción.

Como había predicho de un modo asombroso Temaz, muchos decían que Quetzalcóatl había vuelto para destronar a Moctezuma y a todos los suyos, para acabar con los sacrificios humanos, derribar los templos del Colibrí y de Tezcatlipoca y castigar a los mexicas por su crueldad y sus maldades.

La atmósfera era de miedo, desconcierto y abatimiento. La gente estaba nerviosa, algunos se saludaban con lágrimas en los ojos, otros trataban de animar a los demás. Un padre le alisaba el pelo a su hijito, consolándolo por lo que todos creían que estaba a punto de pasar. Una madre se despedía llorando de sus hijos como si temiera no volver a verlos. Se decía que los hombres blancos no eran muchos o que eran muchos, que tenían el cuerpo de metal brillante, que poseían serpientes de fuego, que las bestias salvajes obedecían sus órdenes y que los habían visto montando grandes huemules, altos como casas, y volando

a lomos de águilas. Ahora estaban a un día de marcha de Tenochtitlán, luego estaban ya a las puertas o ya habían entrado en la ciudad bajo una capa de invisibilidad, a punto de materializarse y matar a la población de un solo golpe.

Hasta el momento había sido imposible descubrir el origen de los rumores que proliferaban de manera simultánea, con un sinfín de variantes, en todos los barrios de la capital y que, además, no se limitaban a Tenochtitlán sino que también corrían al otro lado del lago, en Texcoco y Tacuba. Tal era la confusión y tantos los disturbios, que el día anterior el Gran Orador había admitido finalmente lo que había intentado mantener antes en secreto, es decir: que ya había iniciado las negociaciones con los extranjeros; que creía que sí eran dioses; que su administrador Teudile se había reunido con ellos y que debía de estar recorriendo a toda prisa el camino de vuelta a Tenochtitlán.

Era extraño, pensaba Cuauhtémoc, muy extraño, cómo la que se hacía llamar Temaz había previsto todo aquello. Recordó de nuevo sus palabras: «Llegará el día, príncipe, en que tendrás que decidir. Solo espero que escojas sabiamente.»

Cuauhtémoc no tenía ninguna duda. Si Quetzalcóatl realmente había vuelto, su única opción era enfrentarse al intruso, luchar contra él con uñas y dientes. Eso no era lo que la señora Temaz quería, evidentemente, pero no podía satisfacer los caprichos de una diosa inconstante y esquiva cuando el destino de la nación pendía de un hilo.

16

Sábado, 1 de mayo de 1519

Según una antiquísima costumbre, las reuniones del Consejo Supremo se celebraban en la sala de juntas de la Casa de los Guerreros Águila, una imponente estructura rectangular de sillares que dominaba la cara sur de la gran plaza adyacente a la pirámide del Colibrí. Moctezuma estaba sentado muy erguido en un zócalo de piedra, en el centro de la estancia, vestido con su túnica púrpura oficial y calzado con sandalias. De la base de los muros que lo rodeaban, pintados con escenas vistosas de guerra, sobresalían bancos decorados con bajorrelieves de serpientes entrelazadas por encima de desfiles de guerreros con instrumentos para sacrificios de sangre en homenaje a Miclantecuhtli, el dios de los muertos. Ocupaban esos bancos los consejeros, veintiocho aquel día, porque Teudile viajaba todavía de vuelta desde la costa y Tototl, uno de los partidarios más acérrimos de Moctezuma, había hallado la muerte al caer de su terraza ajardinada la noche anterior. Moctezuma estaba bastante seguro de que habían matado al pobre Tototl, y sus sospechas aumentaron cuando escuchó a un consejero tras otro proponerle a Cuauhtémoc, ¡aquel advenedizo engreído!, para ocupar su vacante.

Entre los principales valedores de Cuauhtémoc, se fijó

Moctezuma, estaban el canciller Maxtla, el juez principal Yayau, Apanec, el guardián de la Casa de la Oscuridad, Zolton, el guardián de la Casa de las Flechas, Tzoncu, el guardián de la Tiza y, por último pero no por ello menos importante, Cuitláhuac, su hermano menor, al que había nombrado recientemente Mujer Serpiente, el segundo cargo en importancia del país, tras la desafortunada derrota de Coaxoch. No por casualidad Cuitláhuac era el padre de Cuauhtémoc, mientras que los otros cinco eran los padres de los amigos más íntimos de este último. Además, se las habían arreglado de algún modo para conseguir el apoyo de Aztaxoch, el jefe de los refugiados del sur. Totoqui, el rey-poeta de Tacuba, también estaba con ellos. Incluso Cacama, aquel desagradecido gusano llorón, señor de Texcoco, a quien Moctezuma había nombrado hacía poco legítimo heredero pasando por encima de Ixtlil, alababa con entusiasmo las cualidades de Cuauhtémoc. Muchos otros, como una bandada de pajarillos descerebrados, les seguían la corriente.

La nota discordante fue Chimalli, jefe titular del gremio de los *pochtecas*, que propuso a Xipil, uno de los comerciantes más ricos de Tenochtitlán, como candidato. Cuando hubo terminado de hablar, tomó de nuevo la palabra Cuitláhuac.

—Con todos mis respetos, venerado Chimalli —dijo—, tu presencia en nuestro noble consejo, algo impensable hace una generación, es un reconocimiento más que adecuado de la importancia que posee la clase de los comerciantes. No dudo que llegará el día en que incluso los vendedores ambulantes y los puesteros reclamarán el derecho a sentarse entre los Treinta, pero ese día no ha llegado todavía.

»No nos enfrentamos a una subasta ni a una transacción. Nos enfrentamos a una guerra contra un enemigo poderoso. Mi hijo Cuauhtémoc es el supremo guerrero de esta tierra y un héroe, cuya milagrosa recuperación de las terribles heridas sufridas en combate deja claro que cuenta con el amor de nuestros dioses. —Cuitláhuac se volvió hacia Moctezuma—: La decisión es solo tuya, señor, pero te insto a reflexionar profundamente y nombrar a Cuauhtémoc, no solo para tu consejo, sino también como comandante en jefe de nuestros ejércitos. Ningún hombre podría ser más adecuado para esa tarea y esa responsabilidad.

Un suspiro de aprobación resonó en la sala. Moctezuma se

mantuvo serio e inexpresivo, consciente, a diferencia de los otros, del sutil matiz de las palabras y la actitud de Cuitláhuac. Unos meses antes, su hermano menor no habría osado jamás hablarle de aquella manera, pero entonces, y eso había sido crucial, el plan del envenenamiento instigado por el propio Moctezuma con la esperanza de acabar con Cuauhtémoc de una vez por todas, cuando estaba gravemente herido y al borde de la muerte en el hospital real, había fallado. Por desgracia y, como se rumoreaba, por intervención sobrenatural, Cuauhtémoc había descubierto la trama, Cuitláhuac había intervenido y el envenenador, Mecatl, había sido sorprendido con las manos en la masa. Por supuesto, Mecatl había asegurado actuar por orden de Moctezuma y no se había retractado mientras lo desollaban vivo.

Moctezuma, por su parte, había negado categóricamente cualquier implicación, pero era evidente que Cuitláhuac sospechaba la verdad.

Eso era, más que otra cosa, lo que distorsionaba el debate de aquel día. Si Moctezuma no hubiera intentado envenenar a Cuauhtémoc, le habría resultado más fácil excluirlo del consejo. Tal como estaban las cosas, sin embargo, Cuitláhuac consideraría cualquier intento que Moctezuma hiciera para mantener a raya al advenedizo Cuauhtémoc, otra prueba más de que, después de todo, Moctezuma había estado detrás de la trama. Además, siempre podía hacer virtud de la necesidad. «Mantente cerca de tus amigos —tal como decía el famoso estratega Tlacaélel, que había instaurado el ritual de los sacrificios humanos un siglo antes—, pero mantente aún más cerca de tus enemigos.»

—Muy bien —dijo Moctezuma de repente, y notó satisfecho que las conversaciones en susurros que llenaban la sala de juntas cesaban de inmediato y veintiocho pares de ojos lo miraban.

Hizo una pausa dramática. Veintiocho cabezas se ladearon y veintiocho pares de oídos le prestaron atención.

—He decidido que el leal y digno Cuauhtémoc, héroe de nuestra nación, sea nombrado miembro de los Treinta con efecto inmediato.

Un suspiro unánime de aprobación.

—Es joven, cierto, pero experto en la guerra y valoraremos sus consejos.

—Estoy agradecido al venerado Orador —dijo Cuitláhuac —, pero en cuanto al otro asunto...

—¿Qué otro asunto?

Cuitláhuac se amilanó un poco. Evidentemente, como tenía que ser, todavía no había perdido la costumbre de ser deferente con su hermano mayor. No obstante, Moctezuma notó con desagrado que estaba decidido a hablar.

—Se trata del asunto de nuestras fuerzas armadas —prosiguió Cuitláhuac—. No podemos dejarlas mucho tiempo sin comandante en jefe.

—¿Y deseas que tenga en cuenta a Cuauhtémoc también para ese cargo? —dijo Moctezuma con desagrado, incluso con asco.

—Eso es, señor, si así te place.

—De momento no sé si me place o no. Veamos, primero, cómo se desenvuelve tu hijo, mi real sobrino, en su nuevo puesto de consejero. Si lo hace bien, quién sabe, a lo mejor decido nombrarlo para el alto cargo que pides para él. De lo contrario, será harina de otro costal.

Al cabo de un momento, cuando hubieron tratado todos los puntos del orden del día, Moctezuma levantó la sesión. A pesar de todo lo dicho, él se había negado a comentar los rumores acerca del retorno de Quetzalcóatl. Dentro de unos días, Teudile, su leal administrador, llegaría de la costa con sus propias impresiones sobre el dios.

Hasta entonces lo único apropiado para su dignidad real era guardar silencio.

17

Sábado, 1 de mayo de 1519

Durante su anterior visita a Tlaxcala, a Huicton le habían permitido ver a Chicotenga en su casa, incluso conocer a Xilonen, su hermosa esposa, pero el encuentro de aquel día, en el recinto del Senado, con casi todos los notables de la sumamente independiente república de las montañas presentes, no tuvo nada de informal.

—Embajador Huicton —dijo Chicotenga—. Me han dicho que estás aquí para persuadirnos de que unamos nuestras fuerzas no solo con tu amo Ixtlil, sino también para que probemos suerte con los extranjeros de piel blanca que infestan las dunas de las afueras de Cuetlaxtlán, la ciudad vasalla de los mexicas.

«¿Que infestan las dunas?»

Chicotenga decía aquello como si hablara de una proliferación de piojos, no de la milagrosa llegada de poderosos dioses extranjeros.

Mientras que en su última reunión había sido su encanto lo que había brillado, lo que aquel día Huicton notó más fueron sus impasibles facciones, la determinación de su boca ancha y sensual y la crueldad calculadora de sus ojos. En su casa, el joven rey de la batalla tlaxcalteca llevaba únicamente una tela

de colores alrededor de la cintura que le cubría las piernas hasta justo por debajo de las rodillas, sin ocultar las cicatrices de combate entrecruzadas de las espinillas, el abdomen, el pecho y los brazos. Huicton recordó haber pensado: «Este es un hombre que da la cara y lucha; no es de los que huyen.» En aquel momento, la misma solidez y el mismo orgullo guerrero que había detectado en Chicotenga era todavía más evidente y resultaba claro que, por alguna razón, sentía un intenso desagrado por los hombres blancos de la costa.

—Hablas como si conocieras personalmente a esos extranjeros —dijo Huicton, siguiendo su instinto.

—Así es —repuso malicioso Chicotenga—, y eres tonto si crees que ayudarán a Ixtlil contra los mexicas. Más bien todo lo contrario. Son uña y carne con los mexicas. Vi pruebas de ello por mí mismo, porque estuve allí, en Cuetlaxtlán, hace apenas unos días, y observé su estrecha alianza. Los mexicas han dado a esos pieles blancas hospitalidad, les han prodigado sustento, les han construido refugios para que estén cómodos y los tratan con honor y respeto. ¡Y los pieles blancas les devuelven el favor! Su llegada, en mi opinión, es una amenaza mortal para todos nosotros, porque son guerreros intrépidos y, con su apoyo, tal vez sea imposible derrotar a los mexicas. Deberíamos devolverlos al mar ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde, no tratar de aliarnos con ellos.

—¿Guerreros intrépidos, dices? ¿Debo entender entonces, Chicotenga, que has probado sus habilidades en combate?

Una expresión que Huicton no supo interpretar cruzó fugazmente la cara del tlaxcalteca.

—Luché con uno de ellos —dijo.

—¿Y…?

—Nunca me había encontrado con alguien así en combate. Éramos cinco, pero mató a Acolmiztli, ¿sabes a quién me refiero?

—Al gran capitán Acolmiztli. Sí, por supuesto.

—Pues está muerto. El piel blanca lo mató y otros tres de mis hombres están recuperándose de las heridas.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible?

Huicton, que conocía la calidad de los tlaxcaltecas como combatientes, estaba verdaderamente asombrado de que un solo enemigo hubiera logrado derrotar a cinco.

—El piel blanca no nos tenía miedo. Llevaba una

armadura de metal que dobló nuestros cuchillos. Sus armas eran también de metal, de un metal desconocido en nuestro mundo. Me enfrenté a él cara a cara, daga contra daga, pero aparecieron otros pieles blancas con sus lobos de guerra y no tuve más remedio que huir...

—¿Lobos de guerra?

—Animales parecidos a lobos y entrenados para la guerra. —Chicotenga se levantó la túnica que llevaba hasta los pies y le enseñó las heridas del tobillo—. Sus lobos nos persiguieron, pero conseguimos escapar.

Huicton notó otra vez aquella expresión en la cara del rey de la batalla y en esta ocasión supo a qué se debía: a la angustia por la pérdida de los compañeros de armas, a la vergüenza de haberse visto obligado a volverle la espalda al enemigo y a una fría sed de venganza.

—¿Qué hay de la idea de que son dioses? —le preguntó—. Sé de buena tinta que Moctezuma cree que su jefe es Quetzalcóatl, que ha regresado.

—Como siempre, Moctezuma es un idiota. A lo que nos enfrentamos no es al retorno de la Serpiente Emplumada, sino a la llegada a nuestras costas de una nueva y terrible clase de hombres.

—Sin embargo, Moctezuma cree que se trata de Quetzalcóatl y sus compañeros divinos, y que han venido para derrocarlo. Les ha enviado una misión.

—No vimos ninguna misión de Tenochtitlán mientras estuvimos allí. Solo a Pitxatzin y sus lacayos de Cuetlaxtlán, lamiéndoles el culo a los pieles blancas.

—Encabeza la delegación de Moctezuma su administrador, Teudile. Tal vez llegó después de tu... eh... partida.

—¿Después de que huyéramos, quieres decir? Puede ser. Pero ¿y qué?

—Soy de la opinión, señor, que nosotros, los enemigos de Moctezuma, podríamos explotar esta situación. Cierto que has visto a esos pieles blancas disfrutando de la hospitalidad de los mexicas, pero no sabemos aún cuáles son sus verdaderos motivos...

—Yo opino igual —dijo alguien en voz baja, con cierta inseguridad.

Huicton se volvió y vio que era Chicotenga el Viejo, el rey civil de Tlaxcala, padre de Chicotenga, el rey de la batalla. Ni el

anciano y marchito padre ni el viril y vigoroso hijo ocupaban su posición por motivos de sangre, sino que el Senado los había elegido por sus méritos y podía destituirlos en cualquier momento.

—Solo porque el guerrero piel blanca te haya dado una paliza —le dijo Chicotenga el Viejo a su hijo—, solo porque te haya herido en tu orgullo...

—Solo porque lloro la pérdida de un buen amigo...

—Aun así, no deberíamos precipitarnos. Si no lo he entendido mal, estabas raptando a uno de esos extranjeros, un simple muchacho, como admitiste en tu informe al Senado, cuando el hombre que te venció intervino, ¿no es así?

—Así es —confirmó Chicotenga.

—Pues bien, difícilmente podemos culpar a ese hombre, quienquiera que fuese, por luchar para proteger a uno de los suyos. Lo que hizo no nos revela nada acerca de los planes de los pieles blancas. Estoy de acuerdo con el embajador Huicton. Tenemos que averiguar más sobre ellos antes de decidir luchar contra ellos.

—Estoy de acuerdo —dijo Maxixcatzin, un jefe venerable de unos sesenta años, todavía fuerte y vivaz, que servía a ambos Chicotengas como adjunto—. Si aliándose con los pieles blancas puede que los mexicas sean invencibles, deberíamos hacer todo lo posible para desplazar a los mexicas y establecer nosotros esa alianza.

—¡Bah! —Chicotenga, temblando de rabia, miró furioso a su padre, a Maxixcatzin y luego a Huicton—. ¡Estoy cansado de consejos de viejos! Me enfrenté a esos pieles blancas, cosa que ninguno de vosotros ha hecho, y os digo que no son amigos nuestros. Quizá tengas razón. A lo mejor su aparente alianza con los mexicas no es más que una treta. Puede que llegado el momento se coman a Moctezuma; no me sorprendería. De hecho, ¡creo que nos van a comer a todos! Nuestra única esperanza es hacerles frente ahora que todavía no se han aclimatado ni han asegurado su posición en estas tierras, y acabar completamente con ellos.

El Senado deliberó toda la mañana y el resultado fue que le prohibió a Chicotenga el Joven lanzar un ataque contra los misteriosos extranjeros que él llamaba «pieles blancas». Solo si atacaban Tlaxcala cabría contemplar dicho ataque. Entretanto, no se considerarían en guerra contra ellos. Había que

observarlos y vigilarlos de cerca para tratar de saber qué querían exactamente, pero nada más.

Cuando abandonaba el Senado, Chicotenga el Viejo y Maxixcatzin abordaron a Huicton.

—Nos gustaría enterarnos del resultado de tu misión con los pieles blancas —le dijo el anciano rey civil.

—Será un honor para mí y es deseo de mi señor que comparta esa información con vosotros —respondió Huicton—. Tengo el propósito de pasar por Tlaxcala en mi camino de regreso.

—Mi hijo se opone a las alianzas —dijo Chicotenga el Viejo—, ya sea con los pieles blancas o con Ixtlil y sus rebeldes. Es reacio a comprometer nuestra independencia.

—Es comprensible —comentó Huicton, siempre diplomático.

—Aun así, vivimos tiempos de milagros y maravillas —dijo Chicotenga el Viejo—. No podemos detener el río de la historia cuando fluye en aluvión.

—Mejor dejarse llevar por la corriente que ser destruido —añadió Maxixcatzin.

—Así es —convino Huicton—. Así es.

Más tarde, ese mismo día, cuando inició el descenso desde las montañas hacia la costa, pensó detenidamente en aquella breve charla. La única interpretación posible era que, después de todo, Chicotenga el Viejo y Maxixcatzin estaban a favor de una posible alianza con los pieles blancas. A pesar de sus reyes electos, Tlaxcala era democrática, por lo que si conseguían suficientes votos del Senado, podrían imponer la paz, aunque Chicotenga el Joven se opusiera.

Pero ¿y si el rey de la batalla tenía razón? ¿Y si la presencia de los hombres blancos significaba la perdición no solo de Moctezuma, como suponía Tozi, sino de Texcoco y Tlaxcala y de toda la multitud de pueblos y culturas de aquellas tierras?

A pesar del calor del sol vespertino, Huicton se estremeció con el frío de la gran responsabilidad que se asentó como la nieve sobre sus doloridos hombros.

18

Martes, 4 de mayo de 1519

Viendo las reacciones de Moctezuma al informe que le presentaban los cuatro destacados hechiceros de la corte, a Cuauhtémoc le vino una sola palabra a la cabeza: «cobarde». No obstante, guardó silencio. Ni siquiera Cuitláhuac, su padre, segundo en importancia por debajo del Gran Orador, se habría atrevido a pronunciar aquel insulto. Sin embargo, no cabía duda. Ahora que Moctezuma había sido puesto a prueba, estaba demostrando ser no solo un traidor embustero y un envenenador, sino también un estúpido y un débil.

Los cuatro hechiceros, por ninguno de los cuales sentía Cuauhtémoc el menor respeto, estaban en cuclillas, formando un semicírculo sobre esterillas, en el suelo de la Casa de los Guerreros Águila, a los pies de Moctezuma, que desde su tarima jadeaba de miedo y sollozaba mientras le contaban su fracasado intento de echar a los extranjeros con magia.

Cuauhtémoc reprimió un bostezo mientras el anciano Cuappi trataba de excusarse por su completa inutilidad, asegurando que los extranjeros no eran seres humanos sino dioses tan poderosos que cualquier hechizo contra ellos resultaba ineficaz.

—No somos sus iguales —se lamentó—. No somos nada en

comparación con ellos.

El joven Hecateu, con su ridícula cresta, aseguró a continuación que los extranjeros estaban siempre en guardia y que por eso había sido imposible enviar contra ellos animales venenosos o sumirlos en un sueño profundo.

Tlilpo dijo que había conjurado muchas visiones aterradoras, pero que los extranjeros no les habían prestado atención.

Aztatzin apoyó el punto de vista de Cuappi de que los extranjeros eran en realidad dioses.

—Su carne era tan dura que ni siquiera nuestras agujas mágicas podían atravesarla, sus entrañas oscuras y su corazón imposible de localizar. Por mucho que lo intentamos, no conseguimos hacerles ningún daño —añadió.

—Vuestras palabras me han vencido y me han sumido en la confusión. —Moctezuma siguió derramando lágrimas como una mujer—. ¿Deben esos dioses venir a Tenochtitlán? ¿Qué me depara el futuro? ¿No hay esperanza para mí?

Los magos se quedaron callados, con la cara larga, llenos de temor.

—¡Hablad! —exclamó Moctezuma—. Os ordeno que habléis.

Tlilpo miró a los demás como si se comunicaran sin palabras. Todos asintieron y él tosió varias veces.

—Debemos decirte la verdad, gran señor —dijo por fin—. El futuro ya está decidido y decretado en el cielo, y Moctezuma contemplará y sufrirá un gran misterio que deberá pasar en su tierra. Si nuestro rey desea saber más sobre él, lo sabrá muy pronto, porque se acerca veloz. Esto es cuanto podemos predecir, puesto que nos exiges que hablemos y, puesto que sucederá con toda seguridad, solo puedes esperar que suceda.

—¡Bobadas! —gritó Cuauhtémoc—. ¡Divagaciones de imbéciles cobardes! —Se levantó y fulminó con la mirada a Moctezuma—. Tus hechiceros te ofrecen un consejo de desesperados, señor. Te imploro que no les hagas caso. Bajo ningún concepto debemos esperar pasivamente a que la fatalidad caiga sobre nosotros. Tenemos que partir hoy mismo para combatir a esos hombres blancos. Porque desde luego son hombres, no dioses, y aunque lo fueran deberíamos combatirlos igualmente.

Cuauhtémoc notó que su padre le tiraba de la túnica para

que volviera a sentarse, y oyó los susurros temerosos de los demás consejeros. Estar de pie de aquella manera en presencia del Gran Orador era una descortesía sin precedentes.

—¡Siéntate! —le siseó Cuitláhuac—. ¡Siéntate y pide perdón!

Cuauhtémoc se quedó de pie y volvió a hablarle a Moctezuma.

—Perdóname, señor —le dijo—, pero creo que tengo la responsabilidad de decir lo que pienso. No debemos permitir a esos extranjeros que nos hagan lo mismo que a los mayas chontales en Potonchán. Tenemos que aplastarlos ahora, mientras todavía permanecen en la costa. No debemos permitirles venir a Tenochtitlán.

Moctezuma parpadeó dos veces y se enjugó las lágrimas de las mejillas con la manga de la túnica.

—Sobrino —dijo—, acabas de ser nombrado miembro de nuestro consejo, todavía desconoces nuestras costumbres y sigues teniendo la mente confusa por tus recientes lesiones. Por tanto, no voy a tener en cuenta tu grosería en esta ocasión. —Levantó repentinamente la voz—: Pero vas a sentarte, ¡ahora mismo! Si necesito tu consejo, te lo pediré.

Mientras Cuauhtémoc se hundía en el banco, hirviendo de indignación, Moctezuma se volvió hacia Teudile.

—Mi buen administrador —dijo—, antes de oír tu informe me gustaría saber por qué toda la ciudad está al corriente de la victoria de los extranjeros en Potonchán, de su llegada a Cuetlaxtlán y de tu misión de ir a su encuentro. ¿No te advertí que mantuvieras esos asuntos en secreto hasta que tuviéramos ocasión de tratarlos en profundidad?

—Sí, señor, me lo advertiste. —El mero hecho de que el Gran Orador hubiera pedido a los hechiceros que presentaran su informe antes que él ya había sido un severo reproche para Teudile, que habló con voz temblorosa y casi inaudible—. Te aseguro que no se lo he dicho a nadie.

—Entonces, ¿cómo explicas los rumores, los chismorreos, el pánico?

—Señor, me temo que hay un espía en el palacio.

—¿Un espía? ¿Cómo puede ser? Estábamos solos los dos cuando leímos el mensaje del gobernador de Cuetlaxtlán.

—No he sido yo, señor —farfulló Teudile—. No le conté a nadie el motivo de nuestra misión, ni siquiera a los magos, ni

siquiera a los sacerdotes. Guardé el secreto hasta que llegamos a la costa.

—Mmm… —Moctezuma reflexionó—. ¿Crees que la fuga de información se debió a los mensajeros de relevos?

—Tal vez, señor. O quizás ese mercader llamado Cuetzpalli.

—Él sabía lo de Potonchán pero nada de Cuetlaxtlán —objetó Moctezuma.

—Es un misterio, señor, pero te juro por mi vida que no soy el responsable.

—Por tu vida —murmuró Moctezuma—. Sí, exactamente. Voy a pensar en el asunto. Entretanto, presenta tu informe, amable administrador.

A diferencia de los hechiceros, que solo habían hablado de sus propias labores de magia, el informe de Teudile fue largo y detallado, ilustrado por docenas de dibujos y pinturas de sus artistas. De pie al lado del jefe de los extranjeros, la figura de una hermosa maya ocupaba un lugar destacado. Parecía que hablaba con fluidez el náhuatl y que colaboraba con uno de los extranjeros, que hablaba la lengua maya, para traducir las palabras del jefe.

Entre tantos misterios, uno era sin duda el que rodeaba a aquella mujer que, según se supo, había estado en los corrales de engorde para el sacrificio de Tenochtitlán unos meses antes. Había estado bajo el cuchillo de Moctezuma la noche del gran holocausto, la misma en que Cuauhtémoc yacía sangrando por las heridas que le había infligido Chicotenga y, sorprendentemente, el Gran Orador la había liberado.

Por lo visto la mayor parte del Consejo Supremo, incluido el padre de Cuauhtémoc, Cuitláhuac, estaba al corriente de aquella vergonzosa violación de la tradición sacrificial. Evidentemente, el hecho de que aquella mujer sirviera ahora de intérprete a los extranjeros era muy significativo.

Moctezuma lo tomó como una prueba más de su condición divina, y había otras pruebas que apuntaban aparentemente en esa dirección. De particular interés eran las pinturas de las grandes naves en que habían llegado los extranjeros, incluida aquella a la que habían dejado subir a los delegados, que Teudile describió como «una cosa más divina que humana, obra de un genio».

Cuauhtémoc no pudo menos que estar de acuerdo. La

enorme y poderosa estructura que los artistas habían pintado no se parecía a ninguna embarcación que los mexicas conocieran. Parecía mil veces más grande incluso que la gran canoa real que Moctezuma había encargado construir para sus viajes por el lago Texcoco. Por otra parte, aquella embarcación en la que habían llegado a México los extranjeros no era de remos, sino que tenía unas enormes piezas de tela que atrapaban el viento y aparentemente la hacían avanzar a gran velocidad.

A su pesar, Cuauhtémoc recordó la leyenda de Quetzalcóatl, que relataba cómo este volvería para reclamar su reino en una nave que se desplazaría por sí misma, sin remos.

¿Era aquella la legendaria nave, pues?

Moctezuma creía que sí y, de nuevo entre lágrimas, miraba las pinturas en que parecía encontrar la prueba, ¡como si las palabras de los magos no hubieran bastado!, de que una gran y terrible fatalidad se cernía sobre él.

El aspecto de los extranjeros, de piel blanca y barbas exuberantes, algunos con el cabello más amarillo que el sol, lo angustiaba todavía más. Se pidió a los sacerdotes que abrieran los archivos del templo y trajeran los libros antiguos que contenían imágenes de Quetzalcóatl y sus semidioses. Resultó que se parecían mucho a las imágenes de los extranjeros que habían pintado los artistas. Además, por lo visto, el jefe de los extranjeros, que negaba astutamente ser un dios y aseguraba llamarse don Hernando Cortés, se había comportado exactamente como cabía esperar que lo hiciera Quetzalcóatl respecto a los sacrificios. Se había puesto furioso cuando le habían ofrecido sangre y corazones humanos, había pegado a uno de los sacerdotes encargados de los sacrificios y había exigido que liberaran a las víctimas. De modo igualmente revelador, cuando le habían ofrecido las galas de los dioses Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcóatl, no había dudado en escoger las de este último, y cuando le habían ofrecido un banquete de fruta y carnes de la tierra se había comido todo lo que le sirvieron, lo que demostraba que estaba familiarizado con la comida de México, como era de esperar si se trataba de Quetzalcóatl, que había vuelto para reclamar su reino.

A Cuauhtémoc, las pinturas de las armas y armaduras de los extranjeros, así como las descripciones que de ellas hacía Teudile, lo impresionaban e intrigaban, pero Moctezuma las encontraba terroríficas. Era evidente que el Gran Orador ya

sabía algo de todo aquello gracias a un informador anterior, ¿tal vez el mercader Cuetzpalli?, cuyo testimonio no había compartido con el Consejo Supremo, aunque parecía que entonces los extranjeros solo habían sido vistos de lejos. Ahora Teudile y los artistas aportaban descripciones detalladas de aquellas mortales serpientes de fuego, su estrépito horrible, las nubes de humo que soltaban y su terrible capacidad destructiva. Estaban además los cuchillos largos y las armaduras, elaborados con un metal desconocido, que los hacían mortíferos e invulnerables en la batalla.

Moctezuma había oído hablar también de los animales salvajes que tenían los extranjeros, que ya eran objeto de muchos rumores que corrían por la ciudad. Teudile no los había visto a lomos de águilas, pero estaba más que impresionado por el huemul que montaban, más rápido que una avalancha en las montañas, y por las feroces bestias que obedecían sus órdenes y que él había tomado por alguna clase desconocida de perro.

—Son perros enormes —dijo—. Tienen orejas chatas y manchas como de ocelote. Les cuelgan los carrillos y tienen unos colmillos como puñales y ardientes ojos amarillos que lanzan chispas. Tienen el vientre hundido y las costillas se les marcan en los flancos largos y flacos. Son incansables y muy fuertes. Van dando saltos, jadeando, y de la lengua les gotea veneno.

Cuauhtémoc estaba casi tan fascinado por la expresión de Moctezuma al escuchar aquello, como por el informe en sí. Era como si el corazón del Gran Orador se hubiera marchitado, como si no hiciera falta que los extranjeros se enfrentaran a él en una batalla porque sus propios temores ya lo habían derrotado.

Y lo peor estaba por llegar, porque Teudile contó a continuación cómo el jefe de los extranjeros se había interesado especialmente por el Gran Orador, expresando su intención de visitarlo y conocerlo personalmente, haciendo muchas preguntas sobre él y mostrándose deseoso de conocer detalles como su edad, fuerza física y aspecto.

—No puedo luchar contra estos dioses —dijo Moctezuma al oír esto, llevándose las manos a la cabeza—. Mi única opción es huir. Sé de una cueva cerca de Chapultepec; iré a esconderme allí.

Cuauhtémoc estaba a punto de arriesgar la vida por

segunda vez poniendo objeciones a estas palabras cobardes, cuando, para su sorpresa, Namacuix, que recientemente había reemplazado a Ahuízotl como sumo sacerdote, tomó la palabra.

—¿Qué significa esto, oh, poderoso señor? —le dijo a Moctezuma, indignado—. ¿Qué locura es esta en una persona tan valiente como tú? Si huyes, si te ocultas, ¿qué dirán entonces nuestros enemigos tlaxcaltecas? ¿Qué dirán los de Huexotzinco, Cholula, Tliluhquitepec, Michoacán y Metztitlán? Piensa en el desprecio que le tendrán a Tenochtitlán, esta ciudad situada en el corazón del mundo. Será una gran vergüenza para tu ciudad y para todos los que dejes atrás cuando se conozca la noticia de tu huida. Si murieras, y te hubieran visto muerto y enterrado, sería una cosa natural. Pero ¿cómo se explica una huida? ¿Qué vamos a decir? ¿Qué responderemos a quienes nos pregunten por nuestro rey? ¿Tendremos que decirles que nos abandonaste? ¡Esto no puede ser, señor! ¡Debes tener coraje! ¡Debes permanecer en el trono!

Un terrible silencio se instaló entre los consejeros reunidos en la sala. Todos esperaban. Cuauhtémoc pensó que Moctezuma ordenaría la ejecución sumaria del sumo sacerdote. En cambio, el Gran Orador, con la mirada triste, se limitó a suspirar.

—Tienes razón, Namacuix —dijo—. Gracias por recordarme mi deber. Dominaré mi corazón y esperaré mi destino aquí, en esta ciudad, porque mi destino ya está escrito y Quetzalcóatl ha vuelto para descargar su ira contra mí. Sabed esto, sin embargo: todos moriremos a manos de esos dioses, y quienes sobrevivan serán sus esclavos y vasallos. Será su reinado, porque estoy predestinado a ser desalojado del trono de mis antepasados y dejarlo en ruinas.

De nuevo, para gran vergüenza de los presentes, Moctezuma rompió a llorar.

Cuauhtémoc miró a los demás consejeros. Allí estaban sus valedores: Apanec, Zolton, Tzoncu, Maxtla y Yayau, los padres de sus amigos. Allí estaba Aztaxoch, el jefe de los refugiados del sur; allí estaba Cacama, señor de Texcoco, el hombre que Moctezuma había elegido anteponer a Ixtlil y era ahora el legítimo heredero; allí estaba Totoqui, el rey-poeta de Tacuba; allí estaba el padre del propio Cuauhtémoc, Cuitláhuac; allí estaban Namacuix y Teudile y todos los demás, sentados, atónitos y mudos, observando el catastrófico derrumbe de su Gran Orador, el hombre al que temían más que a nadie, el

hombre al que todos habían jurado seguir y obedecer hasta la muerte.

Fue Teudile quien rompió el silencio.

—Puede que no sea tan terrible como parece, señor —trató de tranquilizar a Moctezuma—. ¡Aún hay esperanza! He conocido a esos dioses, si son dioses, o a esos hombres, si son hombres, y me han tratado con mucha calidez, demostrando su amistad por mí y por ti, majestad. Acogieron a nuestra delegación, comieron de nuestra comida y compartieron con nosotros la suya. Insistieron además en que no nos harían ningún daño. En mi opinión, señor, deberías hacer todo lo posible para satisfacerlos a fin de no enojarlos ni disgustarlos.

—¿Indicaron cómo podemos satisfacerlos? —preguntó Moctezuma sorbiéndose los mocos.

—Sí, señor —respondió Teudile—. Hay dos cuestiones que tienen suma importancia para ellos. La primera es su gran deseo de viajar aquí, a Tenochtitlán. Afirman ser hombres y dicen que sirven a un emperador poderoso que vive al otro lado del océano oriental, donde gobierna en una tierra rica llamada España. Dicen que fue él quien los mandó venir aquí con el propósito expreso de reunirse contigo y establecer relaciones diplomáticas entre su país y el nuestro.

—Eso parece bastante inofensivo —comentó Cacama, el gobernante blando y consentido de Texcoco—. Tal vez sean de hecho hombres, como dicen ser, en cuyo caso creo que debemos acceder a su solicitud.

Moctezuma meditaba en su tarima.

—No me gusta la idea de que vengan aquí —dijo por fin —. No me gusta en absoluto.

—No obstante, señor —insistió Cacama—, mi consejo es que si no admites la embajada de un gran señor como ese rey de España parece ser, será una bajeza, porque los príncipes tienen el deber de escuchar a los embajadores de otros. Si sus intenciones son deshonestas, tienes en tu corte... —Miró fijamente a Cuauhtémoc—. Tienes capitanes valientes capaces de defendernos.

—¿Y si en realidad son dioses? —preguntó Cuitláhuac, que hasta entonces no había abierto la boca.

Moctezuma lo miró.

—Habla, hermano —le dijo.

—¿Y si nos engañan diciendo que son hombres, como se

sabe que hacen los dioses? ¿Y si el jefe de ellos es realmente Quetzalcóatl que viene a derrocarte?

Moctezuma asintió.

—Supongamos que sí. Entonces, ¿qué, hermano?

—Mi consejo es que no permitas que entre en tu casa alguien que va a echarte de ella.

Moctezuma asintió de nuevo y miró a Teudile.

—Has dicho, amable administrador, que tienen otra necesidad de suma importancia que podemos satisfacer.

—La tienen, señor... —Teudile se agachó junto al banco y alzó un yelmo de metal abollado—. Lo segundo que necesitan es oro. Los extranjeros dicen que necesitan mucho. Dicen que padecen una enfermedad del corazón que solo el oro cura.

Desde el momento en que se mencionó la pasión por el oro de los extranjeros y su imprudente treta al afirmar que lo necesitaban por motivos de salud, Cuauhtémoc ya no tuvo ninguna duda acerca de su identidad. Como había sospechado desde el principio, no eran dioses sino hombres audaces, bandidos, temerarios con armas potentes y desconocidas, pero hombres al fin y al cabo. En su labor como intérprete, la maya Malinali seguramente los había puesto al corriente acerca de Quetzalcóatl, a quien su jefe Cortés se parecía por casualidad, lo que le había permitido hacerse pasar por él. Sin embargo, era notable que nunca hubiera afirmado ser Quetzalcóatl, dejando que sacaran sus propias conclusiones los crédulos y supersticiosos mexicas.

«Listo —pensó Cuauhtémoc—. ¡Muy listo!»

Luego estaba el asunto del yelmo de los extranjeros. Moctezuma, que había pedido que trajeran el yelmo sagrado que se guardaba en el templo del Colibrí, casi se desmayó cuando vio lo parecidos que eran ambos objetos. A Cuauhtémoc lo convencían menos las semejanzas; lo que más le interesaba era el oportunismo de Cortés al pedir que le devolvieran el yelmo lleno de pepitas de oro de las minas, supuestamente como regalo para su emperador de tierras lejanas. Si le concedían lo que pedía, razonó Cuauhtémoc, entonces aquel pirata temerario tendría en su poder una información valiosa y peligrosa. Le habrían confirmado que la tierra de los mexicas era rica en oro y que, por tanto, ¡valía la pena atacarlos!

Así que, como la reunión del Consejo Supremo se desarrolló a lo largo de la tarde hasta la noche y se expresaron

diversos puntos de vista y muchos argumentos enfrentados, Cuauhtémoc se fue oponiendo cada vez más al consenso emergente: decían que había que poner excusas para negarles a los extranjeros su deseo de visitar Tenochtitlán; por ejemplo, que la carretera era demasiado larga y estaba infestada de salteadores y de enemigos de los mexicas, que había que escalar acantilados peligrosos y cruzar ríos, que los pasos eran demasiado elevados y estaban helados todo el año... y así sucesivamente. Al mismo tiempo, el otro deseo de los extranjeros, que les devolvieran el yelmo lleno de pepitas de oro, debía serles concedido. Y no solo eso. Moctezuma, que se estaba envalentonando con la estúpida idea de que aquellos depredadores podrían ser simplemente comprados, estaba a favor de entregarles regalos de oro en grandes cantidades. Se le había ocurrido darles el espectacular calendario de oro macizo, un disco tan alto como un hombre y de un palmo de espesor, que había encargado el año anterior. A este se sumaría, puesto que los extranjeros también habían manifestado su deseo de regalos de plata, un segundo disco de tamaño similar, de la plata más pura, que representaba la luna llena. Les darían además diez canastos de hermosas estatuas de oro de animales, pájaros, dioses y diosas, y diez cestas cargadas de costosas joyas de oro: collares, pectorales y brazaletes, tobilleras y otras piezas finas. Entusiasmado con la idea, el Gran Orador insistió en que aquel gran tesoro fuera preparado sin dilación y que una caravana estuviera dispuesta para partir hacia el campamento de los extranjeros en Cuetlaxtlán al día siguiente.

—Señor —dijo Cuauhtémoc—, ¿me permites hablar?

Moctezuma le lanzó una mirada asesina.

—Habla, sobrino, pero sé breve. Ya he tomado una decisión.

—Señor, te ruego paciencia, pero creo que estamos a punto de cometer un error terrible. Las excusas que se ha sugerido dar a los extranjeros para persuadirlos de que no hagan el viaje a Tenochtitlán son tontas y evidentemente falsas. Ellos ya saben, desde que Teudile los visitó, que nuestros emisarios cubren el trayecto en menos de seis días, algo que comprobarán de nuevo cuando la caravana les llegue tan pronto. Si nosotros somos capaces de recorrer los caminos en tan poco tiempo sin sufrir ningún daño, los extranjeros se darán cuenta de que ellos podrán hacerlo también.

»Interpretarán con razón nuestras excusas como síntomas de nuestra vulnerabilidad y nuestro temor. Al mismo tiempo, el tesoro de oro que propones mandarles no los satisfará sino que los volverá más ávidos, porque creerán que si podemos ser tan generosos es que tenemos muchas más reservas de oro, y estoy seguro de que también las querrán. O sea, les revelaremos nuestra debilidad y al mismo tiempo encenderemos su codicia, induciéndolos a atacarnos. Nada podría ser más peligroso, señor. Te insto a considerar otro plan.

—¿Cuál es, exactamente? —le preguntó Moctezuma.

—Darles muerte, no oro. Permíteme reunir diez de nuestros regimientos más experimentados, ochenta mil guerreros feroces, y dirigirlos a marchas forzadas hacia la costa. Mientras los extranjeros esperan desprevenidos los ricos presentes, porque creen habernos intimidado, nos acercaremos con sigilo a su campamento y caeremos sobre ellos sin piedad. Permíteme hacerlo, señor, y te prometo que ni uno de ellos quedará con vida para llevar la noticia de la suerte corrida por los suyos a su tierra natal.

19

Jueves, 6 de mayo de 1519

—No he podido evitar fijarme en que lleváis un diario, señor Díaz —dijo Pepillo—, y en lo muy a menudo que escribís en él.

—Me he fijado en que tú haces lo mismo, chico.

—Yo llevo el mío para el Caudillo, para que tenga frescos los acontecimientos cuando empiece a escribir sus memorias. Y vos, señor, ¿pretendéis hacer lo mismo? Al final de esta campaña os aseguro que tendréis una historia increíble que contar. Estoy seguro de que muchos querrán leerla.

—¿Qué? ¿Una historia de un idiota analfabeto como yo?

Bernal Díaz siempre se sentía incómodo cuando los otros soldados bromeaban acerca de sus garabatos. Junto con su buen amigo Gonzalo de Sandoval, había sido ascendido a alférez por Cortés antes de zarpar de Cuba. Pero, a diferencia de Sandoval, de noble cuna aunque caído en desgracia, Díaz nunca se había acostumbrado a la posición de oficial y seguía considerándose uno más de la tropa, de hecho uno de los más humildes. Como tal, era en cierto modo impropio, casi indecoroso, revelar que no solo era capaz de leer sino de escribir con fluidez.

Díaz estaba haciendo su ronda por el perímetro del campamento, acompañado aquella tarde por Pepillo y *Melchor*,

que él mismo había dado al chiquillo después de la batalla contra los mayas en Potonchán. El perro, aunque todavía muy joven, había demostrado su valía diez días antes, cuando había desempeñado su papel salvando a Pepillo de ser secuestrado, y probablemente asesinado, a manos de una partida de indígenas.

Desde entonces, habían reforzado la seguridad y una cerca de arbustos espinosos rodeaba el campamento uniendo entre sí los emplazamientos de los cañones que el jefe de artillería Francisco de Mesa había establecido a la llegada de los españoles. La puerta principal, al sur del campo, por la que entraba el constante flujo de suministros de Cuetlaxtlán y que había sido más simbólica que funcional al principio, era ahora uno de los cuatro puntos de acceso para cruzar la valla. Los otros tres estaban situados al norte, al este y al oeste, y todos se mantenían permanentemente vigilados.

—Con todos mis respetos, señor, no sois analfabeto ni tampoco un idiota —dijo Pepillo—. Sois un soldado valiente con un don para la palabra que estuvo en medio de la acción en Potonchán y seguramente volverá a estarlo. —Sonrió de oreja a oreja—. Convertid vuestros recuerdos en un romance y venderéis miles de ejemplares, como hizo Garci Rodríguez de Montalvo con su *Amadís de Gaula.* Podéis haceros rico.

—¡Ja! —Díaz soltó una carcajada—. Dichoso el día. El dinero nunca se me ha pegado, por desgracia.

—Aun así, señor, si me permitís que os lo diga, no deberíais descartar la idea. Esta aventura nos hará pasar por situaciones más raras y fabulosas que las que se cuentan en el *Amadís*. Las gentes de estas tierras, tan salvajes pero tan buenas. Su práctica de los sacrificios humanos, sus hermosas y maravillosas prendas de plumas, sus pirámides, señor, su modo de combatir. Alguien tiene que escribir todo esto, o en el futuro nadie lo creerá.

—Pero si lo escribo en forma de romance, Pepillo, tampoco se lo creerá nadie.

—Bueno, eso es cierto, señor, pero, aun así, a mí y a muchos otros nos gustaría leerlo.

Díaz rio entre dientes. Desde los extraños acontecimientos de Cozumel, poco después de la llegada de la flota a las nuevas tierras, se sentía particularmente responsable de aquel chico que siempre estaba metiéndose en líos y dificultades. La muerte de Melchor, el mejor amigo de Pepillo, en Potonchán, había

destrozado al muchacho. Por eso Díaz le había regalado a *Melchor*, el cachorro, que ahora brincaba alegremente a sus pies.

Pepillo lanzó lejos un palo y el perro corrió a buscarlo, ladrando como un loco, sorteando las hierbas altas de las dunas.

—Tu perro lo está haciendo bien —comentó Díaz—, a pesar de los latigazos de Telmo Vendabal y de la pelea con esos salvajes.

—¡Oh, sí! —dijo con orgullo Pepillo—. Es un verdadero héroe... —Con cara de preocupación y voz débil, añadió—: Pero me temo, señor, me temo mucho que don Telmo me lo quite y se lo lleve con los otros perros para entrenarlo para la guerra.

—Seguramente el Caudillo no lo permitirá. ¡Es la mascota de su paje!

—Pero de eso se trata, señor. Puesto que ha luchado con los indios, mi señor sigue diciendo que *Melchor* no es una mascota, que el lugar que le corresponde está en la jauría. Dice que necesitamos todos los perros luchadores que podamos conseguir, señor.

—Te toma el pelo, chico.

—No lo creo. Vendabal está siempre susurrándole al oído, tratando de convencerlo de que yo debería entregarle a *Melchor*. —Frunció el ceño—. ¡Nunca se lo daré, señor! ¡Si intentan quitármelo, me escaparé!

—¿Escaparte, chico? ¿Adónde, en estas tierras inexploradas?

—No lo sé, señor, pero me iré. No quiero ver a *Melchor* combatiendo.

Lo que el niño era demasiado valiente para mencionar, pero que estaba sin duda relacionado con su firme decisión de huir del campamento si las cosas se ponían feas, era que varios ayudantes de Vendabal no dejaban de atormentarlo y acosarlo. En particular tres de ellos, de la misma edad que Pepillo pero mucho más rudos de carácter y desagradables, parecían considerar su deber para con su maestro hacerle la vida imposible al paje. Díaz había sido testigo de varios de sus actos de crueldad e intimidación, pero hasta el momento se había abstenido de intervenir por temor a empeorar las cosas. Al fin y al cabo, ningún chico a punto de hacerse hombre querría que lo acusaran de ser un chivato o de esconderse detrás de otro. Por otra parte, pensaba Díaz, nunca se lo perdonaría si Pepillo llevaba a cabo su insensato plan de huida.

—Trataré de convencer a Vendabal para que prescinda de *Melchor* —le dijo al chico—. Si hace falta, hablaré con el Caudillo.

Ya mientras lo decía, sin embargo, Díaz pensó que la solución tal vez no fuera tan fácil. Vendabal era muy tozudo. Tenía influencia porque su jauría de perros daba a los conquistadores una ventaja única sobre el enemigo. Cortés era un hombre práctico, nada sentimental en materia de liderazgo, y lo más probable era que no quisiera tener problemas solo para que un simple paje estuviera contento. En cuanto al acoso, bueno, Cortés seguramente lo aprobaría en lugar de desaprobarlo, con el argumento de que serviría para endurecer a Pepillo.

Ya casi habían recorrido todo el perímetro de la cerca y se acercaban a la puerta principal cuando se produjo un altercado. Un anciano indio, encorvado y canoso, hablaba impaciente con Alonso Gallego, un conocido matón y alborotador que estaba de servicio.

—¡Carretera y manta! —gritó Gallego. Tenía las manazas y los brazos musculosos cubiertos de un vello negro y espeso. Hizo un gesto agresivo.

El indio siguió hablándole con una voz vibrante y nasal muy peculiar. Curiosamente, repetía una y otra vez un nombre, Malinali, el de la hermosa maya que servía a Cortés de intérprete.

—No entiendo tu galimatías pagano —espetó Gallego, rociando de saliva la cara del indio—, pero si no te largas ahora mismo vas a sentir la punta de mi bota en tu culo.

—¿Acabo de oírle nombrar a Malinali? —le preguntó Díaz a Pepillo.

—Creo que sí, señor. Yo también lo he oído.

En ese momento, el pequeño indio, sorprendentemente ágil para su edad, sorteó a Gallego y cruzó la puerta. Gallego soltó un grito y lo persiguió, sacando una daga, pero el anciano era rápido y mantuvo la distancia.

—Venga —le dijo Díaz a Pepillo—. Vamos a enterarnos de qué pasa aquí.

Con unas cuantas zancadas le impidió el paso al anciano, lo agarró por un hombro y lo obligó a detenerse. De cerca quedó sorprendido al ver que el indio tenía los ojos nublados con cataratas. ¡Además de ser viejo, estaba ciego!

Cuando Gallego llegó, ya sin aliento, empuñando la daga, Díaz levantó una mano en un gesto de advertencia.

—No hay necesidad de violencia. Este anciano es ciego. ¿No lo has visto, idiota? —Se volvió hacia Pepillo—. Hablas un poco de la jerga local, ¿verdad? —le preguntó.

—Sé unas cuantas palabras, señor. Malinali me las enseñó.

—Unas cuantas palabras puede que basten. Entérate de qué va todo esto.

20

Jueves, 6 de mayo de 1519

—Eres mucho más hermosa de lo que me dijo Tozi —se asombró el anciano llamado Huicton—. Esperaba maravillas, pero en todos los aspectos superas mis expectativas.

A Malinali le había llevado un rato asimilar que aquel anciano pudiera ver algo teniendo los ojos nublados, pero podía, ¡y perfectamente! Lo que más le costaba aceptar era que aseguraba conocer a su amiga, y desde hacía muchos años, además.

—Tozi nunca me habló de ti —repuso Malinali con suspicacia—. Ni una palabra.

—Ah, sí, puede ser... pero ¿cuánto tiempo estuvisteis juntas?

—Solo un día, en la jaula de engorde, en la base de la gran pirámide de Tenochtitlán donde esperábamos juntas la muerte. Al final fue como si nos conociéramos de toda la vida.

—Como sin duda era, en todos los sentidos, ya que ambas creíais que era vuestro último día en este mundo. Aun así, no pudisteis aprender todo lo que teníais que saber la una de la otra en tan poco tiempo. Algunas cosas, inevitablemente, no os las contasteis.

Malinali admitió que podía ser así; pero seguía dudando, y

pasó más de una hora haciéndole preguntas para disipar sus temores. Después dejó a Huicton delante de las cocinas, disfrutando de un cuenco de sopa, y fue al pabellón de Cortés. Aguilar estaba allí esperando para hacer su trabajo.

—Creo que el anciano es sincero —dijo Malinali—. Sabe cosas de mi amiga que solo alguien muy cercano a ella puede saber. —Escuchó con atención mientras Aguilar traducía, y estuvo bastante segura de que lo había hecho correctamente—. Creo que deberías recibir a ese Huicton —prosiguió, hablándole esta vez directamente a Cortés, en castellano. Luego cambió nuevamente al maya—: Asegura que trae información y una oferta de valor para ti.

Cuando Aguilar hubo traducido esto, Cortés asintió.

—Muy bien —dijo—. Traedlo. Oiré lo que tenga que decir.

Malinali fue a buscar a Huicton, que acababa de terminar la sopa y se relamía satisfecho, y lo llevó al pabellón donde Cortés lo saludó amablemente, se presentó, lo abrazó como hacían los españoles y le indicó un taburete para que se sentara.

—Gracias, mi señor —dijo el anciano—. Llevo varios días de camino y me duelen los huesos. —Para confirmarlo, las articulaciones le crujieron cuando se sentó en el taburete.

Huicton trataba de no parecer impresionado, pero a pesar de los años de experiencia en tirarse faroles, le costaba mucho que el asombro que sentía no se le notara en la cara. Aquellos pieles blancas, como los llamaba Chicotenga, eran una clase nueva y terrible de hombres, no dioses, eso seguro. Sin embargo, precisamente su condición humana, confirmada por el hedor de sus letrinas, el tufo acre de sus cuerpos sin lavar y los piojos que poblaban sus barbas, era lo que los hacía tan notables. Su disciplina y su coordinación, las exóticas armaduras y armas de metal que tenían, sus enormes y monstruosos animales de guerra, uno de los cuales le había rasguñado la pierna con los colmillos mientras que otro, alto como una casa, casi lo había tirado al suelo... De todas aquellas cosas emanaba un poder extraño e implacable, de una clase desconocida para él, pero que era claramente producto del ingenio y la habilidad humanos, no de fuerzas sobrenaturales.

Al menos aquel tal Cortés, el jefe, a quien en su pureza infantil Tozi había tomado por Quetzalcóatl, no olía tan mal como otros. Al parecer se lavaba y los piojos no proliferaban en sus barbas. Por otra parte, era evidente que Malinali estaba

enamorada de él. ¿Cómo iba a tomarse eso Tozi?, pensó Huicton.

—¿Eres un embajador? —le preguntó Cortés.

El significado de sus palabras le llegó a Huicton a través del otro piel blanca, un hombrecito apestoso y peludo que hablaba la lengua maya, y luego de Malinali.

—¿Embajador de quién? ¿A quién representas? ¿Por qué has venido?

—Soy el embajador de Ixtlil, legítimo rey del reinado de Texcoco —respondió Huicton—. Y estoy aquí para hacerte llegar sus saludos y su oferta de amistad.

—¿Y por qué debería querer la amistad del tal Ixtlil? —preguntó con cautela Cortés.

—Porque el gran poder de esta tierra es Moctezuma, emperador de los mexicas. Si deseas quedarte aquí y prosperar, entonces tarde o temprano tendrás que convertirte en su vasallo o luchar contra él. Si al final tienes que combatir contra él, vas a necesitar aliados. Estoy aquí para facilitarte las cosas.

Cuando hubieron traducido su respuesta a la lengua de los pieles blancas, Cortés se inclinó hacia delante y lo estudió con interés. Huicton estaba fascinado por los ojos de aquel hombre: el izquierdo lo tenía grande, redondo y gris, mientras que el derecho, más pequeño, lo tenía ovalado y negro. Estas características, sin embargo, no ocultaban el mensaje más profundo de su carácter: aquel hombre era astuto, decidido, capaz de una concentración tremenda y de una frialdad que habrían sido formidables en cualquier líder, pero que resultaban doblemente impresionantes en alguien tan extraño como él.

—¿Debo entender, pues, que tu señor Ixtlil está en guerra con Moctezuma? —dijo, finalmente, Cortés.

—Lo está, señor.

—¿Cómo es posible? Los enviados de Moctezuma que me han visitado me han inducido a creer que tiene a todos sus enemigos rendidos a sus pies.

—Con todos mis respetos, señor, los mexicas son unos embusteros, y los enviados de Moctezuma son los más embusteros de todos.

Cortés soltó una carcajada.

—Pero tú, por supuesto, solo dices la verdad.

—Digo la verdad cuando a mi señor le conviene que la diga, señor, como en este caso.

Otra carcajada.

—Bueno, bueno. Bien, pues háblame de tu señor y de su enemistad con Moctezuma.

Sirviéndose de los dos intérpretes, Huicton le relató la rebelión de los texcocanos. No exageró ni se inventó nada, convencido de que decir la verdad le sería más útil en aquella ocasión. Cuando terminó, Cortés y el otro piel blanca, que por lo visto se llamaba Aguilar, mantuvieron una breve conversación.

—¿Qué dicen? —le susurró Huicton a Malinali.

—Todavía no entiendo del todo su lengua, pero si no me equivoco, mi señor comenta que en todos los países los problemas de los gobernantes son muy parecidos. Creo que dice que si un hijo menor fuera colocado en el trono en lugar de su hermano mayor habría problemas en España, como los ha habido en Texcoco. En otras palabras, se cree tu historia.

—Lo que es justo y adecuado, puesto que es cierta.

A continuación, Cortés le hizo preguntas sobre el tamaño y la disposición de las fuerzas mexicas y rebeldes, a las que Huicton respondió con la misma honestidad que antes. El número de los que apoyaban a Ixtlil aumentaba día a día, pero todavía no podía llevar al campo de batalla más que a veinte mil hombres. A pesar de la reciente y catastrófica derrota contra los tlaxcaltecas, Moctezuma seguía teniendo bajo su mando a ciento sesenta mil soldados regulares repartidos en cinco ejércitos, cada uno de treinta y dos mil hombres. Además, cien mil auxiliares de pueblos vasallos como los tacubanos, los cholulanos, los mixtecas y los totonacas estaban listos para acudir a la convocatoria en cuanto chasqueara los dedos, y durante el último año habían contratado a cincuenta mil indomables mercenarios otomíes y chichimecas.

Cortés arqueó las cejas.

—Son unas cifras impresionantes —dijo, aunque no parecía demasiado impresionado—. Sin embargo, has mencionado la derrota que infligió a Moctezuma un pueblo llamado los tlaxcaltecas. Ya había oído hablar de esos tlaxcaltecas. Un grupito de ellos vino aquí hace unos días y trató de secuestrar a mi criado, un pobre muchacho. Por favor, cuéntame más cosas de ellos y de su famosa victoria contra el enorme ejército de Moctezuma.

Cortés escuchó con mucha atención mientras Huicton le contaba la historia del reino independiente de las montañas de

Tlaxcala, su feroz resistencia contra la tiranía mexica y el increíble golpe orquestado menos de tres meses antes por el rey de la batalla, Chicotenga, en la que casi todo un ejército mexica de treinta y dos mil hombres había sido aniquilado.

En esta ocasión, Cortés se mostró impresionado.

—Entonces, ¿los tlaxcaltecas tienen también enormes ejércitos?

—Los tienen, señor. Creo que la cifra se acerca a los cien mil hombres.

Cortés silbó.

—¡Esto es útil! —Se frotó las manos: el gesto inconsciente de un hombre que codicia un gran tesoro—. Entonces, si debo contemplar una alianza con tu señor Ixtlil y esos formidables tlaxcaltecas, ¿cómo me aconsejas que proceda?

«Ah —pensó Huicton—. Ahora llegamos al meollo de la cuestión.» Miró a Cortés a los ojos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, gran señor? —le dijo.

—Puedes preguntarme lo que quieras; si voy a responderte es otra cosa.

Huicton tragó saliva. Estaba nervioso, como si se enfrentara a un puma en su cubil.

—Mi pregunta es esta, señor: ¿tienes intención de luchar contra Moctezuma o le permitirás convertirte en su vasallo?

La expresión de Cortés reflejó rabia. Parecía a punto de hablar, pero Huicton alzó una mano para pedirle que no lo hiciera.

—Escúchame, gran señor, te lo ruego. Antes de venir hasta la costa para verte, Chicotenga, el rey de la batalla de los tlaxcaltecas, me recibió en audiencia. Estuvo aquí espiándote hace unos días, de hecho fue él quien intentó secuestrar a tu criado. Lo hizo porque está convencido de que te estás aliando con Moctezuma, y deberías saber que todos los aliados de Moctezuma acaban siendo sus vasallos. El Gran Orador de los mexicas no tolera que nadie sea su igual.

—¡Voto a Dios! —vociferó Cortés—. Ni yo seré vasallo de Moctezuma ni él será mi igual. He venido a conquistarlo, ni más ni menos.

En cuanto lo hubo dicho, se preguntó si no habría ido demasiado lejos. «A la porra las precauciones», pensó luego, y dejó que Aguilar tradujera sus palabras a Malinali, que a su vez se las tradujo al náhuatl a Huicton. Cortés confiaba en la

opinión de la joven cuando decía que el anciano era sincero; pero, aunque resultara ser un espía de Moctezuma, ¿qué perdería por decir la verdad? Su estrategia era mantener al jefe mexica haciendo suposiciones acerca de sus motivos, así que no lo perjudicaría ser amistoso con enviados suyos como Teudile y al mismo tiempo enseñarle una cara distinta a su espía. Si por el contrario Huicton trabajaba para Ixtlil, como aseguraba, y estaba en contacto con los belicosos tlaxcaltecas, cuanto antes iniciara las negociaciones con aquellos enemigos de su enemigo, mejor.

—Me alegra mucho que hayas venido a nuestra tierra para librarnos del tirano Moctezuma —dijo Huicton, e hizo un gesto hacia Malinali—. Sin duda esta noble señora que te sirve para hablar ya te ha contado que con tu presencia aquí, este año, se cumple la antigua profecía del regreso del rey-dios Quetzalcóatl.

—Sí, me lo ha contado, pero no soy más que un hombre...

—A pesar de ello, la coincidencia es bastante notable, y será una ventaja cuando inicies la marcha hacia la capital mexica de Tenochtitlán. —Tras una pausa, añadió—: ¿Cuándo, por cierto, tienes intención de partir?

—Muy pronto —dijo Cortés con brusquedad.

—Encontrarás Tlaxcala por el camino —prosiguió Huicton —. Podrías evitarla, por supuesto, siguiendo la carretera que atraviesa los territorios de varios estados vasallos mexicas. Imagino que los mexicas tratarán de convencerte para que hagas eso precisamente, pero te sugiero que ignores sus consejos y visites a Chicotenga. Si consigues convencerlo de que persigues la caída de Moctezuma, te habrás ganado un poderoso aliado.

—Me hablas de Tlaxcala sin ser su embajador, pero ¿qué me dices de ese Ixtlil del que sí eres embajador? ¿Cuándo me será útil la oferta de amistad de Ixtlil?

—Solo después de arreglar las cosas con Chicotenga. Tienes que hacerte amigo suyo. Las provincias de la sierra de Texcoco que Ixtlil controla limitan con Tlaxcala y, desde ahí, cruzando las tierras de mi señor con el apoyo de los guerreros que él te aporte, puedes proseguir la marcha hacia Tenochtitlán.

—O sea, que no tengo elección. Para beneficiarme de la alianza con Ixtlil, tendré que pasar por Tlaxcala. ¿Eso es lo que has venido a decirme?

—Más o menos, mi señor. Más o menos.

—Muy bien —dijo Cortés—. Tendré en cuenta lo que me

has dicho. No dudes en visitarme de nuevo en cualquier momento y, mientras tanto, por favor, lleva estos regalos a Chicotenga de Tlaxcala y a tu señor Ixtlil. —Hizo una pausa para acercarse al cofre que guardaba al fondo del pabellón, del que sacó dos puñados de cuentas de vidrio. Las metió en dos bolsas de terciopelo y se las entregó a Huicton—. Para el señor Chicotenga y para el señor Ixtlil —dijo—, como muestra de mi amistad. Por favor, diles que nos hemos alegrado de recibir a su embajador, porque tenemos un enemigo común, Moctezuma, y debemos colaborar para que el tirano se arrodille. Diles que les prometo mi ayuda y la de mis hombres y de todas las armas de que dispongo para conseguir este gran y digno propósito.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, Huicton se reunió con Malinali. Ella le pidió que le diera recuerdos a su amiga Tozi y accedió a enviarle mensajes de vez en cuando a través de su red de espías. Conseguido esto, Huicton se marchó del campamento de los pieles blancas. Ahora sabía que se llamaban españoles y, después de haber visto a Cortés, confiaba en que su presencia allí sería el fin de Moctezuma.

Chicotenga era un tonto si creía otra cosa. Aunque no fueran Quetzalcóatl y sus semidioses, aquellos poderosos extranjeros eran el instrumento que les enviaba el cielo para destruir el imperio del mal de los mexicas, tal como decía la antigua profecía.

Antes de llevarle su informe a Ixtlil, Huicton decidió volver a verse con Chicotenga para intentar convencerlo de ello. Si no lo conseguía, estaba seguro de que Cortés sería más persuasivo.

21

Martes, 11 de mayo de 1519

Había terminado una mañana de tedioso regateo con Pitxatzin, el gobernador de Cuetlaxtlán, que desde hacía tres días no enviaba al campamento español las cantidades de comida prometidas por Teudile antes de su partida hacia Tenochtitlán, el 29 de abril. Todavía no había problemas serios, pero el déficit era molesto y había causado cierta inquietud. Hablando como de costumbre a través de Aguilar y Malinali, Cortés había amenazado a Pitxatzin, que acababa de irse, y le había arrancado el compromiso de entregar al día siguiente una cantidad mayor de suministros.

Tal vez debido a la comida de esa tierra o quizás a las condiciones insalubres del campamento (calor, polvo, nubes de insectos, letrinas desbordadas), muchos españoles tenían problemas digestivos. Aguilar se encontraba particularmente mal y, en aquel momento, con un gemido que no requería ninguna explicación, fue hacia la puerta del pabellón sujetándose el vientre.

—¡A una buena distancia de aquí, por favor, Jerónimo! —le gritó Cortés al desafortunado intérprete cuando salía a trompicones.

Aguilar cerró la puerta y, al instante, Cortés se levantó de

la silla, se acercó a Malinali, la abrazó y le dio un ardoroso beso en la boca. Ella cerró los ojos y se relajó, aprovechando aquel momento robado, rodeándole el cuello mientras él la sostenía contra sí, saboreando su fuerza, notando que el *tepulli* se le endurecía, disfrutando del placer de la inmediata respuesta de sus propias entrañas.

Era raro, pensó mientras duraba el beso y él la manoseaba. Su misión había sido encontrar a un dios y llevarlo a Tenochtitlán para que descargara su odio sobre Moctezuma. En lugar de a Quetzalcóatl, había encontrado a Hernán Cortés y se había convertido en su amante secreta. Desde la noche que habían pasado juntos en el camarote de la *Santa María*, mientras los enviados mexicas roncaban en cubierta, se sentía de nuevo como una niña atolondrada con su primer amor. Que tuvieran que mantener en secreto su pasión, sobre todo evitar que se enterara Puertocarrero, amigo cercano y aliado de Hernán, lo hacía todo más intenso. Sí, Malinali siempre estaba con Cortés, traduciendo para él, anticipándose a sus deseos, actuando en pro de sus intereses, incluso cuando él no lo sabía, en sus tratos con Pitxatzin y sus adjuntos. Sin embargo, Aguilar casi siempre estaba presente, y si no él, uno u otro o varios de los capitanes, hasta que, por fin, una vez terminado el trabajo del día, podía retirarse con Puertocarrero a su cabaña de madera y alegar «problemas femeninos» para aplazar sus constantes y cada vez más violentas exigencias sexuales y dormirse a su lado y soñar con Cortés.

Desde aquella sorprendente noche de éxtasis en el camarote del Caudillo, solo habían podido hacer el amor en otra ocasión, y no había sido más que un revolcón incómodo detrás de una duna. Por lo demás, su grado de intimidad se limitaba a miradas y susurros y, de vez en cuando, un beso robado como aquel. Así que Malinali no sabía muy bien en qué acabaría aquello. A lo mejor no llegarían a nada. Pocos capitanes eran verdaderos aliados de Cortés, así que él no podía permitirse el lujo de perder a Puertocarrero por un romance, si era tal cosa, porque lo más probable era que no fuese más que una aventura pasajera; se acostaría con ella unas cuantas veces más antes de abandonarla sin que Puertocarrero se enterase de nada.

Malinali conocía lo suficiente a los hombres como para estar preparada para cualquier cosa, pero mientras tanto hacía buen uso de su relación especial con el jefe español. Su

verdadero propósito, en el que se mantenía firme, era destruir a Moctezuma, y Cortés tenía tanto los medios como la voluntad de hacerlo. También tenía los sentidos de un jaguar y reaccionaba como tal. Oyó pasos presurosos por la arena antes que ella y se apartó cuando llamaron a la puerta. Sonriendo con sus extraños ojos de distinto tamaño, le indicó que se sentara y volvió a su silla.

—Adelante —dijo.

Era Pepillo, amigo de Malinali y profesor de lengua, rojo y sin aliento por la carrera.

—Es Teudile, señor —le dijo a Cortés—. ¡Ha vuelto!

—¿Dirías que viene en son de paz o que es hostil, Pepillo?

—Es difícil saberlo, señor, pero trae toda una caravana de porteadores con cajas y cestas.

Era un momento de triunfo, pensó Cortés, pero también de peligro. Desde la partida de Teudile hacía doce días, a medida que las condiciones en el campamento empeoraban y más y más hombres enfermaban, la facción de Velázquez, dirigida por Juan Escudero y Juan Velázquez de León, exigía más abiertamente volver a Cuba. Era cierto que treinta y cuatro conquistadores habían muerto en el campamento, la mayoría a consecuencia de las heridas recibidas en Potonchán, pero el mejor argumento de los velazquistas era el tesoro que Teudile había traído el 28 de abril.

—Deberíamos recoger nuestras ganancias y marcharnos mientras llevamos ventaja —había exigido Escudero.

Y, por lo visto, un buen número de hombres, quizás un centenar, estaban de acuerdo con él.

Así pues, ahora que Teudile había regresado con un ejército de porteadores y con lo que parecía un tesoro aún mayor, era obvio que los velazquistas aprovecharían la ocasión de presionar más para que la expedición pusiera rumbo a casa y poder reconciliarse con Diego de Velázquez, el poderoso gobernador de Cuba.

Cortés no tenía intención de permitir que le entregaran el premio a su odiado rival de aquella manera. Estaba allí para conquistar una tierra y escribir su nombre en las páginas de la historia; por buenos que fueran los incentivos, no iba a conformarse con menos.

Al igual que la otra vez, había convocado a los delegados mexicas para que se reunieran con él y sus capitanes bajo el

gran entoldado instalado en las dunas, de cara al mar. Y al igual que la vez anterior, habían cubierto la arena con alfombras sobre las que podrían exponer los regalos de Moctezuma. Y también como la anterior vez, Malinali estaba sentada a la derecha de Cortés, y Aguilar, encorvado y con la cara gris, a su izquierda.

Teudile, que encabezaba la delegación, tocó el suelo y se llevó las manos a la boca. Era el gesto tradicional de comer tierra, que tanto los mexicas como los mayas hacían cuando querían honrar a una persona muy importante. Pitxatzin, que se había marchado del campamento después de la reunión con Cortés y a quien evidentemente la llegada de Teudile había obligado a volver, hizo lo mismo, y luego los dos juntos perfumaron a Cortés y a sus capitanes con el humo de un fragante incienso que traían en braseros de barro. Un tercer miembro de la delegación, mucho más joven, con una larga melena negra, pómulos marcados y nariz aguileña, se mantuvo altivo y distante detrás de Teudile, negándose a participar en la ceremonia. Miraba con hostilidad a los españoles. Alto y de complexión fuerte, llevaba una espléndida túnica corta de piel de jaguar y tenía cicatrices de heridas de combate recientes, todavía lívidas, en el cuello y en el brazo derecho.

—¿Conoces a ese hombre? —le susurró Cortés a Malinali.

—No lo conozco, pero sé quién es. Es el príncipe Cuauhtémoc, sobrino de Moctezuma y famoso guerrero de Tenochtitlán.

—¿Qué puedes decirme de él?

Malinali era ya tan competente hablando castellano que ni siquiera se molestaban en servirse de Aguilar para decir cosas sencillas.

—La gente dice que es honesto, valiente, que corre riesgos, a veces estúpidamente. Le gusta luchar.

—Así pues, es problemático. ¿Crees que va a crearnos problemas?

—No estoy segura. Es probable.

Teudile comenzó la parte formal de la reunión sacando el viejo casco abollado de Bernal Díaz, ahora lleno hasta el borde de pepitas de oro. Se dirigió a Cortés.

—Dijiste —le recordó— que tú y tus compatriotas padecéis una enfermedad del corazón que solo el oro puede curar, y pediste ver el oro de nuestras minas. El gran

Moctezuma te envía este como regalo. ¿Crees que curará vuestra extraña dolencia?

Alvarado, Velázquez de León, Escudero, Puertocarrero, Montejo y los demás capitanes se adelantaron. El casco pasó de mano en mano y todos tomaban puñados del brillante metal que dejaban luego escapar entre los dedos. Mientras estaban ocupados en eso, Cortés buscó con la mirada a Bernal Díaz y lo vio de pie detrás del resto, bromeando con su amigo Gonzalo de Sandoval. Cortés los había ascendido a ambos al rango de alférez justo después de zarpar de Cuba y nunca se había arrepentido de esa decisión. A pesar de la diferencia de sus orígenes, puesto que Sandoval era un aristócrata cuya familia se había arruinado y Díaz era plebeyo, trabajaban bien juntos, tenían el respeto de los hombres a los que comandaban y habían luchado con gran valor en Potonchán.

—¡Eh, Bernal! —lo llamó Cortés—. ¡Venid aquí! Ya veis que os han devuelto el casco lleno de oro, como pedimos.

El joven alférez se abrió paso entre la gente, tomó el casco y miró su contenido.

—Con tanto oro un hombre puede retirarse y no volver a trabajar —dijo con tristeza.

—¡Tonterías! —terció Alvarado. Había encontrado una saca vacía en alguna parte y la iba llenando a puñados con las pepitas de oro del yelmo—. Cinco mil pesos como mucho —añadió—. Apenas bastan para que un hombre se retire.

—Eso dependerá de las necesidades de ese hombre —repuso Díaz con tirantez, cubriéndose la cabeza con el yelmo ya vacío.

Cortés le quitó amablemente la saca de las manos a Alvarado y la dejó en la alfombra, delante de su asiento. Cinco mil pesos eran una buena suma, pero el verdadero valor de aquellas pepitas estribaba en que constituían la prueba fehaciente de la existencia en aquellas tierras de ricas minas. Esa información valía diez mil veces más que el valor del oro fundido en sí.

—Gracias, embajador Teudile —dijo—. Me ocuparé de que este generoso presente le llegue al emperador de España. ¿Qué más tienes para nosotros?

Cortés llamó a Pepillo para llevar la cuenta y hacer inventario de los regalos.

Ítem: Dos collares de oro y pedrería, uno de los cuales compuesto de 8 ristras de 232 piedras rojas y 163 piedras verdes. Cuelgan de este collar 27 pequeños cascabeles de oro y en medio de ellos hay 4 figuritas de grandes piedras preciosas engastadas en oro.

Ítem: Cuatro pares de antiparras, dos chapados en oro con guarnición de cuero de venado amarillo y los otros dos en plata con guarnición de cuero de venado blanco, de cada uno de los cuales cuelgan 16 cascabeles de oro.

Ítem: Una patena grande de oro que pesa sesenta pesos de oro.

Ítem: Un amoscador de plumas de colores con 37 varillas recubiertas de oro.

Ítem: 68 pequeñas monedas de oro, cada una de las cuales es tan grande como una de medio cuarto.

Ítem: 20 torrecitas de oro.

Ítem: Un brazalete de pedrería.

Ítem: Una cabeza grande de oro que parece de caimán.

Ítem: Un capacete de pedrería azul con 20 cascabeles de oro que cuelgan alrededor, con dos sartas encima de cada cascabel.

Ítem: Otro capacete de pedrería azul con 25 cascabeles de oro y dos cuentas de oro por encima de cada cascabel que cuelga alrededor del mismo.

Ítem: Un haba de caña, dos grandes piezas de oro que se ponen en la cabeza a manera de caracol de oro.

Ítem: Un cetro de pedrería colorada que se asemeja a una culebra con su cabeza, y dientes y ojos que parecen de nácar.

Ítem:Un rodela grande de plumas. En el centro de esta rodela hay una chapa de oro con una figura de las que hacen los indios, con otras cuatro medias chapas de oro en la orla que, todas juntas, forman una cruz.

Ítem: 62 sellos de plata.

Ítem: 6 rodelas, cada una completamente recubierta por una plancha de oro.

Ítem: Media mitra de oro.

Ítem: 20 aves de oro de delicada y realista factura.

Ítem: Dos varas de medio metro modeladas en oro fino.

Ítem: 31 piezas de tela de algodón con distintos estampados, adornadas con plumas de muchos colores.

La lista seguía y seguía, llenando página tras página con la escritura pequeña y pulcra de Pepillo de artículos de enorme valor mezclados con objetos meramente hermosos. A medida que la calurosa tarde avanzaba y se acercaba la noche sin que cesaran de presentarle lo que parecían inacabables variedades y combinaciones de ricos regalos, Cortés estaba cada vez más asombrado y maravillado, como si estuviera inmerso en un sueño o una visión fantástica. A diferencia de la mayoría de sus capitanes, sin embargo, se aseguró de mantenerse impasible, sin hacer nada que denotara la delicia ni el ansia que sentía por la

gran riqueza que le estaban entregando sin siquiera luchar para obtenerla.

Finalmente, cuando la negra noche descendió sobre el campamento y cien antorchas parpadearon iluminando la escena sensacional que se desarrollaba bajo el entoldado, Teudile enseñó sus platos fuertes: dos discos gigantescos de un palmo de espesor y del tamaño de una rueda de carro. Uno era de oro macizo y valía doscientos mil pesos, pensó Alvarado; el otro era de plata. Ambos estaban cubiertos de intrincados grabados con cifras del calendario mexica que Teudile insistió en explicar. En el centro de la rueda de plata, según dijo, estaba la imagen de Tocacihuátl, la luna, en forma de cara de mujer, que simbolizaba el reino de lo femenino: las aguas de los lagos y los océanos, la noche y la oscuridad y todos los principios dóciles, pasivos y flexibles de la vida. En contraste, la cara del centro de la rueda de oro era de Tonatiuh, el sol: activo, masculino, luminoso, celestial, con el rostro arrugado por la vejez y una lengua afilada y puntiaguda que sobresalía con avidez.

—¿Tonatiuh? —dijo Alvarado—. ¡Así me llaman los de tu pueblo!

—Porque tienes el pelo dorado —dijo Teudile.

—Pero tengo el rostro joven y guapo —protestó Alvarado, acariciando con los dedos la grotesca imagen—. ¡No soy así! ¿Por qué lo representáis tan viejo y feo?

—Nosotros los mexicas creemos que el sol de nuestra época es el quinto que ha brillado sobre la humanidad, y que ha habido cuatro soles o edades de la tierra anteriores, cada una de las cuales terminó con un terrible cataclismo que destruyó la mayor parte de la humanidad. Creemos que nuestro Quinto Sol es ya muy viejo y cruel, y que solo sigue vivo y es capaz de continuar brillando sobre nosotros porque le ofrecemos constantemente alimento y rejuvenecimiento.

Cortés se arrodilló para ver de cerca la figura.

—La lengua es rara —dijo—. Casi parece una daga.

—Es el cuchillo de obsidiana para los sacrificios —respondió Teudile con una sonrisa espantosa—. El rejuvenecimiento que les ofrecemos todos los días al sol y al Colibrí, nuestro dios de la guerra, es en forma de sangre y corazones humanos.

La ira embargó a Cortés.

—Los mexicas sabéis hacer cosas bellas y maravillosas —dijo—, pero esa práctica vuestra de los sacrificios humanos es una abominación y las repugnantes criaturas que adoráis no son dioses sino demonios. Tenéis que abandonarlas, tenéis que abandonar los sacrificios y los demás rituales diabólicos que practicáis, tenéis que destruir vuestros malditos ídolos y adorar al único Dios verdadero, creador del cielo y la tierra, cuyo hijo es Jesucristo y cuyo camino mi soberano, don Carlos de España, me ha enviado aquí a enseñaros. Es con este propósito que tengo que viajar ahora con mi ejército hasta vuestra ciudad de Tenochtitlán, para reunirme allí con vuestro soberano Moctezuma y corregirlo en los muchos errores que comete e intentar salvar su alma.

Cuando Aguilar tradujo esto al maya para Malinali, Cortés la vio volverse hacia él con los ojos negros brillantes de emoción.

—¿Estás seguro de que quieres que diga esto, señor? —le preguntó en castellano.

—¡Sí! —espetó él—. ¡Por supuesto que estoy seguro!

Lo siguiente que dijo Malinali tuvo que aclarárselo Aguilar.

—A lo mejor sería prudente no contarles tus planes a los mexicas, señor. No digas lo que te propones hacer. Haz más bien lo que quieras con ellos cuando estés preparado, sin avisarlos y sin piedad.

Sin embargo, Cortés seguía enfadado y desoyó su consejo.

—Traduce lo que he dicho a su lengua pagana, Malinali, exactamente como lo he dicho. Estos salvajes deben saber la verdad.

—Como quieras, señor —repuso ella.

Cuando la joven se puso a hablar en náhuatl, Cortés observó las caras de los delegados mexicas. Pitxatzin parecía asustado y Teudile, pensó, suspicaz y deshonesto, pero la cara de Cuauhtémoc era de ira y puro odio.

—¡Zorra! —gruñó en cuanto la muchacha terminó de traducir las advertencias de Cortés—. ¿Por qué sirves a estos bandidos? ¿Por qué les sirves de lengua? Eres una mujer de nuestra tierra. Te ordeno que los dejes ahora mismo.

¿Lo sabía Cuauhtémoc?, se preguntó la joven. ¿Se había enterado de que Moctezuma la había liberado en el momento culminante de aquella terrible noche en la gran pirámide? ¿La

llamaba zorra porque se había enterado de su historia, de su vida como esclava sexual, de los hombres a los que había servido en Tenochtitlán, incluido su propio padre, antes de que la designaran para el sacrificio? La sola presencia de aquel príncipe, aunque nunca había sido amante suyo, la llenaba de terror, pero se negaba a revelar lo que sentía, se negaba a que su cara la traicionara, se negaba a darle rienda suelta. Así que rio y lo miró a los ojos, faltándole al respeto con aquel acto sencillo, más de lo que nunca le había faltado al respeto una servil mujer de los mexicas.

—Tú no puedes darme órdenes, Cuauhtémoc —le dijo—. Me he librado de ti, me he librado de la intimidación y la crueldad de tu raza, soy libre de hacer lo que quiera... y elijo ayudar a estos *tueles* de piel blanca.

—*¡Tueles!* ¡Ja! ¿Crees que son dioses?

—Ya aprenderás por ti mismo lo que son y lo que no son.

Malinali se dio cuenta de que estaba temblando. Para ella era antinatural hablarle de aquella manera a un príncipe de sangre real, aunque tenía que admitir que haciéndolo sentía un placer exquisito. Ignorando a Cuauhtémoc, se volvió hacia Teudile.

—¿Qué le dices al señor Cortés?

La cara de Teudile seguía siendo una máscara de desdén.

—Nuestro venerado Orador me ha dado un mensaje para tu señor —dijo—. El mensaje es este: que acepte estos regalos que ha recibido con la misma elegancia que Moctezuma ha demostrado mandándoselos, y que los reparta a su antojo entre los *tueles* y los hombres que lo acompañan. Nuestro venerado Orador dice además que espera ver un día la cara del gran emperador don Carlos de España, del cual el señor Cortés habla, pero que en ningún caso se reunirá con el señor Cortés. Nuestro venerado Orador está enfermo y no puede descender hasta el mar, y sería extremadamente difícil y laborioso para Cortés ir a reunirse con él, no solo a causa de las muchas y altas montañas que se encuentran entre ambos, sino también de los grandes y estériles desiertos que tendría que atravesar, en los que necesariamente padecería hambre, sed y otras dificultades parecidas. Además, gran parte del territorio que tendría que cruzar está en manos de los enemigos de Moctezuma, que son crueles y malvados y que van a matarlo en cuanto se enteren de que viaja como amigo de Moctezuma. Por tanto, que el señor

Cortés tome estos regalos y se vuelva cruzando el mar por donde vino.

Malinali necesitó la ayuda de Aguilar para traducir al castellano el discurso de Teudile, y mientras este lo hacía vio cómo se le ensombrecía el rostro a Cortés.

—Comunícale esto a Teudile —dijo cuando lo hubo entendido todo—. Diles a él y a ese joven maleducado que está de pie a su espalda, que iré a Tenochtitlán con mi ejército le guste o no a su venerado orador. He viajado desde tierras lejanas, cruzado miles de millas de océano y luchado en batallas con enemigos salvajes para ver a Moctezuma y hablar con él en persona. Mi gran rey y señor don Carlos no me recibirá bien si vuelvo sin conseguirlo, así que diles a estos perros mexicas que nada me detendrá, ni montañas, ni desiertos, ni hombres, y que esté como esté su orador, tengo la intención de ir a su encuentro.

A partir de aquel momento las negociaciones se volvieron muy acaloradas y Malinali observó con interés creciente las duras palabras que intercambiaban no solo Cortés y Teudile, sino también este último y Cuauhtémoc. Técnicamente, el administrador superaba al joven príncipe, pero estaba claro que Cuauhtémoc no solo era de más alta cuna sino que tenía una personalidad más fuerte, de modo que, en última instancia, impondría su voluntad.

Cuando Cortés hubo insistido por cuarta o quinta vez, en un lenguaje cada vez más amenazador, en que nada podría impedir que marchara hacia Tenochtitlán y que de hecho le parecía que los mexicas estaban poniendo excusas para retrasar su viaje, Cuauhtémoc montó en cólera.

—Ya tenéis todo lo que habíais venido a buscar: oro, joyas, más riquezas de las que unos ladrones como vosotros hayan podido soñar. No tendríais nada de esto, creedme, si Moctezuma hubiera seguido mi consejo. Por tanto, consideraos afortunados, volved a vuestro país en vuestras naves ahora o, os lo advierto, Cortés, vas a perecer en mi tierra, y contigo perecerá todo tu pequeño ejército.

Cortés sonrió.

—Los mayas chontales me amenazaron exactamente con lo mismo en Potonchán, y mira lo que les pasó.

Cuauhtémoc tenía la cara contraída de furia.

—Nosotros no somos los mayas chontales. Cometes un

gran error si crees que lo somos.

Otra sonrisa burlona de Cortés.

—No veo grandes diferencias. Todos sois paganos salvajes que adoráis falsos dioses, y ni los unos ni los otros tenéis idea de cómo ganar una verdadera batalla. Si decido marchar sobre Tenochtitlán mañana, no seréis capaces de detenerme.

Cuauhtémoc se irguió en toda su estatura.

—Mis soldados son tan numerosos como la arena del mar —fanfarroneó—, invencibles en combate. Marcha sobre Tenochtitlán y te enseñaré cómo combaten los mexicas.

—Es una lección que espero con impaciencia —repuso Cortés—, y cuando os hayamos destruido puedes estar seguro de que visitaré a Moctezuma en su palacio.

Después de traducir esto último, Malinali no pudo resistir la tentación de añadir algo de su propia cosecha:

—Cuando un hombre tiene que mentir —le comentó tranquilamente a Cuauhtémoc—, lo interpreto como un síntoma de debilidad.

—Silencio, zorra. Tú no tienes voz en este asunto —le ordenó el príncipe.

—Pero tengo oídos y sé, como también sabe el señor Cortés, que tus guerreros han sido vencidos. ¿Crees que la pérdida de todo un ejército mexica en combate contra los tlaxcaltecas es algo que pueda mantenerse en secreto? Así que en lo único que son innumerables tus soldados es en que son innumerablemente menos que antes, gran príncipe, mientras que tus enemigos se multiplican.

Malinali miró despacio alrededor, observando a los sombríos capitanes españoles que rodeaban a Cortés, cuyas armaduras brillaban a la luz de las antorchas, y al propio Cortés, de mirada hundida y despiadada, con la mano en la empuñadura de su espada.

—¿Tan seguro estás de que el príncipe Cuauhtémoc acierta añadiendo a estos *tueles* al grueso de tus enemigos? —le dijo a Teudile—. No has visto como yo su modo de luchar. No puedes ni siquiera imaginar de qué son capaces.

Teudile se acercó a Malinali y la miró a los ojos.

—Conocemos tu historia —le dijo en tono amenazador, en lugar de responder a su pregunta—. El señor Moctezuma se acuerda de ti.

Luego, sin decir nada más y dejando todos los regalos de

oro, se marchó del campamento, por las dunas, a la cabeza de su delegación.

22

Miércoles, 12 de mayo de 1519, a altas horas de la madrugada

Moctezuma estaba alegre, algo que ya casi había olvidado. El corazón le retumbaba, amenazando con salírsele del pecho, y notaba la emoción en la garganta. No había hecho ningún sacrificio, solo había comido una pequeña cantidad de setas y, sin embargo, allí estaba el dios Colibrí, cerniéndose sobre él, brillando como el sol naciente en la oscuridad de la noche.

—Señor —le dijo—. Has vuelto a mí.

—Nunca te he dejado —dijo el Colibrí—. He observado tus progresos... con aprobación.

—Gracias, señor. Entonces, ¿apruebas que me haya negado a que, como exigía Cuauhtémoc, diez regimientos atacaran a los *tueles* de piel blanca en su campamento?

—¡Lo apruebo, hijo mío! ¡Lo apruebo por completo! Ahora no es el momento adecuado para descargar toda la fuerza sobre los pieles blancas. Habría sido un desastre si hubieras permitido a Cuauhtémoc llevar a cabo ese estúpido e inoportuno plan. Tomaste la decisión correcta y te aplaudo por ello.

El placer de Moctezuma era tan intenso que, por primera vez en varios meses, notó que el *tepulli* se le inundaba de sangre con una erección.

—En lugar de hacer la guerra a los pieles blancas —le dijo al dios—, me ha parecido prudente asignar más regimientos al sagrado deber de atrapar vírgenes para ofrecértelas como sacrificio. Había asignado cuatro regimientos a esta sagrada tarea, pero en los días transcurridos desde la última reunión de mi consejo los he incrementado hasta diez: ochenta mil hombres capaces, el mismo número que exigió Cuauhtémoc. Estoy seguro de que ahora el resultado de la empresa te satisfará. Mis regimientos han sido enviados lejos a cubrir un amplio territorio, como los dedos de dos grandes manos extendidas por el imperio. Los corredores me hacen llegar informes a diario. Ya hemos empezado a cobrar tributos adicionales a nuestros pueblos vasallos y a atacar ciudades enemigas. Están preparando nuestros corrales de engorde en Tenochtitlán para acoger a las vírgenes raptadas.

El Gran Orador, señor de la nación mexica, estaba tendido a oscuras, con los brazos en cruz y las piernas separadas, en el suelo de la habitación. De pie, cerniéndose sobre él, el dios se relamió.

—He visto tus preparativos —dijo—, y he disfrutado de ellos.

A Moctezuma se le hinchó más el *tepulli*.

—Mi intención es reunir una inmensa cesta de vírgenes en tu nombre. El objetivo es que sean diez mil. Si lo encuentras aceptable, señor, las sacrificaré en tu altar durante los cuatro días que culminan con la celebración anual de tu nacimiento.

El Colibrí volvió a relamerse.

—Qué considerado por tu parte, y qué apropiado. ¡Diez mil vírgenes serán un espléndido regalo de cumpleaños! —Se inclinó, puso su enorme mano en la cabeza de Moctezuma y le acarició con suavidad el pelo—. Esperaré la ofrenda... expectante —dijo—. Mientras tanto, permíteme que te ofrezca algo a cambio.

—¿Un regalo, señor? ¿Tienes un regalo para mí?

Moctezuma estaba emocionado y se sentía halagado ante la perspectiva. La sensación de la mano del dios acariciando su pelo le resultaba tremendamente excitante.

—Tengo que enseñarte una cosa —dijo entonces el Colibrí. Un chorro de energía le brotó de los dedos y, de repente, por arte de magia, conjuró una visión.

Sin ser siquiera consciente de la transición, Moctezuma

descubrió que ya no estaba en su palacio, ni en Tenochtitlán, ni a oscuras, sino sobrevolando como un pájaro a la luz del sol su ciudad vasalla de Cholula y su antiquísima pirámide dedicada a Quetzalcóatl. Desde aquel punto de vista elevado, miraba hacia abajo el gran recinto amurallado que rodeaba el santuario del antiguo y futuro rey, el único de su clase donde todavía se permitía el culto con sacerdotes en activo de todos los dominios de los mexicas.

—Este es el lugar, oh, gran Moctezuma —dijo el Colibrí—, y este es el tiempo de la profecía de la destrucción. Cuando el jefe de los pieles blancas llegue a Cholula y entre en el templo de la Serpiente Emplumada perderá su poder.

Una oleada de pánico inundó el corazón de Moctezuma.

—¡Pero yo tenía la esperanza, señor, de que los pieles blancas no se adentraran tanto en mi territorio como para llegar a Cholula! —se apresuró a decir—. Les he enviado un tesoro enorme de oro, a cambio del cual espero que vuelvan cruzando el mar al lugar del que vinieron.

—No harán tal cosa, hijo mío —repuso el Colibrí rotundamente—. El tesoro que les has enviado solo ha acrecentado su apetito. En esto Cuauhtémoc tenía razón, y en los meses próximos pulularán por tus tierras y marcharán sobre vosotros, dispuestos para la guerra.

Moctezuma gimió, regurgitando el terror que sentía.

—Pero no temas —prosiguió el Colibrí—, porque en Cholula los detendrás y acabarás con ellos. Observa y te lo mostraré.

Moctezuma obedeció, mirando hacia abajo, en su visión, la ciudad de Cholula y la pirámide y el santuario dedicado a Quetzalcóatl que ocupaba su centro, y he aquí que vio una gran y furiosa batalla entre soldados mexicas y pieles blancas dentro del inmenso recinto. A medida que la lucha llegaba a su punto culminante, vio compañías de sus valientes guerreros Jaguar y Águila derribando pieles blancas y haciéndolos prisioneros, atando a algunos para que no pudieran moverse y sujetando a otros como esclavos a largos palos con collares apretados para llevarlos a Tenochtitlán y sacrificarlos.

El espectáculo era tan edificante y tranquilizador que Moctezuma se quedó sin aliento.

—¿Será así, señor? —preguntó.

—Será así si así lo hacéis —repuso el Colibrí—, pero antes

de lograr este elevado objetivo, necesito algo de ti.

—Lo que sea, señor. Lo que sea...

—Los hechiceros de la corte, Cuappi, Hecateu, Aztatzin y Tlilpo, son vasijas vacías. No tienen ninguna capacidad. No tienen poder. Son meros ejecutantes de un teatro, de un ritual.

—Sí, gran señor. —Moctezuma movió la cabeza—. Incluso yo, que soy misericordioso, lo he visto. Fracasaron en todos sus intentos de obrar magia contra los pieles blancas. No son nada...

—Son peores que nada. Son un fraude. ¡Unos impostores! Los quiero quemados.

—¿Quemados, señor?

—Sí, ya me has oído. Quemados vivos. Asados en un pozo de fuego. Disponlo de inmediato.

El miedo invadió de nuevo a Moctezuma.

—¿Quiénes serán entonces mis hechiceros, señor?

Una nueva imagen flotó espontáneamente en su mente: un hombre vestido solo con un taparrabos, cuyo poderoso físico, desde los pies descalzos hasta la cabeza afeitada, estaba cubierto de una densa red de tatuajes entrelazados, al punto de ser casi completamente negro, negro como la noche, negro como un jaguar en lo más profundo de la selva, excepto por los ojos, unos ojos terribles, terroríficos, que brillaban y ardían como tizones en medio de una nube de humo, y desde los que salían los complicados dibujos entrelazados, la sagrada geometría, los relámpagos matemáticos de magia suprema.

—Este hombre será tu hechicero —dijo el Colibrí—, el único hechicero que vas a necesitar. Se llama Acopol y es uno de los puros de la tribu chichimeca de los desiertos del norte. Es un nagual, uno que cambia de forma. Me ha servido bien durante muchos años y ahora lo he sacado del océano de arena para servirte. Pero no debes tenerlo en la corte. En vez de eso, nómbralo sumo sacerdote de Cholula. Haz eso, hijo mío, y allanará el camino de tu gran victoria allí.

Moctezuma tenía dudas. ¿Cómo podía sentirse seguro en su corte sin brujo para protegerlo de los ataques mágicos? Sin embargo, el Colibrí le leyó el pensamiento.

—Acopol es poderoso —lo tranquilizó—. Lanzará hechizos de protección alrededor del palacio y del templo donde estás en comunión conmigo. Incluso desde Cholula te mantendrá a salvo.

—En tal caso, señor —dijo Moctezuma—, estoy listo. Haré lo que pides.

—Claro que sí, hijo mío. Claro que sí.

La visión se amplió y empezó a mostrar dónde estaba la figura tatuada. Estaba, de pronto se dio cuenta Moctezuma, sentada en una plataforma, en la cima de la inmensa y antiquísima pirámide del Sol, en Teotihuacán, «el lugar donde los hombres se convirtieron en dioses», a unos cincuenta y cinco kilómetros al norte de la capital mexica.

—Manda una guardia de honor para traer a Acopol aquí, a Tenochtitlán —prosiguió el Colibrí—. Déjale contemplar la quema de tus hechiceros; déjale lanzar sus conjuros de protección para proteger tu palacio de las intrusiones y luego mándalo a Cholula, a preparar el destino final de los hombres blancos.

—Tus palabras son órdenes para mí —dijo Moctezuma mientras la visión se desvanecía lentamente.

SEGUNDA PARTE

12 de mayo de 1519 - 16 de agosto de 1519

23

Miércoles, 12 de mayo de 1519

El hocico de *Melchor* olisqueándole la cara despertó a Pepillo, que cambió de posición en el duro suelo bajo la manta y miró adormilado las cenizas frías de la última hoguera de la noche. Tenía el presentimiento de que algo iba mal.

Melchor gimoteó y lo empujó de nuevo con el hocico.

—¿Qué, chico? —le preguntó Pepillo, todavía medio dormido—. ¿Qué pasa?

El perro contestó con un ladrido sordo y esta vez Pepillo se incorporó, completamente despierto, con un hormigueo en la columna vertebral. Miró alrededor. En las crestas de las dunas vio a los centinelas en sus puestos, con el cañón de los falconetes que manejaban silueteado contra el sol naciente. Los soldados estaban en guardia, atentos al sur, y sus voces denotaban sorpresa.

Al sur estaba Cuetlaxtlán, desde donde se esperaba que llegara cualquier fuerza mexica que fuera a atacar el campamento español. Y la posibilidad de un ataque, después del espinoso encuentro con los embajadores de Moctezuma el día anterior, era muy real. Pepillo se levantó de un brinco y subió corriendo por una duna, levantando una lluvia de arena, con *Melchor* trotando a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó colocándose entre los centinelas.

—Míralo tú mismo, muchacho —le contestó Miguel de la Mafla, un joven mosquetero ascendido al rango de cadete tras la batalla de Potonchán. Indicó los vivaques instalados al sur del perímetro del campamento, a unos centenares de pasos, para albergar a los miles de trabajadores y sirvientas totonacas que los mexicas habían puesto a disposición de los españoles. Los vivaques estaban desiertos, no se veía un alma entre ellos y resultaba evidente que los trabajadores se habían marchado.

—Han huido de noche —dijo De la Mafla—. No han hecho el menor ruido, los muy malditos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Pepillo.

—Significa que tendremos que cuidarnos nosotros —se quejó De la Mafla sonriendo forzadamente—. Lástima. Me estaba acostumbrando a que me lo hicieran todo.

—Y a cubrir a una mujer distinta cada noche —añadió otro centinela con una risotada procaz.

Pepillo se ruborizó.

—Pero ¿qué significa exactamente? ¿Van a atacarnos?

—Pregúntaselo a tu señor, el Caudillo —dijo De la Mafla, palmeando el cañón de latón del falconete—. Pero, si llegan, estamos preparados.

No se materializó ataque alguno, pero tampoco llegaron los suministros adicionales de agua potable y comida que Pitxatzin, el gobernador de Cuetlaxtlán, había prometido el día anterior. Por tanto, a Cortés no le sorprendió que al caer la noche se presentara en su pabellón una delegación de velazquistas, encabezada, como de costumbre, por Juan Escudero, acompañado por Velázquez de León, a la sazón fiel compañero suyo, y Cristóbal de Olid, como era de esperar. Más sorprendente fue la presencia autoritaria del canoso Diego de Ordaz (no porque Cortés desconociera sus simpatías velazquistas, sino porque no era propenso a revelarlas), y todavía más la de Alonso de Grado, hasta entonces partidario y firme defensor de la expedición.

También los acompañaba Francisco de Montejo, con cara de abatimiento, y por último, pero no menos importante, el hombre de Dios de los velazquistas, un cura tuerto y hediondo de pelo negro y lacio llamado Pedro de Cuéllar, otro de los muchos parientes lejanos del gobernador de Cuba que habían zarpado con la expedición.

«¡Menuda tropa!», pensó Cortés, y le pidió a Pepillo que encendiera las antorchas sujetas por ménsulas a las paredes del pabellón, trajera vino y se preparase para tomar notas.

Se acomodó en la silla plegable de campaña y habló del tiempo, de los insectos y de las causas probables de la disentería que aquejaba todavía a una cuarta parte de los expedicionarios.

Finalmente se volvió hacia Escudero.

—Así que, don Juan, tengo entendido que tenéis algunas preocupaciones —le dijo mientras servían el vino.

Pepillo estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, pluma en mano y un fajo de papel en blanco sobre las rodillas.

—¿Preocupaciones? —le espetó Escudero, sacudiendo la copa de vino—. ¡Preocupaciones! ¿No habéis notado que nuestros obreros nativos han desertado? ¿No os habéis dado cuenta de que no nos han traído comida? ¿No se os ha ocurrido que pueden estar a punto de arrebatarnos mañana el tesoro que nos entregaron ayer?

Cortés miró fijamente a su antiguo enemigo, pensando en lo mucho que odiaba al ex alcalde de la ciudad de Baracoa, que debido a su prominente mandíbula inferior se parecía al mero recién pescado que las cocineras había servido para almorzar. Escudero lo había arrestado y encerrado en la asquerosa cárcel de Baracoa siguiendo las órdenes de Velázquez respecto al asunto de Catalina, pero su odio no se debía tanto a eso como a sus fanfarronadas y sus imperdonables burlas, tan imperdonables como los falsos cargos de traición que el gobernador había usado para obligar a Cortés a casarse con su insípida sobrina.

—¿Y bien? —vociferó Escudero cuando el silencio se prolongó—. ¿No tenéis nada que decir?

Cortés sonrió.

—Los trabajadores han hecho su trabajo para nosotros, don Juan. El campamento está terminado y podemos arreglárnoslas bastante bien sin ellos. En cuanto a la comida, tenemos a mano el abundante océano. —Señaló más allá de las lonas abiertas del pabellón, hacia la flota anclada en la bahía—. Y nuestros marineros saben pescar. Yo mismo he disfrutado de un excelente mero en el almuerzo y esta noche cenaremos langosta.

—¡Optáis por la pesca! —se quejó Velázquez de León, un

hombre de prodigioso apetito.

—Pero no habéis pasado hambre —repuso Cortés, mirando la abultada tripa de Velázquez y arqueando una ceja. Miró a los demás—. Seguís comiendo bien, ¿no?

—No estamos preocupados por nosotros —dijo Ordaz bruscamente, con su cara de molinero, tozudo, mirándolo con desaprobación—. Será la tropa la que empezará a tener hambre si no llegan suministros de Cuetlaxtlán.

Cuando Cortés había dirigido la carga de caballería decisiva en Potonchán, le había dado a Ordaz el mando de la infantería. El viejo espadachín había realizado bien la tarea y ahora, por lo visto, pensaba que eso le daba derecho a ser el portavoz de las necesidades de sus tropas.

—¡Al diablo, don Diego! —dijo Cortés con reprobatoria amabilidad—. No tienen por qué pasar hambre. ¡Al fin y al cabo somos españoles! Nos defenderemos muy bien solos: cazando, pescando y tomando lo que queramos de los indígenas siempre que nos apetezca. Ninguno de nosotros va a pasar hambre, os lo prometo...

—Eso no viene al caso —lo cortó Escudero.

—Pero, con todo respeto, don Juan, sois vos quien habéis planteado el asunto.

A Escudero los ojos se le salían de las órbitas.

—Como tengo todo el derecho de hacer. —Adelantó la mandíbula inferior más de lo habitual—. Sin embargo, lo que hemos venido a discutir es lo del oro.

—Ah, sí, por supuesto, el oro.

—Ayer esos apestosos salvajes nos dieron el suficiente para ser todos ricos, no solo los oficiales sino también los soldados. No debemos desaprovechar ni arriesgar ese gran tesoro, don Hernán. Aquí no tenemos aliados, ni reservas a las que recurrir. Tenemos que zarpar hacia Cuba y, por seguridad, rendir cuentas a su excelencia el gobernador.

—Estoy de acuerdo en que no debemos desperdiciar ni arriesgar el tesoro —dijo Cortés—, pero salir hacia Cuba ahora, cuando queda tanto por ganar, me parece una completa estupidez. No quisiera pensar, don Juan, que os habéis vuelto un apocado.

—¿Apocado? ¿Osáis llamarme apocado?

—Vuestra acuciante necesidad de seguridad hace que me lo plantee...

Escudero se levantó de golpe, derribando el taburete, apretando con los nudillos blancos la empuñadura de la espada.

—Vais a retirar ese comentario —dijo, con una burbuja de saliva en la comisura de los labios—, o me daréis satisfacción...

Cortés se levantó también.

—Mi querido don Juan —le dijo—, estaré encantado de daros satisfacción.

El inconveniente de ser oficial, aunque de menor rango, era la infernal necesitad de tomar decisiones. Después de acudir a la llamada del puesto de vigilancia de la puerta norte del campamento, Bernal Díaz se encontró en un dilema: si molestar al Caudillo durante la reunión con un grupo de capitanes importantes o dejar el asunto para la mañana siguiente.

En la oscuridad, ante la puerta se habían congregado unos veinte indios, la mayoría forasteros. Tenían un aspecto salvaje, con el cuerpo musculoso cubierto de tatuajes y agujeros en el labio inferior y las orejas, en los que llevaban grandes discos, algunos de hueso, otros de piedra con manchas azules y algunos otros de oro. Iban desarmados y parecían bastante amigables, pero ¿qué demonios querían y qué estaban diciendo en su incomprensible jerga extranjera?

Díaz envió un centinela a buscar a Malinali y a su colega Jerónimo de Aguilar, porque juntos servían como intérpretes a la expedición, pero el hombre regresó acompañado únicamente por la mujer. Por lo visto, Aguilar estaba en cama con disentería y aseguraba encontrarse demasiado mal para acudir.

Como siempre que estaba cerca de la hermosa nativa de pelo negro como pluma de cuervo, a Díaz le martilleó el corazón y se le trabó la lengua. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué podía decirle? Sabía que estaba aprendiendo castellano, porque Pepillo se lo estaba enseñando y él la había oído a veces hablar en su lengua al Caudillo, pero temía no ser capaz de hacerse entender.

Le hizo una torpe reverencia.

—Mi señora —dijo. No era el modo correcto de dirigirse a una nativa; Puertocarrero, a quien pertenecía, la llamaba simplemente «mujer» o «eh, tú», pero la chica poseía finura, era incluso aristocrática—. Gracias por venir. Por favor, dime, ¿entiendes mi lengua?

A Malinali le centellearon en la oscuridad sus grandes ojos almendrados.

—Sí. Entiendo. ¿Y tú? ¿Tú me entiendes, don Bernal?

¡Dios bendito! Aquello era mejor de lo que había esperado. La joven, maravilla de las maravillas, incluso sabía su nombre.

—Te entiendo perfectamente —le contestó, y se quedó sin palabras, allí de pie, mirándola fijamente.

Otra vez aquel destello en sus ojos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo Malinali.

—¡Sí! ¡Oh, sí! Mucho. —Señaló con el pulgar grande y sucio hacia el grupo de indios que había en la puerta—. Necesito saber qué quieren. ¿Se lo preguntarás?

—Son totonacas. No hablo su lengua. A lo mejor alguno habla náhuatl. Espera, pregunto.

Dio un paso adelante, delgada y elegante. El vestido, muy ajustado, dejaba poco de su figura a la imaginación; pasó entre los guardias apostados a cada lado de la puerta y se dirigió a los indios con voz firme y clara.

Uno de ellos, un salvaje musculoso y alto en la flor de la vida, con mirada de guerrero, respondió de inmediato y ambos mantuvieron una conversación.

Como tenía por costumbre, Tozi esperó hasta pasada la medianoche para entrar en el palacio de Moctezuma. Aunque la invisibilidad la protegía incluso a plena luz del día, se sentía más a salvo y más segura de sí misma en las horas nocturnas. Aquella noche, sin embargo, sentía que algo diferente, algo siniestro, algo terrible flotaba en el aire. Mientras recorría ingrávida e invulnerable los enormes pasillos y pasaba junto a los guardias con sus inútiles lanzas de punta de obsidiana, experimentaba... ¿qué era aquello?

¿Algo nuevo?

Algo desconocido.

Algo extraño.

¿Era...? ¿Podía ser... miedo?

¡No! Por supuesto que no. Ella era Tozi, se recordó. ¡La bruja Tozi! Ella nunca tenía miedo. No había razón para que lo tuviera desde que el Colibrí había multiplicado de un modo tan misterioso sus poderes.

Aun así, ¿qué era aquello? Aquella sensación no le gustaba en absoluto.

Se había dado cuenta de la confusión momentánea en el mayor de los dos grandes patios interiores del palacio: fuego de antorchas, un misterioso resplandor y el alboroto de mil voces. Tozi tenía intención de perseguir a Moctezuma aquella noche, pero antes tenía que descubrir la causa de aquella inusual actividad. ¿Alguna celebración? ¿Alguna ceremonia? En tal caso, lo más probable era que Moctezuma la presidiera y ella tendría ocasión de desequilibrar su mente en público. Su propio miedo no sería nada en comparación con el que ella le infundiría.

—El Gran Orador no estará contento —dijo Teudile. Su voz sepulcral salía de detrás de las cortinas del palanquín dorado y con plumas en el que sus porteadores lo llevaban.

Cuauhtémoc, que desdeñaba un medio de transporte tan propio de mujeres, trotaba a su lado, sin cansarse. Ahora, en la oscuridad, enseñó los dientes en una sonrisa lobuna. El comentario del administrador era el eufemismo del año. Moctezuma no solo estaría descontento, sino furioso. Se pondría lívido y tendría ganas de matarlo cuando se enterara de lo que había hecho el príncipe y, peor todavía, de lo que se proponía hacer. No solo se había enemistado con los pieles blancas y los había amenazado durante el encuentro en las dunas, algo que Moctezuma había prohibido expresamente; no solo había ordenado la retirada de los trabajadores totonacas que habían servido en el campamento piel blanca, sino que Cuauhtémoc había sacado de Tenochtitlán a su propio regimiento, formado por quinientos guerreros *cuahtxics* de elite, que lo esperaba en la siguiente parada del camino, a menos de dos kilómetros de distancia. Su plan, como acababa de contarle a Teudile, era realizar una rápida marcha nocturna de regreso a Cuetlaxtlán con sus ferozmente leales *cuahtxics* y poner a prueba de inmediato la fuerza de los pieles blancas.

—Preferiría tener los ochenta mil hombres que pedí —añadió Cuauhtémoc—. Mi tío fue un tonto al no concedérmelos. Con una fuerza así podría haber superado a los extranjeros, a pesar de sus armas y sus animales de guerra. Pero garantizo que puedo causarles bastantes problemas con mis quinientos escogidos para agitar el avispero, y también tengo intención de llamar a la guarnición de Cuetlaxtlán para que se una a la lucha.

Entonces Moctezuma se verá obligado a mandar refuerzos o resultará patente que es un eunuco idiota.

—Tú eres el idiota, joven príncipe —le dijo Teudile con tristeza—, y me temo que yo también pagaré el precio de tu locura. El Gran Orador no me perdonará el no haber conseguido detenerte.

Cuauhtémoc soltó una carcajada.

—¿Detenerme? ¡Qué absurdo! ¿Cómo ibas tú a detenerme?

—No puedo, por supuesto. Tuyas son las armas, tuyo es el poder, tuya es la sangre real. Pero el señor Moctezuma no verá nada de esto. Me hará desollar vivo.

—No si vuelvo a Tenochtitlán con una victoria conspicua...

—Aunque lo hagas —dijo Teudile—. Para entonces ya me habrán arrancado la piel.

—¡Espero que no, anciano! De todos modos, tengo que hacer lo que considero correcto para salvar a nuestra nación de esos intrusos.

La parada apareció en el horizonte y de la oscuridad surgieron varias siluetas.

—¡Eh, Cabeza de Barro! —llamó Cuauhtémoc, reconociendo a sus amigos, que dirigían el contingente de *cuahtxics*—. ¡Gran Dardo, Comehombres, Cara Velluda, Coyote que Ayuna, dichosos los ojos! ¿Listos para el combate?

—¡No, no, por favor, caballeros! ¡No! —El pequeño y nervudo Francisco de Montejo se había levantado de un salto y se había interpuesto entre Cortés y Escudero, con una mano tendida hacia cada uno, como para mantenerlos apartados físicamente—. No debéis batiros en duelo —dijo con voz temblorosa—. No debemos luchar entre nosotros mientras estemos en territorio hostil. Como amigo que soy de ambos, no puedo permitirlo. No puede ser.

Hombre de cara alargada y piel aceitunada con algo de moro, Montejo llevaba la barba negra con hebras grises bien recortada y el pelo muy corto sembrado de canas. Tenía treinta y cuatro años, pero parecía más viejo. Lo apodaban *el Mozo* a los veintipocos, cuando era todavía un joven optimista de rostro

fresco, pero los últimos cinco años de consumo excesivo de alcohol, mujeres, juego y deudas aplastantes lo habían envejecido terriblemente, comiéndose la pequeña fortuna de su aristocrática familia salmantina y arriesgando su honor. El gobernador de Cuba lo tenía en el bolsillo debido a sus penurias económicas y lo había nombrado para que espiara a Cortés durante la expedición y cortara de raíz cualquier motín, como había revelado durante una borrachera con el propio Cortés. Durante las semanas previas a su salida sin autorización de Cuba, el 18 de febrero, Cortés había cultivado la amistad de Montejo pasando varias noches de excesos con él, compartiendo algunas prostitutas vulgares y algunos vinos muy finos, y liquidando una deuda suya de juego de dos mil pesos en un intento de debilitar su lealtad a Velázquez.

Una suma igual y con el mismo propósito había sido para Velázquez de León, el primo del gobernador, por lo que tampoco era casualidad que este no se hubiera opuesto a la precipitada fuga de Cuba. Cortés se enorgullecía de entender la naturaleza humana y esperaba que aquellos dos hombres, básicamente débiles, siguieran con su filosofía de «a río revuelto, ganancia de pescadores»; aparentemente ahora estaban de su parte, y luego de la de Escudero, hasta estar más seguros de cómo saldrían las cosas.

—¡En nombre de Dios, no peleéis! —dijo el cura tuerto De Cuéllar en ese momento.

Velázquez de León se sometió refunfuñando a los pacificadores, y el enormemente fuerte Cristóbal de Olid, bajo, rechoncho y parecido a un gnomo, con una barba negra salvaje y ojos azules refulgentes, saltó hacia Escudero y lo contuvo cuando trataba de desenvainar la espada.

Hasta el momento Alonso de Grado, el sorprendentemente nuevo converso a la causa velazquista, no había dicho ni una palabra, pero entonces se colocó en el centro con Montejo y le habló a Escudero.

—Don Juan —razonó—, no hay necesidad de que busquéis satisfacción. El Caudillo no tenía intención de poner en duda vuestro valor, estoy seguro.

—Ha dicho que soy un apocado —dijo Escudero con cara de pocos amigos—, y no lo soy, como voy a demostrarle con mi espada. —Trató en vano de librarse de la mano de hierro de Olid—. ¡Soltadme, don Cristóbal! Tengo derecho a defender mi

honor.

—Vuestro honor no ha sido puesto en duda —insistió De Grado. Era un hombre encorvado de nariz bulbosa, piel pálida y pelo rubio, que se peinaba cubriéndose la coronilla en un patético intento de ocultar su calva. Parecía más un recaudador de impuestos o un oficinista que un audaz conquistador—. El Caudillo no ha dicho que seáis apocado. Sus palabras exactas han sido que no quisiera pensar que lo sois, y esto, tenéis que darme la razón, es algo muy diferente.

Cortés había contemplado irónico la escena. Todos los velazquistas sabían que él era un espadachín mucho mejor y con más experiencia que Escudero y que, salvo alguna desgracia, solo había un resultado posible para el duelo. En parte estaba ansioso por seguir adelante, atravesar al estúpido y orgulloso juerguista y poner fin a su disputa de una vez por todas. Sin embargo, la parte que correspondía al lado más sigiloso y calculador de su carácter, prefería esperar y encontrar un pretexto legítimo para colgar a Escudero. No sería demasiado difícil; de hecho, ya había empezado a tramar las maniobras necesarias para lograrlo, cuando oyeron pasos y voces y Bernal Díaz se asomó a la puerta del pabellón.

El joven alférez ignoró a los velazquistas.

—Caudillo —dijo—. Pido disculpas por molestaros. Echadme si estoy equivocado, pero hay algo urgente que deberíais saber...

Tozi acechaba invisible entre los nobles, guerreros y ayudantes reales congregados en el patio, tratando de encontrarle sentido a lo que estaba ocurriendo. Abierto al cielo, era un espacio rectangular enorme, tal vez de un centenar de pasos de longitud por ochenta de anchura, rodeado por un camino pavimentado, cubierto y bordeado por una columnata. El patio en sí estaba pavimentado con losas pulidas, pero habían quitado las del centro para cavar una fosa en la tierra: una fosa de cinco pasos cuadrados llena de troncos que ardían enviando columnas de humo acre hacia el cielo. En la cara norte de la misma, a unos quince pasos, habían colocado un imponente trono, en aquel momento desocupado, y dispuesto bancos junto a él para una treintena de los principales notables del país.

Frente a ellos, en la cara sur de la fosa, más cerca del fuego, había cuatro cautivos de pie en hilera, vestidos con el taparrabos de papel de los sacrificios, con las manos atadas a la espalda, el cuerpo cubierto de tiza y la cabeza decorada con plumas de cuervo pegadas con caucho fundido. Detrás de ellos había una fila de guardias armados con largas lanzas de filos de obsidiana. Retenido por otros guardias, el gentío empujaba impaciente, con las caras morbosas a la luz parpadeante de las llamas, sediento de sangre. ¡Que nadie pudiera decir que los mexicas no estaban dispuestos a presenciar la muerte!

¿Quiénes eran aquellos cautivos para merecer tal exhibición? Tozi se acercó más, pero hasta que estuvo justo a su lado al sur de la fosa no reconoció sus rostros crispados y torturados. No eran otros que los hechiceros reales Tlilpo, Cuappi, Aztatzin y Hecateu, que hasta hacía poco disfrutaban de una posición elevada a pesar de que sus hechizos habían fracasado miserablemente en mantenerla alejada del palacio o detectar su presencia en él. Por lo visto, Moctezuma había descubierto por fin lo inútiles que eran y decidido deshacerse de ellos.

Se estremeció de emoción. ¿Se había enterado de su presencia o habían cometido algún otro error para merecer aquella espectacular ejecución?

Mientras le pasaba aquella idea por la cabeza hubo movimiento al este del patio; llegó una procesión con un espléndido palanquín llevado por los guardaespaldas reales. Con odio en el corazón, Tozi observó a la multitud de jóvenes y viejos, aristócratas y plebeyos, encogerse y echarse al suelo mientras el Gran Orador salía en el palanquín y luego lo ayudaban a bajar del mismo, vestido con su mejor túnica púrpura, para ocupar su lugar en el trono. Saludó con la mano a los espectadores postrados a sus pies.

¡Cuánta pompa, cuánto orgullo, cuántos privilegios! Tozi le envió un dardo de miedo y observó satisfecha que se enderezaba, buscando con la mirada a izquierda y derecha.

«¡Oh! —pensó—. ¡Esto va a ser muy divertido!»

Pero no iba a precipitarse, decidió.

Mejor prolongar la humillación, mejor dejar que la noche llegara a su punto culminante antes de demostrarle al monstruo el verdadero significado del terror.

Cuando recuperó la compostura, Moctezuma se inclinó

para susurrarle algo al oído al sumo sacerdote Namacuix, de pie a su lado. Este, a su vez, ladró una orden y los ayudantes se apresuraron a rodear el fuego, amontonar los leños y apagar las últimas llamas hasta que la fosa estuvo llena solo de brasas ardientes. Respondiendo a otra orden, los guardias, lanzas en ristre, empujaron a los cuatro prisioneros hasta el borde. Forcejeando e implorando clemencia tan cerca de la fosa, el papel de los taparrabos se arrugó, se ennegreció y se quemó, dejándolos desnudos y llorando de dolor.

Reinaba un silencio expectante. Los guardias estaban preparados. Los prisioneros vacilaban al borde de la fosa y, entonces, de repente, a Tozi se le heló el corazón. Moctezuma alzó la mano y la multitud situada al oeste del patio se dividió como cortada en dos por un cuchillo.

Por el paso abierto, alguien, algo, se acercaba.

Una cosa terrible, inenarrable.

—Bueno, hablad, hombre —le dijo Cortés a Díaz—. ¿Qué es eso tan urgente?

—Indios, Caudillo. Veinte totonacas. Me he tomado la libertad de pedir a Malinali que hablara con ellos, señor. Uno habla su lengua y parece que quieren ayudarnos a luchar contra Moctezuma.

—¡Veinte! —se burló Escudero—. De mucho nos van a servir veinte. —Volvía a tener la mano en la empuñadura de la espada, porque Olid lo había soltado al entrar Díaz.

—No. No me habéis entendido, don Juan —dijo este último—. Estos veinte no son más que una delegación. Dicen que tienen decenas de miles de guerreros dispuestos a luchar en nuestro bando si vamos a atacar a Moctezuma.

Por la cara que ponía el joven alférez, estaba claro que se había dado cuenta del explosivo antagonismo entre Cortés y Escudero y que esperaba con incertidumbre una respuesta.

—Bueno, bueno —dijo Cortés—. Interesante... —Se frotó las manos y miró con dureza a Escudero—. Don Juan, vos y yo resolveremos nuestras diferencias más tarde. Mientras tanto vamos a escuchar a estos indios. Lo que nos digan puede tener relación con vuestros planes de volver a Cuba.

—¡Imposible! —se mofó Escudero.

—Aun así, deberíamos escucharlos —dijo Ordaz con rotundidad.

—Estoy de acuerdo —intervino De Grado—. Es una idea excelente.

—No veo inconveniente —aceptó Montejo, después de lo cual Olid, Velázquez de León y el cura secundaron uno tras otro la propuesta, con lo que a Escudero no le quedó más remedio que claudicar.

Cortés se volvió hacia Díaz.

—Muy bien, Bernal, traed a su portavoz pero dejad fuera a los otros diecinueve, ¿eh? —Soltó una carcajada—. ¿Decís que Malinali viene con vos para hacer de intérprete?

—Sí, Caudillo.

—¿Qué hay de Aguilar?

—Está indispuesto, señor.

Pepillo reconoció al portavoz totonaca en cuanto entró en el pabellón, y enseguida quedó claro que el Caudillo también.

—¿No es uno de los dos que los mexicas querían ofrecernos en sacrificio? —le preguntó a Malinali.

La joven no entendió la pregunta, pero Pepillo fue capaz de aclarársela hablando medio en castellano medio en vacilante náhuatl.

—Ah, ya veo, ya veo —dijo ella, como siempre entendiendo rápidamente lo esencial. Se volvió hacia Cortés—. Sí, señor, el mismo. Te debe la vida, dice. Quiere pagar su deuda.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Se llama Meco.

Cortés se adelantó para saludar al alto indio de espaldas anchas y profusamente tatuado, mientras Pepillo miraba las numerosas cicatrices que tenía en el cuerpo, algunas viejas y otras recientes, el pelo largo y trenzado, los discos de hueso que llevaba en labios y orejas, que en conjunto le daban un aspecto horripilante. Los ojos, sin embargo, eran inteligentes y de mirada franca. Aun sometido a aquel escrutinio, ni siquiera parpadeaba.

—Bienvenido —le dijo por fin Cortés, tendiéndole la mano.

Malinali tradujo el saludo al náhuatl y el indio se la estrechó, subiendo y bajando la suya vigorosamente.

Sin más trámites, empezó la negociación, que fue, como

reconoció Pepillo mientras tomaba notas, una verdadera negociación desde el principio. Era evidente que los totonacas pensaban que tenían algo que ofrecer y creían que también los españoles tenían algo que darles a cambio.

—¿Perteneces a la misma tribu totonaca que los trabajadores que nos mandaron desde Cuetlaxtlán y que ahora han huido? —le preguntó Cortés.

Meco respondió que pertenecía a la misma.

—Pero tanto tu atuendo como tu aspecto son muy distintos. Pareces un hombre libre. Ellos parecían esclavos.

Con ciertas dificultades de traducción, que Pepillo fue nuevamente capaz de ayudar a desenmarañar, Meco explicó que los suyos eran de la gran ciudad de Cempoala, la capital totonaca, situada a dos días de marcha hacia el norte, y que, a diferencia de los totonacas de aquella parte de la costa, seguían siendo hasta cierto punto independientes de los mexicas; aun así, eran vasallos. Mientras la tortuosa conversación continuaba, con muchas pausas para aclaraciones, la intención que tenían fue gradualmente haciéndose patente.

Como todos en la región, se habían enterado de la tremenda derrota de los mayas en Potonchán, que les había producido una grata impresión. Además, dijo Meco, llevándose la mano al corazón, nunca olvidaría lo sucedido dos semanas antes, cuando los españoles habían plantado cara a los temidos mexicas y Cortés había obligado a Teudile a liberarlos tanto a él como a su hijo, porque ese era la otra víctima. Habían huido los dos a Cempoala e informado del asunto a su jefe supremo, un hombre llamado Tlacoch, que había concebido la esperanza de que Cortés pudiera liberar a los totonacas de sus odiados gobernantes, y que por eso había enviado a Meco de vuelta para esperar una oportunidad de acercarse a Cortés. No lo había conseguido mientras los trabajadores y sus supervisores mexicas habían permanecido en el campamento, pero ahora que se habían marchado y Cortés había mandado a la delegación de Teudile de vuelta a Tenochtitlán «con el rabo entre las piernas», como remarcó Meco, había aprovechado la ocasión. Su misión era pedirle que considerara visitar Cempoala para reunirse con Tlacoch y mantener conversaciones que podrían resultarles mutuamente beneficiosas.

Cortés respondió con palabras de adulación y le dijo amablemente a Meco que la respuesta era afirmativa; había

ciertas cuestiones de las que debía ocuparse primero, pero pronto iría a reunirse con el gran jefe.

—Por cierto —le preguntó como quien no quiere la cosa —, ¿se puede llegar en barco hasta Cempoala?

Meco respondió que no, que no era posible, porque la capital totonaca se encontraba tierra adentro.

—¿Hay alguna ciudad cercana en la costa?

Meco dijo que sí, que la había. Se llamaba Huitztlán y estaba en una bahía resguardada, al norte de Cempoala, a unas cuantas horas de marcha.

Cuando Cortés quedó satisfecho con todo esto, acompañó a Meco desde el pabellón, indicándole por señas a Malinali que se les uniera. Fuera hablaron brevemente en susurros. Cuando Cortés regresó, Malinali no iba con él.

—Y bien, caballeros —dijo sonriente a los velazquistas—. ¿Qué opináis de nuestro visitante?

—Es un sucio salvaje —soltó Escudero, rascándose una picadura de mosquito que tenía en la frente.

—Puede que sea sucio, pero lo que acaba de decirnos cambia las cosas, ¿no es cierto?

—No cambia nada.

—¿En serio? —Cortés pareció asombrado—. No puedo estar más en desacuerdo. El noble Meco nos ha revelado que hay desavenencias entre los salvajes. Creo que podemos aprovechar esas desavenencias para enfrentarlos y seguir adelante para obtener el gran premio de Tenochtitlán y las montañas de oro que los mexicas poseen. Para estar seguros nos han entregado un tesoro digno del rescate de un rey, pero pensad cuánto más podemos ganar si perseveramos, tanto más cuanto que ahora tenemos la cierta posibilidad de conseguir aliados que nos proporcionen recursos, fuerzas de reserva, suministros, ¡incluso un puerto resguardado, por Dios! Todo lo que necesitamos para una campaña prolongada.

—Salvajes con huesos hincados en las narices... —se burló Escudero.

—Pero salvajes que odian a los mexicas y que lucharán para nosotros si los animamos a hacerlo —siguió razonando Cortés—. Vamos, don Juan, no descartéis tan rápidamente esta señal de que tenemos la bendición de Dios para nuestra empresa.

—Estoy con el Caudillo —anunció De Grado, y puso una

mano en el hombro de Escudero—. Yo estaba a favor de vuestro plan de regresar a Cuba —le explicó—. Me parecía lo prudente. Pero la alianza que nos ofrecen los totonacas lo cambia todo. Con todos los respetos, don Juan, deseo ver en qué acaba esto antes de decidirme a zarpar.

—No tenemos nada que perder y mucho que ganar —añadió Montejo—. Yo digo que vayamos a Cempoala.

—Debemos ir a Cempoala —estuvo de acuerdo Olid—. ¡Dos días de marcha! ¿Qué son dos días de marcha cuando hay tanto en juego?

Pepillo seguía anotando, consciente de la inconstancia de los velazquistas, que con tanta facilidad cambiaban de opinión. Había sido un golpe de suerte para Cortés que los totonacas se hubieran presentado justo en ese momento. ¡La suerte solía favorecerlo! Sin embargo, aquellos hombres, salvo Escudero, eran como arcilla en sus manos y cedían fácilmente a su voluntad. De hecho, incluso Escudero era manipulable, vio Pepillo cuando Cortés desvió la conversación hábilmente de nuevo hacia el tema del honor del cabecilla, y estaba claro que la opinión de los velazquistas era mayoritariamente contraria al regreso inmediato a Cuba.

—Juan —le dijo, magnánimo—, enterremos nuestras diferencias. Francisco estaba en lo cierto antes cuando ha dicho que yo no pretendía poner en duda vuestro honor. No debemos iniciar una lucha en la que uno de los dos moriría por un malentendido tan baladí...

—Pedidme disculpas, pues.

—Desde luego, me disculpo por haberme expresado con torpeza. No tengo ninguna duda acerca de vuestro valor. Nunca he dudado de él. De hecho, confiaré en él en los meses venideros, cuando nos opongamos al poder de los mexicas.

—Pero aún no hemos decidido hacerlo —objetó Escudero. Miró a sus compañeros—. Acepto que deberíamos comprobar el valor de una alianza con los totonacas, pero si se demuestra inútil, como sospecho, entonces confío en que todos estaréis de acuerdo en regresar de inmediato a Cuba. Incluso vos, Cortés. ¿Estaréis de acuerdo en eso?

—Mi responsabilidad como capitán general es velar por los intereses de todos los expedicionarios y actuar en consecuencia —repuso diplomáticamente Cortés—. No oculto mi opinión de que lo que más conviene a nuestros intereses, con

o sin los totonacas, es marchar hacia Tenochtitlán y apoderarnos de todo lo que tienen los mexicas. Pero Juan, os digo una cosa: hagamos una prueba. Aprendamos más acerca de esta oferta de los totonacas y luego, en el momento adecuado, pidamos que vote todo el ejército si quedarnos aquí, en México, y conquistarlo, o si volver a Cuba como deseáis vos. ¿Os someteréis al resultado de dicha votación? ¿Qué me decís?

—Digo que sí, por supuesto. —Escudero estaba visiblemente incómodo porque todos sus aliados lo miraban—. Votaremos y acataremos el resultado.

Pepillo se dio cuenta de que difícilmente podría haber dicho otra cosa. Pero ¿qué se traía exactamente entre manos Cortés? A veces la mente de su señor le resultaba tan impenetrable como una niebla espesa.

Al principio, lo que Tozi vio avanzando con suavidad entre la gente fue una enorme bestia de la jungla de ojos amarillos, un jaguar negro, voluminoso e implacable, tan alto que le habría llegado a los hombros a un hombre adulto. A medida que la criatura se acercaba a la fosa, sin embargo, sufrió una transformación. Fue como si unas sombras lo rodearan, su forma titiló, se desvaneció y, por último (¡era obra de algún hechizo!), se redefinió con la apariencia de un nómada chichimeca, esbelto y musculoso. Iba vestido solo con un taparrabos, y tenía todo el cuerpo, de los pies desnudos a la cabeza afeitada, cubierto de tatuajes de remolinos negros.

Tozi sintió una punzada de miedo, ¡miedo otra vez!, pero también quedó fascinada. ¿Quién era aquel hombre? Solo un poderoso hechicero, un nagual del orden más elevado, podía cambiar de forma con tan poco esfuerzo.

Silenciosa e invisible, indetectable al otro lado del fuego sacrificial, Tozi observó cómo la extraña figura tatuada avanzaba hacia el trono real en que el Gran Orador estaba sentado inmóvil, como hipnotizado. Vio que el nagual se acercaba sin postrarse, sin siquiera inclinar la cabeza. ¿Quién era para que Moctezuma le otorgara un honor tan grande y sin precedentes? ¿Quién podía ser para que se le permitiera acercársele tanto? Entonces se inclinó hacia delante. Rozó con la cara la del Gran Orador y le susurró algo al oído.

Sin pretenderlo, Tozi se dio cuenta de que ella misma ya no estaba en el lugar que ocupaba hacía un momento; se movía despacio, avanzando inexorablemente, como arrastrada por una fuerza magnética. Rodeó la fosa sacrificial y poco a poco fue acercándose al nagual y al gobernante, que aparentemente mantenían una conversación privada. Ya estaba a diez pasos de ellos y de los nobles sentados en los bancos, a cinco pasos, a la distancia de un brazo y, de repente, sorprendentemente, el nagual se volvió y la miró directamente, como si pudiera verla. Sus pupilas amarillas reflejaban el brillo rojo de las brasas de la fosa, como si fueran de oro fundido.

Había reconocimiento e inteligencia, ferocidad y astucia, y un hambre maligna en aquellos ojos que no parpadeaban. Sin embargo, no le llamaron tanto la atención como los tatuajes intrincados de su cara ancha, chata y cruel, unos tatuajes en espiral que se entrelazaban como con vida propia, formando, con sus puntos y remolinos y zarcillos, mil formas efímeras no del todo reconocibles.

Tozi jadeó y retrocedió tambaleándose, notando el calor abrasador de la fosa a su espalda y, en el mismo instante, el nagual alzó el rostro hacia el cielo oscuro y se echó a reír a carcajadas. Era una risa horrible, reverberante y burlona que no parecía tener fin. Paralelamente, no pronunciada sino transmitida por el pensamiento, una voz reptiliana y siseante violó su santuario de invisibilidad y le atravesó el cráneo: «Por supuesto que te veo, niña. No puedes ocultarte de mí.»

Vagamente consciente de que Moctezuma había dado una orden y de que los cuatro prisioneros habían sido arrojados aullando a la fosa, donde los guardias los mantendrían a punta de lanza hasta asarse vivos, Tozi se volvió y huyó.

Era tarde y los velazquistas se habían ido hacía mucho cuando Cortés le pidió a Pepillo que trajera a Juan de Escalante al pabellón. Escalante le había salvado la vida a Cortés el primer día de la batalla de Potonchán, cuando les habían tendido una emboscada que lo había puesto todo en peligro, y de todos sus capitanes y amigos era en el que más confiaba, más incluso que en Alvarado, demasiado interesado para ser del todo de fiar. Escalante era, además, un hombre discreto, que había estado

desde el principio contra los velazquistas. Poco hablador, no era dado a jactarse como Alvarado, así que por tanto era ideal para la tarea que Cortés tenía pensado asignarle.

—Bienvenido, Juan —le dijo—. Perdonadme por interrumpir vuestro descanso a estas horas.

—No tiene importancia. De todos modos no dormía.

—¿Puedo ofreceros una copa de vino? Tengo un tinto muy bueno de Galicia, de mi propia reserva.

—Estaría bien, Hernán. —Sonrió—. Supongo que queréis algo de mí.

—Sí..., bueno, tal es el caso, pero bebamos primero. ¡Pepillo! Ve a buscarlo.

Escalante, que tenía piernas y brazos largos y flacos, estaba casi cadavérico. Tenía los pómulos marcados, una cara lobuna con una barba espesa y unos ojos sorprendentemente azules. Era un poco vanidoso en cuanto a su aspecto y llevaba la melena lacia y morena hasta los hombros para ocultar la herida de espada, recuerdo de las guerras italianas, que le había dejado una profunda cicatriz en el cuero cabelludo y le había arrancado dos tercios de la oreja derecha.

—Por el éxito de nuestra expedición —brindó Cortés, alzando la copa—, y por la gloria de su majestad don Carlos.

—Y por la confusión de nuestro enemigo Diego de Velázquez —añadió Escalante—. Que le salgan forúnculos en el culo y todos los planes de sus aduladores y partidarios queden en nada.

—¡Brindo por eso! —Cortés rio. Vaciaron las copas de un trago y volvió a llenarlas—. De hecho, una estrategia para confundir y enredar a Velázquez es en lo que más pienso en este momento, porque me he pasado la noche con Escudero y su banda; por eso os he hecho llamar.

Cortés le contó a su amigo la reunión con los velazquistas y la distracción de sus interminables quejas que había supuesto la llegada de la embajada totonaca.

—Pero me temo que el respiro será breve —concluyó—, y puesto que he ofrecido una votación sobre si debemos o no volver a Cuba...

—¡Sois un rehén de la fortuna si alguna vez hubo uno! —lo interrumpió Escalante.

—Puesto que he ofrecido una votación —retomó Cortés su discurso—, tengo intención de hacer cuanto pueda para

asegurarme de que el resultado nos favorece. He pensado que un factor de mucho peso en nuestra contra es la tremenda incomodidad de nuestros cuarteles, aquí, en estas dunas malsanas. —Mató un mosquito de un manotazo para remarcar aquel hecho; los dos estaban rodeados por una nube de los insectos que infestaban el campamento haciendo de la vida de todos un infierno.

—Pequeños bastardos chupasangre... —le dio la razón Escalante—. Cuando los mosquitos nos dejan en paz al amanecer, los tábanos dan cuenta de nosotros el resto del día. Sería muy bueno para la moral si encontráramos otro lugar donde instalarnos.

Cortés asintió.

—Además estamos muy cerca de Cuetlaxtlán, donde hay una guarnición mexica de buen tamaño. Podríamos acabar con ellos, no me cabe duda, pero prefiero hacerlo cuando más convenga. No quiero tentarlos a cometer alguna locura quedándonos en este agujero de mala muerte un minuto más de lo necesario.

—Por tanto, queréis que vaya en una misión de reconocimiento en busca de otro emplazamiento para nuestro campamento... —dijo Escalante, adivinando las intenciones de Cortés.

—Sí, Juan, así es. Encontrad un lugar, y no solo para otro campamento. Creo que tenemos que echar raíces en estas tierras, fundar una colonia...

—¡Una colonia! ¡Menuda idea! ¡Los velazquistas se volverán locos!

Velázquez había descartado explícitamente el establecimiento de una colonia cuando le había concedido el mando de la expedición a Cortés, así como casi todo lo demás que este pretendía.

—Escudero se opondrá con uñas y dientes —convino—. Dará problemas. Dirá que es otra prueba de mi perfidia, pero creo que sé cómo ganarle la partida. Así que, sí, Juan, por favor, encontradnos un emplazamiento para construir un pueblo. Cuanto antes mejor. Id hacia el norte. Allí es donde nuestros nuevos aliados totonacas dicen ser más fuertes. Su principal ciudad se llama Cempoala. Está a dos días de marcha de aquí, tierra adentro, pero me he enterado por ellos de que controlan otra ciudad costera. ¿Cómo se llamaba, Pepillo?

Pepillo consultó sus notas.

—Huitztlán, señor.

—Muy bien, sí, Huitztlán, a unas cuantas horas de marcha al norte de Cempoala. Allí es donde me gustaría que os dirigierais, Juan. Tengo razones para creer que podremos anclar la flota allí con seguridad y que será un buen lugar para fundar nuestra primera colonia en estas tierras.

—¿Cómo la reconoceré?

Cortés no pudo evitar una sonrisa de autocomplacencia.

—Tengo un guía para vos —le dijo—, ni más ni menos que Meco, el emisario totonaca. Le he dicho a Malinali que le pida que vuelva pasado mañana. ¿Os parece que estaréis preparado para zarpar?

—Mi *Santa Teresa* está llena de fugas, como el resto de la flota, pero nada que las bombas no puedan resolver, así que me alegraré de navegar. Pero ¿cómo voy a entenderme con ese... cómo se llama, Meco?

—Malinali tiene que quedarse conmigo —dijo Cortés—. La necesito aquí por si se tercia proseguir las negociaciones con los mexicas, pero mi paje habla un poco de náhuatl, ¿a que sí, Pepillo?

—Sí, señor, un poco.

—Más que un poco, diría yo. Esta noche me has sido de mucha ayuda. Además, por lo visto, Meco también habla náhuatl...

—Así es, señor.

—Pues aquí lo tenéis, Juan. Pepillo os acompañará y os servirá de intérprete. Os deseo buen viaje y un pronto regreso.

—Señor… —dijo inseguro Pepillo.

Cortés frunció el ceño.

—¿Sí?

—Quisiera llevarme el perro, señor, si ni vos ni don Juan tenéis inconveniente.

—¿El perro? ¿De qué sirve un perro en un barco, chico? Déjalo aquí. En cualquier caso, ya es más que hora de que esté con el resto de la jauría.

—Pero, señor...

—Nada de peros, chico. El perro se queda, tú te vas.

24

Viernes, 14 de mayo de 1519 - Domingo, 16 de mayo de 1519

—¡Tendremos a ese chucho tuyo en la jauría! —le gritó Miguel Hemes—. El Caudillo no te protegerá mucho tiempo más.

Aquel sucio, harapiento, piojoso y granujiento chico de quince años, uno de los ayudantes de Telmo Vendabal, había estado siguiendo toda la mañana a Pepillo por el campamento mientras hacía los recados, atormentándolo y burlándose de él. Ahora, de repente, se le habían sumado otros dos, el gordo Francisco Julián, también de quince años, que salió de detrás de una duna resoplando y sudoroso, y Andrés Santisteban, el aprendiz de más nivel de Vendabal, a punto de cumplir los diecisiete, cuya rala barba negra de poco le servía para ocultar las cicatrices de viruela, pero cuya sempiterna sonrisa disimulaba con éxito, para quienes no lo conocían bien, su carácter vengativo y malicioso.

De los tres, a quien más temía Pepillo era a Santisteban, porque lo intimidaba continuamente con patadas, empujones y golpes en los riñones cuando nadie miraba; lo estrangulaba e ideaba sucios trucos siempre que podía para dejar mal a Pepillo delante del Caudillo. Había sido mucho peor durante las tres

últimas semanas. El valor y el espíritu combativo de *Melchor* durante el intento de secuestro de los tlaxcaltecas solo habían servido para aumentar el deseo de Vendabal de poseer el cachorro, y parecía que Cortés se había dejado convencer por los argumentos del jorobado. Su negativa a permitir que Pepillo se llevara a *Melchor* al norte en la carraca de Escalante, su insistencia en que ya era hora de que el perro se uniera a la jauría y el hecho de que la prometida intercesión de Bernal Díaz también hubiera fracasado eran malas señales. Aunque de hecho todavía no le habían quitado a *Melchor*, Pepillo había decidido tomar cartas en el asunto.

—¡Dejadme en paz! —gritó mientras se apresuraba por las dunas hacia la playa.

Echó a correr, pero Santisteban lo alcanzó pronto y lo agarró del hombro.

—No tan deprisa —le dijo—. Queremos hablar contigo.

Pepillo trató de soltarse, pero Santisteban era mucho más fuerte; le puso la zancadilla y lo derribó de rodillas en la arena.

—Renuncia a tu perro —le ordenó—. Entrégaselo a don Telmo esta noche, regálaselo, y te dejaremos en paz. Si no...

—Si no, ¿qué? —le espetó Pepillo—. ¿Volveréis a pegarme?

Santisteban le dio un puñetazo en la nariz y le hizo sangre.

—Sí —dijo—. Volveremos a pegarte.

—Pegadme tanto como queráis —lo desafió Pepillo—. Me da igual. —Se limpió la sangre y los mocos con la manga—. Nunca os entregaré a *Melchor*.

—Pues mataremos a tu precioso *Melchor*. Órdenes de don Telmo. Si no puede tenerlo en la jauría, no ve por qué vas a tenerlo tú como mascota.

—Lo envenenaremos, ¿sabes? —intervino Hemes—. Tenemos acónito para poner en su carne.

—A menos que hagas lo que te decimos —murmuró Francisco Julián.

—No os atreveréis —protestó Pepillo—. Es un buen perro, sería un desperdicio. Le diré al Caudillo que lo habéis hecho vosotros. Os castigarán.

—No te creerá —dijo Santisteban, agachándose para darle otro puñetazo a Pepillo, esta vez en el vientre, que lo dejó sin aire y despatarrado en la arena, tratando de recuperar el aliento —. Nadie te creerá. Será uno de esos accidentes que tienen los

perros.

Cuando los tres chicos se fueron, Pepillo se levantó, se sacudió la arena de la ropa, volvió a limpiarse la cara y fue directo hacia la orilla del mar. El acónito era mortífero. Con unas gotas en un pedazo de carne bastaría. *Melchor* crecía y se hacía más fuerte, tenía mucho apetito, se zamparía cualquier migaja que le dieran tan deprisa que ni siquiera notaría el sabor del veneno.

No sería esa noche, al menos. Soplaba un fuerte viento del sureste, un buen viento para la navegación y, tal como lo había organizado, Malinali lo estaba esperando junto a la falúa con el perro, que brincaba feliz.

—Tendrás un buen problema con el Caudillo por esto —le advirtió ella, pasándole la correa—. No le gusta que lo desobedezcan.

—Ya lo sé, pero tengo que desobedecerlo. Tengo que hacerlo. Gracias por tu comprensión.

—Mi dulce niño —le dijo Malinali. Lo besó en la frente y le tocó, con cara de preocupación, la sangre que se le secaba en la nariz—. Buen viaje. Vuelve sano y salvo.

El guerrero totonaca Meco había ocupado su sitio en la falúa, y la tripulación estaba a los remos, lista para llevarlos hasta la carraca de don Juan de Escalante, la *Santa Teresa*, que cabeceaba anclada en la bahía.

—¡Vamos, *Melchor*! —gritó Pepillo.

El perro ladró emocionado y los dos corrieron entre las olas y saltaron a bordo.

Cuauhtémoc observó cómo el bote surcaba las olas hacia la flota de enormes naves de la bahía y se fijó en dos cosas interesantes. La primera, que transportaban en la embarcación uno de los animales de guerra, sin duda, alguna especie monstruosa de perro, a juzgar por su comportamiento. La segunda, que uno de los pasajeros era un guerrero totonaca. ¿Cuáles serían las consecuencias de aquello?, se preguntó. Había ordenado a todos los trabajadores locales que se marcharan del campamento y así lo habían hecho, pero aquel hombre tenía aspecto de ser de Cempoala, y los totonacas de Cempoala eran muy sanguinarios.

Cuauhtémoc achicó los ojos cuando la falúa abordó una de las gigantescas naves y sus pasajeros treparon hasta la cubierta por una escala de cuerda; al perro, que fue el último, lo subieron en un cesto. Al cabo de un momento oyó los gritos lejanos y vio a los hombres corriendo de un lado para otro en un frenesí de actividad. Como por arte de magia, brotaron de tres palos altos, muy por encima del colosal navío, enormes alas de tela que se hincharon con el viento que soplaba desde la costa y, de repente, la nave se movió, al principio despacio pero luego ganando velocidad, cortando las olas como un cuchillo, levantando espuma por ambos lados y dejando un rastro a su paso en la bahía.

Cuauhtémoc observó aquello fascinado, porque desde luego estaba impresionado, hasta que el gigantesco artefacto dobló el cabo y desapareció rumbo al norte, hacia Cempoala.

Habían vuelto a la costa a toda velocidad, más rápido que nunca, y habían llegado a Cuetlaxtlán poco después de amanecer. Dejando a sus quinientos *cuahtxics* para que recuperaran el aliento y disfrutaran de la hospitalidad que les dispensaba a regañadientes Pitxatzin, Cuauhtémoc había seguido adelante con Cabeza de Barro, Gran Dardo, Comehombres, Cara Velluda y Coyote que Ayuna para observar a los intrusos de cerca.

Allí no había donde esconder quinientos *cuahtxics*. Su presencia habría constituido una abierta declaración de guerra. Sin embargo, él y sus amigos eran lo bastante ágiles para ocultarse entre las dunas, evitando las patrullas regulares de pieles blancas montados en extraños huemules que exploraban el terreno entre el campamento y Cuetlaxtlán.

Después de observar la pauta de actuación de las patrullas, siguiendo a algunas a distancia, Cuauhtémoc se convenció de que casi nunca eran más de tres hombres, normalmente de dos, y que por lo general recorrían unos kilómetros hacia el sur, hasta las afueras de Cuetlaxtlán, antes de regresar. Decidió que al día siguiente, o a más tardar al otro, desplegaría un centenar de sus *cuahtxics* para emboscar a una de aquellas patrullas cerca de Cuetlaxtlán, apresar a los hombres y las bestias que montaban y luego matarlos, de tal manera que fuera inevitable una respuesta por parte del grueso de las fuerzas intrusas.

—¿Qué os parece? —les preguntó a sus amigos después de compartir su idea con ellos—. ¿Es factible?

Todos estuvieron de acuerdo en que podía hacerse. Desconocían las habilidades de los extranjeros y sus huemules en combate, aparte de lo que sabían por los rumores, seguramente exagerados, de su proeza contra los mayas en Potonchán; sin embargo, era inconcebible que una patrulla de dos hombres pudiera con cien *cuahtxics*.

—¡Por todos los dioses! No seríamos mejores que mujeres si no pudiéramos hacerlo —exclamó Cabeza de Barro.

—De hecho, me ofrezco voluntario para inclinarme y dejar que me sodomicen si fracasamos —dijo Coyote que Ayuna con la cara muy seria.

El grupo de ataque estaba formado por trescientos hombres fuertes, todos mercenarios chichimecas recientemente contratados por Moctezuma para reforzar sus ejércitos. Eran bandidos, no guerreros entrenados, aunque expertos secuestradores de víctimas para el sacrificio, y estaban acostumbrados a salirse con la suya en los pueblos indefensos que atacaban. Pueblos como Teolo, donde Chicotenga finalmente había podido con ellos. Había sido su última incursión antes de batirse en retirada cruzando la frontera mexica con su vergonzoso botín de mil mujeres y niñas cautivas.

Teolo, una pobre aldea de unos cientos de chozas de adobe alrededor de una fangosa plaza central, estaba en un valle rodeado de laderas densamente pobladas de árboles que proporcionaban una excelente cobertura a la rápida fuerza tlaxcalteca de doscientos hombres escogidos que dirigía Chicotenga. Ilhuicamina y Árbol seguían recuperándose de las heridas y Acolmiztli había muerto a manos de los malditos pieles blancas, de modo que el único de sus capitanes que lo acompañaba en su misión de rescate era Chipahua, con el brazo derecho vendado todavía, aunque se le estaba curando rápido.

—Nos superan en número —comentó Chicotenga a su amigo.

—Eso nunca nos ha importado —respondió Chipahua, abriendo y cerrando el puño de la mano derecha dos veces antes de echar la mano atrás por encima del hombro para sacar su *macuahuitl,* la espada con filo de obsidiana, de la vaina de cuero.

Después de matar a un puñado de guardias apostados en

la linde del bosque por los excesivamente confiados chichimecas, Chicotenga había enviado contingentes de hombres a rodear el pueblo, de modo que cuando diera la señal de atacar pudieran hacerlo desde todos los lados a la vez. En circunstancias normales, dada la disparidad numérica, habría preferido lanzar un par de andanadas de *atlatl* sobre la masa enemiga reunida en la plaza, pero aquel día, por desgracia, eso quedaba descartado, porque las cautivas estaban con ellos, atadas y acurrucadas, patéticamente amontonadas, mientras ellos cazaban hasta el último aldeano. Los mercenarios, muchos ya ebrios de pulque, habían avanzado bastante en la matanza de hombres, niños y mujeres maduras. Tenían acorraladas a las jóvenes y niñas, que gritaban de terror y rabia.

—No las violan —comentó Chipahua.

—Tampoco en los otros sitios —dijo Chicotenga.

Si había desconfiado de los informes acerca de aquel nuevo y extraño comportamiento, ahora lo veía con sus propios ojos. Las violaciones en masa eran el sello distintivo de los chichimecas, que las consideraban un premio por el servicio prestado a los mexicas. Con tanta abundancia de prisioneras a su disposición, tenía que haber una razón muy buena para que se comportaran con tanta delicadeza.

El jefe de los mercenarios era fácilmente identificable. Se pavoneaba en el centro de la plaza, cortando cabezas con su *macuahuitl* a unos hombres arrodillados en fila y gritando con orgullo cada vez que lo conseguía de un solo golpe. Disfrutaba realmente de la tarea.

—A ese lo atraparemos vivo —le dijo Chicotenga a Chipahua—. Tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

Chipahua sonrió de oreja a oreja, una espantosa visión ya que tenía todos los dientes mellados.

—Así pues —dijo—, ¿vas a dar la orden?

Chicotenga asintió. Todo el mundo debía de estar ya en su lugar, y aunque no fuera así no estaba dispuesto a presenciar aquella masacre ni un segundo más. Se llevó a los labios la caracola de guerra y le sacó un único, largo y furioso sonido.

—Vengo a buscar el chucho —dijo Vendabal. El jorobado estaba siendo más maleducado e irrespetuoso que de costumbre.

—Pues id a cogerlo —le respondió Cortés—. Está atado al lado de la cocina.

—No, no lo está...

—Lo normal es que os dirijáis con respeto a vuestro superior, Vendabal. «Señor» estaría bien, o «capitán general» si lo preferís, o tal vez «Caudillo». Incluso aceptaría un «don Hernán» si me apuráis, pero no podéis dirigiros a mí como si fuera un soldado raso.

—Lo siento... Caudillo. —Vendabal intentó sin éxito enderezarse y frunció sus horribles facciones en una mueca aduladora—. Es que llevo buscando a ese perro desde que recibí vuestro mensaje, señor, y no está en el campamento.

—¿Cómo que no está en el campamento? Por supuesto que está. ¿Dónde iba a estar, si no?

—Tal vez debería preguntárselo al chico, señor...

—¿A Pepillo? Lo he mandado en una misión de reconocimiento con don Juan de Escalante. No volverá hasta dentro de unos días.

—Bueno, pues ahí tenéis la respuesta, capitán general. Se habrá llevado el chucho.

—Bobadas, hombre. Di órdenes de que el perro se quedara. —Movido por una repentina intuición, Cortés se volvió hacia Malinali, que estaba sentada en un taburete junto a la puerta del pabellón—. ¿Sabes algo de esto? —le preguntó.

—Pepillo se llevó a *Melchor* —dijo ella desafiante, mirándolo a los ojos.

—¿Qué? —estalló Cortés.

—Que Pepillo se llevó a *Melchor*. ¿Por qué no? El perro es su amigo.

—Ya veo —dijo Cortés. Una oleada de rabia lo invadió, pero no quiso que se le notara en presencia de Vendabal—. ¡Idos! —le ordenó al adiestrador de perros—. Me ocuparé de que tengáis el animal en cuanto mi paje vuelva.

Ante la desigualdad numérica, las tácticas adecuadas eran la máxima sorpresa y la máxima ferocidad, aunque facilitaba bastante las cosas comandar la mejor fuerza de choque del mundo, pensó Chicotenga mientras dirigía el ataque.

En cuestión de segundos había pasado la última cabaña

con Chipahua justo a su lado y cincuenta tlaxcaltecas de elite detrás, en una atronadora formación de cuña imparable. Con gritos de guerra, avanzaron a la carga contra los sorprendidos y aterrados chichimecas. Chicotenga blandió su *macuahuitl* y golpeó la pierna izquierda de un enorme mercenario pintado de rojo, que trató de impedir su avance. Recibió una cuchillada en el brazo izquierdo, giró y decapitó al que se la había infligido y estampó el escudo de madera contra la cara de un tercer atacante, esparciendo sus dientes antes de pisotearlo para que uno de los que lo seguían lo ensartara con la espada. La falange era una máquina de matar. Manteniéndose en perfecto orden, cada guerrero tlaxcalteca usaba el escudo para defender al guerrero de al lado. Cada uno era una unidad especializada dentro del conjunto en el uso de la lanza, el hacha, la espada o la daga, trabajando en perfecta coordinación con el resto. Las brechas abiertas en las defensas chichimecas con *macuahuitl* y hachas eran aprovechadas por los expertos en el manejo de la daga, que acababan con los mutilados y los heridos, mientras que los lanceros golpeaban por encima de sus cabezas, empalando a los hombres situados dos o tres filas por delante de ellos, con cuyos cadáveres tropezaban los que intentaban huir.

Mientras tanto, otras unidades de tlaxcaltecas cercaban el perímetro cortando cualquier vía de escape, obligando a los aterrorizados mercenarios que buscaban refugio en el bosque a volver a la melé, donde algunos incluso liquidaban a sus propios camaradas en un desesperado intento por escapar de la muerte.

Un puñado de chichimecas, en lugar de luchar contra los tlaxcaltecas, corrían frenéticos entre las mujeres y niñas cautivas, cortando gargantas, partiendo cabezas, tratando de hacer todo el daño posible antes de morir, pero veinte arqueros de Chicotenga, disparando desde el perímetro de la zona de lucha, los ensartaron a todos con sus flechas, y las cautivas, aullando de furia, se levantaron y acabaron con ellos, descuartizándolos miembro a miembro.

Chicotenga y Chipahua vieron al jefe chichimeca y se abrieron paso hacia él entre la agitada y sangrienta aglomeración. Era un hombre grande con la cabeza afeitada pero con una espesa cresta de pelo desde la frente hasta la nuca. Había perdido el *macuahuitl* y se había armado con una enorme hacha de guerra. Mientras Chicotenga y Chipahua convergían hacia él, derribó a un tlaxcalteca asestándole un golpe mortal en

la sien y luego le dio un hachazo tan violento a otro que el hacha se le quedó alojada entre las costillas. Chipahua se lanzó hacia él y lo agarró por los brazos cuando trataba de liberar el arma. Chicotenga se tiró al suelo y utilizó la daga para cortarle los tendones de la corva, incapacitándolo al instante. El hombre cayó al suelo gritando y sangrando profusamente. Chipahua le apartó los dedos del mango del hacha y le pisoteó la cara para que se callara.

Poco después, la corta e intensa batalla había terminado. Los pocos supervivientes chichimecas estaban rodeados y Chicotenga arrastró a su jefe, inconsciente, hasta el borde de la plaza y lo apoyó contra una choza.

—¿Qué hacemos con los otros? —inquirió Chipahua, mirando a los veinte o treinta mercenarios alicaídos que quedaban.

—Usad el cuchillo —gruñó Chicotenga—. Destripadlos como a pecaríes.

Empezaron las ejecuciones y el jefe chichimeca abrió los ojos. Su mirada era de odio.

—Bienvenido —le dijo Chicotenga, inclinándose sobre él —. Tengo unas cuantas preguntas que hacerte antes de que mueras.

El chichimeca resultó duro de roer y ya había caído la noche cuando por fin, después de horas de tortura paciente, le dio a Chicotenga la noticia que ya casi no esperaba oír, noticia que le había transmitido Huicton meses antes.

—El Gran Orador desea honrar al Colibrí.

—¡Eso es evidente, estúpido bastardo! —Chicotenga giró la punta del cuchillo, hundida entre los metacarpos del chichimeca—. Pero ¿por qué solo cogéis mujeres?

Un gemido.

—Porque es lo que quiere el Colibrí.

Chicotenga se volvió hacia Chipahua.

—No tiene lógica —comentó—. El Colibrí es un dios de la guerra. ¿Por qué iba a querer que le sacrificaran mujeres?

—Tendrían que ser guerreros —refunfuñó Chipahua—. Buenos guerreros con un gran *tepulli* para el dios de la guerra.

El chichimeca rio de repente con el rostro torcido en una mueca y tosió sangre.

—El Colibrí quiere mujeres —graznó—. Mujeres y niñas, cuanto más jóvenes mejor. —Una espantosa mirada de lascivia

—. Las quiere inocentes. Las quiere puras.

Chicotenga se inclinó hacia el mercenario y lo miró a los ojos.

—¿Por eso no las violáis? —le preguntó.

—Pena de muerte si las violamos. —Tosió—. Moctezuma solo quiere vírgenes para el Colibrí.

Chicotenga comprendió que todo aquello empezaba a adquirir cierta retorcida lógica. Unos cuantos habían escapado de los ataques de las últimas semanas y más de uno había contado que las prisioneras habían sido reconocidas físicamente para saber si estaban intactas; a las que no eran vírgenes las mataban. Esto explicaba por qué los captores se centraban cada vez más en niñas en lugar de en mujeres adultas durante sus incursiones.

«Inocencia —pensó Chicotenga—, pureza.» Esas eran las palabras y las ideas fundamentales; una información nueva que acababa de obtener.

El Colibrí no quería a las vírgenes por su virginidad.

¡Lo que deseaba era su inocencia!

De algún modo, asesinar a inocentes fortalecía tanto al dios de la guerra como a Moctezuma, aquella criatura vil que lo servía como regente en la tierra.

Decidiendo que no tenía nada más que aprender del chichimeca, Chicotenga le rajó la garganta de oreja a oreja. Se enderezó y miró a sus guerreros. Solo habían muerto cinco luchando contra los mercenarios y apenas una docena estaban heridos. Era un buen resultado.

—¿Nos quedamos aquí o volvemos a casa? —le preguntó Chipahua.

—Nos vamos a casa —repuso Chicotenga, mirándose la herida del bíceps izquierdo, un feo corte que le sangraba todavía.

—Tienes que vendarte eso —comentó Chipahua.

—No hay tiempo. Si caminamos de noche podremos llegar a Tlaxcala mañana al mediodía. Tengo que hablar con mi padre y con Maxixcatzin. Tenemos que hacer planes.

Mucho después de anochecer, cuando la mayor parte de los tripulantes que no estaban de guardia roncaban en las

hamacas, Pepillo se llevó a *Melchor* a un rincón tranquilo de la cubierta principal de la *Santa Teresa* para seguir educándolo. El joven sabueso era extremadamente inteligente y prestaba mucha atención; ya sabía sentarse, levantarse, quedarse quieto y acudir a su lado cuando se lo ordenaba. Las órdenes que tenía que aprender aquella noche eran «déjalo», «cógelo» y «tráelo», y para enseñárselas Pepillo usaba un hueso al que *Melchor* tenía mucho apego.

Tiró el hueso en la cubierta, hizo retroceder a *Melchor* tirando de la correa cuando el animal trató de avanzar y le ordenó dejarlo. Repitió este ejercicio una segunda y una tercera vez. Al cuarto intento, *Melchor* había pillado la idea, y cuando Pepillo le dijo que lo dejara el perro esperó, jadeando, mirando el hueso pero sin ir a buscarlo.

—Buen chico —le dijo Pepillo, le dio una de las sobras que había recogido antes de la cocina y volvió a recompensarlo con elogios y abrazos—. ¡Muy bien, chico! —Le quitó la correa y lanzó de nuevo el hueso—. ¡Déjalo!

Melchor se quedó quieto, aguantando la tentación, mirando con adoración a su amo y meneando la cola. Pepillo le dio otro pedazo de carne y lo recompensó con más abrazos y elogios.

—Así es como se hace —dijo muy cerca una voz ronca.

Pepillo volvió la cabeza y vio a Juan de Escalante, que se había acercado con tanto sigilo que ni siquiera *Melchor*, ocupado en sus trucos, se había dado cuenta.

—Siempre me había preguntado cómo se adiestra a los perros —siguió diciendo el capitán—. ¿Dónde adquiriste esta habilidad tan útil?

—Me educaron los dominicos, señor, en su monasterio de Santiago. Teníamos dos perros para cazar ratas. El hermano Rodríguez los adiestró y yo lo ayudé, señor.

—Ah... ¿El hermano Rodríguez? ¿El bibliotecario? Estuve con él una vez. Me pareció un viejo zoquete, no como Muñoz, ese bastardo que desapareció cuando estábamos en Cozumel. Todo un misterio, ¿eh?

Pepillo se mordió la lengua, porque la desaparición de Muñoz no era para él ningún misterio, y no respondió.

—Trabajabas para Muñoz, ¿no?

—Iba a ser su paje, pero el Caudillo requirió mis servicios.

—¿Y estás contento sirviendo al Caudillo?

—¡Oh, sí, señor! Es un privilegio. Aprendo mucho.

—¡Incluso la lengua local! Hoy te he visto chapurreando con ese totonaca.

Era cierto que Pepillo había estado intentando hablar con Meco durante buena parte de la tarde mientras la *Santa Teresa* navegaba con rumbo firme a lo largo de la costa norte de México. Los dos habían conseguido entenderse razonablemente bien con una mezcla de lenguaje de signos y del limitado pero creciente vocabulario náhuatl de Pepillo.

—Espero ser capaz de traducir correctamente para vos, señor, cuando lleguemos donde vamos. Haré cuanto pueda.

Una sonrisa se dibujó en la cara flaca y curtida de Escalante.

—Estoy seguro de que lo harás, muchacho —le dijo con un destello de amabilidad en sus ojos azules—. Seguro que sí.

Pepillo no había tenido ocasión de conocer bien al capitán durante los meses posteriores a la salida de Cuba de la expedición, pero lo poco que había visto de él, un luchador bizarro en el campo de batalla y un marinero experto que trataba con respeto a su tripulación, instintivamente le había gustado y lo respetaba.

—Le pusiste ese nombre por tu amigo —dijo entonces Escalante, mirando al perro.

—Así es, señor.

—Era un buen muchacho. Luchó bien en la cima de la pirámide de Potonchán. Lamenté su muerte.

—Yo también, señor.

—Me han dicho que tú también luchaste con bravura.

—No fue nada —dijo Pepillo, repentinamente incómodo —. Me quedé helado de miedo un momento y luego le clavé la lanza a un indio. Eso fue todo.

—Hace falta ser un hombre valiente para admitir el miedo —dijo tiernamente Escalante—. ¿Fue tu primer acto de combate?

Pepillo tragó saliva y asintió. No creía que el asesinato de Muñoz, que de todos modos había sido obra de Díaz y sus amigos Mibiercas y La Serna, contara.

—Sí, señor, mi primer acto de combate.

—Entiendo pues que nunca te han enseñado a manejar una espada...

—Nunca, señor.

—¿Te gustaría aprender?

A Pepillo le dio un brinco el corazón. La lectura del *Amadís de Gaula* había despertado en él la secreta ambición de llegar a ser algún día un espadachín y un héroe de renombre, ambición que nunca podría lograr si ni siquiera sabía usar una espada.

—Me encantaría aprender, señor —le aseguró emocionado —. Nada me gustaría más.

—¡Bien! Entonces será como deseas. Nos reuniremos mañana por la mañana, una hora después de amanecer, y te daré la primera clase.

—Gracias, señor. Sois muy amable. Allí estaré, señor.

—De nada. —Escalante sonreía—. ¡Ah, y deja de una vez de llamarme «señor»! Con que me llames don Juan es más que suficiente.

Con una cólera fría y silenciosa, Cortés había echado a Malinali del pabellón justo después de irse Vendabal y no había mantenido ningún contacto con ella ese día. La joven estaba en las dependencias de Puertocarrero, esforzándose por evitar el último intento pestilente del español de penetrarla, cuando un mensajero dio unos golpecitos en la puerta y ella se levantó de un salto para abrir.

—El Caudillo requiere tu presencia —dijo el chico, mirando descaradamente a la semidesnuda Malinali—, cuanto antes.

—Es tarde —protestó Puertocarrero desde el improvisado lecho de mantas tendidas en el suelo—. ¿No puede esperar a mañana?

—El Caudillo dice que ahora, señor.

—Pues en ese caso iremos los dos —dijo Puertocarrero, levantándose, con el pequeño *tepulli* rosa completamente erguido en medio de su nido de vello pelirrojo.

—Las órdenes del Caudillo han sido que le lleve solo a la intérprete —dijo el muchacho, reprimiendo una risita que puso a Malinali peligrosamente cerca de romper en carcajadas—. Ha sido bastante claro respecto a eso, señor.

La erección de Puertocarrero languidecía deprisa. Consciente de ella por primera vez, agarró una manta para

cubrirse.

—¡Ah, muy bien, pues vete! —le espetó a Malinali—. Pero termina rápido. Aquí tienes deberes de mujer pendientes.

Cuando la muchacha entró en el pabellón, encontró a Cortés de mejor humor que cuando lo había dejado, prácticamente desnudo, con solo una tela alrededor de la cintura, sonriente y con una copa de vino en la mano.

—Venga, bebe esto —le dijo, sirviéndole otra copa y ofreciéndosela.

Ella la aceptó, recelosa. La bebida que los españoles llamaban «vino» era sabrosa pero hacía que la cabeza le diera vueltas. La había probado a bordo de la nave del Caudillo la primera noche que la sedujo y se había sentido atontada y lasciva. Seguramente él esperaba que le produjera esos mismos efectos. Tomó un sorbo.

—¿Querías verme? —le dijo—. ¿Tienes algo para traducir?

—No, querida. Esta noche nada de trabajo, solo placer. —Se le acercó rápidamente, la abrazó y la besó.

Ella notó el sabor del vino en su lengua, se liberó y la copa estuvo a punto de caérsele.

—Si me haces amor ahora, Puertocarrero se enterará —le dijo, y tomó otro sorbo mirando a Cortés intencionadamente a los ojos.

—Maldito sea Puertocarrero.

—Maldito sea, pero si huele tú en mí, seguro me pega. Quizá me mate.

—¿Crees que voy a permitírselo? —replicó Cortés. Le quitó la copa de la mano y la dejó junto a la suya sobre el escritorio antes de abrazarla de nuevo.

Esta vez ella le devolvió el abrazo, acariciándole el pelo y respondiendo con entusiasmo a su beso. Notó que le levantaba la túnica y le separaba los muslos. Se derritió sin poder evitarlo, pero luego se apartó de golpe.

—¡No, Hernán! ¡Ahora no! ¡No bien!

—¡Sí, ahora! ¡Sí bien! —Le acarició los labios húmedos del *tepilli*, abriéndola y deslizando un dedo en su interior hasta el cuello uterino mientras la tumbaba sobre el escritorio, tirando al suelo mapas y documentos. Siguió un estrépito de cristales cuando tiró también las copas de vino.

—¡No, Hernán! —le dio un tortazo flojo—. Puertocarrero puede haber seguido a mí, puede oírnos.

Él la ignoró, le levantó la túnica hasta sacársela y la arrojó a un lado, dejándola desnuda; le besó los pechos, le mordisqueó los pezones, bajó hasta su vientre, le besó y le chupó el *tepilli*, con la lengua caliente y ávida, luego subió nuevamente por su cuerpo y la penetró con el *tepulli*, mucho más grande, mucho más agradable que la cosita de Puertocarrero, y la embistió rítmicamente.

—¡Espera! —le gritó ella, forcejeando para apartarse, empujando con las manos su velludo pecho.

—¡Y un cuerno voy a esperar! —La sujetó por las caderas y tiró de ella hacia abajo.

Una vez más, ella trató de liberarse.

—Pepillo —le dijo—. Su perro. ¿Qué has hecho?

Una repentina furia mezclada con incredulidad apareció en los ojos del Caudillo como había sucedido aquella mañana.

—¿Me hablas de Pepillo ahora? ¿Me hablas de ese condenado perro precisamente ahora?

—Pepillo mi amigo. Él buen chico. No quiero hagas daño a él. Quiero amable con él. —Malinali sabía llorar a voluntad, una habilidad que había adquirido en Tenochtitlán, y lloró, con las mejillas anegadas en lágrimas calientes.

A Cortés se le pasó la rabia tan rápido como se había indignado.

—Vamos, vamos, amor mío —ronroneó—. No llores. —Con el *tepulli* encontró otra vez su *tepilli* y continuó con las placenteras embestidas—. No le haré daño al niño, te lo prometo.

—¿Dejarás que tener perro?

—¡Por Dios bendito, mujer!

Malinali apretó las nalgas y movió las caderas, de un modo al que ningún hombre había podido resistirse jamás.

—Deja que quedar perro —le insistió—. Señor, por favor, haz por mí.

Otra rotación de caderas y Cortés gimió y aceleró su balanceo. Ella trató de apartarse nuevamente, pero él la detuvo con un leve cachete.

—Está bien —dijo—. Tú ganas. Dejaré que Pepillo se quede con su maldito perro y no lo castigaré. Tienes mi palabra.

—Ah... sí, así... —Malinali cerró los ojos, arqueó la espalda, suspiró y finalmente se entregó en cuerpo y alma a aquel inesperado acto de amor con su señor. No le fue difícil, ya

que, después de todo, lo amaba, pero no tenía nada de malo negociar un poco. Era más fácil manipular a los hombres cuando estaban excitados.

Se quedó toda la noche con Cortés, hicieron el amor otras tres veces y volvió a su aposento al amanecer oliendo a sexo. Cosa rara, Puertocarrero no estaba, y mientras iba a buscar un balde para lavarse la joven pensó que también él podía haber estado fuera toda la noche, acechando el pabellón, espiándola, escuchando los ruidos inconfundibles de la cópula. En tal caso, ¿qué sucedería? Malinali bostezó y se desperezó; estaba demasiado cansada y era demasiado feliz para preocuparse.

Mientras se hacía de día, la *Santa Teresa* navegaba rápida hacia el norte, viento en popa, con las velas hinchadas, cortando el agua con la proa.

Emocionado con la perspectiva de una clase de esgrima, Pepillo había dormido solo a ratos, y al amanecer ya estaba donde Escalante le había dicho que lo esperara. Vio al capitán moviéndose por el barco, hablando con el contramaestre, incluso escalando un mástil para atisbar hacia el norte. Había pasado más de una hora cuando desapareció en su camarote y volvió a salir no con una, sino con dos espadas envainadas bajo el brazo.

Le pasó la más pequeña a Pepillo.

—Iba a dársela a mi hijo cuando tuviera tu edad —le comentó.

Pepillo se fijó en que el capitán lo decía en pasado y con un dejo de tristeza.

—¿Tenéis un hijo, señor? —le preguntó con torpeza.

Escalante sonrió sin ganas.

—Llámame «don Juan», como te dije anoche. Tanto oírte decir «señor» me resulta incómodo. Y respondiendo a tu pregunta, tenía un hijo, pero el año pasado se lo llevó la viruela.

—Lo siento mucho. No sé qué decir.

—No hay nada que decir, muchacho. ¿Manos a la obra? Desenvaina.

La empuñadura de la espada de Pepillo estaba forrada de tiras de piel e hilo de cobre entrelazados. Tiró de ella, y tiró más... y más. La hoja, reluciente, de doble filo, con una

profunda acanaladura desde la guarda hasta casi la punta, era mucho más larga de lo que esperaba.

—Es pesada —dijo.

—Tiene que serlo para cumplir su misión. Por eso, si quieres ser espadachín, lo primero que necesitas es fuerza.

Ansioso, Pepillo se mordió el labio inferior.

—No soy fuerte, don Juan.

Escalante se inclinó hacia él, lo estudió de pies a cabeza y le pellizcó los bíceps con sus dedos callosos.

—Vaya... Demasiado tiempo en la biblioteca del hermano Rodríguez, ¿eh? Y muy poco al aire libre, en el campo.

—Supongo, señor..., quiero decir, don Juan. Y desde que nos marchamos de Cuba la mayor parte del trabajo lo hago sentado.

—Bueno, no te preocupes. Todavía no estás en el campo de batalla. Tendrás tiempo para fortalecerte. A partir de ahora, si vas a tomarte esto en serio, espero que te ofrezcas voluntario siempre que puedas para el trabajo físico, y también que hagas ejercicio una o dos horas al día. Te enseñaré unas cuantas rutinas básicas para hacer músculo. También tendrás que trabajar la flexibilidad... ¿Te gusta la sensación de la espada?

Pepillo contempló impresionado el bello objeto letal que sostenía, admirando el reflejo del océano y las nubes en el acero pulido de la hoja. Comprobó lo afilada que estaba y la blandió varias veces para oír el sonido sibilante que producía al cortar el aire. Estaba extasiado.

—Me encanta —dijo.

—Bueno, por ahora tendrás que dejarla. Enváinala y dámela.

—¿Por qué? —Pepillo frunció el ceño.

—Porque la esgrima es sobre todo trabajo de pies, equilibrio y velocidad, y mientras no domines los principios básicos, no tiene sentido que juegues con la espada.

Pepillo le devolvió el arma y don Juan la dejó en la cubierta, con la suya.

—En posición —le dijo.

—¿En posición?

—Sí. Quédate de pie tan firme como puedas. Intentaré empujarte. Tú intenta impedírmelo.

Pepillo se puso con los pies paralelos y ligeramente separados.

—¿Listo? —le preguntó don Juan.

—Sí, listo.

De repente, el capitán cerró el puño y lo golpeó. Fue como si lo hubiera coceado un caballo. Pepillo cayó de cabeza. Algunos miembros de la tripulación que pasaban por allí se burlaron.

—¿Qué lección has aprendido? —le preguntó don Juan cuando el chico se levantó del suelo.

—¿Que no he colocado bien los pies?

Era una suposición al azar, pero el capitán asintió con aprobación.

—Con los pies tan cerca y paralelos eres débil... Mira. —Se agachó y le movió la pierna a Pepillo—. Adelanta el pie izquierdo... Bien. Ahora, desliza el pie derecho un poco hacia atrás y orienta la punta hacia fuera. ¡Bien! Sí. Ya lo tienes. Esta es la posición de fuerza. —Puso una mano en el pecho del chico y empujó, consiguiendo que retrocediera un paso, pero no que cayera—. ¿Ves como eres capaz de oponer resistencia?

—Creo... creo que sí.

—Pero sigue habiendo algo que no está bien del todo. Tu centro estaba vuelto hacia un lado y tiene que estar hacia el frente.

—¿Mi centro?

—Sí. Imagina un punto situado dos dedos por debajo de tu ombligo. Ese es tu centro. Cuando te has colocado, tu centro estaba vuelto hacia la derecha, en dirección a tu pie derecho. Tendría que haber estado alineado hacia el frente, en dirección a tu pie izquierdo. Luchar con la espada, Pepillo, es bailar con la vida y la muerte. Tienes más probabilidades de vivir y menos de morir si mantienes el centro siempre de cara a tu oponente mientras bailas y cada uno de tus movimientos se origina en ese centro. ¿Ves esto? —Se apartó la melena que le llegaba hasta los hombros—. Me lo hicieron en las guerras italianas porque me olvidé de mi centro en el fragor de la batalla.

La vieja herida que le enseñaba don Juan era de las feas. Normalmente, el pelo se la ocultaba. La parte superior de la oreja derecha había desaparecido y un profundo surco, desde hacía mucho convertido en tejido cicatrizal, le recorría un lado del cráneo.

—Me acertó cuando estaba desequilibrado, me golpeó rápido como el rayo. Perdí el conocimiento y caí como un buey

fulminado. Mi atacante siguió con esto. —Se subió la camisa para enseñarle otra cicatriz que le cruzaba el vientre—. Me rescató un buen compañero. Mató al hombre justo antes de que descargara el golpe de gracia y me sacó de allí a rastras, a pesar de que la lucha proseguía a nuestro alrededor, para llevarme a tiempo al cirujano. Me salvó la vida, pero no me habría hecho falta que me salvaran si le hubiera prestado atención a mi centro. ¿Entiendes lo que te digo?

Pepillo asintió vigorosamente.

—Postura de fuerza —dijo—. Buen equilibrio. El centro siempre de cara al enemigo.

—Así seguirás con vida. —El capitán sonreía—. ¿Has tenido bastante?

—No, don Juan. —De hecho, Pepillo nunca se había sentido tan lleno de energía ni tan despierto.

—¡Bien! Pues ha llegado el momento de enseñarte los pasos básicos. No te sirve de nada la postura de fuerza perfecta si no sabes moverte.

Poco después de que Malinali se marchara del pabellón, Cortés cayó en un sueño profundo, saciado, entre las mantas que habían puesto en el suelo cuando la superficie dura del escritorio había perdido encanto. Durmió y, como le sucedía a menudo, soñó.

Soñó con la ciudad de oro de Tenochtitlán que tanto lo atraía.

Soñó con la conquista y el honor.

Soñó con san Pedro, su patrón, su guía, que poseía las llaves del cielo y cuya intercesión, cometidos tantos pecados, era su única vía segura de salvación.

Esta vez el escenario fue un lugar al que había viajado en sueños en más de una ocasión y que él tomaba por el mismísimo cielo, lleno de hermosas figuras etéreas, ángeles masculinos y femeninos, pensaba, vestidos de blanco, ocupándose plácidamente de sus asuntos. Había una gran pared de madreperla alrededor del cielo, con altas puertas de entrada, que siempre se abrían para admitirlo. Entró flotando, llevado por un viento suave y cálido, en la sala del trono, más grande que una catedral, toda ella de amatistas chispeantes y radiantes

zafiros, y siguió adelante hasta que se encontró en presencia de san Pedro.

Vestido con una sencilla túnica de lino, las mangas arremangadas dejando ver los musculosos brazos y unas manos grandes más apropiadas para sostener una espada que para repartir bendiciones, el santo era un hombre alto y robusto, tan corpulento como Hércules, de pecho ancho y muslos gruesos, recio, bien afeitado y de espeso cabello rubio en el que el dorado del vigor se mezclaba con el gris de la sabiduría. Estaba en la flor de la vida, tal vez en la cuarentena; un nimbo de luz brillante le rodeaba el cuerpo, particularmente deslumbrante alrededor de la cabeza, y poseía un magnetismo animal, un peligroso encanto, un carisma arrollador y la inconfundible apariencia de un militar acostumbrado a mandar.

Sus ojos, más que ninguna otra cosa, pedían, exigían, de hecho obligaban a prestarle atención, y atrajeron a Cortés, indefenso como un cordero llevado al matadero: unos ojos despiadados, duros como el diamante, negros como el carbón y, paradójicamente, brillantes como el sol.

—Bienvenido, capitán general —dijo el santo—. Tu ejército es el ejército de Dios y el cielo bendice tu empresa. —Se inclinó hacia él y le puso la pesada mano en la cabeza, como si depositase en ella todo el peso del mundo.

—Gracias, Santo Padre —repuso Cortés, con la voz estrangulada por la emoción.

—Pero no debes quedarte mucho tiempo en la costa —prosiguió san Pedro—. Tu enemigo Moctezuma ha pedido la ayuda del diablo. Apresúrate a ir a Tenochtitlán, hijo mío, o te enfrentarás a la derrota.

—Mis planes ya están en marcha.

—¡Bien! ¡Excelente! Pues escúchame, hijo mío. Tienes que pasar por una ciudad llamada Cholula, una ciudad vasalla de los mexicas; preparo una gran victoria para ti allí.

—Cholula... Sí, Santo Padre. Lo recordaré. Me aseguraré de que esté en nuestra ruta. Pero...

—¿Sí?

—Antes debo resolver algo. Un problema. Una dificultad...

—Dime, hijo mío.

—Algunos capitanes conspiran en mi contra. Tengo que desbaratar su plan y destruirlos antes de nuestra partida. Si no lo consigo, corro el riesgo de que se declare un motín en un

momento crucial.

—Conozco ese plan —dijo el santo—. Ya te he inspirado la estrategia para desbaratarlo.

Cortés lo miró, sorprendido.

—¿En serio crees que todas las ideas que tienes son tuyas, hijo mío? —San Pedro se echó a reír de un modo estruendoso. La carcajada le empezó en las tripas y se abrió paso por el pecho hasta la garganta. En cuanto dejó de reír, sin embargo, cambió de tema—. La nativa que dispuse que te entregaran los mayas, ¿te gusta?

—Está demostrando ser una traductora dotada.

—¿Está demostrando ser dotada en otros aspectos también? —Una sonrisa maliciosa.

Cortés agachó la cabeza, porque sabía que no podía ocultarle nada.

—Es mi amante, Santo Padre.

—Un bocado sabroso, ¿eh?

Era una frase rara para un santo.

—Sí, Santo Padre —reconoció Cortés.

San Pedro le puso otra vez la manaza en la cabeza.

—Tranquilo. Todo buen soldado merece una esclava sexual y me alegro de haberte proporcionado una. ¡Pero ten cuidado! Es una serpiente astuta. Debes tratarla con firmeza. No permitas que te lleve por el mal camino.

—¿Por el mal camino, Santo Padre?

—Como ha hecho esta noche... —El santo lo agarró del pelo, apretando el puño. Su voz retumbó de repente—: ¡Dale una lección, hijo!

—¿Una lección? ¿Cómo?

—Demuéstrale que eres un hombre negándote a satisfacer sus demandas. Castiga con severidad a tu paje cuando vuelva. Quítale el perro y ponlo con los demás en la jauría.

—Tus deseos son órdenes para mí, Santo Padre —dijo Cortés mientras el sueño se disolvía en la niebla y se despertaba en su pabellón, acalorado y sudoroso.

Se levantó, fue hasta la puerta, asomó fuera la cabeza y miró al cielo. El sol estaba alto. Era más de mediodía y, esperando fuera, charlando amistosamente con los guardias, estaba Puertocarrero.

Huicton llevaba tres días en Tlaxcala esperando a que Chicotenga volviera de la campaña contra los mexicas. En aquel momento estaba reunido con su padre, Chicotenga el Viejo, y con Maxixcatzin, que ejercía de ayudante de ambos líderes. De pronto, el rey de la batalla irrumpió en el salón de audiencias, con la túnica ensangrentada y una cuchillada reciente, lívida y todavía sin vendar en el bíceps izquierdo.

—¿Nos hemos impuesto? —preguntó Chicotenga el Viejo con su voz seca y un poco temblorosa de anciano.

—Nos hemos impuesto, padre. —El joven Chicotenga pareció notar por primera vez la presencia de Huicton—. ¡Tú! ¡Qué raro encontrarte aquí! He pensado mucho en ti.

Huicton estudió al joven.

—Te han hecho una herida fea —le dijo—. ¿Permites que te la cure? Sé algo de medicinas.

—No es nada. Solo un corte.

—Aun así, hay que untarla con ungüento y vendarla. Los cortes pueden infectarse. Tengo un ungüento para esto en mis aposentos. ¿Puedo mandar a buscarlo?

Chicotenga parecía distraído.

—Si quieres —dijo.

Maxixcatzin le indicó a un ayudante que fuera a buscar la pomada.

—Y ya que estás aquí —prosiguió Chicotenga—, repasemos esa oferta de una alianza con tu señor Ixtlil que volviste a hacerme hace unos días.

—Una oferta que entonces rechazaste, como ya habías hecho anteriormente.

—Ahora estoy dispuesto a reconsiderarla, siempre y cuando no implique algún plan absurdo de trabar amistad con los hombres blancos de Cuetlaxtlán.

Huicton escogió las palabras cuidadosamente.

—Por el momento son dos cuestiones separadas.

—Entonces hablemos —dijo Chicotenga, cogiendo un taburete.

—Os habéis tirado a mi mujer. —Puertocarrero fue directo al grano cuando estuvieron sentados frente a frente en el pabellón—. No lo neguéis, Hernán. La seguí hasta aquí anoche,

la vi marcharse al amanecer y os oí a los dos en plena faena, dale que te pego.

Cortés arqueó las cejas y abrió los brazos.

—¿Qué puedo decir, Alonso? Me habéis pillado con las manos en la masa...

—Podríais empezar diciendo que lo sentís.

—Mirad, tomemos una copa de vino, ¿os parece? —sugirió Cortés—. La cabeza me estalla. Una gota del veneno que mata puede curar, como reza el dicho.

A Puertocarrero se le iluminaron los ojillos redondos y brillantes y se mesó la tupida barba pelirroja. Era un hombre al que le gustaba beber.

—Un poco temprano, ¿no?

—¡Al infierno con eso! —Cortés esquivó las copas rotas que seguían en el suelo, cogió otras dos de un estante y sirvió vino de una jarra—. Por Malinali —dijo—. Una mujer de bien.

—¡Una ramera! —exclamó Puertocarrero. Apuró el contenido de la copa de un solo trago y se la tendió para que volviera a llenársela—. Una maldita intrigante y libidinosa ramera. Pienso darle una paliza de muerte.

—Si lo hacéis os haré colgar por traidor —repuso Cortés —. Es una baza fundamental para esta expedición. Sin su capacidad para traducir estaríamos perdidos en estas tierras.

—¡Traidor! Vos sois el traidor. Habéis traicionado nuestra amistad poniéndome los cuernos. Seré el hazmerreír de todo el campamento.

—El campamento no tiene por qué saberlo, Alonso. Me ocuparé de que los guardias no digan nada. Esto es un asunto entre vos y yo únicamente. —Cortés siguió su intuición—: Vamos —añadió—, admitidlo, ni siquiera os gusta.

Puertocarrero se había terminado la segunda copa de tinto gallego y se estaba sirviendo la tercera.

—No soporto a esa estirada zorra llorona —admitió—. Es una inútil en la cama. No entiendo lo que le veis, francamente. Es una musaraña, un rocín. Se tiene en demasiada alta estima. —Miró retador a Cortés—. No me ha dado más que problemas desde que me la disteis.

—Y lo que os di os lo puedo reclamar —le recordó Cortés, vaciando la copa—. Al fin y al cabo, soy vuestro capitán general. —Señaló la jarra—. ¿Más?

—No diré que no —aceptó Puertocarrero.

Mientras Cortés volvía a llenar las copas, la cabeza le iba a toda velocidad. Había temido que aquello le resultara mucho más difícil. Con ya suficientes enemigos velazquistas, no quería enemistarse con su viejo amigo, en el que hasta el momento había podido confiar, si podía evitarlo, y le parecía que veía una salida. Tenía que alimentar el orgullo de Puertocarrero, persuadirlo de que no considerara lo sucedido con Malinali una afrenta sino una especie de derecho de pernada del capitán general, y asegurarse de que todo el asunto se mantuviera en secreto. Tenía toda la intención de conservar, de reforzar incluso, sus lazos con Malinali, pero la joven tendría que seguir conviviendo con Puertocarrero para guardar las formas y, por supuesto, nadie debía volver a pronunciar la palabra «cornudo».

Pero ¿cómo? ¿Cómo lograrlo a largo plazo? Puertocarrero había admitido que realmente no le gustaba, pero aquel hombre no era un completo estúpido y seguramente esperaba, y debía obtener, una buena recompensa a cambio de hacer la vista gorda. La imagen del enorme tesoro que los embajadores mexicas les habían entregado le vino a la cabeza y pensó: «El oro.»

El oro lo conseguiría, como siempre.

Se estaba planteando qué piezas serían suficientes para comprar a Puertocarrero definitivamente y mantener su lealtad, cuando lo asaltó otra idea, una idea redonda, perfecta, inmaculada, con la que podría matar dos o, mejor dicho, tres; no, toda una bandada de pájaros de un tiro.

—Las provincias de la sierra de Texcoco controladas por vuestro señor comparten una misma frontera con Tlaxcala. Cruzándola, nuestras tropas y las vuestras pueden avanzar y retroceder fácilmente —dijo Chicotenga—. Como primer paso de nuestra reciente alianza, ¿qué tal si garantizamos a vuestros hombres refugio y refuerzos cuando los persigan las fuerzas mexicas? ¿Y qué tal si vosotros hacéis lo mismo por nosotros?

Mientras seguían hablando, Huicton lavó y vendó la herida a Chicotenga. El rey de la batalla perecía cargar con un gran peso y, sondeándolo con cuidado, Huicton se enteró de que tenía que ver con la nueva práctica mexica de apresar vírgenes para el sacrificio. Lo mucho que repugnaba a Chicotenga esta

abominación, descubrió, era lo que había provocado aquel cambio de opinión acerca de una alianza con Ixtlil. Cuando la reunión estaba a punto de terminar, se avino no solo a que tlaxcaltecas y texcocanos se apoyaran mutuamente contra la persecución mexica, sino que también reconoció la necesidad de crear, a largo plazo, un ejército unificado de ambos pueblos, algo inconcebible para los independientes tlaxcaltecas solo un mes antes.

Cuando hubieron hablado de todo esto y tomado decisiones, Huicton sacó de nuevo a colación el tema de los extranjeros de piel blanca.

—He visitado su campamento —dijo—. Me he reunido con su jefe.

A Chicotenga se le ensombreció el rostro.

—¿Y...?

—Reconoció con franqueza que ha venido para conquistar a Moctezuma.

El rey de la batalla frunció el ceño.

—¿Cómo te las arreglaste para entenderte con él?

—Tiene una mujer que le sirve de lengua, señor Chicotenga, una maya llamada Malinali que fue esclava varios años en Tenochtitlán. Habla nuestro náhuatl con tanta fluidez como su maya nativo, y hay un hombre, uno de los pieles blancas, que también habla maya. Cuando hay que traducir algo del náhuatl, ella lo dice en maya y ese hombre lo dice en la lengua de los pieles blancas. Cuando los pieles blancas quieren decir algo en náhuatl, primero hablan con el hombre, que se lo dice en maya a Malinali y ella a su vez lo traduce a nuestra lengua. Entre los dos son capaces de traducir con eficacia.

Chicotenga tardó en hablar.

—Los dioses no necesitan intérpretes —dijo finalmente—, y mucho menos un arreglo tan complicado como el que describes.

—¡Y tanto! Sean lo que sean, esos hombres blancos no son dioses.

—Entonces, según tú, ¿qué son?

—Hombres como nosotros, señor Chicotenga, aunque particularmente poderosos y peligrosos.

—¡En eso estamos de acuerdo!

—Sin embargo, creo que nos los envía el cielo para ayudarnos a combatir a Moctezuma.

—En eso no estoy de acuerdo.

Huicton recogió el morral del suelo y sacó la bolsita que contenía las cuentas brillantes de vivos colores con aquella forma tan curiosa que había traído para Chicotenga de la costa.

—El jefe blanco se llama Cortés —dijo—. Por si sirve de algo, creo que quiere destruir a Moctezuma, como me aseguró. —Vació la bolsita en su mano y le pasó las cuentas a Chicotenga, que las cogió y las miró perplejo—. Cortés me pidió que te las entregara —prosiguió Huicton—, y me dio un mensaje para ti.

—Pues dame ese mensaje, embajador.

—Debo decirte, señor Chicotenga, que tú y Cortés compartís un enemigo común, Moctezuma, y que el señor Cortés estará encantado de colaborar contigo para poner al tirano de rodillas. Y tengo que decirte que el señor Cortés te promete su ayuda y la ayuda de sus hombres y de todas las grandes armas de que dispone para conseguir este digno fin.

Chicotenga fue pasándose pensativo las cuentas de una mano a la otra. Tintineaban como campanillas y reflejaban la luz, brillando de un modo que al parecer lo fascinaba. Entonces, bruscamente las tiró al suelo, contra cuyas losas se hicieron añicos. Huicton se agachó impulsivamente a recogerlas, pero los fragmentos eran tan afilados como navajas de obsidiana y apartó la mano de golpe, soltando una maldición, con muchas heriditas en los dedos, que le sangraban.

Chicotenga lo miraba indignado.

—Las promesas de los hombres blancos valen tanto como sus cuentas —dijo—. Temo que las romperán con la misma facilidad y nos harán sangrar antes de que termine el año.

Al caer la tarde, Puertocarrero, muy borracho, cantaba canciones sentimentales. Cortés, que no estaba tan borracho, escogió aquel momento para atacar:

—Tengo un plan, Alonso, que solucionará todos nuestros problemas de golpe y os convertirá en un hombre muy rico —le dijo.

Aunque Puertocarrero pertenecía a una respetada estirpe de aristócratas, no era el primogénito, y por tanto la fortuna familiar no le correspondía. Levantó la vista bruscamente, con

los ojos brillantes ante la perspectiva de la riqueza.

—Contadme más —pidió.

—¿No podéis esperar hasta mañana, cuando estéis sobrio?

—Al carajo mañana. Contádmelo ahora.

Cortés se inclinó hacia él.

—¿Hasta qué punto os gustaría volver a casa? —le preguntó.

—¿A Cuba? No mucho. Prefiero quedarme aquí y hacerme rico con vos. Pero tendréis que conseguirme otra mujer para sustituir a esa maldita zorra.

—No hablo de Cuba, Alonso. Me refiero a España. ¿Os gustaría volver a España con el tesoro que los mexicas nos han entregado?

—¿Con el tesoro? —Cortés había captado su atención y estaba recuperando rápidamente la sobriedad.

—Sí, con el tesoro. Con todo el tesoro.

—¿Todo el tesoro? No lo entiendo, Hernán. ¿De qué me estáis hablando?

—Es muy sencillo. Nuestra expedición es ilegal. Siempre lo ha sido, puesto que zarpamos en contra de los deseos de Diego de Velázquez...

—¡Ese malparido!

—Cierto. Pero por desgracia ese malparido es el gobernador de Cuba y su poder en la región es absoluto. Puede, y lo hará, ordenar que nos cuelguen si tiene ocasión.

Puertocarrero puso los ojos en blanco.

—Pues nos aseguraremos de que no la tenga.

—Claro —dijo Cortés—. Sin embargo, la orden de arresto que dicte Velázquez arrojará una sombra sobre nosotros para toda la vida, a menos que encontremos la manera de neutralizarlo por completo.

—¿Y se os ha ocurrido una manera? —Puertocarrero le tendió la copa vacía para que se la llenara.

—¿Quién tiene más poder que el gobernador?

—¿El rey? —aventuró Puertocarrero tras un momento de reflexión.

—¡El rey! ¡Exactamente! Si conseguimos que el rey se una a nuestra causa, Velázquez estará perdido.

La luz de la comprensión empezaba a iluminar la cara de Puertocarrero.

—¡Vais a lanzarle el anzuelo al rey para que intervenga

contra Velázquez regalándole el tesoro que ya hemos conseguido!

—Así es, amigo mío, y con los contactos de vuestra familia sois el indicado para llevárselo. Podéis quedaros una décima parte para vos.

A Puertocarrero casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—Sin embargo —prosiguió Cortés—, espero que regreséis. Cuando nos hayamos librado de Velázquez, tendremos libertad para hacer lo que queramos en este Nuevo Mundo y para tomar lo que nos plazca. ¡Seremos más ricos que un rey!

Tozi se había marchado de Tenochtitlán tras huir del palacio. Estaba tan conmovida y asustada, ¡sí, asustada!, que había recorrido los tres kilómetros de calzada a Tacuba corriendo. Oculta por su invisibilidad, había pasado desapercibida, pero era innegable que el nuevo hechicero chichimeca de Moctezuma la había visto.

«Por supuesto que te veo, niña. No puedes ocultarte de mí.» Aquellas palabras resonaban en su mente todavía, pasados casi tres días, a orillas del lago, en Tacuba, la ciudad donde había ido a quedarse. Huicton tenía allí una casa segura, propiedad de Yolya, una corpulenta mujer de mediana edad y carácter dulce y amable. Tozi ya había estado con Yolya cuando Huicton la había mandado por primera vez a «encantar» a Cuauhtémoc, y luego durante su convalecencia en la mansión de su padre, en las inmediaciones de Chapultepec, así que le había parecido el lugar obvio donde refugiarse en aquel trance.

El hechicero de Moctezuma era un hombre poderoso, un nagual capaz de cambiar de forma, y Tozi estaba convencida de que la encontraría y la mataría si se ponía de nuevo al alcance de su percepción. ¡No volvería a aventurarse en el palacio ni en misiones nocturnas! De hecho, no estaba segura de estar completamente a salvo allí, en Tacuba, ni siquiera en aquella discreta cabaña de un solo ambiente, situada en un estrecho callejón lleno de basura y flanqueada por otras viviendas similares.

—Puede que esté poniéndote en peligro, Yolya —le dijo a su anfitriona.

Sin embargo, la mujer, que se ganaba la vida como

lavandera y seguía trabajando en su patio doblando montones de sábanas y blusas al sol de última hora de la tarde, se limitó a reír.

—Bobadas, Tozi. A nadie se le ocurrirá buscarte aquí. Estamos bastante seguras...

—Quizá debería irme —continuó Tozi como si Yolya no hubiera dicho nada—. El dios Quetzalcóatl está en la costa. Allí ha ido Huicton. Allí está mi amiga Malinali. Debería reunirme con ellos.

—Calla, niña. Huicton volverá pronto. Espera a que llegue y luego decide lo que harás a continuación.

Tozi suspiró. Todo su orgullo, toda su fortaleza, todo su valor se habían evaporado. Habían demostrado no ser más que alardes de una niña tonta. Por primera vez desde que Huicton la había rescatado del populacho que asesinó a su madre ocho años antes, no sabía qué hacer.

Era la tarde del sábado 15 de mayo cuando, tras un viaje fácil y sin incidentes con viento favorable del sur, desde la *Santa Teresa* avistaron un pueblo nativo de buen tamaño sobre un promontorio con vistas a una bahía en forma de medialuna resguardada por altos acantilados. Meco, el guerrero totonaca, se acercó corriendo a Pepillo.

—Huitztlán —dijo, señalándolo con entusiasmo.

Pepillo corrió a reunirse con el capitán Escalante.

—Es el pueblo que buscábamos, señor. Meco lo confirma.

Escalante sonrió.

—Es una buena nueva, muchacho, porque nos ofrece un fondeadero seguro, tal como esperaba el Caudillo. Ahora vamos a averiguar si los nativos son amigables.

La *Santa Teresa* echó el ancla cerca del pueblo, desde el que se acercaron centenares de indios. Bajaron a saltos las empinadas escaleras talladas en el acantilado y se dispersaron por la cala de piedras que bordeaba la bahía. Había hombres, casi todos desarmados, y mujeres y niños vestidos de colores, riendo y gritando de entusiasmo. Sin embargo, cuando la falúa se acercó a la orilla y reconocieron a Meco, su entusiasmo aumentó y estallaron en una cacofonía de gritos, chillidos y aullidos. El guerrero les respondió con unas palabras que Pepillo

no consiguió entender.

—Pregúntale qué pasa —le dijo Escalante. Iba sentado a proa de la falúa, armado con espada y daga y protegido por la coraza de acero. Otros cinco espadachines, cinco piqueros y dos mosqueteros formaban parte del destacamento de desembarco «por si había problemas», como había dicho el capitán.

Meco sonreía de oreja a oreja y a Pepillo le costó entenderlo mientras la falúa se aproximaba a la playa, aunque al final comprendió que el totonaca había enviado un mensaje después de su encuentro con Cortés el 12 de mayo, que los estaban esperando y que todo iba bien. Serían los invitados de honor del jefe y un banquete los aguardaba.

—Dice que no hay nada que temer —explicó Pepillo—. Somos sus invitados de honor. Nos han preparado un festín.

—Espero que el festín no seamos nosotros. —Escalante rio —. ¡No tengo intención de ser la cena de ningún salvaje!

El canibalismo, tan apreciado por los nativos de México, era algo por lo que todos los españoles sentían una mortal repulsión, así que los soldados se miraban nerviosos cuando la barca llegó a tierra. La multitud los rodeó: una cacofonía incomprensible de voces y manos que trataban de tocarlos. Los piqueros alzaron las picas y los mosqueteros los arcabuces. Habrían matado a los indios de no ser por Escalante.

—¡No disparéis! —les gritó—. Bajad esas picas. Colgaré al primero que dispare un tiro.

Se adentró en la multitud con absoluta confianza.

Enseguida, unos jóvenes sonrientes le pusieron una guirnalda de flores alrededor del cuello antes de subir los escalones llevándolo a hombros.

—¡Vamos, no os quedéis rezagados! —les gritó a sus hombres, que seguían apiñados junto a la falúa—. ¿A qué estáis esperando?

Cuauhtémoc había esperado todo el día con un centenar de *cuahtxics* para emboscar a una patrulla de pieles blancas, pero, aunque varias veces se les habían acercado parejas de exploradores montados en sus huemules de extraño aspecto, nunca lo habían hecho tanto como para poder atraparlos. Los huemules eran demasiado rápidos para perseguirlos a pie y

Cuauhtémoc no quería arriesgarse a delatar su posición hasta estar seguro de poder hacer saltar la trampa que había preparado.

—Es una pérdida de tiempo —le dijo a Cabeza de Barro con fastidio—. Ayer que no estábamos preparados se acercaron tres veces a tiro de flecha; hoy que lo estamos se mantienen a distancia.

—A lo mejor sospechan que estamos aquí —sugirió Gran Dardo.

Los otros no lo creían.

—¡Paciencia! —dijo Coyote que Ayuna—. Mañana volverán y entonces tendremos más suerte.

Se hacía de noche y en las afueras de Cuetlaxtlán encendían linternas. A regañadientes, Cuauhtémoc dio la orden de volver al pueblo.

Los cuatrocientos hombres que componían el resto de su ejército habían pasado el día en el complejo amurallado que les había proporcionado Pitxatzin, el gobernador de Cuetlaxtlán. Aquel complejo, con dormitorios independientes, una enorme cocina y un comedor, se había construido para albergar a los nobles mexicas visitantes con su séquito y estaba lujosamente provisto de un servicio propio de cocineras, sirvientas y limpiadoras.

Cuando Cuauhtémoc volvió, Pitxatzin lo esperaba. El gobernador estaba ansioso, nervioso, hasta cierto punto de mal humor. Sudaba profusamente y no paraba de hacer preguntas acerca de los pieles blancas y de la estrategia de Cuauhtémoc para el día siguiente. Los dos hombres se disponían a disfrutar de una estupenda cena.

—Temo que si traes cautivos a mi pueblo los pieles blancas nos ataquen sin piedad —le dijo a Cuauhtémoc.

—Eso es precisamente lo que quiero que hagan. Si temes su ataque, te sugiero que te marches.

Al decidir provocar a los pieles blancas, Cuauhtémoc también había decidido comandar la guarnición de Cuetlaxtlán, un regimiento completo formado por ocho mil combatientes cuya misión era reprimir a los disidentes de las facciones rebeldes totonacas al norte de Cempoala. Tal vez no fueran suficientes para enfrentarse con un ejército que había derrotado a cuarenta mil mayas en Potonchán, pero al menos eso obligaría a Moctezuma a enviar refuerzos. Aquel le parecía un momento

tan bueno como cualquier otro para compartir el plan con el gobernador.

—Puedes llevar escolta —prosiguió—. Con cincuenta de tus hombres bastará para que llegues a Tenochtitlán sano y salvo, pero te exijo que dejes conmigo el resto de la guarnición.

—¿Mi guarnición? —farfulló Pitxatzin—. ¿Quieres mi guarnición para ese combate con los pieles blancas que vas a provocar?

—Claro que sí.

—¿Con qué autoridad?

—Con la mía. Soy un príncipe de sangre real, ¿o lo has olvidado?

Pitxatzin tragó saliva. Su posición en la aristocracia mexica era demasiado baja para plantearse siquiera negarse a obedecer las órdenes de un miembro de la familia real. Al mismo tiempo, sabía por Teudile que Moctezuma no quería una guerra contra los pieles blancas.

—Es una imprudencia, príncipe —dijo con cautela—. Debemos tener la aprobación de Tenochtitlán antes de iniciar...

Cuauhtémoc lo interrumpió.

—No hay tiempo. Ya me habría puesto al frente de tus tropas hoy si las cosas hubieran salido como yo pretendía, y te hago saber, ahora, que mañana voy a necesitarlas; no para la emboscada, porque mis especialistas se ocuparán de eso, sino para lo que vendrá luego.

Hizo una seña a una chica con un trasero particularmente atractivo y pidió más pulque antes de volverse hacia Pitxatzin.

—Ve a Tenochtitlán, gobernador; tienes mi bendición. Llévate cincuenta hombres, tienes mi permiso. Viaja rápido y cuéntale a Moctezuma lo que pasa aquí. Me alegraré de tener su apoyo. Es una cuestión de vital importancia que frenemos ahora a los pieles blancas, en la costa, antes de que consoliden su fuerza y se adentren en el territorio. La supervivencia de nuestra nación está en juego.

Yaretzi, el cacique de la ciudad totonaca de Huitztlán, era un enjuto hombrecillo de mediana edad con entradas y nariz puntiaguda, cuyos movimientos de cabeza erráticos y cuyos ojos pequeños y de mirada vigilante le recordaron a Pepillo los de

una gallina de corral.

Habían conducido a los españoles directamente a su palacio, una estructura desgarbada de dos pisos con terrado plano y vistas a la bahía, y los habían escoltado hasta un patio interior abierto al cielo estrellado, donde habían servido en varias mesas un banquete suntuoso. Allí se reunió con ellos el Consejo de Ancianos, formado por veinte miembros masculinos de la tribu vestidos con túnicas ceremoniales, y pasaron revista a los platos colmados.

—Diles que no comemos carne humana —dijo Escalante, olisqueando unas carnes desconocidas.

Pepillo se lo dijo a Meco, que rio a carcajadas y dijo que ya lo sabía, porque, al fin y al cabo, los hombres blancos lo habían salvado de serles ofrecido a ellos como manjar.

—No te preocupes; solo pecarí. —Señaló otros platos—: Eso pavo, eso pescado del mar, eso mono, ¡muy bueno!, eso loro, eso perro. —Miró a *Melchor*, que babeaba al lado de Pepillo—. Aunque no como tu inteligente perro. Los perros que comemos son muy pequeños, muy estúpidos. Pero aquí no carne humana, lo prometo.

Pepillo se estaba dando cuenta de que cuanto más oía hablar náhuatl y más se veía obligado a entender con rapidez lo que le decían, como le había pasado durante sus conversaciones con Meco en los dos últimos días, mejor se le daba. Muy pocos totonacas hablaban la lengua mexica; incluso Yaretzi tenía solo conocimientos rudimentarios de aquella lengua, así que toda la velada dependería de lo que él y Meco fueran capaces de transmitir a una y otra parte.

Sirvieron la fuerte bebida local llamada «pulque» y Escalante mandó traer vino del barco, que los totonacas probaron y por el que de inmediato manifestaron un gran aprecio. Bebieron abundantemente, sorbiendo y chasqueando los labios y, a medida que avanzaba la noche, un sentimiento de camaradería se apoderó de todo el mundo. Un punto de coincidencia en particular fue el mutuo desagrado que sentían por los mexica. Escalante expresó con franqueza su aversión por aquellos «matones» y dijo a los totonacas que los españoles estaban allí con un único propósito: vencer a Moctezuma y liberar a todos los que sufrían bajo su injusto gobierno.

Los totonacas, por su parte, se quejaron amargamente de la pesada carga de los impuestos en bienes, cosechas y servicios

que los mexica les exigían anualmente, sobre todo del «tributo humano» de víctimas sacrificiales, que no dejaba de aumentar y que eran incapaces de soportar. Por lo visto, se había producido un marcado cambio en este aspecto del dominio mexica sobre los totonacas en los últimos meses, algo referido a niños, aunque Pepillo no fue capaz de entender exactamente lo que le decían.

—No importa —dijo Escalante, renunciando a enterarse de los detalles—. Lo esencial está bastante claro. Diles que somos los hombres que van a liberarlos de Moctezuma, pero que a cambio esperamos algo de ellos.

Pepillo transmitió el mensaje a Yaretzi.

—Todo lo que esté en mi mano —repuso este—. El gran señor Tlacoch me ha dicho que me ponga a tu servicio y eso hago por propia voluntad.

—¿Tlacoch? —dijo Escalante—. ¿Quién diablos es?

—El jefe supremo de los totonacas —le recordó Pepillo—. Está en la ciudad de Cempoala, a unas horas al sur de aquí... El Caudillo ya os lo mencionó, don Juan.

—No esperarás que me acuerde de estos condenados nombres...

—Tla-coch —repitió Pepillo, marcando las sílabas—. Es el que nos envió a Meco para pedirnos una alianza. Al parecer, Yaretzi responde ante él.

—Bueno, pues como se llame —dijo Escalante, sonriente. Apuró su cuarto tazón de pulque y se pasó al vino—. Por Dios que me gustan estos tipos, Pepillo, y parece que a ellos les gustamos nosotros, así que ha llegado la hora de hacerles nuestra propuesta. Diles, si eres capaz, que queremos tener derecho a construir una ciudad nuestra aquí, en estos acantilados, junto a la suya. Diles que su compañía nos complace tanto que queremos ser sus vecinos. Como vecinos suyos, nos convertiremos en sus amigos, sus hermanos y su familia, y como familia suya nos uniremos a la gran empresa de librarlos de Moctezuma.

Era todo un reto traducir aquello, y Pepillo y Meco mantuvieron un toma y daca, recurriendo a menudo al lenguaje gestual, antes de conseguirlo, pero la respuesta de Yaretzi fue inmediata y entusiasta.

—Estamos muy contentos de que construyáis aquí vuestra ciudad —dijo—. Lo pondremos todo, obreros, artesanos y materiales, a vuestra disposición. Nos sentimos honrados de que

los dioses quieran vivir con nosotros.

—Dile que no somos dioses —pidió Escalante.

Pepillo lo intentó, pero Yaretzi no quiso saber nada del asunto.

—Por supuesto que sois dioses —insistió—. Todo el mundo lo sabe.

Escalante se levantó de la mesa tambaleándose un poco, fue hasta el asiento de Yaretzi, lo puso de pie y le dio un fuerte abrazo a la española.

—No somos dioses —dijo—. Somos hombres como tú. Sois nuestros hermanos y como hermanos os acogemos.

Yaretzi, también muy borracho, le devolvió el abrazo.

—Sin embargo, tenéis que ser dioses —dijo—, porque solo los dioses pueden esperar destruir a Moctezuma.

La mañana del domingo 16 de mayo, después de desayunar con su amigo y compañero Bernal Díaz y de asistir a una breve misa en la improvisada capilla de las dunas, Gonzalo de Sandoval se puso la coraza, se ajustó la espada y fue a los establos. Alonso Puertocarrero cabalgaría con él durante la primera patrulla del día y, ya montado en su yegua *Ciri,* estaba impaciente por partir.

Sandoval cogió la lanza que le ofrecía su palafrenero y subió a la silla de *Llesenia*, la yegua de capa castaña. Era demasiado pobre para tener un caballo de su propiedad, pero el Caudillo había puesto aquel a su disposición en Potonchán y desde entonces le había permitido quedárselo. En lugar de poner la lanza en la funda adosada a la silla de montar, como había hecho Puertocarrero, la sostuvo en la mano. La intuición le decía que podía necesitarla.

—Hermosa mañana para galopar, Alonso —dijo, tratando de parecer alegre.

—En efecto, Gonzalo, hermosa mañana. ¿Qué tal si vamos hasta Cuetlaxtlán? Demos a esos mexicas un pequeño susto. Me apetece un poco de acción.

Puertocarrero era un fanfarrón y un engreído. No había estado bien en Potonchán, donde Sandoval y Díaz, entre otros, se habían ganado los elogios del Caudillo por su destacado valor. Tal vez eso explicaba por qué el aristócrata de barba

pelirroja parecía sentir tan a menudo la necesidad de ponerse a prueba.

—Preferiría evitar la acción, si es posible —dijo Sandoval —. Nuestra misión es explorar, no iniciar una lucha.

—¡Bah! —exclamó Puertocarrero. Espoleó a *Ciri* y partió al galope.

Sandoval siguió su estela de polvo.

Cuauhtémoc había preparado su emboscada con sumo cuidado.

Para acercarse a Cuetlaxtlán, los jinetes pieles blancas tenían que pasar por una serie de dunas bajas. Había cuatro posibles sendas, y a ambos lados de cada una, enterrados en la arena hasta ser prácticamente invisibles, había distribuido el centenar de *cuahtxics* a los que había escogido para la tarea: sus guerreros más diestros y violentos. Veinte lo acompañaban y dirigían los otros tres grupos, cada uno de veinte hombres fuertes, Cara Velluda, Gran Dardo y Comehombres. Diez guerreros liderados por Coyote que Ayuna y otros diez por Cabeza de Barro se habían quedado atrás, escondidos en las últimas casas de la ciudad, preparados para unirse a la lucha en cuestión de segundos cuando más los necesitaran.

¡Y habría lucha, por lo visto! Poco antes habían aparecido dos largas estelas de polvo al norte y ahora, a sus pies, acercándose a una velocidad fantástica, veían dos jinetes con el torso plateado brillando al sol. No eran dioses, se recordó Cuauhtémoc; se negaba a creer en aquellas supersticiones estúpidas. ¡Pero qué rápido se movían! ¡Qué aspecto más extraordinario! ¡De qué modo tan amenazador se acercaban! ¡Cómo retumbaban los cascos de sus huemules! El jinete que iba delante había elegido un camino; no pasaría por la posición de Cuauhtémoc sino entre las dunas que dominaba Gran Dardo. El segundo jinete iba un centenar de pasos por detrás, siguiendo la misma trayectoria, gritando en su extraña lengua. El viento se llevaba sus palabras. Cuando el primero estuvo al alcance de la vista del sitio en que estaba emboscado el grupo de Gran Dardo, Cuauhtémoc gritó una orden y sus veinte hombres salieron del escondite dispuestos a luchar.

Sandoval estaba furioso por la estupidez y la impetuosidad de Puertocarrero. ¿Qué mosca le había picado para acercarse tanto a Cuetlaxtlán, donde había una guarnición tan nutrida, y además a aquella velocidad endiablada? Sin embargo, no podía hacer otra cosa que seguirlo y tratar de frenarlo.

—¡Deteneos, maldito loco! —gritaba a pleno pulmón, espoleando a *Llesenia* y conduciéndola hacia un paso entre dos dunas en el que Puertocarrero ya se había adentrado.

Mirara hacia donde mirara veía indios pintados, con taparrabos, lanzas y espadas de madera con filo de obsidiana emergiendo de la arena. Unos veinte estaban justo delante de Puertocarrero y pululando a su alrededor. ¡Por Dios! Uno metió la lanza entre las patas de *Ciri*, la hizo tropezar y el idiota de su jinete salió disparado de la silla y se estampó de bruces contra el suelo antes de haber tenido siquiera tiempo de desenvainar. Sin jinete, *Ciri* recuperó el equilibrio y corrió libre evitando los otros grupos de atacantes, que con gritos de guerra y golpeando los escudos con las espadas, convergían desde las dunas de ambos lados.

—¡Santiago y a ellos! —gritó Sandoval, sin tiempo para pensar, pasando a la acción.

Bajó la punta de la lanza y se la clavó en el pecho a un indio. Cuando liberó el arma, salió un borbotón de sangre; volvió a alzarla y la descargó para matar a otro, derribando a tres más con la fuerza de la carga; golpeó con el estribo de acero la cara de un guerrero vociferante y obligó a *Llesenia* a describir un arco cerrado, piafando, antes de hacer retroceder a un par de indios que habían agarrado al inconsciente Puertocarrero e intentaban arrastrarlo.

El propio Sandoval estaba ya rodeado, y la depresión entre las dunas se llenaba rápidamente de guerreros armados hasta los dientes que no paraban de gritar. Refrenando a *Llesenia*, se agachó y agarró a Puertocarrero por la roja melena. Con sumo esfuerzo, izó el peso muerto hasta la parte delantera de su silla de montar, a costa de su lanza, que un furioso salvaje le arrebató de la mano. Soltó las riendas, agarrando a Puertocarrero por la cintura y, sosteniéndose en la montura solo con las rodillas, desenvainó la espada, le partió la cabeza al indio que le había quitado la lanza y azuzó a la yegua castaña que se encabritaba hacia la melé. Rodeado de rostros pintados y crispados con los ojos muy abiertos y enseñando los dientes,

parecía una escena salida de su peor pesadilla. Unos cuantos proyectiles le rebotaron en la parte posterior de la coraza y una flecha le rozó el muslo. Mientras una maraña de fuertes manos morenas trataban de derribarlo de la silla, con la espada segó un brazo a la altura del codo por aquí, los dedos de una mano por allá, y de un fuerte mandoble le separó a uno del cuello la cabeza pintada de amarillo y rojo, que cayó rebotando y rodando a una docena de pasos.

La pobre *Llesenia*, aunque entrenada para el combate, estaba espantada por la sangre y el estrépito, por los aullidos de los indios, el choque de las armas y el desacostumbrado peso de dos hombres. Se encabritó y a punto estuvo de tirar a Sandoval y a su todavía inconsciente carga. El español tuvo muchas dificultades para volver a controlarla. Clavó la espada en el ojo de un guerrero que saltó para arrebatarle a Puertocarrero, hundió la hoja en un hombro desnudo, rajó una garganta y de repente ya solo tenía dos filas de guerreros delante. De haber montado solo él a *Llesenia* podría haberles saltado por encima, pero el peso de Puertocarrero se lo impedía. Sandoval espoleó a la yegua.

—¡Santiago y a ellos! ¡Santiago y a ellos!

Se aferraba a la esperanza de lograr abrirse paso, aunque fuera en dirección a la ciudad y no de vuelta hacia el campamento.

Cuauhtémoc se dio cuenta del inminente peligro de que los pieles blancas y sus animales escaparan. El huemul al que Gran Dardo había herido con la lanza en las patas ya se había marchado al galope por las dunas, poniéndose fuera de su alcance en un visto y no visto, mientras que el otro jinete, un guerrero formidable que había hecho estragos entre los *cuahtxics* y que parecía tan imparable como un tornado, había rescatado a su compañero caído.

Sin embargo, Cuauhtémoc ya les había indicado a Cabeza de Barro y Coyote que Ayuna que trajeran las reservas, así que, cuando el piel blanca superó el último hombre que lo rodeaba, conduciendo a su animal entre las dunas en dirección a Cuetlaxtlán, se topó de repente con veinte guerreros frescos bloqueándole el paso. Cuauhtémoc sacó entonces el *macuahuitl,*

porque quería un prisionero con vida y no un cadáver, echó a correr, saltó a lomos del huemul, le rodeó el cuello con los brazos y consiguió desequilibrarlo y derribarlo al suelo. Entonces Gran Dardo y Cara Velluda se le echaron encima y lo sujetaron a pesar de lo mucho que se debatía. En aquel momento de frenesí, el segundo piel blanca, que parecía inconsciente e indefenso, se espabiló de golpe, se hizo con el control del huemul y, ¡de qué forma tan asombrosa!, lo puso a la carrera, saltó por encima de las reservas que le cerraban el paso y se alejó sin mirar atrás, primero hacia la ciudad, pero enseguida hacia la arena compacta de la playa, donde el animal alcanzó tal velocidad que dejó muy atrás a sus perseguidores.

Sandoval no podía creer que Puertocarrero fuera tan cobarde, mejor dicho, conociéndolo sí que podía, pero le asombraba estar siendo víctima de su cobardía. Se había metido en el fregado por aquel hombre, había luchado por su vida y casi había conseguido rescatarlo con éxito; sin embargo, en cuanto se habían vuelto las tornas, cuando lo habían derribado a él del caballo, Puertocarrero simplemente había huido, sin intentar ayudarlo, sin siquiera mirar atrás, dejándolo en manos de unos indios que sin duda lo sacrificarían a sus malvados dioses y se darían un festín caníbal con su cadáver.

Le habían golpeado tan fuerte en la cabeza que le sangraban los oídos, le habían atado los brazos a la espalda y le habían puesto una soga al cuello con un nudo corredizo. Estaba sujeto a un extremo de un palo largo que manejaba el cruel salvaje que lo empujaba hacia las afueras de Cuetlaxtlán, disfrutando de darle un tirón si se apresuraba demasiado y un empellón si se retrasaba.

Sandoval reconoció al hombre que lo atormentaba.

Aunque en aquella ocasión iba espléndidamente vestido y esa mañana solo llevaba un taparrabos que dejaba al descubierto las cicatrices de cuchilladas recientes que le desfiguraban el vientre, era sin duda el mismo príncipe mexica alto y fuerte de larga melena oscura, pómulos marcados y orgulloso desdén que había visitado el campamento español cinco días antes como miembro de la delegación de Moctezuma, la que les había entregado tantos tesoros y se había marchado

con tantas amenazas. Aquel príncipe se llamaba Cuauhtémoc, recordó Sandoval. A través de Malinali, había tenido la desfachatez, los *cojones*,[13] de ordenar a Cortés que se marchara, advirtiéndole que, en caso contrario, él y sus hombres serían aniquilados.

—Mis soldados son tan numerosos como la arena del mar —se había jactado Cuauhtémoc—, invencibles en el combate. Dirígete hacia Tenochtitlán y aprenderás cómo hacen la guerra los mexicas.

Cortés había dicho algo acerca de que esperaba esa lección con impaciencia, pero ahora parecía más bien que Cuauhtémoc estaba a punto de adelantarse a los planes del Caudillo y pretendía cortar de raíz el avance español, porque de Cuetlaxtlán, yendo rápidamente a su encuentro, salían miles de guerreros mexicas armados para la batalla.

25

Domingo, 16 de mayo de 1519

Hubo un revuelo de cascos de caballo y gritos de los centinelas, un derrape, un relincho furioso y una lluvia de arena cuando un caballo a todo galope fue obligado a detenerse de un modo casi catastrófico, y Puertocarrero irrumpió con la cara tan blanca como rojo era su pelo.

—¡Una emboscada, Caudillo! —anunció a gritos—. Eran cientos. Han podido con nosotros. Han capturado a Sandoval...

Cortés, que estaba redactando el borrador de una larga carta para el rey, mientras lamentaba la ausencia de Pepillo para escribir al dictado, se levantó de golpe.

—¿Quién os ha emboscado? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo han capturado a Sandoval?

Sin embargo, cuando Puertocarrero se lo estaba contando todo, vomitando las palabras en un confuso discurso, sin detenerse a respirar, Cortés alzó una mano para hacerlo callar.

—Despacio, hombre —le dijo—. Recuperad el aliento... Tomad, bebed esto.

Le sirvió vino y, mientras el aristócrata bebía ávidamente, mandó a un centinela a buscar a Pedro de Alvarado y Bernal Díaz y dictó órdenes para una asamblea general. Todo el ejército tenía que formar y estar listo para marchar antes de una hora.

Cuando Alvarado y Díaz llegaron, Cortés empezaba a darse cuenta de que en el relato de Puertocarrero había cosas raras. Parecía más bien un intento para describir sus propios actos de un modo favorable, culpando a Sandoval de haberlos puesto a ambos en peligro al insistir en que la patrulla matutina pasara más cerca de Cuetlaxtlán de lo que era prudente. Y luego lo acusó de cobardía.

—No quisiera poner en duda el nombre del joven Sandoval, Hernán, pero lo cierto es que me abandonó cuando más peligro corría. ¡Estaba rodeado! He tenido que luchar para abrirme paso yo solo. ¡He matado a muchos! Si he escapado ha sido por la gracia de Dios.

—Caudillo, ¡protesto! —dijo Bernal Díaz—. Me opongo rotundamente. Gonzalo jamás dejaría a alguien en la estacada... y, además, no está aquí para defenderse.

Cortés miró duramente a Puertocarrero.

—Si Sandoval os abandonó y huyó —le dijo—, ¿cómo es que habéis sido vos quien ha vuelto sano y salvo al campamento?

—Y decidme, os lo ruego —añadió Alvarado—, ¿cómo habéis podido hacerlo con el caballo de Sandoval? Antes os he visto salir de los establos. Vos montabais a *Ciri* y Gonzalo a *Llesenia*, pero es a *Llesenia* a la que he visto atada fuera, mientras que de *Ciri* no hay ni rastro. Es un poco extraño, ¿no?

—Nos han derribado a ambos —bramó Puertocarrero, escupiendo saliva—. Con las prisas por huir, Sandoval montó a *Ciri* y se fue, pero lo derribaron. Me abrí paso luchando entre una masa de indios hasta *Llesenia* y escapé por los pelos.

—En tal caso, habéis sido vos quien ha dejado atrás a Gonzalo, no al contrario —puntualizó Díaz, alzando la barbilla.

—No, qué va. Él me abandonó a mí...

—Esto me huele mal —terció Alvarado—. Sandoval no es de los que huyen de un combate. —Se acercó a Puertocarrero y se encaró con él—. Enseñadme la espada —le exigió—. Si os habéis abierto paso a mandobles contra los indios como afirmáis, entonces tendrá mellas, sangre...

Puertocarrero lo miró con una mezcla de horror y rabia.

—¿Me estáis tachando de mentiroso? —gritó.

Con un gruñido impaciente, Bernal Díaz agarró por la empuñadura la espada de Puertocarrero y la desenvainó. Todos vieron que la hoja estaba limpia y no tenía mellas.

—Sí, digo que sois un mentiroso —sentenció fríamente Alvarado—. Y ahora añado que sois un cobarde.

—He luchado con mi lanza —protestó Puertocarrero.

—¿Dónde está, pues? Enseñádnosla —pidió Alvarado.

—Me la... me la arrebataron.

—¡Ja! —exclamó Alvarado, sin disimular el asco que le daba—. Tenéis respuesta para todo.

La cabeza de Cortés era un hervidero. No quería que la acusación de cobardía lanzada contra Puertocarrero arruinara los planes que tenía para él. Por otra parte, ¿habría algún modo de servirse de ella en beneficio propio para presionar al aristócrata y poder dominarlo y controlarlo más? Tenía que reflexionar detenidamente acerca del asunto.

—¡Por favor, caballeros! —dijo—. Ya sellaremos luego la disputa. Ahora nuestra prioridad es rescatar a Gonzalo y castigar a los indios que se lo han llevado.

—¿Y si ya lo han sacrificado? —preguntó Díaz.

—Si así fuera, entonces saquearemos Cuetlaxtlán, aniquilaremos su guarnición y mataremos a todo hombre, mujer y niño que...

—¡Aniquilar su guarnición! —se horrorizó Puertocarrero —. Son ocho mil hombres.

—Nos enfrentamos a cuarenta mil en Potonchán —le recordó Cortés, reprimiéndose para no abofetear al estúpido pelirrojo.

De que el tipo era un cobarde no le cabía duda, pero seguía siendo un cobarde útil. Era importante, por tanto, que no lo abochornaran hasta exigir satisfacción de Alvarado, que en duelo indudablemente lo mataría.

Por suerte, rompió la tensión del momento la llegada de García Bravo, un sargento flaco de pelo gris, extremeño como Cortés, con el anuncio de que el ejército estaba formado y listo para partir. Bravo, un eficiente e implacable asesino en quien Cortés había confiado muchos años para hacer el trabajo sucio, tenía una nariz ganchuda y cara siempre agria. El olor a sudor y ajo lo envolvía como un manto.

—¿Hacia dónde partimos, señor? —preguntó.

—Hacia Cuetlaxtlán. Dejad un pelotón de cincuenta hombres, dos falconetes, las tres bombardas con sus equipos y veinte perros para defender el campamento. Todos los demás se vienen con nosotros. —Cortés se volvió hacia Díaz—. Bernal, yo

iré delante con la caballería, así que busca a Malinali y llévatela con la infantería. No te apartes de ella. La necesitaré para parlamentar.

—¿También queréis que venga Aguilar? —preguntó Díaz.

—Sigue vomitando en la enfermería. Pero da igual. El castellano de Malinali es cada vez mejor. Creo que podrá manejar esto ella sola.

Cuando Cortés salía del pabellón, uno de los mozos de cuadras se acercó llevando de las riendas a *Ciri*, la yegua de Puertocarrero.

—Ha vuelto por su cuenta, Caudillo —explicó el muchacho—. Me ha parecido que querríais saberlo.

En la vaina adosada a la silla de *Ciri* seguía la lanza de Puertocarrero.

Sandoval no entendía qué estaba pasando.

Había supuesto que el ejército de miles de guerreros salido de Cuetlaxtlán iba a reunirse con Cuauhtémoc para marchar con él sobre el campamento español. Sin embargo, no había sido así.

En lugar de eso, mientras los dos grupos convergían en las afueras de la ciudad, los guerreros que Cuauhtémoc había usado para la emboscada se situaron en formación defensiva alrededor de este, armados hasta los dientes, y el príncipe y otro hombre al que Sandoval reconoció, Pitxatzin, gobernador de Cuetlaxtlán, intercambiaron palabras de enojo. Pitxatzin llevaba un objeto brillante en la mano derecha, ¿un anillo?, que le ponía insistentemente ante las narices a Cuauhtémoc y que el príncipe ignoraba con igual insistencia.

La discusión prosiguió largo rato, con muchas poses y alardeos por ambas partes. Varias veces Cuauhtémoc habló por encima de la cabeza del gobernador, dirigiéndose directamente a las filas que este tenía detrás, pero los hombres permanecieron impasibles, sin responder. Pitxatzin le contestaba a gritos al príncipe y de nuevo le enseñaba el objeto que sostenía. Finalmente, Cuauhtémoc se le acercó y lo cogió. Sandoval vio entonces que efectivamente era un anillo, un aro de oro con una piedra preciosa. El príncipe lo estudió y luego lo arrojó a la arena, a sus pies. Eso arrancó un gemido de horror entre los presentes y un grito ahogado de furia al gobernador, que ladró

una orden. De repente, doscientos arqueros se adelantaron, alzaron los arcos y se prepararon para disparar contra el ejército de Cuauhtémoc, mucho menor.

El príncipe les dio la espalda y volvió con sus hombres, con sus hermosas facciones contraídas por una furia ciega.

Cuauhtémoc estaba tan indignado que por un momento estuvo a punto de ordenar a sus *cuahtxics* que atacaran a Pitxatzin, que había sacado a cuatro mil hombres, la mitad de la guarnición, para arrestarlo. Sin embargo, el resultado de aquello solo podía ser uno. El contingente de arqueros del gobernador por sí solo ya doblaba su pequeño ejército y los acribillarían a flechazos en un momento. Cierto que quedaban los cuatrocientos *cuahtxics* que había dejado en la ciudad, pero no bastaban para equilibrar la balanza, a pesar de su ferocidad y, además, no llegarían a tiempo. Seguro que Pitxatzin no le había mentido al decirle que el resto de la guarnición los tenía rodeados en el recinto amurallado, cuyos huéspedes eran ahora prisioneros.

Cuauhtémoc indicó por señas a Cabeza de Barro, Coyote que Ayuna, Gran Dardo, Cara Velluda y Comehombres que se acercaran.

—Amigos —dijo—, estamos perdidos. No quiero ver morir inútilmente a ninguno de vosotros ni a ninguno de vuestros valientes *cuahtxics,* así que voy a rendirme.

—¿A rendirte? —espetó Cabeza de Barro, escupiendo las palabras—. Jamás.

—Combatamos a estos cabrones —propuso Gran Dardo.

—Al menos moriremos con honor —dijo Comehombres.

Cuauhtémoc trató de sonreír y serenarse.

—No —dijo—. No lo permitiré. No podemos hacer otra cosa que rendirnos. Pitxatzin tiene el sello del Gran Orador, ostenta su autoridad y tiene órdenes claras para nosotros de que nos retiremos. ¡No os arrestarán! El gobernador me ha dado su palabra. Nuestros *cuahtxics* podrán volver libremente a Tenochtitlán para reunirse con sus regimientos. Al parecer, Moctezuma solo quiere mi piel.

—Pero ¿cómo ha podido pasar esto? —inquirió Coyote que Ayuna—. ¿Cómo ha podido enterarse Moctezuma de lo que

planeábamos hacer aquí? ¿Cómo le ha hecho llegar las órdenes a Pitxatzin con tanta rapidez?

—Seguro que ese sapo de Teudile está detrás de todo —masculló Comehombres.

—Tienes razón. Ha sido Teudile —dijo Cuauhtémoc—. Tendría que haberme dado cuenta del riesgo cuando empezó a quejarse de cómo lo habían castigado por no detenerme. Ha usado corredores de relevos para enviar por delante un mensaje a Tenochtitlán mientras estaba todavía de camino hacia allí. Ha destapado nuestros planes y Moctezuma ha mandado corredores con la orden de detenernos para Pitxatzin, añadiendo el sello para confirmarlo.

—Ese bastardo... —masculló Cabeza de Barro—. ¡Pero es un suicidio que te rindas, Cuauhtémoc! Si permites que te lleven de vuelta a Tenochtitlán, ten por seguro que te matarán.

—Y sospecho que de un modo bastante horrible —añadió Cuauhtémoc con ironía—. Nadie que desafíe la voluntad del Gran Orador vive para contarlo. Pero no tengo elección. Nos superan en número y han sido más hábiles que nosotros; tengo que aceptarlo.

Cara Velluda miró al prisionero, al español, que escuchaba atentamente la conversación.

—¿Qué pasa con él? —preguntó.

—Pitxatzin lo liberará —repuso Cuauhtémoc—. Es una lástima. Es un magnífico guerrero y muy valiente. Habría sido un noble sacrificio.

La expedición contaba con dieciocho robustos caballos, pero solo diecisiete entrarían ese día en combate. Puertocarrero seguía con *Llesenia*, la yegua de Sandoval, porque a *Ciri* le habían herido las patas en la escaramuza y necesitaría cuidados para volver a estar en forma. Cortés no había hecho ningún comentario sobre lo que implicaba que la lanza del pelirrojo siguiera en la funda de la silla de montar de *Ciri,* porque el resoplido de Alvarado había sido más que elocuente, y había insistido en que Puertocarrero cabalgara con los demás.

Iban tres kilómetros por delante de la infantería y Cuetlaxtlán ya estaba a la vista cuando observaron unos veinte guerreros mexicas acercándose. Cortés espoleó a *Molinero,* su

semental castaño oscuro, lanzándose a la carga, con el cuerpo del ejército dispuesto en hilera a ambos lados, gritando.

—¡Santiago y a ellos!

Aquel era el antiguo grito de guerra español que había resonado durante siglos en los sangrientos campos de batalla de la Reconquista. Ahora lo que estaba en juego no era una reconquista, se dijo Cortés sombríamente, sino una conquista, y no serían los moros del Viejo Mundo los que caerían bajo las lanzas españolas ese día sino los indios del Nuevo Mundo.

Entonces reconoció a Sandoval, delante de los salvajes, haciéndoles señas y gritando.

Muy a su pesar, Cortés refrenó a *Molinero*.

—¡Alto! ¡Alto! —ordenó a los otros caballeros.

Mientras todos aminoraban a medio galope, indicó por señas a Alvarado que se pusiera a su lado y los dos se adelantaron al trote.

—¿Creéis que es una trampa, Pedro? —le preguntó.

—Si lo es, es una trampa bastante extraña. Esos indios están desarmados.

Cortés achicó los ojos.

—Muy cierto. Verlo para creerlo.

A los pocos segundos estaban a un tiro de piedra de Sandoval.

—¡Eh, Gonzalo! —gritó Cortés—. ¡Me alegro de veros! ¿Estáis bien?

—Nunca he estado mejor. Venid a conocer a mis amigos. Hagáis lo que hagáis, no los matéis.

—¿Por qué? —gritó Alvarado.

—Sería de mala educación, porque acaban de salvarme la vida.

Quien dirigía a los guerreros mexicas desarmados era Pitxatzin, el gobernador de Cuetlaxtlán. Sandoval estaba desconcertado, ya que lo habían liberado cuando esperaba que lo sacrificaran, así que se limitó a relatar los hechos escuetamente. El príncipe Cuauhtémoc, al frente de unos cien hombres, les había tendido una emboscada a él y Puertocarrero. Este había escapado y a Sandoval lo habían hecho prisionero. Cortés notó con aprobación que el joven alférez no criticaba el

comportamiento de Puertocarrero. Después se había producido un enfrentamiento entre Cuauhtémoc y Pitxatzin, que había llegado justo a tiempo a la cabeza de un ejército mucho más numeroso, como resultado del cual Cuauhtémoc se había rendido al gobernador. Lo habían atado y se lo habían llevado entre las protestas de sus hombres, mientras que a Sandoval lo habían liberado y Pitxatzin y su pequeña escolta lo habían acompañado de regreso al campamento español.

A pesar de aquel gesto, Alvarado estaba a favor de atacar Cuetlaxtlán y destruir la ciudad y su guarnición. Sin embargo, habiendo recuperado a Sandoval sano y salvo, Cortés no tenía prisa.

—Aquí está pasando algo raro, Pedro —le dijo, caviloso—. Tengo que comprender mejor lo sucedido antes de decidir qué hacer.

Llamó por señas a Puertocarrero, le dijo que retrocediera para reunirse con la columna de infantería, que buscara a Malinali, que estaría con Díaz, y que volviera con ella cuanto antes. Mientras esperaban, se llevó aparte a Alvarado.

—Ese asunto de la cobardía de Puertocarrero... —le dijo —. No lo abochornéis hasta el punto de que tenga que desafiaros.

Alvarado soltó un bufido.

—Si me desafía, morirá...

—Exactamente, y no lo quiero muerto. Tengo un trabajo para él. No parece que Sandoval vaya a insistir en el asunto y preferiría que vos tampoco lo hicierais.

—No soporto la cobardía —espetó Alvarado.

—¿Y quién la soporta? Sin embargo, Puertocarrero no se quedará mucho tiempo con nosotros. Os lo prometo.

Alvarado enarcó una ceja.

—Planeo mandarlo de vuelta a España con todo nuestro tesoro, para regalárselo al rey —explicó Cortés.

—¿Qué? ¿Os habéis vuelto loco, Hernán?

—¡No! Soy un jugador. Y sé que a vos os gusta lanzar los dados, Pedro.

A Alvarado, como siempre, se le iluminaron los ojos ante la perspectiva de apostar.

—¿Cuál es la apuesta? ¿Cuáles son los riesgos? ¿Qué podemos ganar?

Cortés englobó con un gesto las distantes y azules cadenas

montañosas que se elevaban tierra adentro.

—¿Montañas? —dijo Alvarado, incrédulo—. ¿Vamos a ganar montañas?

Cortés soltó una carcajada.

—¡No, idiota! Quiero lo que hay detrás de esas montañas. Quiero Tenochtitlán, la capital mexica, y todo su oro y sus joyas de fábula. El tesoro que nos han dado es una miseria en comparación con lo que nos espera allí, pero apuesto que será más que suficiente para comprar el favor del rey y quitarnos de encima a Velázquez para siempre.

—Más vale pájaro en mano que ciento volando...

—¡Vamos, vamos, Pedro! Esa nunca ha sido vuestra filosofía.

—Está bien —convino despacio Alvarado—. Contadme más acerca de ese plan vuestro.

Cuando Puertocarrero volvió, Malinali iba en la silla de montar delante de él, cabalgando a horcajadas como un guerrero, aunque nunca antes se había subido a un caballo. Sonreía con picardía, evidentemente entusiasmada por el galope.

«Dios mío», pensó Cortés. ¡Qué hermosa era! Y valiente también. ¡Y qué lista! Era su verdadera aliada y camarada de armas en aquel gran esfuerzo por quitarles el Nuevo Mundo a sus actuales dueños. Desde luego, lamentaba tener que decepcionarla con lo de Pepillo y su condenado perro, pero san Pedro se había pronunciado y no iba a negarse.

En cuestión de minutos, Malinali empezó a darle sentido a los acontecimientos de aquella mañana.

Conversando con Pitxatzin se enteró primero, y luego informó a Cortés con su vacilante pero entendible castellano de que Cuauhtémoc había contravenido las órdenes de Moctezuma al tenderles una emboscada y apresar a Sandoval. Aquello, según el gobernador, era lo opuesto a lo que quería el Gran Orador, que buscaba que la paz, la armonía, la tranquilidad y el amor gobernaran las relaciones entre su pueblo y los *tueles*, como al parecer continuaba considerando a los españoles.

La orden de retirar a los trabajadores y las sirvientas totonacas había sido de Cuauhtémoc, sin que Moctezuma la

hubiera aprobado, pero Pitxatzin no podía impedirlo, ni siquiera Teudile podía desafiar a un príncipe de sangre real. Sin embargo, al enterarse de los planes de Cuauhtémoc para causar más problemas a los *tueles*, el astuto Teudile había enviado corredores a Tenochtitlán con un mensaje para Moctezuma, contándoselo todo. Moctezuma lo había recibido y enviado a los corredores de vuelta con otro que habían entregado a Pitxatzin justo a tiempo para que este movilizara la guarnición de Cuetlaxtlán e impidiera que Cuauhtémoc cometiera mayores desmanes. Ahora, como muestra de buena fe, Pitxatzin tenía el honor de devolver ileso al señor Cortés el *tuele* que Cuauhtémoc había capturado.

—¡Demasiado poco y demasiado tarde! —bramó Alvarado, que estaba escuchando atentamente—. Yo digo que los matemos a todos, asaltemos su asquerosa ciudad y la quememos hasta los cimientos.

Malinali miró a Cortés.

—La idea de don Pedro puede que no buena —opinó.

—¡Menudo descaro! —masculló Alvarado.

—¿Por qué no es una buena idea, Malinali? —le preguntó Cortés.

—Ataca Cuetlaxtlán ahora, Moctezuma sabe lo que piensas. Sabe atacas Tenochtitlán luego. Perdona Cuetlaxtlán y él no seguro. Él espera quizá tú perdonas Tenochtitlán también.

—¡Por todos los...! —exclamó Cortés—. ¡Parece que esta mujer entiende de táctica!

—Al carajo la táctica. —Alvarado puso mala cara—. Ataca primero y pregunta después, ese es mi lema.

—Los atacaremos muy pronto —dijo Cortés—, y lo haremos en el corazón de su territorio, donde el golpe será mortal. Hasta entonces prefiero que sigan especulando acerca de nuestras intenciones.

Mientras hablaban, la infantería, más de cuatrocientos hombres fuertes, llegó al punto de reunión en las dunas. Cortés les ordenó que descansaran. Captó el terror en los ojos de Pitxatzin cuando este vio no solo a los soldados españoles pertrechados para combatir, con mosquetes y cañones, picas, espadas y brillantes armaduras, sino también los ochenta perros de guerra que Vendabal y sus ayudantes habían traído, igualmente protegidos por placas y cota de malla, muchos de ellos con pinchos de metal en el collar, que aullaban y gruñían.

Era un buen momento para conseguir algunas concesiones.

—Dile a Pitxatzin que ha hecho lo correcto devolviéndonos a Sandoval —le dijo Cortés a Malinali—. Pero añade que Alvarado está muy enfadado y quiere quemar Cuetlaxtlán y matar a todos sus habitantes. Dile que el resto de mis capitanes opinan igual. No creo que pueda refrenarlos.

Pitxatzin se puso a sudar y temblar. Cuando habló, lo hizo con voz trémula y aguda.

—Dice que esperaba tú contento por devolver a Sandoval. Quiere paz contigo, dice, no guerra.

Cortés puso deliberadamente mala cara.

—Necesito algo más que palabras amables y recuperar un prisionero al que, para empezar, no deberían haber apresado —dijo con aspereza.

—Dice qué quieres —tradujo Malinali cuando Pitxatzin hubo contestado.

—¡Oro! —exclamó Alvarado—. Eso sería un buen comienzo.

Pitxatzin accedió en el acto. Todo el oro de Cuetlaxtlán les sería entregado en el campamento. No era una gran cantidad, pero esperaba que fuera suficiente para compensar las molestias causadas a los *tueles*.

—También queremos que vuelvan los trabajadores y las sirvientas —añadió Cortés—, y que reanuden el suministro de comida.

Nuevamente, Pitxatzin aceptó.

—Y ese engreído de Cuauhtémoc. Dile a Pitxatzin que me lo entregue para castigarlo.

Pitxatzin contestó con una sola palabra que Malinali tradujo.

—Imposible.

—¡No! Me niego a aceptarlo. Dile que me dé a Cuauhtémoc.

Esta vez la respuesta de Pitxatzin fue más larga.

—Dice Moctezuma quiere castigar Cuauhtémoc —tradujo Malinali—. Cuauhtémoc no para ti. De camino a Tenochtitlán ahora. Muchos guardias.

—¡Mierdecilla insolente! —estalló Alvarado mirando furibundo a Pitxatzin—. Pedídmelo, Hernán, y lanzaré la caballería a perseguir a Cuauhtémoc y lo traeré aquí encadenado.

Cortés frunció el ceño.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó a Malinali—. ¿Debo aceptar lo que dice Pitxatzin o mandar una tropa a caballo a perseguir a Cuauhtémoc? Me gustaría verlo colgado.

—¿Qué ganar si coges y matas Cuauhtémoc ahora, Caudillo?

—Obtengo una considerable satisfacción.

—¡Pierdes más! —exclamó Malinali—. Matas Cuauhtémoc aquí, muere; dejas Cuauhtémoc ir Tenochtitlán y problema para Moctezuma. Moctezuma lo mata. Cuauhtémoc tiene amigos, aliados. Bueno dividir mexicas, ¿no?

—¡Es a Cuauhtémoc al que deberíamos dividir! —dijo Alvarado—. Deberíamos colgarlo, arrastrarlo y descuartizarlo. Que sufra por lo que ha hecho.

—Estoy segura Moctezuma lo hace sufrir —comentó Malinali—. Espera, pregunto. —Se volvió, le hizo una pregunta en náhuatl a Pitxatzin y escuchó su respuesta—. Castigo para Cuauhtémoc —prosiguió en castellano— es... ¿cómo dices? —Se pellizcó el dorso de la mano.

—¿Piel? —le sugirió Cortés.

—¡Sí, piel! Pitxatzin dice Moctezuma piel Cuauhtémoc, como animal.

—Después de muerto, claro.

—¡No, Caudillo! Piel vivo. Hace sufrir mucho.

Cortés lo meditó.

—Eso estará bien —dijo.

26

Domingo, 16 de mayo de 1519 - Domingo, 6 de junio de 1519

Don Juan de Escalante era un gran hombre, decidió Pepillo. ¡Un hombre verdaderamente agradable! Tener un padre debía de ser eso: que te trataran con amabilidad, honor y respeto, que te aconsejaran bien en los caminos del mundo y, por encima de todo, ¡que te enseñaran a luchar con la espada!

Su trato con los totonacas quedó acordado con éxito la noche del sábado 15 de mayo. Escalante dejó la *Santa Teresa* anclada en la bahía el 16, domingo, mientras iba a explorar el cabo en busca de un lugar adecuado donde construir la ciudad española, y acabó por encontrarlo. Estaba a un kilómetro y medio de Huitztlán, rodeado de campos suficientemente regados, lo bastante cerca como para aprovechar toda la ayuda, el trabajo y los suministros que voluntariamente les habían ofrecido, pero no tanto como para fomentar un exceso de familiaridad, y con un excelente acceso al mar.

La mañana del 17 de mayo, después de despedirse con mucha ceremonia de Yaretzi y todos los ancianos, y de Meco, que iría a pie hasta el campamento español pasando por Cempoala, donde informaría de todo lo acordado a Tlacoch, jefe supremo de los totonacas, Escalante dio la orden de levar anclas y la *Santa Teresa* zarpó.

Durante el viaje, Pepillo aprendió bastante acerca del arte de la espada, hasta dominar el paso básico, las pasadas, los cambios, los giros y otros elementos, a tal punto que el capitán dijo que ya estaba listo para seguir practicando con un arma en la mano. Sacó la hermosa espada que le había enseñado a Pepillo de un modo tan tentador unos días antes y él empuñó la suya para entrenar. Pasaron varias horas practicando las guardias básicas: la del arado, la del tejado, la del buey y la del loco.

—¿Por qué se llama «la guardia del loco»? —preguntó Pepillo acerca de la extraña postura en que las manos estaban por debajo de la línea de la cintura, permitiendo que la punta de la espada apuntara hacia abajo, casi tocando el suelo—. ¿Es porque solo un loco la usaría?

Escalante rio.

—¡Ni mucho menos! La idea es que tu oponente te crea un loco cuando en realidad no lo eres. Junto con la fuerza, el equilibrio, el juego de pies y la velocidad, el engaño es uno de los pilares del manejo de la espada.

Para Pepillo, el viaje de vuelta fue casi como un cuento de hadas. Era como si estuviera en un lugar y un tiempo completamente diferentes, sin relación alguna con los rigores, los desafíos y las pruebas de la vida cotidiana a los que se había acostumbrado en México. Sin embargo, la realidad se impuso muy pronto y, con ella, la sensación permanente de tristeza y desesperación, cuando avistaron el campamento español de las dunas la tarde del martes 18 de mayo.

—Estás triste, muchacho —dijo Escalante, uniéndose a él junto a la barandilla de la cubierta.

—Desafié al Caudillo —reconoció Pepillo—. Me ordenó dejar a *Melchor* y lo traje.

—Bueno, no me parece tan grave. Estoy contento de haber tenido tu perro a bordo.

—Esto es serio, don Juan. El Caudillo cree que *Melchor* tiene que estar con la jauría y ser adiestrado para la guerra.

—¿Y no estás de acuerdo?

—¡Eso nunca! Si el Caudillo no cede, cogeré a *Melchor* y huiré.

La reacción de Escalante a la idea de Pepillo, es decir, que no se lo planteara siquiera, fue muy similar a la de Díaz unas semanas antes y, como este, le prometió interceder ante Cortés

si hacía falta.

—Os lo agradezco —dijo Pepillo—, no creáis que no. Don Bernal Díaz también dijo que me ayudaría, pero ni siquiera sé si ya ha hablado con el Caudillo. Si lo ha hecho, ha dado lo mismo.

—Yo no soy don Bernal —dijo Escalante—. El Caudillo y yo hemos recorrido juntos un largo camino. Me gusta pensar que tengo cierta influencia sobre él.

Al cabo de tres días, el 21 de mayo, Pepillo miraba tristemente entre los barrotes de la asquerosa jaula en que ahora vivía *Melchor*. Estaba claro que ni don Juan, ni don Bernal ni Malinali, que también había intentado ayudar, tenían influencia alguna sobre Cortés. Pepillo y *Melchor* habían ido hasta tierra con Escalante en la falúa el día 18, pero después de desembarcar en la playa, Telmo Vendabal y sus burlones ayudantes se habían acercado pavoneándose por las dunas desde el campamento.

—Nos llevamos a tu perro —dijo Vendabal—. Dame la correa, sé un buen muchacho y no me des problemas.

Pepillo le había dado la espalda para echar a correr, pero Andrés Santisteban le había bloqueado el paso y lo había sujetado, y Vendabal le había arrancado la correa de las manos.

Escalante los miró de un modo que daba miedo.

—El chico está bajo mi protección —dijo—. Soltadlo y soltad a su perro. Le hablaré al Caudillo de esto.

—Son órdenes del Caudillo, señor —dijo Vendabal, obsequioso pero confiado. Al cabo de un momento, cuando Cortés apareció, Pepillo comprendió por qué.

—Bienvenido de nuevo, Juan. —Cortés avanzó por la playa para abrazar al capitán, sin echar siquiera un vistazo a Pepillo—. ¿La misión ha sido exitosa?

—Muy exitosa. Tengo mucho que contaros... Sin embargo, antes me gustaría resolver este pequeño malentendido. Don Telmo cree tener derecho a llevarse el perro de Pepillo.

—No se trata de ningún malentendido —dijo Cortés, un tanto impaciente—. Don Telmo está cumpliendo mis órdenes.

—Pero, Hernán...

Cortés alzó la mano para interrumpir a Escalante.

—Ahora no, Juan. Este asunto es una nimiedad cuando

tenemos que hablar del futuro de la expedición. Venid conmigo al pabellón...

—Para mí no es una nimiedad —se atrevió a objetar Pepillo.

Cortés se volvió hacia él furibundo.

—Chico —le dijo—, te estás ganando una tunda. El perro se marcha con Vendabal. ¡Ahora mismo! Tú nos seguirás a don Juan y a mí hasta el pabellón y, cuando la reunión acabe, escribirás lo que te dicte.

A partir de entonces, cualquier intento de Pepillo por plantear el asunto de *Melchor* a Cortés había acabado con un tirón de orejas, y ahora, tres días después, empezaba a aceptar que nunca recuperaría a su cachorro.

Tenía motivos de consuelo, sin embargo. El más importante, que *Melchor* seguía vivo, porque al parecer incluso en el mundo de los perros, tal vez más que en el de los hombres, existía algo así como un código de honor. Siempre que podía, Pepillo se acercaba furtivamente a las perreras para ver cómo le iba a su mascota. En dos ocasiones había visto cómo un mastín adulto negro azabache llamado *Jairo* lo atacaba. No era más grande que *Melchor,* que había crecido mucho a pesar de ser tan joven, pero sí mucho más robusto de pecho y cruz, con cicatrices de viejas batallas y con la musculatura muy marcada.

Durante el primer ataque, repentino y feroz, aparentemente sin que mediara provocación, *Melchor* había intentado luchar y *Jairo* lo había herido gravemente, desgarrándole el hombro y apretándole el cuello hasta casi matarlo. Pero entonces, lloriqueando, *Melchor* se había quedado quieto y *Jairo* lo había soltado, había alzado la pata y orinado sobre él antes de alejarse, al parecer satisfecho.

La segunda vez, *Melchor* había cometido el error de querer coger un resto de carne que había en el suelo de la jaula, cerca de *Jairo*. Ningún otro animal reclamaba el bocado y al perrazo no parecía interesarle, pero cuando *Melchor* se acercó, *Jairo* se levantó de golpe, gruñendo de un modo espantoso y enseñando los colmillos. En esta ocasión *Melchor* supo lo que hacer. En lugar de enfrentarse a él, se pegó al suelo para parecer más pequeño, con el rabo entre las patas, agachó las orejas y orinó. El mastín se puso encima de él, con el vello erizado y un gruñido sordo vibrando en la garganta. *Melchor* respondió tumbándose patas arriba, con el vientre y el cuello expuestos a

las fauces de *Jairo*: una entrega completa, absoluta. *Jairo* lo olisqueó, dejando de gruñir. Ya no tenía el vello erizado. Cogió el pedazo de carne y se lo comió. Luego se alejó, de nuevo aparentemente satisfecho.

¿Qué lección podía sacar de aquello?, se preguntó Pepillo. Aunque ya tenían lo que querían, Santisteban, Hemes y Julián seguían martirizándolo. ¿Debía pues humillarse ante ellos como *Melchor* se había humillado ante *Jairo*? ¿Con eso lo dejarían en paz? Pepillo dudaba de que así fuera. Los perros eran más honorables que los humanos. Además, no se humillaría. ¡No lo haría! De hecho, estaba decidido, aprendería a combatir y se fortalecería. Dentro de poco, se prometió, se las pagarían todas juntas.

Dos días antes, el 19, don Juan, apenado por haber sido incapaz de ayudarlo a reunirse con *Melchor*, le había propuesto reanudar el entrenamiento con la espada. Pepillo había aceptado entusiasmado. El capitán le había enseñado una rutina de ejercicios para fortalecer piernas, brazos, vientre y hombros que él realizaba religiosamente. Había asimismo mucho trabajo que hacer en el campamento, desde cavar letrinas, pasando por construir murallas, hasta ocuparse del mantenimiento de las bombardas, aquellos cañones tan efectivos en Potonchán, capaces de disparar una bala de treinta kilos hasta una distancia de tres kilómetros.

Aunque Pepillo se había librado hasta entonces de aquellas tareas, ahora se prestaba voluntario para realizarlas siempre que sus responsabilidades como paje y secretario de Cortés se lo permitían.

Armándose de valor, Tozi cruzó las puertas del recinto sagrado de Tenochtitlán nueve días después de haber huido del palacio de Moctezuma. Había dudado de sus poderes, pero allí estaba la prueba de que no los había perdido, porque pudo pasar por delante de los centinelas sin que la vieran, como había hecho en tantas ocasiones. Luego cruzó la gran plaza y bordeó la cara oriental de la inmensa pirámide del Colibrí, donde los sacerdotes estaban en plena ceremonia, todo ello sin que nadie detectara su presencia. Se estremeció y reprimió el miedo que le subía como vómito por la garganta cuando tuvo delante el

vestíbulo del palacio, vigilado por una docena de lanceros reales. No tenía más que pasar por delante de ellos sin que se dieran cuenta, como había hecho por delante de los otros, para acceder al palacio; sus pasillos, sus salas de reuniones, los salones y el propio Moctezuma serían tan vulnerables a ella como habían sido siempre antes de la llegada del nagual. Para estar segura de que era invisible, Tozi se situó a la distancia de un brazo de los dos lanceros que tenía más cerca, les dio la espalda, y se inclinó subiéndose la falda para enseñarles el trasero desnudo, pero ni siquiera parpadearon ante aquel insulto, no reaccionaron en absoluto. Era innegable que no la veían. Se armó de valor y se acercó más.

Aunque Huicton seguía fuera, había llegado información de su red de espías a la casa segura de Tacuba. El nuevo nagual del Gran Orador, el norteño tatuado, se había marchado de Tenochtitlán a la mañana siguiente de la quema pública de los cuatro hechiceros. Los espías se habían enterado de que el nagual se llamaba Acopol y de que su destino era la ciudad de Cholula, consagrada a Quetzalcóatl, el dios de la paz. Qué se proponía hacer allí y cuándo volvería, si lo hacía alguna vez, era un misterio, pero la cuestión era que se había marchado y a Tozi la acosaba la responsabilidad de continuar su trabajo para Quetzalcóatl, de modo que había decidido volver al palacio, proseguir su campaña de terror contra Moctezuma y descubrir cuanto pudiera sobre la misión de Acopol.

Estaba en el vestíbulo cuando los primeros cuchillos la pincharon, las primeras navajas la cortaron, las primeras garras la desgarraron, las primeras flechas de horror le traspasaron el cerebro. Jadeó de forma audible, incapaz de evitarlo, y todos los guardias se volvieron al mismo tiempo hacia el lugar donde estaba. Y sin embargo no pudieron verla... Sintió una oleada de alivio al darse cuenta de que su protección mágica seguía intacta, pero entonces... ¡Un momento! ¿Qué era aquel ruido? *Plaf, plaf, plaf, plaf*, como lluvia contra el tejado. Miró al suelo y vio gotas de sangre, ¡de su sangre!, cayendo en las losas de mármol. Volvió a jadear. Tres guardias la atacaron, pero sus lanzas atravesaron inofensivamente su forma invisible; sin embargo, sintió la punzada de otras lanzas invisibles y soltó un

grito agónico. Se volvió y huyó, dejando un rastro de sangre a su paso, un rastro que los guardias siguieron.

Ya había recorrido todo el flanco de la gran pirámide cuando Tozi comprendió por fin cuenta que la sangre no provenía del torso, los brazos ni las piernas, donde había notado que le infligían tantas heridas. ¡Le salía de la nariz! Se la apretó para detener la hemorragia, cortando el rastro delator, cambió de golpe de dirección y atajó hacia la altísima muralla cruzando la plaza. Se precipitó hacia ella a una velocidad solo posible en forma invisible, la alcanzó y la atravesó con la misma facilidad que si hubiera atravesado una cortina de agua.

Siguió huyendo y solo se detuvo para recuperar el aliento y apaciguar su corazón cuando llegó al oscuro rincón de una calleja. Saliendo de su invisibilidad, se apretó la nariz con la manga hasta que dejó de sangrarle. Se examinó con cuidado. A pesar de que por la agonía sufrida había creído morir, no se encontró ninguna herida. ¡Ni una! ¿Qué habían sido entonces los pinchazos y cortes que había notado? ¿Qué habían sido los arañazos, las punciones? El dolor había sido inimaginable; no creía que pudiera volver a soportarlo. ¿Qué se lo había causado? ¿Qué la había atacado? Se deslizó nuevamente hacia la invisibilidad, recorrió el camino hasta Tacuba y llegó a la casa segura después de anochecer. Yolya la esperaba. Chasqueó la lengua y cloqueó al ver lo desaliñada que iba.

—¿Dónde has estado, querida? —le preguntó la lavandera —. Te ha sangrado la nariz... Mira, ¡los oídos también!

Hubo un tiempo en que Tozi sufría tremendas hemorragias nasales y de oídos siempre que intentaba mantenerse invisible más de unos segundos. Las hemorragias habían cesado unos meses antes, la noche que Malinali y ella habían subido a la gran pirámide de Tenochtitlán para enfrentarse al sacrificio a manos de Moctezuma y el Colibrí había intervenido para salvarlas. Esa misma noche, por misteriosas razones que nunca se había explicado, el dios de la guerra había reforzado e incrementado los poderes de Tozi. Las hemorragias habían cesado y había sido capaz de mantener la invisibilidad indefinidamente sin sufrir daño alguno.

La hemorragia de aquel día, después del extraño ataque de hechicería sufrido, ¿significaba que sus poderes habían vuelto a debilitarse? La fuente del ataque, por supuesto, solo podía ser Acopol, aunque no estuviera físicamente en el palacio. La idea

de que tuviera modos de atacarla a distancia y destruir su fuerza la llenaba de aprensión. Estaba desolada. Fue consciente de cuánto había llegado a depender de sus poderes.

—Pero quiero matarlo, gran señor. Debo matarlo. Ya dejé escapar la oportunidad de hacerlo. Esta es mi ocasión...

—Contente, hijo mío. No sirve a nuestros intereses que Cuauhtémoc muera ahora.

—Quiero su piel. Quiero cubrirme con su piel húmeda y caliente el cuerpo desnudo y bailar en tu honor, señor...

—Una idea muy loable, ciertamente. Me complace mucho. Por desgracia, sin embargo, no puedo permitirlo. He planeado otra muerte para Cuauhtémoc, tiene otro destino que cumplir, y hasta entonces te ordeno y te exijo que lo dejes vivir.

En plena noche, tendido en el suelo de la sala de las calaveras del templo del Colibrí, rodeado de cabezas goteantes de las recientes víctimas sacrificiales ensartadas oreja con oreja en repisas, Moctezuma había entrado en profunda comunión con su dios después de consumir diez grandes *teonanácatl.* Solo era vagamente consciente del suelo duro bajo la espalda y los faroles parpadeantes que tenía alrededor, porque estaba fuera del cuerpo, surcando los cielos sobre un escudo encantado, al lado de un radiante Colibrí en forma humana. Era un hombre alto, de complexión atlética, vestido solo con un taparrabos, a pesar de lo cual irradiaba fuerza y autoridad. Tenía el pecho y los muslos enormes, la piel pálida y el pelo rubio de los dioses, pero los ojos negros como la obsidiana y unas manos fuertes y grandes: manos de estrangulador, manos de guerrero, nudosas, de venas abultadas.

—Estoy a vuestras órdenes, señor —dijo Moctezuma, aceptando lo inevitable—. Dime lo que debo hacer con Cuauhtémoc y se hará. —Con rebeldía y petulancia, puesto que incluso en trance la idea lo enfurecía, añadió—: Seguramente no esperarás que le permita reincorporarse a mi consejo, ¿verdad?

—No, hijo. —El dios ahogó una risita—. Eso sería demasiado piadoso.

—La prisión, entonces —propuso esperanzado Moctezuma —. Tengo un pozo donde meto a los que quiero que no estén vivos ni muertos.

—No, eso no. Sirve mejor a mis propósitos que Cuauhtémoc sea libre sin serlo. A lo mejor deberías pensar en desterrarlo a Chapultepec. Tenlo bajo arresto domiciliario en la propiedad de Cuitláhuac.

Cuitláhuac, el padre de Cuauhtémoc, era hermano de Moctezuma, el segundo hombre más poderoso de aquellas tierras. Había habido tensión entre ellos desde el intento de Moctezuma de envenenar a Cuauhtémoc unos meses antes.

—Tienes razón —dijo el Colibrí, leyéndole el pensamiento —. Ya no tienes el apoyo de Cuitláhuac. Se está convirtiendo en un peligro para ti. Sé compasivo con su hijo y lo recuperarás.

Mientras volaban en la oscuridad nocturna, a Moctezuma lo atraía cada vez más la idea de tener a Cuauhtémoc bajo arresto domiciliario en lugar de matarlo. No tardó en considerar que la cosa había sido idea suya desde el principio.

—Qué inteligente eres, hijo mío —dijo el Colibrí haciendo que el escudo descendiera por el cielo nocturno a una gran plaza rodeada por una muralla muy alta, iluminada por un millar de antorchas y dominada por una pirámide enorme.

Era el santuario de Quetzalcóatl, situado en el corazón de la ciudad sagrada de Cholula.

—Te he traído aquí para que seas testigo del trabajo de Acopol, tu favorito —le susurró al oído a Moctezuma—. La quema sacrificial de sus predecesores que me ofreciste en tu palacio fue de lo más satisfactoria, hijo mío, de lo más satisfactoria. El humo de su carne me regaló la nariz...

—Es un honor para mí haberte complacido, gran señor.

—Y luego hiciste bien en enviarlo a Cholula, como ordené.

—Me resultó difícil hacerlo, señor, pero tus palabras son órdenes para mí y me apresuré a obedecer. Antes de su partida hacia Cholula, Acopol me habló de una intrusa con poderes mágicos, una bruja que me observaba a escondidas. Dijo que la había expulsado, pero me temo que ha vuelto. Esta misma tarde me han presentado un informe. Mis guardias han notado una presencia invisible. La han atacado con las lanzas. Han visto la sangre caer del aire al suelo sin que hubiera...

—Tienes razón en eso de que la bruja ha vuelto, hijo mío, pero no tienes nada que temer. Acopol ha situado conjuros de protección muy poderosos alrededor del palacio y dentro del santuario de este, mi templo. Son hechizos que ninguna bruja puede anular. Te protegerán, como te han protegido hoy,

durante todo el tiempo que Acopol esté en Cholula.

—Y esa estancia, señor..., ¿será larga?

La carcajada del Colibrí fue un trueno que le surgió del vientre y le subió por la garganta.

—¡Lo suficientemente larga para que obre la ruina de los pieles blancas, hijo mío! Lo bastante para tejer la red de sangre y hechicería que los destruirá. Ahora mira lo que ha hecho aquí en mi nombre, en Cholula, en el mismísimo santuario de mi eterno enemigo Quetzalcóatl, cuyo aspecto han adoptado los pieles blancas.

Al este, en el horizonte, los primeros albores de la aurora teñían el cielo. El Colibrí acercó más el escudo, mucho más, a la cúspide de la pirámide y al gran templo allí situado: el templo de Quetzalcóatl, con sus alas características, como las de un dragón, unidas en el centro por una torre hueca de piedra en forma de pirámide también. Moctezuma había visitado aquel templo hacía dos años, el único santuario en funcionamiento del dios de la paz que permitía en su reino. Ahora vio con satisfacción que habían hecho dos añadidos al este del complejo, detrás de la parte superior de la escalera. El primero era una voluminosa semiesfera verde de jaspe, una piedra para las ejecuciones en las que tendían a las víctimas sacrificiales para ofrecer su corazón, cosa nunca vista en Cholula, puesto que Quetzalcóatl prohibía los sacrificios humanos. La segunda modificación de las ancestrales costumbres de la ciudad sagrada, incluso más satisfactoria para Moctezuma, era el gigantesco ídolo del propio Colibrí, un ídolo reluciente de oro y piedras preciosas, con las fauces abiertas erizadas de colmillos y dientes afilados, erigido al lado de la piedra de ejecuciones.

Lo mejor, sin embargo, fue ver a veinte llorosos chicos de rostro aniñado, tlaxcaltecas por su aspecto, de no más de diez años, llegando a la cima de la escalera oriental. Vestidos con el taparrabos de papel para el sacrificio, con el cuerpo pintado de tiza, iban custodiados por unos guardias que reían y se burlaban, pinchándolos con la punta de obsidiana de las lanzas y haciendo que sangraran a cada paso.

—¡Mira! —siseó el Colibrí, llamando la atención de Moctezuma hacia la entrada oriental del templo, por la que salió Acopol sin ropa, cubierto únicamente por los misteriosos remolinos de sus tatuajes.

Detrás del nagual iban cuatro sacerdotes vestidos con

túnicas negras. ¡Sacerdotes del Colibrí! Eran los verdugos que sujetarían a las víctimas encima de la piedra.

—¡Son tus sacerdotes, señor! —comentó Moctezuma.

Cuando había mandado a Acopol a Cholula, le había dado plena autoridad para realizar cualquier cambio que deseara en el santuario de Quetzalcóatl, y había dado órdenes a Tlaqui y Tlalchi, que gobernaban conjuntamente la ciudad sagrada, de obedecer al hechicero y no ponerle ninguna traba. Acopol había trabajado rápido para que se hiciera todo aquello en apenas unos días: el altar, el ídolo, echar a los sacerdotes de Quetzalcóatl y reemplazarlos por los hombres del dios de la guerra.

—Sí —ronroneó el Colibrí—. Estoy muy complacido.

Cuando el sol asomó por el horizonte, empezó la matanza, y Moctezuma admiró la técnica de Acopol. En lugar de partir el esternón y a continuación cortar los ligamentos y las arterias para, por último, extraer el corazón, combinaba las tres operaciones en un único y elegante movimiento de cuchara con el cuchillo de obsidiana, y lo culminaba levantando el órgano chorreante, que todavía latía bombeando la sangre, por encima de la cabeza, ofreciéndoselo al sol, el símbolo del Colibrí en los cielos. Y, ¡oh, júbilo!, en su éxtasis visionario Moctezuma veía grandes rayos de luz y de vida alzándose de aquellos corazones sacrificados, ondas vibrantes, y arcos y espirales de colores más vivos y extraños que ninguno que conociera, colores etéreos, místicos, colores que parecían pertenecer a otro orden de existencia, trascendental y ultraterrena, llenos de un vigor preternatural, que el dios de la guerra engullía, atiborrándose, dándose un banquete, hasta que la última víctima hubo muerto.

—Ah —dijo el Colibrí—, ¿sabes? A esto lo llamo yo un sacrificio. —Se relamió—. Sin embargo, disfrutaré todavía más de las diez mil vírgenes que me prometiste para mi cumpleaños... Confío en que los preparativos sigan el buen camino.

—Los preparativos van bien, señor.

Por desgracia, eso no era del todo cierto. Moctezuma se había enterado el día antes de que las más de mil muchachas de Tlaxcala, cuya llegada a Tenochtitlán tan largamente había esperado, al final no engrosarían la cosecha de los corrales de engorde.

Una banda de mercenarios chichimecas habían estado

reuniendo chicas durante un mes por el territorio, pero Chicotenga los había interceptado justo antes de que cruzaran la frontera. Habían liberado a todas las cautivas y aniquilado prácticamente a todo el pelotón de mercenarios. Solo uno, ¡uno solo de trescientos!, había escapado para contarlo.

—Mientes —dijo el dios de la guerra. Su voz era un susurro suave y amenazador.

—No miento, gran señor. Ha habido un contratiempo pero he redoblado nuestros esfuerzos. Habré reunido a las diez mil para tu fiesta de cumpleaños, como te prometí. He desplegado todos los recursos de mi imperio para lograr este noble fin.

—No me falles, hijo mío. Si me fallas, todo te irá mal. Sin embargo, si cumples tu promesa, te entregaré el mundo.

El Colibrí desapareció de repente, el escudo mágico se disolvió y Cholula se desvaneció. Con un grito ahogado, sobresaltado, Moctezuma se despertó en el suelo de la sala de las calaveras del templo del dios, en la cúspide de la gran pirámide de Tenochtitlán, bajo la mirada furibunda de la cabeza cortada del mercenario chichimeca que le había traído las noticias de la emboscada de Chicotenga.

Durante los diez últimos días de mayo de 1519, mientras redactaban juntos la larga carta, sumamente complicada y llena de detalles legales, que Cortés enviaría al rey Carlos de España, Pepillo observó atentamente a su jefe. En los primeros meses de la expedición lo había admirado, de hecho como todos, pero él lo había adorado a pesar de ser consciente de la faceta calculadora, ladina manipuladora de la naturaleza de Cortés, cada vez más patente.

El objetivo inmediato de la formidable inteligencia y voluntad del Caudillo, veía Pepillo, no era tanto la estrategia a largo plazo para aplastar y aniquilar a Moctezuma como la necesidad mucho más imperiosa de acabar con la facción encabezada por Juan Escudero, leal a Diego de Velázquez, el gobernador de Cuba. De un modo que al principio Pepillo no entendía, las claves de aquello eran la misión de ir a Huitztlán, en la que él mismo había participado con Escalante, y el consentimiento de los totonacas para que los españoles construyeran allí su propia ciudad. Poco a poco, sin embargo,

Pepillo empezó a tener las cosas claras viendo cómo Cortés trabajaba incansablemente para lograr aliados en todos los escalafones de la soldadesca. Seguro que algunos, tal vez bastantes, apoyaban sin reservas la propuesta de los velazquistas que Escudero había hecho pública en varias ocasiones: volver a Cuba con el tesoro ya conseguido. Sin embargo, la mayoría no se había decidido todavía o estaba abiertamente en contra de esa solución; Cortés los había convencido de que podrían obtener en Tenochtitlán riquezas aún mayores y no querían darles la espalda.

Cortés sembró con cuidado en quienes estaban dispuestos a continuar una idea que hasta el momento solo había compartido con sus hombres de más confianza: que lo más conveniente sería establecer una colonia permanente allí, en México, una entidad legal por derecho propio y capaz de cubrir las necesidades de sus miembros. Ya habían encontrado un lugar adecuado para fundar dicha colonia durante la exploración de la costa recientemente llevada a cabo por don Juan de Escalante, un sitio con un puerto seguro, entre campos de cultivo productivos y bien irrigados que habían donado a los españoles unos amistosos y tratables indios totonacas. Serían unos aliados valiosos en caso de guerra con Moctezuma. Cortés lamentaba que Velázquez no le hubiera dado la autoridad necesaria para fundar dicha colonia. Sin embargo, dio a entender que no debían olvidar que los intereses de España y de su soberano don Carlos eran primordiales. Luego se aseguró de que aquellas conversaciones se filtraran a los velazquistas, quienes, como era de prever, se indignaron y lo acusaron de extralimitarse en los planes del gobernador para la expedición, prevista únicamente para el comercio y la exploración. Exigieron una vez más regresar de inmediato a Cuba y anunciaron su intención de partir por su cuenta.

Fingiéndose herido en su dignidad, Cortés convocó a toda la tropa el lunes 31 de mayo. Habló muy serio y con convincente humildad. Dijo que no deseaba excederse en su cometido, que de hecho nunca había querido hacerlo, y que si la mayoría deseaba marcharse no se interpondría en su camino. Llegó incluso a emitir una proclama ordenando a las tropas prepararse para embarcar y zarpar hacia Cuba.

Sin embargo, había preparado bien el terreno; la orden causó sorpresa mientras sus aliados agitaban a los hombres,

enfureciéndolos, generando una tormenta de resentimiento en el campamento por el egoísmo estúpido de los leales a Velázquez. La idea de quedarse y fundar una colonia, que había sido de Cortés, arraigó en los soldados como si fuera de su propia cosecha. «Vinimos aquí con la idea de crear un asentamiento y no veremos frustrada nuestra voluntad solo porque el gobernador no haya ordenado fundar uno. Intereses que están por encima de los de Velázquez lo exigen», oyó decir a uno de los hombres Pepillo. ¡Aquello podría haberlo dicho el propio Cortés! Otro argumentó, asimismo, que México no era propiedad privada de Velázquez y que sus partidarios no tenían derecho a comportarse como si lo fuera. «Estos territorios fueron descubiertos para el rey; tenemos que fundar una colonia para velar por los intereses del rey.»

Cortés estaba ya en condiciones de afirmar que la idea de la colonia no era suya, sino que había surgido del celo patriótico de la mayoría de los conquistadores, deseosos de expandir las posesiones españolas de ultramar y de servir a los mejores intereses del rey Carlos V, virtudes fundamentales a las que el mismo Cortés difícilmente podía oponerse. Estaba obligado, según dijo, a contribuir a un proceso tan meritorio. Para ello, durante una segunda reunión, larga y emotiva, nombró corregidores de la nueva colonia a su aliado Puertocarrero, a quien Pepillo notaba particularmente complaciente y agradable desde la refriega en las afueras de Cuetlaxtlán de hacía dos semanas, y a Francisco de Montejo, anteriormente uno de los cabecillas velazquistas. El alguacil, los regidores, el tesorero y el resto de consejeros, todos ellos amigos íntimos de Cortés, fueron nombrados a continuación. La colonia, hasta entonces una mera idea, fue bautizada como Villa Rica de la Veracruz. Se declaró la intención de fundarla en la ubicación próxima a la ciudad totonaca de Huitztlán que Escalante había explorado ya, registrado lo cual en las actas por Pepillo, Cortés renunció con teatralidad a ser el capitán general de la expedición, cargo que le había conferido Diego de Velázquez, puesto que de hecho, según dijo Cortés, había expirado, dado que la autoridad del gobernador de Cuba había sido «reemplazada por la del corregimiento de Villa Rica de la Veracruz».

Cortés regresó a su pabellón, indicándole por señas a Pepillo que lo siguiera.

—¿Qué pasará ahora, maestro? —le preguntó este.

—Me he salido con la mía, muchacho —repuso el Caudillo —. Quédate conmigo y verás cómo van las cosas.

Y dicho y hecho. No había pasado todavía una hora cuando los recién nombrados consejeros llamaron a Cortés a la reunión y le dijeron que no había ningún otro con tanta experiencia ni tan cualificado como él para gobernarlos, tanto en época de guerra como de paz. Le pidieron que los dirigiera en la invasión y conquista de México y que fuera su capitán general, su jefe y justicia mayor «a quien recurrir en situaciones arduas y difíciles y en caso de que surgieran diferencias entre nosotros». Le dijeron a Cortés que «eso os encargamos y, si fuera necesario, os ordenamos, porque tenemos por seguro que Dios y el rey se verán bien servidos si aceptáis esta autoridad».

«A presurosa demanda, espaciosa respuesta», recordó Pepillo el viejo dicho, porque después de hacerse el modesto y el remolón, Cortés aceptó lo que le pedían, aunque antes se aseguró unas condiciones extraordinarias, incluido un quinto de todo el tesoro que pudieran obtener durante la conquista.

Esta última concesión, equivalente en cuantía al «quinto real» que todas las expediciones debían pagar al rey, escandalizó nuevamente a los velazquistas. La deserción de Montejo y la rapidez del golpe maestro que, de buenas a primeras, había privado al gobernador de Cuba de toda autoridad en México e investido del supremo poder civil y militar a Cortés, los habían pillado por sorpresa. Ahora, sin embargo, el pariente del gobernador Velázquez de León, su antiguo administrador Diego de Ordaz, y Juan Escudero, la intensidad de cuyo odio por Cortés aumentaba día a día, cometieron el error de promover una rebelión a gran escala.

Cortés les puso grilletes y los encerró en el calabozo de su buque insignia. Dejó que se apaciguaran allí unos días, y los visitó la víspera del día en que todo el ejército levantaría el campamento hacia Huitztlán, el 6 de junio. Tras comprar con oro su lealtad, los puso en libertad.

—Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá —le explicó a Pepillo, citando el Evangelio de Mateo.

Todo aquello resultaba muy convincente, muy conciliatorio, pero en el fondo Pepillo no creía que el Caudillo estuviera dispuesto a reconciliarse con los velazquistas.

La forma astuta con que los había provocado para que

actuaran precipitadamente con un acto de insubordinación, así como el modo con que ahora los perdonaba, seguramente eran jugadas de la sutil partida de ingenio y estrategia que estaba jugando. Incluso el cebo de oro que les había echado parecía sincero, ya que Cortés los había engatusado con solo una fracción del modesto tesoro que había recibido de Pitxatzin como reparación por el ataque de Cuauhtémoc a Sandoval y Puertocarrero. Era «la parte del león», le dijo a Pepillo, que ya había usado para apartar a Montejo de los velazquistas y comprar su lealtad en la maniobra para fundar la colonia.

27

Lunes, 7 de junio de 1519 - Domingo, 20 de junio de 1519

Habían pasado veintiséis días desde que Tozi huyera precipitadamente del palacio de Moctezuma y catorce desde su único y desastroso intento de volver a entrar en él. Aparte de eso, había permanecido con Yolya en la casa segura de Tacuba, ayudándola con los trabajos de lavandería, durmiendo mucho y comiendo poco, con la confianza por los suelos. Ya casi había perdido la esperanza de que Huicton volviera alguna vez cuando, una mañana, reconoció su modo de arrastrar los pies y el sonido del bastón en la calle. Se abrió la puerta verde y entró renqueando en el patio, encorvado, harapiento, con un saco mugriento al hombro muy acorde con su papel de mendigo ciego.

Tozi corrió hacia él y lo abrazó fuerte, con lágrimas en las mejillas.

—He fracasado —le dijo—. Ya no puedo volver a hacer mi trabajo. Moctezuma tiene un hechicero nuevo, un gran nagual del norte, de los que van tatuados. Me da miedo, Huicton. Tanto poder tiene que es capaz de verme incluso cuando me hago invisible. Ya no está en Tenochtitlán, pero su magia sigue protegiendo a Moctezuma...

—Querida... espera. Despacio...

Sin embargo, Tozi no estaba de humor para interrupciones.

—¡Lo sé, Huicton! Lo he intentado. De verdad que he intentado entrar en el palacio, pero cuchillos y navajas intangibles me atacaron hasta que la cabeza me estalló y el cerebro me sangró.

—Eso no es bueno, Tozi.

Ella sollozaba.

—Lo sé. Temo estar perdiendo mis poderes. No soy nada sin ellos.

Huicton la llevó hasta un banco del patio y se sentaron juntos un buen rato bajo el tendedero, hasta que los sollozos de Tozi remitieron. Por fin el viejo espía habló. El zumbido nasal característico de su voz era particularmente vibrante esa mañana.

—Este hechicero que dices que ya no está en Tenochtitlán... ¿se ha marchado a Cholula?

Tozi alzó la vista de golpe.

—Sí, lo ha hecho.

—¿No se llamará por ventura Acopol...?

—¡Sí! Se llama así. ¿Cómo lo sabes?

—Vengo directamente de Cholula, mi niña. Después de marcharme del campamento de los españoles cercano a Cuetlaxtlán...

—¿De los españoles?

—Los pieles blancas que tú creías que eran compañeros de Quetzalcóatl. Dicen que son «españoles».

A Tozi se le aceleró el pulso. Ese era el final de todas sus aflicciones, el cumplimiento de todas sus esperanzas.

—¿Y has visto...? ¡Oh, dime que sí, Huicton! ¿Has visto a Quetzalcóatl? ¿Te has reunido con el propio dios?

—Me reuní con el jefe de los españoles —repuso con prudencia el viejo—. Es un tal Cortés, Hernán Cortés, y... no quiero decepcionarte, Tozi, porque te quiero mucho, pero no es un dios.

Tan rápido como la esperanza de Tozi había crecido, amenazaba ahora con venirse abajo.

—¡Mientes, Huicton! Sí que es un dios. Sé que lo es. ¡Destruirá a Moctezuma! ¡Destruirá al bastardo hechicero de Moctezuma! ¡Los destruirá a todos!

—En eso, querida, puede que estés en lo cierto, porque

creo que Cortés destruirá a Moctezuma y a todos sus partidarios, y estoy dispuesto a creer que los cielos nos han enviado a Cortés, incluso que pueda ser la manifestación de Quetzalcóatl en forma humana. No obstante, Tozi, tienes que aceptar que es un ser humano, con todos los defectos y debilidades de un ser humano. Tu amiga Malinali lo sabe mejor que nadie porque se ha convertido en su amante.

—Si es su amante —dijo apasionadamente Tozi—, entonces es la amante de un dios. —Le cogió las manos a Huicton—. ¡Cuéntame cosas de Malinali! ¿Está bien? ¿Trabaja para traer aquí a Quetzalcóatl?

—Está bien y, desde luego, trabaja para traer aquí a Cortés. No ha flaqueado ni un solo momento en la misión que vosotras acordasteis, y ha prometido mandar mensajes por medio de mis espías para mantenernos informados.

—Lo sabía —dijo Tozi—. Sabía que no me defraudaría... —Tras una pausa, añadió—: Es hermosa, ¿verdad?

—Seguramente es la mujer más hermosa que he tenido el privilegio de conocer.

Tozi tuvo una oleada de recuerdos de la época breve pero intensa en que ella y Malinali habían pasado en las jaulas de engorde de Tenochtitlán y de cómo se habían salvado del sacrificio a manos de Moctezuma gracias a la inexplicable intervención del Colibrí, aquel malvado dios cuyo sirviente era sin duda Acopol. Todo aquello, todo lo que estaba sucediendo tenía que estar relacionado de algún modo profundamente críptico, y el hecho de que Acopol estuviera en aquellos momentos en Cholula no hacía sino complicar el misterio. ¿A qué habría ido el asesino hechicero al último santuario de México dedicado al culto de Quetzalcóatl, sino a asesinar y practicar la magia?

—Has dicho que vienes de Cholula.

—Sí. He viajado hasta muy lejos, niña. He estado con los españoles en la costa, con Chicotenga en la cordillera de Tlascala y con mi señor Ixtlil. Fue Ixtlil quien me envió a Cholula para recoger información sobre ciertos sucesos...

—¿Sucesos en los que está implicado el hechicero Acopol?

—Sí, mi niña. Lo he estado vigilando varios días.

—¿Y has descubierto lo que hace en la ciudad de Quetzalcóatl?

—¡Si todavía puede llamarse así! Acopol ha impuesto su

voluntad allí, en nombre de Moctezuma, y ha convertido en vasallos a Tlaqui y Tlalchi, sus gobernantes. Son hombres débiles y estúpidos. ¡Incluso le han permitido construir un altar al Colibrí en la pirámide de Quetzalcóatl!

—¿Al Colibrí? —Tozi se quedó anonadada.

—Lo sé, es increíble. Pero el antiguo sumo sacerdote ha sido apartado, se lo han llevado y nadie sabe qué suerte ha corrido. Acopol lo ha sustituido. Sacrifica veinte chiquillos al Colibrí todas las mañanas, Tozi. Los mata al amanecer, justo antes de que salga el sol.

—¿Por qué? —No lo entendía. Nunca en aquella época se habían hecho sacrificios humanos en Cholula. Por su antiquísima santidad, era el último lugar de México donde Moctezuma permitía que continuaran el culto y la adoración a Quetzalcóatl—. ¿Por qué ponen el mundo patas arriba?

—Creo que todo tiene que ver con los españoles, que, repito, no son dioses sino hombres mortales de carne y hueso a los que se puede matar. He oído rumores en Cholula de que les están preparando una trampa allí.

—¿Una trampa? ¿Cómo? Aunque fueran mortales, y sé que no lo son, están a kilómetros de Cholula.

—Eso es lo que he sido incapaz de descubrir. Es un secreto muy bien guardado. Todo lo que sé es que Moctezuma ha promovido hasta lo más alto a su hechicero Acopol. —Huicton se dio unos toquecitos en la nariz—. Eso me huele mal. Había pensado, mi pequeña espía, que a lo mejor podrías ir allí a enterarte de más, pero ahora que he oído tu historia, no puedo pedirte que lo hagas.

Tozi se lo pensó. No podía espiar a Acopol, la descubriría a la primera. Pero si el propósito del hechicero en Cholula era impedir el retorno de Quetzalcóatl, ¿no tenía el deber de intentarlo?

Los preparativos para el traslado al norte de Huitztlán se pusieron en marcha después de la reunión del 31 de mayo. El 7 de junio, la flota, comandada por Juan de Escalante, partió hacia el nuevo asentamiento, con órdenes de poner los cimientos e iniciar la construcción y fortificación de la colonia de Villa Rica de la Veracruz como base permanente para futuras

operaciones. Con la flota partió la mitad del ejército, mientras que Cortés, guiado por Meco, condujo al resto de sus hombres por tierra, siguiendo una ruta indirecta que pasaba por Cempoala, la capital regional totonaca, donde mantendría reuniones de la máxima importancia con Tlacoch, su jefe supremo.

Aunque seguía triste por no poder estar con *Melchor*, Pepillo había aceptado su suerte. Algunas veces, su mascota, que se fortalecía rápidamente y se volvía más salvaje en compañía de los otros perros, ni siquiera parecía reconocerlo. Al final, *Melchor* había hecho muy buenas migas con *Jairo*, el mastín negro que lo había atacado inicialmente. Ambos eran inseparables. Si los otros perros amenazaban al cachorro, *Jairo* acudía en su ayuda con ferocidad. Pepillo se daba cuenta de que *Melchor* era astuto al buscar protección de aquella manera, y observaba con orgullo a su mascota corriendo con el resto de la jauría; ya era más grande que muchos perros completamente desarrollados y no tardaría en poder librar sus propias batallas.

Entretanto, era una alegría, una verdadera delicia, abandonar las miserables y aburridas dunas en las que había estado el campamento español desde abril y cruzar las áridas llanuras costeras avanzando hacia territorios cada vez más verdes, ricos e interesantes, entreviendo en la distancia un enorme volcán con la cima nevada. Pepillo se dejó contagiar por la emoción de los soldados y se unió a sus cánticos.

Cruzaron un río en balsas que construyeron y en canoas nativas abandonadas en la orilla que requisaron. A partir de entonces recorrieron llanuras onduladas cubiertas de vegetación tropical, llenas de elegantes palmeras, donde abundaba la fauna salvaje. Reconocían algunas especies, como las grandes manadas de huemules. Alvarado les dio caza con *Bucéfalo* e hirió con la lanza un macho que escapó adentrándose en un bosque de palmeras. Otros animales les resultaban completamente desconocidos, y el cielo estaba lleno de aves raras de vivos colores cuyos chillidos estridentes resonaban de la mañana a la noche. Parecía que todos los pueblos y aldeas por los que pasaban estaban abandonados, sin duda por temor de sus habitantes a los españoles, y en varios de ellos vieron templos con santuarios ensangrentados y cadáveres mutilados que probaban los recientes sacrificios humanos. El contraste entre aquellos horrores y el paraíso terrenal por el que pasaban no

podía ser más duro.

El 10 de junio por la mañana avistaron Cempoala. Los muros de estuco relucían como la plata al sol, y avanzaron hacia allí con la caballería, los cañones, los mosquetes y las ballestas preparados. Veinte dignatarios se apresuraron a salir a su encuentro con pasteles delicadamente aromáticos que ofrecieron a los jinetes, saludándolos amistosamente y diciéndoles, por intermedio de Malinali, que les habían preparado alojamiento. El jefe supremo, explicó Meco, demasiado gordo y pesado para salir a recibirlos personalmente, esperaba ansioso su llegada.

Complacido por aquel cálido recibimiento, Cortés se inclinó hacia Pepillo, que caminaba junto a su estribo, y lo aupó a la silla de *Molinero* mientras recorrían a caballo Cempoala. En la ciudad había tantos árboles y arbustos que parecía un jardín. Era mucho más grande y hermosa que cualquiera de las que hasta el momento habían visto en México, con una población de unas treinta mil personas que vivían en casas de piedra de buena factura con techo de hojas de palma. Las calles estaban abarrotadas de hombres, mujeres y niños sonrientes que daban la bienvenida a los conquistadores con guirnaldas de flores. Pusieron una alrededor del cuello de *Molinero* y a Cortés le entregaron una corona de rosas para adornar el yelmo.

Sentado bajo un enorme quitasol, Tlacoch esperaba para recibirlos cuando entraron en el patio del espacioso alojamiento que había puesto a su disposición junto a su palacio. Aunque alto, el jefe supremo estaba enormemente gordo, era una verdadera montaña de carne bamboleante. Tan gordo estaba que no podía dar sin ayuda más que unos pasos. Era inevitable que los españoles empezaran a llamarlo «el cacique gordo». Habían adoptado el término «cacique» de los indios taínos de La Española y Cuba.

Cortés mantuvo a los hombres en guardia toda la noche, pero no hubo signo alguno de hostilidad y, a la mañana siguiente, 11 de junio, tuvo un largo encuentro con el cacique gordo, al que Pepillo asistió y del cual tomó nota. Meco y Malinali traducían, cuando hacía falta con la ayuda y las aclaraciones de Jerónimo de Aguilar, recuperado por fin de sus problemas digestivos.

Como de costumbre, el Caudillo empezó presentándose como súbdito de un gran monarca que residía allende los mares y que lo había enviado para abolir las falsas religiones y la

infame práctica de los sacrificios humanos que prevalecían en México, para derribar a los demonios adorados como dioses erróneamente por los indios y convertirlos a la verdadera religión: el cristianismo.

Tlacoch respondió que estaba muy contento con sus propias deidades, que mandaban el sol y la lluvia, y que también él era vasallo de un monarca poderoso, Moctezuma, cuya capital, Tenochtitlán, se encontraba en el centro de un gran lago, en las distantes montañas, rodeada de agua, y a la que solo podía accederse por estrechas y bien defendidas calzadas, por lo que era inexpugnable. Prosiguió con una descripción aterradora de Moctezuma y revelando su odio por él y por los onerosos impuestos que los mexica le sacaban, así como por el oro, las joyas, las cosechas y la gran cantidad de hombres y mujeres jóvenes, la flor y nata de la nación, que se llevaban todos los años para sacrificar en el altar del Colibrí, el dios de la guerra mexica.

El problema empeoraba a medida que pasaban los años, se quejó Tlacoch. Moctezuma, por ejemplo, había exigido recientemente una onerosa nueva leva de víctimas sacrificiales: debían entregar un millar de vírgenes para los corrales de engorde de Tenochtitlán a tiempo para la celebración del supuesto cumpleaños del Colibrí, a principio del mes que los mexicas llamaban *panquetzaliztli*, en la fecha que se correspondía con el 20 de noviembre. Cuando Cortés se enteró de aquello, dijo con firmeza que su monarca lo había mandado allí precisamente para acabar con tales abusos. Invitó a los totonacas a unir fuerzas con él para derrocar al opresor antes de que tuviera lugar aquel holocausto de vírgenes.

La respuesta del cacique gordo fue ambigua. Por una parte estaba claro que quería aceptar la invitación de Cortés y, de hecho, precisamente por eso le había pedido que fuera a Cempoala, y dio a entender que podía proporcionar a los españoles hasta cien mil guerreros para apoyarlos en la conquista de México. Por la otra, era evidente que le tenía pavor al «gran Moctezuma», como se refería a él, y pensaba que, si lo traicionaba, inmensos ejércitos de mexicas bajarían de las montañas, recorrerían las llanuras como un tornado y barrerían toda la nación totonaca condenándola a la esclavitud y al sacrificio.

Cortés trató de que Tlacoch se dejara de remilgos

recordándole lo que sus soldados habían hecho con los mayas chontales en Potonchán y afirmó que un solo español equivalía a un millar de mexicas. Poco a poco fue sonsacándole información, la mayor parte de la cual Malinali confirmó. El cacique gordo habló bastante de Ixtlil, el legítimo monarca del reino de Texcoco, a quien Moctezuma había expulsado y reemplazado por su hermano Cacama, de carácter más dócil.

—Al igual que nosotros —dijo Tlacoch—, Ixtlil puede ser un importante aliado para ti.

—Ya hemos recibido delegaciones suyas —repuso Cortés —. Su enviado vino a ofrecernos la amistad de su señor. Sin embargo, tengo entendido que, si queremos unirnos a las fuerzas de Ixtlil, mi ejército tendrá que pasar por las tierras tlaxcaltecas.

—Cierto —dijo Tlacoch, sorprendido de que Cortés supiera tanto y estuviera ya tratando con otros líderes.

—Me han dicho que esos tlaxcaltecas son grandes guerreros —añadió Cortés.

El cacique gordo confirmó que así era, en efecto. Los tlaxcaltecas, dijo, vivían en guerra permanente con los mexicas y quizá pudieran ser reclutados como aliados. Existía otra tribu, los huexotzincos, más pequeña y menos poderosa que los tlaxcaltecas, pero que se oponía con igual vehemencia a la supremacía de los mexicas. En resumen: si Cortés se aliaba no solo con los totonacas sino también con los tlaxcaltecas, los huexotzincos e Ixtlil, habría una fundada posibilidad de derrotar a Moctezuma.

Una vez traducido esto, Malinali interrumpió la conversación y, sin depender de Aguilar, le dijo a Cortés en español que la situación no era ni mucho menos tan simple como la pintaba Tlacoch. Para empezar, decía tonterías acerca de los totonacas: era imposible que apoyaran a Cortés con un ejército de cien mil hombres, ni siquiera con uno formado por la décima parte de esa cifra, y además no tenían fama de muy valientes en combate. En segundo lugar, los huexotzincos y los tlaxcaltecas se odiaban casi tanto como odiaban a los mexicas y hasta el momento, que se supiera, no habían cooperado jamás. Además, si bien era cierto que los tlaxcaltecas serían unos aliados excelentes, eran violentos, impredecibles e iban a la suya, así que no había ninguna garantía de que se unieran a los españoles; al contrario, era probable que lucharan contra ellos.

—A pesar de todo, si consigo unir a todos esos pueblos en una alianza, ¿qué te parece? ¿Saldríamos victoriosos? —preguntó Cortés.

—Si lo consigues —respondió Malinali—, entonces victoriosos, seguro.

Pepillo comprendió mucho después que fue en ese momento cuando la estrategia de Cortés para derrocar a Moctezuma empezó a tomar forma. Sonrió de oreja a oreja, enseñando los dientes, y por un instante pareció más un lobo que un hombre.

¡Cuauhtémoc estaba allí! Por lo visto había cometido un acto de insubordinación contra el Gran Orador, algo relacionado con los *tueles*. ¿Era posible que la hubiera escuchado?, pensó Tozi. ¿Podía haber hecho una propuesta de paz a Quetzalcóatl? Huicton había sido incapaz de recopilar información acerca de la verdadera naturaleza del crimen del príncipe, pero fuera cual fuese, el castigo era permanecer bajo arresto domiciliario en la finca de Cuitláhuac, su padre, en Chapultepec, a pocos kilómetros de Tacuba. Meses antes, cuando él se recuperaba de las heridas de la batalla y de los efectos del veneno que el médico de Moctezuma le había dado, Tozi había visitado a Cuauhtémoc con el aspecto de la diosa Temaz y lo había ayudado a curarse. Deseaba visitarlo de nuevo siendo invisible y aparecérsele como Temaz otra vez para descubrir qué le había pasado con los *tueles*, pero Huicton no iba a permitírselo.

—Realmente no puedo impedírtelo, niña —le dijo el viejo espía—. Si quieres ir, estoy seguro de que irás. Pero si, como dices, vas a tener que hacerle frente a Acopol, primero tienes que renovar y reforzar tus poderes. Me temo que el príncipe será una distracción.

La idea de Huicton era que Tozi debía ir en busca de una visión. Tenía que viajar sola, adentrarse en el desierto del norte, en las tierras de los nómadas chichimecas de las que Acopol procedía. Y partir inmediatamente.

—¿Y por qué tengo que ir, Huicton?

—Porque eres necesaria para nuestra causa, querida niña, y no puedes ayudarnos estando insegura y asustada. Tienes que viajar hasta la tierra de tus antepasados, hasta la tierra perdida de Aztlán. Tienes que encontrar las Siete Cuevas de Chicomoztoc y allí buscar una visión de los maestros de la sabiduría.

Aztlán era el hogar de los dioses, aunque nadie sabía ya dónde estaba ni nadie había estado allí desde hacía cientos y cientos de años. Se creía que las Siete Cuevas de Chicomoztoc estaban dentro de las fronteras de Aztlán y que eran el místico lugar de origen de los mexicas, los tlaxcaltecas y todos los pueblos de habla náhuatl. Los maestros de la sabiduría practicaban la magia más elevada. Se decía que se habían ocultado de la vista de la gente común, en las cuevas, hacía muchísimo tiempo. Eso lo sabían todos los mexicas, pero Tozi sabía, además, o al menos lo había creído desde niña, que ella procedía de Aztlán, no en un sentido lejano, remoto, de siglos de antigüedad, ancestral, sino porque había nacido allí y emigrado a Tenochtitlán siendo pequeña. Su madre se lo había contado. Su madre, que le había pasado el don de la brujería pero que apenas había empezado a enseñarle el camino cuando el populacho la asesinó, dejándola a ella huérfana. Huicton, que la había encontrado en el hoyo donde se había escondido tras la muerte de su madre, la había criado. Había alimentado sus habilidades y la había convertido en una de sus espías. Ahora lo tenía frente a ella, en el patio de la casa segura de Tacuba, diciéndole que se marchara, metiéndole prisas.

—No te entretengas. No lo pienses ni un segundo. ¡Vete! Encuentra tu visión, descubre tu poder y vuelve conmigo. Entonces y solo entonces veremos lo que hay que hacer con Acopol.

Así que Tozi reunió sus escasas pertenencias, las metió en un morral de piel de huemul y se marchó a toda prisa, sin volver la vista atrás.

—¡Ve hacia el norte! —le gritó Huicton—. Pasa primero por la antigua Teotihuacán. Allí hay una pirámide derruida que, según se dice, construyó hace muchísimo tiempo el propio Quetzalcóatl, de cuyo flanco sobresale la efigie de la Serpiente Emplumada. Busca la guía del dios al que veneras y luego continúa viajando hacia el norte..., siempre hacia el norte. Tus pies sabrán el camino.

En efecto, los pies de Tozi conocían el camino. Antes de llevarla a Teotihuacán, la llevaron directamente a Chapultepec, donde se hizo invisible, porque no temía que le fallaran los poderes con los simples mortales, y entró en la finca de Cuitláhuac.

«¡Al diablo, Huicton!»

Si iba a emprender una caminata de cientos de kilómetros recorriendo el territorio salvaje de los chichimecas en una loca búsqueda de una tierra mítica, Tozi estaba decidida a ver antes a Cuauhtémoc.

Al cabo de una hora, se coló invisible en el salón de audiencias de la mansión de Cuitláhuac y observó a Cuauhtémoc y a su padre mantener una conversación intensa pero en susurros. Comprendió que hablaban en voz baja porque Moctezuma había mandado un pequeño ejército de informadores pagados y agentes secretos a infiltrarse en la finca de Chapultepec. De hecho, ya había pasado junto a varios personajes sospechosos mientras buscaba a Cuauhtémoc, dos de ellos merodeando cerca de la puerta del salón de audiencias con la evidente intención de escuchar. Se le había ocurrido delatar la presencia de aquellos dos con algún truco, y tal vez lo hubiera hecho de no haber estado tan enfadada con Cuauhtémoc porque, de nuevo, como cuando lo había visto haciendo cosas inenarrables en la intimidad con otra mujer, había estropeado la imagen romántica que de él tenía, en este caso su estúpido sueño de que era posible persuadirlo para que abrazara la causa de Quetzalcóatl. Ahora sabía que lo cierto era más bien todo lo contrario. El príncipe era mantenido bajo arresto domiciliario («en vez de eso podrían haberte ejecutado», se quejaba su padre) no porque hubiera tratado de hacer causa común con los *tueles* para derrocar a Moctezuma, como había fantaseado ella, sino porque los había atacado e incluso había hecho prisionero a uno con la intención de sacrificarlo, en contra de los deseos del Gran Orador.

Curiosamente, al parecer era Moctezuma quien hacía propuestas de paz a Quetzalcóatl, le daba coba e intentaba ganarse su favor, mientras que el príncipe había luchado y se había opuesto al regreso del dios. El único hilo de esperanza era que el odio de Cuauhtémoc por Moctezuma seguía intacto.

—Tenemos que actuar, padre —susurró—. Debemos derrocar a ese monstruo insensato antes de que sea demasiado tarde.

—¿Derrocar al Gran Orador? —repuso Cuitláhuac, como si Cuauhtémoc le hubiera sugerido que pusieran el mundo patas

arriba—. Eso sería traición. Algo así no ha sucedido jamás en la historia de nuestra nación.

—Es una historia corta, padre, de apenas doscientos años, y siempre hay una primera vez para todo. Yo digo que ha llegado el momento, de hecho hace mucho que llegó. Si no actuamos, mi tío se rendirá a los pieles blancas y nos convertirá a todos en esclavos.

—No participaré en ningún complot contra él —insistió Cuitláhuac.

—¿A pesar de que trató de envenenarme?

—A pesar de eso.

—¿Aunque con todos y cada uno de sus actos traiciona el noble cargo de Gran Orador?

—¡Aun así! Me propones una rebelión, Cuauhtémoc, y eso es impensable. Siempre será impensable.

Tozi deseaba intervenir, salir de la invisibilidad como un rayo y corregir a aquellos dos cabezotas estúpidos. Cuitláhuac tenía que entender que una revuelta contra su malvado hermano era absoluta, inmediata e imperativamente necesaria, aunque era todavía más importante que Cuauhtémoc entendiera que los *tueles*, a los que tan despectivamente llamaba «pieles blancas», no eran el enemigo sino todo lo contrario: sus aliados lógicos, puesto que habían cruzado el océano oriental para abolir el gobierno de Moctezuma y restaurar la justicia en el mundo.

—No aprobaré... No puedo aprobar la rebelión —susurró Cuitláhuac—. Tiene que haber otro modo. Volveré a hablar con tu tío en el consejo y trataré de que entre en razón.

—No servirá de nada, padre. —Cuauhtémoc suspiró—. ¡Sabes que no! Ese hombre no atiende a razones.

—A pesar de todo, tengo que intentarlo. Cualquier otra opción es...

—¿Impensable?

—Sí. ¡Impensable! Moctezuma tiene sus defectos, pero es nuestro gobernante, aprobado por los dioses, amado por el pueblo. Jamás debemos olvidarlo.

Tozi se acercó a Cuauhtémoc. Sabía que no debía hablarle en presencia de su padre. Estuvo tentada de esperar hasta que estuviera solo para revelarse, pero no llevaba los ropajes de la diosa Temaz con que iba disfrazada en sus encuentros anteriores y no se hacía ilusiones acerca de cómo reaccionaría el príncipe a

su verdadero aspecto de bruja zarrapastrosa.

Lo odiaba, y sin embargo lo amaba; lo despreciaba, y sin embargo lo admiraba, y por encima de todo, como desde su primer encuentro en el hospital real meses antes, cuando había ido a rebanarle el pescuezo y había terminado salvándole la vida, se sentía poderosamente atraída por él, como si los uniera una antigua y fuerte conexión.

Estaba lo bastante cerca de él como para tocarlo. No podía verla, no podía notarla, ¿qué mal había, pues? Acercó la mano a su brazo. Más cerca... más cerca. Percibió la misma débil y extraña resistencia que siempre que atravesaba un objeto sólido y, no pudo evitarlo, se fundió con él. Por un instante ocupó el mismo espacio que aquel cuerpo fuerte y masculino. Estaba dentro de él, formaba parte de él, sentía el firme y regular latido de su corazón, el vigor de su sangre pulsando en las venas, las enormes reservas de calor y valor que alimentaban su vitalidad. Estuvo dentro de él y después lo atravesó, cesando su fugaz unión, y en ese instante él se volvió de repente y la miró, la «miró» verdaderamente. Ella huyó.

Debía de haber sido una ilusión, decidió Cuauhtémoc más tarde, mientras se entrenaba en el patio de ejercicios, pero no con Comehombres ni con Cabeza de Barro, como a él le hubiera gustado, porque le habían impuesto como condición estricta para su arresto domiciliario que sus amigos más íntimos no podían visitarlo. Así que se entrenaba con dos esclavos de Cuitláhuac que no le llegaban a la suela de las sandalias a ninguno de sus camaradas de armas. Debía de haber sido una ilusión, pero... pero le había causado una sensación física perturbadora. Una sensación íntima, casi orgásmica. Luego aquella sensación había desaparecido de repente y, cuando se había vuelto, había visto la silueta diáfana y traslúcida de una mujer, allí, en el salón de audiencias, entre él y su padre: una joven extrañamente familiar, con el aspecto de la diosa Temaz pero también distinta, más feroz, un poco salvaje y veleidosa, como una fiera en una trampa.

Cuauhtémoc se desentumeció los hombros y descartó aquella visión. Descargó un golpe, ¡un buen golpe!, que puso de rodillas a uno de los esclavos gimiendo de dolor. Luego, con el

movimiento de retroceso, golpeó y derribó al otro. Tiró el *macuahuitl* de entrenamiento, desprovisto de los filos de obsidiana, desdentado como una vieja bruja.

—Gracias, compañeros. Ya basta por hoy —dijo, y se marchó a los aposentos privados que ocupaba en el ala sur de la mansión de su padre.

Le hacía falta estar solo. Tenía que pensar. Por qué lo había dejado vivir el loco de su tío era un misterio, porque él esperaba morir. La noche antes de que lo mataran, de hecho, habían ido a prepararlo unos sacerdotes especialistas en el ritual del desuello. Le había roto la mandíbula a uno y dislocado un brazo a otro antes de que lo sometieran y empezaran a suavizarle la piel con ungüentos y toallas calientes. La finalidad de aquello era asegurarse de que la epidermis no se rasgara y Moctezuma pudiera quitársela como se da la vuelta a un guante. Sin embargo, poco después del amanecer, el Gran Orador en persona lo había visitado en la celda, había despedido a los sacerdotes y ordenado que Cuauhtémoc quedara bajo la custodia de Cuitláhuac. Moctezuma parecía nervioso, emocionado, ansioso. Sonreía de un modo extraño y tenía la mirada perdida. ¡Se había comportado casi como si él y Cuauhtémoc fueran amigos!

¿Cuál era la razón de aquel repentino cambio de actitud? ¿Qué le había pasado a Moctezuma aquella noche? Cuauhtémoc nunca lo sabría, su tío estaba tan loco que sus procesos mentales escapaban a la razón, motivo por el cual precisamente no podían seguir confiando en él para que gobernara la nación. Puesto que Cuitláhuac era un débil, decidió su hijo, le tocaba a él y solo a él planear la muerte de Moctezuma y preparar la estrategia adecuada para enfrentarse a los pieles blancas. Si todos luchaban como el hombre de las dunas, serían unos enemigos verdaderamente formidables.

Después de la unión con Cuauhtémoc, una experiencia que la había dejado con una dolorosa e indescriptible sensación de pérdida, como si tuviera dentro un vacío que jamás podría llenar, Tozi marchó decidida hacia Chapultepec cruzando la belleza espectacular del Un Mundo. Pasó por debajo de los acueductos gemelos que traían agua a Tenochtitlán desde las

fuentes de la colina de Chapultepec mediante un par de tuberías de cerámica tan gruesas como el torso de un hombre. Compuestas por centenares de secciones cortas unidas entre sí, las tuberías se sostenían sobre pilotes y andamios siguiendo el declive curvo de la colina a lo largo de tres kilómetros en descenso hasta la orilla del lago Texcoco y continuaban luego por encima del lago para adentrarse en la metrópoli de la isla, en el área de Tlatelolco. La asombrosa construcción era necesaria para el sostenimiento de Tenochtitlán, porque las aguas del lago eran salobres, prácticamente imbebibles, y en la ciudad no había apenas pozos. Por ese motivo, pelotones de guerreros pertenecientes a una guarnición permanente de doce mil hombres, acampada donde las fuentes brotaban de la tierra, vigilaban los acueductos a lo largo de todo su recorrido. Tozi no vio la necesidad de ocultarse en la invisibilidad mientras pasaba junto a las patrullas armadas. Esa vigilancia estaba reservada a guerreros como aquellos, tlaxcaltecas quizás o rebeldes texcocanos. Flaca, sucia y harapienta, no representaba ninguna amenaza para ellos y ni siquiera la miraban.

Siguió hacia el norte, dejando atrás el bullicio y el ajetreo militar de Chapultepec mientras el día avanzaba. Los colores del Un Mundo eran, a su izquierda, el exuberante verde de los helechos y la rica marga de los campos fértiles de los granjeros, y, a su derecha, el más profundo y cerúleo azul moteado de blanco níveo de las ondas que lamían el agua del lago; sobre su cabeza, el cielo celeste donde las nubes flotaban lentamente como plumas y el sol era oro fundido. Algunos árboles daban sombra, alargada y acogedora. La ropa parda de los campesinos contrastaba con los puestos del mercado, de colores vivos, situados entre los edificios rojos y amarillos de adobe de la ciudad de Tepuca, al norte del lago, a la que llegó ya muy avanzada la tarde.

Tozi no poseía ningún bien de intercambio porque Huicton había insistido en ello, así que pidió refugio para pasar la noche a una viuda de Tepuca, una mujer que la acogió amablemente y no le aceptó ningún servicio a cambio de la comida y el alojamiento.

A la mañana siguiente, temprano, Tozi volvía a estar en camino por el valle del Un Mundo, siempre hacia el norte. Una punzada en el corazón la impulsó a volverse para ver por última vez la distante Tenochtitlán, reluciente en medio del gran lago:

un espejismo imposible de imponentes pirámides, palacios y mansiones separados por la geometría perfecta de avenidas y canales entrecruzados. La vista, tan dolorosamente hermosa y que sin embargo ocultaba tanta fealdad, tanta crueldad, tanta aflicción, estaba rodeada y enmarcada por las distantes montañas de cimas nevadas que se extendían hacia el oeste y el este, alfombradas de bosques verde azulados que ya eran antiquísimos cuando los mexicas, por aquel entonces una tribu nómada pobre pero feroz, llegaron a aquellas tierras.

Y algo aún más antiguo estaba allí también para recibir a aquellos primeros exploradores mexicas.

La tarde del segundo día de camino, después de pedir unas mazorcas de maíz como sustento, la búsqueda de Tozi la llevó, como le había dicho Huicton, a la ciudad abandonada de Teotihuacán, «el lugar donde los hombres se convirtieron en dioses», con sus tres pirámides en ruinas, construidas, creían los mexicas, al comienzo de aquella era de la tierra. Avanzó por el Camino de los Muertos, una ancha y recta avenida de tres kilómetros, uniéndose a un grupo de peregrinos de Tenochtitlán que cantaban himnos mientras visitaban por primera vez la pequeña y ruinosa pirámide escalonada que, según se creía, era obra de Quetzalcóatl debido a las esculturas de cabezas de serpientes emplumadas que sobresalían de sus empinados escalones. Se dirigieron luego hacia la gigantesca pirámide del Sol, cuyos cinco niveles se elevaban hacia el cielo y, por último, hacia el extremo norte de la avenida, hacia la pirámide de la Luna, ligeramente más pequeña.

Como todo lo que tocaban los mexicas, Teotihuacán se había convertido en un monstruoso foco de perversión en los últimos años. Según la tradición milenaria, la edad previa de la tierra, el Cuarto Sol, había llegado a su fin debido a una inundación catastrófica en ese suelo sagrado, después de la cual cayó la noche primigenia. Los dioses escogieron Teotihuacán para reunirse y decidir cuál de ellos se sacrificaría para convertirse en el Quinto Sol y llevar la luz de nuevo al mundo. «Aunque era de noche, aunque no había día, aunque no había luz, se reunieron los dioses allí, en Teotihuacán.»

Decía la leyenda que dos de ellos compitieron por el honor de lanzarse al fuego sagrado del que despertaría el Quinto Sol: el hermoso y sofisticado Tecciztecatl, arrogante y ávido de gloria, y el humilde y modesto Nanahuatzin, enfermo y lleno de

pústulas. En el último momento, el feroz calor de las llamas detuvo a Tecciztecatl. Nanahuatzin, sin embargo, cerró los ojos y se precipitó de un salto al fuego, donde empezó a «crepitar y abrasarse como un asado». A resultas de su autoinmolación, el Quinto Sol se alzó finalmente, marcando el comienzo de la presente época. «Brilló y arrojó rayos con esplendor y sus rayos se derramaron por doquier.»

En este relato, que no era suyo, sino transmitido por los pueblos con que se habían encontrado y a los que habían conquistado cuando emigraron al valle dos siglos antes, los mexicas habían encontrado la justificación para llevar a cabo sacrificios humanos en masa, quemas en la hoguera allí, en Teotihuacán, dos veces al año: una durante el solsticio de invierno, en *Atémosle*, cuando el sol se elevaba más hacia el sureste, y otra durante el solsticio de verano, en *Tecuilhuitl*, que ya estaba a punto de llegar, cuando el sol se elevaba más hacia el noreste. Aquellos holocaustos, en los que Moctezuma bailaba en público y repartía regalos a los espectadores, se llevaban a cabo supuestamente para alimentar al Quinto Sol con el sufrimiento de las víctimas que crepitaban y se asaban en las llamas sagradas, con la finalidad de evitar el final prematuro de aquella era.

Sin embargo, Tozi sabía que, estupideces piadosas aparte, de lo que se trataba era del placer enfermizo que los mexicas obtenían encontrando modos más ingeniosos y espectaculares de degradar, humillar y aterrorizar a los demás.

Con sus rituales malvados, el verdadero significado del «lugar donde los hombres se convirtieron en dioses» había sido olvidado. Tozi recordaba las antiguas y venerables palabras que su madre le había enseñado acerca de lo que significaba Teotihuacán: «Así que dijeron: “Cuando muramos en realidad no moriremos, porque viviremos, nos levantaremos, seguiremos viviendo, despertaremos...” Así que el difunto era guiado cuando moría: “Despierta, el cielo está ya rosado...” Por tanto, los antiguos decían que el que ha muerto se ha convertido en dios; decían: “Se ha hecho un dios allí.”»

Esa era la verdad: la tierra sagrada de Teotihuacán era una tierra de renovación y renacimiento, no de irremediable destrucción y muerte como celebraban gustosamente los mexicas. Lo que se pretendía allí era la transformación del alma, no el brutal asesinato del cuerpo.

Cuando los peregrinos se marcharon y caía rápidamente la noche, Tozi recordó la sugerencia de Huicton de que buscara la guía de Quetzalcóatl y regresó sola a la pirámide en ruinas que supuestamente él había construido y en la que se había acomodado de piernas cruzadas bajo su efigie de serpiente emplumada.

Ella le había fallado al sucumbir al terror cuando Acopol la había mirado en el palacio de Moctezuma, demostrando que era capaz de verla aunque para los demás fuera invisible. Su habilidad para desvanecerse era su poder, y Acopol lo había barrido como si nada fuera, robándole la confianza, robándole el valor. A lo mejor por eso Huicton la había mandado lejos, no tanto para encontrar la tierra perdida de Aztlán y buscar una visión de los maestros de la sabiduría en las Siete Cuevas de Chicomoztoc como para recuperar la valentía.

Miró las adustas facciones, las mandíbulas y los dientes amenazadores de la Serpiente Emplumada, el único y futuro rey que había vuelto tras una larguísima ausencia para reclamar las tierras y el patrimonio legítimamente suyos. ¿Dónde estaban ahora, se preguntó, el guerrero al que Huicton llamaba Cortés, Quetzalcóatl en forma humana, y su ejército de semidioses? Algo en lo más profundo le decía que aquellos «españoles» llegados para tejer el destino de Moctezuma ya se adentraban en el territorio procedentes de la costa y que se avecinaban grandes acontecimientos.

—Encontraré el valor —dijo en voz alta—. Estaré lista para luchar a tu lado.

—En tal caso —repuso una voz—, espera aquí nueve días. Tengo trabajo para ti cuando Moctezuma venga a celebrar la fiesta de *Tecuilhuitl*.

Tozi se levantó de un brinco mirando hacia todas partes, pero no oyó nada, ni pasos. Era noche cerrada, todos los visitantes se habían marchado y estaba sola entre las antiguas ruinas.

—¿Tienes trabajo para mí?

—Sí, pequeña.

La voz, profunda y vibrante, resonaba en la oscuridad creciente. Tozi pensó que parecía salir de entre los dientes desnudos de la cabeza esculpida de la Serpiente Emplumada. ¡Solo podía ser el mismísimo Quetzalcóatl que le hablaba a través de su efigie de piedra!

—Te sirvo desde hace mucho, señor —dijo Tozi—. Dime solamente qué debo hacer.

—Entonces escucha, muchacha audaz y valiente. Estas son las órdenes que te doy...

El 12 de junio, sábado, una vez sentadas las bases de una relación amistosa y una posible cooperación militar con el cacique gordo, Cortés condujo a sus hombres desde Cempoala hasta la costa, hasta Huitztlán, en una marcha de menos de seis horas. Encontraron la flota de Escalante con la otra mitad del ejército anclada en la bahía. Ya habían preparado el terreno para fundar Villa Rica de la Veracruz. Habían enviado por delante dignatarios totonacas para preparar los alojamientos que usarían en Huitztlán los españoles hasta que la nueva ciudad estuviera construida; otros, dirigidos por Meco, acompañaron a Cortés para allanar el camino y, además, Tlacoch proporcionó cuatrocientos porteadores, llamados *tamanes*, como aprendió Pepillo, para transportar los pertrechos que los conquistadores se habían visto obligados hasta entonces a acarrear personalmente.

A su llegada, a última hora de la tarde del 12 de junio, Cortés convocó una reunión para esa misma noche en la plaza principal de Huitztlán con Yaretzi, el jefe de la ciudad, y el Consejo de Ancianos. Meco y Malinali, apoyada en cierta medida por Aguilar, fueron los intérpretes. En la reunión también estuvo presente el cacique gordo, en su calidad de jefe supremo. Lo habían transportado hasta Cempoala en litera y trataba a Yaretzi y los ancianos como subordinados, interrumpiéndolos a menudo en un tono que resonaba en toda la plaza.

Una vez más, el ambiente era agradable, con la mayor parte de la gente del pueblo arracimada para mirar. La conversación no tardó en centrarse en Moctezuma y en lo que había que hacer con él. Los dignatarios presentes se hicieron eco de las quejas de Tlacoch por la gran cantidad de víctimas sacrificiales exigidas por los mexicas. Agregaron además que aquel espantoso tributo se sacaba todos los años de las treinta ciudades y pueblos más importantes donde vivían los totonacas. La nueva leva de vírgenes para ser sacrificadas durante el

cumpleaños del Colibrí era particularmente molesta, y además odiaban a los recaudadores de Moctezuma, unos matones que se sentían con derecho a violar e incluso secuestrar a la esposa o la hija de un hombre si era hermosa, privando de ella al marido o padre y humillándolo.

Por una rara coincidencia, cuando se hablaba de aquellos estragos, una oleada de miedo recorrió la multitud reunida en la plaza, estalló el caos y la gente huyó en todas direcciones. Dos indios se acercaron corriendo a Tlacoch y Yaretzi y les susurraron algo al oído. Los dos palidecieron y se echaron a temblar y sudar de un modo que habría resultado cómico de no haber estado tan aterrorizados.

Los ancianos, muchos de los cuales se habían levantado, se pusieron a hablar entre sí, histéricos. Meco le dijo algo a Malinali y esta se volvió hacia Cortés.

—Una delegación de recaudadores mexicas acaba de llegar —le explicó.

Cortés pareció encantado con la noticia.

—¡Bien! Ahora veremos cuán en serio se toman realmente estos totonacas su rebelión.

Al cabo de un momento, cinco engreídos y altivos mexicas llegaron a la plaza donde Cortés y sus capitanes seguían sentados con el cacique gordo y Yaretzi. Los recién llegados, precedidos por un batallón de criados con espantamoscas para mantener a raya los mosquitos y otros insectos, tenían el aspecto y los modales de señores acostumbrados a la sumisión. Con el pelo negro brillante, capa y taparrabos ricamente bordados, cada uno de ellos sostenía un cayado en una mano y rosas en la otra que se llevaban con desdén a la nariz como si no desearan oler el aire local. Pasaron por delante de los españoles con rudeza, negándose a reconocer su presencia, camino de una casa señorial. Yaretzi los siguió y, una vez izada su litera, lo mismo hizo Tlacoch.

Poco después, los dos caciques volvieron, abatidos, y le contaron a Cortés, por boca de Meco y Malinali, que los *calpixques*, los «administradores de tributos», como llamaban a los recaudadores de impuestos, estaban ofendidos y se sentían ultrajados por el trato y la hospitalidad que los totonacas se habían atrevido a brindar a los españoles sin previa autorización de Moctezuma.

Además del cruel tributo de un centenar de niñas vírgenes

que habían ido a cobrar y que formaban parte de la cuota de un millar requerida a los totonacas, ahora exigían la entrega, antes de una hora, de una leva extraordinaria de veinte muchachos preparados para el sacrificio al Colibrí esa misma noche.

Pepillo recordó por qué una vez había admirado y amado a Cortés cuando este advirtió que los caciques tenían la intención de cumplir aquella orden. En los términos más enérgicos les pidió no solo que se negaran a obedecerla, sino que arrestaran a los recaudadores y los confinaran en una habitación junto a sus alojamientos, donde sus propios soldados españoles los mantendrían bajo vigilancia.

Aquella idea horrorizó a Yaretzi y Tlacoch, que se dejaron llevar por el pánico. ¿Maltratar a los funcionarios de Moctezuma? ¡No se atreverían! Sin embargo, Cortés insistió tranquila pero firmemente. Les recordó que su señor, el rey Carlos, lo había enviado a aquellas tierras para castigar a los malhechores e impedir los sacrificios y los expolios. Había llegado el momento, bajo su protección, de liberarse del yugo mexica.

Acabó por convencerlos.

Se dio la orden y los *calpixques* fueron arrestados. Los sujetaron de un modo humillante con collares atados a largos palos. A uno que se resistió lo golpearon hasta someterlo con bastones. Cortés le dijo entonces al cacique gordo que mandara mensajeros a todas las ciudades y pueblos totonacas para informar a los respectivos jefes de lo sucedido y ordenarles que desafiaran igualmente a cualquier recaudador mexica. Contarían con la completa seguridad de que los españoles los protegerían.

Mientras tanto, la gente del pueblo había vuelto a reunirse en la plaza y no paraba de hablar de aquellos asombrosos acontecimientos. La opinión reinante, como Malinali le explicó divertida a Pepillo, era que los españoles tenían que ser de hecho *tueles*, dioses o demonios, porque ningún humano común y corriente habría osado desafiar el poder mexica con tanta desfachatez. En cuanto a Yaretzi y Tlacoch, habían recobrado rápidamente el valor e insistían en que los *calpixques* fueran ajusticiados de inmediato. Eso garantizaría que ninguno escapara para ir con el cuento a Tenochtitlán. Cortés, naturalmente, se negó. No había que ajusticiar a nadie, y no tenían nada que temer puesto que él se hacía cargo de los prisioneros.

Pasada la medianoche, todos se habían acostado. Cortés, sin embargo, lejos de haber terminado, pidió a sus hombres que llevaran con discreción a dos de los cinco prisioneros mexicas a su habitación. Cuando los tuvo delante, se hizo el inocente y les preguntó por boca de Malinali quién había ordenado apresarlos. Respondieron que Tlacoch y Yaretzi los habían hecho prisioneros, pero que los españoles debían de haberlos animado a hacer aquella locura que descargaría sobre ellos la ira de Moctezuma. Cortés insistió en que no sabía nada del asunto, que lamentaba mucho que los hubieran tratado de aquel modo, y añadió que había dispuesto que los liberaran sin el conocimiento de sus anfitriones totonacas, porque había oído muchas cosas buenas de Moctezuma y lo afligía que los funcionarios de un monarca tan grande fueran tratados con tanta mezquindad. Les anunció que iba a proporcionarles los medios para escapar de Huitztlán, les dijo que volvieran enseguida con Moctezuma y les explicó que los soltaba para salvarlos de eventuales represalias a manos de los traidores totonacas, y que los españoles eran buenos amigos suyos y estaban a su servicio. Además, haría todo lo posible para asegurarse de que sus tres compañeros no sufrieran daño alguno y se esforzaría por liberarlos también. Después hizo que seis de sus hombres acompañaran a los recaudadores de impuestos hasta la bahía al abrigo de la oscuridad, los metieran en una falúa y los llevaran unos cuantos kilómetros costa arriba hasta donde estuvieran a salvo de los totonacas para emprender el camino de regreso a Tenochtitlán.

A la mañana siguiente, el 13 de junio, el descubrimiento de la fuga dejó consternada la ciudad. Aunque habían estado bajo vigilancia española, Cortés y Malinali consiguieron convencer a los caciques de que los totonacas eran los culpables de la huida de los prisioneros. Cortés fingió enojo y ordenó que le trajeran una cadena, con la que ató a los tres recaudadores restantes y los hizo trasladar a la *Santa María* para su custodia. Sin embargo, una vez a bordo los desencadenó, los trató con amabilidad, fue hospitalario y les dijo que no tardarían en volver con Moctezuma, promesa que cumplió esa misma noche, cuando también ellos, sin que ningún totonaca lo supiera, fueron llevados costa arriba y liberados.

Pepillo no pudo menos que reconocer que había sido una jugada maestra. Después de haberse alzado contra Moctezuma

al encarcelar a sus recaudadores, dos de los cuales habían escapado para contarlo todo, los vacilantes jefes totonacas estaban demasiado comprometidos ya para cambiar de rumbo o tener siquiera la esperanza de ser perdonados. Por tanto, no tenían más remedio que poner su suerte en manos de Cortés, aceptar su protección y hacer un decidido esfuerzo por librarse del yugo mexica. Al mismo tiempo, poniendo en libertad a los recaudadores, Cortés esperaba haberle mandado a Moctezuma un mensaje muy diferente: una prueba de amistad y complicidad que, por lo menos, lo confundiría.

Tozi era experta en mendigar, así que no le costó nada mantenerse durante los nueve días que esperó en Teotihuacán a que empezaran las ceremonias del solsticio de verano. Una multitud de peregrinos visitaba el lugar y, sentada en el Camino de los Muertos a resguardo del sol, al este del muro de contención por la mañana y al oeste por la tarde, sobre su raída esterilla de fibra de maguey, andrajosa, sucia y con cara triste, muchos le regalaban cosas que luego podía cambiar por comida y cama. Como no quería entablar amistad con nadie ni llamar la atención, se alojó cada noche en una casa distinta de los pueblos cercanos: en una construcción anexa, una escalera de entrada, un rincón del suelo de una atestada cabaña de adobe, un cobertizo, un terrado compartido con una familia pobre que hacía el viaje de su vida. No invocó ni una sola vez sus poderes de invisibilidad. Fue innecesario. Había aprendido hacía mucho que era posible hacerse invisible sin necesidad de usar la magia, solo el sentido común. No te destaques, no ofendas a nadie, pasa desapercibida; ésas eran las reglas que había que seguir.

A medida que pasaban los días y el número de visitantes, muchos de los cuales acampaban en los vastos asentamientos provisionales cercanos a las ruinas, iba en aumento, le resultaba más fácil mezclarse, literalmente desaparecer entre el gentío.

El octavo día, un millar de efectivos del regimiento personal de Moctezuma llegaron y acamparon al aire libre delante de la pirámide de la Luna. Establecieron puestos de guardia a intervalos en el Camino de los Muertos. Habían venido para preparar la llegada del Gran Orador a la mañana siguiente y garantizar su seguridad. Mientras, un equipo de

hábiles artesanos empezó a construir un pabellón real espléndido en la plaza, junto a la pirámide del Sol. Los ennegrecidos braseros que había entre este y la pirámide, que llevaban un año sellados con gruesas planchas, fueron abiertos y llenados de leña y troncos en preparación para el holocausto.

Las siguientes en aparecer fueron las víctimas sacrificiales, doscientos de los mejores prisioneros de los corrales de engorde de Tenochtitlán, escoltados por otros mil soldados que los mantuvieron estrictamente vigilados mientras los adornaban con pinturas y plumas. Puesto que todas las víctimas eran guerreros apresados en combate, algunos texcocanos y otros tlaxcaltecas, no hubo gemidos ni lloros. Permanecieron firmes durante todo el degradante procedimiento.

Por último, al caer la noche, *troupes* de payasos, saltimbanquis y bailarines ocuparon su sitio a la luz de las antorchas. Se pusieron a actuar todos a la vez para la gran multitud de peregrinos y visitantes que ya se había reunido con el fin de situarse en los mejores lugares para contemplar los sacrificios del mediodía siguiente. Panderetas, tambores, caracolas y trompetas sonaban con estruendo en una cacofonía que se mezclaba con miles de voces emocionadas que, de vez en cuando, rugían su aprobación por alguna increíble hazaña acrobática. Vendedores de comida con cestas colgadas del cuello ofrecían saltamontes fritos con miel, gusanos de maguey, hormigas, larvas, palomitas de maíz, frijoles, tortas, pasteles de calabaza o de algas y manjares más caros y especiales de carne humana. Aparte del famoso pulque, vendían una amplia gama de bebidas alcohólicas elaboradas con maíz fermentado, miel, piña, higo chumbo y varias plantas más.

Tozi estaba en medio de la aglomeración, contemplándolo todo en silencio, moviéndose entre la gente sin llamar la atención. Tenía órdenes del mismísimo dios, había hecho sus planes y, cuando Moctezuma llegara por la mañana, sabría exactamente cómo proceder.

28

Domingo, 20 de junio de 1519 - Lunes, 21 de junio de 1519

Moctezuma volvía a estar nervioso, de nuevo atormentado por fantasías oscuras y lleno de aprensión. Desde que había traído al maravilloso hechicero Acopol a su palacio se había sentido fuerte, libre y seguro. La permanente sensación de que lo observaban había desaparecido, los innumerables temores que lo acosaban se habían esfumado, había recuperado el vigor y el *tepulli* volvía a levantársele, permitiéndole servir a sus esposas y concubinas. Y lo que era aún más importante, las entrañas habían dejado de traicionarlo con extraños ruiditos, gorjeos, calambres, flatulencias y repentinas urgencias que no podía controlar. Todo ello a pesar de que Acopol se había marchado hacía mucho a Cholula y, por tanto, no estaba presente para protegerlo. El Colibrí le había hablado de los «hechizos de protección muy poderosos» que el hechicero había colocado alrededor del palacio y dentro del templo del dios. ¡No cabía duda de que funcionaban!

Pero ¿qué sucedería cuando Moctezuma viajara más allá de las zonas protegidas a las que se había referido el Colibrí? ¿Lo mantendría a salvo la magia de Acopol? Por esa duda tenía de nuevo el estómago revuelto la noche antes del solsticio de verano y necesitaba hacer frecuentes paradas mientras iba de

camino hacia el norte, hacia la antigua Teotihuacán, donde oficiaría las ceremonias de *Tecuilhuitl*. Se lamentaba amargamente de las molestias y peligros del viaje, ya que la de *Tecuilhuitl* no era ni mucho menos su fiesta preferida. A decir verdad, era la que menos le gustaba. Se esperaba que se mezclara con la apestosa multitud de pobres y campesinos de todo el imperio, incluso hasta el punto de dejarse tocar por ellos, algo que estaba prohibido bajo pena de muerte en cualquier otro momento. Se esperaba que hiciera regalos. Y, lo peor de todo, se esperaba que bailara para ellos como un artista circense. De no haber sido tan grande el peso de la tradición, habría abandonado *Tecuilhuitl* hacía años. Sin embargo, Moctezuma se enorgullecía de respetar la tradición. Por esa razón, a pesar de sus temores, había decidido favorecer la fiesta con su real presencia como había hecho todos los años desde su coronación.

Llevado en palanquín por porteadores que sabían lo importante que era transportarlo con suavidad, sin sacudidas, tropezones ni balanceos, Moctezuma reflexionaba también sobre la otra nube oscura que se cernía en su horizonte mientras se acercaba a la sagrada Teotihuacán aquella mañana de *Tecuilhuitl*. Esa nube negra, todavía lejana, sí, pero cada vez más próxima, era la perspectiva de los *tueles* y sus manejos en la costa. Los espías seguían todos sus movimientos, le entregaban informes diarios y los últimos acontecimientos lo tenían muy confundido.

En primer lugar, estaba el asunto del ataque de Cuauhtémoc. Aunque no había muerto como merecía, el problemático príncipe estaba confinado en la propiedad de Cuitláhuac, en Chapultepec, donde no podría inmiscuirse ni crear más caos. Tal vez habría sido mejor, pensó, despellejarlo vivo como tenía pensado en un principio. Sin embargo, era una buena política, sobre todo con el hijo de tu propio hermano, tener un poco de compasión.

Además, el perjuicio había sido mínimo. La orden de Moctezuma de arrestar a su sobrino le había llegado a tiempo a Pitxatzin y el gobernador de Cuetlaxtlán la había acatado con rapidez, poniendo en libertad al *tuele* capturado. Mejor aún, este gesto de Moctezuma parecía estar dando resultado. Hacía ocho días que el jefe de los *tueles* había respondido con otro: liberando a un grupo de recaudadores de impuestos en

Cempoala que habían sido arrestados y estaban a punto de ser ejecutados por los rebeldes totonacas. Si el jefe de los *tueles* era Quetzalcóatl o quizá su encarnación en forma humana, o simplemente un hombre llamado Cortés como él aseguraba astutamente, no estaba claro todavía, como tampoco sus verdaderas intenciones. No obstante, que hubiera liberado a los *calpixques* y los hubiera mandado de vuelta a Tenochtitlán con mensajes de amistad era sin duda un buen auspicio.

Menos auspiciosos y francamente preocupantes, por eso estaba confuso Moctezuma, eran otros aspectos del comportamiento de los *tueles*. Habían estado en condiciones de intervenir en el asunto de los *calpixques* porque habían abandonado su campamento en las dunas de Cuetlaxtlán y avanzado tierra adentro hacia Cempoala. Allí, según los espías, habían negociado una alianza con Tlacoch, aquel gordo baboso, jefe supremo de los totonacas. ¡Una alianza contra el propio Moctezuma! Luego se habían trasladado a la costa, a Huitztlán, donde, con ayuda de los totonacas, habían empezado a construir un asentamiento permanente, una ciudad. Aquello no tenía precedentes, era alarmante y requería una acción inmediata. Así que el día anterior, antes de partir hacia Teotihuacán, Moctezuma había despachado una delegación encabezada por dos de su primos más jóvenes, Zuma e Izel, muchachos que lo temían y que, por tanto, eran de fiar, con órdenes de ir a toda prisa a Huitztlán con una caravana de magníficos regalos para los *tueles*, para darles las gracias por su intervención en la cuestión de los recaudadores. Debían decirle al jefe *tuele* que su solicitud de reunirse en la costa con Moctezuma no podía ser satisfecha aún porque la salud del Gran Orador seguía siendo mala y, de todos modos, estaba demasiado ocupado para abandonar Tenochtitlán. Sin embargo, debían añadir que la otra petición, la de ir ellos a Tenochtitlán para reunirse con el Gran Orador, era vista ahora con buenos ojos y que les proporcionarían un salvoconducto e incluso guías para facilitarles el viaje.

La invitación era una trampa, por supuesto. Si los *tueles* la aceptaban, los guías los llevarían a Cholula, y allí, como había prometido el Colibrí y como Acopol estaba ya asegurando con sus hechizos, serían destruidos.

Todo estaba en marcha y hasta que Zuma e Izel volvieran con su informe no había nada más que hacer... excepto quemar

doscientas víctimas en *Tecuilhuitl* e intentar, en la medida de lo posible, disfrutar de la fiesta.

Con esa idea, Moctezuma tiró ligeramente de la cortina del palanquín para abrirla apenas y echar un vistazo al exterior. Tal como había pensado por el creciente estruendo, los porteadores lo habían llevado hasta el recinto sagrado de Teotihuacán y avanzaban hacia el norte por el Camino de los Muertos. La pirámide del Sol se alzaba frente a él, a su derecha, con el disco solar en ascenso detrás de ella. Faltaban para mediodía, el momento en que podría empezar a encender las hogueras de los sacrificios, poco más de dos horas, pero antes tenía el pesado deber de repartir regalos a los pobres y de bailar, ¡bailar!, para ellos.

El elegante palanquín se detuvo a las puertas del pabellón construido para proteger la comitiva real del sol y ayudaron a Moctezuma a bajar. Teudile y Cuitláhuac habían salido a recibirlo. Tras los saludos de rigor, los tomó del brazo y entraron.

Tozi escogió aquel momento para hacerse invisible. Ninguno de quienes la rodeaban la vio desaparecer porque todos miraban temerosos al suelo en presencia del Gran Orador. Además, nadie había reparado en ella. Era demasiado pequeña, demasiado vulgar, demasiado insignificante para destacar entre aquella multitud.

Un cordón de guardias mantenía el gentío a cien pasos del pabellón. Tozi, elusiva e intangible como el aire, se coló entre ellos sin esfuerzo. Sintió una fugaz ansiedad. La protección mágica que Acopol había colocado alrededor de Moctezuma, que la había herido tanto y casi la había dejado expuesta la última vez que había tratado de entrar en el palacio, ¿obraría allí también? Por los recovecos del pabellón, fue acercándose al Gran Orador, que, reclinado en un trono, bebía jugo de pitaya roja enfriado con hielo de las altas sierras.

No recibió ningún ataque de hechicería. No sintió punzadas de dolor. No vio ningún aura de peligro sobrenatural.

Tozi estaba ya tan cerca de Moctezuma que habría podido cogerle la copa de los dedos y lanzarla contra el suelo, pero tenía otros planes más serios para él y optó por esperar el momento oportuno.

A medida que pasaba el tiempo, más se convencía de que Moctezuma estaba desprotegido y a su merced. Se sintió más

confiada.

Se sintió más confiado, ya que no había sufrido ningún ataque mágico. Los hechizos de Acopol eran tan poderosos que lo protegían incluso allí. Moctezuma bostezó, se relamió y le dio la copa vacía a un sirviente. Se acercaba el momento de mezclarse con el público, como mandaba la ancestral tradición. Normalmente, los simples mortales tenían prohibido tocarlo. Él estaba muy cerca de los dioses. Aquel día, sin embargo, durante la hora previa al mediodía, la prohibición se levantaba. Teudile estaba preparado con la cesta de granos de cacao y baratijas de plata que el Gran Orador repartiría; después, antes de que empezaran los sacrificios, ejecutaría la lenta danza ritual de las estrellasdemonio vestido con un traje de plumas rojas de loro y verdes de quetzal.

Reprimiendo la leve aprensión que seguía en el fondo de su mente a pesar de sus intentos por tranquilizarse, Moctezuma salió al sol y caminó con paso digno, flanqueado a la derecha por Cuitláhuac y a la izquierda por Teudile, con la cesta, cruzando el espacio que lo separaba de la gente. Un centenar de soldados especialmente escogidos por su intimidatoria corpulencia ya se habían adelantado y abierto un paso entre la multitud por la que Moctezuma podría transitar y, sí, ¡menuda abominación!, se permitiría a los pobres estirar los brazos entre los guardias para tocarle los ropajes, las manos e incluso los pies calzados con zapatillas de oro.

Moctezuma se estremeció de asco y avanzó entre los guardias armados. Se hizo el silencio, en parte por costumbre, porque aquel momento siempre requería silencio, y en parte porque la gente que empujaba desde todas partes estaba aterrada.

«No es para menos —pensó Moctezuma—. No es para menos.» Al fin y al cabo, un verdadero dios caminaba entre ellos, un dios que podía ordenar la muerte de cualquiera o de todos ellos con una sola palabra, que podía exigirles que se rebanaran el cuello allí mismo, en ese mismo instante, que podía ordenar que desparramaran los sesos de sus hijos o arrebatarles a sus esposas o maridos a su antojo, sin que pudieran oponerse.

«¡Uf!» Se estremeció por el tufo pestilente que le anegó las fosas nasales mientras las manos sucias extendidas hacia él le tocaban con dedos pringosos la ropa, le acariciaban las manos y los brazos. Otras, a ras de suelo, trataban de tocarle los pies. Todos aquellos brazos y dedos mugrientos que tan ansiosamente lo buscaban pertenecían al pueblo, ¡a su pueblo!, que creía fervientemente que aquel fugaz contacto los sanaría, les traería fortuna, los haría fértiles y convertiría en realidad todas las esperanzas y los sueños que pudieran albergar en sus cortas y asquerosas vidas sin sentido.

Moctezuma había avanzado veinte, treinta pasos. A los guardias les estaba costando mantener la gente a raya. ¡Mejor era que siguiera adelante! Metió la mano en la cesta que llevaba Teudile, cogió frijoles y joyas de plata, y empezó a entregarlos a derecha e izquierda, asqueado por las manos que los cogían como bocas hambrientas.

Entonces, de repente, en el espacio que los soldados despejaban justo delante de él, tan cerca que parecía provenir de menos de un paso de distancia, una voz femenina rompió el silencio, alta y clara, en un tono vibrante de proclama.

—Sí, Moctezuma —tronó—, los últimos días de tu mundo se acercan y muy pronto habrás muerto, aplastado bajo los pies del dios Quetzalcóatl, aunque no antes de haber sido castigado por tus crímenes...

Se elevó una exclamación colectiva de conmoción y horror. Las asombrosas palabras fueron de boca en boca, en susurros, hasta los confines de la multitud, donde la gente no las había oído. Moctezuma se detuvo en seco, boquiabierto, aturdido y sobrecogido por aquella voz inesperada e inaudita, que prosiguió su discurso.

—Arrepiéntete, Gran Orador, porque la venganza del dios será terrible; abandona tus maldades, recompensa a tu pueblo y a los de otras naciones que han sufrido en tus manos.

De nuevo se extendió un rumor de susurros mientras aquellas palabras eran repetidas como una onda en expansión a increíble velocidad, mientras los guardias, con el *macuahuitl* desenfundado, empujando a la gente, trataban de encontrar a alguien, a quien fuera, a quien arrestar. Agarraron a varias mujeres, un hombre gritó y lo derribaron de un golpe brutal. Centenares de soldados del batallón de seguridad llegaron corriendo, gritando, pisando fuerte y golpeando el escudo,

tratando de calmar el alboroto. Mientras tanto, una docena de *cuahtxics* había rodeado a Moctezuma, Cuitláhuac y Teudile y golpeaban indiscriminadamente con sus hachas a la turba circundante. Rodó una cabeza, un brazo voló con un borbotón de sangre. En medio de caos, volvió a oírse aquella voz, aquella terrible voz agobiante, imponiéndose de algún modo al mar de ruidos, increíblemente cercana aunque de origen desconocido.

—¡Oh, necio y cobarde Moctezuma! Estás arruinado; la crueldad te ha atrapado y la hora de la verdad ha llegado antes de lo que imaginabas. ¡Renuncia a los sacrificios de hoy! Renuncia a ellos o lo pagarás.

—¡Jamás! —chilló Moctezuma.

El miedo y la cobardía lo embargaron, incluso mientras los guardaespaldas los arrastraban rápidamente a él, Cuitláhuac y Teudile muy juntos, formando un grupo compacto, empujándolos entre el griterío hasta ponerlos detrás del cordón de soldados que protegía el pabellón. En el último instante, Moctezuma se volvió y agitó el puño, impotente, hacia la multitud. Sintió una súbita punzada de dolor. Miró hacia el suelo y vio que la sangre real le manaba de una herida abierta desde el dedo gordo del pie hasta el empeine.

—¡Brujería! —chilló, porque no había nadie lo bastante cerca de él para haberle infligido aquella herida—. ¡Brujería! —Se tambaleó y, mientras Cuitláhuac se apresuraba a socorrerlo, cayó al suelo desmayado.

«Bueno —pensó Tozi—, ha sido un buen comienzo.» Estaba satisfecha consigo misma, sobre todo porque había conseguido apuñalar al Gran Orador. No era una herida mortal, porque no quería matarlo. Huicton la había convencido con sus argumentos de las ventajas de mantenerlo con vida y aprovechar su locura y su debilidad de carácter para socavar el poder mexica, en lugar de quitarlo de en medio para que un hombre más fuerte ocupara el trono.

Para infligir aquella herida tan fea en el pie real, se había visto en la necesidad de permitir que el brazo derecho y la mano con que empuñaba el cuchillo de pedernal se materializaran un instante, saliendo del campo de invisibilidad del que se había rodeado. Una maniobra arriesgada, dada la posibilidad de que la detectaran, pero lo había hecho tan rápido que se había salido con la suya.

En ese momento, entre gritos de «brujería», con Cuitláhuac

y Teudile yendo de acá para allá como sapos sin cabeza y los guardias avanzando y retrocediendo furiosos, Moctezuma yacía boca arriba, inconsciente y sangrando por una inexplicable herida de arma blanca, y la multitud estaba al borde de una revuelta a gran escala. Tozi tenía buenas razones para esperar que las cosas se descontrolaran por completo.

Sin embargo, en menos de una hora la disciplina mexica y el uso juicioso del terror contuvieron la crisis. Ni a una sola persona de la multitud se le permitió salir. Una vez recuperado del desmayo, el médico practicó una cura a Moctezuma, que lloraba como un niño, y Teudile anunció que los sacrificios seguirían adelante.

Tozi había espiado la conversación entre Moctezuma y Cuitláhuac previa a aquel anuncio. Como era de esperar, el orador quería volver enseguida a su palacio de Tenochtitlán, el único lugar donde, ahora estaba convencido, estaría a salvo de ataques mágicos.

—No, señor —le respondió Cuitláhuac con sorprendente firmeza—. No puedes ni siquiera plantearte tal cosa. Sea cual sea la fuerza misteriosa que nos ha afectado hoy, nadie debe verte ceder a ella; si lo haces, y ante tantos testigos, será fatal para tu reinado.

—Pero no puedo —repuso Moctezuma entre sollozos—. Sencillamente, no puedo, querido hermano. Mira... —se señalaba el pie— estoy herido. Una bruja me ha hecho esto, la bruja acerca de la cual me advirtió Acopol. Si me quedo aquí, volverá a atacarme. En mi palacio, los hechizos de Acopol me protegen.

—Sin embargo, mi señor, debes fortalecer tu voluntad. El honor del trono está en juego. Mira... —Cuitláhuac señaló la muchedumbre que esperaba al otro lado de la puerta del pabellón, cercada por los soldados—. Ten en cuenta lo que tu gente pensará, ¡lo que dirá!, si te marchas de Teotihuacán sin realizar los sacrificios. Nunca más podrás gobernarlos.

Por fin, tras insistir mucho, Moctezuma cedió a regañadientes.

—Estoy seguro de que la bruja se ha ido, hermano —lo tranquilizó Cuitláhuac—. No se atreverá a atacar dos veces en el mismo lugar.

«Eso ya lo veremos», pensó Tozi.

—No debe haber ningún indicio de que alguien practica la

brujería contra ti —dijo Teudile—, una palabra, «brujería», que ya corre de boca en boca. Mientras el cirujano te cosía y te vendaba el pie, me he tomado la libertad de hacer apresar a un hombre y una mujer de la multitud. Al hombre lo he acusado de apuñalarte y he encontrado testigos para jurarlo. A la mujer la he acusado de vociferar y he encontrado testigos que juran que ella ha sido la responsable de lo dicho. Sugiero un juicio público sumario, que dictes tú mismo el veredicto de culpabilidad y que sean ejecutados de inmediato.

—Has hecho bien, Teudile —dijo Moctezuma—. Los desollaremos vivos antes de empezar los sacrificios.

«Eso también habrá que verlo», pensó Tozi.

Una hora después de mediodía, la primera vez en los anales de la historia mexica que las llamas de los sacrificios de *Tecuilhuitl* se encendían tarde, Moctezuma, sentado en su trono, fue transportado por esclavos sudorosos hasta los dos braseros situados entre el pabellón y la pirámide del Sol, a los que lanzó una antorcha encendida.

Pensados para contener un centenar de cuerpos apelotonados, cada brasero estaba lleno de troncos secos que prendieron de inmediato, crepitando y produciendo una oleada de calor y una gran humareda. No tardaron en arder dos enormes hogueras. Las doscientas víctimas estaban sentadas bajo vigilancia en dos recintos cercanos. No los arrojarían a los braseros hasta que las llamas y el humo hubieran quedado reducidos a un montón de brasas en que se asarían despacio, despellejándose, y la grasa subcutánea se fundiría convirtiéndose en el combustible de su propia inmolación.

Moctezuma estaba incómodo y el pie herido le molestaba mucho. De hecho, pensaba, era el peor dolor que había sufrido en su vida. El instinto le decía que huyera enseguida de Teotihuacán, pero aceptaba que iba a quedar mal si no conseguía presenciar toda la ceremonia. Solo tenía que esperar una hora, dos a lo sumo, y su partida parecería bastante normal. Así que apretó la mandíbula y aguantó.

Mientras, tenía que representar otra comedia.

Lo habían apartado un centenar de pasos de los braseros y ahora, con Teudile y Cuitláhuac situados ante él y rodeado de los representantes de las familias más nobles de Tenochtitlán, alzó un dedo para indicar que trajeran a los acusados.

El hombre, de mediana edad, era calvo y corpulento; la

mujer, joven y en avanzado estado de gestación. Ambos estaban convenientemente aterrados.

—¡Yo no he hecho nada, gran señor! —protestó el hombre cuando los guardias lo arrastraron hacia delante.

—¡Por los dioses! —gritó la mujer—. Yo no os he gritado nada, majestad.

—¡Piedad! —sollozó el hombre.

—¡Piedad! Estoy encinta —rogó la mujer.

Moctezuma los miró con expresión pétrea. No habría piedad. A una señal suya, los dos fueron obligados a arrodillarse y Teudile leyó los cargos. Al hombre, Ohtli, lo habían visto apuñalar al Gran Orador con un cuchillo, hiriéndole el real pie. Llamaron a los testigos, que confirmaron entre dientes que así era. La mujer, Tlaco, era una bruja; había alzado la voz y pronunciado las blasfemas declaraciones. Nuevamente, los testigos confirmaron la veracidad de los cargos.

Mirando al suelo, temblorosos, atenazados por el miedo, los acusados continuaron defendiendo su inocencia hasta que, a una orden de Teudile, los golpearon hasta que se callaron. Ya solo quedaba que Moctezuma pronunciara el veredicto. Apoyado en Cuitláhuac, al que usaba de muleta para no tener que poner el peso en el pie herido, se levantó con tanta solemnidad como pudo. Y entonces...

El terror lo golpeó como un rayo. Un miedo más caliente que el fuego más feroz, pero a la vez más frío que el hielo, le taladró el cerebro como un presagio. Primero jadeó y luego aulló desenfrenadamente. El dolor era insoportable. Se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes. Había soltado a Cuitláhuac. Tropezó y cayó hacia delante antes de que nadie pudiera sujetarlo. La agonía del pie no era nada en comparación con aquel terror implacable que le trituraba el cráneo. Era como si le estuvieran machacando el cerebro y extrayéndoselo por las orejas y la nariz. Durante un momento permaneció lúcido, viéndolo todo, consciente de que se retorcía y se mordía la lengua hasta hacerse sangre, arañándose la cara. Vomitó bilis cuando Cuitláhuac y Teudile se inclinaron y lo levantaron del suelo. Y, aun peor, mientras lo hacían supo que la silenciosa y asombrada multitud de su pueblo estaba presenciando todo aquello. Veía sus caras de sorpresa. Lo miraban fijamente, con los ojos como platos. ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! Aunque lo peor, lo intolerable, lo insoportable, era el terror que

lo afligía. ¡Oh, dioses!, el terror, el miedo, el pánico galopante que no cesaba y le atenazaba el cuello, le apretaba las entrañas... Se vació con una explosiva evacuación, ruidosa, caliente y pegajosa, que le empapó la túnica, le bajó por las piernas y se desparramó por el suelo a la vista de todos. Empezó a perder la conciencia. Hoyó chillidos, gritos roncos, el ruido de muchos pasos cuando los guardias formaron un círculo cerrado a su alrededor, ¡demasiado tarde!, ocultándolo de los espectadores. A continuación, la oscuridad, más negra que la noche más oscura, se cerró sobre él y, durante un buen rato, no se enteró de nada.

Tozi observaba con profunda satisfacción los restos del naufragio de Moctezuma que su magia había obrado. Desde que el Colibrí se había puesto en contacto con ella en la cumbre de la gran pirámide de Tenochtitlán, la noche en que iba a ser sacrificada, desde entonces, por razones desconocidas, el dios había aumentado los poderes de Tozi, que se sabía capaz de enviar el miedo a quienes escogía castigar. Hasta aquel momento, sin embargo, hasta aquel preciso momento, cuando el Gran Orador se desplomó ante ella en brazos de Teudile y Cuitláhuac, no comprendió hasta qué punto era poderosa el arma que el dios de la guerra había puesto en sus manos.

Independientemente de su origen, era un arma que pretendía utilizar para hacer el bien a la gente que sufría en el Un Mundo. Por desgracia, nada podía hacer por los doscientos jóvenes que esperaban el sacrificio; aunque la fiesta se suspendiera, como parecía inevitable, los usarían para lo mismo en otra ocasión. Tozi, eso sí, estaba decidida al menos a salvar al calvo Ohtli y a Tlaco, la embarazada, falsamente acusados de los actos que ella misma había cometido, de una muerte dolorosa y terrible.

Seguían arrodillados en el suelo, allí donde los habían obligado a doblegarse para oír la sentencia, pero ningún guardia los custodiaba ni nadie les prestaba atención. Además, habían llamado a los soldados apostados alrededor de la multitud para proteger al Gran Orador y restaurar el orden después del tumulto, así que no había ninguna fuerza para impedir que la gente escapara. Ya estaban huyendo, primero a cientos, pronto a

miles. Nadie quería quedarse para enfrentarse a las consecuencias, muy posiblemente una ejecución en masa, de la extraordinaria escena que habían tenido la mala suerte de presenciar aquel día.

Pero no había tiempo que perder, la situación podía cambiar en cualquier momento. Así que Tozi se movió rápido, todavía invisible, y se colocó entre Ohtli y Tlaco.

—Tenéis que correr —les susurró—. ¡Corred, ya! Uníos a los que se marchan; perdeos entre ellos y huid si queréis vivir.

Ninguno de los dos se movió. Era exasperante. Seguían tan asustados, tan aturdidos, que aquella voz salida de ninguna parte los desorientó y aterrorizó todavía más.

Tozi se dio cuenta de que no tenía opción y corrió el riesgo calculado de salir de la invisibilidad. Ohtli jadeó y Tlaco gimió y se sujetó el vientre abultado.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Da igual quien sea —dijo Tozi—. ¡Arriba los dos! ¡Levantaos! ¡Largaos de aquí! —Como seguían sin moverse, temblando de miedo, los cogió de la mano y los obligó a ponerse de pie—. Tenéis que venir conmigo.

Con decisión pero sin correr, porque no quería llamar la atención de Teudile ni de Cuitláhuac, se unió con ellos al gentío que se dispersaba. Siguió andando, agarrándolos fuerte de la mano, hasta que estuvieron lejos del pabellón, perdidos entre centenares de personas que huían hacia el sur por el Camino de los Muertos.

No los soltó hasta que creyó que estaban fuera de peligro.

—Marchaos tan lejos de aquí como podáis —les dijo—, tan deprisa como podáis. —Tuvo una idea—: Cuando os han arrestado, ¿qué les habéis dicho? ¿Saben dónde vivís?

—En mi caso no —repuso Ohtli—. No había tiempo. Solo me pidieron el nombre.

—A mí también —dijo Tlaco.

Tozi sonrió de oreja a oreja.

—¡Bien! En tal caso, podéis iros a casa. Nunca os encontrarán. Estaréis a salvo. Dudo que os busquen siquiera. Tienen otras cosas de que ocuparse.

—Pero... ¿quién eres? —volvió a preguntar Tlaco, y la miró inquisitivamente—. ¿Eres la bruja de la que todos hablan?

—No soy nadie. Nunca me habéis visto y esto jamás ha sucedido.

Les dio la espalda y se desvaneció.

Huicton solo había podido seguir los progresos de Tozi por el espectacular caos que iba provocando, pero al hacerse visible para poner a salvo al hombre y la mujer la había seguido, usando todos sus trucos, hasta verla desaparecer de nuevo. No iba detrás de ella sino a su lado, a unos veinte pasos de distancia, por la ancha avenida del Camino de los Muertos, oculto entre un grupo de gente. No creía que Tozi lo viera porque ella volvía hacia el norte, en sentido contrario a la multitud, justo antes de desaparecer. Sin embargo, le producía una sensación extraña saber que podía estar cerca todavía, viendo a todo el mundo, ¡incluso a él, quizá!, sin dejar de ser invisible.

¡Qué poder tenía aquella criatura! ¡Qué increíble potencial!

Huicton solo esperaba haber hecho lo suficiente ocultándose en la cámara secreta situada detrás de la efigie de la Serpiente Emplumada, en la pirámide en ruinas de Quetzalcóatl, nueve días antes, y hablándole como si fuera el propio dios para darle las órdenes que acababa de cumplir.

La pregunta seguía siendo si su estrategia y el impresionante resultado de la misma librarían a Tozi de la ansiedad paralizante y las dudas que el encuentro con aquel endiablado Acopol había sembrado en ella. ¿Volvería a ser la misma? Huicton creía que sí, porque Tozi había tenido un valor tremendo y una iniciativa increíble. No solo había malogrado los viles sacrificios de la ceremonia del solsticio de verano, sino que además había obligado a Moctezuma a dar un espectáculo vergonzoso. La consecuencia solo podía ser un grave debilitamiento del poder y el prestigio mexicas en todo el imperio.

¿Qué haría a continuación su joven protegida? Huicton suponía que continuar con la búsqueda a la que él la había enviado, porque así era ella. Le habría gustado decirle que ya no hacía falta, puesto que había recuperado el poder. Para hacerlo, sin embargo, antes tendría que encontrarla, lo que probablemente sería imposible, y después revelarle su subterfugio.

Algo le decía que no se tomaría a bien que él le revelara que se había hecho pasar por su amado Quetzalcóatl. Decidió que era mejor dejar las cosas como estaban. Tozi era capaz de cuidar de sí misma y ya volvería a Tenochtitlán a su debido tiempo.

29

Viernes, 25 de junio de 1519 - Viernes, 9 de julio de 1519

El 25 de junio, cuatro días después del solsticio de verano, una delegación mexica se presentó ante Cortés en el nuevo asentamiento de Villa Rica de la Veracruz, cuyos trabajos de construcción, gracias a la ayuda de los totonacas, estaban muy avanzados.

Los delegados, dos jóvenes a los que Malinali identificó como familiares del Gran Orador y dos ancianos, eran de la alta nobleza. Llegaron con una gran comitiva de siervos que traían valiosos regalos de oro y telas. Se los entregaron al Caudillo, dándole las gracias en nombre de Moctezuma por haber liberado a los recaudadores de impuestos. Afirmaron que la amabilidad de Cortés en ese asunto había persuadido al Orador de pasar por alto su grave ofensa al aceptar el cobijo del malvado pueblo totonaca. La reunión que pedía Cortés seguía siendo difícil porque Moctezuma tenía mala salud y estaba demasiado ocupado con guerras y otras cuestiones para marcharse de Tenochtitlán. En cuanto a su petición de visitar la capital mexica, sin embargo, las cosas habían cambiado. A pesar de la negativa inicial, ahora se lo permitirían. Moctezuma incluso se ofrecía a proporcionarles guías.

—No confíes en él —le advirtió Malinali en su cada vez

mejor castellano—. ¡Es trampa! Si Gran Orador te invita a su ciudad significa que espera matarte fácil allí.

—No me chupo el dedo —respondió Cortés, sin dejar de sonreír a los delegados ni de poner cara de buenos amigos—. Antes me fiaría del diablo que de estos mexicas. Visitaremos a Moctezuma cuando estemos preparados y dispuestos, pero primero tengo intención de conseguir unos cuantos aliados más.

Por tanto, respondió a la invitación con evasivas diplomáticas.

Estaba agradecido y se sentía honrado. Enviaría un mensaje por mar a su monarca el rey Carlos, que sin duda estaría complacido. Sin embargo, tenía asuntos que atender antes de poder viajar. Indicó con un gesto los edificios y fortificaciones de Villa Rica. Iría en cuanto todo aquello estuviera terminado.

Los delegados se declararon satisfechos y emprendieron el viaje de regreso a Tenochtitlán con un regalo de cuentas verdes y azules para Moctezuma. En cuanto se hubieron marchado, apareció el cacique gordo con Yaretzi a remolque. Los jefes le recordaron a Cortés sus instrucciones de que todos los pueblos y ciudades totonacas se rebelaran contra Moctezuma y expulsaran o detuvieran a los recaudadores. Habían seguido aquellas instrucciones al pie de la letra en toda la región. Ahora, sin embargo, cuatro mil soldados mexicas, la mitad de uno de los muchos regimientos enviados por todo el imperio para reunir víctimas sacrificiales (y que probablemente actuaran por su cuenta), querían castigar a los totonacas por su rebeldía. El cacique gordo le pidió a Cortés que cumpliera su promesa de protegerlos.

Pepillo se quedó en Villa Rica con la pequeña guarnición que dejaron para defender la nueva ciudad mientras Cortés, a la cabeza de casi todos sus hombres, cerca de cuatrocientos, iba a hacer frente a la amenaza. Sin embargo, el regimiento mexica, reunido en una colina llamada Tizpacingo, huyó acobardado cuando vio la caballería y las armas de los españoles. El resultado fue que el prestigio de Cortés recibió otro gran impulso a un coste muy bajo, aparte de unos pocos días de incomodidades.

Al pasar por Cempoala de camino a la costa el 29 de junio, Cortés aprovechó la ocasión para pedirle al cacique gordo que destruyera los ídolos del templo que había en la cúspide de la pirámide, en la plaza mayor de la ciudad.

El episodio se lo contó a Pepillo Bernal Díaz, que estuvo allí. Al parecer, Tlacoch al principio se negó y envió guerreros para defender la pirámide. Cortés respondió apresándolo y reteniéndolo a punta de espada, amenazándolo con matarlo si no ordenaba a sus hombres que se retiraran. Tras un tenso enfrentamiento, el cacique gordo perdió los nervios y Díaz fue uno de los cincuenta conquistadores que subieron a la pirámide y, uno por uno, derribaron los ídolos.

Algunos tenían forma de temibles dragones grandes como becerros, y otros, mitad hombre mitad puma, eran espantosamente feos, pero todos quedaron reducidos a escombros al caer.

Hubo muchos gritos y lamentos, porque los totonacas creían que la destrucción de los ídolos implicaba el fin del mundo; pero como el mundo no se acabó, no tardaron en apaciguarse y aceptaron las demás exigencias de Cortés, a saber: que los sacerdotes tenían que raparse el pelo largo y sucio, que había que encalar el templo por dentro y por fuera y poner la cruz y la imagen de la Virgen en el santuario que antes ocupaban los ídolos.

A la mañana siguiente, una vez hecho todo eso, el padre Olmedo, un fraile mercedario, responsable espiritual de la expedición desde la desaparición del padre Gaspar Muñoz en Cozumel meses antes, ofició la misa. Después, los caciques más importantes de la región, convocados por Tlacoch, aceptaron el bautismo. Ocho doncellas, todas hijas de jefes, también fueron bautizadas y presentadas a los españoles para consolidar la alianza. Cortés las repartió entre sus capitanes y le dio la más guapa a Puertocarrero, que desde aquel día renunció a todo derecho sobre Malinali.

Por lo que a Pepillo concernía, aquello era mucho más importante que la conversión de los totonacas. Hacía mucho que se daba cuenta de lo desgraciada que era su amiga viviendo con Puertocarrero; pero cuando Malinali volvió con el ejército a Villa Rica, caminando junto al estribo de Cortés, le resplandecía la cara de felicidad. La bautizaron ese mismo día, 2 de julio, y se instaló en las dependencias del Caudillo.

Era un acuerdo razonable, pensó Pepillo, ya que trabajaban tan estrechamente.

Habían pasado dos días desde que Malinali había dejado que la bautizaran en la peculiar religión cristiana que tanto admiraba Cortés, su amante y señor. A pesar de los sermones que le habían obligado a escuchar, lo cierto era que no sabía nada de aquella fe y le importaba aún menos. No obstante, si al Caudillo lo complacía que se considerara cristiana y le rezara al dios-hombre torturado en la cruz, y si eso facilitaba que la considerara su mujer tanto en la cama como fuera de ella, entonces se alegraba de complacerlo.

Estaban en la cama en ese momento, la noche del 4 de julio de 1519 según el calendario cristiano, y Cortés, por fortuna, dormía apaciblemente a su lado. Por fortuna porque llevaba dos noches atormentado por pesadillas, hablando en sueños de san Pedro, dando vueltas como un poseso. Habían hecho el amor apasionadamente, con alegría, como siempre. ¡Sabía unos cuantos trucos, su Caudillo! Después él se había quedado dormido, dejándola a ella en la oscuridad con sus pensamientos, acostada boca arriba, con las piernas ligeramente separadas, notando junto a ella la calidez de su cuerpo musculoso.

¿Era un milagro (aquellos cristianos solían hablar de milagros) que Cortés hubiera tenido éxito en apartarla de Puertocarrero sin daño ni consecuencia alguna? Durante una buena temporada su relación había parecido peligrosa, algo que había que mantener en secreto. Luego Puertocarrero los había pillado. Malinali había esperado una paliza, quizás algo peor, pero Puertocarrero, después de una larga conversación con el Caudillo, había vuelto aparentemente indiferente a lo sucedido. A partir de entonces, a pesar de que siguieron durmiendo en la misma cama hasta la expedición para derrotar a los mexicas en la colina de Tizpacingo, Puertocarrero dejó de querer relaciones sexuales con ella. Malinali no tenía modo de saber a qué acuerdo habían llegado los dos hombres, ni qué extraño poder tenía Cortés para que Puertocarrero fuera tan complaciente, incluso obsequioso, y que a veces estuviera asustado, pero lo agradecía porque en adelante la reconocerían abiertamente no

solo como la intérprete del Caudillo sino también como su mujer. Él ya estaba casado, por supuesto, pero detestaba a su esposa, Catalina, esa «zorra del demonio», ¿y acaso no era cierto que una amante tiene a veces más poder que una reina?

Malinali estuvo pensando en aquello mientras el sueño empezaba a vencerla y descubrió que le gustaba la idea. Después de todo, había nacido princesa. ¿Por qué no podía llegar a reina? Quién sabe, incluso era posible que ella y el Caudillo tuvieran hijos. ¡Un niño, ojalá! Un príncipe para su familia real. Aquello le recordó a su vez a Coyotl, el pequeño que había compartido el corral de engorde con ella y con Tozi, de quien las habían separado la noche que se las habían llevado para sacrificarlas. La entristecía, le llenaba el corazón de culpa, no haber vuelto a ver a la inocente criatura y que hubiera tenido que enfrentarse a la muerte solo, sin nadie que lo consolara. Recordó cómo el sumo sacerdote Ahuizotl, a quien Tozi había aplastado luego la cabeza con una piedra (otro recuerdo), les había quitado a Coyotl y ella había sido incapaz de cumplir su promesa de cuidar y proteger al dulce niñito. Recordó los increíbles acontecimientos que habían llevado a Moctezuma a soltarlas, y la espantosa escena posterior mientras buscaban a Coyotl entre los vivos y los muertos sin conseguir encontrar ni su pobre cadáver mutilado.

Se estremeció y sus pensamientos derivaron hacia Pepillo, otro niño inocente atrapado por los acontecimientos de aquella extraña y terrible época. Malinali sabía que también a él le había fallado. Había intentado con denuedo persuadir al Caudillo de que permitiera al chico quedarse con su perro e incluso le había sacado la promesa de que lo haría, pero Cortés había roto el compromiso unos días después y habían llevado al perro con el resto de la jauría, exactamente como temía Pepillo. A diferencia de la muerte de Coyotl, se consoló Malinali, aquello por lo menos no era una gran tragedia. Pepillo parecía haberse conformado con la pérdida de la mascota, aunque lo veía a menudo observando a *Melchor* entre los demás sabuesos cuando Vendabal los adiestraba para la guerra.

También Pepillo había empezado a entrenarse para la guerra. Casi todos los días Malinali iba a verlo practicar con el bueno del capitán Escalante. Era cada vez más diestro con la espada. Había aprendido a aceptar la derrota estoicamente y a portar armas, y crecía y se fortalecía a ojos vistas con el paso de

las semanas. A Malinali le parecía que el chico se estaba haciendo rápidamente un hombre.

Aquello no era mala cosa, seguramente, porque Malinali sabía que Cortés no tardaría en atacar a Moctezuma y, cuando lo hiciera, todos se pondrían a prueba. No habría tiempo para sentimentalismos, ni para los pusilánimes y los débiles, y tampoco para el amor.

Tan probable era que el resultado de aquella aventura fuera el fracaso como la victoria, y si los españoles fracasaban, solo podían esperar la muerte.

Con aquel pensamiento, suspirando entrecortadamente, Malinali se durmió.

Desde el 12 de junio la construcción de Villa Rica de la Veracruz avanzaba a un ritmo vertiginoso. Ya estaban terminados muchos edificios de madera y la ciudad estaba protegida por una alta empalizada, con puestos de vigilancia a intervalos en todo el perímetro y una sola entrada amplia.

Cuando Pepillo salía por las puertas abiertas, poco después del amanecer del lunes 5 de julio, hacia el descampado que había más allá de un grupo de árboles donde iba a encontrarse con Escalante para su entrenamiento matutino, se topó con su antiguo torturador, Andrés Santisteban, flanqueado como de costumbre por Miguel Hemes y Francisco Julián, sujetando de la correa una docena de perros. Uno de los animales era *Melchor*. Aunque durante las últimas semanas a veces parecía no reconocerlo, en aquel momento se apartó de un salto del resto, moviendo la cola y ladrando de alegría. Arrancó la cadena de la mano regordeta de Julián, adelantó a la carrera a Hemes y saltó hacia Pepillo. Le puso las grandes patas peludas en los hombros al muchacho y le lamió la cara con entusiasmo. Aquella muestra de afecto enfureció a Santisteban, que avanzó, sacó un látigo del cinturón, lo desenrolló de un golpe seco y lo descargó una, dos y tres veces en rápida sucesión.

Con el primer latigazo, la punta de cuero le hizo un verdugón en la mejilla a Pepillo. El segundo y el tercero hirieron el lomo de *Melchor,* que se echó al suelo aullando. No hubo un cuarto golpe porque Pepillo estalló, furioso, se abalanzó hacia Santisteban y le asestó un puñetazo en un ojo que lo hizo

tambalearse.

Pepillo había cambiado desde mayo, la última vez que los ayudantes de Vendabal se habían metido con él. No solo comía más y estaba más alto y más fuerte ahora que se acercaba su décimo quinto cumpleaños, sino que la práctica regular del manejo de la espada con Escalante lo había hecho mejorar en equilibrio y reflejos. También se había acostumbrado a combatir y se ejercitaba de un modo obsesivo, tantas horas como podía. Tenía músculos en las piernas, el abdomen, los brazos y los hombros que antes simplemente no tenía. La construcción de Villa Rica le había brindado numerosas ocasiones para ofrecerse voluntario para trabajos manuales cuando no estaba obligado a hacer de secretario para Cortés. Por último, pero no por ello menos importante, también por consejo de Escalante, corría todas las noches nueve o diez kilómetros, con lo que había mejorado en resistencia.

Todo aquel trabajo, todo aquel esfuerzo, todo aquel entrenamiento, todo el ímpetu y toda la ira contenida por la persecución a la que lo habían sometido puso Pepillo en su ataque contra Santisteban, lo que pilló al otro, mayor que él, por sorpresa. No se detuvo después del primer puñetazo. Algo en lo que Escalante le insistía a Pepillo era en la necesidad de aprovechar cualquier ventaja en combate, sin piedad, así que no dudó en echarse sobre Santisteban cuando este se tambaleó hacia atrás, para propinarle un puñetazo en el vientre y un puntapié en el tobillo. Le puso la zancadilla y lo derribó. Habría ganado la pelea con unas cuantas patadas bien colocadas. «En combate no hay ningún truco sucio —lo machacaba Escalante —, todo vale.» Sin embargo, Hemes y Julián acudieron en ayuda de su amigo, agarraron por los brazos a Pepillo y lo retuvieron el tiempo suficiente para que Santisteban se levantara del suelo, sacudiendo la cabeza como un toro furioso.

—¡Ahora verás, pedazo de mierda! —gritó. Avanzó a trompicones y le dio un cabezazo a Pepillo, que seguía tratando de librarse de los otros dos.

—Vaya, vaya. ¿Qué pasa aquí? —oyeron a Escalante cuando Santisteban se disponía a descargar un derechazo letal —. Tres contra uno. No me parece demasiado equitativo.

Soltaron de golpe a Pepillo. Santisteban, de pie delante de él, jadeaba y temblaba de rabia, con un ojo hinchado y morado. Tenía su cara picada de viruela crispada por el odio. Hemes y

Julián habían retrocedido de un salto, como si hubieran estado demasiado cerca de una hoguera. *Melchor* daba vueltas alrededor de Pepillo, gruñendo. Los otros perros, a los que habían dejado sueltos, se habían dispersado por la ciudad. Los centinelas de los dos puestos de vigilancia, situados a ambos lados de la entrada, observaban divertidos y, al parecer, hacían apuestas.

—¿Qué tengo que hacer respecto a esto? —dijo Escalante. Llevaba las dos espadas que él y Pepillo usaban para entrenar—. Uno: un perro, que antes era una mascota, con el lomo ensangrentado, aparentemente a consecuencia de unos azotes. Dos: el secretario del Caudillo con la cara ensangrentada... —Se acercó a examinar la herida de la mejilla de Pepillo—. También aparentemente por un latigazo. Tres: un aprendiz de adiestrador de perros que no tardará en tener un ojo negro derribado, golpeado en una pelea justa, según he visto yo, pero socorrido por los señores Hemes y Julián, a los que ha utilizado para tener ventaja, de un modo muy poco caballeroso, y darle un cabezazo al antes mencionado secretario del Caudillo. —Escalante hizo una pausa, frotándose la barbilla—. Bueno, muchachos —dijo por fin, mirando furibundo a los tres adiestradores—, ¿qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

—Ha empezado él. —Hemes se sorbió los mocos, señalando a Pepillo.

—Ha intentado quitarnos su perro —dijo Santisteban—. He tenido que impedírselo. Soy responsable de los perros...

—Bueno, debo decir que no estás haciendo un trabajo muy bueno —comentó Escalante—, porque hace un momento aquí había doce perros y ahora no hay más que uno. Los otros estarán causando estragos en la ciudad, me atrevería a suponer.

Mientras lo decía, como para confirmarlo, oyeron ladridos y gruñidos a lo lejos, un chillido, gritos de furia. Hemes, Julián y Santisteban se miraron nerviosos.

—Esto no acabará así —dijo Santisteban. Hizo una señal a los otros y volvieron hacia las puertas, tirando de la correa de *Melchor*—. Te pillaremos cuando no haya un noble capitán para protegerte —le espetó a Pepillo con una mirada asesina. Luego se dirigió con untuosidad a Escalante—: Con perdón, señor, sin ánimo de ofender a vuestra excelencia, por supuesto, pero somos nosotros los que debemos ajustar cuentas.

—Una escoria como tú no me ofende —repuso Escalante

—, pero sé un poco de ajustar cuentas y no toleraré emboscadas ni pandillas de matones, y tampoco que nadie le haga daño a ese perro. El único modo justo de arreglar esto es que tú y Pepillo os enfrentéis en combate singular en el momento y el lugar convenidos. ¿Tienes agallas para eso, Santisteban?

—Claro que sí —dijo el adiestrador de perros—. Decidme la hora y el lugar y allí estaré.

—Al amanecer, dentro de una semana, allí. —Indicó el lugar—. Al otro lado de esos árboles. ¿Estás de acuerdo, Pepillo?

—Sí, don Juan, lo estoy.

—¿Y tú, Santisteban? ¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ah, otra cosa —dijo Escalante, como si acabara de ocurrírsele—. Propongo que el combate sea con bastones. Es más elegante, más parecido al combate real que una pelea a puñetazos. ¿Alguna objeción, Santisteban?

El adiestrador frunció el ceño, miró a sus compañeros y luego a Escalante.

—¿Y bien? —insistió el capitán—. Estoy esperando.

—Que sea con bastones —convino por fin Santisteban.

Pepillo vio que la idea no le gustaba.

—¿Y tú, Pepillo? ¿No te opones a los bastones?

—No.

Escalante pareció complacido.

—Entonces arreglado —dijo—. Con bastones, al amanecer, en ese lugar, dentro de una semana.

Los adiestradores de perros les dieron la espalda y se apresuraron a volver a la ciudad, donde seguían oyéndose gruñidos y ladridos.

—¿Estás bien? —le preguntó Escalante a Pepillo—. La herida del látigo es superficial, ya casi no sangra, pero ¿qué me dices del golpe en la cabeza? ¿Te ha dejado aturdido?

—Estoy bien, don Juan.

—Estupendo. En tal caso, vamos, seguiremos entrenando. Hoy has tenido suerte y has sido rápido, pero Santisteban es más grande y más fuerte que tú y hemos de trabajar duro si quieres estar preparado para enfrentarte con él. Tu gran ventaja es que los principios del combate con espada y con bastón son prácticamente los mismos. Tú ya dominas bastante bien esos principios y, a menos que esté muy equivocado, Santisteban no.

La clase de aquel día se centró en lo que Escalante llamaba

«unión de espadas», cuando las dos espadas se mantenían cierto tiempo en contacto durante un combate. Después de varios ataques y defensas, Pepillo empezó a comprender que podía «sentir» la intención de su oponente por la presión de su espada y reaccionar en consecuencia. Si el contrario empujaba con fuerza, entonces tenía que aflojar y apartar la espada, aprovechando la ocasión para salir del aprieto y atacar. Pero si la presión era débil, había que ejercer fuerza para manipular la hoja del oponente hasta colocarla en una posición en que fuera posible asestar una estocada o cortar con la suya.

—Cuando hayas roto el contacto —añadió Escalante—, no temas luchar. Cuanto más cerca estés de tu enemigo, más le costará cortarte. Y tú podrás derribarlo. Mira, deja que te lo enseñe.

De repente, Pepillo se encontró tumbado boca arriba con la punta de la espada de Escalante en el cuello.

—Te toca. —El capitán sonreía de oreja a oreja—. Levántate. Espadas juntas... Eso es. Un paso... ¡Lucha! Ahora intenta derribarme... ¿Sabes?, esto se te da cada vez mejor.

Repitieron otras seis veces el ejercicio, hasta que a Pepillo le dolieron los brazos.

—Usa los codos, las rodillas, el pomo de la espada, lo que tengas a mano para atacar —le dijo Escalante—. Cualquier cosa que te dé ventaja. Nunca dudes, mantén la presión sobre tu oponente como sea...

De pronto interrumpió la pelea y miró hacia el mar. Allí, entrando en la bahía a toda vela, tan inesperadamente como si la mismísima Afrodita hubiera escogido aquel momento para emerger de la espuma, había una bella carabela española.

Cortés estaba en la orilla y saludando con los brazos cuando la proa del esquife de la *Gran Princesa de los Cielos* tocó la arena y su viejo amigo Francisco de Saucedo saltó a tierra.

—¡Francisco! —exclamó, envolviendo al pequeño, nervudo y barbudo capitán en un cálido abrazo—. ¡Por Dios! ¡Cuánto me alegro de veros! ¿Cómo nos habéis encontrado?

—¡Hernán! ¡Qué alegría! Sabíamos que andabais por algún punto de esta costa, así que hemos navegado pegados a ella. Y de repente, ¡aquí estabais!

Saucedo, de cuarenta y pocos años, con el pelo corto y más gris que la última vez que Cortés lo había visto, en febrero, alzó la mirada hacia el promontorio donde se veían los tejados y la empalizada de Villa Rica.

—Por lo que parece, estáis echando raíces aquí.

—¡Así es! Ahora somos una colonia. Eso que veis son las torres y las agujas de la noble ciudad de Villa Rica de la Veracruz.

—Bonito nombre y bonito plan, pero os traigo noticias, Hernán... Urgentes e importantes noticias. ¿Podemos sacar los pies del agua e ir a un lugar seco?

Mientras subían la empinada cuesta del promontorio, en compañía de otros capitanes y amigos, Saucedo dijo en broma:

—¡Podríais haberme esperado!

Todo el mundo sabía a qué se refería. Estaban reparando la *Gran Princesa de los Cielos* en los astilleros de Santiago cuando Cortés zarpó precipitadamente con el resto de la flota el 18 de febrero, tras enterarse de que Diego de Velázquez, el gobernador de Cuba, planeaba relevarlo del mando. No hubo tiempo para informar a Saucedo y, además, su carabela no estaba en condiciones de navegar. Terminadas las reparaciones, explicó Saucedo, había reclutado sesenta soldados, «tipos curtidos, listos para la aventura», comprado cuatro caballos de caballería pesada, «dos de ellos yeguas, ambas buenas para la cría», y partido de Santiago hacía unos días con el conocimiento del gobernador.

—Ese Velázquez de la gran puta —masculló Salcedo mientras él y Cortés cruzaban rodeados por una multitud de simpatizantes las puertas de Villa Rica—. Quiere vuestra sangre, ya lo sabéis.

—Me importa un bledo lo que quiera ese vejestorio —replicó Cortés—. Como capitán general y justicia mayor de Villa Rica de la Veracruz, solo respondo ante mis compañeros colonos. Todo según la ley, todo legal.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Saucedo, bajando la voz mientras se acercaban al espléndido pabellón del centro de la ciudad—. En realidad, las noticias urgentes que os traigo son referentes a vuestra situación legal... —Echó un vistazo a la gente que los seguía y bajó la voz todavía más—: ¿Podríamos hablar de esto en privado?

Su instinto para sacar ventaja impulsó a Cortés a agarrar

del brazo a Saucedo y alejarlo del pabellón hacia el cercano espacio para asambleas públicas.

—Lo que tenga que oír yo, deben oírlo todos —dijo con teatralidad. Buscó a su secretario y lo vio entre la gente—. Pepillo, llama al resto, a todos los que no estén de guardia. Tenemos noticias de Cuba.

Mientras los colonos se congregaban, algunos ocupando los bancos que servían para oír misa los domingos, cuando aquel espacio se usaba como iglesia, y otros en corrillos, especulando acerca de lo que estaban a punto de decirles, Cortés se llevó aparte a Pedro de Alvarado.

—Si esto acaba en un enfrentamiento con los velazquistas sobre el futuro de la colonia —le susurró al oído—, como sospecho que ocurrirá, guardaos vuestra opinión.

Alvarado estaba desconcertado.

—No estoy seguro de haberos entendido, Hernán.

—Doy por hecho que Escudero y su banda os siguen cortejando.

Alvarado bostezó, enseñando una dentadura blanca y perfecta.

—No hay día que no lo hagan.

—¿Aún los dirigís?

—Lo mejor que puedo, pero se están cansando de tantos prolegómenos. Si no les entrego mi virginidad pronto, me echarán de la cama.

—¡No digáis nada en esta reunión para precipitar ese desenlace! Dejad más bien que os crean listo para consumar el enlace.

Dicho esto, Cortés le dio una palmada en el hombro y se reunió con Saucedo.

—¿Podemos empezar? —le dijo.

—Si lo deseáis, Hernán, pero habría preferido reunirme antes en privado con vos.

—Ya es demasiado tarde para eso, amigo mío. —Cortés se aclaró la garganta y se dirigió a los reunidos—. Señores, os dejo con Francisco de Saucedo, que no necesita presentación. Acaba de llegar de Cuba y me ha dicho que nos trae noticias urgentes.

Saucedo era un hombre de pocas palabras y, con su estilo característico, fue directo al grano. Cuando la expedición había zarpado de Cuba contra los deseos del gobernador, el 18 de febrero, Velázquez había actuado rápidamente para proteger sus

propios intereses mandando un navío veloz a España solo dos días después. El navío llevaba una embajada a la corte del rey Carlos con una petición de Velázquez. Quería que se le concediera la licencia exclusiva para colonizar las nuevas tierras y que los beneficios fueran para él y sus herederos. Rodríguez de Fonseca, el poderoso e influyente obispo de Badajoz, pariente del gobernador y su compinche más fiel en España, se había asegurado de que la petición fuera entregada personalmente al rey, y este había aceptado sin reparos todo cuanto se le pedía.

Sorprendente y excepcionalmente, incluso había aceptado que si se encontraba oro, solo habría que entregar a la corona una décima parte de su valor, en lugar de la quinta habitual; el resto se lo quedaría Velázquez. En el mismo navío rápido llegó a Cuba la licencia firmada y sellada, que le fue entregada al triunfal gobernador.

Cortés esperaba una maniobra parecida. A pesar de sus bravatas, sabía que su cobertura legal como capitán general y justicia mayor de Villa Rica de la Veracruz no bastaría para protegerlo de un enemigo tan vengativo como Velázquez. De hecho, precisamente por eso, aparte de establecer Villa Rica como autoridad independiente, había desarrollado un plan (del que solo había hablado con Alvarado y Puertocarrero, que sería su mensajero) para mandarle al rey todo el tesoro reunido hasta el momento por la expedición para así comprar su apoyo. Lo que no había previsto, sin embargo, era que Velázquez se moviera tan rápido para tirar de la alfombra bajo sus pies y le pidiera al rey los poderes que le permitirían reclamar el control de cualquier colonia que Cortés fundara.

Había sido una magistral jugada estratégica. Cortés no había creído tan astuto al gobernador. Así que ya no le quedaba más remedio que seguir adelante con su plan.

«Bien puedo hacer de la necesidad virtud», pensó. Pero elegiría su momento, porque los otros ya estaban de pie manifestando su furia. Durante la siguiente media hora, los colonos llegaron a un consenso. Velázquez se las había ingeniado de algún modo para engañar al rey y lograr que emitiera la nueva licencia, que amenazaba directamente intereses de Cortés, de hecho su existencia como colonia, puesto que el gobernador la usaría para argumentar que Villa Rica de la Veracruz debía someterse a su autoridad y que todos los beneficios irían directos a su bolsillo.

—Todo el trabajo de estos meses habrá sido para nada —opinó uno de los colonos.

—Los riesgos que hemos corrido, los peligros a los que nos hemos enfrentado, todo para nada —se quejó otro.

—No podemos permitirlo, Hernán —dijo Juan de Escalante—. Todos tenemos demasiado en juego aquí, en Villa Rica. Hay que hacer algo.

Viendo por dónde iban los tiros, Montejo y Puertocarrero se hicieron oír. Los dos estaban comprados, y Puertocarrero, además, comprometido por su cobardía, por la que Cortés no había permitido que tuviera que rendir cuentas. Tal como esperaba, interpretaron correctamente sus deseos.

—Caudillo —dijo Puertocarrero—, los que os hemos nombrado nuestro líder os pedimos que encontréis una solución.

—Hay que parar a Velázquez —aseguró Montejo, echando un vistazo nervioso a sus antiguos compinches velazquistas, que se habían arracimado alrededor de Escudero y del primo del gobernador, Velázquez de León—. ¡Actuar! ¡Esto requiere actuar!

—No es necesario hacer nada —repuso Escudero—. Todos servimos al rey, el gobernador Velázquez es su representante aquí, y ahora tiene la autorización real para administrar esta y las demás colonias. Lo único que hace falta para poner las cosas en orden es mandar una nave a Cuba de inmediato, que yo mismo capitaneará, y poner formalmente Villa Rica bajo la autoridad del gobernador.

—Eso, eso —convino Velázquez de León.

—Estoy con vos —dijo Diego de Ordaz, aquel cerdo traidor que había cogido el oro de Cortés a cambio de no dar problemas tras haber participado en la última rebelión, y que ahora se mostraba claramente dispuesto a volver a las andadas.

Del mismo modo, Alonso de Grado, otrora «amigo» de Cortés, que había revelado por primera vez sus vínculos con los velazquistas hacía unas semanas, volvió a enseñar sus verdaderos colores poniéndose de parte de Escudero:

—Puesto que el rey ha dictaminado en favor de Diego de Velázquez, como nos ha dicho don Francisco Saucedo, ¿quiénes somos nosotros para oponernos? Nadie quiere cometer traición. Lo siento, Hernán, pero voto que nos pongamos a las órdenes del gobernador lo antes posible.

Algunos partidarios de Velázquez salían de debajo de las

piedras, mientras que muchos otros, sospechaba Cortés, estaban esperando para declararse abiertamente a favor de un bando u otro. Sin embargo, la mayoría de los colonos estaban indignados, horrorizados con la idea de renunciar a su punto de apoyo duramente conseguido en las nuevas tierras. Parecía que los reunidos no tardarían en llegar a las manos.

Cortés pidió silencio.

—Señores, señores —dijo—. Orden. No somos salvajes. Como justicia mayor, mi primera responsabilidad es preservar y salvaguardar el futuro de Villa Rica de la Veracruz y fomentar la esperanza de éxito y prosperidad, incluso la riqueza, de todos los aquí reunidos. El meollo del asunto, como don Francisco ha dejado muy claro, es que su majestad el rey ha sido engañado y mal aconsejado por Diego de Velázquez, esa rata venal e interesada...

Al oír aquello, Escudero y sus seguidores protestaron iracundos, pero Cortés los apaciguó con un gesto.

—¡Señores, silencio, por favor! Habéis dado vuestra opinión, permitidme ahora dar la mía, porque, a menos que la memoria me falle, sigo siendo vuestro jefe electo...

Gritos de «sí, don Hernán, hablad, estamos con vos» y frases de ánimo surgieron de la masa de colonos. Velázquez de León y un soldado corpulento y duro llamado Guillén de Laso, que acusó al primo del gobernador de sodomía, se enzarzaron en una encendida disputa. Reprimiendo la risa, Cortés volvió a pedir orden y silencio.

—Como iba diciendo —prosiguió—, Diego de Velázquez, ese vil pederasta zoófilo, ha aconsejado mal al rey para conseguir en exclusiva una licencia, inmerecida y espuria, para colonizar estas tierras. Considero que es nuestra responsabilidad, ¡qué digo!, nuestro deber presentar a su majestad los hechos. Estoy convencido de que, en cuanto lo hagamos, la licencia del gobernador de Cuba será revocada y restaurado nuestro derecho a ocuparnos de nuestros propios asuntos y de servir al rey en estas tierras.

Más aplausos y gritos de sus partidarios y más abucheos y silbidos de los velazquistas.

«Ahora viene el mal trago», pensó Cortés.

—Señores —prosiguió—, tengo un plan. ¿Estáis dispuestos a oírlo?

Por el estruendoso golpeteo de pies contra el suelo, que

ahogaron las protestas de los velazquistas, estaba claro que la mayoría de los colonos estaban dispuestos a oírlo. Cortés esperó a que se hiciera de nuevo el silencio y luego, en tono mesurado, se refirió a la idea que ya había compartido semanas antes con Alvarado y Puertocarrero. Lo que hacía falta, dijo, lo que hacía falta por encima de todo y con más urgencia ahora que se habían enterado de las noticias que traía Saucedo, era que los colonos de Villa Rica, liderados por Cortés, encontraran el modo de conseguir la aprobación real para su empresa.

—Solo si conseguimos eso la amenaza de Velázquez desaparecerá para siempre —les dijo.

¿La mejor manera de lograr ese objetivo? Cortés miró en derredor, a la multitud que llenaba la sala, antes de responder a su propia pregunta. Puesto que el oro era la vía más rápida al corazón de un hombre y que don Carlos no dejaba de ser un hombre por más rey que fuese, y puesto que su corte, como todas las grandes cortes de Europa, siempre necesitaba fondos, ¿no era la solución más sabia dorarle la píldora con oro? De hecho, sugirió, haciendo uso de toda su elocuencia y capacidad de persuasión, los colonos de Villa Rica debían mandarle al rey todo el oro, todo el tesoro, en fin, cualquier cosa de valor que hubieran conseguido por medio de trueques u obtenido como regalo de los mayas, los totonacas y los mexicas desde su llegada al Nuevo Mundo en febrero, incluidas las dos ruedas espectaculares, una de oro puro y la otra de plata, que les había entregado Moctezuma, presentes tan costosos y valiosos que seguramente se ganarían al rey para su causa, para la causa de los colonos.

La reacción inicial de incluso sus más leales y entusiastas partidarios fue un silencio de estupefacción. Los velazquistas, por su parte, empezaron a gritar indignados. Y una vez más, cuando el barullo cesó, Cortés empezó a manipular a todo el mundo y, pasada una hora, estuvo claro que muchos estaban de acuerdo con sus planteamientos. Utilizó en público el mismo argumento que había usado en privado para persuadir a Alvarado a mediados de mayo, a saber, que un sacrificio relativamente pequeño ahora, el del tesoro que habían reunido en solo cuatro meses en la periferia del Imperio mexica, les aseguraría el tesoro inconmensurable que los aguardaba en el corazón del imperio, en la legendaria ciudad de Tenochtitlán. Desde luego, lo que ya habían conseguido bastaba para que

todos fueran modestamente ricos, pero si no perdían los nervios y seguían su consejo, les prometió, o mejor dicho, juró sobre la Santa Cruz y en nombre de su patrón, san Pedro, que los haría ricos como reyes. En un año, dos a lo sumo, todos ellos, del señor más grande al soldado más humilde, podrían aspirar a convertirse en verdaderos reyes por derecho propio, porque aquellas tierras eran vastas y su potencial ilimitado. Sería una estupidez, una tremenda estupidez que ni sus hijos ni sus nietos les perdonarían jamás, renunciar a la mejor oportunidad de su vida en favor de un hombre como Velázquez, por falta de valor y por no hacer un pequeño dispendio.

—¿Queréis que le entreguemos al rey todo nuestro tesoro? —bramó, incrédulo, Escudero—. ¿Absolutamente todo? ¿Y llamáis a eso un «pequeño dispendio»? ¡Maldita sea, Cortés, estáis más loco de lo que creía!

—Bueno, veamos quién está loco y quién no —repuso Cortés—. Se han expresado opiniones con acaloramiento, abiertamente, y está claro que hay al menos dos puntos de vista muy diferentes sobre lo que debemos hacer. Propongo que nos tomemos unos días para deliberar en común sobre estas cuestiones tan importantes antes de tomar una decisión. Cada bando puede defender su causa y tratar de conseguir apoyos. Después votaremos para aclarar las cosas, digamos que..., ¿en esta sala exactamente dentro de una semana, a mediodía?

Era una propuesta razonable y ni siquiera los más firmes velazquistas encontraron una buena razón para oponerse.

—Dentro de una semana, pues —dijo Cortés, dando por terminada la reunión. Miró a Escudero—: Que gane el mejor.

—Es un maldito insulto —dijo Escudero.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Alvarado.

Los dos capitanes, que habían abandonado la playa en una falúa a medianoche, estaban solos, sentados a la mesa del camarote de la carraca de Alvarado, la *San Sebastián*.

Era viernes 9 de julio y, después de cuatro días de incansable cabildeo, todos tenían claro que Cortés iba a ganar la votación por amplia mayoría, tan amplia, de hecho, que se había tomado la libertad de hacer circular la carta que ahora Escudero estaba agitando. Con las firmas de más de trescientos

cincuenta colonos, a las que seguramente seguirían muchas más, la carta repetía la propuesta de entregar todo el tesoro al rey, pero hábilmente alejaba el origen de la idea de Cortés y la ponía sobre los hombros de los propios colonos. De ese modo, el Caudillo se aseguraba, como notó Alvarado con admiración por la astucia de su amigo, de que nadie que la firmara pudiera luego decir que había sido coaccionado.

«Señores —decía la carta—, ya sabéis que deseamos enviar a su majestad como presente el oro aquí obtenido. Puesto que es el primero que enviamos desde estas tierras, tiene que ser mucho más que el habitual quinto del rey. Nos parece que todos los que le servimos deberíamos poner nuestra parte. Nos, señores y soldados, hemos firmado con nuestro nombre aquí porque no deseamos tomar nada sino entregar voluntariamente nuestra parte a su majestad, con la esperanza de que nos otorgue favores. Quien desee quedarse con su parte puede hacerlo, pero que todos los que renuncien a la suya hagan como hemos hecho y firmen.»

—Nos ha puesto en un brete, el muy diablo —prosiguió Escudero—. Si firmamos, seremos desleales con don Diego de Velázquez. Si nos negamos a firmar, seremos desleales con el rey...

—Hagamos lo que hagamos, salimos perdiendo —dijo Alvarado.

—Exactamente. Por eso algunos de nosotros hemos decidido tomar medidas —repuso Escudero—. El gobernador Velázquez es la autoridad legítima aquí, por mandato y licencia del rey, y es el gobernador, no ese loco de Cortés, quien debe decidir cómo repartir el tesoro que hemos reunido. Os digo, Pedro, que Cortés los está enredando a todos. Su plan de mandarle el tesoro al rey es una treta. Tengo información fidedigna acerca de ello...

«¡Válgame Dios! —pensó Alvarado—. ¿Información fidedigna por boca de este calzonazos? Lo dudo mucho.» Sin embargo, puso cara de profundo interés.

—En primer lugar —continuó Escudero—, ¿os habéis fijado en las prisas por reparar la *Santa Luisa*?

La *Santa Luisa* era la carraca de Puertocarrero, y Alvarado no solo se había fijado, sino que sabía exactamente por qué la estaban reparando. Como prácticamente todas las naves de la flota, incluida su propia *San Sebastián*, la *Santa Luisa* había

recibido una paliza y sufrido mucho a causa de la putrefacción y los daños de las tormentas en los últimos meses. Tenía un centenar de fugas, la sentina inundada de agua pestilente hasta el muslo (las bombas trabajaban siempre, incluso ahora, en el puerto protegido de Villa Rica) y el fondo del casco infestado de algas y percebes. No había posibilidad de ponerla en dique seco, la solución ideal, pero los carpinteros tendrían que sellar las fugas y habría que limpiarle la quilla todo lo posible antes de emprender el viaje por el Atlántico hacia España.

—Me he fijado —respondió—. Supongo que es una necesidad más urgente reparar esa nave antes que las otras. Mi *San Sebastián* también necesita trabajos de reparación —añadió inocentemente, señalando con un gesto la puerta cerrada del camarote y el puerto que había al otro lado.

—¡Bah! Solo hay una razón para tanta prisa. Cortés ha escogido a su perro faldero Puertocarrero para llevarse el tesoro y, os lo aseguro, amigo mío, no se lo llevará al rey sino al padre de Cortés, Martín, que se lo custodiará. Nuestro gran líder, que en realidad no es más que un vulgar ladrón, planea repartirse con Puertocarrero todo lo que hemos conseguido.

—¡El muy cerdo! —masculló Alvarado, frunciendo el ceño —. ¿Qué parte se lleva Puertocarrero por su traición?

—El treinta por ciento, me han dicho, un tercio del cual será para comprar el silencio de su tripulación. Cuando hayan entregado el tesoro harán que la *Santa María* se vaya a pique, los hombres se pondrán a salvo en falúas y la historia será que nuestro llamado «regalo» para el rey se perdió en el mar.

—¡Maldita sea! —Alvarado empezaba a enfadarse bastante. Escudero hablaba con tanta convicción y la historia era, en muchos sentidos, tan convincente, que casi lo creyó. Cortés bien podía haber maquinado aquello, porque era capaz de cualquier cosa—. ¿Qué proponéis, pues? —le preguntó a Escudero—. Decís que habéis decidido tomar medidas.

—Así es, pero antes os diré más. ¿Estáis con nosotros o no?

—¡Lo estoy! —repuso Alvarado con convicción—. Estoy harto de Hernán y sus tretas. Me hizo devolver el oro que les había quitado a los salvajes en Cozumel y tuve que tragarme el insulto. Nos prometió oro después de Potonchán y no lo encontramos. Ahora que por fin les hemos sacado el rescate de un rey a los mexicas, que me condenen si dejo que Cortés se lo

quede.

—¿Puedo confiar en vos? —preguntó Escudero—. Algunos de los míos creen que seguís siendo amigo de Cortés...

—Los amigos van y vienen —repuso Alvarado suavemente, recordando que en febrero le había dicho lo mismo a Diego de Velázquez en respuesta a la misma pregunta—, pero el oro es un compañero fiel. Si no os fiais de mí, confiad en el oro.

—¿Cuánto hace falta para comprar vuestra lealtad? —le preguntó Escudero, concentrado en los negocios.

—¿Qué? El treinta por ciento, por supuesto.

—¿El treinta por ciento de qué?

—Adivino que vuestro objetivo es arrebatarle el tesoro a Cortés. Quiero el treinta por ciento del total si me uno a vos.

—¿El treinta por ciento del total? —A Escudero le salió humo por las orejas—. ¡Eso es ridículo!

—Si Cortés se lo paga a Puertocarrero, no veo por qué debería yo conformarme con menos de vos, don Juan.

—Pero Velázquez deberá tener su parte y los de la rebelión son muchos. Solo puedo ofreceros el diez por ciento.

—El diez por ciento no me vale, Juan. El veinte al menos, o lo siguiente que haré será contárselo a Cortés.

Después de mucho regatear acordaron un quince por ciento, una tajada más grande que la del rey desde la nueva licencia concedida a Velázquez.

¿Por qué estaba Escudero dispuesto a ir tan lejos?, se preguntó Alvarado. Para asegurarse, los velazquistas le habían contado mucho durante los últimos meses, habían compartido demasiados secretos con él, eran vulnerables a que los descubriera. Ahora que estaban a punto de actuar, por tanto, comprendía por qué no querían dejarlo escapar. El asesinato debía de haber sido una de las opciones barajadas, pero él era Pedro de Alvarado, un hombre muy difícil de matar, así que a lo mejor habían decidido no arriesgarse a cometer un acto que fácilmente podía haberse vuelto contra ellos. A pesar de todo, algo no le encajaba, algún otro motivo acechaba en las alcantarillas de la trama y seguramente emergería pronto.

—Muy bien, pues —dijo Alvarado—. Ahora soy uno de los vuestros. Decidme lo que hay que hacer.

—Partiremos esta noche hacia Cuba —anunció Escudero —. Si el viento y las corrientes nos son favorables, llegaremos a

Santiago dentro de cinco días. Tres días más para que don Diego de Velázquez movilice sus fuerzas y embarque, luego otros cinco para volver, digamos que seis. Podemos estar de vuelta dentro de dos semanas. Tardarán por lo menos eso en reparar la *Santa Luisa*, así que podremos tomar el mando y coger el tesoro antes de que lo manden a España. Vuestra presencia entre nosotros, así como vuestra reputación de hombre respetado y antiguo aliado de Cortés, contribuirá a persuadir a los leales de Villa Rica de que su amado Caudillo estaba en un error y, con suerte, podremos arreglarlo todo sin luchar...

A Alvarado se le escapó la risa; aunque se consiguiera el tiempo previsto de navegación y para que el gobernador reuniera las tropas, lo que a su entender era altamente improbable, la sola idea era tan absurda que habría resultado sospechoso que se aviniera a ella.

—¡Sin luchar! —exclamó—. ¿Estáis bromeando? Será la lucha de nuestra vida. Cortés no se quedará de brazos cruzados, y cuenta con el aprecio de muchos. Podéis estar seguro de que opondrá resistencia. Vais a necesitar muchos hombres si queréis tener alguna posibilidad de derrotarlo.

—Ya hemos pensado en eso —repuso Escudero con una sonrisa ladina—. Por eso he aceptado vuestra exigencia abusiva del quince por ciento. Vuestra participación es importante, desde luego; enviará la señal adecuada a los demás. Sin embargo, esperamos de vos bastante más que eso, querido Pedro...

—¿Más? ¿En qué habéis pensado?

—Necesitamos que matéis a Cortés esta noche, antes de zarpar. Sois el único de nosotros capaz de acercarse a él lo suficiente para hacerlo. Sigue teniendo aliados, por supuesto, que intentarán reunir a los hombres, pero en ausencia de su amado Caudillo no tendrán el valor de desafiar a Velázquez, y cuando volvamos de Cuba nos será fácil negociar su rendición.

Alvarado meditó acerca de aquello.

—Para matar a Cortés —dijo por fin—, el quince por ciento no es suficiente. Si queréis que lo haga, quiero el cincuenta.

Al final acordaron que sería el veinticinco.

Cuando volvieron a la orilla, cerca de las cuatro de la madrugada, Alvarado conocía a fondo los planes de Escudero y quiénes eran exactamente sus cómplices: todos los sospechosos habituales, por supuesto, y algunos menos obvios. De haber tenido realmente intención de asesinar a Cortés, el complot quizás hubiera tenido éxito, ¡y por el cincuenta por ciento se lo habría planteado! Pero uno de los muchos defectos de Escudero era su falta de imaginación, unida a una arraigada tacañería, de ahí su negativa a subir del veinticinco por ciento.

Con esa negativa había firmado su sentencia de muerte.

En cuanto anocheciera, los velazquistas empezarían a subir las últimas reservas de aceite, agua, mandioca y pescado a la carabela *Potencia*, que, con la complicidad del piloto y su tripulación, iban a robar. A la tripulación Escudero la había sobornado por una suma ridícula, pero el piloto, Diego Cermeño, había exigido una cantidad mucho mayor, dado que sus habilidades serían vitales para llevar la nave sana y salva de vuelta a Cuba. Alrededor de las diez de la noche, una hora antes de que la *Potencia* zarpara con la bajamar, Alvarado tenía que apuñalar mortalmente a Cortés en su pabellón, ¡como si eso fuera cosa fácil!, y luego ir hasta la orilla donde una falúa lo estaría esperando para llevarlo con los otros conspiradores.

¡Menudo plan! En lugar de eso, tras dejar a Escudero, Alvarado fue directamente a contárselo todo a Cortés.

—¡Excelente, Pedro! —lo alabó este una vez que lo hubo hecho—. Sabía que podía contar con vos. ¡Ahora podremos pillarlos a todos y deshacernos de ellos para siempre!

—Os sorprendería saber a cuántos han conseguido reclutar. A más de cincuenta.

Cortés silbó.

—¡Cincuenta! Sí que me sorprende. Creía que los hombres me apreciaban. —Parecía verdaderamente dolido, pero se le iluminó la cara de repente—. Al menos a partir de ahora sabré quiénes son realmente mis enemigos, y tomaré precauciones contra ellos.

—¿No vais a ejecutarlos a todos?

—¡Claro que no! Necesitamos hasta el último hombre que podamos reunir para derrotar a Moctezuma.

Cortés comandó personalmente la fuerza de arresto. La encabezaba el pelotón de veinticinco asesinos entrenados de García Bravo, que llevaba años haciéndole el trabajo sucio, con el apoyo de otros ochenta de los mejores y más leales soldados de Villa Rica. Entre los capitanes y oficiales estaban Juan de Escalante, Alonso Dávila, Gonzalo de Sandoval y Bernal Díaz.

Que la noche fuera inusualmente oscura y nublada facilitó las cosas. La tripulación de la falúa que esperaba para recoger a Alvarado después de que este matara a Cortés fue reducida con rapidez. Echaron al agua otras cuatro falúas que había en la playa y, en cuestión de minutos, abordaron la *Potencia* y arrestaron a los velazquistas sin disparar un solo tiro. Solo Escudero opuso cierta resistencia, pero Alvarado lo tuvo a merced de su espada en un santiamén.

—Tendríais que haberme ofrecido el cincuenta por ciento —le susurró al oído mientras los soldados lo maniataban para llevárselo.

Poco después de que los conspiradores hubieran sido devueltos a la playa bajo custodia, Cortés y Alvarado entraron en el camarote donde estaban los cabecillas tendidos en el suelo, amordazados y atados. Cortés sentía emociones encontradas: el triunfo por haber llevado a cabo la operación con tanta facilidad y estar en condiciones de sajar el forúnculo velazquista de una vez, sumado a la tristeza de tener delante de los ojos la prueba de tanta mala fe y tanta traición.

Fue de un hombre a otro, empujándolos de vez en cuando con la punta de la bota. Allí estaba Velázquez de León y ahí Ordaz. No le sorprendía demasiado confirmar definitivamente su buena disposición para traicionarlo; al fin y al cabo, habían sido velazquistas desde el principio. Sin embargo, le dolía recordar que, tras su anterior rebelión, hacía escasas semanas, los había encarcelado, luego comprado y por último liberado a cambio de sus promesas de lealtad. ¡Ja! ¡Menuda lealtad!

Escudero estaba tendido boca abajo. Cortés le dio la vuelta con la bota. Se quedó boca arriba, mirándolo furibundo, mascullando y ahogándose con la mordaza. También a él lo había encarcelado, comprado y liberado tras jurarle lealtad, aunque en su caso Cortés no esperaba que mantuviera la palabra dada.

—¿Recordáis, don Juan —le dijo—, la conversación que mantuvimos la noche de febrero que la flota partió de Cuba?

Escudero sacudió la cabeza.

—Dejad que os la recuerde. —Le puso un pie en el pecho —. Si no me acuerdo mal, y creo que no, me dijisteis que con la suficiente cuerda seguro que me ahorcaba... ¿Os suena?

Otra violenta sacudida de la cabeza y más gruñidos de Escudero.

—Pues mirad dónde estamos ahora —prosiguió Cortés—. Os habéis amotinado en tiempo de guerra contra el capitán general debidamente nombrado, concretamente yo, de una colonia española legalmente fundada, concretamente Villa Rica de la Veracruz. ¿Sabéis, mi querido capitán, cuál es la pena por dicha ofensa?

Escudero se debatía, gruñendo a través de la mordaza, forcejeando con las muñecas contra la gruesa cuerda con que se las habían atado.

—Es la pena de muerte —se respondió Cortés, inclinándose hacia él para quitarle la mordaza—, y si no recuerdo mal las normas, que me parece que no, en la horca.

—¡No podéis colgarme! —gritó Escudero, con la voz temblorosa de miedo y poniendo los ojos en blanco de un modo que satisfizo plenamente a Cortés—. No acepto vuestra autoridad. No acepto que Villa Rica sea una colonia legalmente fundada. Apelo a la autoridad del gobernador Diego de Velázquez como representante del rey en el Nuevo Mundo. Solo él tiene un acta del rey para fundar colonias.

—¡Ah, sí! Pero veréis, desafortunadamente para vos, vuestro señor el gobernador está en Cuba, sentado sobre su seboso culo, mientras que el capitán general aquí soy yo, y os aseguro que tengo intención de colgaros. —Volvió a amordazar a Escudero y siguió paseándose.

Allí estaba Alonso de Grado, que durante tiempo había fingido ser su amigo, siendo siempre un traidor de corazón. Tenía una mancha de humedad en la entrepierna.

—Vaya, vaya, Alonso —comentó Cortés, mirando la mancha—, ¡qué vergüenza!

El siguiente en el suelo era Cristóbal de Olid: él no se había orinado. Como Ordaz, era intrépido en la batalla y un gran espadachín. «Cualidades que seguramente los han salvado a ambos del patíbulo», pensó Cortés.

Siguió hasta Alonso Escobar y Bernardino de Coria. Como De Grado, se habían declarado amigos suyos hasta hacía poco,

pero ya estaba claro a quién eran leales. Y aquel tuerto de lacio pelo blanco no era otro que el verminoso cura Pedro de Cuéllar, que había visitado su pabellón en mayo con Ordaz, Escudero y los otros velazquistas. Al menos él no había tratado de ocultar su relación con ellos. Pero un cura, ¡vive Dios!, participando en un motín... ¿Qué iba a ser del mundo?

Había otros tendidos en el suelo a quienes Cortés conocía bien y estaba sorprendido o decepcionado de ver. La mayor decepción era quizá ver al piloto Diego Cermeño, un buen hombre, muy hábil en su oficio pero ahogado por las deudas, con una esposa joven y extravagante que mantener. Cortés le había adelantado mil pesos hacía seis meses, después de visitarlo en su casa, en Santiago, cuando lo había reclutado.

—¿Por qué lo habéis hecho, Diego? —le preguntó. Se inclinó hacia él y le quitó la mordaza—. ¿No podíais manteneros leal a mí? ¿No os pago bien?

—Me prometieron veinte mil pesos, Caudillo —sollozó Cermeño—. Lo suficiente para saldar todas mis deudas y volver a empezar. Lo suficiente para cambiar mi vida para siempre.

—Habríais conseguido mucho más si hubierais tenido paciencia, Diego. Ahora no puedo hacer nada por vos...

—¿A qué os referís, Caudillo? —El terror contrajo la cara del piloto.

—El robo de una carabela es un delito capital, Diego. ¿No lo sabíais?

—No lo sabía, Caudillo. Lo juro. No creía... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

—Habéis cambiado vuestra vida para siempre, Diego. Me temo que os van a ahorcar.

El juicio a los conspiradores se celebró en la sala de reuniones, en presencia de todos los colonos, la mañana del sábado 10 de julio, al cabo de pocas horas de su arresto. A media tarde, Cermeño y Escudero estaban muertos. Un poco más tarde, al anochecer, Pepillo pasó por delante de ellos, evitando mirarlos. Era espantoso verlos colgando de la soga, con la cara morada, los ojos salidos de las órbitas y la lengua fuera, el pene en erección y los calzones sucios porque habían perdido el control de las tripas mientras los izaban, dando patadas y

ahogándose, al poste del patíbulo.

Por orden de su señor, Pepillo había redactado las sentencias de muerte antes de que el juicio hubiera empezado siquiera, y tuvo la sensación de que Cortés estaba siendo poco honesto acerca de sus sentimientos, al menos en lo concerniente a Escudero, cuando suspiró fuerte para que todos lo oyeran al fondo de la sala de reuniones y dijo: «¡Oh, ojalá no supiera escribir para no tener que firmar la sentencia de muerte de un hombre!» «¡Maldito embustero!», había gritado Escudero. «Piedad», había sollozado Cermeño, mientras Cortés firmaba el documento con deliberada lentitud, con cierta teatralidad, había pensado Pepillo, antes de sentenciar a los demás conspiradores.

A Gonzalo de Umbría, el más viejo de los marineros traidores, le cortarían los dedos del pie izquierdo con un hacha, mientras que el resto de los diez hombres de la tripulación de la carabela recibirían cincuenta latigazos cada uno. La sentencia se cumpliría de inmediato. Con el resto de los conspiradores Cortés fue indulgente. A Pedro de Cuéllar, el cura, le dijo que de no haber sido clérigo lo hubieran ahorcado. Juró no implicarse en ninguna otra actividad política y fue puesto en libertad. A Escobar, De Grado y Bernardino de Coria también los soltaron después de haberse humillado ante el Caudillo y rogado su perdón. Diego de Ordaz había murmurado al inicio del juicio que estaba seguro de que Cortés lo decapitaría, pero también lo soltaron después de prometer, ¡no era la primera vez que juraba tal cosa!, lealtad al Caudillo a partir de entonces. Velázquez de León y Cristóbal de Olid recibieron el mismo trato indulgente.

En resumidas cuentas, razonó Pepillo, Cortés había manejado con mucha habilidad el motín. No le quedó más remedio que ejecutar a Cermeño; incluso en tiempos de paz colgaban a los hombres por crímenes menos graves que robar un barco. También había tenido que dar ejemplo matando al detestable Escudero. Umbría podría haber perdido algo más importante que los dedos. Los marineros habían salido bien librados con cincuenta latigazos, y la excepcional misericordia que había tenido con todos los demás le había valido a Cortés la fama de jefe generoso y capaz de perdonar, como de hecho era. No obstante, los cadáveres que colgaban de la horca confirmaban que también era perfectamente capaz de actuar con contundencia en caso necesario.

Mientras llevaba un mensaje urgente de Cortés al padre

Olmedo, el capellán de la expedición, Pepillo se volvió hacia los ahorcados, hacia la sangre de los latigazos que todavía oscurecía la arena, y se estremeció.

Pronto sería la suya la que manaría, porque quedaban tres días para el duelo con Santisteban. Desde el lunes, Escalante había cambiado sus sesiones de entrenamiento y solo usaban bastones, ¡pero le quedaba tanto por aprender! Muy preocupado por lo poco que sabía aún, atajó por un callejón entre dos hileras de barracas de reciente construcción mientras la oscuridad se apoderaba de Villa Rica, y se topó con Santisteban.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —El chico sonreía torcidamente.

—Llevo un mensaje del Caudillo. El padre Olmedo lo está esperando. Déjame pasar. —Trató de seguir corriendo, pero Hemes y Julián le impidieron salir del callejón.

—No tan deprisa, quejica —dijo Santisteban, agarrándolo del pelo—. Vamos a darte una lección ahora que no hay capitanes para protegerte.

Pepillo le lanzó un puñetazo, pero el otro lo tenía sujeto a distancia y no logró asestárselo. Logró pegar a Julián, que intentaba agarrarlo. De repente tenía a Hemes encima y a los otros dos dándole puñetazos y patadas.

No se entretuvieron mucho, sin duda porque temían que los pillaran con las manos en la masa. Con la musculatura reforzada, Pepillo consiguió mantenerse en una buena posición y empezaba a pensar que podría escapar con apenas unos cardenales y algunos dientes rotos, cuando Santisteban se arrodilló a su lado en el suelo, donde estaba acurrucado, le agarró la mano derecha y le dobló hacia atrás el dedo índice.

—No creas que no me he enterado de que practicas con la espada y el bastón con tu amigo Escalante —le dijo—. Seguro que esperas que eso te dé ventaja cuando luchemos. —Le dobló más el dedo. El dolor era espantoso—. Pues no va a ser así, ¿sabes?, aunque he pensado que de todos modos iba a joderte. —Un violento incremento de la presión y el dedo de Pepillo se quebró como una rama, arrancándole un aullido bestial.

Santisteban se inclinó sobre él.

—Una palabra de esto a alguien y envenenaré a tu precioso perro —le siseó—. ¿Entendido?

Pepillo apretó la mandíbula, sin decir nada.

—¿Entendido? —repitió Santisteban, retorciéndole de

nuevo el dedo roto.

Hemes y Julián rieron entre dientes cuando Pepillo volvió a chillar, con lágrimas en los ojos.

—Sí —contestó—. Lo he entendido. No diré nada.

—Claro que no —dijo Santisteban, soltándolo y poniéndose de pie—. Nos veremos el lunes, pues. Con bastones al amanecer, ¿eh? Estoy impaciente.

30

Sábado, 10 de julio de 1519 - Lunes, 12 de julio de 1519

Cuando Pepillo le entregó el mensaje del Caudillo, el padre Olmedo hizo mucho alboroto por su palidez, el aspecto desastrado y maltrecho, los dos dientes que le faltaban en la mandíbula inferior y la mano que sostenía contra el pecho con el dedo torcido.

—¿Qué te ha pasado, chico? —le preguntó el fornido fraile —. ¿Se te ha caído una casa encima?

—Algo parecido, padre —repuso Pepillo con una sonrisa forzada.

—En serio. Te has peleado, ¿verdad?

—No, padre, me he caído. Ha sido un accidente. Ha sido culpa mía.

Olmedo era escéptico, pero evitó hacerle más preguntas. Le dijo que se sentara y tomara un cubilete de tinto peleón mientras llamaba al doctor La Peña, que le revisó la boca al muchacho.

—Los dos dientes han salido enteros; has tenido suerte — le dijo, y le entablilló y vendó el dedo.

A la mañana siguiente, domingo 11 de julio, el dolor de la mano de Pepillo era insoportable y tenía una pierna rígida y un enorme hematoma en el muslo, donde Santisteban le había dado

varios rodillazos. Se saltó la misa y fue cojeando a la sesión de entrenamiento con Escalante, que en cuanto lo vio estalló.

—Esto te lo han hecho esos adiestradores de perros —dijo sin vacilar—. Me los voy a merendar.

—No, don Juan. ¡No! No han sido ellos. Me caí.

—¡Y un cuerno te caíste! Te han dado puñetazos y patadas, está más claro que el agua. ¡Y la mano! ¡Vive Dios! Déjame echar un vistazo. ¿Cómo vas a luchar contra Santisteban en estas condiciones?

—No lo sé, don Juan, pero no tengo elección. Si me echo atrás me llamarán cobarde.

—¡Por eso precisamente te lo han hecho!

—No fueron ellos, don Juan. Por favor, creedme. Me caí.

—¿Qué? Han amenazado a tu perro. Es eso, ¿verdad?

Escalante no cedió hasta que al final Pepillo admitió la verdad, pero solo después de que el furioso capitán le jurara guardar silencio.

—No me ayudaréis entrometiéndoos —le explicó—. Tengo que solucionar esto solo.

Escalante frunció los labios.

—Muy bien, entonces. —Le examinó la mano—. La buena noticia es que Santisteban te ha roto el índice. El meñique es más importante para controlar el arma, pero ese bastardo ignorante no lo sabe. Toma —le pasó el bastón a Pepillo—. Veamos de qué eres capaz.

Desde su marcha de Teotihuacán, Tozi había caminado hacia el norte durante veinte días, parando solo a mendigar cobijo y comida por las noches. Al principio había muchos pueblos y ciudades, pero cuanto más al norte la llevaban sus pasos, más pequeños y dispersos eran los asentamientos. Cuando los aldeanos eran poco amistosos, se servía de sus poderes de invisibilidad para robar carne y tortas de maíz, pero prefería no desaparecer y tomarse las cosas tal como venían.

Hacía más o menos seis días había notado que el paisaje que recorría empezaba a cambiar. Dejó atrás la vegetación densa, los árboles y los campos verdes bien irrigados del fértil valle de México para adentrarse en un terreno cada vez más inhóspito y seco: primero sabana y matorrales, luego planicies

desoladas donde solo crecían cactus e hirsutos hierbajos. Ahora, mientras avanzaba por el lecho de un canal seco al calor abrasador del mediodía, preocupada porque llevaba el odre vacío desde la noche anterior, oyó un estruendo distante y notó el temblor de la tierra bajo sus pies. De repente vio, como un sueño hecho realidad, una pared de agua espumosa llenando el canal seco hasta el borde. Tozi trepó por el talud desmoronado y llegó al terreno de más arriba justo cuando el torrente se precipitaba a sus pies. Un río corría rápido por donde hacía un momento no había río alguno: un río aterrador, cargado de barro, que arrastraba ramas rotas e incluso un árbol entero arrancado de raíz, a pesar de que no había árboles en kilómetros a la redonda.

Tozi miró atónita el cielo azul y el sol ardiente como una fragua. No se veía una sola nube. ¿De dónde provenía esa agua? ¿Era una señal de que por fin estaba llegando a Aztlán, el hogar de los dioses? ¿Sería aquel río imposible obra suya? ¿Le enviaban aquel regalo para ella tan necesario? Mientras consideraba la idea, el caudal del río fue menguando progresivamente. Al cabo de una hora apenas quedaba nada.

Viendo que era seguro hacerlo pero con precaución por si se producía otra riada, Tozi saltó al canal que se estaba secando rápidamente, bebió hasta que no pudo más y llenó el odre en un charco antes de proseguir su camino hacia el norte, siempre hacia el norte por las llanuras.

Esa noche, cuando la oscuridad aterciopelada del desierto se impuso y las estrellas brillaban en el cielo, acampó cerca de un enorme saguaro. Se comió la última torta de maíz y bebió con moderación del odre, porque ya había vaciado la mitad durante la larga caminata de la calurosa tarde. Era consciente de que si no conseguía encontrar agua al día siguiente estaría en un grave apuro. No obstante, confiaba en que los dioses le enviarían otro milagro.

Cuando despertó al amanecer, descubriría que lo que los dioses le habían enviado era una serpiente, una cría de la especie mortal cuya cola vibraba. Era demasiado joven para haber desarrollado el cascabel, pero, como todas las de su clase, estaba armada con colmillos y un veneno letal desde su nacimiento, y mientras Tozi se desperezaba y bostezaba, la tocó sin querer y el reptil la mordió. Sin pensárselo, la joven sacó el cuchillo y le cortó la cabeza. Ya notaba el veneno corriendo por

la sangre cuando recordó que las serpientes de cascabel eran criaturas de Quetzalcóatl, a las que amaba y protegía.

¿Acababa de matar a su mensajera?

En la madrugada del lunes 12 de julio, Pepillo salió por las puertas de Villa Rica con el bastón bajo el brazo. La pierna magullada, ejercitada y untada con un bálsamo, ya no le molestaba demasiado. Escalante, que le había vuelto a vendar el dedo roto con una férula nueva, iba con él. Hablaban en voz baja. El capitán le dio un último consejo, recordándole que el juego de piernas, la velocidad y el engaño lo eran todo.

Cuando pasaron por los árboles que impedían ver aquella zona desde la ciudad se encontraron con Santisteban, que los esperaba balanceando un bastón grueso tan largo como un báculo de peregrino, sonriendo torcidamente. Vendabal estaba allí con Hemes y Julián para apoyarlo. Cuando vieron el bastón de Pepillo, de la misma longitud que las espadas que él y Escalante usaban para practicar, se rieron, porque el de Santisteban era mucho más grande.

—Hola, Pepillo —dijo con sorna Vendabal—. Siempre he sabido que tenías una herramienta diminuta.

Al oír esto, Hemes, Julián y Santisteban hicieron gestos soeces, como era de esperar.

Pepillo iba a responder algo acerca del diminuto tamaño del cerebro de Santisteban, pero Escalante le dirigió una mirada de advertencia.

—No malgastes energía en charlas —le dijo tranquilamente—. Calma tu mente. Lo único que importa es el combate. —Se situó en el centro del herboso espacio llano donde habían entrenado con tanta frecuencia e indicó por gestos a los contendientes que se pusieran uno a cada lado de él—. Esto es un ajuste de cuentas, muchachos —les dijo—. La única norma es usar armas sin filo. Aparte de eso, podéis, en buena lid, resolver vuestras diferencias. Pepillo está en desventaja porque tiene herida la mano derecha, supuestamente por una caída. —Miró duramente a Santisteban—. Aunque tengo mis dudas.

—¿Qué queréis decir, señor? —preguntó Santisteban, haciendo girar el bastón.

—Interprétalo como quieras, chaval, pero te advierto que nadie debe morir. Podéis luchar hasta que uno de los dos quede fuera de combate o se rinda, pero eso es todo.

Mientras hablaba oyeron pasos y todos se volvieron hacia los árboles. Aparecieron Cortés, Alvarado, Bernal Díaz y Gonzalo de Sandoval. Malinali los acompañaba, pero se quedó atrás mientras los demás rodeaban a los duelistas.

Vendabal se apresuró a explicárselo.

—Es vuestro paje blandengue y consentido... con perdón, señor, que ha estado causando problemas a nuestros perros. Ya es hora de darle una lección, señor, y Santisteban será el encargado de dársela.

—Ah... ¿Qué te ha pasado en la mano, Pepillo?

Después de entregar el mensaje a Olmedo, Pepillo había estado evitando a su señor.

—Me la he lastimado en una caída, señor. Me rompí el dedo.

—¿Y te parece que podrás pelear?

—Tengo que hacerlo, señor. Es una cuestión de honor...

Cortés le dio un codazo a Alvarado.

—¿Vos que decís, Pedro? ¿Deberíamos apostar? Apuesto mil pesos a que ganará mi paje.

—¡Acepto la apuesta! —dijo Alvarado—. Siempre me alegra embolsarme vuestro dinero, Hernán.

Los pordioseros de Tenochtitlán creían que hay que hacer un corte y chupar inmediatamente allí donde ha mordido una serpiente para sacar el veneno, pero Huicton, que entendía de venenos, le había dicho en una ocasión que eso era un cuento de viejas y que lo más probable era que una incisión apresurada empeorara las cosas. A pesar de eso, no hacer nada le pareció una equivocación, así que cogió la daga de obsidiana, practicó una incisión en cruz sobre la mordedura en la membrana entre el pulgar y el índice de la mano derecha, que se le estaba hinchando y le ardía, chupó fuerte (la sangre le pareció extrañamente amarga y aguada), escupió, volvió a chupar y volvió a escupir.

El sol salía rápido y la única sombra que había en aquella planicie inhóspita era la del saguaro al pie del cual había

dormido, así que decidió quedarse donde estaba. Poco podía hacer, tan lejos de cualquier sanador, aparte de usar su magia para curarse. Recordó la calidez que había irradiado de sus manos mientras trataba las terribles heridas sufridas por Cuauhtémoc unos meses antes en la batalla contra los tlaxcaltecas. No le cabía duda: su rápida recuperación había sido obra suya. Por tanto, ¿por qué no iba a ser capaz de vérselas con una pequeña mordedura de serpiente? A menos que, como se temía, hubiera perdido el favor de Quetzalcóatl matando a su mensajera.

Descartó aquel temor y se afanó en eliminar las espinas de la base del gigantesco cactus para poder apoyarse cómodamente en él si le hacía falta. Luego se sentó a la sombra con las piernas cruzadas y la espalda erguida. Era consciente del terrible dolor de la herida, respiraba con dificultad y el corazón le latía aceleradamente, pero ignoró los síntomas, se concentró y empezó un cántico lento y machacón.

Santisteban atacó de repente, como Escalante había predicho, y Pepillo estaba preparado.

—Usa lo que has aprendido del juego de piernas —le había advertido el capitán—. Mantente en movimiento, que trate de darte una y otra vez, pero asegúrate de que falle. No tardarás en agotarlo.

Santisteban era dos palmos más alto que Pepillo, más corpulento y musculoso. Además, su bastón era largo y grueso, con ambos extremos romos, más parecido a una porra o un garrote que a un bastón. Atacó gritando, enarbolando el palo, y descargó un golpe que le habría partido la cabeza a Pepillo si le hubiera dado. Pepillo estaba en una posición firme, con el pie izquierdo adelantado, tal como le habían enseñado, y el derecho atrás, con la punta hacia fuera y el centro de gravedad orientado hacia Santisteban. Cuando el bastón descendió silbando, Pepillo simplemente pivotó sobre el tercio anterior del pie, girando el derecho noventa grados, echó atrás el torso y dejó pasar el golpe. La velocidad del bastonazo era tal y llevaba tanta fuerza, que la punta golpeó con un ruido sordo el suelo.

Santisteban tardó un segundo, solo un segundo, en recuperar el equilibrio, durante el cual dejó expuesta la parte

superior del cuerpo. La ocasión era demasiado buena para desaprovecharla. Pepillo blandió el bastón con ambas manos, describiendo una rápida curva y, *¡crac!*, entró en contacto con la nariz larga y ganchuda de Santisteban de modo contundente y se la rompió. Manó un borbotón de sangre y el herido aulló de dolor y rabia. Se le llenaron los ojos de lágrimas que le empañaron la visión y lo desorientaron. Aprovechando la ventaja, Pepillo golpeó en sentido descendente y le dio en la muñeca derecha. Oyó el satisfactorio crujido del hueso. A continuación, pivotó sobre el tercio anterior del pie izquierdo, balanceando hacia atrás el derecho noventa grados, de modo que quedó situado junto a su oponente y mirando hacia el mismo lado que este. No quería seguir luchando porque corría el riesgo de que el otro le ganara, pero volvió a presentársele la ocasión y la aprovechó. Apartó la mano izquierda del bastón y le dio un codazo en la mandíbula que lo hizo trastabillar. Por último, retrocedió tres pasos arrastrando los pies, manteniéndose en contacto con el suelo y en perfecto equilibrio, volvió a agarrar el bastón con ambas manos y alzó la punta manteniendo la empuñadura cerca del centro de gravedad, la pierna izquierda adelantada.

Se oyeron aplausos y Pepillo vio de reojo que era Cortés quien aplaudía.

—¡Bravo! —exclamó el Caudillo—. Muy bien hecho. Vuestros mil pesos están en peligro, Alvarado, ¿no creéis?

La momentánea distracción le hizo perder la iniciativa a Pepillo. Con un rugido de furia, Santisteban cargó contra él.

Tozi había perdido la noción del tiempo y se sentía extrañamente distanciada de su cuerpo, como si este y el sufrimiento que padecía pertenecieran a otra persona. Por tanto, aunque era consciente hasta cierto punto del terrible dolor en la mano y el brazo derechos, grotescamente hinchados, le era indiferente. Y aunque sabía que el sol caía a plomo sobre ella, deshidratándola, quemándola, matándola poco a poco, era ajena a tales efectos. Toda su atención se centraba en el profundo laberinto subterráneo por el que vagaba. Le parecía muy real, incluso más real que cualquier insignificante sensación física que de vez en cuando reclamaba su atención.

Era un laberinto muy raro, asombroso, que serpenteaba en la roca, con paredes frías y húmedas de condensación en las que brillaban vetas de oro y cuarzo, suave y enigmáticamente luminiscentes, que le permitían ver por dónde iba, que era... Se detuvo un momento, perpleja. ¿Adónde iba en realidad? ¿Por qué estaba allí? Sabía que tenía algo que ver con la serpiente que la había mordido, pero no sabía exactamente qué. Si no estaba en su cuerpo terrenal, con sus distantes mensajes de dolor y sufrimiento, ¿qué cuerpo habitaba ahora? Era un cuerpo soñado, el cuerpo de una visión, muy parecido al suyo de carne y hueso pero no el mismo, desde luego. Además tenía otro problema: escoger la dirección. Porque, con los pocos pasos andados hasta el momento, había recorrido pasajes secundarios, desvíos, bifurcaciones de aquel enorme sistema de corredores, cada uno de los cuales quizá debería haber tomado. ¿Por qué creía que el pasadizo en que se encontraba era el correcto entre los cientos, los miles abiertos a su alrededor?

Echó a andar de nuevo, acosada por la inseguridad. No tardó en llegar a un cruce. Un pasillo iba hacia la izquierda, otro hacia la derecha y otro continuaba recto. Le pareció oír la voz de Huicton: «Tus pies sabrán el camino.» Pero ¿sabían sus pies el camino o se había perdido irremediablemente? ¿Era algo de aquello real o deliraba debido al veneno y la insolación?

Escogió el sendero de la izquierda, que rápidamente se volvió sinuoso y en marcado declive. De nuevo tenía opciones: en la siguiente intersección contó no menos de quince pasadizos; la cantidad de posibilidades que se le ofrecían era desconcertante. Eligió uno que descendía en espiral, cada vez más inclinado. La luz de las paredes se volvía más tenue, roja, infernal, como si descendiera hacia el mismísimo Mictlán. El pasadizo, sin más bifurcaciones, se iba estrechando. Al cabo de poco tuvo que ponerse de lado para continuar y al final no pudo pasar. Volvió sobre sus pasos, pero esta vez el pasillo parecía más estrecho que antes y tampoco pudo pasar.

El terror se apoderó de ella y gritó.

Santisteban golpeó brutalmente de izquierda a derecha, abalanzándose hacia Pepillo, con intención de darle un garrotazo demoledor. Pepillo logró bloquearlo levantando el

codo y bajando la punta del bastón para protegerse el costado derecho. Santisteban descargó otro tremendo golpe, esta vez de derecha a izquierda, y Pepillo lo bloqueó del mismo modo. Luego se puso en guardia bajando el codo e inmediatamente atacó, deslizando hacia delante el pie izquierdo y lanzando una estocada con los brazos completamente estirados. La punta de su bastón dio en la boca a Santisteban, le partió los labios y le rompió los incisivos superiores.

Escupiendo sangre, Santisteban se tambaleó hacia atrás, haciendo molinetes con el bastón, y Pepillo ejecutó una serie de rápidas estocadas que el otro chico, ahora con cara de pánico, a duras penas logró parar. Cada vez que los bastones entraban en contacto, aunque Pepillo trataba de disimularlo, sentía un dolor espantoso en la mano derecha.

Ese era su punto débil.

Ahí estaba el verdadero peligro.

Usando el agarre a dos manos al que se había acostumbrado después de semanas de práctica con Escalante, hacía con la izquierda la mayor parte del trabajo, mientras que el índice de la derecha, entablillado y vendado, le sobresalía rígido, por lo que solo le quedaban tres dedos y el pulgar para agarrar la empuñadura. Hasta ese momento se las había arreglado para ignorar el dolor, pero los repetidos golpes le pasaban factura y notaba que la fuerza de sus contragolpes disminuía.

Santisteban se dio cuenta y los ojos enloquecidos se le iluminaron de repente. Se apresuró a atacar con un golpe bajo contra los tobillos de Pepillo, obligándolo a retroceder de un salto, y luego se abalanzó sobre él, empujándolo con el hombro y, dejando de agarrar con una mano el bastón, trató de cogerle el índice lesionado.

Tozi se tranquilizó. Se trataba de una visión. No era real. Además, ella tenía el poder de la magia. Aquellos pasillos eran obra de su cabeza y podía modificarlos mentalmente. Se puso a cantar: *jum ajum, jum jum, jum ajum, jum jum…* invocando el hechizo de invisibilidad, con la voz cada vez más profunda, más ronca, más intensa. Su cuerpo soñado fue desvaneciéndose, volviéndose insustancial, hasta que, libre de todo obstáculo

físico, pudo desplazarse fácilmente por el estrecho pasadizo. Además, parecía que ya no andaba, sino que flotaba a la deriva como el humo. Notó que era arrastrada por el laberinto a creciente velocidad. Las paredes pasaban a derecha e izquierda como una exhalación, hasta que, sin previo aviso, desembocó en una enorme caverna iluminada por un suave pero ubicuo resplandor que todo lo iluminaba. En el techo abovedado brillaban un millar de estalactitas de cristal transparente. Del suelo surgía un bosque de altas estalagmitas del mismo material. Entonces su estado cambió. Pasó de vapor tenue y quimérico a algo más sólido, y volvió a encontrarse en su cuerpo soñado.

—Bienvenida —dijo una voz. Era una voz de mujer, cálida, amable y curiosamente familiar—. Has viajado hasta muy lejos, estás cansada; deberías descansar aquí.

—¿Qué lugar es este?

—¿No lo sabes? —repuso la hermosa voz, tan conmovedora que a Tozi se le erizó el vello cuando captó un destello de movimiento; una forma, una silueta, una túnica roja apenas entrevista; alguien, un ser, ¿una diosa?, saliendo por detrás de una enorme estalagmita y desapareciendo detrás de otra.

—No sé nada —dijo Tozi—. Estaba en el desierto. Me ha mordido una serpiente. La he matado y ahora estoy aquí.

—La serpiente te la ha mandado Quetzalcóatl para traerte hasta mí —dijo la voz—. No te preocupes por haberla matado. Nuestro señor ha retomado su espíritu dentro de sí.

—¿Qué es este palacio?

—Es Aztlán, patria de nuestro pueblo y de los dioses. Estás en las cuevas de Chicomoztoc.

Mientras peleaban, Pepillo tenía la sudorosa cara marcada de viruela de Santisteban pegada a la suya; notó que el cruel muchacho le agarraba el dedo vendado y se lo retorcía, el dolor era agónico, gritó, pero aun así reaccionó instintivamente. Sí, tenía el dedo roto, ¡pero Santisteban tenía la nariz rota! No lo dudó. Abrió la boca y mordió con fuerza aquel ganchudo y torcido amasijo ensangrentado de carne y cartílago, le clavó los dientes que le quedaban y sacudió violentamente la cabeza, como un terrier sacude una rata.

La reacción fue inmediata. Santisteban le soltó el dedo y dejó caer el bastón aullando e intentando librarse, con lo que no logró sino destrozarse todavía más la nariz.

Pepillo apretó los dientes y hasta que no tuvo la boca tan llena de sangre que se atragantaba no aflojó la presa. Escupió un pedazo de algo repugnante, retrocedió tres pasos y se posicionó con las manos a la altura del hombro, el pie y el codo izquierdo adelantados y la punta del bastón hacia arriba por detrás de la cabeza.

Santisteban gruñía y sollozaba, con ambas manos sobre la nariz desgarrada y sangrante. Pepillo pudo cambiar con facilidad de la guardia alta al golpe maestro a la cabeza que le había enseñado Escalante, el *zornhau* de la escuela alemana. Habría podido acabar con el combate en ese momento, pero no quería que lo acusaran de tomar ventaja injustamente, así que retrocedió otro paso e indicó con un gesto el bastón de Santisteban tirado en el suelo.

—Recógelo —le dijo—. No hemos terminado todavía.

Tozi corrió por el bosque de estalagmitas con una creciente sensación de urgencia. Conocía aquella voz cariñosa. ¡La conocía! Pero ¿por qué la conmovía tan hondamente? ¿Y por qué tenía el poder de llegar a lo más profundo de su ser, donde tanta pérdida y tanto dolor guardaba?

Entrevió de nuevo una túnica roja, una silueta delgada de piel dorada y largo cabello negro moviéndose rápidamente, esquiva, ocultándose ahora aquí ahora allá. Luego una risa resonó en las paredes y el techo de la gran cueva, una risa suave llena de amor y alegría.

—Sígueme, Tozi —dijo la voz—. Sígueme, querida.

Tozi lo hizo, con la sangre latiendo en las venas y la respiración entrecortada. Las estalagmitas eran menos numerosas y tenía delante un gran túnel que salía de la cueva, un túnel lleno de luz que parecía emanar de una fuente distante, situada más allá de aquel inframundo.

¡Qué extraño era todo! A Tozi le faltaba el aliento, a tal punto que pensó que de hecho iba a morir en aquella visión... ¿Y qué le pasaría si moría? Sin embargo, no podía descansar como le había ofrecido el ser al que perseguía, porque tenía que

saber, ¡tenía que saber quién le hablaba y por qué tenía aquella acuciante, aquella inquietante sensación de estar recordando!

Vio breve pero claramente la silueta en el túnel, iluminada por aquel resplandor del más allá. Se movía con una rapidez increíble y, con un remolino de la túnica, se desvaneció como si también ella pudiera usar el hechizo de invisibilidad. Tenaz y decidida, Tozi siguió avanzando a trompicones, ¿qué otra cosa podía hacer?, pero respirar era una tortura. Jadeaba y el corazón le latía desacompasado cuando por fin salió a lo que parecía otro mundo, con un sol azul en un cielo bruñido. A poca distancia había un largo enorme, oscuro como la medianoche, del que sobresalía un peñasco cerca de la orilla. Sentada de espaldas a ella en la roca, vestida de rojo, había una mujer con los pies en el agua, peinándose la larga melena negra, y el movimiento de sus manos era tan conocido, tan familiar, tan melancólico que se apoderó del corazón acelerado de Tozi... y lo detuvo.

Se le nubló la vista y cayó de espaldas en la arena ardiente. El sol caía a plomo, un sol abrasador en un cielo azul. Mientras perdía el conocimiento, una voz masculina cargada de impaciencia y asombro le habló en una confusa lengua náhuatl y notó un fuerte golpe en el pecho.

Santisteban no recogió el bastón, sino que, con un gemido furioso, volvió a la carga, aunque de un modo tan errático que Pepillo falló el golpe dirigido a la cabeza, que rebotó en el hombro sin conseguir detenerlo. El otro se le echó encima con una fuerza tan tremenda que lo dejó sin aire y tuvo que soltar el bastón y seguir sosteniéndolo solo con la mano herida, la derecha, para defenderse. A pesar de todo, consiguió recoger el bastón y descargarlo contra la espinilla de Santisteban, y estaba a punto de golpearlo de nuevo, a pesar del ramalazo de dolor en la mano, cuando el otro se llevó una mano a la espalda, sacó una daga endiablada que llevaba oculta en la parte posterior de los pantalones y lo apuñaló salvajemente en las costillas.

—¡Aaah! —gritó Pepillo. Se echó atrás con más fuerza y energía de las que creía poseer, estampó el puño izquierdo contra la mandíbula de Santisteban y se libró de él.

A la vez que se apartaba, Santisteban le extrajo la daga del

costado, provocándole otro ramalazo de dolor terrible, y cargó de nuevo contra él violentamente.

Pepillo se estaba quedando sin fuerzas. Vio las caras de asombro, las miradas incrédulas en el círculo de espectadores inmóviles. El tiempo, el movimiento, el mundo en sí parecía ir más despacio. Alguien gritó, y Escalante, Cortés y Alvarado se dispusieron a desarmar a Santisteban, aunque parecían sonámbulos y tenían que salvar un buen trecho, demasiado, no lo conseguirían. Sin contar con nadie más que él mismo para salvarse, Pepillo retrocedió rápidamente dos pasos, poniendo distancia entre él y su atacante, distancia que aprovechó para golpearle la muñeca derecha con el bastón, retrocedió otro paso cuando el bastardo se le acercó, y lo golpeó otra vez, logrando en esta ocasión arrancarle la daga de la mano. El arco descrito por el bastón llevaba impulso todavía, y Pepillo lo aprovechó para convertirlo en un mandoble. Sujetando la empuñadura con ambas manos y los brazos extendidos, adelantó con decisión la pierna izquierda y dobló la rodilla manteniendo la pierna derecha recta hacia atrás para lanzar la punta del arma contra el cuello de Santisteban con una fuerza que se sumó a la de la embestida de este.

Con un grito ahogado, Santisteban cayó de rodillas. Pepillo avanzó impulsado por la furia del combate, enarbolando el bastón para machacarle los sesos a su enemigo, pero el otro se encogió y se protegió la cabeza con las manos, gritando:

—¡Me rindo!

Pepillo se detuvo en seco, bajó el arma y dio un paso atrás.

—¡Vive Dios! El muchacho es un guerrero —oyó que decía Alvarado—, y un caballero. ¡Haber visto este combate bien vale mis mil pesos!

Cortés estuvo de acuerdo, pero Pepillo no oyó con claridad su respuesta. Le daba vueltas la cabeza, la puñalada en el costado le sangraba y de repente se le doblaron las rodillas. Habría caído junto a Santisteban, pero Escalante lo sujetó justo a tiempo.

—Lo has hecho bien, muchacho —le dijo el capitán—. Estoy orgulloso de ti.

Con los cadáveres de Escudero y Cermeño colgados que ya mostraban los primeros signos de putrefacción por el calor sofocante del verano, los velazquistas castigados y humillados y la carta que había hecho circular firmada por todos los colonos, a Cortés no le preocupaba el resultado de la reunión que celebraron a mediodía del lunes 12 de julio, pocas horas después del combate de los chavales. Pepillo no estaba en condiciones de llevar el acta, pero Diego de Godoy, el notario de la expedición, se ofreció a hacerlo y aportó cierta seriedad al breve e informal procedimiento.

—Bien, señores —dijo Cortés cuando estuvieron todos reunidos—, hace mucho calor, todos tenemos cosas que hacer y ya hemos dado nuestro consentimiento por escrito, pero os lo preguntaré una vez más para que quede constancia. —Miró a Godoy, que estaba sentado con la pluma lista—. ¿Alguien se opone todavía al plan de obtener la bendición del rey para nuestra empresa entregándole el tesoro acumulado hasta el momento? Que levante la mano si es así.

No se levantó una sola mano. Ordaz, Olid, De Grado y otros destacados velazquistas, sentados juntos en el primer banco, se rebulleron incómodos en el asiento.

—Muy bien —prosiguió Cortés—. Ahora me gustaría que levantaran la mano los que están a favor del plan, también para que quede constancia.

Esta vez todos alzaron la mano, los velazquistas con especial entusiasmo por obedecer. Cortés rio entre dientes.

—Bien —dijo alegremente—, queda acordado, pues. Ahora pasemos a los pormenores. Propongo que mandemos a España con el tesoro a dos miembros leales de esta compañía, don Alonso Hernández Puertocarrero y don Francisco de Montejo. Puesto que ambos pertenecen a la nobleza, les será más fácil acceder a la corte del rey Carlos. ¿Alguna objeción? Por favor, levantad la mano.

Nadie la levantó.

—Los que estén a favor de la moción...

Todos los reunidos alzaron la mano otra vez.

Cortés se volvió hacia Godoy.

—Que conste en acta que, con el voto unánime de la colonia, don Alonso Hernández Puertocarrero y don Francisco de Montejo serán nuestros representantes y llevarán nuestro presente al rey Carlos. La *Santa Luisa* de don Alonso será la nave

que lo transportará. —Un vistazo a Martín López, el jefe de carpinteros de la expedición—. Don Martín, ¿cuánto creéis que os hará falta para terminar de reparar la *Santa Luisa*?

—Trabajamos de sol a sol, don Hernán. Como todas las naves, está en malas condiciones, aunque mejor que algunas. Estimo que estará lista para navegar dentro de veinte días.

—Que sea antes, por favor, don Martín. Me gustaría verla lista para zarpar dentro de dos semanas, lo que sería... veamos... el lunes 26 de julio. ¿Os parece posible, don Martín?

—Tal vez, Caudillo, si dejamos de reparar las otras naves.

—Muy bien, pues, hacedlo.

Mientras mantenía esta breve conversación con el carpintero, Cortés tuvo una idea. Era una idea radical, peligrosa en potencia, pero ¿no era la expedición en sí misma una empresa radical y peligrosa? ¿Acaso no se decía con justicia que sin grandes riesgos no podía haber grandes beneficios?

Puesto que no había otros asuntos que tratar, expresó la gratitud de la colonia a Puertocarrero y Montejo por avenirse a ser los correos del tesoro y dio por terminada la reunión.

Era media tarde, la reunión había ido bien y luego habían servido el almuerzo. Los totonacas de Huitztlán eran muy generosos a la hora de proveer de víveres a los colonos, así que Cortés estaba de un humor excelente. Estaba solo con Malinali en su pabellón y los ojos le brillaban de un modo que ella conocía bien. Antes de entregarse a él, sin embargo, estaba decidida a sacar el asunto de Pepillo y su perro. La crueldad era habitual en tiempo de guerra, debía reconocerlo, pero la falta de amabilidad con el niño le hacía quedar mal y no tenía utilidad alguna; la pelea de aquella mañana le ofrecía la oportunidad de cambiar aquello.

—¿Contento con Pepillo? —le preguntó.

Cortés sonrió de oreja a oreja.

—Sí. ¡Quién lo diría! Tiene condiciones para ser un espadachín de primera... ¡Y me ha hecho ganar mil pesos!

—Pero muy herido —dijo Malinali, tratando de poner cara de preocupación, conmiseración y encanto a la vez.

—No tanto, si lo tenemos todo en cuenta. Ha tenido suerte de que el cuchillo se le atascara en las costillas y no le

atravesara ningún órgano vital. Dentro de una o dos semanas estará perfectamente. Venga... —Se acercó a Malinali, la abrazó y la besó, pero ella se apartó.

—Ha sido valiente —prosiguió.

—¿Quién ha sido valiente? —Cortés trató de besarla nuevamente, y nuevamente ella se resistió.

—El niño, Pepillo. Ha sido valiente.

—Sí, claro.

—Y caballeroso.

—Pues sí... —Una mirada de cautela apareció en los ojos del Caudillo—. ¿Qué quieres de mí, Malinali?

—Quiero que le devuelvas su perro.

—Sabes que no puedo, querida.

—¡Eres Caudillo! Puedes hacer lo que quieras. Dices «Vendabal da perro» y Vendabal da perro.

—¡Exacto! —Las cortinas que cubrían la puerta abierta del pabellón se abrieron y entró Escalante—. El capitán general de esta expedición no es Vendabal, Hernán, sino vos. Y no estamos hablando de un tesoro, por Dios, solo de un maldito perro.

A Cortés se le ensombreció la cara.

—¿Estabais escuchando, Juan?

—Venía a veros y no he podido evitar oíros. Tengo debilidad por ese chico y quiero que se le trate correctamente. Devolvedle el perro.

Cortés miró a Malinali antes de responder a su amigo.

—Esto es una conspiración —dijo, sonriendo a su pesar—. Mi amante por un lado y mi querido amigo por otra. ¿Qué puedo hacer?

—¿Das perro a Pepillo y callamos? —sugirió Malinali, decidida a salirse con la suya.

—Vamos, Hernán, decid que sí —lo apremió Escalante—. El muchacho os ha hecho ganar mil pesos, y me parece que nuestro ejército ha conseguido otro espadachín. No ha sido mal negocio por un perro.

Curiosamente, porque aquel era un tema verdaderamente sin importancia y fácil de resolver, Cortés parecía mantener un feroz debate interno. ¿Qué era lo que ella no sabía?, se preguntó Malinali. ¿Por qué se comportaba así? Aquel hombre daba mucho valor a los sueños que tenía de san Pedro, y ella creía que esos sueños eran verdaderos mensajes de los poderes celestiales. Sin embargo, ¿por qué iba el hombre santo cristiano,

de quien el Caudillo decía que guardaba las llaves del cielo, a perturbarlo con sueños acerca de un perro? ¡No tenía ninguna lógica!

Cortés había tomado una decisión.

—¡Está bien! ¡Menudo par! —refunfuñó—. Me habéis convencido. Que le digan a Vendabal que le devuelva el perro a Pepillo.

—Se lo diré yo mismo —dijo Escalante, volviéndose para marcharse.

—Creía que querías hablarme de algo —le recordó Cortés.

—Así es, lo he hecho y estoy muy contento con el resultado.

Con una gran sonrisa, Escalante cruzó las cortinas, dejando a Malinali a solas con Cortés, que se acercó a su señor con sensualidad, esta vez dispuesta a todo.

Cuando terminaron era ya de noche. Cortés era enérgico, pero pocas veces había hecho el amor con tanta pasión y necesidad.

—¿Ves? —le dijo Malinali, vistiéndose—, es agradable ser agradable.

—¡Bah! ¡Un cuerno, agradable! Solo quería acostarme contigo. Sabía que estarías más dispuesta si te dejaba salirte con la tuya.

Visitaron a Pepillo en el hospital de la colonia, un edificio de dos habitaciones. *Melchor*, recién devuelto a su joven amo, estaba tendido a los pies de la cama, con la mirada torva. El perro se había hecho enorme, aunque seguía siendo un cachorro.

—Gracias por dejarme tenerlo otra vez —dijo Pepillo.

—No tiene importancia, muchacho —repuso Cortés, como si no tuviera nada más que hacer—. Te lo merecías. Mantenlo flaco y salvaje. Ese es mi consejo. Si vamos a combatir contra los mexicas, lo necesitaremos. Todo el mundo será necesario.

—¿Y Santisteban? ¿Está bien?

—Vivirá... hasta que lo colguemos mañana.

—¿Colgarlo, señor? No debéis hacerlo.

—¿Por qué no? El muy traidor sacó un cuchillo. Incumplió la primera regla de un duelo. Es un delito capital. Creía que te

alegrarías de verlo muerto.

—No, señor. En absoluto.

—Entonces, ¿hago que le corten una mano? ¿Qué tal eso? O a lo mejor unos buenos azotes... Cien latigazos deberían bastar si va a librarse de que lo ahorquemos. Puesto que tú eres la parte perjudicada, decídelo.

—Perdonadlo, señor, os lo pido. No me hirió de gravedad y, como decís, necesitaremos hasta al último hombre para combatir contra los mexicas.

Malinali pensó que Pepillo parecía muy cansado. «Amable y dulce niño. Si hubiera más como él este mundo no sería tan oscuro.»

Cuando los dos se fueron, Pepillo recibió la visita de Escalante, que llevaba un fardo de tela.

—Me alegro de ver que has recuperado el perro —le dijo.

—Aún no me lo creo. —Pepillo puso la mano en la cabeza de *Melchor*—. El Caudillo puede ser muy bueno.

—Sí, aunque a veces necesita que lo animen un poco a mostrar su cara más amable. Como todos, tiene un demonio susurrándole a un oído y un ángel susurrándole al otro. —Desató el fardo mientras hablaba y Pepillo reconoció la hermosa espada que le había dejado usar para entrenarse—. Te traigo un regalo. Hoy has luchado como el mismísimo Amadís y un audaz caballero errante debe tener su propia espada.

—¡Oh! ¡Pero no podéis dármela, señor!

—¡Te tengo dicho que no me llames señor! —Escalante sonreía—. Los amigos me llaman por mi nombre de pila. Y desde luego que puedo darte esta espada. —Se la entregó—. Aquí la tienes.

—Pero Juan, era de vuestro hijo...

—Él está en un lugar mejor. En su ausencia, no se me ocurre nadie que la merezca más que tú. De hecho, Pepillo, si me permites que te lo diga, te has convertido en un hijo para mí durante estas semanas y, dado que eres huérfano, he dado los pasos necesarios con el notario para nombrarte legalmente mi heredero.

Pepillo estaba tan embargado de emoción por la nobleza y amabilidad de Escalante que se echó a llorar.

—Vamos, vamos, muchacho —dijo el capitán—. Enjúgate esas lágrimas, quiero que te alegres.

Cuando Tozi despertó era de noche. El pecho y la mano derecha le dolían muchísimo y una pequeña hoguera encendida bajo un saliente rocoso iluminaba una escena espeluznante. Se sentó rápidamente. Tres ancianos con cierto aspecto de mono araña, cubiertos únicamente por un taparrabos, con dibujos fantásticos en la cara y el cuerpo, estaban agachados a su alrededor cantando en voz muy baja, como si no quisieran ser oídos. Entendió algunas palabras de su cántico, pero otras le resultaban incomprensibles.

—¿Quiénes sois? —les preguntó. Reprimió las ganas de desaparecer, pero no pudo disimular lo alarmada que estaba.

—¡Ah! —repuso uno en náhuatl—. La durmiente se despierta... Estás en buenas manos, querida, no te preocupes. Si fuéramos chichimecas a estas horas estarías muerta y seguramente te habrían comido. Y tampoco estarías curada de esa mordedura de serpiente tan fea. Afortunadamente para ti, no somos caníbales furiosos que cenan doncellas indefensas...

Tozi lo miró con suspicacia.

—Entonces, ¿quiénes sois?

El anciano que había hablado infló su escuálido pecho.

—Somos hombres-medicina del pueblo huichol. La buena suerte te ha puesto en el camino de los mejores sanadores del mundo.

Tozi se tocó el pecho con cautela. Estaba magullada, como si le hubieran dado una paliza.

—Me habéis golpeado —les dijo en tono acusador.

La cara con profundas arrugas del anciano adquirió una expresión severa.

—Bueno, ¿qué esperabas? —La miró con reproche—. Se te había parado el corazón. ¿Habrías preferido que no hubiéramos vuelto a ponértelo en marcha?

—¡No! Os estoy agradecida. —Tozi se dio cuenta de que tenía la garganta reseca—. ¿Tenéis agua?

El anciano buscó tras él en la oscuridad, encontró un odre medio lleno y se lo dio. Tozi bebió con avidez hasta que una idea la asaltó y dejó de hacerlo.

—¿Tenéis más?

—Tenemos más, puedes acabarte esta si quieres.

Los otros dos la observaron con los ojos brillantes, sin decir nada, mientras ella vaciaba el odre.

—¿Ellos no hablan? —preguntó cuando hubo terminado.

—Sí que hablan. —refunfuñó el anciano—. Normalmente demasiado. Se andan por las ramas con aburridos circunloquios sin sentido, pura palabrería y tedioso autobombo, así que considérate doblemente afortunada, no solo porque te hemos encontrado y salvado la vida, sino también porque soy el único de los tres que habla la bárbara lengua de los mexicas, esa abominación que me obligaron a aprender de niño.

—Así que tú y tus amigos cantabais en huichol.

—Sí, la lengua noble.

—Se parece mucho al náhuatl...

—¡Uf! Sí, he de reconocerlo. Tienen un cierto parecido familiar. Pero ¿no es cierto que en una misma familia hay a veces un hermano inteligente, alto, atractivo, de rasgos y modales perfectos, y otro pequeño, retrasado, feo, contrahecho y vulgar? Este es el caso de nuestro hermoso huichol y el espantoso dialecto mexica. —Hizo una pausa, como si estuviera considerando algo—. No serás mexica, supongo.

—No —dijo Tozi—. Los odio. Tenía cinco años cuando vi por primera vez Tenochtitlán. Mi madre me contaba siempre que éramos de Aztlán.

El anciano echó un vistazo a sus amigos, que estos le devolvieron. Los tres se pusieron a hablar en susurros. Tozi entendía una palabra de cada veinte, pero aquellas pocas palabras fueron «bruja», «magia», «Aztlán», «Chicomoztoc», «sacrificio», «chichimeca», «Moctezuma» y, la más aterradora, «Acopol».

—¿De qué estáis hablando? —preguntó.

—De ti, querida —respondió el anciano—. Parece que no solo te hemos salvado de una mordedura de serpiente, la insolación y la deshidratación. Nuestras profecías hablan de una bruja de Aztlán. Se dice que luchará por la luz contra las fuerzas de la oscuridad. —Achicó los ojos y una mirada de extrema concentración animó su expresiva cara arrugada—. Dime... ¿te suena el nombre Acopol?

Como no le respondía, se inclinó hacia ella, estudiándola.

—¡Lo conoces! —dijo al cabo de un momento—. Lo veo en tus ojos. ¡Te encontraste con Acopol en Tenochtitlán! ¿Me equivoco? ¿Por esa razón estás aquí? —Y añadió con impaciencia—: ¡Tienes que dejar que te instruyamos, mi niña!

Tozi se sintió muy incómoda cuando le mencionaron a Acopol y se puso a la defensiva, aunque al mismo tiempo estaba

intrigada por la referencia a la profecía.

—No necesito que me instruyan —dijo—. Sé cuidarme.

—¡Claro que sí! Hemos visto cómo invocaste el conjuro de invisibilidad cuando caminabas sonámbula por el desierto. Es una habilidad formidable esa que tienes, más que suficiente para protegerte en condiciones normales. Pero Acopol no es un hombre normal y corriente. Me temo que tus trucos de magia no funcionarán con él.

Tozi quería cambiar de tema.

—Eso de que me visteis caminando por el desierto no tiene sentido —objetó un poco enfadada, alzando la voz—. Cuando la serpiente me picó, me senté a la sombra de un saguaro. No fui a ninguna parte.

—Bueno, puede que creas eso, pero desde luego no te encontramos sentada. Ibas andando. Estuviste caminando por el desierto un buen rato mientras el brazo se te hinchaba, el corazón te palpitaba y tu respiración era áspera e irregular. De vez en cuando te hacías invisible; quizá por eso evitaste a los exploradores chichimecas.

Aparte de en sus visiones, Tozi estaba segura de no haber ido a ninguna parte. Sin embargo, al mirar atentamente alrededor, se dio cuenta de que estaba en un sitio que en nada se parecía a la planicie donde la había mordido la serpiente aquella mañana. Las llamas de la pequeña fogata bajo el saliente iluminaban poco, pero a la luz de las estrellas que brillaban en el cielo vio que estaban acampados en un desfiladero estrecho, de no más de doce pasos de anchura, tal vez un ramal de un cañón, entre altas paredes verticales de roca.

—¿Qué exploradores chichimecas? —preguntó.

—¿Quieres decir que no sabes que los chichimecas están en pie de guerra?

—No he visto rastro de chichimecas ni de nadie por aquí, solo a vosotros.

—Pues has sido muy afortunada o algún dios te protege, porque Acopol los provocó antes de marcharse a Tenochtitlán y pululan por todas partes como avispones a los que han roto el nido.

—Si pululan como avispones, ¿qué hacéis vosotros tres por aquí? Los huicholes no son amigos de los chichimecas, si no recuerdo mal.

—Esta es la estación de la caza del venado. Vamos donde

nos llevan los venados.

—¿Venados? ¿En este desierto? ¿Estáis de broma?

—¡Ah, sí! Verás, es que nuestros venados son de un tipo muy especial...

31

Lunes, 26 de julio de 1519 - Lunes, 16 de agosto de 1519

Entre otras cosas que mandamos a Vuestra Alteza por medio de estos, nuestros representantes, están nuestras instrucciones de que rueguen a Vuestra Majestad que no otorguen a perpetuidad gobierno ni poderes judiciales a don Diego de Velázquez. Si se le hubiera otorgado alguno, debe serle revocado, porque no es en beneficio de la Corona que el susodicho Diego de Velázquez tenga autoridad o favor en estas Nuevas Tierras de Vuestra Majestad que, como hemos visto hasta ahora y como esperamos, son muy ricas. Si al antes mencionado Diego de Velázquez se le hubiera otorgado algún poder, lejos de beneficiar el servicio de Vuestra Majestad, prevemos que nos, los vasallos de Vuestra Real Alteza, que hemos empezado a instalarnos y a vivir en estas tierras, seremos más maltratados por él. Porque pensamos que lo que hemos hecho al servicio de Vuestra Majestad, que es mandaros todo el oro y la plata y las joyas que hemos podido obtener en estas tierras, no habría sido su intención.

Había sido difícil, pero no imposible, escribir con el índice roto; aunque estaba lejos de ser lo ideal, Pepillo había descubierto que podía sostener la pluma entre el pulgar y el corazón. Llevaba una semana, mientras sus otras heridas sanaban, trabajando duramente. La tarea era redactar un último borrador de la carta al rey que Cortés le había ido dictando casi a diario desde finales de febrero, de forma que pareciera obra no del Caudillo sino de los colonos de Villa Rica de la Veracruz y asegurarse de que describiera no solo todos los acontecimientos, negociaciones, batallas y esfuerzos por los que habían pasado, sino también de que, en todos los aspectos, de un modo sutil o con franqueza, sirviera para ensuciar el nombre de Diego de Velázquez y dejar a Cortés lo mejor posible.

Ahora, aquella mañana del lunes 26 de julio, justo a tiempo para llevarla a bordo de la *Santa Luisa* con todo el tesoro que Puertocarrero y Montejo habían cargado para entregárselo al rey, la carta estaba terminada. Pepillo se la leyó en voz alta a Cortés con una sensación de satisfacción por el trabajo bien hecho:

> Nos, los habitantes y ciudadanos de esta ciudad y colonia de Villa Rica de la Veracruz, suplicamos a Vuestra Majestad que ordene y proporcione una patente y cartas en favor de don Hernando Cortés, capitán y justicia mayor de Vuestra Real Alteza, para que pueda gobernarnos hasta que esta tierra sea conquistada y pacificada, y hasta que Vuestra Majestad pueda desear, puesto que es una persona muy adecuada para tal posición. Los tesoros que os mandamos con la presente, más allá del quinto que corresponde a Vuestra Majestad, os los ofrecen en su servicio don Hernando Cortés y el Concejo de Villa Rica de la Veracruz, y son los siguientes...

En la lista pormenorizada de los tesoros anexa a la carta no constaban algunos objetos entregados a Puertocarrero y Montejo, a pesar de lo cual ocupaba varias páginas.

—Es verdaderamente el rescate de un rey, señor —se atrevió a comentar Pepillo cuando terminó de leer y le entregó el documento completo a Cortés.

—Esperemos que el rey así lo entienda, porque, si no, no

podré hacer nada. La suerte está echada.

El detalle final era que firmaran la carta en nombre de todos los colonos el alguacil, los regidores, el tesorero, el veedor y otros funcionarios de la villa, así como diez soldados rasos.

Tres horas más tarde, aprovechando la marea baja de la tarde, la *Santa Luisa* zarpó.

Cortés se quedó con Alvarado en la punta, observando cómo la *Santa Luisa* dejaba la bahía a todo trapo, marcando una recta estela. Pasarían tres horas por lo menos antes de que desapareciera tras el horizonte occidental; no había modo de hacerla volver, así que la suerte estaba realmente echada.

—¿Creéis que cabe alguna posibilidad de que nos traicionen? —preguntó Alvarado, poniendo voz a lo que pensaba Cortés.

—En esta vida me he acostumbrado a esperar la traición, pero francamente no lo creo. Puertocarrero controlará a Montejo, y Montejo a Puertocarrero. Además, los tengo a los dos en el bolsillo: aparte de los sobornos anteriores, hay un diez por ciento de los tesoros que entregarán al rey para cada uno, escogido entre lo mejor antes de redactar el inventario.

—¡Ja! El diez por ciento para cada uno, ¿eh? Escudero intentó convencerme de que le dabais a Puertocarrero un treinta por ciento solo a él...

Cortés arqueó las cejas.

—Eso habría sido excesivo...

—Aunque por supuesto también quería que creyera que el tesoro nunca llegaría al rey, que Puertocarrero cogería su treinta por ciento y vuestro padre os guardaría el otro setenta a vos.

—No creeríais nada de todo eso.

—Si me lo hubiera creído no estaríamos ahora aquí, Hernán, y a Escudero le habríamos retorcido el cuello. Sois una serpiente y un verdadero demonio, pero sé que apostáis por más que los tesoros que caben en una sola nave.

—Tenéis razón, Pedro. Apuesto por todo un mundo.

—Entonces aseguraos de que mi parte sea finalmente un reino, viejo amigo.

Aquella noche, Cortés volvió a soñar con san Pedro.

Fue un sueño raro, porque se encontró con su patrón en

un barco distinto de cuantos había visto, alto como un palacio pero de acero, con enormes cañones en torretas giratorias, montados a proa y popa. Entre estampidos y fogonazos, máquinas aladas, también de acero y de maravilloso diseño, se elevaban hacia el cielo a una velocidad imposible desde un gran muelle plano. Otros dispositivos en forma de punzón enorme rugían en ascenso desde las entrañas de la nave y atravesaban el firmamento, dejando un rastro de fuego y nubes de humo hasta desvanecerse más allá del horizonte.

—¿Qué es esto, Santo Padre? —preguntó Cortés asombrado.

—Es el futuro, hijo mío —contestó el santo—. Ven, deja que te enseñe una visión del mundo para cuya creación te he traído a estas nuevas tierras.

De repente estaban sentados uno al lado del otro dentro de una de aquellas máquinas con alas, delante de una batería de paneles iluminados, cortando el cielo tan rápido que Cortés, aturdido y desconcertado, miraba con asombro la tierra, que parecía curvarse por debajo de ellos como si fuera una enorme esfera.

—Ahora observa —le dijo el santo, señalando una enorme metrópoli, cuyas calles bullían con un enorme y alegre gentío de hombres, mujeres y niños; una ciudad muy poblada de cristal, acero y minaretes altísimos que abarcaban las dos orillas de un gran río y se extendían hacia un desierto ilimitado—. Es la morada de los moros, antiguos enemigos de la cristiandad; tu gente los combatió durante setecientos años. Ahora verás su destrucción. ¡Mira! ¡Ahí!

Cortés miró donde le indicaba el santo y vio un par de temibles punzones, cada uno tan largo como un campo de justas, pasándoles por encima y descendiendo en arco hacia la ciudad, donde impactaron. Hubo dos explosiones de llamas, más brillantes que el sol, que rápidamente se fusionaron en una deflagración prodigiosa que deslumbraba y atontaba. El aire tembló como si ardiera y se fundiera, una nube gigantesca en forma de flor oscura creció en el cielo y un ruido como del Día del Juicio golpeó los oídos de Cortés con la fuerza de un puñetazo en la cabeza, dejándolo mareado.

El santo sonreía y reía.

—Mira cómo el Señor ha afligido a sus enemigos —le dijo, y volaron acercándose a la sombra humeante del río, cuyo

caudal se había secado; la ciudad había dejado de existir, reducida a los retorcidos y destrozados restos de los edificios devastados. Torturados afloramientos de metal fundido y piedra y vidrio sobresalían de un campo de cenizas ardientes, sembrado de cadáveres ennegrecidos y contorsionados—. ¡Mira! Han sobrevivido unos cuantos —dijo el santo mientras volaban hacia las afueras de la metrópoli devastada, donde la gente corría gritando hacia el desierto, con la ropa pegada a la espalda, el cabello en llamas, la cara lívida de quemaduras—. Pero no vivirán mucho tiempo —añadió—, porque las explosiones transmiten un veneno terrible que despega la carne de los huesos y se come a un hombre por dentro.

—Santo Padre —dijo Cortés cuando se elevaban de nuevo hacia el cielo—, dadme armas como esas para que pueda serviros mejor.

—Tales armas no las tendrás tú sino tus descendientes —respondió el santo—, porque de tu empresa en las nuevas tierras crecerá una nación ingeniosa y poderosa que dominará el mundo y arrasará a todos los enemigos del Señor.

Cortés sintió una profunda decepción, algo que el santo pareció entender.

—No te lamentes, hijo mío, porque tu parte en esto es la más grande y noble. A causa de tu valor, a causa de tu astucia, a causa de la fuerza de tus manos, a causa de tu indomable voluntad, a ti y solo a ti concedo el honor de crear este maravilloso futuro en cumplimiento de la gloria del Señor. No obstante —añadió con un dejo sombrío de advertencia—, tu camino no será fácil y aún puedes fracasar. Has actuado con rapidez para destruir a quienes te hubieran destruido y te aplaudo por ello, pero quedan peligros mayores. Entre tus seguidores hay muchos cuyo corazón se acobarda con la perspectiva de una guerra contra Moctezuma, que tiemblan de miedo pensando en sus poderosos ejércitos, que en el fondo anhelan la seguridad de Cuba. Los has cautivado con tu elocuencia y tus promesas, y están dispuestos a marchar tierra adentro contigo, pero al menor contratiempo, y te enfrentarás a muchos, te darán la espalda y huirán, porque saben que las naves los aguardan, preparadas para zarpar.

Una profunda consternación amenazaba con desbordar a Cortés, porque en lo más hondo sabía que el santo tenía razón. Sus hombres tenían cualidades y de momento serían bastante

leales, pero eran amigos para las buenas épocas y, cuando llegaran las dificultades, muchos lo abandonarían si podían.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer, Santo Padre?

—Ya sabes la respuesta, hijo mío, porque he sembrado en ti la idea. —A su alrededor, mientras el santo hablaba, la escena había cambiado: el día se había convertido en noche y la máquina con alas en la que iban sobrevolaba en círculos la bahía de Villa Rica, donde la flota española estaba anclada bajo las estrellas.

Cortés recordó. La idea se le había ocurrido mientras metía prisas a Martín López, el carpintero de la expedición, para que terminara de reparar la *Santa Luisa* el 26 de julio. López le había dicho que solo podría cumplir el plazo si él y su equipo dejaban de trabajar en las demás naves. Cortés había estado de acuerdo y el carpintero había hecho honor a su palabra.

Ahora que la *Santa Luisa* había partido, reiniciarían las reparaciones del resto de la flota a la mañana siguiente, a menos que... a menos...

—¿Os referís a la idea de hundir nuestros barcos, Santo Padre?

San Pedro sonrió.

—¡Eso es, hijo mío! Si no quedan naves para regresar a Cuba, tus hombres no tendrán más remedio que conquistar o morir.

Algo perturbaba a su Caudillo, pero Malinali no logró convencerlo de que se lo contara. Estaba inquieto, decaído, de mal humor. Por las noches se revolvía, gimiendo con frecuencia en sueños y, tres días después de zarpar Puertocarrero, se había levantado de la cama en plena noche y no había vuelto. A la mañana siguiente lo había encontrado en su pabellón, enfrascado en una conversación con los otros capitanes y Martín López, el carpintero.

Aunque no lo demostrara abiertamente, Pepillo sabía que para Cortés había sido un duro golpe el complot de los velazquistas y que hombres como Ordaz, cuya lealtad creía haber comprado, hubieran estado dispuestos a traicionarlo. Lo que más lo torturaba al parecer era la idea de que otros pudieran en cualquier momento apropiarse de una nave, o

varias, y zarpar hacia Cuba para causarle más problemas.

Solucionó el problema de la manera más inesperada y propia de su osadía.

El 2 de agosto, que por casualidad era el décimo quinto cumpleaños de Pepillo, una semana después de que Puertocarrero y Montejo hubieran zarpado, después de muchas maniobras en la sombra con sus capitanes, que consintieron en que Martín López hiciera agujeros en el fondo de sus ya maltrechas naves castigadas por las tormentas, Cortés reunió a los hombres y anunció el desafortunado descubrimiento. A excepción de la *Gran Princesa de los Cielos*, la recién reparada carabela en la que había llegado Francisco de Saucedo de Cuba el 5 de julio, el resto de la flota, incluida su propia *Santa María*, no estaba en condiciones de navegar debido a una infestación galopante de broma, un molusco que excavaba galerías en la madera.

Era un engaño, por supuesto (de hecho, en castellano, «broma» equivalía a «burla»), pero puesto que las diez naves «infestadas» ya estaban medio hundidas, naufragando en la bahía, los hombres se dejaron convencer y no se quejaron cuando Cortés ordenó que las sacaran a la arena, las destruyeran y usaran la madera para terminar de construir Villa Rica. De este modo, remarcó, los conquistadores se ahorrarían el esfuerzo y el gasto de mantener unas naves inservibles y se beneficiarían de la incorporación de las tripulaciones, que sumaban cerca de un centenar de hombres, al grueso del ejército. Al igual que la madera, que estaría disponible inmediatamente para los trabajos de construcción, todas las partes recuperables de las naves —velas, jarcias, anclas, cadenas, cañones y otros aparejos— serían llevadas al promontorio y utilizadas en beneficio de Villa Rica o almacenadas para su uso posterior.

—Ha llegado la hora de ir tierra adentro, hacia Tenochtitlán —dijo Cortés—, y visitar a Moctezuma.

Todos sabían que «visitar a Moctezuma» era un eufemismo. Quería decir que tomarían la capital mexica. Hubo un gran aplauso.

—No lamentemos la pérdida de nuestra flota —prosiguió el Caudillo—. ¿Para qué nos habrían servido las naves, de todas formas? Si tenemos éxito en esta gran empresa de la conquista, no las necesitaremos, y si fracasamos estaremos demasiado tierra adentro para llegar a la costa. Tened confianza. Una vez

puestos manos a la obra, mirar atrás es fracasar. En cuanto a mí, me quedaré en esta tierra mientras quede un solo hombre para hacerme compañía. Si hay alguien tan cobarde como para achicarse ante el peligro, dejemos que vuelva a casa, en el nombre de Dios. Queda todavía una nave. Que la tomen y vuelvan a Cuba. ¡Allí podrán contar cómo abandonaron a sus camaradas y esperar pacientemente hasta que volvamos cargados con el botín de los mexicas!

Pepillo recordó con una sonrisa cómo habían respondido los hombres. Ninguno había votado a favor de volver a Cuba.

—¡A México! —habían gritado todos—. ¡A México!

Era 16 de agosto y habían pasado dos semanas desde que habían sonado aquellos audaces gritos. Todos los preparativos para una gran expedición de conquista estaban listos y todos los hombres se hallaban en el lugar de reunión de Villa Rica. Más de ochenta de los quinientos expedicionarios habían muerto a causa de heridas, fiebre biliosa o disentería desde Potonchán, pero las filas del ejército se habían recuperado con la incorporación del centenar de marinos de las naves perdidas y los sesenta mercenarios que había traído Saucedo. En total eran unos quinientos ochenta hombres. De estos, doscientos treinta, comandados por Juan de Escalante, se quedarían para proteger Villa Rica. Muchos de ellos estaban todavía demasiado enfermos o gravemente heridos para ser de utilidad en combate. Los otros trescientos cincuenta, en buen estado de salud y con el apoyo de mil guerreros totonacas y otros tantos porteadores, se organizaron para iniciar la incursión. Tanto los totonacas como el propio Cortés estaban convencidos de que los enemigos acérrimos de Moctezuma, los tlaxcaltecas, se les unirían, así que en primer lugar irían a Tlaxcala para conseguir aliados y aumentar su fuerza.

Con la espada nueva a la cintura en una vaina sujeta a un cinturón de piel y *Melchor* brincando a su lado, Pepillo se acercó a abrazar a Escalante.

—Gracias, Juan, por todo lo que habéis hecho por mí —le dijo—. Nunca lo olvidaré.

—¡No dejaré que lo olvides, muchacho! —sonrió el capitán—. Tengo intención de volver a verte bastante pronto.

Mientras tanto, ¡sigue practicando con la espada! Estoy seguro de que Bernal Díaz estará dispuesto a entrenar contigo y, si tienes ocasión, a ver si hablas con don Pedro de Alvarado para que te dé algunas clases. Es el mejor espadachín que conozco de este y de cualquier otro ejército...

—No tanto como vos, Juan —protestó Pepillo.

Escalante hizo una mueca.

—Qué va —dijo—. No soy rival para don Pedro, ni siquiera cinco hombres lo son. Por fortuna no tendré que luchar con él porque somos amigos. —Le dio una palmada en el hombro—. Ahora vete, muchacho. Es hora de partir.

—¿Estaréis a salvo aquí, Juan?

Escalante miró la resistente empalizada que rodeaba Villa Rica, con cañones situados en puntos estratégicos de las almenas.

—Estaré más seguro que tú, Pepillo, pero por Dios que desearía poder acompañarte. ¡Nuevas tierras para conquistar! ¡Grandes aventuras que correr! ¡En lugar de eso estaré atrapado aquí, haciendo de aya para los enfermos y los heridos!

Cortés se había acercado a ellos silenciosamente.

—Mucho más que eso, Juan —lo interrumpió—. Villa Rica legitima toda la expedición. Necesitamos una base fuerte en la retaguardia que mantenga las líneas de abastecimiento para nosotros y para retirarnos en caso necesario, y me hace falta un hombre fuerte para eso, un hombre en el que pueda confiar completamente.

—Y por desgracia me habéis escogido a mí —refunfuñó Escalante.

—Confío en vos más que en nadie, Juan, pero no estaréis aquí mucho tiempo, os lo prometo. Cuando lleguemos a Tenochtitlán, haré que os releve otro comandante y podréis reuniros con el resto tierra adentro.

Los dos capitanes se despidieron y Pepillo abrazó de nuevo a Escalante. Era doloroso tener un padre, mentor y guía por primera vez en la vida y verse obligado a separarse de él tan pronto.

—Vete, muchacho —insistió Escalante—. Es hora de partir. —Empezó a alejarse pero volvió la cabeza y le dijo—: Recuerda, Pepillo, que si algo me pasara todo lo que tengo es tuyo. Godoy tiene los documentos.

Pepillo asintió, con la garganta demasiado constreñida

para hablar. Hizo una seña a *Melchor* para que lo siguiera y se reunió con Malinali mientras Cortés montaba en *Molinero*, desde donde dio un último y breve discurso a los hombres.

—La nuestra es una empresa santa y debemos conquistar esta tierra o morir. Pero os aseguro que nuestro bendito Salvador y el propio san Pedro harán que salgamos victoriosos de todas las batallas contra nuestros enemigos. De hecho, esta seguridad debe ser nuestro refugio, puesto que carecemos de cualquier otro aparte del que nos aportan la divina providencia y nuestros fuertes corazones.

Dicho esto, con Malinali y Pepillo caminando junto a sus estribos, Cortés condujo a su pequeño ejército pasando por delante del patíbulo, donde todavía colgaban pudriéndose los cadáveres de Escudero y Cermeño, hacia la lejana cordillera de Tlaxcala. Más allá de aquellos altos picos, el premio en oro de Tenochtitlán se ocultaba como el Grial, prometiendo riqueza y poder inimaginables o una muerte terrible a quienes osaran buscarlo.

TERCERA PARTE

24 de agosto de 1519 - 2 de noviembre de 1519

32

Martes, 24 de agosto de 1519 - Sábado, 28 de agosto de 1519

Una calzada directa y rápida, patrullada por guardias de Moctezuma, iba desde Huitztlán, pasando cerca de la colonia de Villa Rica de la Veracruz y luego por la sagrada ciudad de Cholula, hasta Tenochtitlán. Si los españoles y sus asistentes totonacas hubieran escogido esa ruta y avanzado a marchas forzadas, suponiendo que ninguna emboscada los retrasara, habrían podido llegar a la capital mexica en cuatro o cinco días, evitando por completo el estado libre de Tlaxcala. Además, Cortés no había olvidado el sueño que san Pedro le había enviado a mediados de mayo, cuando todavía estaban acampados en las dunas de Cuetlaxtlán (el sueño en que el Santo Padre le había especificado que debía ir a Tenochtitlán «pasando por una ciudad llamada Cholula, una ciudad vasalla de los mexicas; preparo una gran victoria para ti allí»), y tenía toda la intención de obedecer sus órdenes de ahí en adelante. Sin embargo, estaba decidido a visitar antes Tlascala, porque esperaba conseguir aliados fuertes que lo apoyaran en las batallas venideras. La ruta de marcha propuesta por Meco, a quien el cacique gordo había puesto al mando de los guerreros y los porteadores totonacas, evitaba zonas de mucha concentración de poder mexica y llevaba durante la mayor parte

del tiempo por un paisaje montañoso y deshabitado. Había sido un trayecto largo y complicado, que había expuesto a la tropa a muchas incomodidades: niebla helada, lluvia, granizo y una serie de puertos a mucha altitud. Por fin, la mañana del martes 24 de agosto, tras una ardua caminata de ocho días, descendieron hacia un valle cálido y agradable, dominado por la ciudad de Xocotlán, el último puesto de avanzada mexica antes de la frontera tlaxcalteca.

Puesto que en Xocotlán había una guarnición mexica numerosa, el consejo de Meco fue proseguir directamente hacia Tlaxcala, la capital tlaxcalteca: un viaje de sesenta kilómetros; menos de dos días de dura marcha. Pero los hombres necesitaban descanso, así que Cortés rechazó el consejo y eligió a dos emisarios, Mamexi y Teuch, ambos jefes menores totonacas por derecho propio, a los que mandó a Tlaxcala aquella misma mañana con regalos, un mensaje de amistad y solicitando específicamente su paso seguro.

Casi tan gordo como Tlacoch, el jefe de Xocotlán era un hombre truculento e irritable llamado Olintecle. Al principio se mostró hostil, pero al cabo de una hora cambió el ceño fruncido por una sonrisa y les ofreció comida y hospitalidad. Aquel repentino cambio de actitud despertó las sospechas de Cortés, pero Malinali siguió tranquila. Los espías mexicas, que estarían en contacto diario con Tenochtitlán gracias a los mensajeros de relevos, tenían que haberlos seguido desde la costa, dijo, e indudablemente tenían instrucciones de que los españoles recibieran un buen trato.

—Moctezuma cobarde. Se asustó. Cambia de idea sobre qué hacer. Ahora os cree dioses, ahora hombres. Primero quiere mantener lejos, luego traer a Tenochtitlán y tratar allí con vosotros. Cobarde. Se cree a salvo en su ciudad. A lo mejor cuando estemos allí piensa cortar los... —Buscó la palabra—: Calzadas que son puentes...

—Viaductos —sugirió Cortés.

—Sí, viaductos. ¡Los corta! ¡Nos rodea! Sus ejércitos muchos; nos atrapan en calles estrechas, no buen lugar para nuestra caballería, y destruir.

—Destruye —la corrigió Cortés.

—Sí, destruye. Ese su plan. Así que seguros, digo, hasta que Moctezuma tenga donde nos quiere.

Como sucedía cada vez con mayor frecuencia, Cortés

encontró convincentes los argumentos de Malinali. Puede que fuera mujer, puede que no hablara bien el castellano, aunque mejoraba día a día, pero era calculadora e inteligente. Si tenía razón, y a él le parecía que la tenía, era urgente que los españoles reclutaran aliados fuertes y más resueltos que los totonacas antes de llegar a Tenochtitlán. De ahí la importancia de Tlaxcala, con reputación de belicosa e implacable enemiga de Moctezuma.

Una vez más, sin embargo, Malinali no estuvo de acuerdo con Meco, que estaba seguro de que los tlaxcaltecas estarían encantados de aliarse con Cortés contra los mexicas.

—Los tlaxcaltecas son pueblo de montaña. Tercos, piensan por ellos, feroces defienden tierra tlaxcalteca. Si deciden tu enemigo, y a lo mejor ya han decidido tu enemigo, luchan y luchan duro.

Los totonacas eran un pueblo cobarde y taimado, en opinión de Chicotenga, y nunca había confiado en ellos.

—Propongo que matemos a esos dos —dijo a los senadores reunidos—, y si los hombres blancos cruzan nuestra frontera, propongo que los matemos también.

Atados de pies y manos en el suelo del senado, Mamexi y Teuch, los dos emisarios totonacas, se revolvieron incómodos. Los jefes, con algunas canas, eran vasallos del gordo Tlacoch de Cempoala, a cuyo nombre habían apelado como si fuera mágico. Evidentemente, no esperaban que los hicieran prisioneros y les dieran una paliza cuando habían llegado a Tlaxcala a última hora de la tarde después de caminar un día y medio desde Xocotlán. Mamexi estaba tan descompuesto que sollozaba como un niño; las lágrimas le corrían por las mejillas y moqueaba.

—Yo propongo que actuemos con más templanza —dijo el padre de Chicotenga, conocido por todos, para evitar confusiones, como Chicotenga el Viejo—. Los hombres blancos aseguran que quieren la paz con nosotros; de hecho, aseguran que quieren ayudarnos en nuestra... —Hizo una pausa y miró a los totonacas—: ¿Cómo lo ha dicho el jefe de los hombres blancos? —les preguntó.

Mamexi, que tenía unas orejas grandes y la barbilla puntiaguda de una rata trepadora chiapaneca, estaba demasiado

desquiciado para hablar, pero Teuch, estólido y práctico, se dominaba mejor.

—El señor Cortés —balbuceó— nos pidió que te dijéramos que viene para ayudar a Tlaxcala en su heroica lucha contra el tirano Moctezuma.

—No veo ningún ataque en eso —dijo el jefe más anciano —. Yo digo que recibamos a ese Cortés para saber más.

—No necesitamos su ayuda, padre —dijo Chicotenga—. Además, no me creo esas palabras dulces. Mis espías han estado observando a los extranjeros desde que acamparon por primera vez en la arena, cerca de Cuetlaxtlán...

—Donde imprudentemente escogiste luchar contra ellos —lo cortó Chicotenga el Viejo—, y mataron a tu amigo Acolmiztli. Desde entonces estás resentido contra esos extranjeros. Intenta dejar tus sentimientos a un lado y escoge una política en interés de Tlaxcala.

—Eso hago, padre, y repito que hemos vigilado de cerca a los pieles blancas desde Cuetlaxtlán. Nuestros espías los siguieron cuando se trasladaron a Cempoala y Huitztlán, y ahora los tenemos en Xocotlán. Todo este tiempo los han servido los mexicas y sus esclavos totonacas y han recibido a tres embajadas del más alto rango procedentes de Tenochtitlán, de una de las cuales formaba parte el príncipe Cuauhtémoc. Ahora los hombres blancos tienen sus fuerzas en Xocotlán, cerca de nuestra frontera, donde los tratan como huéspedes de honor por orden del propio Moctezuma. No tiene sentido que estén allí, disfrutando de la hospitalidad del tirano, sin que la guarnición los moleste, si realmente han venido para ayudarnos a luchar contra él. ¿No será verdad más bien lo contrario? ¿No habrán venido a ayudar a Moctezuma contra nosotros?

—El señor Cortés es muy astuto, señor —se atrevió a interrumpir Teuch—, pero hemos llegado a confiar en él. Su intención es destruir a Moctezuma.

—¿Y va a hacerlo con cosas como estas? —Chicotenga bufó, recogiendo el largo y reluciente cuchillo de metal que los emisarios habían traído como regalo, así como un extraño arco con una cuerda tan tensa que era imposible tensarla con la mano.

—Con estas y con otras cosas, señor. Con cosas que ellos llaman «arcabuces», de las que sale el trueno y el rayo para matar a sus enemigos.

—Hay quien dice que esos «arcabuces» son serpientes de fuego —comentó el venerable Maxixcatzin, que servía a ambos Chicotengas—. Me han contado que mataron a miles de mayas con ellos en Potonchán.

—Y hemos visto que cabalgan a lomos de huemules y llevan armadura de metal —añadió Árbol. Se había recuperado de las heridas sufridas meses antes en la pelea de la playa de Cuetlaxtlán, pero le había quedado como recuerdo de esa noche una cicatriz espantosa en la parte izquierda de la cara—. Algunos dicen que son *tueles*. —Con un pie desnudo empujó a Mamexi—. ¿Vosotros que decís, totonacas? ¿Son *tueles* esos extranjeros?

Una vez más fue Teuch quien respondió.

—Seguro que son *tueles*, señor. Son los *tueles* que capturaron a los recaudadores del gran Moctezuma y ordenaron que nadie de las colinas ni de las ciudades totonacas pagara impuestos ni mandara nunca más sacrificios a los mexicas. Son los *tueles* que expulsaron a nuestros *tueles* de nuestros templos y pusieron allí a los suyos. Son los *tueles* que conquistaron Potonchán y Cintla. Tienen mucha fuerza, esos *tueles*. Nadie puede contra ellos.

Chicotenga estaba harto de aquella cháchara de mujeres. Lo que su padre había dicho era cierto. Odiaba a los pieles blancas profundamente desde que uno de pelo dorado había matado a Acolmiztli en la playa de Cuetlaxtlán y, cuanto más oía hablar de ellos, menos le gustaban. ¡No eran *tueles*! Eran invasores, intrusos, impostores. No tenían derecho a estar allí, cabalgando con armadura de metal a lomos de huemules, desplegando temibles armas desconocidas, dedicándose a un doble juego con los mexicas y atemorizando y dando órdenes a otros pueblos de aquella tierra.

Pasó el pulgar por el filo del largo cuchillo de metal, tan largo como la pierna de un hombre, afilado como la obsidiana, pesado y tremendamente resistente. Residía en él un poder latente, frío como el de una serpiente letal; el poder con el que el enemigo había destripado y ensartado a su amigo Acolmiztli hasta ahogarlo en su propia sangre.

Salida de ninguna parte, una premonición espantosa sacudió a Chicotenga. Aquellos extranjeros estaban allí para destruir a Moctezuma, como ya habían alardeado que harían, pero no se contentarían con eso. A menos que los pararan, y que

lo hicieran inmediatamente, barrerían todo el territorio y los destruirían a todos. Los mayas, los totonacas, los tlaxcaltecas, los huexotzincos, los texcocanos, los tacubanos, los otomíes, incluso los chichimecas en sus remotos desiertos, todos caerían, los esclavizarían a todos, los humillarían a todos y nunca volverían a levantar cabeza.

Como el objetivo declarado del avance implacable de los extranjeros y el mayor poder de México era Moctezuma, por encima de todos los demás, él tenía la responsabilidad de enfrentarse a ellos y expulsarlos. En lugar de combatirlos, sin embargo, el cobarde insensato había entablado amistad con ellos, les había hecho regalos, les había mandado como embajador a su sobrino Cuauhtémoc y había obligado a sus vasallos a proporcionarles guerreros y porteadores.

Chicotenga fue consciente de que acababa de tomar una decisión y ya ni su padre, ni Maxixcatzin ni ningún otro senador iban a hacerle cambiar de idea. Se levantó y dio vueltas alrededor de los emisarios, encogidos de miedo.

—¡Habéis venido aquí con las mentiras y falsedades de ese traidor Moctezuma! —exclamó furioso—. Y nos decís que nadie puede con esos a los que llamáis *tueles*. ¡Pero los tlaxcaltecas podremos! Vamos a matar a vuestros supuestos *tueles* y nos comeremos su carne. Entonces veremos si son tan fuertes como aseguráis.

Después de su espectacular victoria sobre los mexicas, seis meses antes, que había sido suya puesto que él la había planeado y preparado, dirigido el ataque decisivo y vencido en combate a Cuauhtémoc —aunque por desgracia no lo hubiera matado—, la posición de Chicotenga era más elevada que nunca. Era rey e hijo de un rey, y aunque su anciano padre seguía ocupándose de los asuntos civiles, del comercio, los negocios y las cuestiones legales, de las costumbres y la religión, el hecho era que él, Chicotenga el Joven, era el rey de la batalla de los tlaxcaltecas y su opinión tenía más peso que ninguna cuando se trataba de la guerra.

—Los pieles blancas no son *tueles*, son hombres —dijo, dirigiéndose a todos y cada uno de los treinta senadores—. Lo sé porque he luchado contra ellos como han hecho también Árbol, Chipahua e Ilhuicamina, y todos decimos que son hombres y que son peligrosos como hombres, no como dioses. Poseen una fuerza militar apoyada por los vasallos de nuestro enemigo

declarado. Yo digo que no podemos ni debemos darles la bienvenida. Digo que el único modo honorable de actuar que tenemos es combatirlos a muerte si se adentran un solo paso en nuestro territorio.

Como Chicotenga esperaba, Árbol, Ilhuicamina y Chipahua lo secundaron sin titubeos. Los tres habían sufrido heridas en combate contra el guerrero piel blanca en la playa de Cuetlaxtlán, y hasta hacía poco Árbol e Ilhuicamina no habían recuperado plenamente sus facultades después de una larga estancia en la enfermería. Sabían del modo más directo posible lo peligrosos que eran los pieles blancas, y su opinión tenía peso entre los senadores, que, uno por uno, votaron a favor. El padre de Chicotenga fue el último en avenirse a que hubiera guerra en caso de que los extranjeros cruzaran la frontera tlaxcalteca.

—Mi joven hijo —dijo, repitiendo deliberadamente las palabras de su famosa canción—, tú diriges a los hombres. No me interpondré en tu camino pero temo que esta sea una decisión que llegues a lamentar. Ahora eres intrépido y confías mucho en ti, pero dime, si pierdes en el campo de batalla, ¿qué propones que hagamos entonces?

—Somos tlaxcaltecas luchando por nuestra tierra. No perderemos.

—Y si, a pesar de eso, esos hombres blancos te vencen, ¿qué harás?

—¿Qué quieres que haga, padre?

—Tomarlo como una señal de los dioses de que la causa de los hombres blancos es justa, y si tienen verdaderamente la intención de marchar contra Moctezuma debes marchar a su lado.

Chicotenga sonrió.

—Acepto, padre... ¡pero no nos derrotarán!

—Mientras tanto, ¿qué hacemos con estos totonacas? —preguntó Maxixcatzin, señalando con su bastón de mando a los dos emisarios atados en el suelo.

—Meterlos en el corral de engorde mientras preparo el ejército —respondió Chicotenga—. Los sacrificaremos y nos comeremos su carne con chiles antes de mi partida.

Árbol cortó el agudo chillido de Mamexi con una patada en el vientre.

—Basta de lloriqueos o te sacrifico ahora mismo —le dijo el corpulento tlaxcalteca.

—¡No me gusta nada estar aquí! —dijo Pepillo.

Era viernes 27 de agosto, su cuarto día en Xocotlán, y exploraba la ciudad con Malinali y *Melchor* a su lado con el pelaje erizado. Se encontraban en una gran plaza con una pirámide pequeña coronada por un templo al norte y otros tres templos a ras de suelo al este, oeste y sur. Frente a la escalera de la pirámide y de cada templo había enormes montones de cráneos humanos, tan bien ordenados que se podían contar. A Pepillo se le daban bien los números y los volúmenes, así que calculó que los cuatro montones sumaban en conjunto más de cien mil calaveras.

Había además otras colecciones espeluznantes de restos humanos: una pila de fémures y una macabra exposición de sartas de cráneos y huesos, algunos con carne todavía pegada, entre postes de madera, vigiladas por tres sacerdotes sucios y con el pelo largo apelmazado por la sangre seca.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Pepillo, que sentía náuseas.

—Ocurre lo mismo en todo México —contestó Malinali—, en todos lugares lo mismo. Nuestros dioses son demonios. Se han metido en nuestra mente y nos han vuelto locos. Nos hacen matarnos unos a otros en su nombre. Por eso Cortés ha sido enviado a nosotros, para parar todo esto.

Tras la debacle de las celebraciones del solsticio de verano, Moctezuma había convocado a Acopol para pedirle explicaciones. El hechicero, que había acudido desde Cholula, no parecía preocupado.

—Quédate en tu palacio, Gran Orador —le dijo—. Aquí estarás a salvo de la bruja. No te aventures más allá de estos muros hasta que descubra su escondite y la mate.

Acopol había husmeado por todo el palacio, de hecho por todo el recinto sagrado, incluso había subido a la gran pirámide del templo del Colibrí, sin encontrar ni rastro de ella. Luego había pasado tres días recorriendo las calles de Tenochtitlán, pero, terminadas sus pesquisas, hubo de admitir que la bruja no estaba en la ciudad.

—Parece, señor —sugirió—, que después de atacarte en Teotihuacán no volvió aquí.

—Entonces, ¿adónde ha ido? —gritó Moctezuma.

Acopol se encogió de hombros.

—Tengo grandes poderes, Gran Orador, que provienen del mismo dios, pero no puedo buscar en todo el mundo a esa niña bruja. Cuando vuelva la encontraré. Hasta entonces, te pido que te quedes aquí, donde mis hechizos de protección te mantendrán a salvo, hasta que termine la gran tarea con la que el dios me honró en Cholula. Lo que he puesto en marcha en esa ciudad asegura la completa destrucción de los pieles blancas, pero dependo de ti y de tus ministros para atraerlos hasta allí.

—Ya los he invitado a venir a Tenochtitlán —dijo Moctezuma—. Les he ofrecido guías y la calzada más directa pasa por Cholula, pero no podemos obligarlos a tomarla.

La expresión de Acopol heló a Moctezuma hasta los huesos.

—Tienen que tomarla —dijo en tono siniestro—. Tienen que pasar por Cholula, porque si no lo hacen no podremos satisfacer los deseos del dios...

Ahora, sesenta días más tarde, el problema que Moctezuma había previsto era una realidad. Como sabía por los informes diarios que de sus espías le traían los corredores de relevos, los *tueles* habían dejado tropas para proteger la ciudad que habían construido en la costa y se habían aventurado hacia el interior, rechazando toda oferta de guía y, en lugar de la calzada rápida y directa que los habría hecho pasar por Cholula, habían escogido viajar por una ruta de montaña, tortuosa y difícil. A su debido tiempo, esa ruta los había llevado a la fortaleza mexica de Xocotlán, gobernada por Olintecle, vasallo de Moctezuma, donde se habían instalado disfrutando de la lujosa hospitalidad y los regalos que Olintecle debía proporcionarles. Desde Xocotlán se llegaba con facilidad a Cholula, pero los alarmantes informes de los espías indicaban que no era allí donde los *tueles* pretendían ir. En lugar de eso, por lo visto, planeaban desviarse hacia las tierras de los odiosos tlaxcaltecas.

La perspectiva de una alianza entre tlaxcaltecas y *tueles* le heló la sangre a Moctezuma, que envió un mensaje urgente a Olintecle para que los disuadiera. En aquel momento estaba

sentado en su palacio, taciturno, a la espera de enterarse del resultado.

Con un mínimo de un día y medio de viaje en cada sentido y un día para deliberar, Mamexi y Teuch tendrían que haber vuelto a Xocotlán el sábado 28 de agosto. Como no se presentaron, Cortés convocó a sus capitanes y les dio órdenes de que el ejército estuviera listo para partir hacia Tlaxcala en el plazo de dos días, por la mañana del lunes. Olintecle se enteró y fue a insistirle, por boca de Malinali, que no fuera a Tlaxcala en ningún caso, porque los tlaxcaltecas eran enemigos de Moctezuma. En su opinión, para entonces ya habrían matado a Mamexi y Teuch y, prevenidos, se estarían preparando para atacar a Cortés. Sería mucho mejor para los españoles, sugirió el jefe, que evitaran por completo el territorio tlaxcalteca y pasaran por la ciudad de Cholula, cuyos habitantes eran aliados firmes de los mexicas y les darían la bienvenida.

Hablando por medio de Malinali, a quien ayudaba a traducir Pepillo, lo que mejoraba y hacía más comprensible su castellano, Meco planteó el punto de vista contrario.

—No te arriesgues —le advirtió—. Los de Cholula son traicioneros y Moctezuma tiene en su ciudad una guarnición grande, mucho más grande que esta de Xocotlán, mientras que los tlaxcaltecas siempre han luchado para mantener su independencia. Son sinceros e intrépidos, y son amigos nuestros. Mamexi y Teuch simplemente se habrán extraviado y no tardaremos en volver a verlos. Si cambias de planes ahora, Cortés, parecerás débil. Tenemos que ir por Tlaxcala.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Cortés a Malinali esa noche cuando estuvieron solos.

—Como te he dicho antes, los tlaxcaltecas son... —buscó la palabra— son *imprecibles*. Meco confía demasiado en su amistad con totonacas.

—Impredecibles. ¿Y Cholula?

—Parece plan retorcido de Moctezuma. Quizás alguna prueba. Cholula está consagrada al dios Quetzalcóatl, que teme

que ser tú. A lo mejor quiere ver qué pasa cuando llegues allí. A lo mejor espera que el dios Colibrí le mande señal para saber cómo obrar a continuación.

Una vez más, Cortés se acordó del sueño en que el Santo Padre le había prometido una gran victoria en Cholula. Era interesante enterarse por Malinali de que aquella ciudad estaba consagrada a Quetzalcóatl.

—¿Podrían llegar a ser los cholulanos aliados nuestros? —le preguntó.

—No creo. Son los... ¿cómo decís?, los... perros falderos de Moctezuma. Le tienen demasiado miedo para ser aliados tuyos, pero tlaxcaltecas... tal vez. ¿Quién sabe? Están locos. Pueden combatir a ti o unirse a ti.

—Bueno, san Pedro y mi inteligente Malinali siempre me aconsejan con honestidad —dijo Cortés, atrayéndola hacia sí. Estaba más decidido que nunca a visitar Cholula, pero igualmente seguro de que acertaría si visitaba antes a los tlaxcaltecas.

—Esposo, ten piedad —dijo Xilonen—. Tienes muchos defectos pero no eres un matón.

Habían hecho el amor en el jardín del terrado del palacio y estaban acostados en su alcoba privada, cotemplando entre las hojas las profundidades cuajadas de estrellas del cielo nocturno. Xilonen dobló una larga pierna desnuda, ligeramente húmeda de sudor a pesar del aire fresco, y apoyó la rodilla en el vientre lleno de cicatrices de Chicotenga.

—Te lo ruego, esposo, deja que se marchen. Puede que los totonacas sean débiles, pero nunca han sido enemigos nuestros. Ya has mantenido en prisión a sus enviados tres días, pero sacrificarlos porque no te gusta el mensaje que nos trajeron no es digno de ti. Algo así me lo habría esperado de Moctezuma. No te degrades rebajándote a ese nivel.

Chicotenga suspiró. Siempre era más susceptible a la amable persuasión de su mujer cuando lo había satisfecho por completo.

—¿Por qué no debería sacrificarlos? —se quejó—. Vinieron aquí con la idea de traicionarme...

—¿Qué traición? —resopló ella—. Te ofrecieron una

alianza, no un veneno.

—La oferta en sí era el veneno... para que confiemos en lo mismo de lo que debemos sospechar.

—¡Bah! —Xilonen rodó sobre sí misma para ponerse encima de él—. ¡Demasiadas sospechas!

Chicotenga notaba la presión de sus senos y sus muslos firmes. Ella se apoyó en las manos y él vio el brillo de sus ojos oscuros mirándolo.

—Deja que esos pobres hombres se vayan —le susurró—. Es una nimiedad. Hazlo por mí. Los dioses te bendecirán.

—¡Ahora metes a los dioses en esto!

—Lo que sea para que funcione. Quiero que los liberes.

Por primera vez, Chicotenga pensó seriamente en la posibilidad. No ganaba nada sacrificando a los emisarios, pero tal vez saliera algo bueno de su liberación.

—Muy bien —le dijo a su esposa—. Si eso te complace los soltaré. Al parecer, no sé negarte nada.

—En tal caso, ¿puedo pedirte que prestes atención a otro asunto?

—Esposa —dijo bruscamente—, no abuses de mi paciencia.

—Es una cosa importante, estoy convencida de ello, así que estoy obligada a hablar.

—Habla, pues.

—No entables batalla con los pieles blancas. Encuentra un lugar neutral y habla con ellos. A lo mejor, después de todo, podrías considerar la alianza que te proponen.

—¡Oh! ¡Ya basta! —Chicotenga la apartó de encima y, cuando la tuvo de espaldas, le separó las piernas—. Aquí hay una cosa grande que me parece muy importante y que exige tu atención inmediata.

El aire de las montañas era fresco, las estrellas brillaban y el cielo era de un azul profundo. En el terrado de los alojamientos que Olintecle les había proporcionado, Malinali estaba acostada al lado de Hernán Cortés, el hombre al que había escogido como arma para su venganza contra los mexicas pero del que se había enamorado. Era, en todos los aspectos, el hombre más excepcional, extraordinario y contradictorio que

había conocido: tierno e imaginativo para el sexo, feroz en combate, inteligente y con sentido del humor, un amigo leal y un enemigo indomable, de corazón amable por naturaleza pero capaz de mostrar una tremenda crueldad cuando convenía a sus intereses.

—¿Qué plan tienes para cuando lleguemos a Tenochtitlán? —le preguntó.

Malinali le había descrito la capital mexica muchas veces: que estaba en medio de las aguas de un gran lago, con sus casas construidas en islas o sobre pilotes; que cada casa tenía un terrado que, levantando parapetos, podía transformarse en una fortaleza; que solo era posible aproximarse a la ciudad por tres calzadas que la conectaban con tierra firme, cada una con múltiples aberturas para permitir que el agua fluyera de una parte del lago a otra, y atravesada por puentes de madera que al ser retirados o levantados impedían la entrada o la huida.

La excepcional ubicación de Tenochtitlán no era el principal problema. Moctezuma había sufrido hacía poco un severo revés en la guerra contra los tlaxcaltecas; sin embargo, Malinali estimaba que todavía comandaba un ejército de al menos ciento cincuenta mil hombres y que podía llamar tal vez a otros cien mil de las guarniciones lejanas y de los estados vasallos, aparte de los mercenarios otomíes y chichimecas, que eran decenas de miles, a los que había contratado recientemente, según le habían informado.

Por tanto, Cortés sabía todo esto cuando, acostado junto a ella en la oscuridad, su duro cuerpo desnudo de piel blanca como el hueso todavía ajeno a ella, le contestó con calma.

—Si podemos seguir jugando bien nuestras cartas, como creo que hemos hecho hasta ahora, entraremos en Tenochtitlán como invitados de Moctezuma, sonrientes, intercambiando regalos, sabiendo todo el tiempo que pretende atraparnos y matarnos allí. Sin embargo, no permitiremos que eso ocurra. Una vez dentro de sus muros, será mi rehén, gobernaré su ciudad y su imperio y a todos sus ejércitos a través de él, y tomaré todo lo que le pertenece y lo haré mío.

La audacia y la simpleza de su estrategia dejó estupefacta a Malinali. Cortés no había insinuado nada de aquello hasta entonces y le pareció que realmente podría funcionar. Porque Moctezuma era un cobarde y por su temor supersticioso a los hombres blancos, pero sobre todo porque era un dictador

absolutista que concentraba todo el poder del Estado, era posible, si el Caudillo se enfrentaba a él con determinación y conseguía hacerlo prisionero y aterrorizarlo lo suficiente, que todo el Imperio mexica cayera en cadena, sin necesidad de asaltar su inexpugnable capital ni combatir contra sus innumerables ejércitos ni derramar una gota de sangre.

—Podría salir bien —susurró, pensando en voz alta.

—Claro que podría salir bien —dijo Cortés. Parecía completamente seguro.

Aunque entonces siempre lo parecía.

Chicotenga le dijo a Xilonen que mantuviera la cama caliente y fue a buscar a Árbol. Lo encontró en su casa, taciturno, bebiendo pulque en el patio. El gran guerrero vivía solo desde la repentina muerte de su esposa, un año antes. No habían sido bendecidos con hijos y Árbol se negaba incluso a tener criados que le hicieran la limpieza, así que su casa era un desastre y olía a rayos.

—Vamos —le dijo Chicotenga—. Necesito que me ayudes con algo.

—¿Una pelea? —dijo esperanzado Árbol.

—No. ¡Al menos no esta noche! Voy a hacer una cosa un poco rara y quiero que seas testigo.

—Casi todo lo que haces es raro, así que, ¿para qué quieres que lo vea? Déjame en paz. —Empinó el codo y tomó otro sorbo del lechoso licor.

—En serio, necesito que me ayudes —insistió Chicotenga —. Voy a dar a esos dos totonacas una oportunidad de escapar y sus guardias se sentirán mejor si estás ahí para verlo. Si no, a lo mejor tienen miedo de que los culpen.

—¿No ves que estoy bebiendo?

—Sí, y mucho últimamente. Vas a perder tu astucia en el combate si sigues así.

—¿Como la has perdido tú con toda esa compasión?

—Xilonen me ha convencido de que los libere —repuso con franqueza Chicotenga.

—Ahí lo tienes —refunfuñó Árbol—. Oigo el sonido de la astucia esfumándose. ¿Todavía vamos a combatir a los hombres blancos o también te lo ha desaconsejado?

—Si cruzan la frontera —dijo Chicotenga—. Vamos a combatirlos con todo lo que tengamos. —Sonrió de oreja a oreja —. Así que nos mantendremos los dos con la mente clara.

Fueron andando hasta los corrales de engorde, donde mantenían a cientos de prisioneros en jaulas de bambú y los alimentaban con una dieta especial para que estuvieran rollizos en el momento del sacrificio. Los dos emisarios totonacas tenían una jaula propia.

Chicotenga se llevó aparte a los guardias.

—Hablad bajo —les advirtió—. Una hora después de medianoche, cuando toda la ciudad duerma, quiero que dejéis escapar a los totonacas.

—¿Que los dejemos escapar, señor? Nos costará la vida.

—Os costará la vida si siguen aquí por la mañana — susurró Chicotenga.

—Sí, señor.

—Llevadles comida y decidles que tienen que comérsela. Decidles que van a sacrificarlos pasado mañana y que queremos que complazcan al dios. Cuando salgáis, dejad abierta la puerta de su jaula. Que parezca un accidente, pero aseguraos de que se den cuenta...

—Preferiríamos ponerlos bajo tu custodia, señor. Podrías liberarlos tú.

—Pensarían que me he ablandado y eso no nos ayudaría. Sabed que me habréis hecho un gran servicio si por la mañana esos hombres hace mucho que se han ido. Me ocuparé de que seáis bien recompensados. Árbol, aquí presente, declarará que no ha habido negligencia en el cumplimiento del deber por vuestra parte.

—Pero, señor...

—Basta de preguntas. Cuento con vosotros. Hacedlo.

—Hacedlo —tronó Árbol, inclinándose hacia los guardias.

Cuando hubieron asentido, Árbol cruzó el patio para acercarse a la jaula donde estaban encerrados los emisarios, cogió una antorcha encendida y la pasó entre los barrotes de bambú, iluminando a los aterrorizados prisioneros acurrucados en un rincón.

—Bastardos llorones totonacas —les espetó.

Mamexi chilló nervioso, mientras que su compañero Teuch se levantó.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó.

—Solo comprobar que vuestra carne está todavía fresca —dijo Árbol, y soltó una carcajada espantosa—. Pasado mañana, los sacerdotes os sacarán el corazón y los muchachos y yo nos comeremos vuestros muslos con chiles y frijoles antes de irnos a masacrar a esos *tueles* vuestros.

Mamexi sollozaba inconsolable.

—No hemos hecho nada.

Árbol arrojó la tea cerca de la puerta, donde brilló y parpadeó.

—¡Nos veremos pasado mañana en el desayuno!

—¿Qué les has dicho? —le preguntó Chicotenga al cabo de un momento, cuando se marcharon del patio de la prisión.

—Quieres que esos insensatos se escapen, ¿no? —dijo Árbol—. Así que les he dado un motivo y un poco de luz para que vean por dónde van.

33

Domingo, 29 de agosto de 1519 - Lunes, 30 de agosto de 1519

Las noticias de Xocotlán eran todo lo malas que podían ser. Los *tueles* se preparaban para marchar hacia Tlaxcala. Puesto que constantemente exigían oro, Olintecle había intentado hacer constar la desaprobación del Gran Orador reteniendo sus regalos, pero con eso solo había conseguido que adelantaran sus planes. Se marcharían con las primeras luces del día siguiente.

Furioso, Moctezuma mandó recado a su vasallo de que entregara más oro a los *tueles*. Los mensajeros llevarían la orden de puesto de relevo en puesto de relevo, corriendo sin parar toda la noche. Moctezuma había dejado claro que el equipo de corredores entero sería ejecutado si sus instrucciones no le llegaban a Olintecle antes de que los *tueles* emprendieran la marcha.

Al andar, los muslos de Olintecle entrechocaban, *plaf, plaf, plaf*. Aquel sonido anunció su llegada cuando entró en la plaza donde los conquistadores se estaban reuniendo la mañana del

lunes 30 de agosto. Era pronto, acababa de amanecer, el cielo estaba despejado aunque el aire era frío todavía y pequeños bancos de niebla rozaban el suelo aquí y allá. Olintecle llegó con regalos: una docena de collares, tres colgantes y unas cuantas figuras en forma de lagarto de oro puro; algo sorprendente, porque llevaba días evitando con educación las persistentes demandas de Cortés, que quería regalos para mandárselos al rey Carlos de España. Sin embargo, los motivos del cambio de actitud del jefe estaban meridianamente claros.

—No debes ir a Tlaxcala, señor Cortés —advirtió por boca de Malinali, con fingida preocupación—. Que tus emisarios no hayan podido volver es sin duda una señal de que el peligro te aguarda. Esos malvados salvajes los han asesinado y te asesinarán a ti si te adentras en sus tierras.

—El Señor es mi pastor —dijo Cortés—, ningún mal temeré. —Le entregó los regalos a Pepillo, que los guardó en las alforjas de *Molinero*.

—Además —insistió Olintecle—, el Gran Orador lo exige. Se ofenderá mucho si no visitas Cholula como ha ordenado.

—Mi enhorabuena al Gran Orador —repuso Cortés—, pero no recibo órdenes de nadie excepto de mi rey. Ya he tomado una decisión. —Le guiñó un ojo a Pepillo, quien, como habían acordado al ver acercarse a Olintecle, soltó la correa de *Melchor*.

El enorme perro saltó para olfatear la ingle del jefe, que rompió a sudar, se despidió precipitadamente y se marchó corriendo, *plaf, plaf, plaf*. Cuando se hubo ido, Pepillo llamó a *Melchor*.

Todo estaba listo para la partida. El padre Olmedo se puso delante para encabezar la marcha de Xocotlán. En tales ocasiones, el alegre fraile llevaba un estandarte con la cruz de Cristo bordada. Colgaba flácido, pero una suave brisa matutina hizo que la tela ondeara y restallara.

«Perfecto —pensó Cortés—. Una señal.» Se subió a la silla de *Molinero*, se levantó apoyándose en los estribos y volvió la cabeza para revisar las disciplinadas filas de aventureros. Con las cuatro monturas que había traído Saucedo y las seis que habían dejado con Escalante para defender Villa Rica, la caballería, punta de lanza de su ejército, estaba formada por dieciséis. La seguían los infantes, agrupados en siete compañías de cincuenta hombres, con el escudo, las armas y la armadura brillando al sol. Luego iban los perros en cinco jaurías de diez

animales, porque la mitad se habían quedado en Villa Rica. A continuación, pintados y emplumados, los mil guerreros totonacas aportados por el cacique gordo y, en la retaguardia, los *tamanes*, también mil de ellos, con los pertrechos y tirando de la artillería.

Cortés le hizo una señal a Olmedo, que se adelantó llevando en alto el estandarte, y gritó para que todos pudieran oírlo:

—¡Señores, sigamos el estandarte, el símbolo de la Sagrada Cruz; por esta venceremos!

Hubo un estallido de alegría y resonaron los pasos de los hombres marchando a pie. Con todos los habitantes de Xocotlán en hilera para verlos partir, los conquistadores se abrieron paso por las estrechas calles de la ciudad hacia el oeste, camino de Tlaxcala.

A una hora de marcha desde Xocotlán, Bernal Díaz, a la cabeza de pelotón más destacado de infantería, alzó la vista hacia un par de enormes puertas de madera fijadas en una gigantesca pared de cuatro metros y medio de altura, seis de espesor y más de cuatro kilómetros y medio de longitud. Cruzando el valle de extremo a extremo, patrullaban las almenas de esta impresionante fortificación, que señalaba la frontera con Tlaxcala, mil centinelas mexicas bien armados. Abrieron las puertas de buena gana, pero en cuanto los españoles entraron se encontraron con un segundo muro paralelo al primero cubriendo una longitud de cuarenta pasos, a modo de revellín. Aquel muro los obligó a girar a la derecha por un pasaje de diez pasos de anchura. Desde las almenas, los defensores podían lanzar una lluvia de flechas, lanzas y piedras a cualquier atacante que intentara forzar las puertas desde el lado tlaxcalteca.

—Gracias a Dios que no tenemos que abrirnos paso luchando —comentó Alonso de la Serna, mirando a los sonrientes centinelas armados hasta los dientes.

—Habríamos tenido unas cuantas bajas —observó Francisco Mibiercas.

—¡Más bien nos habrían borrado del mapa! —dijo Díaz, examinando los enormes bloques de piedra sin cemento en las

juntas con los que habían construido la descomunal fortificación —. Esto tiene que significar que los mexicas temen mucho a sus vecinos.

—Pues sí —convino La Serna saludando alegremente a los centinelas con la mano—. Así que esperemos que todo eso de que nos iban a recibir amistosamente en Tlaxcala sea cierto.

Díaz detestaba los espacios cerrados y sintió alivio cuando abandonaron la sombra del revellín. Sin embargo, sintió aprensión cuando miró el paisaje desierto y escabroso del otro lado. Era muy diferente de los prados agradables y los campos que rodeaban Xocotlán. El cielo parecía menos azul y el sol menos brillante. Aunque la herida de flecha en el muslo sufrida en Potonchán hacía mucho que se le había curado, sintió una repentina punzada de dolor. Se estremeció.

—¿Alguien ha caminado sobre su tumba? —le preguntó Mibiercas.

Díaz soltó una carcajada forzada.

—Todavía no me enterrarás —le dijo.

Al cabo de un momento, no se habían alejado del revellín doscientos pasos y aún no habían mandado exploradores, Díaz oyó aullidos y gritos débiles. Estaba de un humor sombrío, pero el tono de aquellas voces le sugirió terror. Mibiercas y La Serna también estaban escuchando y los tres amigos se miraron preocupados. Pronto la mitad del ejército trataba de ver a lo lejos, ansiosamente; se llevaron las manos a las empuñaduras de las espadas, enarbolaron lanzas y picas, los mosqueteros prepararon sus armas y los arqueros le dieron a la manivela de las ballestas.

La configuración del terreno se los había ocultado, pero ahora vieron dos indios en lo alto de una cuesta que avanzaban a traspiés entre los matorrales hacia los conquistadores. Tanta prisa tenían, tan a menudo volvían la cabeza para mirar por encima del hombro que chocaron, tropezaron y se cayeron dos veces antes de levantarse y seguir avanzando.

Cortés puso al trote a *Molinero* y no tardó en llegar a su lado. Les habían dado una paliza y estaban ensangrentados. Llevaban la ropa destrozada y el pelo enmarañado. Aun así los reconoció: eran Mamexi y Teuch, los enviados totonacas que había mandado a los tlaxcaltecas.

«¡Bueno, por lo menos hemos resuelto un misterio!», pensó. Pasó cabalgando a su lado y subió la cuesta mientras

Alvarado, Dávila, Olid y Sandoval se le unían al galope. Todos refrenaron la montura, buscando el horror, fuera cual fuese, del que huían aquellos dos, sin ver nada salvo kilómetros de terreno abrupto y desierto enmarcado por picos altos y dentados.

Los enviados estaban tan aterrorizados (Mamexi lloroso y Teuch paralizado) que apenas eran capaces de hablar. Poco a poco, sin embargo, gracias a la insistencia amable pero implacable de Malinali con ayuda de Pepillo, que traducía sus palabras al castellano con fluidez, contaron su historia.

Dos noches antes habían escapado del corral de engorde de Tlaxcala, donde los habían tenido encerrados tres días a la espera de ser sacrificados. Habían corrido al abrigo de la oscuridad, se habían escondido en una cueva durante todo el día siguiente y vuelto a correr por la noche, convencidos de que en cualquier momento los capturarían de nuevo, hasta que por fin se habían acercado al muro, y a la seguridad, esa mañana. Por lo visto, habían podido huir porque los tlaxcaltecas estaban tan ocupados con los preparativos para la guerra contra los conquistadores que sus carceleros habían cometido un descuido y se habían dejado la puerta abierta.

—De no ser por eso, esos demonios nos habrían matado —sollozó Mamexi, cuyos ojitos de rata tenían al parecer una reserva de lágrimas inacabable—. Querían arrancarnos el corazón del pecho. Querían comerse nuestra carne con chiles y frijoles.

—Pero ¿no les explicasteis que estamos de su parte —les preguntó Cortés—, que queremos ser sus amigos, que estamos tan en contra de los mexicas como ellos?

—Se lo explicamos —gimió Mamexi—. Se lo explicamos un centenar de veces, pero no nos creyeron. ¡Dijeron que estás confabulado con Moctezuma! ¡Dijeron que también te comerán!

—No todos estaban de acuerdo —terció Teuch, que iba recuperando la compostura—. Había opiniones diferentes. Chicotenga el Viejo quería la paz. Fue su hijo, Chicotenga el Joven, que convenció al Senado de que debían combatirte.

—Es el rey de la batalla de los tlaxcaltecas —explicó Meco, que había permanecido cerca.

—¿El hombre del que estabas tan seguro de que sería nuestro aliado? —preguntó Cortés, y soltó un bufido—. ¿Tan seguro que me hiciste rechazar la hospitalidad de Cholula para venir aquí?

—No entiendo qué ha salido mal, señor —dijo Meco—. Los tlaxcaltecas son nuestros amigos. Estaba seguro de que nos recibirían bien.

—¿Llamas a esto una bienvenida? —se carcajeó histérico Mamexi. Le enseñó los numerosos cortes y magulladuras que tenía—. Nos pegaron como si fuéramos ladrones. Nos humillaron. —Se volvió hacia Cortés y lo miró furibundo entre lágrimas—. Ten mucho cuidado, *tuele* —le dijo con voz quebrada—, son animales, esos tlaxcaltecas. Están movilizando todo su ejército contra ti. Tienen intención de combatirte a muerte.

Por un instante Cortés barajó la idea de dar la vuelta e ir a Tenochtitlán pasando por Cholula, puesto que eso era lo que san Pedro quería que hiciera, al fin y al cabo, pero la descartó. Iría a Cholula, desde luego, pero a su debido tiempo, cuando le conviniera, después de arreglar las cosas con los tlaxcaltecas, sin importar el desafío, sin importar el riesgo. Había apostado muy alto con Moctezuma, así que sería un desastre regresar o mostrar el menor signo de flaqueza o falta de determinación.

Sandoval, Alvarado y otros habían desmontado para escuchar el relato de los enviados.

—Señores —dijo Cortés—, ¡montad! Exploremos y veamos lo que nos espera.

Los soldados de infantería los seguían a marchas forzadas y ya estarían a unos diez kilómetros al oeste del muro, calculó Sandoval. Era pasado mediodía. Ocho caballeros, la mitad de la caballería, se habían quedado con la infantería, pero los otros ocho, Sandoval entre ellos, habían cabalgado al trote ligero durante más de una hora (los caballos podían continuar a aquel ritmo todo el día si hacía falta) y estaban a unos veinte kilómetros del muro.

Como siempre, Sandoval estaba contento de montar a *Llesenia*, la yegua que el Caudillo le había adjudicado en Potonchán y le había permitido quedarse desde entonces. Ortiz, al que apodaban el Músico, propietario del animal, no estaba tan contento con el arreglo, pero Cortés lo había sobornado para que lo aceptara. El hecho era que Ortiz era mal jinete, mientras que Sandoval había nacido para cabalgar.

Miró alrededor, disfrutando del paisaje; le recordaba por su belleza severa e indómita las remotas tierras de Cantabria. Un río tumultuoso de aguas espumosas corría por una honda garganta a un kilómetro y medio ladera abajo, y a lo lejos los picos aserrados y los altos acantilados inhóspitos abrazaban el cielo.

Era agradable, pensó, cabalgar libremente explorando terreno desconocido con hombres a los que admiraba, hombres que sabía que estarían a su lado a las duras y a las maduras en la consecución de una gran empresa. Cortés iba delante con *Molinero* y Alvarado a su lado con *Bucéfalo*, los dos grandes sementales juntos mientras sus jinetes hablaban y bromeaban. Detrás de ellos, en abanico, iban Olid, Velázquez de León, Morla, Morán, Dávila y el propio Sandoval.

De repente, Cortés se puso a gesticular, señalando algo. Un grupo de indios, unos cincuenta guerreros armados con lanzas y con plumas en la cabeza, recortados contra una cresta, a un kilómetro y medio de distancia. Los vieron solo un momento, pues desaparecieron tan repentinamente como habían aparecido.

Cortés y Alvarado espolearon los caballos y fueron tras ellos, cabalgando como demonios, a galope tendido, lanza en ristre. Con un estrépito de cascos, Sandoval y el resto los siguieron.

¡Qué condenadamente rápido corrían aquellos indios! Cuando Alvarado llegó a la cresta donde habían detectado a los guerreros, los vio al otro lado del páramo que descendía hacia un agradable valle alargado para volver a ascender hacia una segunda cresta más elevada, cerca de un kilómetro y medio más al oeste. Les llevaban una buena ventaja. Miró a Cortés, que cabalgaba a su lado.

—¿Los matamos o los atrapamos? —le gritó.

—Los atrapamos —repuso Cortés, con el viento en contra —. Queremos paz con ellos si podemos tenerla. —Alzó a propósito la lanza.

«Perfecto —pensó Alvarado, alzando la suya—, pero ¿qué haremos con ellos cuando los tengamos?» Miró hacia atrás y vio que Sandoval, Dávila y Olid estaban cerca; Morla, Morán y

Velázquez de León los seguían a corta distancia. Todos, siguiendo el ejemplo de Cortés, habían alzado la lanza.

Los indios eran muy rápidos corriendo, pero los caballos al galope lo eran mucho más y la distancia que los separaba se iba acortando rápidamente.

Alvarado sonrió, sabiendo el temor que los grandes caballos de guerra causaban en las mentes primitivas. Ningún jinete llevaba armadura completa, la coraza les había parecido suficiente para entrar en lo que consideraban, hasta que habían cruzado el muro, territorio amigo. Sin embargo, tanto él como Cortés habían tomado la precaución de ponerle la armadura completa a la montura antes de salir de Xocotlán aquella mañana, y lo mismo habían hecho Sandoval y Dávila. Las armaduras bruñidas, relucientes al sol, les daban un aspecto magnífico y sin duda terrorífico. Los caballos de Olid, Morla, Morán y Velázquez de León no llevaban armadura, pero los salvajes tendrían tanto miedo de los animales en sí que daría igual.

Manteniendo una sorprendentemente disciplinada formación de diez filas de cinco, los indios iban desnudos a excepción del taparrabos y las sandalias, con el cuerpo pintado de un rojo espantoso y plumas de un verde chillón en la melena negra. Todos llevaban lanza, daga a la cintura y su sencilla espada de madera con filo de obsidiana en una funda a la espalda. A diferencia de otros nativos a los que Alvarado había atropellado con *Bucéfalo*, no miraban ansiosamente atrás sino que parecían concentrados en la carrera, moviendo brazos y piernas con energía y avanzando muy rápido.

Cuando la distancia que los separaba se redujo a cien pasos y luego a cincuenta, Cortés indicó a los jinetes que se separaran en dos filas. Sandoval, Dávila y Velázquez de León lo siguieron a él hacia la izquierda; Alvarado, Olid, Morla y Morán fueron hacia la derecha. Galoparon paralelos a los flancos de los indios, reduciendo el paso cuando se pusieron a su altura. Unos cuantos guerreros se volvieron a mirarlos, pero sin pánico. En aquellos rostros fieros embadurnados con rayas de pintura negra y roja no había miedo alguno.

«Interesante —pensó Alvarado—. Puede que tengamos una lucha.»

—¡Eh! —les gritó Cortés como si pudieran entenderlo—. ¡Parad! Solo queremos hablar. No tenemos intención de haceros

daño.

Se pasó la lanza y las riendas de *Molinero* a la mano izquierda y alzó la derecha enseñando la palma en señal de paz. Sin embargo, los indios no le prestaron atención. Siguieron corriendo, ceñudos y silenciosos.

«Bah, una pérdida de tiempo», se dijo Alvarado. Con un empujón de rodilla envió a *Bucéfalo* hacia la izquierda, hacia el centro de la columna en movimiento, con intención de derribar a unos cuantos salvajes para que atendieran a razones. Sin embargo, eran asombrosamente ágiles; las filas simplemente se apartaron del caballo y, de repente, un indio grandote al que le faltaban los incisivos arremetió contra él con violentos golpes de espada. Alvarado se dio cuenta de que lo conocía. Era uno de los que habían luchado en la playa aquella noche, en Cuetlaxtlán. En ese momento uno de sus mandobles dio en las placas de acero de la capizana que protegía el cuello de *Bucéfalo* y lo obligó a apartarse, mientras otro golpe fallaba por poco su muslo sin armadura y se estampaba contra la pechera, justo delante de la silla de montar.

—¿Qué demonios? —gritó, espoleando al animal.

Dio la impresión de que los indios comprendían que no tenía sentido continuar huyendo, así que se detuvieron y, con disciplina, formaron rápidamente un círculo defensivo erizado de lanzas.

«Son auténticos soldados —pensó Cortés—, no como los mayas.»

La cresta hacia la que iban los indios quedaba aún a setecientos metros cuesta arriba, hacia el oeste, pero a pesar de que los habían pillado en campo abierto mantenían la calma, sin miedo. Cortés esperaba cogerlos con vida, así que volvió a hacerles signos de paz e indicó a sus jinetes que retrocedieran hasta formar una fila a cincuenta pasos por detrás de los tlaxcaltecas, porque suponía que eso eran, que blandían sus armas con gritos de guerra.

—Me parece que al menos uno formaba parte de la pandilla que intentó secuestrar a Pepillo en la playa de Cuetlaxtlán —informó Alvarado—. Si son ellos, saben luchar. ¿Los atacamos?

—Todavía no —dijo Cortés, y vio con el rabillo del ojo que Olid preparaba la lanza—. ¡No, Cristóbal! —le advirtió.

Sin embargo, Olid no le oyó. Cargó gritando contra los

indios, con los cascos de su yegua alazana levantando terrones. En el mismo instante, un guerrero alto y de constitución recia, con las largas trenzas de pelo negro sucias y enredadas y una gran cicatriz en el lado izquierdo de la cara, saltó fuera del círculo y corrió hacia él, cerrándole el paso con un grito terrible y un aspecto feroz. La yegua retrocedió relinchando antes de que pudiera dominarla.

—Es otro de esos bastardos contra los que luché en la playa —tuvo tiempo de decir Alvarado antes de que sucediera una cosa sorprendente, increíble, una cosa sin precedentes en todas las batallas que los españoles habían librado desde su llegada a las Nuevas Tierras.

Mientras Olid seguía intentando dominar su montura, el enorme indio, inesperadamente, dio un paso adelante, apoyó el peso del cuerpo en un pie, dio media vuelta girando su pesada espada de madera con los filos de obsidiana y le asestó al caballo un golpe terrible en el cuello sin protección, decapitándolo limpiamente. La cabeza cayó al suelo con un sonido sordo. De las arterias cortadas manó un chorro de sangre y su cuerpo se derrumbó tan rápido que Olid no pudo saltar a tiempo y quedó en el suelo, forcejeando sin éxito, con la pierna izquierda atrapada bajo el flanco de la montura.

Se intuía la tragedia. Cortés ya iba a galope tendido antes de que la yegua cayera. Apuntó con la lanza pero se conformó con embestir contra el atacante a lomos de *Molinero* logrando que el indio trastabillara hacia atrás cuando se disponía a matar a Olid, que seguía en el suelo. Una docena de indios salieron corriendo hacia ellos del círculo defensivo, con gritos de odio, pero los otros jinetes se lanzaron sobre ellos, barrieron sus lanzas insignificantes, mataron a cinco a lanzadas, dispersaron a los demás y cargaron, lanza en ristre, contra el grupo principal, empujando y clavando. En el pandemonio, Cortés se inclinó desde la silla y, con gran esfuerzo, liberó a Olid, pero al punto lo atacaron tres guerreros de cara pintada y mirada fiera, que, lejos de correr como había esperado, volvían a la carga. Desenvainó la espada, ensartó al primero y lo destripó. Mientras tanto, Alvarado, que había perdido la lanza, cabalgó con *Bucéfalo* entre los otros dos y les partió el cráneo con el bracamarte. Dávila recogió a Olid y lo puso en la silla, atravesado. Cortés recogió la lanza de Olid, porque Alvarado iba a necesitar otra, volvió a montar y gritó una orden al resto de la tropa para que se

retiraran.

Los hombres blancos cabalgaron cuesta abajo unos trescientos pasos antes de hacer que sus extraños huemules volvieran grupas y formaran nuevamente una fila.

—Bien —dijo Árbol—, ahora sabemos que son mortales... al menos sus huemules. —Examinaba los dientes de su ensangrentado *macuahuitl*, intactos después de segarle el cuello al animal.

—Pero cuidado con su armadura —dijo Chipahua. Alzó su *macuahuitl*, muy dañado después de golpear la dura cobertura brillante de un huemul—. Es como el metal que llevaban los pieles blancas con los que luchamos en la playa de Cuetlaxtlán.

—Creo que el mismo hombre está con ellos hoy —dijo Chicotenga. Lo señaló—: Allí, el del pelo dorado, el que acabas de atacar. ¿No lo has reconocido?

—Tienes razón —dijo Chipahua—. No lo miré bien en la playa para estar seguro, pero ahora que lo mencionas y por el modo en que lucha... Sí, es él.

Chicotenga recordaba cómo aquella noche el piel blanca había ajustado cuentas con él después de matar a Acolmiztli, desafiándolo a gritos en esa lengua extranjera. Rogó en silencio a los dioses que el hombre estuviera bajo su cuchillo aquel día e inspeccionó el campo de batalla fríamente. Doce de sus hombres, la mayoría reclutas nuevos que se habían unido al escuadrón después de la incursión en el pabellón de Coaxoch seis meses antes, yacían muertos. Otros tres estaban demasiado malheridos para combatir. Volvió a mirar la fila de jinetes.

—Supongo que podemos considerarnos afortunados de que no lleven serpientes de fuego —comentó Ilhuicamina.

—Si es que las tienen —dijo desafiante Chipahua—. Me parece a mí que es un cuento de los mayas chontales para explicar su derrota.

Árbol estaba cerca.

—Con o sin serpientes de fuego —dijo—, parece que se preparan para volver a atacarnos.

Chicotenga entornó los párpados. Habían dejado en el suelo al huemul que había matado Árbol, donde permanecía sentado, tocándose una pierna herida. Los otros siete habían formado dos grupos, uno de cuatro y otro de tres. Este último partió a todo galope. Los cascos de los animales hacían temblar la tierra. Pasaron junto al flanco derecho de los tlaxcaltecas, a

un centenar de pasos de distancia, y se detuvieron trescientos pasos más allá.

—Nos atacarán por ambos lados —dijo Chicotenga.

Normalmente se hubieran reído de la idea suicida de siete hombres plantando cara a una fuerza que, a pesar de todo, seguía siendo de treinta y cinco, pero no podían juzgar a aquellos extranjeros con los parámetros habituales. Chicotenga estaba bastante seguro de que no eran dioses, pero había visto lo suficiente para saber que eran brillantes, disciplinados, letales guerreros, formidables a lomos de sus rápidos y pesados huemules, y que llevaban armas de inmenso poder mortífero.

—Arrojad las lanzas a mi señal —dijo en voz lo bastante alta para que todos lo oyeran—. Después coged las lanzas de esos bastardos cuando se acerquen. Agarradlas fuerte y no las soltéis hagan lo que hagan. Intentad desmontarlos para que podamos combatirlos.

El jefe de los hombres blancos gritó algo y ambos grupos cargaron a la vez, lanza en ristre, rodeando el círculo de tlaxcaltecas a una velocidad pasmosa. Chicotenga no tenía miedo, y estaba seguro de que ninguno de sus hombres lo tenía. Estaban allí para afrontar un nuevo desafío y aprender a lidiar con él.

A su señal, treinta lanzas volaron, envolviendo a los jinetes en una lluvia de madera y pedernal. La mayor parte rebotaron inofensivamente en las armaduras de metal, pero una se clavó en la espalda de un huemul desprotegido, que corrió y se desvió por la tangente, y otra en el muslo de un blanco, que se la arrancó sin romper la formación.

—¡Resistid —gritó Chicotenga—, resistid!

Centró la atención en la brillante lanza que dirigía contra su pecho un bruto cuya cara ceñuda de barba negra, piel blanca y ojos verdes ardía de furia como un demonio salido del Mictlán. No había tiempo para pensar, solo para actuar. Chicotenga se movió instintivamente, giró y se inclinó de lado, dejando pasar el golpe. Desenfundó la daga, aferró el asta de la lanza con la mano libre y dio un tirón. Notó la resistencia y oyó el grito ronco del hombre que sujetaba la lanza, notó el aliento caliente del huemul en la cabeza, empujó hacia abajo la punta y de repente estaba exactamente donde quería estar.

Golpeó rápidamente de derecha a izquierda con la daga y la hundió cuatro veces hasta la empuñadura, *zas, zas, zas, zas,*

en el cuello del huemul, derribando al jinete de la silla y logrando que se estrellara contra el suelo. Con un chillido de puro placer, Chicotenga se le echó encima y, viendo que llevaba armadura en el torso, le abrió el muslo derecho de la rodilla a la ingle, seccionándole la arteria, de la que manó un borbotón de sangre. En cuestión de minutos aquel hombre estaría muerto, así que Chicotenga se levantó de un brinco, vio con satisfacción que el huemul había caído y se estaba desangrando, y buscó otra víctima.

Cuando Cortés vio a Pedro de Morán y su caballo brutalmente asesinados por un salvaje esbelto y musculoso, ordenó retirada y los alejó a todos unos trescientos pasos cuesta abajo, hasta donde habían dejado a Olid. La pérdida de no solo una, sino de dos preciosas y en aquel momento irreemplazables monturas había sido un severo e inesperado golpe; tenía que conservar los caballos y los hombres que le quedaban. Olid se había levantado, así que al menos no se había roto la pierna, lo que lo habría dejado fuera de combate varios meses. Pero Velázquez de León tenía un corte profundo en el brazo, y su caballo sin armadura, una lanzada en el lomo. A Morla le habían clavado una lanza en el muslo y su caballo, también sin armadura, tenía cortes de espada en la cruz y la grupa. ¡A Dávila lo habían apuñalado atravesándole una bota y Morán estaba muerto! Menudo recuento para una escaramuza con una panda de salvajes primitivos. Solo Alvarado, Sandoval y el propio Cortés seguían ilesos, pero los caballos de los tres, aunque con armadura, tenían cortes en las patas y de milagro no habían quedado paralíticos.

Los indios también habían sufrido muchas bajas. Una docena habían muerto en el primer asalto, otros diez en el segundo y al menos diez más tenían heridas de lanza y espada que los habían dejado más o menos impedidos. La verdad pura y dura, sin embargo, era que quedaban veinticinco ilesos o lo bastante capaces de empuñar un arma, y ya habían iniciado un avance hostil hacia los españoles, acortando rápidamente la distancia que los separaba. Ya estaban a menos de doscientos pasos.

Cortés no se planteó siquiera abandonar el campo de batalla, aunque los caballos no lo tenían claro. Escapar de aquella pequeña escaramuza para luego lanzar un ataque con todas sus fuerzas habría sido un síntoma de cobardía y los

habría llevado al desastre. Los mexicas se enterarían de que la caballería de los españoles estaba lejos de ser invencible contra una enemigo decidido, y los formidables tlaxcaltecas se envalentonarían y afrontarían cualquier intento posterior de penetración en su territorio con más moral y valor marcial del que ya demostraban.

Hizo unos cuantos cálculos rápidos. Aunque habían parecido minutos, la persecución y los dos ataques habían durado casi una hora, lo que significaba que la infantería, que avanzaba a marchas forzadas como había ordenado, estaría solo a tres kilómetros de ellos, una distancia que un caballo a galope tendido podía cubrir en unos seis minutos.

—¡Dávila! —llamó—. Tu caballo es el que está en mejor forma. Cabalga como el viento hacia el ejército, trae el resto de la caballería para reforzarnos inmediatamente y ordena a la infantería que continúe a paso ligero.

Dávila asintió, le dio la lanza a Morla, que había perdido la suya en la última refriega, volvió grupas y se fue.

Cortés volvió a hacer cálculos. Cinco minutos hasta allí, unos cuantos para explicar la situación y cinco de vuelta con los otros ocho caballos... Los refuerzos llegarían al cabo de quince minutos. Los soldados de a pie tardarían un poco más en recorrer los tres kilómetros, pero, si se daban prisa, podrían llegar al cabo de doce o trece minutos. Mientras tanto, con las bajas de Morán y dos caballos y Dávila temporalmente ausente, a Cortés solo le quedaban cinco hombres a caballo y uno, Olid, a pie, para ahuyentar a la panda vociferante de indios que se acercaban corriendo.

—Señores —dijo—, sujetad en corto la lanza y apuntad a la cara del enemigo cuando quebremos las filas. Golpead una y otra vez. Si alguno os agarra la lanza, usad toda la fuerza para retenerla bajo el brazo y espolead al caballo; así haréis palanca cuando el animal avance y conseguiréis que la suelte u os llevaréis por delante al indio. Sobre todo no os detengáis. Cargad y recoged, cargad y recoged. No dejéis que se arremolinen a vuestro alrededor...

Ya iba a galope tendido, con Sandoval y Velázquez de León a su izquierda y Alvarado y Morla a su derecha, cuando vio un gran grupo de indígenas armados con plumas en la cabeza salir de detrás de la cresta occidental, a unos setecientos metros de distancia, y bajar la pendiente en filas ordenadas

hacia ellos.

Un jinete se aproximaba desde el oeste. El resplandor del sol vespertino al principio hizo difícil reconocerlo.

—Es Dávila —dijo Díaz, haciéndose visera con una mano —. Está reventando a ese pobre caballo. Me huelo problemas.

Al cabo de un momento el jinete se detuvo junto al ejército. Su montura estaba bañada en sudor. A él le habían atravesado el pie derecho, a pesar de la bota, con algún tipo de arma y le sangraba.

—¡Todos los caballos! —gritó—. ¡Conmigo! ¡Ahora mismo! Cortés está en peligro. Que la infantería nos siga tan rápido como pueda. A tres kilómetros de aquí, hacia el oeste.

Ya estaba volviendo grupas, con los ocho jinetes restantes congregados a su alrededor, cuando Ordaz, a quien Cortés había dado el mando de la infantería como en Potonchán, preguntó a gritos:

—¿A qué nos enfrentamos?

—A exploradores —contestó Dávila—. Quedaban una treintena de ellos con vida cuando me he marchado. Pero no son como los indios contra los que hemos luchado hasta ahora. Nos han matado dos caballos. Si hay todo un ejército así, no será fácil vencerlo.

Pidió otra lanza y se la dieron, y condujo la caballería hacia el oeste al galope.

Ordaz nombró adjuntos a Mibiercas y La Serna y le dio a Díaz el mando de la vanguardia de doscientos españoles, incluidos treinta mosqueteros y treinta arqueros, respaldados por todos los guerreros totonacas.

—Será mejor que os llevéis también a Malinali —le dijo—, por si hay que hablar. Y apresuraos, si el enemigo ha mandado exploradores es que el ejército no anda lejos. Yo os seguiré con el resto de la infantería y también los perros, pero la artillería nos retrasará.

Díaz se marchó de inmediato, llevando a sus hombres a paso ligero, corriendo casi. Era un riesgo, porque no debía

agotarlos a tal punto que no pudieran luchar, pero Ordaz tenía razón: los exploradores preludiaban un ejército y no había un minuto que perder. Malinali, vio con satisfacción, mantenía el paso sin dificultad, con cara seria.

—¿Tienes un arma? —le preguntó Díaz trotando a su lado.

Ella se señaló la boca.

—Habla es mi arma —contestó.

Él sonrió, dándose cuenta por enésima vez de lo mucho que le gustaba. Era de una gran belleza, lo que algunos habrían dicho que ya era suficiente, pero también era lista y resistente. Estaba aprendiendo castellano rápidamente y, como un buen soldado, nunca se quejaba. Era la mujer de Cortés, por supuesto, así que no estaba a su alcance, pero eso no impedía que Díaz la admirara guardando las distancias. Le molestó que el Caudillo no hubiera pensado en armarla.

—Deberías tener algo más que la lengua para defenderte —le dijo, y se quitó el zurrón de la espalda, sacó el estilete corto que llevaba allí y se lo dio.

Era un arma elegante. Ella desenvainó la fina hoja y la examinó con una mirada de asombro casi infantil.

—Para apuñalar —le explicó Díaz. Hizo un gesto con el puño para ilustrar sus palabras—. Se clava en la tripa del enemigo y abajo que va. Así se rasga toda la tripa.

—Gracias. —Agarró el estilete por la empuñadura e imitó su gesto—. ¡Abajo que va!

—Eso es. —Volvió a rebuscar en el zurrón y sacó una correa de cuero—. Sujeta la vaina a esto, póntelo al cuello y mantenlo fuera de la vista hasta que lo necesites. —Apartó los ojos, sorprendido al darse cuenta de que se ruborizaba cuando ella siguió sus instrucciones.

Un silencio incómodo cayó entre ambos. Siguieron corriendo, pero, al cabo de unos momentos, flotando en la ligera brisa, oyeron gritos a lo lejos y luego el inconfundible fragor de una batalla.

—Quédate detrás de los hombres —le advirtió Díaz—. Eres demasiado valiosa para perderte en una escaramuza.

Malinali sonrió ampliamente y repitió el gesto de asestar una puñalada.

—Si viene escaramuza —le dijo, retrocediendo—, ¡abajo que va!

Díaz llamó a La Serna y Mibiercas para que se le unieran y

subió una suave y larga cuesta hasta la cima de una cresta. Desde allí vio una segunda cresta, más alta, al oeste, a una distancia de un kilómetro y medio. Entre ambas, en el valle, Cortés y la caballería lidiaban con una multitud de indios. ¡Muchos más que treinta exploradores! Aquello era un ejército, como se había temido.

—¿Cuántos calculáis que son? —preguntó.

—¿Tres mil? —aventuró La Serna.

—Más —dijo Mibiercas—. Cuatro, quizá cinco mil.

La estrategia de Cortés estaba clara. Los jinetes cargaban repetidamente contra el enemigo, matando con sus lanzas, retirándose y volviendo a cargar. Catorce jinetes contra tantos... Era de locos. Sin embargo, ¿no era aquella campaña una especie de locura romántica sacada de las páginas del *Amadís de Gaula*, en que unos pocos, con el coraje suficiente, podían imponerse a muchos? Había incluso, se dijo Díaz, una princesa de cuento de hadas: Malinali.

Indicó por señas a sus hombres que avanzaran. Tenían que desplegarse a lo largo de la cresta; los españoles formando dos cuadrados de cien hombres cada uno y los totonacas detrás. Tenían muchas más opciones que en Potonchán, aunque, a diferencia de los mayas, aquel nuevo enemigo luchaba en compañías disciplinadas, sin romper la formación y sin que ninguno sucumbiera al pánico y huyera.

Díaz llamó al corneta.

—Toca el avance —le dijo—, y que sea fuerte. Quiero que el Caudillo sepa que estamos aquí.

Cuando sonaron las primeras notas desenvainó la espada.

—¡Santiago y a ellos! —gritó y, con Mibiercas y La Serna corriendo a su lado, abrió la marcha cuesta abajo.

A Chicotenga no lo sorprendió ver aparecer más hombres blancos en la cima de la cresta. Los estaba esperando y había reunido el mayor ejército jamás visto en Tlaxcala para aniquilarlos.

Pero no sería hoy. Hoy solo sería una escaramuza para poner a prueba su fuerza, hacerse una idea clara de sus habilidades, sus armas y su espíritu combativo. Que se llevaran una idea equivocada y se sintieran seguros. Por eso se había

enfrentado a ellos en primer lugar con cincuenta exploradores, atrayéndolos, y por eso ahora había permitido que solo cinco mil los atacaran. Al final se marcharía del campo de batalla, dejando que los blancos se creyeran vencedores, pero al día siguiente les plantaría batalla nuevamente con cien mil guerreros.

Sonó un cuerno en la cresta y los hombres blancos y sus cobardes aliados totonacas bajaron hacia él. Al mismo tiempo, los jinetes, dándose cuenta de que llegaban refuerzos, retrocedieron hacia el pie de la ladera del extremo oriental del valle y esperaron a que sus tropas se les unieran.

Chicotenga ladró órdenes que se retransmitieron a lo largo de la línea de combate tlaxcalteca:

—¡Esperad! ¡Quietos! ¡Formad! ¡No ataquéis hasta que veáis la señal!

Él y sus hombres ocupaban el pie de la ladera del extremo meridional del valle, alejados de los jinetes de huemules por un centenar de pasos. Si los otros blancos tenían serpientes de fuego, pensó, seguramente las usarían ahora.

—¡Esperad! —volvió a gritar—. ¡Nos ataquen con lo que nos ataquen, esperad! Si alguno avanza antes de la señal, morirá bajo mi cuchillo.

Ilhuicamina y Chipahua transmitieron la orden. Árbol estaba al lado de Chicotenga, agarrando el *macuahuitl* con ambas manos, mirando furibundo al enemigo.

—¿Qué demonios hacen? —preguntó Alvarado, sentado con holgura en la silla de *Bucéfalo*, con la lanza ensangrentada apoyada en el hombro.

A cien pasos de distancia de los españoles, al otro lado del valle, si aquel agujero en el páramo podía ser llamado «valle», los tlaxcaltecas permanecían de pie, simplemente; cinco mil hombres en filas rectas de doscientos, fila tras fila, cubriendo todo el extremo occidental del valle, casi hasta la cresta. Solo un momento antes flotaban en el aire sus salvajes aullidos y gritos de guerra; ahora estaban completamente silenciosos, de un modo casi opresivo.

—Yo diría que nos están desafiando —sugirió Cortés.

—¿Desafiándonos a qué?

—¿A hacer cuanto podamos?

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Para saber de qué pasta estamos hechos. Para descubrir de qué somos capaces. De hecho es una táctica razonable.

—Bueno —dijo Alvarado—, en tal caso, ¿por qué no se lo enseñamos?

—Antes quiero intentar parlamentar. —Cortés se volvió hacia Díaz, que estaba cerca—. Espero que Malinali haya venido con vos, que no se haya quedado atrás con Ordaz.

—Está aquí.

—Bien. Traedla. Tengo trabajo para ella.

Al cabo de un momento, Malinali estaba junto al estribo de Cortés, con la cara alzada hacia él. Díaz vio que estaba radiante, embargada por alguna poderosa emoción. ¿Era amor? Sintió una fugaz punzada de celos.

—Diles que servimos a un gran rey que vive allende los mares y que hemos venido aquí en su nombre para buscar su amistad. Buscamos una alianza con ellos en la guerra que libraremos contra su enemigo Moctezuma. Diles que admiramos su prolongada lucha contra el tirano y que hemos venido a ayudarlos. Diles que nuestra amistad será en su beneficio y que les enseñaremos y mostraremos muchas cosas maravillosas.

Mientras Malinali traducía todo esto al náhuatl con voz vibrante que resonaba en el valle, Cortés se volvió hacia Díaz.

—¿Están vuestros mosqueteros y ballesteros listos con las armas cargadas?

—Lo están, Caudillo.

—Escoged a los cinco mejores tiradores —dijo Cortés—. Que apunten al indio que responda, sea quien sea. Si esto acaba en lucha, que se aseguren de matarlo.

—¿Y los demás tiradores? —preguntó Díaz, caminando hacia los dos cuadrados de cien hombres que había formado la infantería.

—Que disparen a discreción. Que hagan tanto daño como puedan.

Chicotenga sabía por Huicton de aquella india que hablaba por los hombres blancos, pero no creía en sus dulces palabras más que en las de los emisarios totonacas. Cuando

terminó su breve discurso, estaba demasiado enfadado para responder y se volvió hacia el que llevaba el estandarte.

—Haz la señal —le dijo, y mientras el hombre alzaba el estandarte de ataque, de mimbre recubierto con plumas iridiscentes de quetzal, gritó fuerte, desenvainó el *macuahuitl* y se lanzó a la carga contra las líneas enemigas.

De inmediato, los cinco mil guerreros tlaxcaltecas curtidos por la batalla que él había elegido para probar la fuerza de los hombres blancos, avanzaron con él como un solo ser, una sola sangre, y Chicotenga notó que el aire vibraba con la furia de sus gritos de guerra y el suelo temblaba bajos sus pies con el peso masivo de su ataque.

Por un momento, mientras acortaba distancias, hubo sorpresa, conmoción incluso en los rostros enemigos. Pero fue solo un momento. Varios de ellos en cada cuadrado defensivo sostenían unos objetos alargados, tubos de metal montados sobre madera. El humo y las llamas brotaron de aquellos objetos, y hubo un sonido que Chicotenga jamás había oído, un ruido espantoso, un rugido, un estampido, un estallido seguido de un zumbido inquietante parecido al de un enjambre de insectos, mientras sus hombres gritaban y tropezaban. Cráneos partidos, cuerpos rotos, una niebla de sangre elevándose entre ellos y el horripilante sonido repitiéndose una y otra vez, reverberando en el valle, en las crestas, multiplicándose como si nunca fuera a cesar.

—Serpientes de fuego —oyó decir a sus hombres—, armas de los dioses.

A pesar de todo, no rompieron la formación. ¡Eran tlaxcaltecas! La primera fila, con Chicotenga en el centro, se abalanzó sobre los blancos. El choque fue tremendo; escudo contra escudo y espada contra espada. La segunda fila la siguió, y la tercera, y la cuarta, envolviendo al enemigo, rodeándolo, luchando para penetrarlo desde todas partes incluso cuando los que montaban huemules retrocedieron y volvieron grupas, uniéndose a la melé aullando, golpeando con sus lanzas y empujando, mientras los totonacas que los ayudaban corrían alrededor de la refriega, lanceando y cortando gargantas de los tlaxcaltecas ya caídos, amontonados, gimientes.

Chicotenga golpeaba en vano el muro de escudos de los hombres blancos; con el *macuahuitl* en la mano derecha y la daga en la otra, giraba, esquivaba y repelía mientras las espadas

de metal de la primera fila atacaban rápidamente y las lanzas enormes que llevaban los hombres de dos o incluso tres filas más atrás trataban de darle en el cuello y la cabeza. El *macuahuitl* que le había quitado a Cuauhtémoc hacía tantos meses, con el que se había creído tan letal, tan perfecto, parecía un juguete inservible en sus manos. Los filos de obsidiana se quebraban contra el metal inflexible de los escudos blancos y solo una vez, solo una, logró atravesar sus defensas con la daga y rajar una cara barbuda.

Por todas partes pasaba lo mismo. Valientes tlaxcaltecas asaltando inútilmente las defensas de los cuadrados blancos, tan inamovibles e impenetrables como acantilados, erizados de puntas letales y bordes afilados que segaban a los indios como maíz cosechado. A diferencia de Árbol, Chipahua, Ilhuicamina, el propio Chicotenga y el resto de su escuadrón, que solo llevaban sandalias y taparrabos para ser más rápidos, muchos de los cinco mil hombres que habían bajado de la cresta llevaban escudos de madera, cascos también de madera y chalecos de algodón acolchados capaces de frustrar los golpes de *macuahuitl* y detener las flechas de pedernal. Les habían sido muy útiles en combate a los tlaxcaltecas durante siglos, pero resultaban inútiles contra las espadas de los hombres blancos, que los atravesaban como si fueran de papel, cortando la blanda carne humana y el hueso, mientras que las armas de los tlaxcaltecas eran miserablemente ineficaces, porque incluso las flechas y las lanzas y los dardos *atlatl* templados al fuego rebotaban en los yelmos y armaduras del enemigo.

De pronto, algunos hombres de los cuadrados apuntaron de nuevo con sus serpientes de fuego. Otros sostenían aquellos extraños arcos de pequeño tamaño como el que un emisario totonaca había llevado como regalo a Tlaxcala. Siguió el estruendo y los resonantes truenos y una tormenta de muerte asoló las filas tlaxcaltecas.

Chicotenga no pudo hacer otra cosa que ver caer a sus amigos íntimos, que habían participado en la incursión al pabellón de Coaxoch seis meses atrás: Tlachinolli y Camaxtli, Milintica y Huitzlin cayeron bajo las lanzas y espadas, serpientes de fuego y flechas de los hombres blancos. Rugiendo de furia, Árbol estaba a punto de volver a la carga, pero Chicotenga lo sujetó y ordenó al portador del estandarte, que se había mantenido pegado a él, que hiciera la señal de retirada.

34

Lunes, 30 de agosto de 1519 - Martes, 7 de septiembre de 1519

Desanimados por las bajas, o quizá por la oportuna aparición en la cresta oriental de Ordaz y el resto de conquistadores con la artillería y los pertrechos, los tlaxcaltecas se batieron repentinamente en retirada por un lado del valle y se alejaron hacia el oeste. Cortés observó cómo abandonaban el campo de batalla ordenadamente y se abstuvo de ordenar una persecución. Caía la tarde y los hombres y los caballos estaban cansados tras la marcha de veinticinco kilómetros desde Xocotlán y la lucha posterior.

Una lucha más dura de lo esperado.

Haciendo un rápido inventario, Cortés se encontró con una docena de totonacas muertos y treinta heridos durante el combate cuerpo a cuerpo. Las cosas les habían ido mejor a los españoles dentro de los cuadrados de protección. Felizmente no había víctimas, pero sí veintitrés heridos, dos de ellos de gravedad. Como el ejército no tenía aceite para untarles las heridas, ordenó que descuartizaran el cadáver de un tlaxcalteca corpulento y usaran su grasa para ello.

Los exploradores informaron de que no había más fuerzas hostiles en la zona, así que, después de que La Peña terminara

de atender a los heridos, Cortés llevó al ejército fuera del valle tras los pasos de los tlaxcaltecas en retirada y ocupó un pueblo desierto que ofrecía una buena posición defensiva en un promontorio con vistas a un arroyo. Los habitantes se habían marchado precipitadamente dejando más de un centenar de perros pequeños criados para su consumo, que los españoles sacrificaron, cocinaron y se comieron después de apostar la guardia.

Esa noche nadie los molestó. Antes de retirarse a dormir con la armadura puesta, alrededor de las hogueras los hombres comentaron el porte militar y la soberbia disciplina de los tlaxcaltecas. Cortés percibió el miedo subyacente en esos comentarios. Los españoles habían obligado a retirarse a un ejército de cinco mil hombres, pero ¿y si mandaban diez o veinte veces más de aquellos feroces luchadores contra ellos?

Puesto que la única respuesta a estas preocupaciones era la acción, Cortés puso a la tropa en marcha antes del amanecer del martes 31 de agosto. Habían recorrido menos de un kilómetro y medio cuando los atacó un grupo menor que el de la tarde anterior, como mucho de mil guerreros. Salieron de detrás de una colina baja y se lanzaron furiosamente contra la columna, golpearon la pared de escudos un momento, emprendieron la retirada y cargaron de nuevo.

Los ataques prosiguieron de este modo, sin frenar a los españoles pero retrasando su avance, provocándolos y exasperándolos con lanzas y flechas, agrediéndoles los oídos con los pitidos de las caracolas y el sonido rítmico de los tambores. Después de cada asalto, el enemigo se ponía a cubierto en terreno rocoso y acompañaba a la columna justo fuera del alcance de los mosquetes durante unos cientos de pasos antes de volver a atacarla. Por fin hubo una ofensiva frenética y sostenida. Más de cincuenta tlaxcaltecas perdieron la vida y el resto del ejército huyó a la desbandada por el accidentado terreno quebrado por cárcavas y barrancos.

—¡No los persigáis! —ordenó Cortés—. ¡Mantened la formación!

Fue inútil. Tras tanto luchar y tanta matanza, después de dos horas de constantes provocaciones, a los hombres les hervía la sangre. Cientos de ellos corrieron tras los indios hacia un angosto desfiladero, donde fueron atacados por un ejército tan enorme que era imposible estimar cuántos hombres lo

formaban. Rehicieron rápidamente los cuadrados, pero el terreno impedía desplegar la caballería o la artillería en su provecho. Otra vez Cortés no tuvo más remedio que seguir adelante con su pequeño ejército sabiéndose rodeado, abriéndose paso entre las filas enemigas con decisión, ensordecido por silbidos espantosos, gritos de guerra y el insistente batir de tambores.

—No veo otra cosa que la muerte para nosotros —le susurró Meco a Malinali—. No saldremos vivos de este desfiladero.

—No temas —respondió ella—. El Caudillo nos llevará a un lugar seguro.

En el fragor del combate, Cortés gritó una advertencia que fue ignorada, porque tres de sus caballeros, Miguel de Lares, Juan Sedeño y Jerónimo Alanís, cargaron contra una gran masa de enemigos cruzando una zona de terreno despejado, solo para tropezar y caer cuando centenares de guerreros los rodearon. De algún modo, descargando furiosos espadazos, pisoteando a sus atacantes con los cascos de sus caballos, Lares y Alanís se liberaron de ellos, pero Sedeño no tuvo tanta suerte. El empuje de muchos derribó a su yegua y los indios la despedazaron. A él, a pesar de que llevaba armadura, le infligieron tantas heridas que ya estaba medio muerto cuando se lo llevaron arrastrando al sacrificio. Entonces Bernal Díaz y Francisco Mibiercas, a la cabeza de un pelotón de veinte infantes, labraron un camino de muerte en la masa de indios y se lo arrebataron a sus captores.

—¡Maldita caballería! —se quejó Mibiercas cuando rodearon la yegua caída y cortaron las cinchas para no abandonar la silla de montar y se abrieron paso de regreso al refugio de los cuadrados.

—¡Maldita caballería! —convino Díaz mientras Sedeño moría en sus brazos. Ocho de su pelotón estaban heridos. ¿Y todo para qué? ¡Por una silla de montar!

No queriendo que se notara la alarma que le producía la pérdida de otro caballo y, aun peor, la pérdida de la condición sobrenatural de la que su caballería disfrutaba entre los indios, Cortés se quedó a la cabeza de la columna, efectuando repetidas cargas con Alvarado y Sandoval para despejar el camino a fin de que pasara la infantería, y de vez en cuando regresando junto a la columna y recorriéndola para que la tropa volviera a formar y para darle ánimos.

—¡Si fracasamos ahora —gritaba—, la cruz de Cristo no podrá ser plantada en estas tierras! ¡Adelante, camaradas! ¿Cuándo se ha visto que un castellano le dé la espalda a su enemigo?

Lo que decía era bastante simple, pero en el fragor de la batalla, enfrentados a elegir entre la aniquilación y la victoria, tocaba el corazón y el espíritu de los hombres, y de este modo, sin importarle los riesgos que corría, Cortés condujo al ejército por los cañones y barrancos hasta campo abierto. Allí el enorme número de indios al que se enfrentaban, que llenaban la llanura con gran estrépito, fue por fin evidente. Era un ejército mucho mayor que el que habían combatido en Potonchán, de setenta mil hombres por lo menos, quizás incluso cien mil. Sin embargo, eran tantos y estaban tan apelotonados, formando una multitud caótica de cascos, armas, estandartes y coloridas plumas, que su propio volumen se volvería contra ellos, mientras que la caballería estaba al fin en un terreno propicio y la artillería, a la que los tlaxcaltecas no se habían enfrentado hasta el momento, podría causar un estrago devastador.

Habían dejado algunos cañones en Villa Rica, pero Cortés llevaba dos bombardas y diez falconetes cargados con metralla y bien protegidos por la infantería durante toda la mañana de marcha. Ahora, utilizando la caballería para romper las formaciones enemigas y despejar una zona para las maniobras, formó a sus hombres en un único cuadrado defensivo, ordenó que la artillería avanzara, que la caballería retrocediera detrás de la línea de fuego y se disparara una salva devastadora.

A continuación, un toque de corneta llamó a la caballería y los cañones rugieron.

No fue como en Potonchán.

El enemigo estaba consternado, pero no hubo pánico, ni siquiera cuando Vendabal soltó los perros. Poco a poco, los conquistadores se abrieron paso y los tlaxcaltecas empezaron a abandonar el campo de batalla tan ordenadamente como cualquier ejército europeo entrenado y disciplinado.

Aparte de hacer unos cuantos prisioneros, Cortés ordenó que no hubiera ninguna persecución, porque había pasado un día entero y la tropa estaba tan cansada que apenas se tenía en pie. Observó marcharse al enemigo con una mezcla de admiración y aceptación. Había faltado poco, pero Dios y san Pedro le habían dado de nuevo la victoria, como sabía que

harían.

Una caminata de una hora llevó al ejército hasta un refugio adecuado para pasar la noche: una colina baja coronada por un pequeño templo de piedra con una torre alta que parecía construida para ser el nido de un francotirador. El lugar se llamaba Tzompantepec, el «cerro de Tzompan», según los prisioneros, y al parecer lo habían abandonado a toda prisa poco antes de la llegada de los españoles. El templo tenía una fuente burbujeante en el patio y estaba rodeado de edificios bien construidos y fáciles de defender. Cortés tuvo todo el complejo fortificado y centinelas apostados antes de que el sol se escondiera tras el horizonte. Luego mandó a un puñado de hombres a saquear el pueblo vecino, que se llamaba igual. También estaba abandonado, pero encontraron suficientes aves y perritos enjaulados para que el ejército tuviera una modesta cena.

Los hombres volvieron a dormir con armadura por temor a un ataque que no llegó y, después de su turno de guardia, de madrugada, Cortés se acostó con Malinali en un edificio de un solo ambiente que había requisado para que fuera su cuartel general. Se había mostrado alegre y optimista todo el día, porque temía que cualquier muestra de duda o debilidad por su parte se contagiaría rápidamente a todo el ejército, pero no vio la necesidad de ocultarle sus sentimientos a aquella mujer que tanto había hecho por ayudarlo a entender la manera de pensar de los indios.

—¿Podremos derrotarlos? —le preguntó francamente—. Vine aquí confiando en encontrar aliados y en lugar de eso nos enfrentamos a un enemigo decidido, disciplinado y capaz. Parece que no nos temen en absoluto y que tampoco dan crédito a esa tontería de que somos dioses que tan bien funciona con Moctezuma.

—Te advertí no fácil —repuso Malinali—. Los tlaxcaltecas son guerreros feroces y libres. Tienes que vencerlos antes unan a ti.

—¡Los he vencido dos veces!

—Hecho sangrar, no vencido —lo corrigió ella.

—A este paso me pregunto si algún día lo lograré. Tres caballos y ese insensato de Sedeño muertos en dos días. Más de sesenta heridos. No podemos seguir recibiendo este castigo.

—Manda prisioneros con mensaje de paz para Chicotenga

—sugirió Malinali—. ¡Puede funcionar! Su mayor temor es que tú amigo secreto de Moctezuma. Tienes que demostrar a él que no verdad.

A Cortés le pesaban los párpados.

—Muy bien —asintió—, lo probaremos.

El sueño cayó sobre él como un ejército hostil y de repente se encontró delante de un enorme muro de tres kilómetros y medio de altura, construido enteramente de madreperla, que rodeaba una gran ciudad con chapiteles y torres edificada en las laderas de una colina. Incrustada en el muro y tan alta como él había una inmensa doble puerta con postigo, al otro lado de la cual refulgía una silueta conocida, a la vez humana y más que humana.

Cortés cayó de rodillas.

—Santidad —dijo.

Notó la enorme y callosa mano de soldado de san Pedro en el pelo, un fulgor le llenó los ojos y la sacudida de un tremendo poder, como el del rayo, le inundó el cuerpo.

—Bienvenido, hijo mío —dijo el santo.

Cortés alzó la mirada hacia la enorme mano que apartaba de su cabeza.

—¿Estoy ante las puertas del cielo, Santidad? —le preguntó.

—¿Lo dudas?

—Es que ya me trajisteis aquí, Santo Padre, pero la puerta me parece distinta.

—El cielo tiene muchas puertas, y guardo las llaves de todas ellas. Llegará el día en que recibiré tu alma para que descanse aquí, pero antes tienes mucho trabajo que hacer.

—Todos estos meses, Santidad, he estado atento a Dios. He derribado los ídolos paganos, como me ordenasteis...

—Lo has hecho, hijo mío, y el cielo está contento contigo, pero la tarea que he escogido para ti no estará terminada hasta que el tirano Moctezuma sea derribado y la cruz de Cristo firmemente plantada en el corazón de Tenochtitlán.

—Trabajo para que así sea. Día tras día trabajo para que así sea.

—¿Y trabajas para que así sea aquí, entre los paganos de Tlaxcala? ¿Entre esos adoradores del diablo?

—Tenía la esperanza de convertirlos en aliados y llevarlos a Cristo. Les he ofrecido la paz, pero me han rechazado.

—Son un pueblo terco.

—Oponen una fiera resistencia, Santidad. Por lo visto, me veré obligado a derrotarlos por completo antes de que acepten mi amistad.

—Pues derrótalos.

—Derrotar así a un pueblo tan obstinado es algo que no se consigue solo en el campo de batalla. Tendré que sembrar el terror entre ellos, devastar sus pueblos, hogares y granjas a fuego y espada.

—Hazlo —lo apremió el santo—. ¡Hazlo, hijo mío! ¡Tienes la bendición del Señor!

—Morirán mujeres, Santidad. Morirán niños. ¿No es eso pecado?

—Realizando la obra de Dios no cometes pecado alguno. Debes castigar las malas costumbres de los tlaxcaltecas y hacer caer sobre ellos mi venganza. Solo entonces escucharán tus ofertas de paz. Solo entonces aceptarán tu merced. Pero cuando eso se logre, hijo mío, recuerda lo que te dije una vez: avanza con tu ejército hacia la ciudad llamada Cholula, donde te tengo preparada una gran victoria.

El santo había vuelto a poner la mano en la cabeza de Cortés y, cuando este lo miró a los ojos, negros como la noche, vio reflejadas las llamas de los pueblos incendiados.

Despertó en la oscuridad, tranquilo y decidido, y permaneció acostado unos minutos, escuchando la suave respiración de Malinali a su lado.

De momento la necesitaba. Era una buena mujer. La habían bautizado.

Pero era y sería siempre una india.

Se levantó y se ciñó la espada.

Mientras sus fuerzas ocupaban el cerro de Tzompantepec la tarde anterior, Cortés había subido a la torre del templo y oteado al oeste, por donde el sol se estaba poniendo, el terreno más alejado. A diferencia del páramo abrupto y los desfiladeros por donde habían pasado hasta llegar a aquel lugar, era fértil y estaba bastante poblado, con numerosas granjas, abundantes campos de maíz y maguey y muchos pueblos, grandes y pequeños, en puntos elevados, por encima de bosques

empinados y valles verdes.

Ahora, antes de que amaneciera el miércoles 1 de septiembre, anunció su intención de hacer un reconocimiento y reunió rápidamente doscientos infantes, diez mosqueteros, diez ballesteros y quinientos auxiliares totonacas, todos armados hasta los dientes. Tan rápido fue en reunirlos que cuando el sol salía ya descendían por el cerro de Tzompantepec.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Alvarado, que cabalgaba a su lado.

—Os gustará, Pedro. Vamos a hacer un poco de daño.

Una hora después, ascendiendo en silencio por una cuesta boscosa, llegaron a un claro en la cima de una colina ocupado por una aldea grande de tal vez quinientas cabañas de quincha. Los pocos hombres que vieron eran viejos o estaban enfermos, los jóvenes y capaces sin duda habían sido reclutados para el ejército de Chicotenga. Sin embargo, había muchísimas mujeres y niños alrededor de las hogueras preparando el desayuno.

Cortés alzó la lanza.

—¡Matadlos a todos! —gritó, poniendo al galope a *Molinero*.

Saquearon e incendiaron cuatro aldeas aquel día. Sandoval fue testigo de todas las atrocidades: pies y manos amputados, mujeres violadas y asesinadas, ancianos castrados, niños con la nariz y las orejas cercenadas. Él no participó. Ni una sola vez desenvainó la espada ni ensució de sangre su lanza. Sin embargo, nada pudo hacer para impedir aquella carnicería.

A mediodía, seguro de que las columnas de humo habrían alertado a Chicotenga, Cortés condujo a sus hombres a marchas forzadas de vuelta al campamento en el cerro de Tzompantepec.

—¿El trabajo de esta mañana te revuelve el estómago? —le preguntó a Sandoval.

—No me uní a vuestra expedición para matar a mujeres y niños, señor —respondió con formalidad Sandoval, incapaz de dirigirse a él por su nombre de pila como llevaba meses haciendo—. Dios no va a perdonarnos esto.

—¡Tonterías, hombre! Hemos servido a Dios esta mañana y nos recompensará por ello a las puertas del cielo. Hemos causado sufrimiento, sí, debo admitirlo, pero así hemos acortado esta guerra y salvado miles de vidas.

—¿Decís pues, como ese señor Maquiavelo de Florencia, que el fin justifica los medios?

Cortés sonrió.

—«Todos los príncipes desearían que los consideraran clementes —citó—, no crueles; pero un nuevo príncipe no puede evitar los actos de crueldad, porque el que reprime el desorden con unas pocas muestras de crueldad será, al final, más clemente.»

—He leído *El Príncipe*, señor, como evidentemente habéis hecho vos —dijo Sandoval—, pero no puedo estar de acuerdo con esa filosofía. De lo malo solo se deriva lo malo, y lo que hemos hecho hoy, con el debido respeto, ha sido malo.

—¿Y no es algo malo cargar las bombardas y los falconetes con metralla y acribillar a quinientos hombres con una salva? ¿No es malo soltar los perros de guerra y animarlos a darse un festín con nuestros enemigos? Corregidme si me equivoco, pero ¿no fuisteis vos, vos mismo, el primero de nosotros que usó los perros en vuestra batalla contra los mayas cuando fuisteis a buscar a Aguilar? No creo que dudarais entonces de que se trataba de salvar vuestra vida y la de vuestros hombres, y no veo por qué debería yo dudar ahora.

—Pero es diferente, señor...

—Mirad, dejad de llamarme «señor», ¿queréis? Hemos sido Hernán y Gonzalo mucho tiempo y me gustaría que siguiera siendo así, aunque no estemos de acuerdo sobre política.

—Muy bien... Hernán. Pero sigue siendo diferente. Matar a hombres en el fragor de la batalla es una cosa, pero matar a mujeres y niños inocentes, mutilarlos, violarlos, incendiar sus aldeas y las cosechas en sus campos... ¿cómo puede estar bien? ¿Qué resultado puede justificar tal crueldad?

—¡Os lo he dicho! ¡La paz! Una paz inmediata. ¡Ahora mismo! Y el final de esta guerra brutal con un violento y terco enemigo, y una alianza que nos fortalezca lo bastante para derrocar a Moctezuma sin derramar más sangre. Ese es el resultado que persigo.

A primera hora de la tarde, ya de nuevo en la fortificación de Tzompantepec, Cortés le pidió a Malinali que escogiera a dos prisioneros para que hicieran de mensajeros y que se los trajera bajo custodia.

Se acuclillaron ante él a su manera india, con los ojos atentos, desconfiando de él, esperando violencia. Los dos afirmaban ser jefes menores, dijo Malinali, y los demás lo habían confirmado, así que podrían servir bien a su propósito.

—Os libero para que llevéis un mensaje de paz al valiente y honorable Chicotenga —les dijo—. Le diréis, como ya hicieron nuestros emisarios totonacas a los que tan mal trató, que estamos en Tlaxcala para tener su amistad y establecer una alianza con él contra los mexicas. Que no se deje engañar porque hayamos disfrutado de la hospitalidad de los vasallos de Moctezuma, porque eso nada significa. Si ese insensato desea darnos comida y cobijo mientras vamos a destruirlo, ¿por qué rechazar lo que nos ofrece? Pero lo destruiremos, con o sin la ayuda de Tlaxcala, así que seguramente a Chicotenga le conviene más ayudarnos y cosechar el botín de nuestra victoria contra su odiado enemigo que ponernos trabas y no ganar nada. Ya habéis visto de qué somos capaces; habéis visto nuestro poder en el campo de batalla, y tenéis que saber que pretendemos hacer lo que decimos. Sabed esto: iremos a la ciudad de Tlaxcala como amigos para firmar la paz o como guerreros para derrotaros, pero al final dará igual. Proseguiremos la marcha y destruiremos a Moctezuma.

Por lo visto, el campamento de guerra de Chicotenga no estaba lejos porque, dos horas después de anochecer, los mensajeros regresaron con la respuesta y la repitieron exactamente como se la habían dado.

—Chicotenga dice esto: «Venid, hombres blancos, a la ciudad donde está mi padre. ¡Venid! Haremos la paz con vosotros atiborrándonos de vuestra carne y honrando a nuestros dioses con vuestro corazón y vuestra sangre.»

Cortés miró a Malinali y Pepillo, que volvían a trabajar juntos para traducir todo aquello a un perfecto castellano.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Es todo lo que tiene que decirnos?

—No solo eso. Chicotenga ha dicho que planea visitarnos aquí, mañana, para darnos en persona una respuesta más larga, y que ya veremos cuál es.

—Son palabras fuertes —meditó Cortés—. Suenan a amenaza.

—No cabe duda de que lo es.

Reprimiendo las ganas de cortarles la lengua a los

mensajeros y devolvérselos a Chicotenga ahogándose en su propia sangre, Cortés los aduló con dulces palabras y ordenó a Pepillo que fuera a buscar unas ristras de cuentas, que ellos aceptaron sonrientes. Los regalos eran para ellos, les dijo, pero tenían que quedarse en el campamento, porque tenía intención de volver a usarlos como mensajeros.

Al día siguiente, jueves 2 de septiembre, provocando una cacofonía de ladridos y aullidos furiosos de los perros, Chicotenga llegó a Tzompantepec con cien mil guerreros. Llevaban la cara pintada con bija roja, que les daba aspecto de demonios, en opinión de Sandoval.

Cortés habría ordenado que los cañones les dispararan en cuanto estuvieran a tiro, pero venían precedidos por una larga columna de *tamanes* cargados con fardos y cestas de comida.

—Dejemos que se acerquen —dijo—. Veamos qué pretenden.

Permitieron a los *tamanes* subir a la colina. Pronto se hizo evidente que lo que llevaban eran cientos de pavos cocinados y cestas repletas de tortas de maíz.

—¿Lo veis? —le dijo ufano Cortés a Sandoval—. Lo que hicimos ayer ha funcionado. Quieren la paz.

Mientras les entregaban aquel festín, sin embargo, el corpulento guerrero que había decapitado el caballo de Olid hacía tres días empezó a hablar a las filas de indios en náhuatl y, como Malinali y Pepillo tradujeron, quedó claro que no les estaban ofreciendo la paz.

—¿Qué clase de hombres despreciables e insensatos son estos que nos amenazan sin conocernos —gritó el guerrero con un gesto de desprecio por los españoles—, que osan entrar en nuestro territorio sin nuestro permiso y contra nuestra voluntad? No los ataquemos demasiado pronto. Dejemos que descansen y se coman la comida que les hemos traído, porque están hambrientos. No queremos que nadie pueda decir jamás que los derrotamos porque estaban famélicos y cansados. Solo cuando se hayan llenado la tripa los atacaremos y luego nos los comeremos, así nos compensarán por los pavos y las tortas.

Sandoval se volvió hacia Cortés.

—Menuda paz —le dijo—. ¿Todavía creéis que de lo malo puede salir algo bueno?

Hasta entonces, aunque dejaba que Pepillo llevara su espada, Cortés le había ordenado que se quedara con la caravana de los pertrechos, protegida por la infantería, a pesar de que ya tenía el índice curado y estaba ansioso por luchar. Sin embargo, no estaba aislado por completo de la acción y le dieron una coraza que le quedaba grande y un viejo yelmo para protegerse de las lanzas y flechas enemigas. Guerreros vociferantes habían atravesado la pared de escudos en dos ocasiones, pero en ambas fueron abatidos en el acto por la guardia y pisoteados hasta convertirlos en pulpa. No se habían acercado a Pepillo.

Aquel día parecía que le darían un papel más activo. Mientras los conquistadores se preparaban para un ataque masivo tlaxcalteca, Bernal Díaz se le acercó con una armadura.

—Pruébate esta en lugar de la que llevas puesta —le dijo bruscamente. El forro acolchado de la coraza que le tendía estaba manchado de sangre seca—. Era de Sedeño. Tenía más o menos tu altura y ya no le es de ninguna utilidad. Pruébate esto también —añadió, dándole el yelmo.

Pepillo se abrochó la armadura y se puso el yelmo; ambas cosas le quedaban bien.

—¡Gracias, Bernal!

—Si puedes, quédate bien atrás. No tienes experiencia en primera línea de combate y esos tlaxcaltecas son unos demonios.

Pepillo resolvió que no se quedaría atrás. Al fin y al cabo, no tenía órdenes del Caudillo al respecto. No obstante, mantendría a salvo a *Melchor*. Llevando de la correa al perro, buscó a Malinali y le pidió que lo cuidara.

—Mejor mételo dentro —le dijo ella, indicándole una barraca desocupada con puerta—. Tal vez el Caudillo me necesite en cualquier momento.

Pepillo asintió y, con cierto recelo, encerró a *Melchor* y trabó la puerta con una piedra. El perro ladró indignado y golpeó la puerta con sus enormes patas, pero Pepillo comprobó satisfecho que no sería capaz de abrirla. Miró a los otros perros que tiraban de la correa; formaban cinco jaurías de diez, distribuidas uniformemente alrededor del murete de escombros, erizado de cañones, que los españoles habían construido para proteger la cima de la colina. Uno de los cuidadores era Santisteban, que lo había estado observando y le lanzó una mirada malévola.

Bordeando la colina y extendiéndose hacia todas partes, las filas de indios hacían mucho estruendo pero no habían atacado todavía. Cortés los había observado atentamente, incluso mientras los conquistadores desayunaban precipitadamente gracias a la inesperada generosidad de la comida.

—Ya he tenido suficiente —dijo.

Pepillo vio que su señor llamaba a Francisco de Mesa, el canoso jefe de artilleros.

—¿Los habéis cargado con metralla? —le preguntó.

—Están cargados y a punto, Caudillo.

—Entonces disparad contra esos bastardos, Mesa, y que Dios salve sus almas.

La primera descarga causó tremendos estragos, pero no a las decenas de miles de indios arracimados cerca del pie de la colina. Había mucha cuesta y no se podía bajar tanto el cañón de los falconetes y las bombardas para disparar contra ellos.

Más atrás, en las apretadas filas enemigas, sin embargo, aparecieron brechas irregulares. Gritos y lamentos llenaban el aire y los guerreros más cercanos, ululando y haciendo sonar las caracolas, cargaron colina arriba hacia una descarga fulminante de fuego de mosquete y ballesta.

Cayeron muchos, entorpeciendo la marcha de sus iguales, pero aun así la masa de indios siguió adelante. Antes de que los españoles hubieran podido recargar los cañones, alcanzaron el muro del perímetro, donde los conquistadores los recibieron con espadas, picas y lanzas.

Viendo una brecha en la línea defensiva, Pepillo se precipitó, desenvainó la espada y la hundió en el vientre desnudo de un salvaje pintado. Lo sorprendió la húmeda succión de las tripas cuando se apartó, viendo brotar la sangre, sin tiempo para la conmoción ni para la repulsión por haber matado por primera vez a un hombre, alzando ya la espada para parar el golpe de otro guerrero dirigido contra su cabeza. Su atacante fue inmediatamente derribado por una pica española.

A partir de entonces, mientras los indios subían para percutir las defensas y eran repelidos una y otra vez, Pepillo perdió la noción del tiempo. Parecía estar en una pesadilla

interminable, rodeado de un agitado mar de cuerpos, ensordecido por el rugido de los cañones y los mosquetes disparando a quemarropa contra la multitud atacante, el choque de las espadas, los aullidos del enemigo y los gritos de batalla de los españoles; asaltado por el hedor dulce de la sangre, las heces y la orina. Espadas con filos de obsidiana y puntas de lanza impactaron inofensivamente en su armadura muchas veces, y en tres ocasiones recibió en los brazos y las piernas desprotegidos cortes y pinchazos que apenas notó, tan intensa era la presión a su alrededor, tan imperiosa la necesidad de empujar y apuñalar, de parar y bloquear. Luego, cuando la masa de indios presionaba más y amenazaba con sobrepasar el perímetro, soltaron los perros. Mordieron a los atacantes como una horda de demonios vengativos, desgarrando gargantas y vientres, comiéndose los intestinos desparramados, destrozando aquí la cara de un hombre y seccionando allí la arteria de un muslo con un chorro de sangre. Y entre ellos, ¿cómo era posible?, Pepillo entrevió a *Melchor*, con el cuerpo atigrado desprotegido, sin armadura, corriendo con la jauría al lado de *Jairo*, el mastín del que se había hecho amigo durante las semanas que pasó con los perros.

La suelta de los perros, coincidiendo con una salva cerrada de metralla de los cañones, interrumpió el ataque contra la fortificación de Tzompantepec y la horda de indios bajó corriendo hacia la llanura.

—¡Santiago y a ellos! —gritó Cortés, montando en *Molinero* y haciéndolo saltar limpiamente el murete del perímetro, seguido de cerca por Alvarado, Sandoval, Dávila, Velázquez de León y los demás jinetes.

—¡Santiago y a ellos! —rugieron los hombres alrededor de Pepillo.

El muchacho estaba en medio de una masa de infantes que daban gritos entusiasmados corriendo detrás de la caballería y de los indios que se batían en retirada, a los que persiguieron un buen trecho por terreno llano hasta que de repente estos se reunieron y se volvieron contra los españoles con salvaje júbilo.

Mientras Pepillo buscaba desesperado a *Melchor* en la melé, notó que el carácter de la lucha había cambiado y se preguntó si la retirada de los indios no habría sido un ardid. Ya no podían usar los cañones de Tzompantepec por miedo a darles a los españoles, que ahora estaban rodeados por infinidad de

indios y sin otra barricada que sus escudos para protegerse. Entre los enemigos había cientos de honderos que lanzaban piedras silbando por el aire, tantas como granizo. Hombres con armadura completa y la cabeza protegida por un yelmo eran derribados por algún que otro golpe afortunado. Luego fueron las flechas de los arqueros, con dos plumas y la punta templada al fuego, las que oscurecieron el cielo lloviendo sobre ellos, y de nuevo cayeron hombres y el suelo quedó sembrado de astas como maíz esperando a ser trillado.

Mientras los españoles, desconcertados, levantaban los escudos para desviar las constantes descargas de las hondas y las flechas, grupos disciplinados de guerreros indios cargaron contra ellos, probando suerte con lanzas y espadas de madera, tratando de atrapar a los blancos en lugar de matarlos en el acto, sin duda con intención de arrastrarlos al sacrificio. Pero esa táctica fue su perdición, porque los expuso a las furiosas embestidas de los españoles, cuyas espadas de buen acero toledano cortaban los primitivos escudos de mimbre y mataban y mutilaban indiscriminadamente. Pepillo perdió la cuenta del número de indios que lo atacaron, tirándole del pelo, de los hombros, del brazo, con una valentía suicida, para caer bajo su espada y ser sustituidos por otros. Un salvaje sudoroso con los ojos desorbitados y enseñando los dientes consiguió desequilibrarlo y sacarlo de la línea de defensores, pero, incluso tropezando, Pepillo atacó con la espada que Escalante le había dado y se la hundió en la axila hasta el pecho, arrancándole un agudo grito de dolor y obligándolo a soltarlo el tiempo suficiente para recuperar la espada y volver a meterse en el cuadrado de los españoles.

Se habían formado cuatro cuadrados defensivos de distintos tamaños, una táctica instintiva de los conquistadores en cuanto la persecución de los indios que huían se había transformado en un contraataque masivo. Mientras tanto, la caballería se movía libremente. Los trece jinetes que quedaban formaban una línea y cargaban contra los tlaxcaltecas con un efecto impactante; el suelo temblaba bajo las herraduras de los pesados caballos de batalla. Otras veces galopaban alrededor de los cuadrados de infantería para defenderlos si estaban sometidos a demasiada presión. En cuanto a los perros, Vendabal y sus ayudantes habían perdido el control de los mismos, pero los animales sabían qué hacer y se lanzaban

contra el enemigo, protegidos por la coraza y la cota de malla que llevaban, causando estragos. De vez en cuando Pepillo veía a *Melchor*, sin armadura y ensangrentado, aunque era imposible saber si aquella sangre era suya o de sus víctimas. En el fragor de la batalla, colaborando con *Jairo* para cazar y matar al enemigo, *Melchor* era intrépido y parecía haberse vuelto un salvaje.

Por un momento, a pesar de los gritos de advertencia de Cortés y los demás capitanes, un feroz ataque tlaxcalteca desbarató un cuadrado. Por lo menos quinientos hombres se abalanzaron sobre los defensores y rompieron su muro defensivo, abriéndose paso hacia el centro. Parecía todo perdido, cuando una carga de la caballería, encabezada por Cortés y Sandoval, con un manejo increíble de la espada, permitió a los defensores repeler al vociferante grupo y volver a formar filas.

El sol empezaba a ponerse y Pepillo estaba agotado. Tenía la nariz obstruida por el polvo y la ropa llena de coágulos de sangre. Cuantos lo rodeaban estaban igualmente exhaustos y sedientos, ya sin energía ni coraje, cuando la batalla cambió de nuevo. No fue tanto un incidente dramático como algo lento y progresivo, una retirada gradual de la horda india.

Durante la hora anterior, con mucha dificultad porque sus porteadores eran atacados de continuo, habían bajado de la colina seis falconetes y los habían desplegado entre la infantería. Disparaban metralla desde los cuadrados hacia las apretadas filas enemigas, matando a tantos que era imposible contarlos. Los cadáveres se amontonaban en el suelo.

Eso, al parecer, más que cualquier otro factor, fue lo que cambió las tornas. El retroceso tlaxcalteca, que no llegaba a ser una retirada en toda regla, se fue acelerando, tanto que Vendabal ordenó volver a los perros. Sin embargo, todavía quedaban nutridos grupos de indios que se retiraban más despacio, así que fueron asignados grupos de soldados para proteger a los criadores mientras estos alejaban a los perros de los cadáveres con que se estaban dando un festín.

Pepillo acababa de ver a *Melchor* —Hemes y Julián los sujetaban a él y a *Jairo* del collar—, cuando un disciplinado grupo de enemigos, tal vez unos cincuenta, que un momento antes parecían huir, aislaron a Santisteban y Vendabal de los demás, pululando a su alrededor, al parecer con intención de

llevárselos.

Todo pasó muy deprisa. El hosco conquistador Guillén de Laso, que en varias ocasiones se había puesto de parte de Cortés en las reuniones para decidir el futuro de Villa Rica, estaba a la derecha de Pepillo.

—¡Santiago y a ellos! —gritó, enarbolando el hacha y cargando contra los indios con el resto de los que habían estado defendiendo el cuadrado, Pepillo entre ellos, corriendo detrás.

En aquel momento, *Melchor* y *Jairo* se soltaron de Hermes y Julián y corrieron a unirse a la refriega. *Jairo* mordió el tobillo a un indio, lo derribó y le saltó a la garganta, mientras *Melchor* desaparecía en el montón apiñado alrededor de Vendabal y Santisteban, gruñendo y mordiendo. Segundos después, Guillén de Laso se unió a la lucha, descargando varios hachazos poderosos, partiendo cabezas como si fueran leños. Pepillo estaba justo detrás de él, abriéndose paso a punta de espada. Varias veces notó golpes en la coraza, pero el acero lo salvó y pudo avanzar hacia donde estaban Vendabal y Santisteban, espalda contra espalda, defendiéndose con cuchillos, sangrando ambos por múltiples heridas mientras los indios trataban de llevárselos a rastras para sacrificarlos. *Melchor* estaba entre ellos. Le goteaba sangre del morro. Desgarraba muslos y nalgas, ajeno a las dagas y lanzas con que lo atacaban cuando Pepillo corrió en su ayuda, matando a dos hombres antes de que el hacha de Guillén de Laso empujara a los indios supervivientes hacia las espadas españolas.

Se hizo el silencio de repente y Pepillo se arrodilló junto a *Melchor,* comprobando ansiosamente su pelaje ensangrentado, buscando heridas. Milagrosamente, solo tenía unos pocos cortes profundos; casi toda la sangre, como había esperado, no era suya.

—¡Buen chico! —le dijo—. ¡Buen chico!

El gran perro de caza, tan fiero hacía un momento, tan salvaje como cualquier otro perro de guerra, meneó la cola con evidente alegría por el halago y le acarició la cara con el hocico. Pepillo alzó la cabeza y vio a Santisteban observándolo. Había algo incomprensible en su mirada. ¿Qué era, tristeza? ¿Rabia? ¿Culpabilidad? ¿O envidia? Pepillo iba a preguntárselo, pero en ese momento el otro le dio la espalda y se alejó.

Todos los caballos y sesenta y tres españoles habían resultado heridos en los enfrentamientos del día. Dos infantes murieron a causa de la gravedad de sus heridas. Cortés los hizo enterrar en una fosa profunda con tierra amontonada encima para disimular el hedor de la putrefacción.

Esa noche volvió a soñar con san Pedro, y antes del amanecer del día siguiente, viernes 3 de septiembre, condujo a cien soldados de infantería y quinientos totonacas a devastar aquellas tierras. Saquearon e incendiaron diez aldeas.

En la mayor de ellas, construida en la cima de una colina alrededor de una gran pirámide coronada por un templo, había más de trescientas casas. No había guerreros, pero los sacerdotes y las mujeres opusieron una feroz resistencia cuando comprendieron que iban a matarlos a todos. El propio Cortés fue atacado por una madre que, aullando, le arañó la cara cuando cogió a su hijito por los pies y le estampó la cabeza contra un muro de piedra. Después de deshacerse de ella con la daga, acabó con el niño, uno más de las docenas que murieron del mismo modo, y ordenó que todos los sacerdotes fueran arrojados desde la cima de la pirámide.

Era una tarea dura, sangrienta, ingrata, pero había que hacerla. Se alegraba de no haber traído a Sandoval aquella mañana. Aquel hombre era un buen soldado, pero parecía incapaz de entender los detalles de la lucha por la conquista en que se habían embarcado.

Cortés volvió a Tzompantepec a primera hora de la tarde, tras repeler un gran ejército enemigo sin sufrir más bajas después de cinco horas de lucha. Por fin, al anochecer, llamó a Pepillo y le dictó unos cuantos párrafos de la nueva carta que estaba redactando para el rey Carlos:

—«He incendiado diez pueblos, uno de ellos con más de tres mil casas. Los habitantes se han resistido mucho, pero, puesto que llevábamos la bandera de la cruz y luchábamos por nuestra fe y al servicio de Vuestra Sagrada Majestad en esta vuestra real empresa, Dios nos ha concedido una victoria tal que hemos matado a la mayoría sin sufrir ningún daño.»

Después de despedir a Pepillo, Cortés llamó aquella noche a los dos tlaxcaltecas que había escogido como mensajeros y les dijo lo siguiente, que Malinali tradujo:

—Decidle a Chicotenga que sigue siendo nuestro deseo tratar como hermanos a los tlaxcaltecas y que nunca les

habríamos hecho daño si no nos hubieran dado motivos para hacerlo. Decidle a Chicotenga que, si no quiere unirse a nosotros como aliado en la guerra contra Moctezuma y disfrutar de una gran gloria y un rico botín, no lo obligaremos. En tal caso, sin embargo, debe hacerse a un lado y no molestarnos cuando visitemos su capital y pasemos por su territorio camino de Tenochtitlán. Decidle que debe aceptar estos términos, y que debe aceptarlos ahora, o mataremos a todo su pueblo, sin dejar ningún hombre, mujer o niño vivo en toda la tierra de Tlaxcala.

Los mensajeros no volvieron, pero la tarde del día siguiente, sábado 4 de septiembre, cincuenta tlaxcaltecas vestidos con túnicas tejidas con plumas negras y acompañados por cinco ancianas y una fila larga de porteadores con cestas, aparecieron al pie del cerro de Tzompantepec. Malinali los llamó y les preguntó qué querían y ellos contestaron que traían saludos y regalos de Chicotenga.

Por orden de Cortés, les dijo que subieran y, al cabo de un momento, los dejaron entrar en la fortificación.

—¿Quiénes son los de las plumas negras? —le preguntó Cortés a Malinali.

—Sacerdotes, supuestamente, pero demasiado limpios para sacerdotes. Más bien espías que intentan encontrar dónde somos débiles. ¡Mira cómo observan todo!

Era cierto, pensó Cortés. Miraban hacia todas partes y muchos tenían cicatrices de guerra, que seguramente los sacerdotes no solían tener. Al jefe de la delegación, en algún momento de su vida le habían rajado la cara con un arma blanca, seguramente una de aquellas espadas nativas. Tenía una enorme cicatriz fruncida de mejilla a mejilla y una espantosa prótesis de nariz hecha con mosaico de aquellas piedras verdes que tanto gustaban por allí. Se acercó con el resto de la delegación. Las ancianas y los porteadores lo siguieron. Los soldados españoles, armados con picas, espadas y hachas, los rodearon, y los mosqueteros los apuntaron desde la torre del templo.

—Bienvenidos —los saludó Cortés por boca de Malinali, a la que se había unido Pepillo.

A Cortés le gustaba cómo trabajaban juntos los dos para

ofrecerle una traducción en castellano fluido.

—¿Me traéis un mensaje de Chicotenga?

—Señor —dijo el de la falsa nariz—, te manda estas cinco esclavas. —Señaló a las miserables ancianas encogidas—. Si eres lo bastante feroz para comer carne y sangre, cómetelas y te traeremos más. —Indicó tres cestas—. Si eres un dios benévolo, aquí hay incienso y plumas para ti. Si sois hombres —dijo, indicando el resto de cestas, más de un centenar—, tomad las aves y el pan y las cerezas.

—Dile que libere a estas pobres ancianas —contestó Cortés con cansancio—, que estamos aquí en nombre de Cristo y del rey de España para enseñarle y enseñar a toda la gente de estas tierras a no sacrificar humanos y a no comer nunca más carne humana. Dile también que somos hombres de carne y hueso, exactamente como él. Dile que esta es la verdad y que siempre les hemos dicho a los tlaxcaltecas la verdad. Dile que deseo ser su amigo y que no sean necios, porque solo sufrirán mucho si se empeñan en luchar. ¿No ha visto cuántos de los suyos han muerto y cuán pocos de los nuestros? ¿Realmente quiere continuar con esto?

—Le pasaré tus palabras a mi rey —dijo el de la falsa nariz, que dijo llamarse Ilhuicamina—. Ahora, por favor, ya que sois hombres, comed nuestro pan, comed nuestros pavos.

Mientras destapaban las cestas, los delegados con capa negra se paseaban libremente por el complejo, mirándolo todo, y Cortés, que parecía haber contraído fiebre por la noche, se fue poniendo de mal humor. Malinali tenía razón acerca de aquellos hombres. Eran espías, seguro. Habían entrado en su campamento fingiendo amistad y reconciliación, ofreciéndoles comida, como si consideraran sus proposiciones, ¡con la única intención de traicionarlos!

Llevado por un arrebato de ira, ordenó que los arrestaran y los mantuvieran vigilados. Escogió a uno de los más jóvenes, que dijo llamarse Yolotl, para interrogarlo. A pesar de las protestas de Ilhuicamina, llevaron al joven a un pequeño edificio cerrado, alejado del patio, donde Cortés dejó que lo atacaran dos feroces mastines y lo interrogó con la ayuda de Malinali. Enseguida admitió ser un espía. Había ido allí con órdenes de encontrar y anotar los puntos débiles de las defensas, por donde el ejército de Tlaxcala podría atacar con más facilidad para destruir a los españoles.

La mayoría de los delegados, sometidos al mismo trato, contaron lo mismo y añadieron además que Chicotenga estaba reuniendo a diez mil hombres de sus tropas de choque para atacar Tzompantepec aquella misma noche.

Cortés ya tenía bastante. Sin más charla, haciendo caso omiso de sus peticiones, hizo que los pusieran en fila delante de un tajo, llamó a Guillén de Laso y le ordenó que les cortara las manos con el hacha. Muchos se desmayaron cuando la hoja cayó, y les cauterizaron los muñones con una barra de hierro candente.

Ilhuicamina fue el último al que llevaron, forcejeando y dando patadas al tajo.

—¿Por qué nos haces esto? —le preguntó a Cortés con ayuda de Malinali—. Nos hablas de amistad, nos hablas de confianza, condenas nuestros sacrificios, pero les cortas las manos a soldados valientes y a ciudadanos honestos.

—Lo hago —repuso Cortés, echando chispas— porque es indigno de los soldados valientes y de los ciudadanos honestos vestir la túnica de los sacerdotes y rebajarse a la odiosa estratagema de espiar.

Ilhuicamina no gritó ni dijo una sola palabra cuando cayó el hacha.

—¡Dile a Chicotenga que estamos preparados para combatirlo a cualquier hora! —gritó Cortés, escupiendo saliva —. De día o de noche, cuando desee venir, verá qué clase de hombres somos los españoles.

Cuando los delegados se marcharon del cerro de Tzompantepec, tambaleándose por las heridas, los porteadores e incluso las cinco ancianas que tenían que haber sido sacrificadas corrieron tras ellos.

Los sacerdotes, magos y adivinos de Tlaxcala habían practicado brujería, ceromancia, consultado sus amuletos y, al final, le habían dicho a Chicotenga lo que ya sabía: que los hombres blancos no eran *tueles* sino hombres; comían pavo, perro, pan y fruta; desdeñaban el corazón y la sangre de los guerreros a los que mataban y, si continuaba combatiéndolos, al final los vencería. Y los hechiceros añadieron una nueva y útil información: los formidables poderes y el gran valor de los

hombres blancos los abandonaban al ponerse el sol y por la noche no tenían fuerza alguna.

A muchos tlaxcaltecas no les gustaba luchar de noche, cuando deambulaban los fantasmas y los vampiros, pero Chicotenga nunca había compartido aquella superstición y, muchas veces, aunque no todavía contra los hombres blancos, había llevado a la batalla a sus guerreros durante las horas de oscuridad. Por tanto, decidió llevar a cabo un ataque nocturno contra el cerro de Tzompantepec.

Aunque los magos estuvieran equivocados, lo que era muy probable en su opinión, ya que raramente acertaban, las cosas difícilmente podrían ir peor que en las catastróficas batallas que ya habían librado contra los blancos a la luz del día. Desde luego no eran dioses, pero su vida era venturosa: las armas, sobre todo las largas serpientes de fuego, los hacían casi invencibles, y su coordinación y sus tácticas eran soberbias. Así que, ¿por qué no intentar asaltarlos de noche? Al menos la cháchara de los brujos envalentonaría a sus guerreros, y quizá los espías que había enviado aquella tarde con comida y otras distracciones consiguieran información útil sobre el estado de sus defensas. Por tanto, reunió a diez mil de sus mejores guerreros en el valle, invisibles desde el cerro de Tzompantepec, y ahora, mientras el día transcurría, esperaba que Ilhuicamina volviera para unirse a sus filas.

No tuvo que esperar mucho.

Después de mandar a los espías con su señor en un estado calamitoso, Cortés reunió a sus hombres en el patio de Tzompantepec.

—Daos un festín con la comida del enemigo —les dijo, señalando los generosos montones de pavo y tortas de maíz—. Vais a necesitar toda vuestra energía, porque sé de buena tinta que esta noche nos atacarán.

—Creía que los salvajes nunca luchaban en la oscuridad —refunfuñó Guillén de Laso, de pie y apoyado en el largo mango de su hacha.

—No llaméis nosotros salvajes —dijo Malinali bruscamente—. Salvajes vosotros. —Señaló el tajo ensangrentado—. Cortar así manos a hombres no está bien.

—Decidle que reprima la lengua, don Hernán —se quejó el hachero—. No acepto lecciones de ninguna mujer, y menos de una de su color y su raza.

—Vergüenza debería daros, De Laso. —Bernal Díaz se le acercó furioso—. Tiene más valor que la mitad de nuestros soldados. A pesar de que oye todos los días que los indios van a matarnos y comerse nuestra carne con chiles, y aunque nos ha visto rodeados en las últimas batallas y sabe que todos estamos heridos y enfermos, no muestra ninguna debilidad.

Cortés se dio cuenta de que aquello abría la caja de Pandora, porque la discusión entre ambos hombres acabó en debate general acerca de las circunstancias a las que los españoles se enfrentaban en Tzompantepec. Para su fastidio, el siempre vacilante Alonso de Grado, al que hacía poco había indultado por unirse a la rebelión velazquista, aprovechó la ocasión para presionar en favor de una retirada inmediata a Villa Rica, desde donde podrían zarpar hacia Cuba en la nave que les quedaba para pedir refuerzos.

—Estamos todos cansados y heridos —se quejó—, algunos tenemos dos e incluso tres heridas; unos cuantos morirán pronto si no los atienden adecuadamente. Estamos hechos polvo y padecemos enfermedades y escalofríos y el frío de las montañas, incuso vos, Hernán, si no estoy equivocado. Va a ser una dura empresa marchar hacia Tenochtitlán y derrotar a los enormes ejércitos mexicas cuando no somos siquiera capaces de vencer a los tlaxcaltecas, de quienes los totonacas nos dijeron que serían nuestros amigos. Cierto que Dios nos ha dado la victoria en cada batalla, grande o pequeña, desde que partimos de Cuba, y por su piedad no ha dejado de apoyarnos cuando estábamos rodeados de fieros tlaxcaltecas, pero no deberíamos tentarlo con tanta frecuencia, o nuestro destino podría ser peor que el de Pedro Carbonero.

—Esto no me lo esperaba de vos, Alonso —dijo Cortés, y su antiguo amigo, de piel clara y fino cabello rubio, enrojeció de vergüenza, como si deseara no haber abierto la boca.

A pesar de todo, un murmullo de descontento recorrió el patio: porque Pedro Carbonero, luchando para expulsar a los moros de España un siglo antes, había conducido imprudentemente a sus hombres a territorio enemigo, donde los habían rodeado y matado. Desde entonces su nombre era sinónimo de cualquier empresa militar que abarcara demasiado

y acabara en desastre.

Cortés estaba profundamente dolido por la insinuación. Consideró ordenar que azotaran a De Grado, incluso que lo colgaran por incitación al motín en tiempos de guerra, pero se abstuvo porque notó que el estado de ánimo del campamento podría no apoyarlo.

—Caballeros —dijo—, no es momento para charlas. Estamos ante un ataque inminente y debemos prepararnos.

Sandoval, Alvarado, Dávila y Díaz se habían puesto a su lado. De Grado murmuró una disculpa y Guillén de Laso bajó el hacha. De momento, dado que los hombres se abalanzaron sobre la comida traída por los indios y no tardaron en reír llenándose la tripa, el conato de insurrección se diluyó.

—Mira lo que me han hecho —dijo Ilhuicamina, encorvado de dolor, enseñándole los muñones ensangrentados —. Ni siquiera podré limpiarme el culo, mucho menos volver a luchar. Bien podría estar muerto.

Mudo de rabia, Chicotenga tuvo ganas de subir corriendo a Tzompantepec y descuartizarlos a todos, pero era más fácil pensarlo que hacerlo, y notó que a su alrededor los hombres se achicaban. Los combates terribles que habían librado durante los días anteriores, sus amigos y hermanos muertos, las aldeas y los pueblos que los hombres blancos habían destruido, las mujeres y los niños asesinados con tanta crueldad, aquellas armas desconocidas e impresionantes, la explosión mortífera de sus serpientes de fuego y ahora aquella perversa siega de manos... Y todo eso sumado a algo desconocido hasta el momento, una oscura y horrible amenaza cuya verdadera forma desafiaba la comprensión.

—Todavía no —dijo Árbol, como si le leyera el pensamiento—. Espera a que oscurezca como habíamos planeado, a que los hombres blancos sean débiles; entonces nos vengaremos.

—No creerás eso en serio, ¿verdad? Eso de que serán débiles...

—Lo creo —dijo Árbol, con la cara marcada por aquella gran cicatriz inexpresiva—. Además, el ataque nocturno los pillará por sorpresa... como a Coaxoch.

Ilhuicamina gimió.

—¡No! A algunos de los nuestros los han herido sus lobos y han revelado el plan. No será una sorpresa, ya no. Tenemos que cancelarlo.

—¿Cancelarlo? Eso jamás. Esperaremos a medianoche, a que la luna esté alta. Entonces atacaremos.

Fue otro desastre.

Al principio, mientras los guerreros de Chicotenga rodeaban el cerro y subían despacio y con sigilo por las laderas hacia el templo fortificado, todo fue bien. El lugar estaba sumido en el silencio más profundo y parecía que los hombres blancos y sus bestias dormían, privados de sus poderes, mientras la dama luna reinaba en el cielo.

De pronto, una sandalia patinó en la grava y se produjo un resbalón y una caída seguida por susurros y un brusco silencio. Todos se quedaron quietos aguzando el oído para captar cualquier movimiento proveniente de arriba, pero no pasó nada y, al cabo de un momento, con cautela, siguieron subiendo.

«Debe de ser cierto que pierden los poderes cuando oscurece», pensó Chicotenga, porque si no era verdad, seguramente sus lobos, que, como habían observado los tlaxcaltecas, poseían unos sentidos muy agudos, habrían oído a aquel torpe insensato y dado la voz de alarma ladrando.

Solo que, por supuesto, lo habían oído, porque en ese momento oyeron gruñidos ahogados, el sonido ya demasiado familiar que hacían los lobos cuando los hombres blancos los soltaban. De repente, las laderas estuvieron llenas de las siluetas escurridizas de las poderosas bestias, con las armaduras relucientes a la luz de la luna, los colmillos como puntas de flecha en sus grandes fauces. Una forma oscura saltó y derribó de espaldas a Chicotenga con una serie de furiosos gruñidos. Chicotenga oyó gritos de terror y agonía a su alrededor mientras se protegía instintivamente la cara. Notó los dientes del monstruo clavándosele en el brazo sacudiéndoselo violentamente, rasgándole la carne, mojándolo de saliva caliente. Apuñaló a la criatura una, dos, tres veces en los flancos, pero cada vez el golpe rebotaba en la armadura de brillante metal, hasta que las manazas de Árbol salieron de la

oscuridad, lo obligaron a abrir la boca y le rompieron el cuello con un único giro antes de arrojar al suelo el cadáver flácido.

Chicotenga se estaba levantando cuando oyó el sonoro grito de batalla de los hombres blancos y vio una fila de ellos iluminada por la luna cuando salían del patio del templo a lomos de sus enormes huemules sobrenaturales. Bajaron del cerro como una avalancha imparable y se abalanzaron contra los mermados tlaxcaltecas en retirada, apuñalando y cortando con sus espadas y obligándolos a retroceder hacia las filas de más abajo a trompicones, de forma desordenada y caótica. Detrás de los jinetes llegaron los infantes, máquinas de matar vestidas de metal, armados con espadas, mazas y hachas, aporreando y ensartando y desmembrando, convirtiendo la retirada en un caos y el caos en una derrota aterrorizada.

Chicotenga no pudo hacer otra cosa que correr, como corría Chipahua, como corría incluso Árbol, como sus diez mil hombres corrían, en una torpe carrera desde las laderas hacia la llanura iluminada por la luna, donde las plateadas siluetas de los jinetes, rápidos como el viento, alcanzaban a los fugitivos y los derribaban. Obedeciendo a una llamada de corneta de la fortificación, interrumpieron la persecución y regresaron brevemente al cerro. Entonces las serpientes de fuego rugieron y las llamas surgieron y la muerte silbaba entre los tlaxcaltecas, devastando a los indios en fuga. Y, a continuación, volvieron los jinetes con un estrépito atronador, increíblemente rápidos, adelantando fácilmente a los corredores más rápidos, sin darles cuartel, masacrándolos sin piedad.

Y Chicotenga corrió como corrían todos, alejándose de los relucientes jinetes, esquivando las espadas refulgentes, con la bilis de la deshonra en la garganta y lágrimas de vergüenza en los ojos.

Cortés no podía descansar, con la frente febril y sacudido por escalofríos, con el corazón desbocado de furia. En la masacre del ataque nocturno, cortando cabezas y cuellos hasta que el brazo se le cansó, pisoteando al enemigo hasta que *Molinero* estuvo empapado de sangre hasta los espolones, notó varias veces la presencia de un jinete fantasmagórico a su lado, un jinete de negros ojos, piel radiante y manos de soldado: el mismísimo san Pedro, trasladado del mundo de los sueños al mundo real para acuciarlo.

—Tu trabajo de esta noche no ha terminado —le susurró

cuando por fin Cortés abandonó la persecución—. Te he dado la victoria; ahora me comeré el becerro cebado.

—¿El becerro cebado, Santidad?

—Hay pueblos cerca que no has atacado aún.

Era cierto. Durante los días anteriores de saqueos e incendios, Cortés se había saltado tres pueblos, uno de ellos muy grande, todos a menos de siete kilómetros de Tzompantepec.

—Esos pueblos y cuantos viven en ellos —prosiguió san Pedro—, son el becerro cebado que debes matar y ofrecerme.

Una repentina comprensión inundó a Cortés, emocionante y vigorizadora. Una ofrenda... Sí, era lo apropiado.

Se puso de pie en los estribos de *Molinero*, mirando alrededor. El claro de luna inundaba la llanura, donde grupos de totonacas se movían entre los cadáveres amontonados, quitándoles las plumas y las armas. Alvarado, Velázquez de León, Dávila y otros tres jinetes estaban cerca. Doscientos soldados de infantería formaban en compañías, disponiéndose a volver al campamento.

—¡Nuestro trabajo de esta noche no ha terminado todavía! —gritó Cortés—. ¡Necesito un centenar de voluntarios para ayudarme a darles una lección a estos tlaxcaltecas que nunca olvidarán!

Alvarado se adelantó con *Bucéfalo*.

—Contad conmigo, Hernán.

—Conmigo también —dijo Dávila.

Los demás jinetes lo siguieron y los infantes se arracimaron alrededor, con los ojos enardecidos por el deseo de matar.

Mucho más tarde, aquel mismo día, domingo 5 de septiembre, Cortés condujo a los hombres cerro abajo. El becerro cebado había sido sacrificado y ofrecido en la mayor masacre de civiles que habían llevado a cabo las fuerzas españolas en las Nuevas Tierras. Había sido, suponía él, una masacre de inocentes, pero no estaba avergonzado ni se arrepentía. Sabía que había hecho el trabajo de Dios, dirigido por el propio san Pedro, y que no había sido pecado. Además, los buenos resultados se vieron enseguida, resultados de los que esperaba sacar fruto muy pronto. Se despojó de la armadura y la

ropa ensangrentadas y se bañó en el agua helada y transparente de la fuente del templo. Le bajó la fiebre, se sintió bien y fuerte de nuevo y lo atribuyó a la rectitud de su proceder.

Rebosante de energía, eligió a dos prisioneros, le pidió a Malinali que les diera un encendido mensaje de paz para Chicotenga y los despachó con la esperanza de que al final su empecinado enemigo entrara en razón. Luego llamó a Pepillo y le dictó el siguiente pasaje de la carta al rey Carlos, en el que describió el cobarde ataque nocturno de los tlaxcaltecas, el valiente contraataque de los españoles que había obligado a los salvajes a retroceder sufriendo muchas bajas y, por último, aunque se ahorró los detalles, la masacre de los poblados.

—«En las horas previas al amanecer ataqué dos pueblos donde maté mucha gente —dictó mientras Pepillo mojaba la pluma y garabateaba una y otra vez—, pero decidí no quemar las casas porque los incendios podrían haber alertado a otros pueblos cercanos. Al amanecer llegué a otro pueblo grande, este de más de veinte mil casas. Como pillé a sus habitantes por sorpresa, huyeron de sus casas desarmados. Las mujeres y los niños corrían desnudos por la calle y les hice algún daño para asustarlos. Cuando se dieron cuenta de que era inútil resistirse, algunos hombres importantes vinieron a implorarme por señas que no les causara más daño porque querían ser mis amigos y vasallos de Vuestra Alteza. Reconocieron que eran responsables por no haber querido servirme, pero me aseguraron que de ahí en adelante vería cómo cumplirían lo que yo, en nombre de Vuestra Majestad, mandase y que serían vuestros más leales vasallos. Más de cuatro mil de ellos vinieron pacíficamente y me llevaron a una fuente donde me sirvieron una buena comida y me dijeron que el pueblo se llamaba Teocacingo. Después les hice entender que debían ir a ver a Chicotenga, el capitán tlaxcalteca, y hablarle de mi clemencia e instarlo a aceptar mi oferta de paz. Accedieron a ello de inmediato, así que los dejé pacificados y volví a nuestro campamento...»

Malinali permanecía sentada en la habitación mientras Cortés terminaba de dictar. Cuando Pepillo se fue y se quedaron solos, le preguntó:

—¿Qué quiere decir «algún daño», Hernán? ¿A cuántos matado?

Como sabía que seguía enfadada por la brutalidad con que había tratado a los espías tlaxcaltecas (¿habría estado más

contenta si los hubiese ejecutado como merecían?), estuvo tentado de no ser más sincero con ella en cuanto a la cifra de muertos de lo que había sido con el rey, pero acabó diciéndole la verdad.

—Hemos matado a cerca de tres mil antes de que aceptaran rendirse —dijo como si tal cosa.

—Y si no haber rendición, ¿cuántos matas?

—Muchos escaparon, pero juntamos a más de diez mil. Los habría matado a todos.

—Así que esta tu clemencia que dirán a Chicotenga. Cortés pudo matar diez mil pero solo mata tres mil...

Él entornó los ojos.

—Sí. ¿Te supone algún problema?

Malinali suspiró.

—Vine a encontrar dios de paz —dijo—, pero encontré dios de guerra.

—Soy un hombre de guerra. Lo sabes mejor que nadie. Y en esta tierra empapada de sangre y violencia, no puedo ser otra cosa que un hombre de guerra.

La atrajo hacia sí. Estaba molesta con él, Cortés lo sabía, pero no se resistió.

Al día siguiente, lunes 6 de septiembre, a pesar de las grandes cosas conseguidas para Dios y el rey durante las veinticuatro horas anteriores, Cortés se disgustó al enterarse de que la facción de De Grado seguía haciendo campaña a favor de volver a Villa Rica y, en última instancia, a Cuba. Cada vez más hombres se quejaban abiertamente de que su suerte no era mejor, que de hecho era peor que la de los caballos de carga.

—Porque cuando un animal termina la jornada —refunfuñaba Guillén de Laso—, lo desensillan y le dan comida y puede descansar, pero nosotros vamos cargados con las armas y con las sandalias puestas día y noche.

Otros se quejaban del desmantelamiento de las naves, porque la opinión general era que su hundimiento no se había debido a los insectos y la podredumbre, sino a los agujeros practicados en sus cascos por orden de Cortés. Quedaba una nave en Villa Rica, sí, pero era una carabela que como mucho podría transportar unos sesenta hombres hasta Cuba.

—Ni los romanos, ni Alejandro, ni ningún otro capitán famoso, nadie osó destruir sus naves y atacar poblaciones grandes y ejércitos enormes con una fuerza tan pequeña como habéis hecho vos —dijo De Grado, otra vez crítico con Cortés—. Es como si prepararais vuestra propia muerte, Hernán, y la de todos nosotros. Os lo ruego, protegednos conduciéndonos de vuelta a Villa Rica, donde al menos estaremos entre aliados y no sufriremos estos inacabables ataques.

Algunos grupitos de hombres que habían perdido el valor eran menos francos que De Grado pero se quejaban con disimulo. Unas quejas de las que Alvarado y otros amigos leales tomaban nota para informar a Cortés, aunque él les decía que no hicieran nada. Sin embargo, pasando por delante de una cabaña a primera hora de la tarde para supervisar a la guardia, el propio Cortés oyó a un grupo de soldados murmurando conspirativamente y, cuando se paró a escuchar, entendió lo que decía uno.

—Si nuestro capitán quiere ponerse en evidencia yendo hasta un punto sin retorno y conseguir que lo maten, dejemos que lo haga solo; no lo seguiremos. Si quiere venir con nosotros, pues muy bien, pero, si no, lo abandonaremos.

«Ingratos bastardos», pensó Cortés.

Lo percibía en la atmósfera. Si no actuaba pronto, sería incapaz de dirigir a los hombres y perdería para siempre todo aquello por lo que había luchado, cada logro conseguido contra todo pronóstico.

Chicotenga sentía que estaba a punto de perder todo aquello por lo que había luchado, cada logro conseguido contra todo pronóstico para asegurar la libertad y la independencia de Tlaxcala. A pesar de las humillaciones que le habían infligido los hombres blancos una y otra vez, estaba convencido de que si no decaía, si no se desmoronaba, si no cedía terreno, al final los vencería. También los españoles estaban cada vez más cansados y desmoralizados tras días de continua lucha, y, a diferencia de los tlaxcaltecas, no tenían reservas ni refuerzos a los que recurrir, aparte de los hombres de la lejana fortaleza de la costa cercana a Huitztlán, ni tierras repletas de cultivos, ni caza para alimentarse, ni ningún pueblo, a excepción de los totonacas, que

los apoyara. Sí, había sido un error estúpido darles comida, pero no volvería a cometerlo. Todo lo que tenía que hacer era seguir presionándolos; quizás otro empujón fuerte bastara para borrarlos de aquellas tierras.

El problema era que el Senado, nunca por completo a favor de la guerra, se había vuelto decididamente en su contra. Ahora su propio padre se levantó, con el ceño fruncido, para hablar en favor de la paz.

—Amigos y hermanos —empezó—, habéis visto con cuánta frecuencia esos *tueles* que están en nuestras tierras esperando a ser atacados nos han mandado mensajeros pidiéndonos la paz, diciendo que han venido a ayudarnos y adoptarnos como hermanos. Sabéis bien que los hemos atacado una y otra vez con todas nuestras fuerzas, de día y de noche, y que no hemos logrado conquistarlos, y que durante esos ataques han matado a muchos de los nuestros, a nuestros parientes, hijos y capitanes. Ahora nos piden la paz una vez más, y los totonacas que los acompañan dicen que son enemigos de Moctezuma y los mexicas, y que han ordenado a las ciudades de las colinas totonacas y a Cempoala que no vuelvan a pagarle los impuestos. No olvidéis que los mexicas nos hacen la guerra todos los años y que nuestro territorio está tan asediado que no nos atrevemos a salir de él para ir a buscar la sal que necesitamos. Tampoco podemos ir a buscar algodón, así que tenemos poca tela de algodón. Si los nuestros van a buscarlo, pocos vuelven con vida. Esos traicioneros mexicas y sus aliados los matan o los esclavizan. Todos los que han luchado contra los *tueles*, incluso tú, hijo mío —dijo, mirando a Chicotenga—, hablan de su bravura y su gran destreza como soldados. Por tanto, me parece que deberíamos ser sus amigos y, sean hombres o *tueles*, darles la bienvenida y unirnos a ellos en su guerra contra Moctezuma.

Chicotenga se levantó.

—Padre —dijo—, he escuchado tus palabras, pero esos hombres de quienes dices que deberíamos ser amigos son los mismos que cortaron las manos a cincuenta de nuestros guerreros más valientes...

—Y esos guerreros iban vestidos de sacerdotes por orden tuya y entraron en el campamento de los hombres blancos a espiar —lo cortó furioso Maxixcatzin—. Fue una imprudencia por tu parte. Exigía una respuesta. Los pusiste en peligro. Nosotros no dudamos en ejecutar a los espías de otros pueblos

cuando los localizamos...

—Esos hombres de quienes dices que deberíamos ser amigos —repitió Chicotenga— llegaron al amanecer a la ciudad de Teocacingo y mataron a tres mil mujeres y niños. ¡Tres mil!

—Podrían haber matado a más —dijo Maxixcatzin—. Los ancianos de Teocacingo han venido a decirnos que cuando rogaron clemencia se la concedieron y la matanza cesó. Se han ofrecido como vasallos al jefe de los hombres blancos, que ellos creen que quiere la paz. Nos instan a hacer lo mismo...

—O sea —espetó Chicotenga—, nos aconsejan rendir nuestra dignidad y nuestro honor y vivir como perros para no ver nuestras casas destruidas y a nuestras mujeres y niños asesinados.

—¡Te equivocas! —exclamó su padre—. El orgullo te impide ver la verdad.

Chicotenga le hizo una reverencia.

—Entonces dime, padre, te lo ruego, ¿cuál es la verdad?

—La verdad es que todos los años los ejércitos de Moctezuma cogen a miles de nuestras mujeres e hijos, a muchísimos más de los que los hombres blancos han matado, para sacrificarlos en el altar del Colibrí. La verdad es que vivimos una vida de constante opresión y terror, que tenemos que luchar por nuestra libertad todos los días del año, empobreciéndonos y derramando sangre para mantener a raya a Moctezuma. La verdad es que esta paz y esta alianza militar con los hombres blancos nos ofrece una posibilidad, por primera vez en la historia, de derrotar a los mexicas y librarnos de ellos para siempre... Y eso, hijo mío, no será vivir como perros sino más bien como un pueblo libre, un pueblo verdaderamente libre, libre como nunca ha sido.

El debate prosiguió todo el día y hasta bien entrada la noche, mientras Chicotenga se esforzaba por convencer a los ancianos de los peligros terribles que entrañaba firmar la paz con los hombres blancos y marchar a su lado contra Moctezuma. Daba igual lo atractiva que pudiera ser la perspectiva de derrotar a los mexicas. Él creía que al final Tlaxcala solo sustituiría a un diablo por otro peor, y que miserias como su tierra nunca había conocido caerían sobre ella y sobre su pueblo. En lo más profundo, Chicotenga sabía que la paz, lejos del inicio de la nueva era de luz y libertad que su padre y Maxixcatzin pronosticaban, significaría el comienzo de una

época de oscuridad y esclavitud en la que los Tzitzimime, los monstruos del crepúsculo, descenderían del cielo dejando a su paso una estela de ruinas.

Cortés ordenó a los totonacas que montaran guardia y convocó una reunión de toda la tropa para las ocho de la mañana del martes 7 de septiembre. Se reunieron en el patio del templo fortificado del cerro, bajo un claro cielo matutino. El Caudillo había dormido bien y se sentía recuperado y descansado. Les dijo a los hombres que se sentaran y se pusieran cómodos: tenía algo que decirles y quería que lo escucharan bien.

—Señores y amigos —empezó—, os he elegido como compañeros y me habéis elegido como capitán para servir a Dios y a la divulgación de su sagrada fe, y también para servir al rey, e incluso en beneficio vuestro. Yo, como habréis observado, no os he fallado ni ofendido; tampoco lo habéis hecho vosotros, hasta ahora. Sin embargo, ahora noto que algunos estáis desfalleciendo, y que os apetece poco esta guerra que tenemos entre manos, una guerra que, con la ayuda de Dios, hemos finalizado...

Al oír esto, De Grado, pidiendo a gritos que lo azotaran, cometió la temeridad de interrumpirlo diciendo que no había prueba alguna de que la guerra hubiera terminado. Cierto que Chicotenga no había lanzado ningún ataque el día anterior, después del fracaso de su asalto nocturno, pero eso era probablemente porque el jefe tlaxcalteca estaba congregando sus ejércitos para otra batalla campal.

—En mi opinión —concluyó De Grado—, no deberíamos quedarnos para librar esa batalla. Marchémonos ahora a Villa Rica. Podemos refugiarnos con nuestros aliados totonacas hasta que podamos volver todos sanos y salvos a Cuba.

Hubo un murmullo de apoyo. Incluso Ordaz y Velázquez de León, cuyo espíritu rebelde Cortés creía haber domado para siempre ahorcando a Juan Escudero, parecían inclinarse hacia el bando de De Grado, aunque aún no habían hablado abiertamente a su favor.

—Estáis mal informado, Alonso —le dijo Cortés—. Si Chicotenga y sus capitanes no han vuelto, yo diría que es

porque temen hacerlo. Hemos causado muchas bajas en sus filas durante los últimos combates y no pueden rehacer sus ejércitos después de derrotas tan tremendas. Confío en Dios y nuestro mentor san Pedro. La guerra en esta provincia ha terminado. Sin embargo, aunque me equivoque y tengamos que volver a luchar contra los tlaxcaltecas, seguiría siendo un error, un terrible error, diría yo, retirarnos como aconsejáis. ¿Creéis que si volvemos ahora van a permitir que nos entretengamos en la ociosidad y la pereza entre los totonacas mientras esperamos a que lleguen naves suficientes de Cuba para ponernos a todos a salvo? ¡Qué va! Yo os digo, Alonso, que si nuestros aliados, que en la actualidad nos tienen por dioses e ídolos, nos ven regresar a sus tierras demasiado acobardados para visitar Tenochtitlán, nos considerarán unos cobardes y unos enclenques y se levantarán también contra nosotros. Puesto que les dijimos que no pagaran más los impuestos a Moctezuma, esperan que este les mande sus ejércitos mexicas, no solo para exigir los tributos y declararles la guerra, sino también para obligarlos a atacarnos, lo que, para evitar la destrucción y por su gran temor a los mexicas, sin duda harán. Así que donde esperáis amigos yo digo que encontraremos enemigos. ¿Y qué dirá el gran Moctezuma cuando se entere de nuestra retirada? ¿Que nuestra expedición era una broma pueril? ¿Qué pensará de nuestros discursos y de los mensajes que le hemos enviado? Caballeros, si un modo de obrar es malo, el otro es peor, así que yo digo que es mejor seguir hasta Tlaxcala y luego hasta Tenochtitlán, superando todos los obstáculos con ayuda de san Pedro, que nos da la fortaleza de muchos. Está claro que las guerras destruyen hombres y caballos, y que solo de vez en cuando comemos bien. ¡No lo niego! Sin embargo, no vinimos aquí para estar cómodos sino para luchar cuando se nos ofreciera la oportunidad. Así pues, señores, os lo ruego por favor, comportaos como caballeros. De ahora en adelante, sacaos de la cabeza la isla de Cuba y lo que habéis dejado allí y tratad de actuar, como habéis hecho hasta ahora, como soldados valientes...

Cortés hizo una pausa para que los hombres asimilaran sus palabras. En el silencio subsiguiente, Bernal Díaz, un buen hombre, uno de los mejores, tomó la palabra.

—Capitán, no os molestéis ni un segundo en escuchar la charla ociosa de los escépticos y los criticones. —Miró furibundo a De Grado, que se rebulló incómodo—. ¡No escuchéis sus

historias! Hablo en nombre de la mayoría de soldados, todos valientes y leales, y con la ayuda de Dios estamos listos para actuar juntos y hacer lo correcto.

—Gracias, Bernal —dijo Cortés. Un aplauso se extendió rápidamente por el patio, cada vez más decidido y fuerte—. Gracias a todos. —Miró alrededor y, como el aplauso no cesaba, barrió para su casa—: Desde aquí hasta Tenochtitlán, donde reside Moctezuma, de cuyas grandes riquezas y posesiones habéis oído hablar, hay menos de ciento cincuenta kilómetros. —Otro aplauso—. Ya hemos hecho la mayor parte del camino, como sabéis. Si llegamos allí, como confío por Dios Nuestro Señor que haremos, no solo conseguiremos para nuestro emperador y nuestro rey un país naturalmente rico, sino también un vasto dominio e innumerables vasallos, y para nosotros una gran riqueza en oro, plata, piedras preciosas, perlas y otras joyas. —Hizo otra pausa.

Los hombres ya paladeaban aquel tesoro, soñando despiertos.

—Aparte de todo eso —prosiguió Cortés—, conseguiremos el mayor honor y la mayor gloria obtenidos hasta el momento no solo por nuestra nación, sino por cualquier otra. Cuanto más grande sea el rey que buscamos, más extensas las tierras y más numeroso el enemigo, tanto mayor será nuestra gloria. «Cuantos más moros, mayor botín», dice el refrán. Además, estamos obligados a exaltar y difundir nuestra santa fe católica, como nos comprometimos a hacer como buenos cristianos, a erradicar la idolatría, esa gran blasfemia contra nuestro Dios, y a abolir esa abominación del sacrificio humano y el consumo de carne humana, tan antinatural —añadió, y miró de reojo a Malinali— pero tan común aquí. —Nuevamente repasó a los hombres—. Así que no temáis —concluyó—, ni dudéis de nuestra victoria. Vencisteis a los mayas en Potonchán, y durante estos últimos días habéis vencido a cien mil tlaxcaltecas, que tienen fama de tragafuegos. Con la ayuda de Dios y vuestra propia fuerza, también venceréis a los tlaxcaltecas que quedan, que no pueden ser muchos, así como a los mexicas, que no son mejores que ellos, si sois fuertes y me seguís.

Otro aplauso y los perros se pusieron a ladrar y aullar; uno o dos al principio, pero luego toda la jauría.

Encima de los muros fortificados, los totonacas señalaban hacia la llanura, parloteando temerosos entre sí.

Luego, los españoles del patio empezaron a oír lo que los perros habían oído ya, traído desde lejos por el aire puro de la montaña: el rítmico *plam, plam, plam* de pies marchando. Como un solo hombre, corrieron a las barricadas para ver el enorme ejército de Tlaxcala avanzando hacia ellos, espléndido con sus plumas e insginias, estandartes y armas. Volvía a tener el tamaño inicial, como si no lo hubieran diezmado durante los combates. Cien mil hombres con pinturas de guerra, listos para la batalla, estaban a un kilómetro escaso de distancia.

—¡La artillería! —gritó Cortés—. ¡La artillería!

Mesa ya estaba dando órdenes a sus artilleros, que hacían girar las manivelas bajo los enormes cañones de las bombardas.

De Grado se acercó a Cortés, haciéndose visera con la mano, mirando las incontables filas de guerreros que se aproximaban.

—¿Hemos vencido a esos tragafuegos, decís? —se burló.

35

Martes, 7 de septiembre de 1519

Los ojos crueles del guardia y su cara pétrea no toleraban concesión alguna.

—Tú, por ahí —ordenó a la criatura, arrebatándosela a su madre de los brazos. La madre se resistió y trató de recuperar a su hija—. Y tú, por allá —gruñó. Le dio un empujón a la mujer, que trastabilló, y luego una patada en el trasero que la lanzó de bruces al suelo.

Estaban en la periferia de un grupo grande de mujeres y niñas, al menos doscientas, entre las que muchos guardias, algunos también mujeres, trabajaban separando niñas y adolescentes jóvenes de las mayores. Protegida por la invisibilidad, más difícil de atrapar que el aire matutino, Tozi había permanecido con ellas una hora, observando y escuchando, intentando enterarse de qué iba todo aquello. Las categorías de clasificación que aplicaban tenían como finalidad separar a las vírgenes de las mujeres sexualmente activas. Luego inspeccionaron más detenidamente a las componentes de ambos grupos y, por último, las que se confirmó que eran vírgenes, la gran mayoría niñas menores de doce años, fueron llevadas al otro lado de la plaza, al corral de engorde de las mujeres. Durante los siete meses infernales que Tozi había pasado en

aquel corral, había habido en él mujeres de todas las edades y condiciones sexuales, pero esta vez estaba lleno exclusivamente de niñas vírgenes.

No era el único corral dedicado a este propósito concreto. Tozi se había enterado de algo alarmante durante aquella hora: habían vaciado dos de los cuatro corrales del otro lado de la plaza, que previamente solo contenían prisioneros, y ahora estaban llenos solo de niñas. En los tres corrales calculó que habría cerca de seis mil vírgenes prisioneras a la espera de ser sacrificadas en la plaza.

La niña a la que acababan de separar de su madre tendría unos ocho años. Tenía una cara seria, dulce e inocente.

—¡No! —gritó la madre mientras las apartaban—. ¡No! ¡No sabe cuidarse! ¡Me necesita! Por piedad, dejad que me quede con ella...

Los guardias eran inmisericordes. Volvieron a golpear a la mujer y se la llevaron a rastras, aún gritando.

—¡No! ¡No! ¡Miahuatl! ¡Oh, Miahuatl!

Así que la niña se llamaba Miahuatl. Invisible e invulnerable, Tozi se situó un paso por detrás de ella cuando la llevaron con otra docena de niñas de su misma edad hasta un grupo más grande, donde unas viejas brujas desdentadas les inspeccionaban las partes íntimas, como si fueran fruta expuesta en el mercado.

¿Cuánto hacía que duraba aquello?

Quizá desde que ella se había marchado de Tenochtitlán, y había estado fuera bastante tiempo. Solo había llevado la cuenta exacta de los últimos treinta y cinco días, pero sabía que habían pasado cerca de ciento veinte desde que Acopol la había visto a pesar del hechizo de invisibilidad y la aterrorizara en el palacio de Moctezuma, y cerca de ciento diez desde su último intento de entrar en el palacio, del que la habían expulsado los hechizos de protección del brujo. Luego había tenido éxito en su ataque mágico a Moctezuma durante la fiesta del solsticio de verano en la pirámide de Teotihuacán, de eso hacía casi ochenta días. Después había seguido buscando Aztlán y las Cuevas de Chicomoztoc a las que Huicton la había enviado diciéndole que buscara las visiones que la prepararían para volver a enfrentarse a Acopol.

Bueno, visiones no le habían faltado.

En el desierto, a veinte días a pie de Teotihuacán, cuando

la había mordido mortalmente una serpiente, había abandonado el cuerpo y vagado en espíritu por un laberinto místico donde había encontrado a un ser vestido de rojo, un ser en forma de mujer cuya cara no había llegado a ver, pero que le había dicho que había encontrado Aztlán y las Cuevas. Todo aquello había sucedido en el reino de la visión, mientras se acercaba a la muerte en el mundo físico, y sin duda habría muerto antes de volver a despertar si no la hubieran rescatado en el desierto unos hombres-medicina huicholes, conocidos como *mara'kate*, «sacerdotes chamanes». Ellos habían conseguido que volviera a latirle el corazón y su espíritu regresara a su cuerpo, y la habían cuidado. Con ellos había viajado otros ocho días por las hostiles y peligrosas tierras baldías realizando lo que llamaban la «cacería del venado», que en realidad era una excursión para recolectar el suministro de *hikuri* necesario para todo un año, el cactus alucinógeno que los mexicas llamaban *peyotl* y cuyo símbolo para los huicholes era un huemul.

—¿Por qué un huemul? —había preguntado Tozi.

—Porque el huemul es el animal mágico que entregó *hikuri* a nuestros primeros antepasados en su primera cacería —le dijo el *mara'kate,* y le explicó que su estrategia seguía siendo esperar a que el huemul bajara del cielo y les indicara el punto donde se posaba en la tierra—. Allí y solamente allí encontraremos *hikuri*.

Todo aquello le sonaba a necedad y Tozi se habría reído de los tres ancianos arrugados de no ser porque, como ella, sabían usar el hechizo de invisibilidad. Lo habían usado. Habían tendido sin esfuerzo una red lo bastante grande para ocultarla y ocultarse cuando un grupo de nómadas chichimecas había pasado cerca de su campamento la mañana siguiente del día que la habían devuelto a la vida. Posteriormente, mientras la guiaban por el desierto, deteniéndose aquí y allá para recoger *hikuri*, se habían visto obligados a usar el hechizo otras veces, porque los chichimecas se habían revolucionado, estaban en pie de guerra cubriendo un amplio territorio y frecuentemente amenazaban con descubrirlos.

Sin embargo, no era por su dominio de poderes similares a los suyos que Tozi se había quedado con los huicholes, sino por su relato de una profecía que hablaba de ella y de Acopol. Instintivamente, confiaba en los tres *mara'kate* y le gustaban. Se llamaban Irepani, que significaba «fundador», Taiyari, que

significaba «nuestro corazón», y Nakawey, que significaba «dueño de las estrellas y el agua». Su interlocutor durante todo el tiempo había sido Nakawey, porque los demás no hablaban náhuatl, pero se había fijado en que se lo consultaba prácticamente todo antes de comunicarse con ella, por lo que sus conversaciones solían ser fastidiosamente largas y enrevesadas.

La profecía era bastante simple: «En un tiempo de oscuridad aparecerá el heraldo de la luz. Luchará contra el maligno por el futuro del mundo. Por estos signos lo reconoceréis. Será una huérfana nacida en Aztlán. Será bruja e hija de bruja. Protegerá los niños. Será ofrecida en sacrificio a quien está a la izquierda del sol, pero escapará a este destino.»

—¿Escapaste del sacrificio? —le había preguntado Nakawey llegado a este punto.

Tozi le contó que la habían consagrado como víctima para el Colibrí, cuyo nombre, Huitzilopochtli, significaba «Colibrí a la izquierda del sol», y que de hecho había escapado al sacrificio.

Nakawey siguió recitando la profecía.

—«Se pondrá a prueba luchando contra el llamado Acopol, un hombre que no es un hombre, un hechicero cuyo poder procede directamente del maligno.»

—¿Del Colibrí? —preguntó Tozi.

—Sí, niña. Acopol le vendió el alma al Colibrí a cambio de su gran poder. Vimos los resultados el año pasado contra los chichimecas, a los que condujo a la locura. Tanto les insistió, que ellos, que fueron una vez salvajes y libres, se ofrecen ahora a ser soldados de los ejércitos de Moctezuma. Tanto les insistió, que guerrean entre sí, tribu contra tribu. Tanto les insistió, que se comen a sus propios hijos. Tanto les insistió, que incluso se han extendido hasta la sierra en busca de poblados huicholes para conseguir víctimas de nuestro pueblo.

Tozi no le dijo al *mara'kate* que también a ella le había aumentado los poderes el Colibrí. No era asunto suyo, ¿verdad? Además, solo usaría lo que le había dado por un buen motivo, para servir al dios de la paz Quetzalcóatl, jamás para un propósito maligno. Lo que se preguntaba era si sus poderes serían suficientes para aguantar la carga que debía soportar.

—Ya me puse a prueba luchando contra Acopol —admitió —, y fracasé. Me venció.

—Por eso debemos ayudarte, bruja de Aztlán.

Así que había caminado con ellos durante los ocho días restantes de su «cacería» por el desierto recogiendo *hikuri*, y otros tres más durante su ascenso a la alta sierra hasta el pueblo que los *mara'kate* consideraban su hogar. Allí, después de dos días de ayuno durante los cuales solo le permitieron beber agua, metieron a Tozi en una habitación oscura y le dieron a comer veinte pequeños botones verdes de *hikuri*.

Le habían producido visiones extrañas, terribles, de un mundo completamente desconocido para ella, un mundo devastado por las plagas, el hambre y la guerra, un mundo patrullado por enormes dispositivos metálicos que se arrastraban por la faz devastada de la tierra y chillaban por el cielo, un mundo donde no quedaban lugares verdes, ni campos fértiles, ni lagos ni océanos repletos de peces. Un mundo que hervía de muerte.

Mientras se desarrollaban estas visiones, Nakawey, Irepani y Taiyari, sentados a su lado, cantaban en su lengua, el huichol, y sus cánticos la sacaron de aquel lugar y la transportaron a un mundo diferente, un mundo lleno de luz, alegría y paz, donde vio a pueblos de muchas tierras distintas unidos en el amor, enseñándose unos a otros, aprendiendo los unos de los otros, un mundo de abundancia y belleza, lleno de vida vibrante y colorida.

Esa había sido la primera de sus lecciones, que los *mara'kate* no intentaron explicarle, como tampoco le explicaron ninguno de los misterios maravillosos de los que fue testigo a lo largo de los siguientes siete días que pasó comiendo *hikuri* y en éxtasis visionario. Al final, le dijeron que los poderes de ella eran más fuertes que los suyos propios, que se habían equivocado, que habían pecado de orgullo al suponer que podían adiestrarla y que había llegado el momento de que volviera a Tenochtitlán para cumplir la profecía.

—Pero ¿cómo acaba la profecía? —les preguntó, decepcionada y sintiéndose hasta cierto punto estafada—. Me dijisteis que me pondría a prueba luchando contra Acopol, pero no me habéis dicho con qué resultado. Si me enfrento de nuevo a él, ¿fracasaré otra vez o triunfaré?

—Te hemos dicho la profecía entera —dijo Nakawey sin inflexiones, con los ojos cerrados y la cara inexpresiva—. No dice nada más de ti.

—¿Entera? ¿Y qué pasa con el mundo, con el futuro del

mundo por el que se supone que debo luchar contra el Maligno? ¿Será el lugar de oscuridad que vi o un lugar de luz?

—Te hemos dicho la profecía entera —repitió Nakawey. Miró a la izquierda, hacia Irepani, y luego a la derecha, hacia Taiyari.

Irepani se limitó a encogerse de hombros, pero Taiyari se inclinó hacia delante y dijo algo en huichol. Hablaba con voz monótona, como si recitara un poema.

—¿Qué dice? —preguntó Tozi.

—«Será una huérfana nacida en Aztlán. Será bruja e hija de bruja. Protegerá a los niños.»

¡La primera parte de la profecía!

—¡Pero eso no me sirve para saber lo que pasará ni lo que debo hacer! —protestó Tozi.

Nakawey suspiró.

—Lo que Taiyari quiere decir es que debes ir a proteger a los niños —le aclaró.

Habían pasado treinta y cinco días desde que los *mara'kate* la habían despedido; treinta y cinco días en los que no había dejado de andar desde la alta sierra de los huicholes, por los ardientes desiertos de los chichimecas, hasta Tenochtitlán. Durante el largo y arduo viaje había tenido mucho tiempo para meditar acerca del significado de su aventura y sus visiones. En Teotihuacán recuperó el valor y, entre los huicholes, había aprendido que de la única persona que dependía era de sí misma. No podía hacer que existiera un mundo mejor ni impedir que naciera uno peor; ninguna profecía le diría lo que el futuro le tenía reservado. No sabría si, cuando volviera a encontrarse con Acopol, se enfrentaría al triunfo o a la derrota, pero hasta que ese día llegara algo podía hacer: proteger a los pequeños que sufrían bajo el cuchillo de Moctezuma.

Fue este convencimiento, más que ninguna otra cosa, lo que la llevó directamente a los corrales de engorde cuando, aquella mañana, sucia por el polvo del camino acumulado en treinta y cinco días de viaje, se dirigió al corazón de Tenochtitlán y cruzó invisible las puertas del recinto sagrado, a la sombra de la gran pirámide con el templo del Colibrí en lo más alto dominándolo todo.

Tenía recuerdos espantosos de aquel lugar, cuando a principios de aquel año Malinali y ella habían escapado por los pelos de que Moctezuma las sacrificara y las habían separado de

su amigo Coyotl, un chiquillo castrado al que habían confundido con una niña, al que ella había protegido en el corral de engorde de las mujeres. Luego, convencida de que no podía haber muerto y de que también él había escapado de algún modo al cuchillo, Tozi había recorrido protegida por la invisibilidad todos los corrales de engorde de Tenochtitlán con la esperanza de encontrarlo. Aquella búsqueda, sin embargo, había resultado infructuosa y, al final, se había alejado de aquellos lugares de terror que le despertaban recuerdos tan dolorosos.

Ahora que había vuelto, decidida a llevarse a cualquier niño que encontrara para protegerlo como no había podido proteger a Coyotl, descubría que eran miles y que habían dedicado tres de las cinco grandes prisiones del recinto sagrado, antes llenas de adultos, a la selección y preparación de niños como víctimas sacrificiales.

¿Qué significaba aquel gran cambio? ¿Qué fuerza lo había desencadenado?

Tozi no tardó en conocer la respuesta.

—¿Calculas que vamos a conseguirlo antes del cumpleaños del dios? —oyó que uno de los guardias le preguntaba a otro.

—¿Los diez mil? Calculo que sí. Acaban de ordenarme que mañana empiece a trasladar a los hombres de los dos últimos corrales para que quepan más niñas.

—No tengo ni idea de dónde vienen...

—¡De todas partes! Proceden del aumento de los tributos allí donde podemos aumentarlos y de incursiones allí donde no: zapotecas, mixtecas, totonacas, mazatecas, purupechas, tlapanecas, tarahumaras, algunas mayas, algunas tlaxcaltecas (aunque a esos bastardos es difícil atraparlos últimamente), algunas huicholes, incluso me han dicho que algunas popolocas y yaquis.

«Conseguirlo antes del cumpleaños del dios», pensó Tozi. De repente, como si se hubiera encendido una antorcha en una habitación oscura, todo cobró sentido para ella. Moctezuma iba a sacrificar a diez mil niñas vírgenes al Colibrí durante la celebración anual del nacimiento del dios de la guerra, a principios del mes de *panquetzaliztli*.

Si nada lo impedía, aquella abominación se produciría al cabo de menos de setenta días, y Tozi sabía que ella no podría impedirla. Únicamente Quetzalcóatl, el dios de la paz, podría

evitar el derramamiento de sangre, pero solo si llegaba a Tenochtitlán a tiempo.

Cuando había partido de la ciudad para iniciar su búsqueda, los *tueles* estaban muy lejos, en la costa, acampados en las dunas, cerca de la ciudad de Cuetlaxtlán.

¿Dónde estaban ahora?

36

Martes, 7 de septiembre de 1519

—¡No! —gritó Malinali, corriendo encima de la pared, por delante de los cañones, con las faldas al viento, envalentonada por el miedo—. ¡No disparar! ¡Por Dios, no disparar!

Mesa, con la cara sucia de pólvora, estaba furioso.

—¡Quítate de en medio, mujer! —Tenía en la mano una mecha encendida del grosor de un dedo que sobresalía del fogón de uno de los dos enormes cañones

Malinali se plantó delante del brocal.

—¡No! ¡No disparar!

—¿Qué pasa aquí? —Cortés, más furioso que Mesa, la agarró para bajarla del muro.

Ella forcejeó.

—¡No, Hernán! Ondear bandera de paz.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—¡Bandera de paz! ¡Azul! Cuatro flechas, plumas blancas, punta abajo.

—¿Eres capaz de ver flechas en una bandera a tanta distancia? Aunque estén dentro del alcance de las bombardas, las unidades tlaxcaltecas más cercanas están a más de ochocientos metros.

—Tengo buena vista. Estoy segura, Hernán. Bandera de

paz. ¡No disparar!

Cortés no estaba del todo convencido.

—¿Segura?

—¡Segura! Disparas ahora y pierdes ocasión de paz para siempre.

—Es una treta —receló De Grado—. No caigas en la trampa, Hernán. Dispara los cañones antes de que se nos echen encima.

Malinali vio que Cortés aguzaba la vista, tratando de ver a lo lejos.

—Veo el azul —dijo—, pero no las flechas.

—Yo veo las flechas —dijo Díaz—. Cuatro con la punta hacia abajo.

Sandoval lo corroboró.

—Yo también las veo.

—Significa paz —insistió Malinali—. Da oportunidad a ellos, Hernán. ¡Escúchalos! Oye qué dicen.

Cortés frunció el ceño.

—¡No me gusta! No necesitan a todo su ejército para firmar la paz. Chicotenga y cincuenta hombres importantes habrían bastado.

Malinali estaba tan frustrada que tenía ganas de gritar.

—¡Son tlaxcaltecas! ¡Tlaxcaltecas diferentes! ¡Hacen cosas diferentes!

La bandera ya estaba lo bastante cerca para que todos la vieran, pero los hombres que avanzaban detrás de ella lo hacían a buen ritmo y vestidos para la guerra.

Cortés pidió su caballo y alzó a Malinali del muro.

—Cabalga conmigo —le dijo—. Hablaremos con ellos. —Se volvió hacia Mesa—: No disparéis. —Se lo pensó mejor y le dijo a Pepillo que los siguiera—. Don Pedro te llevará en su caballo.

Galoparon cerro abajo, Malinali delante y Cortés detrás, y cuando paró el caballo a unos cientos de pasos de los tlaxcaltecas, todo el ejército de salvajes se detuvo.

—Dile a Chicotenga que se adelante —dijo Cortés—. Solo él. Nadie más. —Mientras lo decía, oyó que Alvarado se acercaba con el resto de la caballería. Les hizo una seña para que se quedaran atrás.

Malinali dijo unas palabras en náhuatl. Aunque habló con voz clara y segura, orgullosa y sin miedo, Cortés notó que le

temblaba el cuerpo.

La respuesta se hizo esperar, pero, finalmente, de debajo de la enorme bandera azul, que de hecho lucía el emblema de cuatro flechas con las plumas blancas apuntando hacia el suelo, un guerrero se adelantó. Llevaba sandalias, taparrabos y una capa púrpura. Era de estatura media, quizás un poco más alto que Cortés, y de constitución fuerte, piernas esbeltas y musculosas, cintura fina y hombros anchos. Llevaba la negra y larga melena trenzada, con una cinta que sujetaba una diadema de plumas iridiscentes, verdes y doradas. Sostenía con el brazo izquierdo un escudo de madera oscura con el dibujo de una garza sobre una roca con las alas extendidas. Empuñaba con la mano derecha una gran espada nativa cuyos filos negros de obsidiana refulgían al sol.

—¿Has venido a sellar la paz conmigo o a combatirme? —preguntó Cortés.

En ese momento, cuando estaba a menos de cincuenta pasos, el guerrero se detuvo, dejó en el suelo la espada y el escudo, revelando un vendaje ensangrentado en el antebrazo. Se sacó una daga larga de obsidiana de la cintura y también la puso en el suelo. Luego siguió avanzando hacia ellos. Su modo de caminar recordaba los andares de una pantera: peligrosos, tranquilos y seguros.

—¿Crees que es Chicotenga? —le susurró Cortés a Malinali.

—Estoy segura.

—Entonces, desmontemos. —Se volvió hacia Pepillo, sentado con Alvarado, y le indicó que se acercara—. Baja de ese caballo y ven con nosotros, muchacho. Luego te pediré que escribas lo que aquí se haya dicho, palabra por palabra. Puedes ayudar a Malinali a traducir al castellano lo que este gran jefe tiene que decir y, mientras lo haces, sujeta las riendas de *Molinero* y mi espada.

El Caudillo se apeó del caballo y ayudó a Malinali a bajar, le entregó la espada a Pepillo y esperó a que el rey de la batalla tlaxcalteca se le acercara. No era guapo, pero sí fuerte, de frente despejada, barbilla firme, pómulos marcados, ojos rasgados y atentos, nariz un poco chata, labios gruesos, boca grande y sensual. Tendría, pensó Cortés, treinta o treinta y cinco años, su misma edad. Al igual que él, era sin duda un hombre experto y calculador, un hombre experimentado, un hombre que había

matado y se había enfrentado a la muerte, un hombre de acción. Todo aquello lo llevaba escrito en la cara, aparte de otras cosas: orgullo, agudeza, tristeza, incluso cierta sabiduría. Antes de haber intercambiado una sola palabra, Cortés decidió que le gustaba y le pareció que podría negociar con él.

Empezaron las presentaciones. Cortés aseguró que era un hombre, que procedía de una tierra, España, situada al otro lado del mar, que servía y adoraba al único Dios verdadero y que era vasallo del rey más grande y poderoso del mundo.

Chicotenga, por su parte, le aseguró que era rey e hijo de rey, pero que tanto él como su padre gobernaban para el pueblo y el Senado de Tlaxcala y podían ser cesados y reemplazados en cualquier momento si no lo servían bien. Como rey de la batalla, dijo, era el único responsable de la decisión de combatir a los españoles, a los que había considerado enemigos cuando habían llegado a sus tierras desde Xocotlán acompañados por un ejército de totonacas, que eran aliados y vasallos de Moctezuma, el tirano. Por encima de todo, dijo, era un hombre que amaba a su pueblo y que había combatido a Cortés no por malicia o maldad, sino porque deseaba salvaguardar la independencia que Tlaxcala había mantenido durante siglos de lucha.

—Que no te asombre que nunca hayamos deseado un emperador, que nunca hayamos obedecido a nadie y que amemos la libertad, porque nosotros y nuestros antepasados hemos soportado grandes males antes que aceptar el yugo de Moctezuma y los mexicas —concluyó.

—¿Y ahora? —le preguntó Cortés—. ¿Qué va a pasar entre vosotros y nosotros?

—No nos has conquistado —dijo Chicotenga—, pero nos has derrotado en muchas batallas y has demostrado que sois fuertes e invencibles. Aunque hemos mandado a todos nuestros hombres a atacarte y hemos empleado toda nuestra fuerza día y noche, no hemos tenido suerte contra ti. Por tanto, nuestro Senado ha votado y se ha tomado una decisión. Tendremos paz contigo, seremos vasallos de tu rey de tierras lejanas y prometemos obedecerte y servirte si nos admites en tu alianza. A cambio, exigimos que nos asegures que respetarás nuestra libertad y que nos tratarás a nosotros y a nuestras mujeres dignamente, que dejarás de destruir nuestras casas y nuestras cosechas y que si nos atacan vendrás a ayudarnos.

—¿Y vuestro ejército? ¿Por qué va armado para la guerra

si quieres paz?

Chicotenga parecía reprimir una gran emoción y tenía lágrimas en los ojos, las lágrimas de un soldado valiente humillado.

—Mi ejército está a tus órdenes —dijo simplemente. Hincó una rodilla en el suelo y, detrás de él, en silencio, cien mil hombres lo imitaron.

Para su asombro, Cortés se dio cuenta de que también él lloraba.

—No quiero que te arrodilles ante mí —le dijo. Le dio la mano a Chicotenga y lo puso de pie.

37

Martes, 7 de septiembre de 1519 - Jueves, 9 de septiembre de 1519

—¿Dónde están?

Tozi estaba delante de él, polvorienta y sudorosa, como si hubiera viajado durante mucho tiempo, flaca, bronceada y fuerte. Sí, definitivamente se había reforzado. Huicton no sabía aún lo que le había sucedido desde la última vez que la viera en Teotihuacán, el día del solsticio de verano, pero fuera lo que fuese la había imbuido de resolución, le había devuelto la confianza y el valor.

—¿Dónde están quiénes, querida? —le preguntó.

Aprovechando un momento de calma en el río de peatones, Tozi se había materializado justo delante de donde él estaba sentado en su esterilla de mendigo, al sur de la ciudad, cerca del acceso a la calzada de Iztapalapa. No era su lugar habitual, pero había ido allí a observar las idas y venidas de los espías que Moctezuma mandaba todos los días a jugarse la vida en Tlaxcala para seguir los progresos de los españoles. El Gran Orador se encontraba en un abyecto estado de terror por los hombres blancos que él consideraba dioses, y los informes de la red del propio Huicton dejaban pocas dudas acerca del porqué. Aunque muchísimo menos numeroso, el ejército de Cortés había

infligido una serie de amargas derrotas a los tlaxcaltecas y en los últimos días había añadido una experiencia muy dolorosa para Chicotenga masacrando a los habitantes de varios pueblos y ciudades. Huicton sabía de buena fuente que el Senado tlaxcalteca estaba a punto de ordenar al rey de la batalla que se rindiera. De hecho, dado lo que tardaban los mensajes en ir y venir, lo más probable era que ya lo hubiera hecho. Aceptada la rendición, Cortés podría incorporar las fuerzas tlaxcaltecas a las suyas y marchar hacia Tenochtitlán a la cabeza de un ejército enorme.

Tozi dio una patada.

—Los *tueles*, ¿quiénes si no? ¿Dónde están?

—Están en Tlaxcala, mi furiosa amiga. Ahora ven, abracémonos como amigos que no se han visto en mucho tiempo. Cuando me hayas contado lo que has estado haciendo todos estos meses...

—¡No, Huicton! ¡Esto es urgente!

—Nada hay tan urgente que justifique los malos modales. Así que le contarás tu historia a este viejo, Tozi, con paciencia y tan detalladamente como puedas, y luego yo te contaré cosas de tus *tueles*.

Con una mueca, ella se inclinó a abrazarlo.

«La niña se ha hecho mujer», pensó Huicton mientras la abrazaba. Durante su ausencia, aunque no significara nada para ella, había cumplido quince años. El anciano dio unas palmaditas a su lado en la estera y, con impaciencia, ella se acuclilló sobre los talones.

—Eso es —dijo Huicton—. Muy bien. Ahora, empieza.

Cuando enrollaron la esterilla a última hora de la tarde, Huicton estaba al corriente de las aventuras y experiencias de Tozi y ella sabía lo mismo que él sobre los movimientos de los españoles hasta los últimos combates en Tlaxcala. Huicton le había confirmado asimismo la horrible verdad que ella había presenciado en los corrales de engorde, aunque él llevaba meses al corriente del malvado plan de Moctezuma de sacrificar diez mil niñas vírgenes al Colibrí por su cumpleaños, durante los cuatro primeros días del mes de *panquetzaliztli*.

—Lo que puedes hacer —le dijo a Tozi—, lo que ambos podemos hacer, es seguir minando a Moctezuma y ayudar a los españoles a derrotarlo. Ixtlil me pidió que siguiera sus progresos, porque quiere aliarse con ellos, y me he enterado de

que allá donde van ponen fin a los sacrificios humanos. Lo mejor que podemos hacer para salvar a esas diez mil niñas es traer a los soldados españoles a Tenochtitlán.

—¡No son soldados! ¡Son *tueles*! Son Quetzalcóatl y su séquito.

—Son soldados, y ya te he dicho que su jefe se llama Cortés, no Quetzalcóatl. Ya te he dicho que es un ser humano, no un *tuele*. A pesar de todo, detesta tanto como Quetzalcóatl los sacrificios humanos, así que quizás ese dios esté obrando a través de él y sus hombres. Esto importa poco, en mi opinión, siempre y cuando nos ayuden a acabar con el perverso reinado de Moctezuma.

—Sean soldados o *tueles*, tendrían que estar aquí para impedir los sacrificios. ¿Por qué pierden el tiempo guerreando en Tlaxcala?

Huicton frunció el ceño.

—Fueron allí a buscar aliados, pero Chicotenga, ese tozudo insensato, los atacó.

—¡Por eso se han retrasado! Los necesitamos aquí. Los necesitamos con urgencia. Si no llegan antes de *panquetzaliztli,* todas esas niñas morirán.

—Pues recemos para que lleguen a tiempo —dijo Huicton, consciente de lo calculador que estaba siendo... porque tenía un propósito que solo Tozi podía alcanzar, y esa era su manera de guiarla hacia él.

—¡Quiero hacer algo aparte de rezar!

«¡Ah! ¡Esta es mi chica!», Huicton suspiró.

—Puedes hacer una cosa —le dijo—, pero tiene que ver con Acopol. ¿Estás preparada para volver a enfrentarte a él?

—Para eso me hiciste viajar, para fortalecer mis poderes de modo que pudiera hacerle frente. —Calló, como si ordenara las ideas—. Cuando me marché, Acopol estaba en Cholula. ¿Sigue allí?

—Sigue allí, y ha pasado estos meses practicando una terrible nigromancia, una magia paciente y astuta para atrapar y destruir a los españoles cuando entren en esa ciudad.

—Pero ¿esos españoles...? Lo siento, ¡no puedo llamarlos así! Esos *tueles*... ¿irán a Cholula?

—Tu amiga Malinali ha seguido en contacto conmigo a través de mis mensajeros. Dice que Cortés seguramente irá a Cholula cuando haya acabado con los tlaxcaltecas.

—Recuerdo que me dijiste que es su amante.

—Así es.

—Entonces debe de saberlo, supongo.

—Creo que lo sabe, y que lo sabio por nuestra parte sería tratar de neutralizar a Acopol. Sin embargo, Acopol está fuera de mi alcance. Solo tú, con tus poderes, serías capaz de llegar hasta él. Así que te lo preguntaré otra vez: ¿te parece que estás preparada?

—No sé si lo estoy —dijo Tozi—. Sinceramente no lo sé. Pero sé que tengo que proteger a las niñas y que si eso implica volver a luchar con Acopol, estoy dispuesta a intentarlo.

—La última vez que hablamos de Acopol —le recordó Huicton—, dijiste que su magia seguía protegiendo a Moctezuma en su palacio, a pesar de que él estaba en Cholula.

—Cierto. Me herí gravemente cuando intenté entrar, pero luego demostré en Teotihuacán que la magia de Acopol no protege a Moctezuma fuera de su palacio.

—Pues sí. —Huicton rio entre dientes—. ¡Y el resultado ha sido que el Gran Orador se ha encerrado en su palacio como una rata asustada desde entonces! Así que me parece que lo primero para probar tus poderes es ver qué pasa si intentas entrar otra vez en él. Si los conjuros de protección de Acopol te siguen haciendo daño, como te hicieron, entonces que vayas a Cholula y te enfrentes a ese brujo seguramente será cien veces más perjudicial para ti.

—Pero ¿y si supero los hechizos de protección sin sufrir daño alguno?

—Entonces significará que tus poderes son más fuertes que antes y que a lo mejor puedes arriesgarte a un encuentro con Acopol.

—¿Y qué tengo que hacer cuando me encuentre con él?

—Querida —dijo Huicton—, tendrás que combatirlo, por supuesto, como tú misma has dicho. Sus poderes provienen del lado oscuro de la magia; los tuyos, creo, provienen de la luz. Si logras vencerlo, si consigues desbaratar sus planes en Cholula, les harás el mejor servicio posible a esas diez mil niñas que quieres proteger.

Mientras le decía aquello, Huicton se odiaba porque era posible que estuviera mandando a Tozi al encuentro de la muerte. Hasta cierto punto esperaba que no superara la prueba de los hechizos de protección, en cuyo caso no habría necesidad

de ir más allá.

Pero ¿y si la superaba?

Bueno, a grandes males grandes remedios; tendría que empujarla a ir a Cholula y lo haría.

Tozi no fracasó.

Al cabo de dos noches, después de visitar a la pobre pequeña Miahuatl en el corral de engorde para fortalecer su decisión, cruzó la gran plaza y se coló invisible en el palacio.

¡Los hechizos de protección seguían allí! Pudo verlos, olerlos, sentirlos en la oscuridad aterciopelada. Tenían forma y consistencia, como arañas mortíferas acechando en los rincones, como cucarachas asquerosas bajo los pies, como asesinos sueltos; pero barrerlos fue un juego de niños para ella. Con un dedo, con un gesto de la mano, un gesto que realizó de manera natural, sin esfuerzo. Mientras recorría presurosa los pasillos hacia la gran escalera que llevaba a los aposentos de Moctezuma, no la atacó ninguna navaja ni ningún cuchillo fantasmagórico. No le estalló la cabeza, no le sangró el cerebro.

Los guardias de la puerta no vieron nada cuando pasó por delante de ellos. La puerta tampoco fue obstáculo para ella, no opuso más resistencia a su forma invisible que la niebla o la lluvia.

Ya estaba dentro de la enorme habitación de techo altísimo, deslizándose silenciosa como el aire por el suelo pulido, acercándose a la gran cama donde Moctezuma yacía. Tenía el sueño ligero. Tozi lo oyó murmurar algo ininteligible y despertarse sorprendido. Tenía los ojos muy abiertos y los movía rápido. Las escleróticas le brillaban a la luz de la luna menguante que se filtraba por las persianas. ¡Y no movía solo los ojos! También movía los labios y la lengua, articulando palabras y emitiendo susurros y gemidos. Sin embargo, no parecía consciente ni de su presencia ni de nada de lo que sucedía en el mundo.

¿Qué era aquello? Tozi miró alrededor y encontró la respuesta. De la mano inerte de Moctezuma colgaba una bolsa de lino abierta. Se acercó a tocarla, haciéndose brevemente más sustancial, y miró dentro. Vio unos trozos de seta y percibió un olor terroso y amargo. El Gran Orador había vuelto a tomar

teonanácatl, la carne de los dioses, su medio preferido para comunicarse con el Colibrí.

Aquello la conmocionó. «¿Está hablando ahora mismo con su dios?» Dejó la bolsa, se desvaneció de nuevo, lo estudió atentamente y, entonces, en un fogonazo cegador, le llegó la visión, la misma que él tenía. ¡Estaba segura!

Era una visión de Cholula.

Tozi había estado una sola vez en la ciudad de Quetzalcóatl, años antes. Su madre la había llevado allí cuando tenía seis años.

No había olvidado aquella inmensa pirámide, tan enorme que la gente la llamaba «montaña hecha por los hombres». Ahora, sin embargo, la contemplaba desde arriba, como a vista de pájaro. Vio el recinto sagrado que rodeaba la pirámide, lleno de hombres que luchaban. A un lado estaban los *tueles*, esos soldados de piel blanca a los que Huicton llamaba «españoles». Eran pocos, unos cientos como mucho. Al otro lado, pululando a su alrededor, abarrotando el recinto de pared a pared, había miles y miles de guerreros mexicas. Cuando la lucha llegó a su punto culminante y los *tueles* flaquearon y fracasaron, vio a los guerreros Jaguar y Águila apresarlos. Metieron a unos cuantos en chinchorros para inmovilizarlos y a otros los ataron a un extremo de un palo largo, con un collar ceñido al cuello, y se los llevaron a Tenochtitlán para sacrificarlos.

—¿Será así, señor? —oyó murmurar a Moctezuma en su trance.

—Así será —respondió otra voz, una voz que Tozi ya había oído antes, profunda y cargada de poder, que le puso los pelos de punta.

Luego oyó una risotada que supo que Moctezuma no oía, una risa dirigida solo a ella y, por un momento, solo una fracción de segundo, Tozi volvió a ver al Colibrí cerniéndose sobre ella como la sombra de la muerte. Cuando quiso darse cuenta, había desaparecido.

38

Viernes, 10 de septiembre de 1519 - Lunes, 11 de octubre de 1519

—Los tlaxcaltecas, los hombres de Chicotenga, han sido completamente destruidos. Los *tueles* los aniquilaron. Los aplastaron. Los hicieron volar por los aires con serpientes de fuego. Les dispararon flechas de metal. Los atravesaron con lanzas. No destruyeron solo a unos cuantos, sino a muchísimos.

Después de la derrota aplastante en el campo de batalla, explicaron los espías de Moctezuma, y de las masacres en muchos de sus pueblos y ciudades, los tlaxcaltecas se habían rendido a los *tueles* y aliado con ellos. Ahora los pieles blancas podían atacar Tenochtitlán no solo con su propio ejército, pequeño pero misteriosamente letal, sino con decenas de miles de tlaxcaltecas para apoyarlos.

Moctezuma esperó a que los espías terminaran de darle su funesto y deprimente informe antes de volverse hacia Teudile, Cuitláhuac y Cacama, a los que había llamado para que se reunieran con él en el salón de audiencias de su palacio.

—¿Qué aconsejáis? —preguntó. Ya tenía un plan, pero le divertía oír a aquellos tres ancianos consejeros—. ¿Creéis que deberíamos plantar batalla a esos *tueles*?

Teudile se alarmó.

—El tlaxcalteca es un guerrero valiente —dijo—, pero nada pudo contra ellos; lo despreciaron sin miramientos. Lo destruyeron con una mirada, con un vistazo. Si les plantamos batalla, ¿nos irá mejor? —Teudile, evidentemente, creía que no.

Furioso, Cuitláhuac emitió un sonido ahogado.

—Si Cuauhtémoc estuviera aquí con nosotros —dijo—, sin duda nos instaría a plantarles batalla, y a hacerlo mientras todavía están lejos de nuestra ciudad...

—Bueno, pero no está aquí con nosotros —le espetó Moctezuma.

—En todo caso, eso es irrelevante, mi señor —lo tranquilizó Cacama—. Los *tueles* se hallan en Tlaxcala, así que ya están muy cerca. Hagamos de la necesidad virtud y permitámosles venir a Tenochtitlán como la embajada legítima de un rey extranjero. Evitemos combatir contra ellos si podemos.

Moctezuma sonrió con suficiencia. En otro momento, aquellas noticias traídas por los espías lo hubieran sumido en la desesperación. ¡Pero ahora tenía la moral muy alta! Los corrales de engorde se estaban llenando de vírgenes que serían sacrificadas durante el cumpleaños del Colibrí, y el propio dios se había dignado a aparecérsele por la noche para enseñarle nuevamente una visión de Cholula en la que los *tueles* eran derrotados por sus valientes guerreros Jaguar y Águila, y capturados para ser sacrificados, algunos enjaulados en chinchorros y otros atados a palos largos. Tener aquella visión por segunda vez era un claro recordatorio de la estrategia esbozada: había que atraer a los *tueles* a Cholula, donde, pillados por sorpresa, serían derrotados en el recinto sagrado que Acopol había arrebatado al dios de la paz con su magia para consagrárselo al Colibrí. ¡Ah, qué alegría ver otra vez aquella victoria! Le había dado a Moctezuma esperanza, mucha esperanza, de que la profecía del retorno de Quetzalcóatl se invertiría en Cholula, ¡la antigua ciudad del mismísimo Quetzalcóatl!

—Es una suerte, puesto que cada uno de vosotros tiene su propio punto de vista y nunca os ponéis de acuerdo en nada —les dijo a sus consejeros con una sonrisa indulgente—, que haya consultado con el dios...

—¿Con el Colibrí, señor? —dijo Teudile con voz entrecortada.

—Por supuesto. ¿Con cuál si no? He consultado con él esta noche y me ha enseñado de nuevo lo que tenemos que hacer para deshacernos de esos pieles blancas.

A Pepillo le parecía estar viviendo una época de milagros y maravillas sacada de las páginas del *Amadís*. Había luchado en una batalla contra enemigos dignos y manchado de sangre su espada. ¡Había sobrevivido! Y su fiel *Melchor* había luchado y también vivía. Ya no cabía duda, porque Malinali lo había presenciado, de que había sido Santisteban quien había abierto la puerta de la habitación de Tzompantepec donde estaba encerrado *Melchor*. Lo había dejado suelto, sin armadura, para que corriera riesgos en la melé. Así que había sido irónico que *Melchor* y Pepillo hubieran estado en primera línea con los rescatadores que habían salvado la vida a Santisteban y Vendabal, su cruel y retorcido jefe.

Pepillo no se hacía ilusiones. Aquello no los convertiría en amigos suyos, más bien solo serviría para aumentar su enemistad. Tendría que estar más en guardia que nunca, como Amadís, que rodeado de adversarios había tenido que ser siempre cuidadoso. Pero, también como Amadís, decidió que no se dejaría tentar por el odio ni la envidia. El amor, la verdad, la caballería y un corazón noble eran las cualidades que perdurarían cuando todo lo demás se convirtiera en polvo.

Después de la inesperada capitulación de Chicotenga y su ejército tlaxcalteca el martes 7 de septiembre, los españoles se quedaron en el campamento del cerro una semana más, durante la cual se hicieron con mucha comida y otros suministros procedentes de las ciudades y los pueblos cercanos. El doctor La Peña estaba muy ocupado con los enfermos y heridos. Casi todos los caballos requerían también atención, y había que limpiar y poner a punto las armas, sobre todo los cañones. Por último, pero no menos importante, Cortés quería estar seguro de que la paz era auténtica y no una astuta artimaña, así que hasta el miércoles 15 de septiembre no volvió a poner en marcha a sus hombres. Avanzando sin prisas, tardaron dos días en recorrer los veintinueve kilómetros hasta Tlaxcala.

Pepillo disfrutó de la ruidosa y festiva exuberancia de la ocasión. La calzada que llevaba a la ciudad estaba flanqueada

por más de dos mil lugareños que les daban la bienvenida. Hacían sonar caracolas y cuernos, llevaban cestas llenas de flores y se las lanzaban, gritaban alegremente y se mostraban felices, sonrientes, a pesar de la cruel guerra que acababan de librar. Puesto que sus enemigos los mexicas tenían el monopolio del algodón, como explicó Malinali, los tlaxcaltecas iban vestidos con prendas de fibra de maguey, más basta pero con magníficos bordados y estampados. Aparte de gente común y corriente de todas la edades, había muchos sacerdotes, algunos con túnica de plumas negras, otros con sobrepelliz con capucha parecida a la de los frailes mercedarios. Como todos los sacerdotes de las Nuevas Tierras, iban sucios y atufaban a carne podrida; llevaban el pelo tan enredado y apelmazado de sangre que habría sido imposible peinarlos sin antes cortárselo, y tenían desgarrones en las orejas debidos a actos frecuentes de automutilación. Pepillo observó las uñas largas y torcidas que les hacían parecer magos salidos de un cuento de hadas horripilante. Iban cargados con braseros llenos de brasas e incienso, de los que emanaban nubes de humo dulzón, y agachaban humildemente la cabeza cuando los soldados españoles pasaban.

A medida que se adentraban en la populosa ciudad, los edificios de quincha se hicieron más grandes. Muchos tenían el terrado abarrotado de espectadores ávidos de ver a los fabulosos extranjeros. Finalmente, cerca del centro aparecieron los templos de piedra, pintados de colores vivos, rojo, azul y marfil, rodeando una pirámide enorme en la cima de la cual se alzaba una torre de tejado cónico sobredorado, como un minarete. Los españoles se emocionaron al ver el oro. Más tarde, ese mismo día, dictándole más párrafos de su carta al rey Carlos, Cortés describió Tlaxcala diciendo que era tan grande y más hermosa que Granada, ciudad que España había reconquistado a los moros hacía menos de treinta años y cuyo renombre por su esplendor y la gloria de sus edificios religiosos Pepillo conocía.

En la gran plaza de la pirámide con su elevada torre, enmarcada a lo lejos por cordilleras de montañas verdes, los esperaba el capitán Chicotenga, flanqueado por dos ancianos de aspecto noble: su padre, Chicotenga el Viejo, y el venerable capitán Maxixcatzin. Avanzaron para recibir a Cortés cuando este descabalgó. Todos los abrazaron muy serios y le dijeron: «Ahora eres nuestro hermano.» Luego lo acompañaron a su

alojamiento, cercano a la pirámide, donde habían preparado y decorado con flores varias casas y palacios muy hermosos, suficientes para alojar a todo el ejército español. Habían dispuesto un banquete espléndido en la plaza, al aire libre. Sirvieron a los conquistadores y a sus ayudantes totonacas pavo, tortas de maíz y fruta. Incluso a los perros y caballos, notó Pepillo divertido, les ofrecieron compartir el pan y la carne.

El primer roce entre los españoles y sus anfitriones se produjo dos días después, el sábado 18 de septiembre, mientras Cortés daba un paseo por la ciudad acompañado por Malinali, el padre Olmedo, Alvarado, Sandoval, Dávila y otros capitanes. Chicotenga les hacía de guía y Pepillo tomaba notas.

Mientras visitaban los templos cercanos a la pirámide, Bernal Díaz llegó corriendo, sin aliento, para poner al corriente a Cortés de un descubrimiento que habían hecho sus hombres. No lejos de allí, en un complejo amurallado del cual se veían algunas zonas desde la calle, un gran número de cautivos eran llevados al sacrificio.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Cortés a Chicotenga.

Un tanto reacio, el jefe tlaxcalteca reconoció que lo era.

A Cortés se le ensombreció la cara.

—Llévame a ver a esos prisioneros —pidió.

—No está permitido —objetó Chicotenga.

—Ahora eres vasallo del rey de España —insistió Cortés— y te has rendido a mí. Todo me está permitido. Quiero ver a esos cautivos.

Todavía reacio, después de discutir y dar muchas explicaciones, Chicotenga los acompañó a un oscuro laberinto de callejones que había al sur de la plaza principal. Allí cruzaron las puertas de un patio amurallado donde había centenares de prisioneros, hombres, mujeres y niños, miserablemente encorvados en jaulas de bambú.

Pepillo se avergonzaba de las masacres y atrocidades cometidas por Cortés durante la guerra, pero se sintió orgulloso de lo que su señor hizo a continuación, pues aunque parecía amenazar la esencia misma de la paz tan duramente conseguida, el Caudillo insistió en que liberaran a todos los prisioneros y que Chicotenga jurara allí mismo, en nombre de su pueblo, que en

Tlaxcala jamás volvería a haber sacrificios humanos. No solo eso, sino que aprovechó la ocasión para exigir la inmediata renuncia de los tlaxcaltecas a los demás aspectos de su religión, principalmente su devoción por los ídolos, todos los cuales debían destruir, después de lo cual todo el pueblo debía convertirse al cristianismo. Si no lo hacían, estarían condenados a arder en el infierno, y Cortés no veía cómo podría mantener una alianza con esos condenados pecadores.

A continuación hubo una encendida discusión. Los tlaxcaltecas, gesticulando y gritando, empezaron a amontonarse en el patio, muchos armados con espadas y lanzas nativas. Alvarado y los otros capitanes desenvainaron. Díaz, a quien Cortés había mandado a buscar refuerzos, volvió, un poco demasiado tarde en opinión de Pepillo, con doscientos españoles. En aquel momento, Chicotenga el Viejo, Maxixcatzin y otros jefes tlaxcaltecas llegaron también y se pusieron a hablar con Chicotenga el Joven.

Pepillo oyó al padre Olmedo hablando con Cortés.

—Esperad, Hernán. Esta no es la manera. No quiero que hagáis cristianos por la fuerza. No tiene sentido derribar un altar si el ídolo sigue en los corazones. Dadme tiempo, dadles ejemplo y no tardarán en sentir el peso de nuestros consejos. Además —añadió el fraile enarcando con ironía una ceja—, si seguís así, todo el pueblo se levantará para protestar, y entonces ¿qué?

Después de mucho discutir y amenazar, llegaron a un acuerdo satisfactorio para ambas partes. Chicotenga ordenó que liberaran a los prisioneros.

—Aunque muchos son mexicas y volveremos a verlos en el campo de batalla —dijo.

También prometió que el asunto de los sacrificios humanos se debatiría en la siguiente reunión del Senado, el órgano supremo al que incluso él y su padre, reyes electos de Tlaxcala, debían someterse. Cortés, por su parte, se avino a no interferir en otros aspectos de la religión tlaxcalteca, a no derribar ídolos y a dejar en paz los templos y sus fieles. Suplicó a Chicotenga, y le fue concedido, un pequeño templo que los españoles limpiarían y encalarían de inmediato para que fuera su iglesia.

Pepillo sintió alivio de que el día acabara bien y, a la mañana siguiente, domingo 19 de septiembre, el padre Olmedo

celebró la primera misa en la nueva iglesia, en la que Cortés hizo instalar una gran cruz, así como la imagen y varias pinturas de la Virgen María. Todos se fijaron en la asistencia de Maxixcatzin al servicio religioso; después preguntó, por boca de Malinali, que le explicaran las creencias cristianas, algo que Olmedo estuvo encantado de hacer.

El domingo siguiente, 26 de septiembre, concedieron a los españoles el derecho adicional de celebrar servicios religiosos al aire libre en una de las muchas plazas de la ciudad, donde a partir de entonces se ofició una misa diaria para el ejército en presencia de un número cada vez mayor de tlaxcaltecas.

Para Tozi había sido una conmoción que el dios de la guerra se le revelara mientras espiaba la visión de Moctezuma, pero diecisiete días más tarde, después de muchas visitas a escondidas al palacio, sabía que no podía posponerlo más: debía partir enseguida hacia Cholula. Había recibido el empujón decisivo aquella mañana durante una reunión entre Moctezuma y Teudile, en la que el Orador había mandado a su secretario a Tlaxcala encabezando una delegación con valiosos regalos y promesas para los *tueles*.

¡Era un complot, una artimaña, un subterfugio! Para persuadir a los *tueles* de que viajaran a Cholula, Teudile tenía que decirles tres cosas, todas convincentes y todas tentadoras.

Primera: la estancia en Cholula permitiría establecer lazos de confianza entre Moctezuma y el jefe *tuele*, que, como había dicho Huicton, había adoptado el nombre humano de Cortés. Solo cuando esos lazos se hubieran establecido podrían los *tueles* ir a Tenochtitlán.

Segunda: Cholula era la ciudad sagrada de Quetzalcóatl y Moctezuma creía que Cortés era ese dios encarnado. Si Cortés se negaba a ir a Cholula, Moctezuma dudaría de que fuera el avatar de Quetzalcóatl. Y si no era la manifestación de la Serpiente Emplumada sino un simple extranjero, tal vez uno con malas intenciones, entonces, ¿por qué iba Moctezuma a permitirle acercarse un paso más a Tenochtitlán?

Tercera: si los *tueles* iban a Cholula, confirmando con ello la identidad de Cortés como Quetzalcóatl y permitiendo establecer lazos de confianza, Moctezuma les facilitaría el

camino a Tenochtitlán y, más aún, consentiría en ser vasallo suyo.

Tozi estaba convencida de que tal oferta, inaudita en la historia mexica, seguramente atraería a los *tueles*, que adelantarían sus planes de visitar Cholula. Si lo hacían, a pesar del miedo espantoso que tenía y que le había hecho ir con pies de plomo de un modo vergonzoso, no había tiempo que perder. Era un miedo profundamente arraigado en su corazón y que le había ocultado incluso a Huicton, porque, pese a haber superado sus «pruebas» con los hechizos de protección, sentía que no estaba preparada todavía, y tal vez nunca lo estaría, para un combate mágico con Acopol.

Ahora, sin embargo, se resignó a su destino. Según la profecía huichol, ella era la protectora de los niños, y los miles que había en los corrales de engorde quedarían indefensos si nadie paraba aquel hechicero tatuado.

Tenía que pararlo, aunque perdiera la vida en ello. Y como pensaba que era posible que la perdiera y notaba el destino inexorable cerniéndose sobre ella, Tozi decidió visitar una vez más a Cuauhtémoc, a pesar del odio que sabía que albergaba contra los *tueles,* y revelarse ante él antes de partir hacia Cholula.

Por eso, cuando se hizo de noche, después de despedirse de Huicton sin decirle lo que se proponía, recogió la ropa necesaria, se mezcló con el gentío que recorría la calzada de Tacuba en ambos sentidos y se dirigió hacia la hacienda de Chapultepec de Cuitláhuac, donde estaba Cuauhtémoc bajo arresto domiciliario. Se manifestaría ante el príncipe, decidió, y haría el amor con él si la aceptaba, porque aún no había conocido hombre y sería triste abandonar este mundo camino del otro sin haberlo hecho. Además, si Malinali podía ser la amante del jefe *tuele*, ¿no podía Tozi entregar la virginidad al guerrero mexica más noble?

Esperó muchas horas, invisible, en la mansión a que Cuauhtémoc estuviera solo. Por fin, pasada la medianoche, lo siguió hasta su habitación. Allí volvió a esperar, porque el hermoso príncipe permaneció despierto largo rato contemplando la luna creciente en lo alto del cielo. Cuando al final se desnudó y se acercó a la cama, ella se materializó a su lado. Había tomado la precaución de ponerse la ropa y el maquillaje de la diosa Temaz. Así la había visto él siempre. Sin

embargo, a pesar de todo, su repentina aparición lo sobresaltó y retrocedió sorprendido. Luego, inmediatamente, hincó una rodilla ante ella.

—Mi señora —le dijo, con la cabeza gacha—. Hace muchos meses que no me honrabas con tu presencia. Es para mí un honor que hayas querido visitarme ahora.

Ella le tendió la mano y lo puso en pie, consciente de que temblaba.

—Príncipe Cuauhtémoc —le dijo—, puede que dentro de unos días muera y, puesto que te quiero mucho y es posible que no vuelva a verte, es justo que te diga la verdad.

—¡No puedes morir! Eres una diosa.

—¡No soy una diosa, mi príncipe! Soy una simple muchacha que ha sido bendecida, o quizá maldecida, con ciertos dones. Pero tienes que saber que si intentas detenerme ahora, o si de algún modo traicionas la confianza que deposito en ti, me desvaneceré tan rápidamente como he aparecido.

Él la miraba con los ojos muy abiertos.

—¡No te detendré, señora! ¡No traicionaré tu confianza! Tienes mi palabra de honor, seas lo que seas o lo que puedas ser. Sé seguro que me salvaste de que Moctezuma me envenenara y que me curaste las graves heridas que sufrí en combate. ¡Mal te pagaría esas grandes deudas si te hiciera algún daño ahora!

—¿Seguirías pensando lo mismo si te dijera que soy una bruja? —le preguntó Tozi, con el corazón acelerado.

—¿Una bruja?

—Sí, mi príncipe, una bruja. Una bruja capaz de volverse invisible. Una bruja con el don de la sanación. —Tozi era consciente de la virilidad del hombre que estaba a su lado, de su hermoso rostro, de su cuerpo musculoso y lleno de cicatrices, del gran *tepulli* que le colgaba entre las piernas y del poder y el carisma que irradiaba.

—¿Una bruja? —repitió—. Esa revelación no cambia en absoluto lo que siento por ti, mi señora, porque lo sospechaba desde hace tiempo. —Sonrió—: Dime, ¿eres la bruja que ha estado volviendo loco a mi perverso tío?

—He perjudicado a Moctezuma siempre que he tenido ocasión —admitió Tozi.

Cuauhtémoc sonrió de oreja a oreja.

—Entonces fuiste tú quien lo humilló en Teotihuacán.

—Fui yo.

—Pues te quiero todavía más que antes. —Soltó una carcajada—. Tengo una deuda de gratitud contigo aún mayor por cada pizca de incomodidad que le has causado a ese loco malvado. —Se le acercó y la abrazó fuerte.

Tozi notó que se le endurecía el *tepulli*, pero entonces se apartó de ella, repentinamente serio a la luz de la luna.

—Espero que no hayas venido para convencerme de que haga la guerra contra el señor Colibrí, como ya hiciste una vez, porque en tal caso mi respuesta sigue siendo la misma.

—No —le dijo Tozi—, no he venido a pedirte que hagas la guerra. He venido a pedirte que me hagas el amor.

Tozi observó cómo el hechicero Acopol bajaba la larga escalera de la gran pirámide de Cholula a pasos largos, con ligereza, como un poderoso animal, un depredador, un asesino.

Habían pasado dos noches desde que le había permitido a Cuauhtémoc tomarla, y a la joven todavía le dolían las entrañas al recordarlo. Después de marcharse de Chapultepec antes del amanecer del día siguiente, se había deshecho de la ropa de Temaz, había vuelto a ponerse los harapos de pordiosera y enfilado a paso rápido la calzada de Cholula.

Había llegado por la noche y había confirmado los grandes preparativos que estaban haciendo en la ciudad para la esperada visita de los extranjeros pieles blancas, de quienes todos pensaban que eran *tueles*, quizás incluso compañeros del mismísimo Quetzalcóatl, el dios de la paz a quien habían consagrado la gran pirámide de Cholula en una época remota. Los preparativos, sin embargo, no eran de carácter amistoso, como habría sido lo apropiado en la ciudad de Quetzalcóatl, sino hostiles. Habían cavado fosos en las calles y los habían camuflado para atrapar los extraños huemules a lomos de los cuales se decía que cabalgaban los *tueles*, y amontonado piedras en los terrados para arrojarlas a su paso.

Es más, como Huicton le había contado, habían levantado un altar al Colibrí en la cima de la pirámide y allí se había visto dolorosamente obligada aquella mañana a presenciar cómo Acopol, el hechicero tatuado, celebraba la aborrecible ceremonia del sacrificio y les sacaba el corazón a veinte

muchachos para alzarlos en ofrenda hacia el sol. Aquello no había pasado jamás en Cholula desde el inicio de los tiempos. Tozi supo en lo más profundo que lo que se alimentaba con aquellas ofrendas era magia negra de la peor especie: la perversión de todo cuanto defendía Quetzalcóatl, de todo lo que representaba, para que cuando llegaran los *tueles* no pudieran recurrir a su poder.

Cuando llegó al pie de la escalera, Acopol se dirigió a la derecha de la plaza sagrada, hacia el palacio de Tlaqui y Tlalchi, los dos reyes de Cholula. Tozi reparó en que el hechicero pasaría a pocos pasos de la esquina donde ella estaba sentada en su esterilla, a la sombra de los voladizos de dos pequeños templos.

Acopol solo llevaba taparrabos, pero, como ella recordaba bien de su último encuentro, todo su cuerpo, de la cabeza afeitada a los pies, estaba cubierto por una densa red de tatuajes en espiral entrelazados, de manera que parecía casi negro, negro como un jaguar en la jungla, la criatura en que lo había visto transformarse aquella noche en el patio del palacio de Moctezuma. Lo seguían con sus asquerosas túnicas los cuatro sacerdotes del Colibrí que lo habían ayudado durante los sacrificios matutinos, mientras la multitud de peregrinos que rezaban en el recinto sagrado retrocedía.

Tozi, con los ojos fijos en el suelo, notó una punzada de miedo cuando Acopol se acercó por los adoquines sin hacer apenas ruido, con los pies desnudos manchados de sangre. Esperaba que pasara por delante y poder observarlo disimuladamente sin que se diera cuenta de su presencia, puesto que no era más que una más entre un centenar de mendicantes.

Eso no fue lo que sucedió.

Acopol, espantosa e inevitablemente, se paró justo delante de ella. Notó sus ojos atravesándole el cráneo.

—Tú, niña, ¿qué haces aquí? —le dijo con suavidad. Tenía una voz cálida, intensa.

—Soy Tozi, una mendicante que busca la caridad del dios.

—Mírame, Tozi.

—Sería una impertinencia por mi parte, señor, mirar a alguien tan importante como tú.

—Pero has venido para mirarme, ¿no?

—No, señor, he venido a mendigar.

—No lo creo. Estás aquí para observar. Estás aquí para

espiarme como ya hiciste otra vez.

Tozi seguía con la mirada baja, pero notó que los cuatro sacerdotes la rodeaban. El corazón le latía aceleradamente, con tanta fuerza que estaba segura de que el hechicero lo oía, y a pesar de que la mañana era fresca, notó una gota de sudor resbalándole por la mejilla.

—No, señor, estoy aquí para mendigar, solo para mendigar.

—¡Te he dicho que me mires, niña! —le espetó con repentina dureza Acopol—. ¡Así que mírame!

Reacia, Tozi obedeció y vio la naturaleza oculta de aquel hombre. Tenía el cuerpo esbelto y larguirucho propio de la raza de nómadas de la que procedía, el pueblo chichimeca de los desiertos del norte, pero sus ojos amarillos ardían como oro fundido en una cara chata, ancha y cruel, llena de intrincados tatuajes que se entrelazaban como si tuvieran vida propia, formando con sus puntos, espirales y rizos un millar de efímeras formas y figuras apenas reconocibles.

Los sacerdotes se dispusieron a agarrarla. Comprendiendo que había cometido un grave error de cálculo y que, visible o invisible, sería siempre una antorcha brillando en la oscuridad para un hombre como aquel, Tozi se desvaneció como había hecho cientos de veces y notó que las manos que trataban de sujetarla se cerraban en el espacio ya vacío que había ocupado. Oyó los gritos de asombro de sus frustrados captores.

Miró atrás mientras huía.

A su espalda, sin duda viéndola, con los ojos dorados fijos en ella con furiosa resolución, corría un jaguar. Se le echaba encima, acortando distancias con tanta rapidez que no podría escapar. La criatura abrió las fauces y algo, una sombra, algo oscuro salió de ellas y la envolvió en una red de hilos negros tan espesa y pegajosa como una telaraña.

Gritando aterrorizada, Tozi notó que se quedaba sin fuerzas y era sacada con violencia de la invisibilidad. Desconcertada y confundida, más asustada de lo que había estado en toda una vida de terror, se encontró tendida al pie de la gran pirámide de Cholula, con Acopol, otra vez en forma humana, inclinado sobre ella.

Sonreía satisfecho.

—Ahora eres mía —le dijo, mientras los sacerdotes del Colibrí la rodeaban para sujetarle los brazos y las piernas.

Tozi comprendió con abyecto terror que estaba en la posición del sacrificio.

El miércoles 29 de septiembre, a media mañana, Chicotenga visitó a Cortés en el palacio que le habían dado para que se instalara. Habían dejado de discutir sobre religión para centrarse en las cuestiones prácticas y estratégicas respecto a los mexicas, aunque Cortés no creía que aquella fuera una amistad como la que estaba empezando a forjar con Maxixcatzin.

—Tal como predije —dijo Chicotenga—, ha llegado una delegación de Moctezuma con una bandera de tregua. Quieren hablar contigo, Cortés. ¿Quieres hablar con ellos?

El Caudillo se lo pensó. Todavía no se fiaba de Chicotenga, quizá nunca llegara a fiarse por completo de él; aquel hombre tenía un carácter demasiado libre e independiente. Además, Cortés quería seguir con su retorcido juego con los mexicas, asegurándole a Moctezuma sus buenos sentimientos hacia él, interpretando el papel de embajador llegado para intercambiar regalos, sin sugerir en ningún momento que su intención era conquistar su reino y atrapar a su Gran Orador vivo o muerto. Al mismo tiempo, había prometido a Chicotenga que eso era precisamente lo que haría y que, si los tlaxcaltecas respetaban su alianza con los españoles, su recompensa sería la completa destrucción de los odiados mexicas y la muerte de Moctezuma. Más difícil sería mantener aquellas dos posturas diametralmente opuestas cuando ambas partes estuvieran a tiro de piedra.

Sonrió.

—Sí, Chicotenga, deja que vengan. Veamos lo que Moctezuma tiene que decir.

«Ahora eres mía.»

El Colibrí había dicho exactamente lo mismo meses atrás, cuando había indultado a Tozi en el momento del sacrificio en la gran pirámide de Tenochtitlán.

Aquel día era Acopol quien aseguraba poseerla y, a una orden suya, los cuatro sacerdotes jóvenes del Colibrí la transportaron como si fuera un saco de maíz a un pasillo oculto detrás de un falso muro que había debajo de la escalera oriental de la gran pirámide de Cholula.

Tozi forcejeó sin conseguir librarse. Quiso hacerse

invisible pero no lo logró. Llamó a la niebla pero no acudió.

—Has perdido los poderes —le dijo Acopol, que encabezaba la marcha con una tea encendida—. Te he sometido a un encantamiento.

Tozi supo que era cierto. Donde antes la magia vivía en su interior, ahora había solamente un entumecimiento, un completo vacío, así que, si quería escapar, tendría que ser de otra forma. El pasillo por el que avanzaban era tan estrecho y apretado que los sacerdotes y el hechicero tatuado tuvieron que detenerse. Las paredes talladas en la roca los aprisionaban por ambos lados.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó.

—A la cueva de la serpiente —dijo Acopol—. La pirámide se construyó encima. De hecho, por esa razón la pirámide está aquí. Es el lugar sagrado original de Quetzalcóatl. Tenía a otra niña apartada para el sacrificio, pero cuando te he visto esta mañana y he leído tu pensamiento, he sabido que serías mucho más efectiva.

Tozi forcejeó de nuevo, pero los sacerdotes la tenían firmemente sujeta; su hedor le anegaba el olfato.

—No vamos a sacarte el corazón —la tranquilizó Acopol —. El tuyo será un sacrificio lento por inanición, en realidad una muerte mucho peor. —Soltó una carcajada, un sonido espantoso debido al eco—. A medida que tu cuerpo se vaya quedando sin vitalidad, también el poder de Quetzalcóatl se debilitará.

Una enorme estalagmita en forma de boa constrictor daba nombre a la cueva. Había un montón de bloques de piedra al fondo del corredor, preparados para emparedar a la víctima. Acopol prendió otras tres teas con la suya para iluminar un espacio muy amplio, irregular, de techo alto, al menos de doscientos pasos de anchura, con varios nichos que partían de la cámara central.

—Tu tumba —dijo con una floritura cuando los sacerdotes arrojaron a Tozi a la base de la estalagmita.

Luego, mientras la ataban de pies y manos y empezaban a levantar la pared con paletas y arcilla, Acopol recitó un extenso conjuro en una lengua que ella no conocía. Por fin, sin más explicaciones, le dio la espalda y se marchó por el largo corredor.

—¡Soltadme! —ordenó Tozi a los sacerdotes, poniendo

toda su voluntad en el hechizo de mando.

Como la ignoraron, comprendió nuevamente, con una aplastante desesperación, hasta qué punto y con qué facilidad Acopol le había robado el poder. Había dejado de ser una bruja y no podría impedir que le hicieran lo que iban a hacerle. Así que mientras los sacerdotes cimentaban los últimos bloques y sus antorchas iluminaban la cámara, miró alrededor buscando desesperadamente algo, cualquier cosa que le sirviera de ayuda. En cinco puntos de las paredes de la cueva vio vetas brillantes de agua que caía de arriba y los memorizó. Si conseguía desatarse, al menos no moriría de sed. También le pareció notar una corriente de aire procedente no solo del corredor de entrada sino también del lado opuesto, mucho más al fondo de la cueva. También eso le dio un poco de esperanza y, cuando colocaron el último bloque de piedra y todo quedó en la más absoluta oscuridad, no se dejó dominar por el pánico y puso manos a la obra inmediatamente, contorsionándose y retorciéndose para aflojar las ataduras.

—El señor Moctezuma te manda saludos —dijo Teudile con su falsa sonrisa—, y más medicina para tu enfermedad del corazón. —Indicó cuatro cestas grandes que sus porteadores habían dejado en el salón de audiencias del palacio tlaxcalteca de Cortés.

—Mi agradecimiento al gran Moctezuma —respondió Cortés mientras Alvarado se inclinaba para abrir las cestas, que estaban llenas de pequeños lingotes de oro en forma de gamba —. Esta medicina nos irá muy bien.

Alvarado pesó las cestas en la balanza de la expedición.

—Aquí hay dos mil onzas —dijo al cabo de un momento, con los ojos brillantes de codicia.

Los demás capitanes españoles, Dávila, Velázquez de León, Ordaz, Olid y Sandoval, miraban con la misma avidez. Solo a Pepillo, presente como siempre para ayudar a Malinali en la tarea no solo de interpretar lo que decían los mexicas sino de traducirlo al buen castellano, parecía darle igual el oro.

La delegación mexica estaba formada por Teudile y otros tres señores, todos espléndidamente ataviados con túnicas suntuosas de algodón que ponían en evidencia la basta fibra de

maguey que utilizaban los tlaxcaltecas. No obstante, no había allí ningún tlaxcalteca aquella noche, notó Malinali; la capacidad de persuasión de Cortés era tan grande que Chicotenga había accedido a su petición de privacidad.

Teudile se inclinó y bajó un poco la voz.

—Dile al señor Cortés —le dijo a Malinali— que su amigo el señor Moctezuma se alegra mucho de su espléndida victoria sobre nuestros enemigos tlaxcaltecas.

«Lo dudo —pensó Malinali, mientras ella y Pepillo traducían—. Lo dudo mucho.» Estaba bastante segura de que el cobarde Moctezuma habría preferido enterarse de que los incómodos españoles habían sido barridos del mapa, lo que le habría ahorrado la molestia de tener que barrerlos él.

—Por tanto, mi señor se pregunta —prosiguió Teudile— por qué el señor Cortés prefiere, ahora que los ha derrotado, quedarse con los enemigos de los mexicas.

—Porque aquí estamos cómodos —dijo Cortés—, porque satisfacen todas nuestras necesidades. —Abarcó con un expresivo gesto el gran salón de audiencias, lujosamente amueblado—. Porque el pueblo de Tlaxcala nos ha dado la bienvenida y porque ha consentido ser vasallo de mi rey don Carlos.

Teudile bajó más la voz.

—La amistad que te ofrecen no es sincera —siseó—. Su promesa de vasallaje no vale nada. Lo único que hacen es disipar tus sospechas para poder traicionarte impunemente luego. No confíes en ellos, porque son unos traidores y seguramente te matarán en cuanto puedan y se quedarán con este regalo de oro que te hemos traído. El señor Moctezuma te pide que dejes este lugar salvaje y peligroso y vayas a Cholula, donde tu seguridad está garantizada y te enseñará lo que es una verdadera bienvenida.

—Y esa bienvenida del gran Moctezuma, ¿en qué consistirá? —preguntó Cortés.

—Mi señor no puede negociar contigo mientras estés aquí, en Tlaxcala —susurró Teudile—, pero te promete, si demuestras tu buena voluntad haciendo el corto viaje hasta Cholula, que te cubrirá de oro, con regalos mil veces más grandes que este. —Alzó la barbilla hacia el contenido reluciente de las cestas—. Y que él mismo será vasallo de tu rey.

—¿Vasallo, eh? —dijo Cortés, con una mirada penetrante

que Malinali conocía bien—. ¿Y qué tributo en telas, oro y plata propone el gran Moctezuma pagar anualmente a mi rey?

—Podéis acordar todos estos detalles cuando estéis en Cholula —insistió Teudile—, y cuando estéis de acuerdo y el tributo se haya estipulado, mi señor Moctezuma te invitará a visitarlo como amigo en Tenochtitlán.

Cortés se volvió hacia Malinali.

—No me fío de ellos —le dijo en español, sin dejar de sonreír a Teudile—. Diles que no vemos la necesidad de perder el tiempo en Cholula, que preferimos ir directamente a Tenochtitlán y que Moctezuma jure vasallaje allí.

Malinali sabía que Cortés, por los sueños sobre san Pedro, estaba firmemente decidido a ir a Cholula, pero tradujo el farol al náhuatl en tono desdeñoso y altisonante. Cuando lo hubo hecho, Teudile arrugó el ceño.

—Lo lamento, pero no es posible —dijo.

—¿Por qué no? —le preguntó Cortés—. ¿Por qué está el gran Moctezuma tan empeñado en que vayamos a Cholula?

—Hay dos motivos. El primero es que en Cholula mi señor Moctezuma espera que él y el señor Cortés aprendan a confiar completamente el uno en el otro. Le parece mejor para ambos crear esa confianza antes y no después de que el señor Cortés llegue a Tenochtitlán. ¿No estás de acuerdo?

Aunque se había hecho a la idea hacía mucho de la necesidad de ir a Cholula, Cortés fingió que meditaba concienzudamente sobre lo que acababa de decirle Teudile.

—Es comprensible —dijo por fin—. ¿Y el segundo motivo?

—El segundo es que Cholula está consagrada al dios Quetzalcóatl, cuya manifestación en la tierra mi señor Moctezuma cree que es el señor Cortés. Por tanto, lo justo y lo apropiado es que el señor Cortés visite su ciudad antes de ir a Tenochtitlán. Si no lo hace, si teme hacerlo, puede que mi señor Moctezuma empiece a dudar de la identidad, y de las intenciones, del señor Cortés.

—Soy un hombre —repuso Cortés con acritud—, como ya te he dicho en más de una ocasión.

—Sin embargo, esto es lo que quiere el señor Moctezuma: que pases un tiempo en Cholula antes de permitirte entrar en Tenochtitlán.

Cortés asintió y miró el oro.

—Lo pensaré —dijo.

Aquella noche del miércoles 29 de septiembre, mientras la delegación mexica dormía en el palacio de Cortés, bajo su protección, san Pedro lo visitó en sueños.

—Moctezuma planea traicionarte —le reveló el santo—. Está reuniendo sus ejércitos. Cuando llegues a Cholula su objetivo es echarte encima un gran ejército y destruirte completamente.

—Entonces, ¿qué queréis que haga, Santo Padre? En más de una ocasión me habéis insistido en que vaya a Cholula.

San Pedro sonrió; en sus ojos, negros como el carbón, ardía un fuego interior.

—Nada ha cambiado —dijo—. Ve a Cholula y ejecuta allí mi venganza. Cuando estés dentro de la ciudad y lo juzgues oportuno, invita a los señores, a los jefes de las casas, a los soldados, a reunirse en la enorme plaza de la gran pirámide. Quiero que allí los mates a todos. Perpetra una masacre en nombre de Dios en Cholula, hijo mío. Haz que Moctezuma pague por la traición que planea consumar y te abriré de par en par las puertas de Tenochtitlán.

La delegación de Teudile se quedó hasta el domingo 3 de octubre y se fue con la promesa de Cortés de que los españoles visitarían Cholula, tal como les habían pedido que hicieran.

—¿Cuándo? —le preguntó Teudile.

—Muy pronto, cuando mis hombres se hayan recuperado de las heridas sufridas durante nuestra guerra contra Tlaxcala. Dentro de diez días estaremos allí.

—Estás loco —le dijo Chicotenga a Cortés cuando se enteró—. ¿No sabes que todo lo que hacen los mexicas es ladino y traicionero y que así han forjado su imperio?

Hablando por boca de Malinali y Pepillo, le contó luego la información que había recibido de sus espías acerca del plan para atrapar a los españoles cuando llegaran a Cholula.

—Han amontonado piedras en los terrados de muchas casas para arrojároslas desde arriba; han vallado algunas calles para que no podáis pasar y en otras han excavado agujeros y los

han llenado de estacas afiladas para que vuestros huemules caigan dentro y queden tullidos. Toda la población está preparada y armada para alzarse contra vosotros y mataros o haceros prisioneros para llevaros al sacrificio.

Ninguna de esas noticias pareció pillar por sorpresa a Cortés, y Pepillo vio por la mirada de su señor que ya se había mentalizado para ir a Cholula.

Ese mismo día, más tarde, explicó su decisión a los capitanes.

—Señores, nuestro objetivo es Tenochtitlán y la completa sumisión del Imperio mexica, así que no podemos dejar una ciudad tan hostil como Cholula entre nosotros y el mar. Solo por ese motivo, aunque no hubiera ninguno más, insistiría en que fuéramos allí y que consiguiéramos su rendición o la destruyéramos. En mi opinión, sin embargo, nuestro honor es más importante. Si Moctezuma ve que rehuimos ir a Cholula y que buscamos otra vía para llegar hasta él, sabrá que tenemos miedo, sabrá que pueden intimidarnos y eso lo animará a resistir. Sigo teniendo la esperanza y la convicción de que conquistaremos Tenochtitlán sin vernos obligados a luchar, pero, por si tuviéramos que hacerlo, no podemos demostrar ahora ninguna debilidad.

Pasaron los días siguientes haciendo planes y preparándose. El Senado de Tlaxcala ofreció todo su ejército, cerca de cien mil hombres, para defenderse de la esperada traición de Cholula, pero Cortés declinó la oferta diciendo que tantos hombres equivalían a declararle abiertamente la guerra a Moctezuma y que lo llevarían a fortificar Tenochtitlán en lugar de dejarles vía libre. Dada la larga enemistad entre los mexicas y los tlaxcaltecas, era mejor proceder con sigilo y desviando la atención. Por esa razón, dijo Cortés, aunque comprendía que los riesgos eran grandes, se llevaría solo mil tlaxcaltecas a Cholula y prefería que los españoles no lucharan ni una sola vez solos.

El lunes 11 de octubre, los capitanes españoles se reunieron para solventar los detalles finales antes de partir hacia Cholula a la mañana siguiente. Sería una caminata de veintinueve kilómetros. Chicotenga, que encabezaría el pequeño ejército tlaxcalteca, también asistió a la reunión.

—¿Tienes algo que decirnos? —le preguntó Cortés.

—Cholula forma parte del Imperio mexica —repuso Chicotenga—. Es obvio que los mexicas pretenden enfrentarse

allí a vosotros para no tener que hacerlo en Tenochtitlán. Será una lucha a muerte, así que no dejéis vivo a nadie que podáis matar: ni a los jóvenes, porque podrían volver a tomar las armas; ni a los viejos, porque podrían dar buenos consejos. Los mexicas no tendrán piedad con vosotros y vosotros no debéis tenerla con ellos.

Tras un breve silencio, Alvarado se puso de pie aplaudiendo de corazón.

—¡Bravo! ¡Bravo, Chicotenga! —le dijo—. Lo supe cuando nos enfrentamos cuerpo a cuerpo en aquella playa de Cuetlaxtlán. ¡Eres de los míos!

39

Miércoles, 13 de octubre de 1519 - Sábado, 16 de octubre de 1519

Después de que se hubieran arrastrado por las losas suaves y pulidas de su salón de audiencias, a Moctezuma le complació dejar a Tlaqui y Tlalchi apoyados en las manos y las rodillas nudosas mientras hablaba con ellos. El impresionante título de Tlaqui, gobernante seglar de Cholula, era Señor del Aquí y el Ahora y, el de Tlalchi, el gobernante espiritual, Señor del Mundo Bajo la Tierra. Aquella mañana, sin embargo, parecían más bien los Señores de la Humillación o, mejor aún, y Moctezuma reprimió una sonrisa cuando lo pensó, los Señores Comemierda, porque sospechaba que habrían comido montones de su propia porquería, o de cualquier otra sustancia asquerosa que él les indicara, con tal de que les concediera la petición que habían venido a hacerle.

Los dos tenían el pelo gris, estaban arrugados, eran viejos, delgados y cautelosos. Su modo de comportarse era curiosamente parecido, sobre todo la manera extraña que tenían de ponerse las manos delante de la boca para hablar, como para ocultar la dentadura. También se miraban con frecuencia de reojo, consultándose sin palabras, usando un sistema perfeccionado durante muchos años de complicidad.

—Si te complace, excelencia —dijo Tlalchi, con la voz seca como la de un viejo cadáver—, tenemos algunas dudas sobre el plan que nos comunicó el general Maza.

—¿Dudas? —Moctezuma frunció las cejas, mirando a los señores de Cholula con desaprobación y enojo—. ¿Por qué tenéis dudas? Es un plan magnífico. Es mío.

Los dos ancianos se rebulleron incómodos.

—No es nuestra intención faltarte al respeto, señor, pero entendemos que el plan requiere que capturemos o matemos a los *tueles* pieles blancas en las calles de Cholula, y nos tememos que eso va a ser difícil. Hemos recibido informes acerca de sus serpientes de fuego y es indudable que si usan esas armas en nuestra ciudad sagrada habrá daños considerables.

«¿En las calles de Cholula?», pensó Moctezuma. Sin duda, Maza, uno de sus generales preferidos, al que había encargado supervisar la operación de Cholula por su incuestionable lealtad, su ferocidad y su carácter taimado, había difundido información falsa: un modo inteligente de mantener el auténtico plan a salvo de ojos y oídos indiscretos. Quiso mantener engañados a aquellos viejos tontos un poco más.

—¿Qué sugerís, pues? —ladró—. ¿Queréis que cancelemos el ataque porque vuestra preciosa ciudad podría sufrir daños?

Fue Tlaqui quien respondió, con evidente ansiedad:

—No, señor. No, no. Estamos completamente comprometidos con la destrucción de los *tueles*. Apoyamos lealmente el plan de vuestra excelencia, pero en las calles estrechas de Cholula hay tantos obstáculos, tantas casas y templos donde pueden esconderse, tantas vías de escape que pueden usar para reagruparse, que tememos que las cosas salgan terriblemente mal.

—¿Y los daños? Habéis dicho que temíais que se produjeran daños.

—Eso también, señor, sí, pero nuestra mayor preocupación es traer una fuerza abrumadora para acabar con los *tueles*, y la estructura misma de la ciudad impedirá eso...

—No veo por qué —dijo Moctezuma.

Esta vez fue Tlalchi quien respondió, farfullando, con la mano delante de la boca:

—Las calles son estrechas, excelencia. Tenemos entendido que el general Maza está reuniendo seis regimientos para atrapar a los *tueles*, pero será imposible desplegar tantos

hombres de un modo efectivo en nuestra ciudad. En lugar de eso, excelencia, puesto que ya han empezado a congregarse en el valle de Citlaltépec, a seis kilómetros al norte de la ciudad, sugerimos que el general podría esperar allí a los *tueles* y tenderles una emboscada cuando salgan de Cholula camino de Tenochtitlán...

—¡Estúpidos! ¡La calzada ni siquiera pasa por el valle de Citlaltépec! Por eso lo elegimos para congregar las tropas, para que los regimientos no atrajeran la atención.

—Por supuesto, señor —dijo Tlaqui con una sonrisa taimada—. Lo que proponemos es bloquear la calzada, bloquearla completamente, y crear una falsa que lleve a los *tueles* directamente al valle donde los regimientos estarán esperando para aniquilarlos.

—¡No! —bufó Moctezuma, aburrido ya de aquella charada —. ¡No haremos eso! Hay que luchar contra los pieles blancas en Cholula, pero no en esas calles estrechas de las que habláis. ¡No sé de dónde habéis sacado esa idea! ¡Hay que atacarlos y destruirlos en el recinto sagrado de la gran pirámide de Quetzalcóatl! ¡Allí y solo allí! El Colibrí me lo enseñó en una visión. ¿De verdad que hasta ahora no habéis entendido la verdadera razón de la preparación ritual de la pirámide que ha llevado a cabo nuestro magnífico hechicero Acopol?

—Hemos cooperado plenamente con Acopol, señor, pero nos ha parecido mejor no hacer preguntas.

—Sin embargo, aquí estáis —señaló Moctezuma—, interrogándome sobre calles estrechas y parloteando como un par de viejas asustadas de su propia sombra, cuando deberías estar preparándoos y preparando vuestra ciudad. ¿No os dais cuenta de lo pronto que llegará el gran momento?

Los dos señores se miraron preocupados.

—¡Lo imaginaba! —exclamó Moctezuma—. Ni siquiera habéis tomado la precaución de mandar espías a Tlaxcala, ¿verdad?

—No señor, no es seguro.

—¿No es seguro? ¡Que no es seguro! ¡Bah! El trabajo de los espías no es seguro. Los míos han ido y vuelto, y lo que me han dicho es lo siguiente: ¡el ejército piel blanca partió ayer de Tlaxcala, apoyado por mil guerreros de Chicotenga! Pasaron la noche al raso en campo abierto y llegarán hoy a Cholula. Lo más probable es que ya estén allí mientras vosotros estáis aquí, en

Tenochtitlán, mal informados y perdiendo el tiempo con vuestras mezquinas preocupaciones. —Se levantó con tanto ímpetu que derribó el taburete. Miró a Tlaqui y Tlalchi, encogidos de miedo—. Volveréis inmediatamente a Cholula —les dijo—, y la mañana del tercer día a partir de hoy, cuando Maza tenga todas sus tropas situadas, haréis saltar la trampa. Inventad un pretexto cualquiera, algún subterfugio (ocupaos vosotros de los detalles), pero atraed a los pieles blancas al recinto sagrado, cerrad y atrancad las puertas, y que todos los hombres de la ciudad caigan sobre ellos. No espero que los destruyáis vosotros mismos. Eso no es lo que os pido. Vuestra labor es simplemente estar allí para empezar el trabajo y encerrarlos dentro de los muros del recinto durante el rato, como mucho una hora, que tardarán los regimientos de Maza en llegar una vez iniciado el combate. ¿Creéis que podréis hacer algo tan sencillo por mí sin convertirlo en un completo desastre?

Por lo visto, los gobernantes de Cholula no estaban en la ciudad y los señores de menos categoría que salieron a recibir a Cortés lo convencieron de que dejara el pequeño ejército tlaxcalteca acampado en los alrededores.

—Os temen —le dijo Cortés a Chicotenga por boca de Malinali—. Deberías sentirte halagado.

—Deberían temer eso —dijo Chicotenga, señalando los cañones que los insensatos cholulanos habían dejado entrar sin rechistar. Tiraban de los carros los porteadores totonacas a quienes, puesto que eran vasallos mexicas, los cholulanos también habían dejado pasar.

—Demos gracias por las pequeñas cosas —repuso Cortés con un guiño. Se quedó pensando y luego añadió—: Ahora escucha, Chicotenga: nada de actos impulsivos, ¿entendido? Sé lo que sientes por Cholula, pero no debes atacar ni hacer nada que pueda ser considerado una agresión. Por encima de todo, aunque sé que estarás sumamente tentado, no traigas más guerreros de Tlaxcala. La partida que estoy jugando con los miedos y sospechas de Moctezuma es delicada. Dame libertad para jugarla como mejor me parezca.

Cinco horas después, los españoles habían desaparecido sin dejar rastro en Cholula, una ciudad cinco veces más grande

que Tlaxcala.

—Estoy preocupado por ellos —admitió Chicotenga—. Empiezo a pensar que no volveremos a verlos.

—No te entiendo —dijo Árbol—. Hace poco querías matarlos a todos y ahora te preocupas por ellos como si fueran tus hijos.

—Son nuestros aliados —respondió Chicotenga bruscamente—. Esta alianza nos obliga a protegernos mutuamente. Es una responsabilidad que me tomo muy en serio.

—Es más que eso —dijo Chipahua—. Lo cierto es que te gustan. ¿Por qué no lo admites?

Chicotenga pensó un momento.

—Algunos me gustan —dijo por fin—. Son verdaderos guerreros: valientes, hábiles, leales entre sí, crueles con los enemigos pero dispuestos a olvidar el pasado. ¿Por qué no iban a gustarme?

—Podrías preguntárselo a Ilhuicamina si no hubiera muerto por las heridas infectadas —dijo Árbol—. Seguro que te daría mil razones por las que no deberían gustarte.

Chicotenga hizo una mueca. Todos echaban de menos a Ilhuicamina. Seguían resentidos por lo que le había hecho Cortés. Pero la guerra era la guerra.

—¿Y Cortés? —le preguntó Chipahua—. ¿Te gusta?

—Sí, pero no me fío de él. Nunca me fiaré. Vendería a su abuela por el precio adecuado.

Chipahua soltó una carcajada.

—Pues compadezco a los pobres cholulanos por permitir que esa víbora se meta entre ellos.

Chicotenga se quedó callado. Sus amigos tenían razón, desde luego. Los españoles sabían defenderse solos. Incluso rodeados de enemigos, en una ciudad hostil, encontrarían el modo de sobrevivir. No obstante, estaba inquieto, notaba la amenaza y el peligro en el aire, necesitaba entrar en acción. Cuando el sol se ocultó detrás de la gran pirámide de Cholula, tan grande que la llamaban Tlachihualtepetl, «montaña hecha por el hombre», reunió a los suyos y pidió un centenar de voluntarios.

En la tumba oscura de la antigua cueva, debajo de la gran

pirámide de Cholula, Tozi había perdido la noción del tiempo transcurrido desde que la habían sepultado allí. Tenía aire para respirar y, después de desatarse, había recorrido el enorme espacio irregular y encontrado los suficientes hilillos de agua para mantener la sed a raya. El hambre no era una gran desgracia, la había sufrido muchas veces; al final, esperaba, el estómago se le encogería y dejaría de molestarla con sus punzadas exigentes.

Lo extraño era el modo en que la oscuridad cedía el paso a la luz y veía patrones extraordinarios, flujos de puntos que emergían en cascadas, líneas brillantes en zigzag, estrellas que surgían y explotaban, motas dispersas de fuego, espirales de colores vivos que giraban, conjuntos de triángulos, círculos y cuadrados deslumbrantes y, de vez en cuando, saliendo de entre ellos, figuras y formas estrafalarias que tomó por espíritus: un hombre con cabeza de huemul; una criatura mitad pez mitad caimán; una mujer que se transformaba en puma; una serpiente gigantesca que la envolvió y apoyó la enorme cabeza en su hombro, mirándola a los ojos con inefable sabiduría.

En determinado momento, un vórtice de luz se abrió a sus pies y fue arrastrada hacia abajo por un rápido remolino luminiscente que se la llevó sin que pudiera evitarlo, dando vueltas y más vueltas por cuevas y pasillos sinuosos hasta depositarla con suavidad en la orilla de un enorme lago, en la oscuridad de la medianoche de otro mundo, con un sol azul en un cielo bruñido. ¡Ya había estado allí! Cuando la había mordido la serpiente en el desierto, justo antes de que los hombres-medicina huicholes la encontraran y curaran, su visión la había llevado a aquel mismo lugar. Y, como aquella vez, vio a una mujer vestida de rojo sentada en la roca del lago de espaldas a ella, con los pies en el agua. Se peinaba y repeinaba la larga melena negra, y a Tozi la embargó la sensación de familiaridad que la había torturado durante su visión de Aztlán y las cuevas de Chicomoztoc, tan inquietantemente inexplicable. Se acercó y se metió en el agua, que le llegaba solo hasta las rodillas, y ya vadeaba hacia la roca cuando la mujer se volvió y Tozi reconoció a su madre, a la que había perdido hacía tanto tiempo.

Echó a correr salpicando agua, con sollozos de alegría que le sacudían todo el cuerpo. Se encaramó a la roca y abrazó a su madre, que parecía absolutamente presente: su olor, su calidez,

su abrazo impaciente, todo en ella era sólido, tangible y real.

—¡Oh, madre! —dijo—. ¡Oh! ¡Cuánto te he echado de menos!

—Yo también te he echado de menos, cariño.

Estuvieron abrazadas un buen rato, hasta que, de repente, cruel e inexorablemente, la escena se disolvió en la absoluta oscuridad y Tozi recordó que en realidad estaba enterrada bajo la gran pirámide de Cholula, privada de sus poderes, apartada para siempre de toda esperanza de vivir o ser rescatada y completamente sola.

Fueron los gemelos Momotztli y Nopaltzin, hombres de su máxima confianza, hombres a los que habría confiado su vida, quienes trajeron la noticia a la mañana siguiente. Eran dos de los cien exploradores que había enviado a rodear Cholula para que se enteraran de algo. Después de medianoche habían llegado a un valle profundo llamado Citlaltépec, a unos seis kilómetros al norte de la ciudad, y seguían por la orilla de un arroyo que recorría el fondo del valle cuando habían estado a punto de toparse con un puesto de vigilancia mexica.

—No había luna —dijo Momotztli—. Si no, habríamos visto antes a esos bastardos...

—O nos hubieran visto ellos —puntualizó su hermano.

—Pero no lo hicieron —prosiguió Momotztli.

—Lo que fue una suerte para ellos tanto como para nosotros —dijo Nopaltzin—. Calculo que habríamos acabado con todos.

—Pero por suerte no tuvimos que hacerlo —dijo Momotztli—. Pudimos acercarnos con sigilo y escuchar lo que decían.

Nopaltzin contó la historia.

—Al parecer, formaban parte de un gran ejército que se está congregando allí. Un ejército enorme. Seis regimientos...

—Todo ello en honor de nuestros amigos españoles —añadió Momotztli.

—Planean un ataque para dentro de dos días —continuó Nopaltzin—. Parece que los cholulanos van a empezar con un levantamiento en la ciudad para distraer a nuestros amigos, y luego los regimientos los rodearán. Van a intentar apresar a la

mayoría con vida...

—Tienen palos especiales con un collar de cuero en una punta —describió Momotztli—. ¡Y hamacas! ¡Montones de hamacas! —Se rio—. El plan es capturar algunos españoles con los palos y envolver al resto en las hamacas para llevárselos a Tenochtitlán y sacrificarlos...

—A todos menos a veinte —dijo Nopaltzin—. Se los entregarán a los cholulanos para sacrificarlos aquí.

Chipahua había estado escuchando.

—¡Hamacas! —se burló—. ¡Palos! El típico sueño húmedo mexica: una bonita fantasía caliente seguida de una desagradable cama mojada. Está claro que nunca se han enfrentado a los españoles en una batalla. Si lo hubieran hecho, sabrían que seis regimientos no son en absoluto suficientes.

Chicotenga estaba sentado muy quieto, pensando, haciendo cálculos. Cortés le había dicho que no llevara más hombres a Cholula y que no hiciera nada agresivo, pero eso había sido antes de saber que cincuenta mil guerreros mexicas se estaban movilizando para la batalla en las afueras de la ciudad.

Chipahua le dio un codazo.

—Estás tramando algo, ¿verdad? —le dijo—. Tienes esa mirada...

Repentinamente interesado, Árbol se acercó más.

Pepillo prosiguió con su diario el viernes 15 de octubre, el tercer día de los españoles en Cholula:

> Llegamos a la ciudad el miércoles 13 de octubre y entramos con nuestros cañones y la caballería, así como con nuestros auxiliares y porteadores totonacas; sin embargo, los tlaxcaltecas que nos acompañaban fueron obligados a acampar en el campo, a las afueras.
>
> Los gobernantes de Cholula, que se llaman Tlaqui y Tlalchi, no estaban cuando llegamos. Se encontraban, nos dijeron, en Tenochtitlán. Volvieron ayer, jueves 14 de octubre, y se instalaron en su palacio, pero no quisieron recibirnos. El Caudillo lo consideró muy grosero, sobre todo

porque mandaron a personas poco importantes para tratar con nosotros. Informó a esos señores menores por boca de Malinali de que a una embajada como la nuestra, de un gran príncipe como don Carlos, rey de España, no podían recibirla hombres como ellos y de que incluso sus jefes eran dudosamente dignos de recibirla. Ordenó que Tlaqui y Tlalchi se presentaran ante él esta mañana, o se vería obligado a tratarlos como rebeldes que se negaban a someterse al dominio del rey.

Esta mañana del viernes 15 de octubre, sin embargo, aunque estábamos en dos edificios altos y espaciosos que dan a la plaza de la gran pirámide y pegados a su palacio, los gobernantes no se han presentado. Han enviado un mensaje diciendo que están los dos muy enfermos. Ayer y anteayer nos trajeron cantidades adecuadas de comida, pero hoy no han traído nada. Todos lo consideramos una mala señal, sobre todo porque hay mucho ajetreo en la ciudad, y muchísima gente, más que nada mujeres y niños, se marcha con sus pertenencias.

Malinali, con mucha valentía, ha salido disfrazada como las mujeres de aquí y ha encontrado cerca de nuestros alojamientos algunas zanjas abiertas en las calles, cubiertas con madera y tierra para que no se noten a simple vista. Ha removido un poco la tierra de una zanja y ha visto que estaba llena de estacas afiladas para matar a los caballos cuando pasen, como nos habían advertido nuestros amigos tlaxcaltecas. Ha visto que en los terrados de muchas casas hay parapetos de arcilla seca y piedras amontonadas. Esto no puede ser con buena intención, porque también ha encontrado barricadas de vigas gruesas en otra calle.

Lo que es peor, Malinali ha oído rumores en el mercado de que sacrifican todas las mañanas a veinte jóvenes al dios mexica de la guerra, el Colibrí, para que conceda a los cholulanos la victoria en el ataque que pronto lanzarán contra nosotros. Dice que también ha oído, y lo considera posible, que han preparado muchas cuerdas y palos con collares de piel en la armería del palacio, listas para apresarnos, así como hamacas con las que nos atarán y transportarán a Tenochtitlán para sacrificarnos.

Cuando el Caudillo se ha enterado de todo esto no se ha sorprendido, pero se ha puesto muy serio y ceñudo. «Ya

que los cholulanos planean traicionarnos —ha dicho—, será mejor que nos preparemos para atacar antes y darles un escarmiento.»

Ha ido enseguida con Malinali y veinte soldados, todos armados, directamente al palacio de Tlaqui y Tlalchi. Yo también los he acompañado con *Melchor* por sugerencia del Caudillo. Ha habido un altercado con los guardias en las puertas del palacio, y don Pedro Alvarado y varios capitanes han desenvainado las espadas, pero Malinali ha calmado la situación y nos han dejado entrar y nos han llevado ante los dos peculiares ancianos que gobiernan esta ciudad. Estaban muy alarmados y tan confundidos que apenas eran capaces de hablar. Sobre todo estaban consternados porque *Melchor* les gruñía y, creo yo, los habría atacado si no lo hubiera sujetado de la correa.

Han negado que tuvieran intención de hacernos prisioneros y que se estuvieran realizando sacrificios, que su dios era Quetzalcóatl, una deidad de paz, no el pavoroso Colibrí, pero Malinali le ha susurrado al Caudillo que mentían. Han dicho que nos enviarían comida, asegurando que su señor Moctezuma les había ordenado no darnos nada y que no quería que avanzáramos más.

Al oír esto, el Caudillo les ha dicho que no se preocuparan, porque partiremos de Cholula mañana, sábado 16 de octubre por la mañana camino de Tenochtitlán para visitar a Moctezuma y resolver todos los problemas. Ha insistido en que, al igual que los otros pueblos con que nos hemos encontrado en nuestra ruta, como los tlaxcaltecas y los totonacas, tenían que proporcionarnos un ejército de guerreros de su ciudad (ha pedido no menos de dos mil), así como porteadores (también dos mil) para el viaje. Por último ha exigido que esta escolta de guerreros y porteadores se reúna con nosotros en la plaza de la gran pirámide, delante de nuestros alojamientos, mañana por la mañana, una hora antes del amanecer, y que todos los señores de Cholula, incluidos los dos gobernantes y todos los jefes de las familias de la ciudad, también estén allí. Desea, ha dicho, despedirse de ellos como es debido y ponerlos al corriente de algunas cosas que les conviene mucho saber.

Mientras Malinali traducía esto, he notado que Tlaqui y Tlalchi se miraban de un modo extraño y siniestro,

sonriendo con disimulo. De inmediato le han concedido al Caudillo todo lo que pedía. Luego le han rogado que los excusara porque tenían que hacer muchos preparativos para mañana.

A última hora de la tarde hemos vuelto a nuestros alojamientos y enseguida el Caudillo ha llamado a los principales capitanes, jefes de compañía y sargentos de pelotón para contarles sus planes de guerra.

La reunión se celebró en el espacioso salón de audiencias, del primer piso del más grande de los dos edificios adyacentes en que se alojaban los españoles. El salón estaba rodeado por una terraza desde la que se veía la plaza principal de la ciudad, bordeada de templos pequeños de colores vivos, con la gran pirámide de Cholula en el centro, grande como una montaña. La plaza, cuyos lados medían mil pasos, estaba dentro de una muralla alta decorada con relieves pintados de serpientes emplumadas. Malinali dijo que simbolizaban el dios de la paz, Quetzalcóatl, a quien la pirámide estaba dedicada en la antigüedad y con quien los indios habían confundido a Cortés, por suerte para él. Coronaba la pirámide un templo alto, dedicado igualmente al pacífico Quetzalcóatl, aunque en su extremo oriental había un bestial ídolo del dios de la guerra, el Colibrí, un añadido reciente, según Malinali, orientado hacia la semiesfera de piedra en la que tenderían a las víctimas sacrificiales para sacarles el corazón. Esa noche, de pie, al lado de aquella piedra, mirando atentamente los alojamientos de los españoles, había una figura solitaria: un hombre vestido únicamente con un taparrabos y con el cuerpo completamente cubierto de tatuajes.

—¿Es su sumo sacerdote? —le preguntó Cortés a Malinali.

Ella negó con la cabeza.

—¡No! Es nagual… hechicero muy especial. Tiene gran poder.

Al oír eso, instintivamente, Cortés se santiguó, y lo mismo hicieron Sandoval y Díaz, que estaban cerca y lo habían oído también. Alvarado, sin embargo, que estaba con ellos, se mofó.

—¡Y un cuerno, un hechicero! —dijo.

—He oído en la ciudad que se llama Acopol —prosiguió

Malinali—. Moctezuma le ha ordenado los rituales en pirámide. Es encargado de sacrificios.

—Vamos a acabar con esto —dijo Cortés.

—¿Mañana? —preguntó Malinali—. Habrá ceremonia al amanecer, como hoy, como ayer. Si no detienes, veinte más jóvenes mueren.

Miraba a Cortés a los ojos y él se removió incómodo. Aquella mujer tenía la capacidad de hacerlo sentir culpable por todo.

—Por desgracia, tendremos que permitir los sacrificios de mañana —le dijo—. Si subimos ahí y los impedimos, alertaremos a los señores de esta ciudad y eso sería un error. Necesito esa reunión ciudadana que nos han prometido por la mañana.

—¿Por qué?

—Porque tengo que aplicar un castigo ejemplar aquí si queremos evitar problemas peores en el futuro.

—¿Castigo ejemplar? ¿Qué es?

—Nos servirán de ejemplo —dijo Cortés—. No solo los que realizan los sacrificios sino toda la población. Nos han desafiado y planean atacarnos. Tenemos que darles una lección para que los demás sepan que eso no merece la pena.

—¿Vas a sacrificarlos a todos, como mataste a habitantes de Teocacingo?

Cortés suspiró.

—¿Sacrificarlos? Ya hablas muy bien el español, Malinali, pero has usado un término incorrecto. Es una simple cuestión de matar o que te maten, de atacar o ser atacado.

Como era de prever, no todos los capitanes estuvieron de acuerdo con el plan. Algunos, como De Grado, ¡siempre el más dispuesto a la retirada inmediata!, querían marcharse de Cholula aquella misma noche y volver a la seguridad de Tlaxcala. Otros también estaban a favor de partir enseguida, pero preferían continuar avanzando; en particular, Ordaz proponía seguir una nueva ruta hacia Tenochtitlán cruzando Huexotzinco, que, como Tlaxcala, era un estado abiertamente enfrentado a los mexicas y podría ser una fuente adicional de aliados contra Moctezuma. La mayoría, sin embargo, estaban de acuerdo con Cortés en realizar un ataque preventivo contra los cholulanos.

—Si permitimos que su traición quede impune —dijo

Alvarado—, jamás volverán a tomarnos en serio. Yo digo que luchemos aquí. Notarán más el efecto en sus casas que en campo abierto.

Cortés tenía por costumbre dejar que sus capitanes hablaran y a veces incluso los escuchaba, pero san Pedro lo había convencido de que allí pasaría algo ejemplar, algo crucial. Si les hubieran dado a los españoles una bienvenida diferente, si la ciudad se hubiera rendido por completo a sus pies, tal vez la habría respetado, a pesar de sus sueños. Pero tanto las evasivas de sus gobernantes como los preparativos para la guerra en sus calles, el que no les hubieran llevado comida ese día y la necesidad de demostrarle a Moctezuma de manera inequívoca la resolución de los españoles, hacían de la masacre algo inevitable.

—Señores —dijo, alzando una mano para silenciar las ruidosas discusiones en que se habían enzarzado los capitanes —. ¡Señores! Escuchadme. —Se volvió hacia De Grado, muy sonriente—. Alonso, vos me sugerís que huya de un combate aquí en Cholula para refugiarme en Tlaxcala, cuando hasta hace poco insistíais en que huyéramos de Tlaxcala para refugiarnos en las colinas totonacas. Me parece obvio que, si hubiera escuchado vuestro consejo de entonces, Tlaxcala no sería ahora un lugar seguro para nosotros, lleno de aliados bien dispuestos, sino un lugar peligroso lleno de enemigos. Por tanto, no voy a seguir vuestro consejo de ahora. Tenemos que imponer nuestra voluntad en Cholula como hicimos en Tlaxcala. ¡Cualquier otra cosa sería un disparate!

Los aplausos de la facción de Alvarado llenaron la habitación. De Grado se ruborizó y miró al suelo, y Cortés se volvió hacia Ordaz.

—En cuanto a vos, Diego, no puedo estar más de acuerdo. Mi estrategia desde hace mucho tiempo es conseguir la lealtad de los huexotzincos y formar una gran alianza con ellos, los tlaxcaltecas y los demás que se oponen a Moctezuma. Para eso, sin embargo, no hace falta que perdamos tiempo yendo a Huexotzinco, porque ya saben cómo han ido las cosas entre nosotros y Tlaxcala y, cuando nos vean conseguir una gran victoria contra sus enemigos de Cholula, os aseguro que se sumarán a nuestro estandarte.

Ordaz asintió despacio.

—Tenéis razón, Cortés. Estoy con vos.

El Caudillo echó un vistazo en derredor.

—¿Estamos de acuerdo, pues, señores? ¿Les damos una lección a estos cholulanos por la mañana?

Fue Bernal Díaz quien se levantó.

—Démosles el escarmiento que merecen —dijo, y claramente hablaba en nombre de todos—. Yo digo que adelante y buena suerte a todos.

Después de aquello solo quedaba planear los detalles.

Aunque los españoles tenían ciertamente la intención de marcharse por la mañana, hicieron mucha comedia para embalar y atar el equipaje del ejército, que, a medida que la noche avanzaba, iban amontonando bajo vigilancia en la plaza, listo para que lo transportaran los cholulanos que les habían prometido. Mientras tanto, Francisco de Mesa puso a sus esclavos taínos y sus porteadores totonacas a trabajar tirando de las bombardas y seis falconetes hasta el salón de audiencias, donde los cargaron con metralla para luego situarlos en la terraza que daba a la plaza. Al mismo tiempo, Cortés envió a Díaz con Sandoval y García Bravo a reconocer las cuatro entradas principales de la muralla que rodeaba la plaza y organizar las partidas de soldados que se apoderarían de ellas por la mañana.

Cuando todos los preparativos estuvieron terminados a su satisfacción, Cortés se retiró a sus aposentos con Malinali y obtuvo placer con ella, pero estaba demasiado emocionado para dormir. Inquieto, se levantó y se vistió en la penumbra previa al amanecer, cruzó el salón de audiencias hasta la terraza y, apoyado en el frío cañón de una bombarda, observó fascinado la multitud de indios que empezaban a congregarse en la plaza mientras hacían subir las escaleras de la gran pirámide a veinte prisioneros.

El salvaje estruendo de las caracolas y el repicar de los tambores dio la bienvenida al renacido sol, cuyos primeros rayos se reflejaron en el monstruoso rostro de granito del Colibrí. Los sacrificios comenzaron.

Moctezuma había pasado la noche en vela en sus aposentos de la zona protegida de su palacio, y cada una de las horas de oscuridad dedicadas a los nueve Señores de la Noche

había sacrificado una niña de tres años al Colibrí como muestra del regalo de cumpleaños que preparaba para el dios de la guerra. Había dado instrucciones para que llevaran directamente ante él a cualquier mensajero que llegara de Cholula y ahora, mientras el sol salía y la hora de Huehueteotl, dios del fuego, marcaba el comienzo del nuevo día, se presentó ante él un agotado corredor.

—Señor —dijo, postrándose boca abajo en el suelo—. Vengo a informarte de que todo se ha hecho siguiendo tus órdenes. Los señores Tlaqui y Tlalchi han preparado un plan astuto. Ahora los pieles blancas estarán reuniéndose con todas sus pertenencias en la plaza sagrada de Cholula, donde los han convocado para despedirse de los señores y los jefes de las familias de nuestra ciudad, mientras una gran escolta de soldados y porteadores se prepara para asistirlos en su marcha hacia Tenochtitlán. Habrá un intercambio de discursos, señor, para alejar las sospechas de los pieles blancas y, cuando lo considere oportuno, el hechicero Acopol hará sonar tres veces el cuerno de guerra. Será la señal para que los regimientos del general Maza entren en la ciudad y nuestros ciudadanos y soldados, que llevan armas escondidas, caigan sobre los pieles blancas...

—¡No quiero que los maten a todos! —dijo Moctezuma con aspereza—. Quiero que me traigan prisioneros para sacrificarlos aquí. Confío en que Tlaqui y Tlalchi lo hayan entendido.

—Han dado órdenes para que así sea, señor. Los señores y todos los habitantes de Cholula entienden que deben esforzarse al máximo para atrapar vivos a los pieles blancas.

—Muy bien —dijo Moctezuma.

Despidió al corredor y llamó a los sacerdotes del Colibrí, que esperaban para llevarle otra criatura.

Malinali se encontraba con Cortés en la terraza donde los artilleros de Mesa estaban preparados con los cañones listos para disparar. Detrás de ellos, en el salón de audiencias, estaba Pepillo con *Melchor* a su lado; el Caudillo le había dejado tener el perro en un rincón como medida de protección. Los demás perros estaban abajo, en el patio, porque no estaba previsto

soltarlos en la batalla de aquel día. Vendabal se los había ofrecido, pero Cortés había dicho que solo *in extremis*, una expresión que Malinali había entendido como que solo si el resultado se volvía contra los conquistadores. Si no, los animales tenían que permanecer apartados. En el espacio cerrado de la gran plaza se corría el riesgo de que los cañones españoles los mataran y los caballos tropezaran con ellos.

Habían sobrevivido trece caballos a la guerra contra los tlaxcaltecas y ahora estaban en fila al pie de la terraza, junto al borde de la plaza. Todos iban completamente protegidos, doce con sus jinetes en la silla con armadura. Sujetaba las riendas del décimo tercero, *Molinero*, un mozo de cuadra que esperaba a Cortés. Formados delante de los caballos había cinco cuadrados de cincuenta infantes, doscientos cincuenta en total, también muy bien armados. El resto de los hombres, en cuatro pelotones de veinte, habían ocupado posiciones al norte, sur, este y oeste de la plaza, junto a los enormes portales.

Separados del grueso de los conquistadores por una franja despejada de pavimento de unas docenas de pasos de anchura, Tlaqui y Tlalchi, encorvados y con sus túnicas ceremoniales, estaban rodeados por un centenar de señores de la ciudad. Detrás de ellos, en hoscas y amenazadoras hileras, estaban los dos mil soldados cholulanos que había pedido Cortés, supuestamente para escoltar a los españoles hasta Tenochtitlán. A su lado había un grupo de doscientos «porteadores», todos soldados, sin duda. Muchos de estos iban de dos en dos sosteniendo hamacas por sus extremos, en las que insistían en invitar a los españoles a tumbarse.

—Vamos, *tueles* —les decían, haciéndose entender con gestos y con señas extravagantes—, descansad, grandes señores. Dejad que os llevemos a Tenochtitlán para conocer a nuestro dios.

Malinali comprendió por sus sonrisitas y muecas que estaban muy ufanos de sí mismos. ¡Pobrecillos! Evidentemente, creían que engañaban a Cortés y que aquello sería coser y cantar.

Detrás de ellos, toda la plaza era un hervidero de hombres de Cholula, «al menos diez mil», pensó Malinali. Sin esforzarse demasiado para ocultar los *macuahuitl,* los garrotes y cuchillos, llenaban hasta el último rincón disponible, subidos incluso a los muros y abarrotando los terrados de las torres de las casas,

donde los montones de piedras eran visibles también había indios pegados a la base de la gran pirámide, apiñados con sus caras inclinadas y arracimados por centenares alrededor del templo y de los ídolos de la plataforma superior.

Igualmente inquietante era el murmullo de excitación de la multitud aun mayor que se había congregado fuera de los muros. Toda la ciudad había acudido a presenciar la humillación y destrucción de los españoles.

—Es la hora —dijo Cortés, agarrando del codo a Malinali y guiándola hacia el borde de la terraza. Permanecieron un momento allí, juntos, contemplando a la multitud, y luego él habló con su habitual altisonancia, haciendo pausas para permitirle traducir:

—Señores y ciudadanos de Cholula —dijo, y todo el mundo volvió la cara hacia él y se hizo el silencio—. Estoy al corriente de vuestro malvado plan. Sé que habéis hecho acopio de palos con nudos corredizos con intención de ponérnoslos al cuello. Sé cuál es el verdadero propósito de esas hamacas en que nos invitáis a tendernos. Sé que habéis cavado zanjas en las calles y las habéis llenado de estacas y que habéis levantado barricadas. Sé que habéis sacado a vuestras mujeres y vuestros hijos de la ciudad porque esperáis luchar y no deseáis que sufran daño. Sé que, a cambio de haber venido a vosotros como hermanos, pretendéis capturarnos y matarnos y comeros nuestra carne, aquí y en Tenochtitlán. Sé que habéis ofrecido sacrificios infames a vuestro dios de la guerra con la vana esperanza de que os conceda la victoria, pero es un dios falso y malvado que no tiene poder sobre nosotros. La traición que habéis planeado está a punto de volverse en vuestra contra. Esta ciudad será destruida. No quedará rastro de ella y vosotros, todos y cada uno de vosotros, moriréis por vuestros crímenes.

Cuando Malinali tradujo al náhuatl esto último, la multitud rugió. Empuñaron las armas y hubo un movimiento en oleada hacia los cuadrados de los españoles.

—¡Ahora, Mesa! —dijo tranquilamente Cortés, y los ocho cañones de la terraza escupieron al unísono llamas y humo, mandando su sibilante tormenta de muerte hasta los límites más alejados de la multitud, desatando el pánico.

En ese mismo instante Malinali vio un grupo de diez hombres comandados por García Bravo salir de uno de los cuadrados, derribar a los guardias que rodeaban a Tlaqui y

Tlalchi, levantar del suelo a los atónitos señores y llevárselos en volandas a los españoles. Los subieron por las escaleras y, al cabo de pocos segundos, los dos jefes fueron arrojados al suelo del salón de audiencias y atados de pies y manos.

—Quédate aquí —ordenó Cortés a Malinali—. No les quites ojo. Voy abajo para unirme a la lucha.

Mientras se marchaba corriendo oyó una atronadora salva de mosquete en la plaza y, por encima del estrépito de la batalla, el familiar y abominable chillido del cuerno de guerra mexica en la cima de la gran pirámide.

Hubo tres ráfagas y *Melchor*, que seguía encadenado en el rincón del salón de audiencias, aulló tristemente como si respondiera.

Díaz maldijo, se encogió protegiéndose con el escudo y corrió para ponerse fuera del alcance de una nueva lluvia de piedras que caía del terrado del torreón. Allí arriba había diez o quince hombres, pero los mosqueteros ya habían disparado una salva y habían tenido que retroceder para recargar.

A causa de la masa enorme de la gran pirámide en el centro de la plaza, ninguna de las cuatro puertas estaba en la línea de fuego de los cañones de la terraza. Sin embargo, puesto que los alojamientos de los españoles estaban al este de la plaza, la masacre desatada era perfectamente visible desde la puerta oriental, y gran parte de la devastación también era visible más allá de las esquinas de la pirámide, desde las puertas norte y sur. Solo la puerta oeste, en la cara opuesta del monumento, quedaba completamente oculta, y Díaz sabía, cuando había elegido asegurar esa puerta, que sus guardias estarían probablemente menos desmoralizados y lucharían con más brío allí. A pesar de todo, el sonido de la salva de los cañones y los gritos y aullidos posteriores habían obrado su magia y muchos guardias se habían dispersado. Los primeros disparos de sus cinco mosqueteros habían matado o hecho huir al resto. Una vez librados de los hombres de la torre, ya sin resistencia, su grupo podría mantener la puerta cerrada y atrancada, como les habían ordenado, hasta que la sombría tarea de matar en la plaza hubiera terminado.

La torre tenía una escalera interna de madera, expuesta a

un ataque desde arriba, cuyos tres tramos zigzagueaban hasta el tejado. A una señal del capitán de mosqueteros, Díaz gritó a sus hombres, se situó entre Mibiercas y La Serna, alzaron los escudos, los juntaron con los del resto del grupo y avanzaron bajo un sólido caparazón acorazado. Mientras cargaban, Díaz vio que todos los defensores de la torre se habían reunido cerca del borde del terrado, el mejor lugar para arrojar piedras, y que, haciéndolo, se habían convertido en un blanco fácil. El bombardeo de piedras golpeaba el caparazón cuando Díaz oyó el estampido de la segunda salva de mosquetes y los gritos procedentes de arriba. Supo que los tiradores habían hecho diana cuando varios cuerpos se unieron a la avalancha dando tumbos, se estrellaron contra los escudos con una fuerza tremenda y se precipitaron sin vida al suelo.

Díaz ya había alcanzado la torre y subía los escalones de tres en tres, precedido por Mibiercas. La Serna lo seguía con otra docena de hombres. Volaron hacia ellos unas cuantas piedras que desviaron con el escudo. Mibiercas destripó a un vociferante guerrero que lo atacó sin éxito con una lanza en el segundo tramo, y luego, cuando subían el último, oyeron el estruendo ensordecedor de la segunda descarga de los cañones, seguida de explosiones más fuertes y demoledoras, y salieron al terrado sin encontrar resistencia. Los defensores que quedaban habían arrojado las armas y se habían tirado al suelo boca abajo. Los españoles se les echaron encima sin piedad y los mataron a todos antes de darse cuenta del motivo de su abyecta rendición. De algún modo, Mesa había conseguido modificar la posición de una bombarda lo suficiente para disparar una bala de treinta kilos al gran templo de la cima llana de la pirámide, y el proyectil había impactado contra algún elemento estructural crucial, porque la mitad del edificio se había derrumbado con estrépito. La columna de polvo de los escombros había cubierto el cielo de la plaza como el humo de las llamas del infierno.

Mirando hacia abajo desde el terrado de la torre, Díaz vio a sus cinco mosqueteros de espaldas a la puerta, con la espada desenvainada, clavando y cortando a la multitud histérica que gritaba desesperada tratando de huir de la plaza. No iban a permitir que lo hicieran. Nadie escaparía. Las órdenes de Cortés eran muy claras al respecto.

—¡Seguidme! —gritó Díaz, guiando a sus hombres escaleras abajo a la carrera, para reforzar a los mosqueteros de

la puerta y colaborar en la matanza indiscriminada.

Varios jinetes lanza en ristre liderados por Cortés doblaron la esquina suroeste de la pirámide para atacar por la retaguardia al gentío. Seguía la estela de los caballos un cuadrado de soldados de infantería, con las espadas ensangrentadas hasta la empuñadura, persiguiendo hordas de vociferantes indios. Al ver las puertas atrancadas, algunos se encaramaron a los hombros de otros en un esfuerzo desesperado por escalar los muros, donde se convirtieron en blanco fácil para los francotiradores que disparaban metódicamente desde los bordes de la plaza.

Díaz saboreó el gusto metálico de la sangre, matando y volviendo a matar, con expresión dura y el brazo de la espada dolorido.

Bajo la gran pirámide, Tozi oyó el rugido y el estrépito lejano del trueno y notó que el suelo de la cueva temblaba. Si aquellos ruidos procedían del mundo exterior, como parecía, eran los primeros que le llegaban desde que la habían encerrado allí.

—No —dijo en voz alta, resistiéndose a la idea instintivamente, con voz ronca y débil—. No, no lo creo.

Al fin y al cabo, había tenido muchas visiones extrañas y muchos encuentros allí, en la oscuridad, y todos se habían demostrado falsos, así que no había motivo para que ahora fuera diferente.

Gimiendo, se tumbó boca abajo. Ya se había olvidado del hambre y la debilidad y le costó ponerse de pie. Con mucho esfuerzo y quejándose de dolor, apoyó las manos y las rodillas y empezó a gatear hacia el muro. Al final encontró el rastro rancio de limo que buscaba y apretó los labios y la lengua contra él para lamer la humedad.

Alvarado desmontó de *Bucéfalo*, entregó las riendas a su mozo y se adentró en la plaza a pie, blandiendo su bracamarte. Había disfrutado de lo lindo galopando con el resto de jinetes, persiguiendo a los cholulanos que huían presos del pánico, conduciéndolos hacia las puertas atrancadas, matando a treinta o más con la lanza y observando la carnicería circundante. A resultas de la macabra actividad de los otros caballeros, de los estragos hechos por la infantería con espadas y picas, de las

muchas salvas de mosquete y la matanza indiscriminada conseguida desde el principio por los ocho cañones de la terraza, la plaza estaba tan densamente cubierta de indios caídos, destripados o destrozados, que iban pisando cadáveres y solo oían los gemidos de los heridos y moribundos.

Alvarado se acercó a unos veinte indios aturdidos que se habían reunido junto a los escalones de la cara oriental de la gran pirámide. Algunos iban armados, pero estaban tan conmocionados y desorientados que no parecían capaces de usar sus primitivas lanzas ni sus espadas nativas y, cuando lo vieron aproximarse con el enorme bracamarte desenvainado, las arrojaron al suelo. «¡Cobardes insensatos!» Más les habría valido luchar y vender cara su vida, porque ninguno saldría vivo de aquella plaza. Corriendo los últimos pasos, haciendo crujir con las botas los cráneos y cuellos de los caídos, Alvarado empezó a segar con precisión fría y sistemática a los supervivientes. Ni uno solo lo atacó. Se quedaron quietos como animales estúpidos, esperando a que los mataran, mientras él les partía la cabeza y el cuello con la pesada hoja de su bracamarte. Pocos necesitaron más de un golpe, pero a unos cuantos, en lugar de matarlos rápidamente, les cercenó las piernas o los brazos y los dejó desangrándose lentamente entre gritos agónicos. Algunos intentaron escapar corriendo escaleras arriba. Riendo salvajemente, con la armadura ensangrentada, Alvarado los persiguió.

Los escalones estaban bloqueados con escombros caídos de la cima del templo derruido. «¡Qué buen disparo de Mesa!», pensó Alvarado, acabando con la vida de otro fugitivo. Con un aullido de desesperación, el siguiente se volvió e intentó hacerle frente. Le hizo un tajo en el vientre y lo dejó sujetándose las tripas antes de seguir subiendo. Cuando llegó a la parte superior había matado a todos los que perseguía y ni siquiera tenía la respiración agitada. ¡Dios, qué maravilloso era estar vivo!

Miró alrededor. Varios centenares de indios habían subido a la plataforma de la cima aquella mañana, pero la mayoría habían sido aplastados por los bloques gigantescos a los que había sido reducido el templo por la pesada bala de cañón de Mesa. El resto, por lo visto, había huido. Sin embargo, la gran estructura no estaba completamente destruida. En parte seguía en pie. Un pasillo largo conducía a un ala intacta. Alvarado captó un movimiento. Sonrió y blandió el bracamarte. «¡Bien!»

Todavía le quedaba alguien a quien matar allí arriba.

Los hombres enviados a las puertas habían hecho bien su trabajo: no habían dejado escapar a ninguno de los indios reunidos allí aquella mañana con tanta bravuconería y con la intención de traicionarlos. Corrían ríos de sangre por todas partes formando charcos; las espadas y lanzas de los conquistadores habían matado a miles de hombres, y miles más habían muerto por los disparos de los cañones o aplastados en la avalancha de pánico.

Se oían esporádicos tiros de mosquete cuando los españoles rodeaban a los grupitos de indios supervivientes y acababan con ellos. Seguía habiendo bolsas de resistencia en algunos templos alrededor de la plaza, pero, en lugar de arriesgarse a perder hombres atacándolos, Cortés ordenó que encendieran grandes hogueras. Ya había una docena de edificios en llamas, de los que salían columnas de humo acre; en algunos casos los defensores habían elegido quedarse dentro y morir abrasados, mientras que los que salían corriendo y pidiendo clemencia eran abatidos en el acto.

Cortés desmontó y le entregó las riendas de *Molinero* a Pepillo. Aunque no le habían dejado participar en la acción de aquella mañana, había bajado del salón de audiencias para reunirse con el Caudillo. A pesar del valor y el espíritu de lucha que había demostrado en el cerro de Tzompantepec, el chico palideció cuando vio tantos cadáveres.

—Eres un buen muchacho —le dijo Cortés, revolviéndole el pelo—, pero todavía te falta estómago. Os falta a ti y a Malinali, a los dos.

—Malinali tiene bastante estómago —dijo el chico con un sorprendente amago de desafío—. Las cosas que ha visto, las cosas que ha hecho... No tiene miedo, señor, pero sí un corazón tierno. Nadie puede culparla por tener un corazón tierno.

Cortés asintió. Nadie podía culpar a Malinali por su corazón tierno ni poner en duda su valor, pensó, y Pepillo hacía bien en recordárselo.

—«Con la alabanza de los niños y de los más pequeños, erigiste una fortaleza contra tus adversarios para reprimir al enemigo y al rebelde.»[14]

—¿Qué es eso, señor? —le preguntó Pepillo.

—¡Oh, nada, muchacho, nada! Lleva a *Molinero* al patio con los demás caballos, luego vuelve al salón de audiencias y

protege a Malinali. Es una joya preciosa para nosotros.

Contento de ver que Pepillo llevaba la espada que le había dado Escalante, Cortés se volvió y se acercó a los escalones de la gran pirámide. La resistencia había cesado cuando el templo se había derrumbado. La plataforma de la cima, libre de enemigos, sería un punto ventajoso desde donde considerar qué hacer a continuación. El horror de Pepillo lo había conmovido más de lo que creía, y empezó a reconsiderar su plan inicial de saquear la ciudad entera y matar a todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños. No había que olvidarse del todo de la misericordia, y tal vez la matanza de la plaza bastara para castigar la traición de Cholula y mandarle un mensaje inequívoco a Moctezuma.

—«Ciertamente, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días.»[15]

Los artilleros habían abandonado el salón de audiencias, donde Tlaqui y Tlalchi seguían atados en el suelo y *Melchor* en el rincón tirando furioso de la correa.

—¿Dónde se han ido todos? —le preguntó Pepillo a Malinali.

—A la plaza, para estar en matanza y saqueo. Tu pueblo destaca en eso. Ni los mexicas tan concienzudos. —Salió a la terraza donde estaban los cañones, silenciosos y desatendidos, y miró hacia abajo, a los montones de cadáveres, los grandes charcos de sangre, los templos incendiados y los soldados españoles pululando por doquier, rematando a los heridos, registrándoles la ropa y quedándose con las pertenencias de los muertos.

Pepillo se puso a su lado.

—Eso me da vergüenza —admitió.

—A mí también.

—El Caudillo cree que la violencia de ahora impedirá que haya más violencia después.

—Esperemos tenga razón —dijo Malinali—. Tenochtitlán mucho más grande que Cholula. Veinte veces más grande, veinte veces más gente, veinte veces más defendida. Si luchar para tomarla, hay cien veces más muertos.

Malinali estaba confusa. Nunca hasta entonces había

flaqueado en su determinación por acabar con el reinado de Moctezuma, pero viendo la carnicería y la devastación de la plaza se preguntó por primera vez si hacía lo correcto. A pesar de todo, sabía que amaba al Caudillo y seguía creyendo que era un buen hombre enviado para hacer el trabajo del dios de la paz.

Detrás de ellos, en el salón de audiencias, Tlaqui gimió.

—Suéltanos, amable señora —pidió—. Estamos doloridos.

—Te rogamos que nos sueltes ahora que ninguno de esos demonios blancos está aquí —lo secundó Tlalchi—. Permite que huyamos. Conocemos una vía de escape.

—No podemos soltarlos —dijo Pepillo.

Aunque el chico prefería hablarle en español, ella había notado cómo había mejorado durante los últimos meses su dominio del náhuatl.

—Torturarán —dijo ella.

—No si dicen al Caudillo lo que quiere saber.

—Aunque lo hagan, torturará. Si solo sus enemigos, no habría para tanto, pero le han mentido, traicionado. Él jamás perdona traición. —Calló y volvió la cabeza de lado—. ¿Oyes eso?

Pepillo frunció el ceño.

—¿Qué?

—Eso. Escucha.

Ambos lo oyeron: pasos furtivos de pies descalzos en la escalera procedentes no de la plaza ni del patio, sino del piso de arriba. Por allí se accedía al terrado, donde no había españoles.

—Rápido —dijo Malinali, agarrando del brazo a Pepillo y corriendo hacia la puerta—. Salir de aquí.

El muchacho se zafó de ella y corrió a soltar a *Melchor*.

Alvarado perseguía a un hombre difícil de alcanzar, taimado, tal vez incluso peligroso, que corría y esquivaba y doblaba prácticamente sin hacer ruido por el laberinto de cámaras y pasadizos del ala casi intacta del gigantesco templo en ruinas.

Incluso allí se habían derrumbado pedazos de la cubierta, por lo que algunas zonas estaban en completa oscuridad mientras que en otras entraba la luz desde arriba, iluminando

nubes de polvo en suspensión.

Y mucho más.

En una habitación alargada y estrecha que apestaba a sangre e incienso, encontró cuatrocientas cabezas humanas ensartadas como las cuentas de un ábaco en palos que las atravesaban de oreja a oreja, colocadas en hileras ordenadas en estantes adosados a las paredes. Alvarado se detuvo a examinar los espeluznantes trofeos y vio que eran todas de jóvenes indios, algunas con la carne y los rasgos intactos todavía, otras en avanzado estado de descomposición, cercenadas semanas antes. Involuntariamente apretó la empuñadura del bracamarte. No tenía miedo, nunca lo tenía, pero le causaba cierta intranquilidad el aura de maldad que impregnaba aquel osario maligno.

Mientras avanzaba hacia el estrecho portal que daba a la siguiente cámara, un remolino de polvo y el rápido *paf, paf, paf* de unos pies desnudos le dijo que su presa estaba oculta allí, seguramente esperando a que él renunciara a la persecución.

«No te preocupes, muchacho —pensó, acelerando el paso —, tendré tu cabeza clavada en una lanza aunque tarde todo el día en conseguirlo.»

Corrió tan deprisa como pudo. Sus pisadas resonaban en el estrecho pasadizo rematado por una bóveda baja, dejando atrás la débil luz de la sala de las calaveras, adentrándose en la oscuridad. Desembocó en una sala más grande, ya casi sin ver nada, y de repente oyó un chillido salvaje, medio grito medio rugido, que le erizó el vello de los brazos. Y acto seguido lo golpeó por detrás una masa musculosa, poderosa, que parecía un hombre pero a la vez otra cosa. Hedía como un animal y le arañó el acero de la coraza con unas garras largas y curvadas.

Instintivamente, Alvarado lanzó el codo derecho hacia atrás y le dio a su atacante en plena cara. Oyó que se quebraba el hueso y simultáneamente giró y golpeó con el bracamarte describiendo una curva y gritando, disfrutando de la lucha.

«¡Sí!» La hoja se clavó en la carne, arrancándole a su atacante un largo aullido de dolor y rabia. Algo afilado, un cuchillo, una garra, un colmillo, no lo sabía, le desgarró el antebrazo izquierdo, clavándose en el músculo desprotegido, porque aquel día había desdeñado ponerse guardabrazos. De nuevo su respuesta fue instintiva: le clavó la punta del bracamarte otra vez y ahuyentó a la criatura.

Alvarado la persiguió en la oscuridad, guiado únicamente por los sonidos, sangrando por la herida del brazo sin que le importara, con un ansia de matar dolorosa como el hambre.

Cortés llegó al final de la escalera oriental. Delante de él, el ídolo de granito del Colibrí, en cuclillas y muy feo, todo colmillos y dientes, había caído de lado y había aplastado a tres hombres, y una enorme grieta le partía los monstruosos rasgos de reptil. Más allá, el ala oriental del templo que el cañonazo de Mesa había derribado se veía reducida a montones de escombros esparcidos por todas partes, como tras un terremoto, debajo de los cuales había más muertos aplastados.

Cortés se asomó. Un mar de cadáveres ensangrentados cubría desde la base de la pirámide hasta el borde de la plaza, donde los dos edificios en que se alojaban los españoles confluían bajo un techo común con el palacio de Tlaqui y Tlalchi. La parte posterior de las tres construcciones sobresalía por encima de la muralla que rodeaba la plaza. El Caudillo vio los cañones, las dos grandes bombardas y los seis falconetes alineados en la terraza de los españoles, y chasqueó la lengua. Parecía que los artilleros los habían desatendido para merodear entre los muertos rapiñando a voluntad. Ni Malinali ni Pepillo estaban en la terraza, pero le pareció ver movimiento dentro del salón de audiencias, así que seguramente estarían allí, vigilando a Tlaqui y Tlalchi, a quienes tenía intención de torturar muy pronto. Cuando les untaran de aceite los pies y se los acercaran al fuego tendrían mucho que contarle sobre el papel de Moctezuma en los planes de Cholula.

Se asomó otra vez y vio a Díaz y sus amigos Mibiercas y La Serna caminando con Sandoval entre los montones de cadáveres de la plaza. Se separaron al pie de la escalera que él acababa de subir. Sandoval la subió presuroso y Díaz y los demás se fueron hacia los cuarteles españoles.

—Sandoval —lo llamó Cortés desde arriba—, ¿cómo va?

Cuando Pepillo se disponía a desatar la correa de *Melchor*, cinco cholulanos armados hasta los dientes con taparrabos y

pinturas de guerra entraron en la habitación. Uno atrapó a Malinali en la puerta. Otro se abalanzó sobre Pepillo y lo agarró antes de que pudiera liberar al perro. El chico soltó la correa e intentó desenvainar la espada, pero el indio le dio un fuerte golpe en la cabeza que lo derribó, volvió a golpearlo y le arrebató la espada. *Melchor* ladraba y gruñía, tirando frenético de la cadena, sin conseguir soltarse. Manteniéndose a distancia segura, los indios arrastraron a Malinali hasta el centro de la sala. Uno ahogó sus gritos tapándole la boca con la mano. Otros dos sacaron cuchillos largos de obsidiana y soltaron a Tlaqui y Tlalchi.

Pepillo yacía inmóvil, fingiendo estar inconsciente. Dominaba el náhuatl lo bastante para entender la breve conversación. Los intrusos formaban parte de la guardia personal de los gobernantes cholulanos. Los habían dejado para proteger el palacio esa mañana, habían visto a los hombres de Bravo llevarse a Tlaqui y Tlalchi de la plaza justo al inicio de la refriega y habían trepado al tejado para rescatar a sus señores.

El jefe del grupo, un guerrero musculoso y alto llamado Ecatepec, quería matar a Pepillo y Malinali inmediatamente, pero Tlaqui se opuso.

—Son importantes para los pieles blancas —dijo—, sobre todo la mujer. Podemos usarlos como rehenes.

—No va a funcionar —dijo Ecatepec—. Habrá que hacerles subir las escaleras, cruzar el terrado hasta el palacio que los pieles blancas están saqueando y bajar hasta el túnel secreto. Sin ellos podríamos, pero con ellos armando escándalo estaremos perdidos. Es mejor matarlos y probar suerte solos.

Pepillo vio que los viejos gobernantes intercambiaban una de sus miraditas.

—Muy bien, matémoslos —dijo finalmente Tlalchi.

Alvarado persiguió su presa hasta una bóveda cuya hilera de ventanucos altos y estrechos arrojaba escasa luz. A diferencia de las otras salas del templo, esta no tenía ningún pasadizo de salida. Aquella habitación alargada, con un brasero lleno de carbones encendidos en un extremo y un ídolo de piedra en forma de enorme serpiente emplumada de siete metros de altura en el otro, era un callejón sin salida.

El hombre o la criatura o lo que fuera, por fin se volvió. Con tan poca luz, cubierto de la sangre que le manaba de la nariz rota, del largo corte horizontal que le había hecho con el bracamarte en el pecho y de una segunda herida en el hombro, parecía un monstruo procedente de otro mundo. Aunque era bastante humano, tenía las piernas, los brazos y el cuerpo cubiertos de extraños conjuntos hipnóticos de puntos y espirales que daban la sensación de girar y retorcerse en constante movimiento, formando volutas y zarcillos que le subían por el cuello y le cubrían el cuero cabelludo afeitado, dando a su cara chata y ancha el aspecto de una gran pantera de ojos amarillos.

Alvarado se había detenido en el centro de la sala para estudiar aquella criatura infernal y de pronto reconoció al hechicero que había estado en la cima de la gran pirámide la noche anterior. Era el mismo salvaje feo que les había sacado el corazón a veinte jóvenes esa misma mañana, al amanecer, y seguramente el responsable de todos los cráneos de los anaqueles.

—Me han dicho que eres un hechicero —le dijo Alvarado, avanzando un paso con agilidad y balanceando el bracamarte. —Movió más rápido la hoja, oyendo el sonido que hacía al cortar el aire—. Pero yo no creo en la hechicería, así que, ¿cómo te deja eso?

La criatura murmuró una salmodia en su propia y basta lengua y realizó una serie de extraños saltos en círculo a su alrededor. Mientras lo hacía, un rayo de luz entró por una ventana y le iluminó la mano derecha, que parecía engarfiada y con garras.

—¡Ah! —dijo Alvarado recordando la herida de su brazo —. Con eso me has cortado, ¿eh? —Achicó los ojos preguntándose si aquella cosa infrahumana tenía de hecho garras, pero luego se dio cuenta de que empuñaba un arma de piedra tallada con tres cuchillas como de guadaña que le sobresalían entre los dedos.

Ejecutó otra serie de saltos, gruñendo y escupiendo, arremetiendo contra él una, dos, tres veces con las guadañas, pero al cuarto ataque Alvarado deslizó el pie derecho hacia delante y cargó todo el peso en una estocada, hundiendo la punta del bracamarte profundamente en el vientre tatuado de la criatura, girándolo con violencia y sacándolo de nuevo seguido de un gran chorro de sangre.

—Hermoso —dijo—. Espero que te duela.

Aullando y chillando como un gato escaldado, la criatura trató de atacarlo una vez más, pero Alvarado lo esquivó sin esfuerzo y, cuando pasaba por su lado, le cortó con la pesada hoja del bracamarte la parte baja de la espalda, talándolo como a un árbol, seccionándole la espina dorsal y dejándolo convulso en el suelo, incapaz de mover brazos y piernas.

Alvarado se agachó, recogió la peculiar arma y la lanzó hacia el otro extremo de la habitación. Luego arrastró a la aullante criatura de la muñeca por el suelo, le colocó el cuello en la base de la serpiente emplumada, que servía como tajo, y le cercenó la cabeza de un solo golpe.

—¿Un hechicero? —dijo, mirando su obra—. Pues esto es lo que opino de los hechiceros.

—Venid conmigo a dar un paseo —invitó Cortés a Sandoval—. Veamos si hemos hecho lo bastante en este lugar. —Mientras lo decía, un agudo aullido de dolor subió desde algún punto situado a sus pies.

Sandoval hizo una mueca.

—Demasiados heridos con los que acabar —comentó—. ¿Estás decidido a no dejar ni a uno solo con vida?

—Sé que parece cruel, pero sí. Todos los que han venido esta mañana a la plaza a matarnos tienen que morir. Sabían lo que hacían. Han de pagar por ello.

—Y para la ciudad, ¿qué intenciones tienes?

—Si no encontramos más resistencia, creo que la dejaré en paz. Una vez demostrado que podemos ser firmes, la reputación de tener misericordia no nos perjudicará. Cholula puede volver a prosperar; su población puede regresar.

Mientras se producía la masacre, en medio de ella, Sandoval había pensado que era algo terrible; pero allí arriba, desde la cima de la pirámide, pudo ver la verdadera magnitud de la carnicería, y era mucho peor de lo que imaginaba. Había ido con Cortés del extremo este al extremo sur de la plataforma, esquivando los escombros y la devastación del templo en ruinas. Desde aquel punto elevado, era evidente que toda la plaza, desde la base de la pirámide hasta la muralla que rodeaba el recinto, estaba llena a rebosar de indios muertos o moribundos.

A pesar de su intención hostil, la inmensa mayoría habían perdido la vida sin defenderse siquiera, y era significativo, pensó con repulsión, que sus pobres cuerpos rotos se amontonaran sobre todo junto a las puertas hacia las que se habían dirigido para escapar.

El único consuelo era la decisión de Cortés de limitar la destrucción a la plaza y no continuar más allá de sus muros con un saqueo general de la ciudad. En el centro del extremo oeste de la plataforma, sin embargo, se detuvo de repente, señalando hacia el norte.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Los dos habían estado tan absortos en la escena que se extendía a sus pies, que le habían prestado escasa atención al paisaje circundante, pero ahora, cuando miró hacia donde Cortés señalaba, Sandoval se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Aquel día de lucha y matanza que daban por finalizado en realidad acababa de empezar.

Cuando Tlalchi dijo que los mataran, Pepillo se llevó la mano a la funda del cinturón donde guardaba la pequeña daga afilada que Cortés le había dado meses atrás, en Potonchán. Los indios no se dieron cuenta y uno de ellos, todavía hablando en susurros con impaciencia a los demás, se acercó al lugar donde el muchacho estaba tendido en el suelo. Pepillo vio que alzaba un gran garrote, así que desenvainó la daga y se la hundió en el pie desnudo cuando se disponía a ponerse a horcajadas sobre él. Le atravesó el empeine y se abrió camino entre los huesos. La punta se clavó en la madera del suelo, bajo la planta.

El resultado fue inmediato. El indio soltó un aullido de dolor, perdió el equilibrio tratando de liberar el pie y se desplomó muy cerca de Pepillo, que se apartó y saltó hacia Malinali.

A partir de ahí todo fue muy rápido.

Obedeciendo una orden de Tlalchi, el que sujetaba a Malinali le había rodeado el cuello con las manos y la estaba estrangulando. La soltó cuando Pepillo arremetió y le estampó la cabeza en el costado derecho. En el acto, Malinali se sacó de debajo de la túnica un estilete corto y se lo clavó en un ojo.

La cosa habría terminado mal a pesar de todo, porque los otros indios sopesaban sus *macuahuitl*, si Díaz, Mibiercas y La Serna no hubieran entrado en ese momento en el salón y no hubieran matado a los otros tres. Tlalchi se interpuso en el camino de la gran espada de Mibiercas y también perdió la vida, partido en dos casi hasta la cintura. Respetaron la vida de Tlaqui, que sollozaba y se retorcía las manos, y del indio al que Pepillo le había apuñalado el pie, que seguía clavado al suelo.

Cuando vio la dulzura y la preocupación con que Díaz se acercaba a Malinali y la abrazaba, Pepillo comprendió para su sorpresa que aquel honesto soldado la amaba como el Caudillo nunca la había amado ni la amaría.

Una llanura herbosa se extendía al norte de Cholula, limitada a unos seis kilómetros de distancia por una serie de colinas separadas por estrechos valles. Toda la llanura entre las colinas y la ciudad estaba llena de regimientos de un ejército de al menos cien mil hombres.

—Ya hemos luchado contra un número igual —le dijo Cortés a Sandoval para tranquilizarlo—, y hemos ganado. Podemos volver a hacerlo.

—No tendremos que hacerlo —dijo una voz alegre y confiada.

Los dos hombres estaban en la cara norte de la cima de la gran pirámide, desde donde había una panorámica sin obstáculos de la llanura. Se volvieron a la vez y vieron que Alvarado se les acercaba desde las ruinas del templo, con el bracamarte apoyado en el hombro. Clavada en su punta traía una cabeza humana tatuada.

—¿A qué os referís, Pedro? —le preguntó Cortés, esforzándose por ignorar la cabeza que lo miraba con sus siniestros ojos muertos.

—Me refiero a que no tendremos que luchar contra ellos. Los tlaxcaltecas lo harán por nosotros.

—¿Los tlaxcaltecas? —terció Sandoval—. Son solo mil. No pueden derrotar a un ejército tan grande.

—Fijaos bien —dijo Alvarado—. A nuestros amigos les han llegado refuerzos. Cuento cerca de cincuenta mil ahí fuera. ¿No reconocéis los estandartes?

Cortés aguzó la vista y de repente lo entendió. Los regimientos que había calculado que sumaban cien mil hombres estaban divididos en dos bloques. El más cercano, que daba la espalda a la ciudad y llevaba el estandarte de Tlaxcala, estaba en posición de interceptar el avance de los regimientos situados más al norte.

—A caballo, señores —dijo con decisión repentina—. Esas fuerzas están muy igualadas, pero los mexicas nunca se han enfrentado a la caballería. Os aseguro que una carga o dos inclinarán la balanza.

40

Sábado, 16 de octubre de 1519 - Jueves, 21 de octubre de 1519

Bastaba una ojeada para ver lo sucedido en el salón de audiencias: los cadáveres de los guerreros cholulanos, Tlalchi muerto, Tlaqui sollozando y retorciéndose las manos, Díaz, Mibiercas y La Serna limpiando las espadas, Pepillo pálido, Malinali alterada, con marcas en el cuello y aferrando todavía un estilete, y aquel maldito perro, *Melchor*, atado en un rincón, donde no era de ninguna utilidad para nadie.

—Ya me lo contaréis luego —dijo Cortés, y cogió del brazo a Malinali—. Ahora te necesito, hay que hablar. Es un asunto de vida o muerte.

Al cabo de unos minutos iban a caballo, Malinali delante de él en la silla, hacia la puerta septentrional de la plaza. Y, en efecto, tan pronto como la pequeña tropa de caballería se situó en posición a la vanguardia de las filas tlaxcaltecas, los regimientos mexicas se batieron en retirada. Viéndolos al borde del pánico, Cortés estuvo tentado de perseguirlos, pero se contuvo. Sus cañones y toda la infantería seguían en Cholula y, aunque la ciudad parecía derrotada, podía seguir habiendo fuerzas hostiles al acecho. Además, una batalla campal contra los mexicas en aquel momento habría acabado con la ficción de

las relaciones cordiales que trataba de mantener con Moctezuma, por medio de la cual, además de con astuta diplomacia, todavía tenía la esperanza de que Tenochtitlán le abriera sus calzadas y sus puertas sin luchar.

Cortés refrenó a *Molinero* al lado de Chicotenga.

—Dejemos que se marchen —le dijo por boca de Malinali.

—¿Dejarlos marchar? —Al jefe tlaxcalteca se le ensombreció el rostro—. Si lo haces volverás a encontrártelos en otro campo de batalla.

—Lo sé, pero estoy decidido. Dejemos que se vayan. No nos enfrentaremos a ellos. —Esperó mientras Chicotenga daba órdenes en tono imperativo a sus capitanes antes de añadir—: Gracias, amigo mío. Nos has salvado el día. No lo olvidaré.

—Me dijiste que no trajera más hombres. —Chicotenga tenía una sonrisa en los labios, pero los ojos serios, cuando abarcó con un gesto los regimientos tlaxcaltecas reunidos a su espalda.

—Y me has desobedecido —dijo Cortés—. ¡Gracias a Dios! —Se alzó sobre los estribos, mirando hacia el sur, hacia el templo derruido en la cima de la colosal pirámide de Cholula y las columnas de humo de los incendios de la plaza—. Sé que los mexicas os han privado de sal, algodón y otros productos de primera necesidad durante años. Sé que han usado Cholula como base desde la cual lanzar sus ataques sobre Tlaxcala. Todo eso se ha terminado. Hemos conquistado esta ciudad y hoy, y durante los dos próximos días, salvo los recintos del templo, os la dejaré a ti y a tus hombres para que hagáis con ella lo que deseéis, para que os venguéis como queráis, para que matéis y violéis a placer y la saqueéis de todo cuanto necesitéis. Así os recompenso, Chicotenga, a ti y a los guerreros de Tlaxcala, por el gran servicio que me habéis prestado.

Los tlaxcaltecas mostraron su faceta más salvaje, pero su saqueo de Cholula, aunque completo y brutal, terminó al anochecer del tercer día, lunes 18 de octubre, como había ordenado Cortés. En ningún momento los guerreros intentaron entrar en la gran plaza del palacio y los templos. Tuvieron su control los españoles, que obtuvieron de ellos una rica cosecha de oro y joyas que no compartieron con sus amigos indios.

Sometido a tortura, Tlaqui aseguró repetidamente que el plan de atrapar a los españoles en la plaza y matarlos o capturarlos para su posterior sacrificio había sido idea únicamente de Moctezuma, y Cortés reveló esta acusación a una delegación mexica, encabezada de nuevo por Teudile, que llegó a Cholula con bandera de tregua el miércoles 20 de octubre. Teudile lo negó todo, por supuesto, así que Cortés lo obligó a presenciar otra sesión de tortura, durante la cual Tlaqui repitió de un modo bastante convincente las acusaciones contra Moctezuma mientras le arrancaban las uñas de las manos con unas tenazas.

Cortés fingió estar furioso, aunque en realidad se estaba divirtiendo.

—Me cuesta creer que un señor tan grande como Moctezuma mande a sus mensajeros y a personas tan estimadas como tú para convencerme de que es mi amigo cuando, al mismo tiempo, me ataca de un modo tan cobarde y esperando evadir la responsabilidad si las cosas no salen como tenía previsto. Bueno, Teudile, los actos tienen consecuencias, y ahora tu señor lo va a pagar. He cambiado de planes. Antes mi intención era visitar Tenochtitlán para ver a Moctezuma y hacerme amigo suyo y hablar con él en armonía, incluso pedirle consejo sobre todas las cosas que hay que hacer en esta tierra, pero ahora lo combatiré como a un enemigo y le haré tanto daño como pueda.

Tlaqui eligió aquel momento para tener convulsiones, echando espuma por la boca, y perecer aparatosamente en la silla a la que estaba atado. Viéndolo horrorizado, Teudile parecía muerto de miedo, con la boca abierta y sus cadavéricas facciones brillantes de sudor. Insistió temblorosamente en que Moctezuma nunca había hecho nada para animar a los gobernantes cholulanos en su malvado complot contra los españoles.

—Qué raro —objetó Cortés—, porque yo mismo conté cerca de cincuenta mil guerreros de Moctezuma en las afueras de Cholula dispuestos a batallar contra mí. Huyeron en desbandada cuando me enfrenté a ellos, pero estaban allí. No logro entender cómo puede ser, a menos que actuaran siguiendo las órdenes de Moctezuma.

Teudile palideció más todavía y, con voz temblorosa, le rogó a Cortés que no descartara su amistad con Moctezuma y

que bajo ningún concepto le declarara la guerra hasta que estuviera seguro de la verdad.

—Déjame ir a Tenochtitlán a plantearle estas acusaciones a mi señor —le dijo—. Volveré muy pronto con su respuesta.

—¿Cuán pronto es muy pronto? —repuso Cortés, mirándolo furibundo.

—Seis días a más tardar, gran señor.

—Muy bien. Tienes seis días.

Teudile y sus delegados se marcharon apresuradamente, pero a la mañana siguiente, jueves 21 de octubre, Chicotenga le trajo una nueva visita a Cortés: el serio anciano Huicton, embajador del señor rebelde de Texcoco, Ixtlil, que ya lo había visitado con anterioridad, en mayo, en el campamento de las dunas de Cuetlaxtlán.

—Bienvenido, Huicton —lo saludó Cortés por boca de Malinali y Pepillo—. Me complace verte de nuevo. Ya sabrás que seguí tu consejo y decidí pasar por Tlaxcala. —Le sonrió a Chicotenga—. Los tlaxcaltecas nos dieron algunas molestias, pero se han convertido en amigos leales. Espero conocer muy pronto a tu señor Ixtlil y aceptar su oferta de alianza que me trajiste antes. Recuerdo que Moctezuma era muy injusto con él. Espero contribuir a enderezar las cosas.

—¡Ah, bien, señor! —dijo el embajador—. Hay muchas cosas que enderezar en esta desafortunada tierra. —Sin ceremonias, se acuclilló como hacían los nativos—. ¿Me perdonas si descanso mis cansados huesos?

—Por supuesto —dijo Cortés, sentándose en su cómoda silla plegable y haciéndole un gesto a Malinali para que acercara el escabel que solía usar.

Huicton le sonrió a Malinali.

—Saludos, señora mía. Qué alegría volver a verte. ¡Te has convertido rápidamente en la mujer más famosa de México!

—¡Famosa con justicia! —convino Cortés—. ¡Por Dios que debemos nuestro éxito en esta tierra a Malinali! —Notó que ella prefería no traducir ese último comentario.

—De hecho —prosiguió Huicton, dirigiéndose otra vez a Cortés—, es tan famosa que la gente empieza a referirse a ti por su nombre. Los que no creen que seas Quetzalcóatl ni ninguna

otra deidad, suelen llamarte Malinche, «el señor de Malinali». ¿Lo sabías?

—La verdad es que no. Malinali, Chicotenga, ¿es eso cierto?

Le confirmaron que lo era.

—Mmm... Malinche —meditó Cortés, saboreando el nombre—. «El señor de Malinali», ¿eh? Suena bien... Creo que me gusta. Ahora, hablemos de negocios. ¿Qué puedo hacer por ti, embajador Huicton?

—Se trata más bien de lo que puedo hacer yo por ti —repuso el anciano—. Mi señor Ixtlil está preparado para poner a tu disposición veinte mil guerreros rebeldes de Texcoco en cualquier momento, cuando los necesites. Sabemos, por supuesto, lo mucho que te ha apoyado tu amigo y aliado Chicotenga de Tlaxcala. —Le sonrió a este último—. Deseamos hacer lo mismo. Mi señor también se compromete a proporcionarte para tu causa huexotzincos y hombres de otros pueblos que se oponen a Moctezuma.

Cortés asintió con aprobación.

—Agradezco su apoyo —dijo—, y llegará el día en que lo necesite. Pero como saben tanto Chicotenga como Malinali, no me propongo atacar a Moctezuma con un gran ejército cuando con subterfugios y engaños puedo alcanzar el mismo objetivo sin luchar... Chicotenga, aquí presente, me ha ofrecido cincuenta mil guerreros, pero con todo respeto le he dicho que solo aceptaré mil y me reservaré el resto para una posible emergencia. Lo mismo vale para la generosa oferta de tu señor. Para consolidar nuestra amistad, que aporte mil guerreros. Si necesito más, se los pediré.

—Juzgas bien a tu enemigo. Un gran ejército lo pondría en guardia, pero Moctezuma es más cándido que la mayoría para los engaños y subterfugios, y ya has hecho mucho para debilitar su voluntad y confundir su buen juicio y aterrorizar su imaginación. —Huicton se inclinó hacia delante—. En este trabajo has tenido ayuda —dijo, y de pronto Cortés se dio cuenta de que aquellos ojos opacos no estaban tan ciegos como había creído en un principio—. Una ayuda de la que nadie sabe nada. Una ayuda que no has pedido pero que ha servido maravillosamente a tu propósito.

Aquello desconcertó a Cortés. ¿Sabía lo de san Pedro, aquel anciano? Entonces Huicton cambió de tema.

—Te encanta el oro, ¿verdad?

—Tiene su utilidad —respondió Cortés con cautela.

—Supongamos que te dijera que un tesoro más precioso que el oro se encuentra a tu alcance aquí, en Cholula. Todo lo que necesitas para hacerte con él son unos cuantos hombres fuertes con martillo.

—Me interesaría, desde luego.

Huicton se levantó. Las articulaciones le crujieron y se detuvo un momento para enderezar la espalda.

—Entonces ven, Malinche. Deja que te lleve hasta ese tesoro.

La mañana era clara y luminosa, el cielo de un azul profundo, intenso y despejado. Mientras subía a la cima de la gran pirámide de Tenochtitlán, Moctezuma veía, sin embargo, la fatalidad que lo esperaba: una fatalidad inexorable, una fatalidad ineludible, la condenación al caos. El desastre le parecía tan inminente que había dejado de recluirse en su palacio. Muerto Acopol, los hechizos de protección que lo habían protegido allí ya no servían para nada.

Hasta que Teudile volviera a la corte, Moctezuma solo podía suponer cuáles eran las verdaderas intenciones de los *tueles*, pero sus espías le habían contado con todo detalle, de un modo bastante gráfico, el saqueo inmisericorde de Cholula, la masacre de la población, la muerte de Tlalchi y la decapitación de Acopol, cuya cabeza clavada en una lanza, por lo visto, habían dejado pudriéndose al pie de la pirámide de Quetzalcóatl.

¿Cómo era posible que el jefe de los *tueles* fuera un dios de paz, que volvía para reclamar su reino, y hubiera desencadenado tal horror y tanta violencia, tanta profanación en el corazón mismo de su propia ciudad sagrada de Cholula?

Demasiado bien sabía la respuesta: tenía que ser por los intentos de Acopol por invertir la profecía situando el ídolo del Colibrí en la pirámide de Cholula y por los sacrificios humanos allí realizados con la complicidad de Tlaqui y Tlalchi. Tales cosas eran abominaciones para Quetzalcóatl, y su espectacular venganza en Cholula era una señal clarísima de su ira.

«¡Moctezuma sería el siguiente, por supuesto!» Había sido

él quien había encomendado a Acopol los oscuros rituales y puesto en marcha todo aquello, así que sería él quien al final tendría que afrontar el más severo castigo por lo sucedido. ¡Pero le parecía tan injusto, tan inmerecido! Porque no había actuado solo, sino a instancias de un poder superior, siguiendo el consejo y las instrucciones nada menos que del mismísimo Colibrí, que le había prometido tanto y le había dado tan poco. Cuando llegó a la cima de la pirámide, con Tenochtitlán extendida a sus pies y la oscura puerta del templo del Colibrí manchada de sangre delante, Moctezuma sintió una oleada de piedad por sí mismo, tan grande que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Su dios lo había engañado. ¡Su dios le había mentido! Repentinamente furioso, cruzó la puerta, pasó por delante de los anaqueles llenos de calaveras de la antecámara, entró en el santuario y se acercó al ídolo descomunal, en cuclillas y poderoso, amenazador, inmóvil como una víbora a punto de atacar, alardeando de su collar de corazones, manos y cráneos humanos.

—¡Señor Colibrí! —le gritó—. ¡Colibrí a la izquierda del sol, me has decepcionado!

La enorme estatua de piedra lo miraba desde las sombras, reluciente de jade y joyas, con la boca abierta llena de dientes y colmillos y los ojos fríos.

—Me prometiste la victoria en Cholula, señor. Me enseñaste bellas visiones, pronosticaste que los pieles blancas perderían el poder, dijiste que me libraría para siempre de ellos. —A medida que hablaba iba alzando la voz y, de pronto, en un paroxismo de rabia, aulló y gritó, rechinando los dientes, dando puñetazos contra las plumas esculpidas del pecho de granito del ídolo.

El arrebato empeoró y, sin ningún control, apenas consciente de lo que hacía, sacó el cuchillo que llevaba a la cintura y usó su hoja aserrada de obsidiana para cortarse los lóbulos de las orejas y clavarse la punta repetidamente en brazos y piernas, salpicando sangre.

—¿Qué tengo que hacer? —sollozó, apuñalándose y cortándose—. Estoy acabado, señor. Estoy agotado. Te lo ruego, indícame el camino.

El ídolo permaneció callado.

Más tarde, cuando los cortes de Moctezuma empezaban a formar costra y ya no sangraban, salió del templo, bajó la

escalinata de la pirámide, entró en el palacio y se dirigió a sus aposentos. Se sentó en el suelo, tembloroso y desconsolado, esperando el regreso de Teudile y la llegada de cualquier noticia que le trajera.

Siempre atento a cualquier mención de un tesoro, Alvarado se había unido a Cortés, Malinali y los dos fuertes soldados que Huicton había sugerido que los acompañaran, uno con un pico y el otro con una almádena.

Huicton iba muy encorvado, pero era vigoroso y sorprendentemente rápido. Los sacó a buen paso del palacio donde Cortés había instalado su cuartel general a la plaza inundada de sol.

—¿Adónde vamos, padre? —le preguntó Malinali, que iba al mismo ritmo que el curioso anciano embajador.

—Ahí —respondió escuetamente Huicton, señalando la cara oriental de la pirámide de Quetzalcóatl y apretando aún más el paso.

Durante los últimos cinco días habían despejado la plaza de los miles de cadáveres esparcidos la mañana de la masacre, pero Alvarado había insistido en dejar la cabeza de Acopol, el hechicero, al pie de la escalera oriental. Huicton la vio al acercarse y murmuró entre dientes.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Malinali.

—Solo manifestaba mi sorpresa. —Indicó con un gesto la cabeza—. Había oído que ese había muerto, pero no acababa de creérmelo...

Alvarado se adelantó. Por el entusiasmo, el gusto por los halagos, el grado de felicidad y la capacidad para matar sin ningún escrúpulo, aquel hombre le recordaba a Malinali un gran sabueso.

—Esa cabeza que señala es mía —comentó.

—Sí —dijo ella—, lo es.

—Pregúntale si sabe algo de su dueño. Desde que lo maté intento averiguar quién era ese asqueroso, pero todos murmuran «un hechicero» y luego cierran el pico.

—Este es don Pedro de Alvarado —le dijo Malinali a Huicton—. Mató al hombre a quien pertenecía esa cabeza y le gustaría saber más de él. ¿Puedes contarle algo?

Huicton miró a Alvarado con interés, luego miró la cabeza y otra vez a Alvarado.

—Un hechicero —dijo.

—¿Lo ves? —exclamó Alvarado—. ¿Ves a qué me refiero?

Desde la masacre, Malinali se había mantenido lejos del horrible trofeo de Alvarado, pero ahora que se acercaban a él se dio cuenta de que no solo los pájaros no le habían sacado los ojos, lo que era un misterio después de cinco días, sino que los tenía abiertos y parecían vivos, cargados de inteligencia y malicia.

Huicton volvía a hablar. Al principio Malinali pensó que simplemente completaba la respuesta a la pregunta de Alvarado.

—Es la cabeza de un hombre muy malo —dijo—. Se llamaba Acopol. Según la información que tengo, fue el responsable de la desaparición de tu amiga Tozi... Pero, por favor, Malinali, ¡no traduzcas eso todavía!

Ella sintió una repentina debilidad y se puso a temblar.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—Tu amiga Tozi, que también es mi amiga, como te conté la última vez que nos vimos. Está debajo de la pirámide, en una cueva. Lleva ahí más de veinte días, pero es fuerte y sigue viva, espero. Para sacarla tengo que encontrar una entrada secreta y luego cavar un poco. Me han dicho que estos hombres blancos moverían cielo y tierra con tal de encontrar un tesoro, pero sospecho que harían mucho menos para localizar a una joven.

Alvarado, que estaba escuchando, preguntó:

—¿Qué dice este viejo loco?

—Dice que era la cabeza de un hombre muy malo llamado Acopol.

Alvarado bostezó.

—Eso ya lo sé, maldita sea. Quiero saber más. ¿Puede contarme más?

Todavía temblorosa por la inesperada noticia acerca de Tozi, de la que no sabía nada desde la última visita de Huicton, Malinali tenía muchas preguntas en mente. ¿Por qué estaba Tozi allí, en Cholula? ¿Por qué la había enterrado Acopol debajo de la pirámide? ¿Por qué, con los poderes que ella tenía, no había escapado? Y lo más importante: ¿seguía viva? Ansiosa por iniciar la búsqueda y sabiendo que Huicton había juzgado muy bien a los españoles, Malinali tradujo la respuesta de Alvarado.

—Dice que hiciste algo muy notable derrotando a Acopol.

Que a alguien así es muy difícil matarlo.

—Luchó de lo lindo —admitió Alvarado—. Me hizo un corte aquí. —Se señaló el vendaje ensangrentado del antebrazo izquierdo—. Es infrecuente que un contrincante me hiera.

—Era un nagual —dijo Huicton—. Tenía el poder de cambiar de forma y ser ora un hombre ora un jaguar... ¿Se te apareció en esa forma mientras luchabais?

Hubo cierta confusión por el uso de la palabra náhuatl para «jaguar», *ocelotl*, que Huicton sustituyó por el término maya *b'alam*, sin que ninguno de los dos fuera inteligible para los españoles. Después de muchas explicaciones sobre el aspecto y el hábitat del animal, sin embargo, Alvarado sonrió de oreja a oreja.

—Una pantera —dijo—. Eso me pareció que era ese asqueroso, dando saltos con un arma que parecía una garra. Una gran pantera de la jungla.

—¿Te pareció una pantera o de hecho se transformó en una pantera? —preguntó Huicton.

—No era más que un salvaje que pretendía ser una pantera —repuso Alvarado, dubitativo—. Un sucio asqueroso. Pero tengo que admitir que me asustó un poco, hasta que lo acorralé y le cercené la columna vertebral.

Huicton volvió a mirar la furiosa cabeza con sus volutas y puntos tatuados.

—Tu magia fue más fuerte que la suya.

—Yo no creo en la magia —dijo Alvarado. Se llevó la mano a la empuñadura del bracamarte—, solo en el acero y la voluntad de usarlo.

—Y nadie lo usa mejor que vos. —Cortés se acercó a su amigo y le dio una palmada en el hombro—. Hicisteis bien librándonos de ese demonio, Pedro. Por una vez me ha bastado quedarme al sol admirando vuestra obra. —Se volvió hacia Huicton—. ¿Has dicho algo de un tesoro, embajador?

—Nuestra magia no proviene de los dioses ni de los hombres, sino de la fuente que creó todas las cosas —dijo la madre de Tozi.

—Pero el dios Colibrí cambió mi magia —objetó Tozi—, y Acopol me la robó.

—No te la cambiaron ni robaron. No tienen poder para eso. Los dioses y los hombres solo pueden desviar el curso de la magia, como se puede desviar el curso de un río u obligar al viento a rodear un obstáculo, pero la magia sigue siempre ahí, como el río o el viento.

—Entonces, cuando el Colibrí reforzó mi magia...

—Solo la redirigió para que fluyera con más fuerza hacia ti, mientras que Acopol la desvió para que fluyera alejándose de ti. La magia sigue ahí, Tozi, y puedes volver a conectar con ella.

—La magia es una maldición. Por su culpa esa turba te mató y te apartó de mí.

—Pero es también una bendición que ha fluido a través de las mujeres de nuestro linaje ininterrumpidamente, a veces con más fuerza y a veces con menos, pero siempre presente, durante diez mil años —dijo su madre—. Pagamos por ello un precio, es cierto, como hice yo, como has hecho tú, pero nuestra conexión con ella es un don que no podemos negar, un don de la fuente.

—Un don... ¿con qué fin?

—Trabajar por el mundo de las cosas creadas y magnificar la oscuridad o la luz, según queramos; para glorificar el bien o el mal, como escojamos; para exaltar el amor o el odio, como prefiramos... El poder es el don, pero la elección siempre es nuestra.

—No quiero seguir haciendo este trabajo —dijo Tozi, sorprendida de lo segura que estaba—. No quiero tomar estas decisiones. —Estaban sentadas juntas, en el lugar donde a menudo se reunían, en la roca que sobresalía de las aguas del lago, bajo un sol azul en un cielo bruñido. Abrazó el cuerpo cálido de su madre y apoyó la cabeza en su hombro—: ¡Soy tan feliz de haberte reencontrado! Lo único que quiero es quedarme aquí contigo.

—No puedes, niña. —Su madre le hablaba con dulzura, con mucho amor y mucha pena—. Aún no ha llegado tu hora. Te necesitan en el mundo creado. Tienes que volver... —Y su apariencia de realidad sustancial y corpórea empezó a difuminarse y, con ella, su perfume, su calor, su definida e inconfundible presencia se evaporaron como la niebla al amanecer.

Una vez más, como había pasado con tanta frecuencia, el encuentro del que Tozi obtenía tanto consuelo desapareció en la oscuridad y volvió a estar en aquella tumba, bajo la pirámide,

esperando a que la muerte la reclamara.

Seguía tendida en el frío e incómodo suelo de roca y oía ruidos, *crac, bam, plam*, e imaginó que veía destellos de luz amarilla. Se rio como una loca, con un sonido que era como un graznido, porque se sabía una princesa en un palacio ilusorio donde nada era real.

A pesar de todo, la luz la atraía como la llama a la polilla. Con sus últimas energías, se levantó y se acercó.

Pepillo se había unido a la multitud reunida en la base de la pirámide, abriéndose paso a empujones entre los soldados para ponerse al lado de Malinali mientras el viejo embajador texcocano tanteaba el muro bajo la escalera oriental con los dedos, ejerciendo presión y repasando todas las grietas y fisuras. Justo cuando parecía que no iba a encontrar nada y algunos espectadores empezaban a alejarse, Huicton gruñó satisfecho. Se oyó un fuerte chasquido y una sección de mampostería lo suficientemente ancha para que dos hombres pasaran juntos al otro lado se retrajo revelando un oscuro pasadizo.

Alvarado soltó una carcajada de entusiasmo y entró. Al cabo de un momento reapareció.

—Ahí dentro está negro como la pez —dijo—. Nos hará falta luz.

No tardaron en traer antorchas encendidas y Huicton y Malinali encabezaron la marcha, con Alvarado y Cortés pisándoles los talones, y Pepillo, los soldados con el pico y la almádena, y el resto de curiosos detrás. No habían dado una docena de pasos cuando Cortés se volvió.

—Salid todos de aquí —ordenó—. Sea lo que sea lo que encontremos, pronto lo sabréis, pero necesitamos espacio y aire para manejar el pico.

Hubo un murmullo de quejas, porque el rumor de que había un tesoro se había extendido como la pólvora, pero acabaron despejando el pasadizo. Pepillo se acercó a Cortés, que le hizo un guiño.

—Tú puedes quedarte —le dijo. Señaló con la cabeza a Malinali—. ¡Vive Dios!, a ver si la animas; parece que haya visto un fantasma.

Pepillo contó trescientos pasos, tal vez más, antes de que

el pasadizo terminara de golpe en un muro de toscos bloques de mampostería. Alvarado lo estudió, hundió la punta de la daga en la arcilla de las juntas y dijo que estaba recién construido.

—Adelante —dijo Cortés, haciendo señas a los dos trabajadores para que se acercaran.

Los dos se pusieron a picar, abrieron un agujero con la almádena y sacaron los bloques sueltos con el pico. Cuando hubieron ensanchado el agujero, todos oyeron una carcajada estridente.

Dando tumbos hacia ellos, al resplandor vacilante de las antorchas, vestida solo con un sucio y harapiento vestido, se acercaba una joven esquelética y fantasmagórica.

41

Viernes, 22 de octubre de 1519 - Lunes, 2 de noviembre de 1519

—Hablé con el jefe de los *tueles*, señor, ese al que todos llaman ahora Malinche. Te traigo un mensaje suyo.

Teudile iba sucio de polvo del camino, con la ropa sudada y la cara pálida de agotamiento cuando se sentó ante Moctezuma en la Casa de los Guerreros Águila.

Alzando el índice derecho, Moctezuma hizo un gesto de asentimiento y los miembros del Consejo Supremo se inclinaron hacia delante en los bancos.

—El señor Malinche te hace responsable, señor —comenzó Teudile—, de todas las operaciones llevadas a cabo contra él y sus fuerzas en Cholula. No cree que Tlaqui y Tlalchi actuaran por su cuenta, sino más bien instigados por ti, y alega como prueba de ello las palabras que el propio Tlaqui dijo sometido a la más espantosa tortura en mi presencia y que os culpaban de todo...

—¡El muy cobarde! —espetó Moctezuma—. ¡Maldito enclenque!

Teudile temblaba de la cabeza a los pies.

—Tlaqui murió torturado. —Se estremeció—. Le arrancaron las uñas de las manos una por una y hasta el último

aliento negó tener responsabilidad en el complot, diciendo que tú lo obligaste a llevarlo a cabo.

—¡Despreciable traidor! —siseó Moctezuma.

No podía creer la hipocresía y deslealtad de su vasallo cholunano, que había faltado de un modo tan miserable a su deber de guardar silencio y mantenerse leal. Pensando deprisa, se miró las uñas pulcramente cuidadas y las perladas medialunas de la raíz.

—Señor... ¿puedo decir algo? —Fue Apanec, guardián de la Casa de la Oscuridad, quien interrumpió.

—No, no puedes —bufó Moctezuma—. Guarda silencio. —Siguió estudiándose los dedos. La idea de que algún día pudieran arrancarle sus bonitas uñas le resultaba insoportable. Al final volvió a mirar a Teudile—. Pero cabe negar lo que farfullara el cobarde Tlaqui... Lo que diga un hombre bajo tortura es un despropósito; diría cualquier cosa para evitar el dolor.

—Es cierto, señor —convino Teudile—. Yo negué sus acusaciones, declaré tu inocencia en todo y prometí a Malinche que no tienes otra cosa que buena voluntad y amistad hacia él en tu corazón. Por desgracia, sin embargo, vio con sus propios ojos los seis regimientos de guerreros del general Maza antes de que huyeran del campo de batalla. No entiende por qué una fuerza tan enorme se le enfrentaba, a no ser que se lo hubieras ordenado expresamente, y por ese motivo dice que ya no quiere tu amistad. Dice que avanzará hacia Tenochtitlán en pie de guerra contra ti, con la idea de causarte tanto daño como le sea posible.

Moctezuma se desplomó en el plinto, sin que le importaran las miradas de reprobación de sus consejeros. El hecho era que Tlaqui lo había abandonado; Maza, a quien había desollado vivo en cuanto había regresado a Tenochtitlán, lo había abandonado; y el Colibrí también lo había abandonado. El gran plan perfecto para destruir a los *tueles* en Cholula, en el que había depositado todas sus esperanzas, había fracasado miserablemente, y ahora debía enfrentarse solo a la cólera de Malinche, que no tardaría en llegar como un dios de paz pero guerrero.

«¡Malinche! ¡Malinche!» Moctezuma daba vueltas a aquel nombre. ¡Ja! ¡El señor de Malinali, aquella endiablada mujer, heraldo de la mala suerte, presagio de la fatalidad!

—¡Aconsejadme qué debo hacer! —gritó a sus consejeros, mirando una cara asustada tras otra—. ¿No estáis aquí para eso?

Como antes, hubo división de opiniones.

Cuitláhuac, apoyado por la mayoría del consejo, estaba a favor de la guerra.

—Tenemos que movilizar todo nuestro ejército y todas las fuerzas aliadas antes de que ese Malinche los derrote a todos y, si cumple su objetivo de marchar sobre Tenochtitlán, como temo que hará, lo destruya todo de camino hacia aquí. Mi hijo Cuauhtémoc...

—¡No menciones aquí a ese desgraciado! —rugió Moctezuma.

—Muy bien, señor, pues deja que te lo plantee de otra manera. He consultado con expertos militares conocedores del arte de la emboscada y la sorpresa, y recomiendan un lugar muy adecuado entre Cholula y Tenochtitlán donde podremos aprovechar nuestra superioridad numérica y nuestro conocimiento del terreno para pillar en desventaja a los *tueles*.

—¿Y dónde está ese lugar?

—Justo bajo el paso de Tlalmanalco, ahora nevado y barrido por vientos helados. Nuestras fuerzas están acostumbradas a esas condiciones, las de los *tueles* cabe presumir que no, porque acaban de marcharse de las tierras cálidas costeras. En el paso, donde tendrán frío y estarán débiles, el camino se bifurca. El ramal de la derecha conduce a Tenochtitlán pasando por Tlalmanalco y Chalco; el de la izquierda pasando por Amecameca. Si bloqueamos este último derribando grandes pinos y otros árboles robustos que lo atraviesen, los *tueles* se desviarán a la derecha. Allí, un poco más abajo de la montaña, debemos hacer nuestros preparativos. Hay que cortar parte de la ladera, cavar zanjas, levantar barricadas y reunir un gran ejército, un ejército de por lo menos cien mil hombres, para caer sobre los *tueles* como una avalancha y aplastarlos definitivamente.

Cacama, señor de Texcoco, que seguía a favor, como siempre, de invitar a los *tueles* a Tenochtitlán, planteó el punto de vista opuesto. No había, según dijo, ninguna garantía de que una emboscada en Tlalmanalco funcionara. Si los *tueles* eran verdaderamente dioses y tenían el poder de los dioses, como sospechaba la mayoría, el frío no los perjudicaría. Además, cualquier intento previo de pillarlos por sorpresa, tanto de los

mexicas como de los cholulanos, los tlaxcaltecas e incluso los mayas chontales, había fracasado ruinmente y ellos habían triunfado en todos los combates.

—Da igual —insistió Cuitláhuac—. Aunque la emboscada fracase, seguimos teniendo el deber de combatirlos, sean dioses u hombres. No debemos escondernos. No debemos huir. No debemos acobardarnos. En vez de eso, tenemos que arrojarles una lluvia de piedras, flechas y lanzas a lo largo de todo el camino. En caso de que lleguen a Tenochtitlán, debemos cerrar y defender las calzadas. Es mejor que muramos todos empuñando un *macuahuitl* que ver caer nuestra ciudad sagrada.

Cacama no estaba de acuerdo.

—Los tlaxcaltecas pensaban igual y mira cómo les fue. Si tratamos de impedir que los *tueles* entren en Tenochtitlán nos combatirán en nuestras ciudades vasallas, como incluso tú admites, Cuitláhuac, hasta que no nos queden aliados. Todo eso, en mi opinión, es completamente innecesario. Los *tueles* dicen que son embajadores de un poderoso rey extranjero y como tales deberíamos recibirlos con cortesía.

Tras horas de debate sin que hubiera una mayoría clara a favor de un punto de vista u otro, Moctezuma se levantó de golpe.

—¡Basta ya! —gritó—. He oído esto cien veces y ya estoy cansado. Sois un consejo de viejas. Voy a consultar con el dios.

Llamó al sumo sacerdote Namacuix para que lo siguiera y abandonó la asamblea.

Esa noche, la luna estaba casi llena y su maligno resplandor atravesaba los altos y estrechos ventanucos del templo del Colibrí, aportando un brillo espectral a la luz de las antorchas que iluminaban el santuario.

—La última vez que viniste a verme —le dijo el dios—, me diste puñetazos en el pecho como un niño majadero que no se ha salido con la suya.

El gran ídolo de piedra había cobrado vida repentinamente, adquiriendo movimiento, bullendo de energía. Moctezuma, que se había tomado una docena de *teonanácatl*, cayó de rodillas.

—Lo siento mucho, señor. Te ruego que me perdones.

Estaba desolado por la victoria de Malinche en Cholula. No entendía por qué habías permitido un desastre de tal magnitud.

—No fui yo quien lo permitió —precisó el Colibrí, con los ojos más negros que la obsidiana brillando a la luz de la luna—, fuiste tú. Los sacrificios ofrecidos en Cholula fueron insuficientes para revertir la profecía. Habría hecho falta derramar más sangre. Sangre preciosa, sangre de vírgenes, como la que me has dado esta noche.

—Dejé el asunto en manos del hechicero Acopol, señor.

—No deberías haberlo hecho. Pedí sangre preciosa, sangre de mujeres vírgenes... mucha. Me entregó veinte hombres al día, hombres que ya no estaban en la flor de la juventud, prisioneros de guerra. Con eso no bastaba.

—Mis más humildes disculpas, señor. Espero que el sacrificio de esta noche te haya satisfecho más.

Alrededor del sanctasanctórum, apoyadas contra las paredes, su sangre coagulada formando grandes charcos y sus corazones dentro de la boca del ídolo llenándola hasta los colmillos, estaban los restos descuartizados de las cien niñas vírgenes que Namacuix había traído con grilletes del corral de engorde de la pirámide. Ninguna, como Moctezuma había estipulado, tenía más de ocho años.

—¿Si me ha satisfecho más? —dijo el Colibrí—. ¡Pues claro que sí! —Se sacó un pedazo de carne púrpura que se le había quedado entre los dientes, se lo metió en la boca e inspeccionó los cadáveres—. Supongo que estas pequeñas son un anticipo de mi regalo de cumpleaños, ¿no?

—Lo son, señor, y no tendrás ni una menos. Te prometí diez mil y tendrás exactamente esa cantidad.

—Muy bien. Estoy impaciente.

Dicho esto, ¡milagro!, se transformó en un pequeño colibrí que se posó en una de las niñas descuartizadas y hundió el largo pico en su abierta cavidad torácica. Una voz parecida a un campanilleo llenó la cabeza de Moctezuma.

—Esta noche lo has hecho bien, hijo mío, y estoy complacido. Me parece que tienes una pregunta para mí.

—La tengo, señor.

—Pregunta, pues.

—¿Qué debo hacer con los *tueles*, señor? Guíame, te lo ruego. Muéstrame el camino.

—Déjate guiar por tu corazón, hijo mío —respondió el

dios—. He puesto sabiduría en él. Busca en tu interior y encontrarás un sendero de gloria.

—Me siento estafado por ese viejo zorro taimado —dijo Cortés—. Nos indujo a esperar una sala llena de tesoros y solo encontramos una muchacha miserable.

—Dijo que encontrar un tesoro más precioso que oro —repuso Malinali—. Dijo verdad.

—No dudo de que lo sea para ti, querida, después de la dura experiencia que compartisteis, pero para el resto no tiene valor alguno.

Malinali empezaba a enfadarse. Se sentó en la cama. A la luz de la luna que entraba por la ventana del gran dormitorio que ocupaban en el palacio que había pertenecido a Tlaqui y Tlalchi, miró la cara barbuda y adusta de su amante.

—Hernán. Dijiste después de dios debes el éxito en esta tierra a mí. ¿Era broma o pensabas verdad?

Cortés pareció pensárselo, lo que enfureció a Malinali todavía más.

—Pienso cada palabra que dije —contestó finalmente—. Si estamos triunfando es porque he podido hablar con la gente, amenazarla, negociar con ella, y no podría haber hecho nada de eso sin ti. Estamos triunfando porque me has ayudado a entender las costumbres locales y el modo de pensar y las supersticiones de esta gente. Tampoco podría haber hecho eso sin ti. Y, lo más importante, estamos triunfando porque me has ayudado a meterme en la cabeza de Moctezuma y derrotarlo en el campo de batalla mental. Tampoco eso podría haberlo hecho sin ti.

Malinali no estaba segura de si se burlaba de ella o le hablaba en serio. Parecía serio, pero con Cortés nunca se sabía. Sin embargo, decidió tomárselo al pie de la letra.

—Si así —dijo—, ¡mi Tozi vale más que oro! Sin ella no estaría viva y aunque estuviera, no aquí para ayudarte. Me salvó la vida en corral de engorde de Tenochtitlán, ya sabes. Pero después, ¡tú no sabes, Hernán!, me hizo ir a Potonchán a buscar a ti. Ella... ¿cómo decís?, ¿insistir? Me dijo eso. Si no, nunca voy a Potonchán. ¡Nunca! Voy a otra parte, más segura para mí, y tú y yo no encontramos. Sé tú crees nuestro Dios cristiano me puso

en tu camino para ganar tu victoria. ¡Hablamos eso muchas veces! Si así hizo, si usó Tozi para eso, en nombre de Dios, Hernán, pido aceptes Tozi. ¡Dale bienvenida!

Cortés sonrió.

—¡Oh, está bien! —dijo—. Además, tiene la edad adecuada para ser la compañera de Pepillo, y Dios sabe que necesita la compañía de alguien más que de ese perro del que nunca se separa. —Otra sonrisa, más lasciva—. Ahora ven aquí. —Tendió la mano para acariciarle el pecho desnudo—. A la luz de la luna eres una diosa.

El martes 26 de octubre, exactamente seis días antes de su partida, Teudile volvió a Cholula con un séquito de *tamanes* cargados con veinte platos de oro que Alvarado calculó que valían mil pesos cada uno, un surtido de adornos de oro que valía diez mil pesos más, doscientos fardos de prendas de algodón entre las que había mil quinientas finas capas, y cien cestas enormes de comida cargadas de pavos cocinados, perdices, carne de venado y tortas de maíz. Como había prometido, el administrador traía también un mensaje de Moctezuma, un mensaje tan complicado que Malinali y Pepillo tuvieron que traducirlo juntos.

—Mi señor me encarga transmitirte sus humildes disculpas por la traición de sus vasallos de Cholula —empezó muy serio Teudile—, y te pide que creas, por vuestra amistad, que no tuvo conocimiento de ella ni participó en ella. Fue una iniciativa exclusivamente de Tlaqui y Tlalchi, esos insensatos a los que has matado justamente. En cuanto a los regimientos mexicas que viste reunidos a las afueras de Cholula para atacarte, mi señor también te pide disculpas. Entiende tus sospechas, pero te informa de que esas fuerzas no estaban allí con su conocimiento ni por orden suya. Por la necesidad de suprimir de vez en cuando los elementos hostiles de esa región, solemos mantener guarniciones en Izúcar y Acatzingo y en la propia Cholula. Fueron los comandantes de esas guarniciones, actuando equivocadamente por orden directa de Tlaqui y Tlalchi, quienes aportaron esos regimientos a los que, gracias a los dioses, ahuyentaste. Esos comandantes fueron arrestados poco después por orden de mi señor y convenientemente castigados. Tiene el

placer de mandarte sus pellejos. —En ese momento Teudile llamó a un porteador que llevaba una cesta pequeña, que abrió con una floritura.

Cortés echó un vistazo dentro, arrugando la nariz con desagrado al ver las pieles humanas ensangrentadas, pálidas, todavía con pegotes de grasa amarillenta pegados en su cara interna.

—¡Repugnante! —exclamó, haciendo un gesto al porteador para que se apartara.

—Es nuestra costumbre hacer esto a cualquiera que disguste a mi señor, y los dueños de esas pieles disgustaron profundamente a mi señor por las molestias que te causaron. Con la misma intención, porque no desea causarte más inconvenientes ni contrariedades, Moctezuma te pide humildemente que no te molestes en realizar el arduo viaje hasta Tenochtitlán, porque las tierras por las que tendrás que pasar son muy altas y frías, están cubiertas de nieve en esta época del año y son inhóspitas. Además, como sabrás, nuestra ciudad está en una isla, en medio de un lago, y se accede a ella por calzadas. Toda nuestra comida nos la traen a la espalda los *tamanes* o nos llega por barca, cruzando el agua, así que mi señor teme no ser capaz de alimentarte a ti y a todos tus hombres. Sugiere que te quedes aquí, en Cholula, o mejor aún, que regreses a la ciudad que habéis construido en la costa, cerca de Huitztlán, donde el agua es cálida y podéis pasar el invierno cómodamente. Di solo lo que necesitáis: comida, ropa, oro y joyas... Lo que queráis, en la cantidad que pidáis, y mi señor Moctezuma jura solemnemente que te lo mandará, siempre y cuando no vayas a Tenochtitlán.

—Da las gracias a tu señor por su generosa oferta y transmítele mi pesar —respondió Cortés—, pero no vamos a regresar ni nos quedaremos en Cholula, ni nos intimidan las dificultades con que podamos toparnos de camino a Tenochtitlán, ni siquiera aunque tengamos que pasar hambre cuando lleguemos. No tengo opción en este asunto porque estoy obligado por mi rey, el monarca más poderoso del mundo, a hacerle un relato y darle una descripción completa de vuestra ciudad y del gran Moctezuma. Puesto que me veo obligado a hacerlo, el gran Moctezuma debe, por su parte, aceptarlo y no urdir otros planes, porque si los hace me veré obligado a causarle mucho daño, cosa que me entristecería.

Teudile tenía los labios apretados.

—Le transmitiré tus palabras a mi señor —dijo—. ¿Puedo decirle cuándo tienes intención de ir a Tenochtitlán?

Cortés le dedicó una amplia sonrisa.

—Estamos ultimando los preparativos para la partida. Como mucho, dentro de cuatro o cinco días nos pondremos en camino hacia allí.

—Muy bien. Debo volver e informar de ello a mi señor. Tal vez desee mandaros guías para el viaje.

Alvarado seguía examinando los regalos de oro, sin disimular lo encantado que estaba.

—Una raza extraña —le dijo a Cortés cuando el embajador se fue—. Por una parte nos muestran su riqueza... —Levantó un pesado plato de oro y mordió el borde—. Por otra, nos demuestran que no tienen el valor de defenderla.

—Porque ellos son arrogantes, chulos, gritones, matones —comentó Malinali, cuyo castellano mejoraba tanto que pronto no le haría falta la ayuda de Pepillo para pulirlo—. Aplastan vecinos alrededor. Solo pocos como tlaxcaltecas levantaron contra ellos, pero españoles son primer pueblo que los intimida. ¡No les gusta! ¡No saben qué hacer! Tienen corazón cobarde.

Gracias a que Malinali lo instruía continuamente, la capacidad de Pepillo para mantener una conversación en náhuatl mejoraba a ojos vista, y desde el momento en que sacaron a Tozi de la cueva había podido hablar con ella.

Durante los primeros días no pudo decir mucho, débil y famélica como estaba, pero siempre que sus deberes se lo permitían, Pepillo se ocupaba de ella, insistiéndole para que comiera, cuidándola para que se recuperara. *Melchor* también le había cogido cariño y vigilaba la cama donde permanecía tan quieta como una muerta, durmiendo profundamente, ajena al mundo. Poco a poco, sin embargo, a medida que recuperaba fuerzas, su esquelético cuerpo se redondeaba y el color volvía a sus mejillas chupadas, fue durmiendo menos y hablando más. Malinali estaba presente a menudo y ayudaba a Pepillo a suplir la falta de vocabulario. Al principio tuvo que explicarle pacientemente a Tozi que no era un dios, que ningún español lo era, y que Cortés, su jefe, a quien todos llamaban Malinche, no

era desde luego Quetzalcóatl como ella se empeñaba en creer.

Durante aquellos días de lenta mejoría, Malinali le contó a Tozi toda la historia que había vivido desde su encuentro con los españoles en Potonchán. Por su parte, Tozi le relató sus increíbles aventuras. Pepillo fue dándose cuenta gradualmente de que aquella extraña muchacha india con grandes ojos avellana de mirada seria, pómulos marcados y cara delicada que lo embelesaba, de hecho creía ser una especie de bruja. Aquella idea habría sido muy peligrosa si Muñoz hubiera seguido vivo, pero por suerte no era así, y el padre Olmedo era un hombre demasiado sabio y generoso de espíritu para quemar a nadie en la hoguera. A pesar de todo, Pepillo les advirtió que no hablaran de aquellas cosas en presencia de Olmedo ni de Cortés, ni de cualquier expedicionario, de hecho.

—¿Por qué? —quiso saber Tozi.

—Porque los españoles creen que las brujas están conchabadas con el diablo y las temen, y siempre que pueden las matan de maneras crueles.

—Los mexicas también lo creen —dijo Tozi—. Mataron a mi madre porque era bruja.

—Más razón todavía para no comentarlo. —Por costumbre, Pepillo echó un vistazo hacia atrás, aunque los tres estaban solos en la habitación.

—El hechicero Acopol me quitó los poderes cuando me enterró bajo la pirámide —prosiguió Tozi, apenada—. Yo era capaz de volverme invisible para ir donde quisiera; podía convocar la niebla y meter miedo y sueños terribles en la cabeza de la gente, y leerles el pensamiento, y gobernar a los animales salvajes...

—¡Calla! —le dijo Pepillo—. Te he dicho que no hables de esas cosas.

—Hablamos en náhuatl —propuso Malinali.

—Incluso así es peligroso. Lo mejor es no decir nada.

—¿Crees que soy una bruja? —insistió Tozi. Era como si sus ojos, brillantes e inteligentes, vieran el alma de Pepillo.

—¡No, claro que no!

—Pues deberías —le advirtió ella, adelantando el labio inferior con tozudez como solía—. Porque soy una bruja, aunque haya perdido los poderes. Mi magia sigue aquí y un día encontraré el modo de volver a conectar con ella.

—Es verdad, Pepillo, Tozi tenía poderes —le contó

Malinali—. Los usó para salvarme la vida, no una sino dos veces.

—Entonces es una bruja buena, si es una bruja —susurró Pepillo—. Sin embargo, queman incluso a las brujas buenas. —Volvió a echar un vistazo hacia atrás—. Tenemos que dejar de hablar de esto. Lo siento.

Una semana después de su rescate, Tozi estaba levantada y renqueando por la habitación, apoyándose en Pepillo y Malinali. Al mediodía del viernes 29 de octubre, se vistió con una blusa nueva de algodón y una falda, que sacó de los fardos que había traído Teudile, y dijo que estaba lista para salir. Había hecho muchas preguntas sobre Acopol y la suerte que había corrido, y ahora insistió en ver su cabeza.

Habían pasado casi dos semanas desde que se la habían separado del cuerpo. Había habido peticiones para que la retiraran de la destacada posición que ocupaba delante de la pirámide, pero Alvarado se había opuesto y Cortés lo había apoyado, diciendo que el trofeo enviaba un importante mensaje a los numerosos supervivientes cholulanos que volvían para instalarse en la ciudad.

Acercándose con los ojos entornados por el resplandor que se reflejaba en los adoquines de la plaza, Tozi se liberó de Malinali y Pepillo y caminó sola por primera vez, mientras *Melchor* daba brincos y retozaba a sus pies. Se detuvo a unos cinco pasos de la cabeza, que seguía empalada en una lanza española, tal como la había dejado Alvarado, y la miró atentamente varios minutos, con firmeza y decisión. Luego, manteniéndose a la misma distancia, la rodeó y volvió a quedarse delante. Pepillo vio que la cara estaba en un estado de descomposición tan avanzado que, con los dientes desnudos como colmillos mientras la carne tatuada se fundía, se parecía cada vez más a una monstruosa bestia de la selva que a un hombre.

Tozi se acercó más, escrutando los ojos putrefactos, y más todavía, hasta que estuvo a un palmo. Entonces se puso a murmurar rápidamente, con un susurro sibilante que ponía los pelos de punta y poco a poco se convirtió en un conjuro, más cantado que recitado, en voz cada vez más alta, áspera y hasta

cierto punto amenazadora. El sonido se difundió por la plaza y *Melchor* de repente gimoteó. Pepillo miró nervioso alrededor, rogando que nadie se acercara a presenciar aquella extraña escena de brujería. De repente fue como si el frágil y flaco cuerpo de Tozi titilara, como una bruma caliente a la brillante luz del sol, volvió a titilar y luego, por un instante, se desvaneció, tan completamente que incluso su sombra desapareció. Pepillo se quedó mirando atónito, parpadeó dos veces y la vio de nuevo, delgada pero sólida, otra vez proyectando una sombra. Había sucedido todo tan deprisa que se dijo que se lo había imaginado.

El canto en susurros de Tozi acabó y ella se volvió con una sonrisa, cansada.

—Estoy preparada —dijo.

—¿Preparada para qué? —le preguntó Malinali. Si ella también había visto la ilusión, no se le notaba en la cara, en absoluto.

—Para combatir de nuevo a Moctezuma. No tenemos mucho tiempo. —Se cogió del brazo de su amiga y de Pepillo—. Vamos adentro y os lo explicaré.

Pepillo siempre había tenido facilidad para los números, así que no encontró difícil hacer encajar los calendarios mexica y cristiano para las siguientes semanas. El año mexica tenía trescientos sesenta y cinco días, como el cristiano, pero en lugar de estar dividido en doce meses lo estaba en dieciocho de veinte días cada uno y un mes corto de cinco días «sin nombre», los *nemontemi*, que caían en enero del calendario cristiano y eran considerados por los mexicas días de mala suerte y potencialmente catastróficos.

Aquel día, viernes 29 de octubre, era el cuarto a contar desde el final del mes mexica de veinte días *tepeilhuitl*, «la fiesta de las montañas», que había empezado el 11 de octubre. El mes siguiente, *quecholli*, «el flamenco», empezaría el 30 de octubre y terminaría el 19 de noviembre. Luego vendría *panquetzaliztli*, «la izada de banderas», consagrado al Colibrí, dios de la guerra, cuyo cumpleaños se celebraba con sacrificios humanos el primer día de ese mes, y se correspondía con el 20 de noviembre del calendario cristiano.

Aquel año, dijo Tozi, Moctezuma planeaba un festival de sacrificios inusualmente grotesco y malvado para celebrar el cumpleaños del dios de la guerra. Serían sacrificios a una escala enorme, nunca vista. Les sacarían el corazón a diez mil niñas, todas doncellas y la mayoría menores de doce años, en la cima de la gran pirámide de Tenochtitlán. El asesinato de tantísimas niñas tardaría cuatro días y cuatro noches en consumarse y, por tanto, empezaría el 16 de noviembre, para culminar con la ofrenda de la última víctima de la «cesta» de diez mil al amanecer del 20 de noviembre, el día del cumpleaños.

Al principio, a Pepillo le pareció imposible que algo así pudiera suceder, pero Malinali y Tozi le recordaron con alarmante detalle cómo habían presenciado el sacrificio de dos mil mujeres en febrero y solo de milagro habían escapado al cuchillo ellas mismas. Mucho después de que terminaran su relato, se convenció de que era probable que el pavoroso holocausto que Moctezuma preparaba tuviera lugar entre el 16 y el 20 de noviembre, y que seguramente se produciría, a menos que Cortés y sus conquistadores consiguieran llegar a Tenochtitlán a tiempo para impedirlo.

—Esa es la razón por la que Malinche vino a México —insistió Tozi, con la mirada ardiente—. No me importa si es Quetzalcóatl que ha vuelto para reclamar su reino como yo creía, o solo un hombre como me habéis dicho, pero el caso es que aquí está y que tiene el poder y la voluntad de impedir esta dolorosa y espantosa injusticia. Tenemos la obligación de asegurarnos de que lo hace...

—No va a ser tan fácil —dijo Pepillo—. A mi señor Cortés, al que vosotros llamáis Malinche, no se le puede obligar a hacer nada. Hace mucho que decidió ir a Tenochtitlán, pero nos llevará allí cuando lo considere oportuno. Es posible que antes quiera conseguir más aliados, en cuyo caso podríamos detenernos en las ciudades que hay a lo largo del camino, quién sabe cuánto tiempo. Aparte está la cuestión de los mexicas. Avanzaremos despacio si nos atacan... y serían unos necios si no lo hicieran, aunque ruego que no lo hagan. —Se volvió hacia Malinali—. ¿Recuerdas lo que pasó en Tlaxcala? Nos quedamos dos semanas en el cerro de Tzompantepec sin avanzar un solo kilómetro.

—Los tlaxcaltecas nos obligaron a luchar por nuestra vida —dijo Malinali—, y los dirigía un hombre valiente. Los mexicas

son matones dirigidos por un cobarde.

—A pesar de eso, estamos en su tierra. —Pepillo se sentía responsable de no dar falsas esperanzas a Tozi—. Tienen cientos de miles de soldados. Solo Dios sabe qué clase de batalla nos espera.

A la mañana siguiente, sábado 30 de octubre, Huicton volvió con mil guerreros de la facción rebelde de Texcoco y se marchó aquella misma tarde con Tozi. Antes de partir, la muchacha buscó a Pepillo y lo encontró aseando a *Molinero,* con *Melchor*, en los improvisados establos del patio del palacio.

—Tengo que regresar a Tenochtitlán —le explicó—. Tengo trabajo allí.

—¿Cómo? —A Pepillo le entró de repente el pánico de perder a aquella misteriosa joven—. No puedes irte. Ni siquiera eres capaz de andar.

—Los *tamanes* de Huicton me han hecho una litera y me llevarán en ella —le dijo, y apoyó una mano fina en el brazo de Pepillo, que se puso colorado hasta las cejas—. Has sido muy amable conmigo, pero debo irme. Convence a tu señor, consigue que vaya pronto a Tenochtitlán. Nos veremos allí...

—Pero, pero... —Pepillo se había quedado sin palabras. Quiso correr a buscar a Malinali con la esperanza de que la convenciera y se quedara, pero fue como si Tozi le hubiera leído el pensamiento.

—Ya he hablado con ella —le dijo—. Sabe que no debe tratar de convencerme de nada. Son unos tiempos terribles y todos tenemos que hacer lo que podamos. —Se inclinó para acariciar a *Melchor*—. Este perro tiene un corazón noble. Algo me dice que tendrá un papel en los acontecimientos venideros.

Solo mucho después de la marcha de Tozi se le ocurrió a Pepillo que la muchacha había hecho algo más que adivinar lo que pensaba. Sabía exactamente lo que pensaba, no solo acerca de que Malinali tratara de convencerla para que se quedara, sino acerca de absolutamente todo.

Volvió a ponerse como un tomate, aunque no había nadie

que pudiera verlo.

La mañana del domingo 1 de noviembre, el padre Olmedo ofició una misa en la gran plaza de Cholula. Cuando el fornido fraile hubo dado gracias a Dios por las muchas bendiciones concedidas a sus siervos en la conquista de aquellas nuevas tierras y le hubo pedido ayuda y apoyo en la empresa que tenían por delante, Cortés se arrodilló en medio de sus hombres y ofreció una plegaria en silencio por la victoria a san Pedro.

Poco después de misa, Meco, el comandante de los leales totonacas que había acompañado a los españoles desde la costa y luchado con valentía en la campaña tlaxcalteca, se llevó aparte a Cortés y Malinali para ponerlos al corriente, con cierta turbación, de que él y sus hombres no viajarían a Tenochtitlán.

—Ir a esa terrible ciudad implica una muerte segura para todos nosotros, señor. Te rogamos que regreses.

—No regresaremos —replicó Cortés—. Nunca regresaremos. Pero nos has servido bien, Meco. Vuelve a casa con honor y con nuestra bendición.

Lo recompensó con muchos de los fardos de prendas de algodón que Teudile le había traído unos días antes. Luego llamó a Pepillo y le dictó una carta para que Meco se la entregara a Juan de Escalante en Villa Rica, dándole noticias de todo lo sucedido desde su partida el 16 de agosto y anunciándole que estaban a punto de emprender la marcha hacia Tenochtitlán para atrapar a Moctezuma, vivo o muerto.

«Mi querido amigo —concluyó Cortés—, fortificad bien Villa Rica, ocupaos de nuestros colonos, manteneos alerta y vigilante día y noche. Los mexicas son una raza taimada y sanguinaria y, cuando los ataquemos, es bastante probable que traten de atacaros cobardemente.»

Lacró la carta y se la dio a Meco para que la entregara.

—Esto es lo primero que debes hacer —le dijo al totonaca —. Incluso antes de reunirte con tu familia, pon esta carta en manos del capitán Escalante.

—Se hará como ordenas, Malinche.

A la mañana del día siguiente, lunes 2 de noviembre, sin que hubieran sabido nada más de Moctezuma, Cortés reunió las tropas y dio la señal de partida. Los exploradores habían desvirtuado las mentiras de Teudile acerca de lo prolongado y arduo del viaje. Había que cruzar una cordillera de montañas altas, cierto, pero Tenochtitlán y el amenazador poder asesino de los mexicas y sus dioses infernales estaban a menos de cien kilómetros al oeste.

Marco temporal, localizaciones principales y lista de personajes

Marco temporal y tema

El dios de la guerra. El regreso de la Serpiente Emplumada se desarrolla durante un período de siete meses comprendido entre el 20 de abril y el 2 de noviembre de 1519. El libro es la continuación de la historia narrada en el primer volumen (*El dios de la guerra. Las noches de la bruja*) y trata de la crucial segunda etapa de la conquista española de México. Después de derrotar a los mayas en la batalla de Potonchán (descrita en los últimos capítulos del primer volumen), el conquistador Hernán Cortés desvía su atención hacia el premio mayor que representan los mexicas (los aztecas) y su ciudad dorada de Tenochtitlán. Para conseguir el oro mexica, Cortés y su pequeño ejército de quinientos hombres tendrán que derrotar al psicótico emperador Moctezuma y a sus ejércitos de centenares de miles de hombres. Cortés espera que los belicosos tlaxcaltecas, enemigos acérrimos de los aztecas, se le unirán, pero en lugar de eso se ve abocado a una lucha a vida o muerte con el rey de la batalla tlaxcalteca, Chicotenga, que entiende que los españoles no se detendrán después de destruir el poder mexica sino que aniquilarán todas las antiguas culturas de México a menos que los invasores sean devueltos al mar.

Nota acerca de los nombres

La pronunciación de algunos nombres antiguos mexicanos es muy difícil para el lector moderno, así que me he tomado la libertad en varios casos de simplificarlos. He aquí unos cuantos ejemplos: la ciudad que llamo Huitztlán, se escribe en realidad Quiahuitztlán; he acortado el nombre del líder rebelde texcocano Ixtlilxóchitl, porque Ixtlil es más manejable; he acortado el nombre de Temazcalteci, la diosa mexica de la medicina y la curación, a la que llamo Temaz; el nombre Chicotenga es en realidad Xicotencatl, pero los españoles lo transcribieron a su manera.

Escenarios principales

Tenochtitlán, ciudad capital del Imperio mexica (azteca) del antiguo México entre 1325 y 1521. Fue construida en medio de un enorme lago salado (el Texcoco) en el valle de México. El valle de México está rodeado por montañas distantes coronadas de nieve. En el corazón del valle está el lago Texcoco. Y en el corazón del lago Texcoco está la isla en la cual se alza Tenochtitlán, adonde se accede por medio de tres enormes calzadas elevadas (de longitudes entre tres y diez kilómetros), que se extendían hasta las orillas meridional, occidental y septentrional del lago. En el centro de Tenochtitlán, rodeada por un enorme muro (la gran plaza o recinto sagrado), se alza la gran pirámide, coronada por el templo de Huitzilopochtli, el Colibrí, dios de la guerra de los mexicas, al que se ofrecían cada año decenas de miles de sacrificios humanos.

Tlaxcala, estado independiente con reyes electos en guerra con los mexicas. Se llamaban así tanto el estado como su capital. Los tlaxcaltecas capturados en incursiones y batallas eran la fuente principal de víctimas sacrificiales de los mexicas.

Cuetlaxtlán, ciudad costera del golfo de México gobernada y colonizada por mexicas pero poblada por totonacas, a quienes había pertenecido antes.

El campamento militar español en las dunas, unos kilómetros al norte de Cuetlaxtlán.

El campamento militar de Ixtlil, líder de la facción rebelde de Texcoco, estado vasallo de los mexicas.

Huitztlán, ciudad totonaca del golfo de México que brindó su amistad a Cortés y se alió con él.

Villa Rica de la Veracruz, la primera ciudad española de México, construida cerca de Huitztlán.

Cempoala, capital totonaca. Los totonacas fueron los primeros aliados de los españoles en México.

Teotihuacán, antiguo complejo sagrado dominado por tres pirámides, situado a cincuenta y seis kilómetros al norte de Teotihuacán.

El desierto chichimeca, a veinte días a pie al norte de Teotihuacán.

El cerro de Tzompantepec, campamento de los españoles durante la guerra contra los tlaxcaltecas.

Cholula, ciudad sagrada de Quetzalcóatl, dominada por una enorme pirámide dedicada a ese dios.

Personajes con punto de vista narrativo

Tozi. Bruja de catorce años. Nunca ha conocido a su padre. Su madre era bruja, pero fue arrinconada y apaleada hasta la muerte por la turba cuando Tozi tenía siete años, edad en la que su formación apenas había empezado y sus poderes todavía no se habían desarrollado plenamente. Sobrevivió mendigando en las calles de Tenochtitlán durante los seis años siguientes, hasta que fue capturada y conducida al corral de engorde a la edad de catorce años, a la espera de ser sacrificada, un destino del que escapó como se describe en el primer volumen, *El dios de la guerra. Las noches de la bruja*. Tozi tiene ciertos dones mágicos, de los cuales el más importante es la capacidad de hacerse invisible. No obstante, en este punto de la historia carece de aptitud y experiencia y, si intenta mantener la invisibilidad durante más de unos minutos, sufre consecuencias físicas catastróficas. Los orígenes de Tozi son misteriosos. Su madre le contó que procedían de Aztlán, legendario hogar no solo de los mexicas, sino también de los tlaxcaltecas y otros pueblos de habla náhuatl. Pero Aztlán es un lugar mítico y

legendario, el hogar de los dioses, donde se cree que moran los maestros de la sabiduría y los magos. Aunque los mexicas dicen que sus antepasados proceden de Aztlán, ya nadie sabe dónde está o cómo encontrar ese lugar.

Malinali. Hermosa cortesana y antigua esclava sexual de los mexicas. Estuvo encerrada en un corral de engorde esperando a ser sacrificada con Tozi y escapó con ella (los acontecimientos se describen en el primer volumen). De veintiún años, Malinali es de origen étnico maya y habla con fluidez tanto el náhuatl, la lengua mexica, como la lengua maya. Odia a Moctezuma y pretende que el conquistador Hernán Cortés sea su instrumento para destruirlo.

Huicton. Espía que trabaja para destruir a Moctezuma. Tiene más de sesenta años y pasa desapercibido en las calles de Tenochtitlán disfrazado de viejo mendigo ciego. Sin embargo, no es ciego. Es el mentor y protector de Tozi.

Pepillo. Español, catorce años. Huérfano criado y educado por los monjes dominicos, que le han enseñado a escribir y hacer cuentas y que lo llevaron de España al Nuevo Mundo, primero a la isla La Española y luego a Cuba, donde trabajaba como ayudante de bibliotecario en el monasterio dominico. Es el paje del conquistador Hernán Cortés.

Moctezuma. Emperador —su título oficial es Gran Orador — de los mexicas. De cincuenta y tres años, Moctezuma entra con frecuencia en estado de trance inducido por el uso de hongos alucinógenos en los cuales se comunica directamente con el dios de la guerra (demonio), Huitzilopochtli. El demonio, cuyo propósito es aumentar al máximo el sufrimiento humano y el caos por doquier, insta a Moctezuma a llevar a cabo sacrificios en masa cada vez más crueles y más brutales.

Chicotenga. De treinta y tres años, rey de la batalla tlaxcalteca, enemigo jurado de los mexicas.

Cuauhtémoc. Príncipe de los mexicas, de veintisiete años. Sobrino de Moctezuma (hijo del hermano de este, Cuitláhuac).

Pedro de Alvarado. De treinta y tres años, amigo íntimo y aliado de Hernán Cortés. Alvarado es atractivo y excesivamente cruel: un psicópata encantador. También es un brillante espadachín y un notable amante del oro.

Hernando (Hernán) Cortés. Capitán de la expedición a México, de treinta y cinco años. Brillante comandante militar y político. Es inteligente, maquiavélico, manipulador, despiadado,

vengativo y osado, pero con una paradójica vena de cristianismo mesiánico.

Bernal Díaz. De veintisiete años, soldado español, realista, honesto y experimentado. De origen campesino y sin pretensiones de nobleza, pero instruido, lleva un diario (aunque se describe a sí mismo con desaprobación como un idiota analfabeto). Admira a Cortés, que ha reconocido su potencial y lo ha ascendido a alférez.

Gonzalo de Sandoval. De veintidós años y de familia de hidalgos (nobleza menor), aunque caído en desgracia, nuevo recluta de la expedición a México. Ascendido a alférez en la misma ceremonia que Díaz. A diferencia de este, Sandoval posee educación universitaria y formación militar y de caballería, pero carece de experiencia en la guerra.

Personajes sobrenaturales

Huitzilopochtli. Llamado en la novela Colibrí**,** Huitzilopochtli, dios de la guerra de los mexicas. La traducción completa del nombre de Huitzilopochtli es «el Colibrí a la derecha del sol». Como todos los demonios, en todos los mitos y leyendas de la humanidad, el propósito de esta entidad es multiplicar el sufrimiento humano y corromper todo lo que es bueno, puro y cierto en el espíritu humano. Se aparece a Moctezuma cuando el emperador mexica está en estados de trance inducidos por su frecuente consumo de hongos alucinógenos. Huitzilopochtli, tentador y manipulador, aviva deliberadamente las llamas del conflicto entre los mexicas y los españoles, y en última instancia apoya a los españoles porque sabe que harán que la vida en México sea todavía peor de lo que ha sido bajo los mexicas. Es un hecho histórico que, a los cinco años de la conquista española, la población indígena de México se había reducido —por la guerra, el hambre y las enfermedades importadas— de treinta millones a solo un millón.

San Pedro. Santo patrón de Hernán Cortés. De niño, Cortés sufrió un episodio de fiebre severa que lo llevó al borde de la muerte. Su enfermera, María de Esteban, rezó a san Pedro por su salvación y el joven Cortés se recuperó milagrosamente.

Incluso después, Cortés sintió que disfrutaba de una relación especial con este santo y creía que era él quien lo guiaba en los episodios grandes y terribles de su vida adulta. Igual que Moctezuma con su dios, Cortés se encuentra con san Pedro en estados visionarios, en este caso en sueños.

Quetzalcóatl. La Serpiente Emplumada, dios de la paz de la antigua Centroamérica. Descrito como de piel clara y con barba, una antigua profecía decía que había sido expulsado de México por las fuerzas del mal en algún momento de la prehistoria remota, pero debía retornar en un año 1-Ácatl (1-Caña) en barcos que «se movían por sí solos sin remos» para derrocar a un rey perverso, abolir el ritual sangriento de los sacrificios humanos y restablecer la justicia. Y resultó que el año 1519 de nuestro calendario, año en que Cortés desembarcó en Yucatán en barcos de vela «que se movían por sí solos sin remos», era de hecho el año 1-Caña en el calendario mexica. Fuera por puro azar o por algún designio inescrutable, la cuestión es que Malinali acabó enseñando a Cortés cómo explotar el mito de Quetzalcóatl. Lo que siguió fue una despiadada y espectacularmente exitosa campaña para dominar psicológicamente a Moctezuma mucho antes de que los españoles se enfrentaran a él en la batalla. Ya fuera de forma real en algún sentido misterioso, como yo sospecho, o solo de forma imaginada por Moctezuma y Cortés, Huitzilopochtli y san Pedro desempeñaron un papel fundamental como agentes del mal en los sucesos de la Conquista, tan fundamental como la profecía del regreso de Quetzalcóatl.

Personajes españoles secundarios que aparecen con frecuencia en la historia

Diego de Velázquez. De cincuenta y cinco años, gobernador de Cuba. Rival y enemigo de Hernán Cortés.

Los velazquistas. Nombre que da Cortés a las figuras importantes de la expedición a México que permanecen leales a su enemigo y rival Diego de Velázquez, gobernador de Cuba. Cortés tiene que sobornar, manipular o forzar a los miembros de la facción velazquista a cambiar de bando. Entre sus miembros están Juan Escudero, su cabecilla, Juan Velázquez de León —

primo de Diego de Velázquez—, Francisco de Montejo, Diego de Ordaz, Cristóbal de Olid y Alonso de Grado.

García Bravo. De cuarenta años, duro sargento que dirige una brigada de hombres leales a Hernán Cortés. Hace el trabajo sucio de Cortés cada vez que se lo pide.

Aliados significativos de Cortés en la expedición. Además de en Pedro de Alvarado, Cortés puede confiar en Alonso Hernández Puertocarrero, Alonso Dávila y su amigo Juan de Escalante.

Alonso de la Serna y Francisco Mibiercas. Soldados de la expedición y amigos de Bernal Díaz.

Doctor La Peña. Médico de la expedición a México.

Padre Bartolomé de Olmedo. Fraile mercedario. Hombre gentil y de buen corazón que participa en la expedición. Se opone a las conversiones forzadas.

Jerónimo de Aguilar. Náufrago español en Yucatán. Pasó ocho años como esclavo entre los mayas y habla con fluidez su lengua. Aguilar, rescatado por una brigada enviada por Cortés y dirigida por Sandoval, se une a la expedición y se convierte en el primer intérprete de Cortés y, después, en rival de Malinali para ejercer ese rol.

Francisco de Mesa. Jefe de artillería de Cortés.

Diego de Godoy. Notario de la expedición.

Telmo Vendabal. Cuidador y adiestrador del centenar de feroces perros de la expedición.

Andrés Santisteban, Miguel Hemes y Francisco Julián. Ayudantes de Vendabal que atormentan a Pepillo.

PERSONAJES SECUNDARIOS MEXICAS, TLAXCALTECAS, TEXCOCANOS, TOTONACAS, CHOLULANOS Y HUICHOLES QUE APARECEN CON FRECUENCIA O TIENEN PROTAGONISMO EN LA HISTORIA

Namacuix. Sumo sacerdote mexica.

Teudile. Administrador de Moctezuma y señor de alto rango del Imperio mexica.

Cuitláhuac. De cuarenta y ocho años, hermano menor de Moctezuma y padre de Cuauhtémoc.

Acolmiztli, Chipahua, Árbol, Ilhuicamina. Comandantes de la brigada de guerreros tlaxcaltecas de

Chicotenga.

Chicotenga el Viejo. Rey civil de los tlaxcaltecas (Chicotenga, su hijo, es el rey de la batalla).

Maxixcatzin. Ayudante tanto de Chicotenga como de Chicotenga el Viejo.

Ixtlil. Comandante de la facción rebelde de Texcoco.

Pitxatzin. Gobernador de Cuetlaxtlán.

Gran Dardo (Huciimuh), **Coyote que Ayuna** (Nezahualcóyotl), **Cara Velluda** (Ixtomi), **Comehombres** (Tecuani), y **Cabeza de Barro** (Cuatálatl). Amigos íntimos y camaradas de armas de Cuauhtémoc.

Meco. Guerrero totonaca a quien Cortés salva de ser sacrificado.

Tlacoch. Jefe supremo de los totonacas.

Acopol. Poderoso nagual chichimeca (hechicero capaz de cambiar de aspecto), a quien Moctezuma encarga ocuparse de los rituales sacrificiales en Cholula.

Tlaqui y Tlalchi. Gobernantes de Cholula.

Nakawey, Irepani y **Taiyari.** Chamanes huicholes que entablan amistad con Tozi.

El dios de la guerra y la historia

El dios de la guerra es una novela sobre un momento extraordinario de la historia, pero no es un libro de historia. Más bien es una obra de fantasía y aventura épica en la tradición del *Amadís de Gaula*, el relato post artúrico de caballería andante en que los conquistadores de principios del siglo XVI vieron reflejadas sus acciones en su odisea, muy real y peligrosa, en las extrañas y terribles tierras de México.[1] Cada vez que sentí que servía a los intereses de mi historia, no dudé en desviarme de una observación estricta de los hechos históricos. Daré unos pocos ejemplos.

Malinali (que también era conocida como Malintzin y la Malinche, y a la que los conquistadores llamaron doña Marina) era probablemente una mujer náhuatl de la costa del golfo de México que había aprendido la lengua maya, y no una mujer maya —como en mi historia— que había aprendido a hablar náhuatl con fluidez. Por otro lado, su biografía como yo la relato —hija de un cacique, desheredada y vendida como esclava por su propia madre después de la muerte de su padre (porque su madre prefería un hijo de su segundo matrimonio)— se ciñe a los hechos tal como se nos han transmitido.

Aquí podrían citarse otros ejemplos similares (por ejemplo, Cuauhtémoc era probablemente primo de Moctezuma y no su sobrino), pero, en líneas generales, al tiempo que respondía a las necesidades narrativas de una aventura épica, he

trabajado con ahínco para tejer mi historia en torno a un sólido armazón de hechos históricos. Esto no equivale a decir que lo fantástico y lo sobrenatural no sean temas destacados en *El dios de la guerra*, porque lo son, pero no hay nada «ahistórico» en ello. Tales preocupaciones eran de importancia fundamental tanto para los supersticiosos españoles como para los mexicas. De hecho, el premio Nobel J. M. G. Le Clezio describió México-Tenochtitlán, con razón, como «la última civilización mágica».[2]

Tomemos el caso de Tozi, la bruja, uno de mis personajes principales. Algunos podrían pensar que esa obsesión con la hechicería, los espíritus animales (incluso la transformación en formas animales), la capacidad de volverse invisible, la preparación de hechizos y pócimas de hierbas por mujeres y su persecución por tales prácticas eran preocupaciones puramente europeas; pero en estas cuestiones —y en muchas más— los españoles del siglo XVI tenían mucho más en común con los mexicas de lo que creían. La brujería estaba extendida en América Central y era endémica en la cultura de la región.[3]

Luego está la cuestión del sacrificio humano, un tema recurrente en *El dios de la guerra*. ¿He exagerado con esto? ¿Trato el tema con una extensión que no está justificada por los hechos? Sinceramente, no, creo que no. Los hechos, incluido el engorde de prisioneros durante su encarcelamiento en corrales especiales antes del sacrificio, son tan abominables, están tan bien documentados y son tan abrumadores que la imaginación simplemente se tambalea con ellos. Al decir esto reconozco que la mano mojigata de la corrección política ha tratado en años recientes de barrer bajo la alfombra la extravagante carnicería y horror de los rituales sacrificiales mexicas, sugiriendo que los testigos españoles estaban exagerando con propósitos de propaganda o religiosos. Sin embargo, no es correcto. Además de la multitud de pruebas arqueológicas y las descripciones de sacrificios humanos que han sobrevivido, estantes de cráneos, desollamiento y desmembramiento de las víctimas, canibalismo, etcétera, en la escultura y arte mexicas, disponemos de relatos detallados de estas prácticas ofrecidos por cronistas fiables de los propios mexicas durante los primeros años de la Conquista. Tanto Bernardo de Sahagún, en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*,[4] como Diego Durán en su *Historia de las Indias de la Nueva España*,[5] basaron sus informes en los testimonios de nativos, y ambos ofrecen extensas descripciones de los

espeluznantes sacrificios rituales que habían sido elementos integrantes de la sociedad mexica desde sus inicios, que se habían incrementado exponencialmente durante los cincuenta años anteriores a la Conquista y de los que los propios conquistadores fueron testigos a su llegada. El historiador Hugh Thomas resume excepcionalmente la cuestión en su espléndido estudio de la Conquista:[6] «En cifras —escribe—, por la sensación elevada de ceremonia y por la teatralidad, así como por su significado en la religión oficial, el sacrificio humano en México fue único.»[7]

La corrección política también ha tratado de eliminar el mito de Quetzalcóatl, el dios de piel blanca y barba que había profetizado su retorno en el año 1-Caña, y la manipulación por parte de Cortés de este mito, rebajándolo casi a un invento de los conquistadores, pero tampoco esto puede ser así. Una vez más, la inmensa erudición de Sahagún en su *Historia general*... contiene demasiados detalles para pasarlos por alto.[8] Pero hay muchas otras fuentes, demasiado numerosas para mencionarlas aquí, y no deberíamos olvidar la iconografía universal de la Serpiente Emplumada en América Central. Parte de ella —por ejemplo, en La Venta en el golfo de México— es realmente muy antigua (1500 a. C. o anterior) y está asociada a la ayuda de individuos barbudos con rasgos caucasianos y no a la de americanos nativos.[9]

Otros aspectos fantásticos de mi historia, como los encuentros visionarios de Moctezuma bajo la influencia de hongos alucinógenos con el dios de la guerra Huitzilopochtli y la convicción de Cortés de que era guiado por san Pedro, también están firmemente basados en numerosas fuentes históricas.

Por último, pero no menos importante, está la cuestión de la increíble disparidad de fuerzas, unos pocos cientos de españoles contra enormes ejércitos de mayas y luego de aztecas, y el aparente milagro del triunfo de los conquistadores. Como muestro en *El dios de la guerra*, este milagro era en realidad ciencia. Las armas y cañones que los españoles podían desplegar, sus aterradores perros de guerra[10] y el asombroso impacto de su caballería les proporcionaron ventajas decisivas. En América Central no se habían visto antes perros más grandes que los chihuahuas, y mientras que la infantería europea había acumulado miles de años de experiencia (y desarrollado tácticas

y armas especializadas) para resistir las cargas de caballos pesados, los ejércitos de México no estaban en absoluto preparados para hacer frente a unos animales aparentemente demoníacos y los poderes sobrenaturales que Cortés había imbuido en ellos.

Pero hubo algo más, en última instancia más importante que todo esto, que condujo a la victoria española.

Si Moctezuma hubiera sido un gobernante de otro tipo, si hubiera poseído una brizna de amabilidad o decencia, si hubiera tenido capacidad de amar, seguramente no habría impuesto a pueblos vecinos sacrificios humanos para ofrecer a su dios de la guerra, en cuyo caso podría haberse ganado su devoción y respeto en lugar de un desprecio general, y por consiguiente podría haber estado en posición de dirigir una oposición unida a los conquistadores y aplastarlos en cuestión de semanas desde que pusieran pie en sus tierras. Pero Moctezuma no poseía ninguna de esas cualidades y, por consiguiente, Cortés casi de inmediato pudo sacar partido del odio que la conducta del soberano había provocado y encontrar aliados entre aquellos a quienes los mexicas habían aterrorizado y explotado, aliados que serían cruciales para el éxito de la Conquista. Particularmente dignos de mención en este sentido son los tlaxcaltecas, que habían sufrido las depredaciones de los mexicas más profundamente que otros y que estaban dirigidos por Chicotenga, un general tan valiente y con tan firmes principios que en un primer momento luchó contra los españoles con uñas y dientes, viendo el peligro existencial que planteaban para toda la cultura de la región, a pesar de la liberación de la tiranía de Moctezuma que le ofrecía Cortés. Solo cuando Cortés hubo machacado en la batalla a Chicotenga, el valiente general cedió finalmente a las exigencias del Senado tlaxcalteca para establecer una alianza con los españoles, una alianza que pronto puso a decenas de miles de auxiliares bajo el mando de Cortés y a los conquistadores en el camino a Tenochtitlán...

Notas

1. Véase, por ejemplo, Hugh Thomas: C*onquest: Moctezuma, Cortés and the Fall of Old Mexico*, Simon & Schuster Paperbacks, Nueva York y Londres, 1993, pp. 61-62 y 702. [Versión en castellano: *La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 2000.]

2. J. M. G. Le Clezio: *The Mexican Dream: Or The Interrupted Thought of Amerindian Civilizations*, traducido por Teresa Lavender Fagan, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2009, p. 41. [Versión en castellano: *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido*, FCE, México, 1992.]

3. Véase, por ejemplo, Jan G. R. Elferink, José Antonio Flores y Charles D. Kaplan: *The Use of Plants and Other Natural Products for Malevolent Practices amongst the Aztecs and their Successors*, Estudios de Cultura Náhuatl, vol. 24, 1994, Universidad Nacional Autónoma de México. Véase también Daniel G. Brinton: *Nagualism: A Study in Native American Folklore and History*, MacCalla and Co, Filadelfia, 1894. Y véase David Friedel, Linda Schele y Joy Parker: *Maya Cosmos: Three Thousand Years on the Shaman's Path*, William Morrow and Co., Nueva York, 1995, pp. 52, 181, 190, 192-193, 211, 228. Véase también Le Clezio: *The Mexican Dream*, *op. cit.*, pp. 104-108.

4. Fray Bernardo de Sahagún: *General History of the Things of New Spain* (Florentine Codex), traducido del náhuatl al inglés por Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, School of American Research, Universidad de Utah, Salt Lake, 1975. Véase, por ejemplo, el libro 12, capítulos 6, 8 y 9. [Versión en castellano: *Hablan los aztecas. Historia general de las cosas de Nueva España*, Tusquets, Barcelona, 1985.]

5. Fray Diego Durán: *The History of the Indies of New Spain*, traducido por Doris Heyden y Fernando Horcasitas, Orion Press, Nueva York, 1964. Véase pp. 99-102 (de donde se ha obtenido la cita de la oración dada a las víctimas sacrificiales en el capítulo 28 de *El dios de la guerra*), pp. 105-113, 120-122, 195-200 y muchos otros pasajes similares. [Original en castellano: *Historia de la Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, Turner, Madrid, 1990.]

6. Thomas: *Conquest... op. cit.*, pp. 24-27.

7. *Ibidem*, p. 27.

8. Sahagún: *General History... op. cit.*, véase capítulos 2, 3, 4 y 16.

9. Véase Graham Hancock y Santha Faiia: *Heaven's Mirror:*

Quest for the Lost Civilisation, Michael Joseph, Londres, 1998, pp. 38-42.

10. Una fuente excelente sobre el uso, por parte de los conquistadores, de perros preparados para la guerra se encuentra en John Grier Varner y Jeannette Johnson Varner: *Dogs of the Conquest*, University of Oklahoma Press, Norman, 1983.

Agradecimientos

En primer lugar, estoy agradecido a mi mujer y socia, Santha, mi crítica más feroz y compañera constante que ha leído cada palabra de este libro y de los volúmenes precedentes y venideros y que nunca me deja coger atajos. Mis hijos Sean, Shanti, Ravi, Leila, Luke y Gabrielle, así como mi yerno y nueras Lydia, Simone, Jason y Ayako, también han sido presencias útiles e inspiradoras, leyendo borrador tras borrador y ofreciendo aliento y consejos.

Mi agente literaria Sonia Land, de Sheil Land Associates, ha tenido un papel crucial en esta obra. Me ha proporcionado su juicio profesional y su amable y sabia guía en cada etapa del proceso, apoyando mi nueva carrera como novelista con tremenda energía e ímpetu. Te estoy muy agradecido, Sonia, no sabes cuánto. Mi profundo aprecio también para Gaia Banks y todos los de Sheil Land, la mejor agencia literaria de Gran Bretaña.

Mi editor Mark Booth de Coronet (Hodder & Stoughton) ha sido brillante como siempre, viendo lo que hay que hacer en cada fase del proceso de escritura y manteniéndome en el camino adecuado con asombroso profesionalismo y visión.

Otros que han leído y han tenido la amabilidad de comentar los manuscritos de la serie *El dios de la guerra* y que me han dado consejos muy valiosos, pero que por supuesto no son responsables de los defectos de lo que he escrito, son Chris y

Cathy Foyle, Luis Eduardo Luna, padre Nicola Mapelli, Jean-Paul Tarud-Kuborn, Ram Menen y Sa'ad Shah. Estoy agradecido a todos y cada uno de estos buenos y fieles amigos por su generosidad con su tiempo y sus sugerencias constructivas.

Xavier Bartlett Carceller me proporcionó oportunas traducciones de páginas selectas de las cartas de Hernán Cortés. Me resultó muy útil el libro *The True Swordsman* de Adam Sharp, en especial como referencia para mis descripciones de los entrenamientos y combates a espada.

Mis comunidades en mi página de autor de Facebook (*www. facebook.com/Author.GrahamHancock*) y en mi página personal de Facebook (*www.facebook.com/GrahamHancokDotCom*), y también la comunidad de mi sitio web (*www.grahamhancock.com*), han constituido un apoyo increíble durante los varios años en que *El dios de la guerra* ha dominado mi escritura y mi creatividad.

Por último, pero no menos importante, quiero dejar constancia de mi aprecio por aquellos españoles y mexicas del siglo XVI que se vieron atrapados en los sucesos de la Conquista y escribieron sobre ello de primera mano, dejando relatos lúcidos del espíritu y el terror de la época en que me he inspirado al crear estos libros; en ocasiones incluso he puesto las palabras exactas de los individuos referidos en boca de tal o cual personaje de mi historia. Un buen número de eruditos modernos también han escrito obras importantes sobre los hechos de la Conquista, sin los cuales no podría haber podido alcanzar un conocimiento pleno del período, y, una vez más, estoy agradecido por el loable trabajo que realizaron. Huelga decir que ninguno de ellos es responsable de los defectos de *El dios de la guerra*, pero si el libro tiene verosimilitud, en gran parte se debe a ellos. Muchas más obras de referencia en las cuales me he inspirado podrían citarse aquí, pero enumero en particular los siguientes textos, a los que con más frecuencia he tomado como fuentes de referencia primarias y secundarias para esta trilogía de *El dios de la guerra*.

Fuentes primarias

Cortés, Hernán: *Letters from Mexico*, traducido y con una nueva introducción de Anthony Pagden, Yale University Press, New Haven y Londres, 1986. [Original en castellano: *Cartas de la conquista de México*, Axel Springer, Madrid, 1986.]

Díaz, Bernal: *The Conquest of New Spain*, traducido por J. M. Cohen, Penguin Classic, Londres, 1963. [Original en castellano: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Real Academia Española, Madrid, 2011.]

—: *The Bernal Diaz Chronicles*, traducido y editado por Bernard Idell, Doubleday, Nueva York, 1956.

Durán, Fray Diego: *The History of the Indies of New Spain*, traducido por Doris Heyden y Fernando Horcasitas, Orion Press, Nueva York, 1964. [Original en castellano: *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, Turner, Madrid, 1990.]

Fuentes, Patricia (trad.): *The Conquistadors: First Person Accounts of the Conquest of Mexico*, The Orion Press, Nueva York, 1963.

León Portilla, Miguel (ed.): *Broken Spears*: *The Aztec Account of the Conquest of Mexico*, Beacon Press, Boston, 1990.

López de Gomara, Francisco: *Cortés: The Life of the Conqueror by his Secretary*, traducido por Lesley Byrd Simpson, University of California Press, Oakland, 1966.

Sahagún, Fray Bernardo de: *General History of the Things of New Spain (Florentine Codex)*, traducido del náhuatl al inglés por Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, School of American Research, University of Utah, Salt Lake, 1975. [Versión en castellano: *Hablan los aztecas. Historia general de las cosas de Nueva España*, Tusquets, Barcelona, 1985.]

Fuentes secundarias

Le Clezio, J. M. G.: *The Mexican Dream: Or The Interrupted Thought of Amerindian Civilizations*, traducido por Teresa Lavender Fagan, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2009. [Versión en castellano: *El sueño mexicano o el*

pensamiento interrumpido, FCE, México, 1992.]

FRIEDEL, David, SCHELE, Linda, y PARKER, Joy: *Maya Cosmos: Three Thousand Years on the Shaman's Path*, William Morrow and Co., Nueva York, 1995.

GARDNER, C. Harvey: *The Constant Companion: Gonzalo de Sandoval*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1961.

KELLY, John Eoghan: *Pedro de Alvarado, Conquistador*, Kennikat Press, Port Washington, Nueva York y Londres, 1932.

PRESCOTT, William H.: *History of Conquest of Mexico*, The Modern Library, Nueva York. [Versión en castellano: *Historia de la conquista de México*, Istmo, Madrid, 1987.]

SÉJOURNÉ, Laurette: *Burning Water: Thought and Religion in Ancient Mexico*, Shambhala, Berkeley, 1976.

SULLIVAN, Karen: *The Inner Lives of Medieval Inquisitors*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2011.

THOMAS, Hugh: *Conquest: Moctezuma, Cortés and the Fall of Old Mexico*, Simon & Schuster Paperbacks, Nueva York y Londres, 1993. [Versión en castellano: *La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 2000.]

—: *Who's Who of the Conquistadors*, Cassell & Co., Londres, 2000.

GRIER VARNER, John y JOHNSON VARNER, Jeannette: *Dogs of the Conquest*, University of Oklahoma Press, Norman, 1983.

Notas

1. El 12 de marzo de 1519, llegó a Potonchán el conquistador español Hernán Cortés, que fue recibido por los nativos chontal, una etnia maya, en son de guerra, lo que dio lugar a la batalla de Centla. Tras derrotar a los indígenas, Cortés fundó sobre las ruinas de Potonchán la Villa de Santa María de la Victoria, primera población española de Nueva España. *(N. de la T.)*

2. En lengua náhuatl «mexihcah», el nombre que usaba el pueblo para referirse a sí mismo, conocidos en la historiografía tradicional como aztecas. *(N. de la T.)*

3. Tlaxcala estaba formado por veintiuna ciudades-estado. Sus habitantes se aliaron con los españoles para derrotar al Imperio azteca, que los mantenía permanentemente sitiados, para la toma de Tenochtitlán. *(N. de la T.)*

4. Personaje histórico del antiguo México. Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl nació en el año 895 de nuestra era y desapareció en la costa de Veracruz a los 52 años, prometiendo regresar en determinada fecha, que coincidió con la llegada de los españoles en el año 1518. *(N. de la T.)*

5. Nombre original de Malinche. El tratamiento reverencial que recibía por ser hija de un cacique feudatario del Imperio azteca, convertía Malinali en Malintzin y, por deformación, en Malinche en castellano. *(N. de la T.)*

6. Enviaban a estos guerreros a la batalla durante las campañas militares, mientras que los guerreros Águila eran exploradores, espías y mensajeros. En el ejército azteca había siete órdenes de guerreros: Águila, Serpiente, Jaguar, Lobo, Venado, Coyote y Chapulín. *(N. de la T.)*

7. Según los cronistas, iban «trasquilados» para mayor seguridad y desembarazo durante el combate cuerpo a cuerpo. Eran seleccionados entre los más fuertes y valerosos. Podían llegar a ser nombrados caciques y entrar a formar parte de la nobleza. *(N. de la T.)*

8. Los *pochtecas* (en singular *pochtecatl*) eran un gremio de comerciantes viajeros del Imperio azteca. No solo se dedicaban al comercio sino también al espionaje. *(N. de la T.)*

9. El arma más poderosa de los dioses mexicas empuñada por el dios de la

guerra Huitzilopochtli, con la cual mató a cuatrocientos de sus hermanos y a su hermana, la diosa Coyolxauhqui. *(N. de la T.)*

10. Constelación que hoy conocemos como Orión y cuya forma se asociaba con los dos palos de madera usados para encender el Fuego Nuevo en una celebración que tenía lugar cada cincuenta y dos años. *(N. de la T.)*

11. Rey de Lidia. Debido a la gran prosperidad de su país, de él se decía que era el hombre más rico en su tiempo. *(N. de la T.)*

12. El casco de la carraca tenía un castillo de proa y un alcázar de popa compuesto de dos puentes (los llamados «alcazarillos»), mientras que el de la carabela tenía únicamente castillo de popa. *(N. de la T.)*

13. En castellano en el original. *(N. de la T.)*

14. Salmos 8,3. *(N. de la T.)*

15. Salmos 23,6. *(N. de la T.)*